PIETRO UBALDI

LA GRAN SINTESIS

ÍNDICE

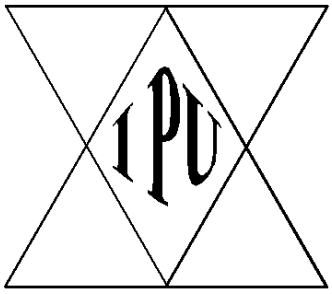
Presentación 3
I- Ciencia y Razón 12
II- Intuición 16
III- Las Pruebas 17
IV- Conciencia y Mediumnidad 21
V- Necesidad de una Revelación 23
VI- Monismo 26
VII- Aspecto Estático, Dinámico y Mecánico del Universo 29
VIII.- La Ley 32
IX- La Gran Ecuación de la Substancia 35
X- Estudio de la Fase "Materia" (γ). – La Desintegración Atómica 38
XI- Unidad de Principio en el Funcionamiento del Universo 40
XII- Constitución de la Materia. – Unidad Múltiple 43
XIII- Nacimiento y Muerte de la Materia. Concentración Dinámica y Disgregación Atómica 45
XIV- Del Éter a los Cuerpos Radioactivos 47
XV- La Evolución de la Materia por Individualidades Químicas. (El Hidrógeno y las Nebulosas 48
XVI- La Serie de las Individuaciones Químicas de "H" a "U" por Peso Atómico e Isovalencias Periódicas XVII- La Estequiogénesis y las Especies Químicas Ignoradas. 51

XVII- La Estequiogénesis y las Especies Químicas Ignoradas. 55
XVIII- El Éter, la Radioactividad y la Disgregación de la Materia ($\gamma \rightarrow \beta$) 56
XIX- Las Formas Evolutivas Físicas, Dinámicas y Psíquicas 61
XX- La Filosofía de la Ciencia 63
XXI- La Ley del Devenir 65
XXII- Aspecto Mecánico del Universo. Fenomenogenia 67
XXIII- Fórmula de la Progresión Evolutiva. – Análisis de la Progresión en sus Períodos 71
XXIV- Derivación de la Espiral por Curvatura del Sistema 74
XXV- Síntesis Lineal y Síntesis por Superficie 76
XXVI- Estudio de la Trayectoria Típica de los Movimientos Fenoménicos 79
XXVII.- Síntesis Cíclica. – Ley de las Unidades Colectivas y Ley de los Ciclos Múltiples 85
XXVIII- El Proceso Genético del Cosmos 88
XXIX.- El Universo como Organismo, Movimiento, Principio . 90
XXX- Palingenesia 97
XXXI- Significado Teleológico del Tratado. – Investigación por Intuición 99
XXXII- Génesis del Universo Estelar. – Las Nebulosas – Astroquímica y Espectroscopia 102
XXXIII- Límites Espaciales y Límites Evolutivos del Universo 107
XXXIV- Cuarta Dimensión y Relatividad 110
XXXV- La Evolución de las Dimensiones y la Ley de los Límites Dimensionales 112
XXXVI- Génesis del Espacio y del Tiempo 114
XXXVII- Conciencia y Super Conciencia. – Sucesión de los Sistemas Tridimensionales 116
XXXVIII- Génesis de la Gravitación 120
XXXIX- Principio de Trinidad y de Dualidad 124
XL- Aspectos Menores de la Ley 131
XLI- Intermezzo 136
XLII- Nuestra Meta. – La Nueva Ley 138
XLIII- Las Nuevas Vías de la Ciencia 142
XLIV- Superaciones Biológicas 145
XLV- El Génesis 149
XLVI.- Estudio de la Fase β: Energía 151
XLVII- La Degradación de la Energía 157
XLVIII- Serie Evolutiva de las Especies Dinámicas 160
XLIX- De la Materia a la Vida 165
L- En las Fuentes de la Vida 168

LI- Concepto Substancial de los Fenómenos Biológicos 171
LII- Desarrollo del Principio Cinético de la Substancia 174
LIII- Génesis de los Movimientos Vortiginosos 176
LIV- La Teoría Cinética de la Génesis de la Vida y los Pesos Atómicos 180
LV- Teoría de los Movimientos Vortiginosos 182
LVI- Paralelos en Química Orgánica 185
LVII- Movimientos Vortiginosos y Caracteres Biológicos 189
LVIII- La Electricidad Globular y la Vida 194
LIX- Teleología de los Fenómenos Biológicos 203
LX- La Ley Biológica de la Renovación 208
LXI- Evolución de las Leyes de la Vida 213
LXII- Los Orígenes del Psiquismo 218
LXIII- Concepto de Creación 221
LXIV- Técnica Evolutiva del Psiquismo y Génesis del Espíritu 224
LXV- Instinto y Conciencia. – Técnica de los Automatismos 227
LXVI- Hacia las Supremas Ascensiones Biológicas 232
LXVII- La Oración del Viandante 238
LXVIII- La Gran Sinfonía de la Vida 240
LXIX- La Sabiduría del Psiquismo 246
LXX- Las Bases Psíquicas del Fenómeno Biológico 252
LXXI- El Factor Psíquico en Terapéutica 256
LXXII- La Función Biológica de lo Patológico 259
LXXIII- Fisiología de lo Supernormal. – Herencia Fisiológica y Herencia Psíquica 261
LXXIV- El Ciclo de la Vida y de la Muerte y su Evolución 265
LXXV- El Hombre 272
LXXVI- Cálculo de Responsabilidades 277
LXXVII- Destino. – El Derecho de Castigar 281
LXXVIII- Las Vías de la Evolución Humana 284
LXXIX.-La Ley del Trabajo 288
LXXX.-El Problema de la Renuncia 292
LXXXI-La Función del Dolor 277
LXXXII.-La Evolución del Amor 304
LXXXIII.-El Superhombre 307
LXXXIV-Genio y Neurosis 311
LXXXV-Psiquismo y Degradación Biológica 316
LXXXVI.-Conclusiones. – Equilibrios y Virtudes Sociales 321
LXXXVII.-La Divina Providencia 326
LXXXVIII.-Fuerza y Justicia. – La Génesis del Derecho 329

LXXXIX.-Evolución del Egoísmo 335
XC-La Guerra. – La Ética Internacional 339
XCI-La Ley Social del Evangelio 346
XCIL-El Problema Económico 349
XCIII-La Distribución de la Riqueza 354
XCIV-De la Fase Hedonista a la Fase Colaboracionista 358
XCV-La Evolución de la Lucha 361
XCVI-Concepción Biológica del Poder 364
XCVII-El Estado y su Evolución 370
XCVIII-El Estado y sus Funciones 376
XCIX- El Jefe 381
C-El Arte 385
Despedida 390

INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA



www.ubaldi.org.ve

P R E S E N T A C I Ó N

Le corresponde a IPU su alto deber de presentar al público lector el más famoso libro del eminente Prof. Pietro Ubaldi, indudablemente el más grande pensador intuitivo de nuestro tiempo. Aunque felizmente esta portentosa obra vale por sí misma, por su profundo contenido científico, social y filosófico, no está demás conocer las opiniones de algunos renombrados científicos, filósofos, periodistas y escritores espiritualistas. Estas, y muchas otras, han sido expresadas, públicamente, desde su primera edición en 1.937.

He aquí algunas de las más conocidas:

"*La Gran Síntesis*, en su aspecto interior y profundo, es una revelación. En un mundo en que todo ser es constreñido por una ley feroz a reclamar de la carne del semejante su propio alimento, esta es una Voz que tiene un timbre diferente. Es una revelación alcanzada conscientemente a través de métodos precisos cuya técnica ya he presentado. Su vestimenta científica es exterior y cubre, realmente, una substancia evangélica que une la Síntesis al desenvolvimiento gradual, en la Tierra, del pensamiento de Cristo, que es una continua emanación."

PIETRO UBALDI – *LAS NOURES*.

¿Qué hice yo desde el momento en que leí por primera vez "*La Gran Síntesis*" y tuve el privilegio infinito de conocer personalmente al Dr. Pietro Ubaldi (1.955)? ... Colocarme a su lado hasta el final de mi vida, y, como el más humilde obrero, colaborar en la divulgación por toda la Tierra de su Obra, para que esta inmensa revelación pueda salvar nuestro pobre mundo... Y movido por esta pasión sin límites, imprimí una nueva edición en castellano (Montevideo 1.965) que me proporcionó una amistad profunda en Maracaibo (Venezuela) con el Sr. Ramón Alvarez Rubio, fundador del Núcleo de Divulgación Espiritual, propulsor de esta nueva edición en castellano.

Dr. Manuel Emygdio da Silva - Ex-diplomático de Portugal, secretario privado del Dr. Pietro Ubaldi por casi 20 años.

La Gran Síntesis ofrece solución plausible a todos los problemas del universo, desde la estructura del átomo y la composición química de la vida, hasta los métodos de ascensión mística; desde la relatividad y la génesis del cosmos, hasta las más nuevas cuestiones religiosas, sociales y los misterios de la psiquis humana... La nota clave del libro es la ascensión espiritual.

Isabel Emerson - Escritora y Periodista de la Revista Light, de Londres, Inglaterra.

La Gran Síntesis encamina a la ciencia hacia su espiritualización, a fin de otorgar al hombre una concepción de Dios, despojada de antropomorfismo y capacitarlo para escuchar su Voz que perennemente resuena en las enseñanzas de Aquel que será por siempre - El Camino, La Verdad y La Vida.

Guillon Ribeiro - Periodista, Escritor y primer traductor de *La Gran Síntesis*.

La doctrina desenvuelta en *La Gran Síntesis* no es solamente una síntesis del actual conocimiento humano, que es poco frente a los problemas substanciales, sino que constituye una síntesis de la fenomenología universal, es decir, la coordinación en un organismo único de los fenómenos existentes que el concebible humano puede aprender y aún más allá.

Gino Trespioli - Escritor y fundador de la Biosofía en Italia.

La Gran Síntesis: se trata, realmente, de una gran síntesis de todo el saber humano, considerado desde el punto de vista positivamente trascendental, en que se estudian todos los ramos del saber, siendo esclarecidos y resueltos numerosos problemas hasta hoy insolubles, con el agregado de nuevas orientaciones científicas, más allá de consideraciones filosóficas, morales y sociales, a tal punto elevadas que inducen a reverente asombro.

Ernesto Bozzano - Médico, Científico, Filósofo y Escritor italiano.

Al finalizar la lectura de *La Gran Síntesis*, tenemos la impresión de haber leído, resurgido en el siglo XX uno de los grandes profetas bíblicos. Igualarla es difícil; superarla, imposible; negarla, absurdo; discutirla, locura. Pero aceptarla y sentirla

es la prueba de que, en nosotros, hay una chispa de la Divinidad. Merece, realmente, ser encuadernada en el mismo volumen que el Nuevo Testamento, como coronamiento de las obras de los grandes y primeros Apóstoles. La fuerza y seguridad hacen de esta Gran Síntesis una continuación natural de las Epístolas y del Apocalipsis, sin quedarles debiendo nada.

Carlos Torres Pastorino - Escritor y Titular de Latín y Griego de la Universidad Federal de Brasília.

La Gran Síntesis es un sistema de filosofía científica y tiene, también, un contenido ético. Es una obra benéfica a larga escala, ecuaciona y resuelve la tarea de iluminar las conciencias en un momento histórico decisivo de gran maduración en todos los campos. Tiene, pues, un alcance también social y se injerta como fuerza viva en la renovación espiritual para la cual el mundo se prepara laboriosamente. Quien lea esta obra, en esa profundidad, oirá resonar allí las grandes corrientes de pensamiento, las titánicas fuerzas cósmicas de lo imponderable que circunda al mundo.

L.F - Escritor y Periodista de la Revista La Ricerca Psichica, de Milan, Italia.

Todos nosotros tenemos el vago sueño de encontrar un LIBRO que sea para nosotros como una casa definitiva, la casa de los sueños que buscamos. Un libro en el cual moremos, o pasemos a morar... Pues creo que encontré MI LIBRO. Él se llama *La Gran Síntesis* de Pietro Ubaldi. Tenemos que leerlo y releerlo. ¡Cuando lo leo, me siento vagar en el alto mar de ese libro, atontado, deslumbrado, maravillado!

Monteiro Lobato - Periodista y Escritor Brasileño, consagrado hasta en el exterior por el contenido y simplicidad de su mensaje.

Inútilmente venía peregrinando a través de los libros en busca de una concepción del mundo que me satisficiese por la universalidad de sus fundamentos, la natural ansiedad de síntesis y unificación del conocimiento. Movido por ese deseo, escudriñé los grandes monumentos de la sabiduría de todos los tiempos, desde las viejas doctrinas consubstanciadas en la metafísica china del Y-King hasta las modernas adquisiciones del relativismo einsteniano. Examiné el hinduismo, en las

expresiones luminosas de sus más eminentes maestros; estudié el idealismo de Platón, el peripanteísmo de Aristóteles, el racionalismo de Descartes, el criticismo de Kant, el panteísmo de Spinoza, el monadismo de Leibniz, el ocacionalismo de Malebranche, el epifenomenismo de Hume, el voluntarismo de Schopenhauer, el solipsismo de Berkeley, el transformismo de Darwin, el evolucionismo de Spencer, el positivismo de Comte, el pragmatismo de James, el monismo de Haeckel, el intuicionismo de Berson, el panpsiquismo de Farias Brito, para, finalmente, sentirme tan vacío como antes... Acababa de leer Carrel, cuando surgió en las librerías la versión brasileña de *La Gran Síntesis*. Atraído por el título recorrí el índice e inmediatamente, me sentí asaltado del deseo de leerlo... A pesar de su carácter estrictamente lógico y rigurosamente científico, *La Gran Síntesis* no es una obra resultante de elucubraciones intelectuales, ni de regalos experimentales. Es una revelación sorprendente, de origen supranormal; por eso ha sido dada al mundo exclusivamente por las vías de la intuición. Le sirvió de instrumento, en el proceso de elaboración, el iluminado místico de la Umbría, Prof. Pietro Ubaldi.

Rubens C. Romanelli - Escritor, Doctor en Letras y Titular de la Cátedra de Lengua Latina de la Facultad de Filosofía de la Universidad Federal de Minas Gerais.

La Gran Síntesis... nos explica con profundidad y belleza la vida, el universo y sus leyes, el significado de todo sin contradicciones, dentro del esquema de la Creación de Dios... No es el resultado de ejercicios teóricos brillantes y especulativos para saciar la curiosidad intelectual de los lectores... Es producto del amor del autor por la humanidad y posible gracias al alto grado de su evolución que le permitió alcanzar profundidades reservadas a los más avanzados...

Gonzalo Sanchez - Ex-diplomático venezolano.

Finalmente, se torna imprescindible republicar la trascendente opinión de Emmanuel y un soneto del Poeta Augusto de los Ángeles, a través de la psicografía elevada de Francisco Cándido Javier:

Cuando todos los valores de la civilización del Occidente desfallecen en una decadencia dolorosa, es justo que, saludemos una luz como esta, que se desprende de la gran voz silenciosa de *La Gran Síntesis*.

En la misma Italia, que vulgarizó el sacerdocio romano, eliminando las más bellas floraciones del sentimiento cristiano en el mundo, en virtud del mecanismo convencional de la Iglesia Católica, aparejos existen de la gran verdad, restaurando el mesianismo, en el camino sublime de las revelaciones grandiosas de la fe.

La palabra de Cristo proyecta, en esta hora sus irradiaciones enérgicas y suaves, moviendo todo un ejército poderoso de mensajeros suyos, dentro de la oficina de la evolución universal. El momento es psicológico. Nuestras afirmaciones abstraen del tiempo y del espacio, en contraposición a vuestras inquietudes, mas, el siglo que pasa debe señalarse por maravillosas renovaciones de la vida terrestre.

Las contribuciones exigidas serán bien pesadas. Sin embargo, una alborada radiante sucederá a las angustias de este crepúsculo.

Aquí, habla su Voz divina y dulce, austera y compasiva. En la preparación de estas tesis, que muchas veces trascienden el idealismo contemporáneo, existe el reflejo soberano de su magnanimidad, de su misericordia y de su sabiduría. ¡Todos los departamentos de la actividad humana son tomados en cuenta en su exposición de inconcebible maravilla!

Es que, siendo de origen humano la razón, la intuición es de origen divino, preludiando todas las realizaciones de la humanidad. La gran lección de esta obra es que el Señor no desprecia vuestro racionalismo científico, no obstante el ropaje engañador de su negativismo impenitente.

En su misericordiosa sabiduría, Él aprovecha todos vuestros esfuerzos, aun los más inferiores y misérrimos. Os envuelve en su corazón augusto y compasivo, os unge con su amor sin límites, renovando sus enseñanzas del Mar de Galilea.

Ved, pues, que todos vuestros progresos y todos vuestros vuelos evolutivos están previstos en el Evangelio. Todas vuestras ciencias y valores, en el cuadro de las civilizaciones pasadas y en el mecanismo de las que han de venir, están consubstanciadas en su palabra divina y redentora.

La Gran Síntesis es el Evangelio de la Ciencia, renovando todas las capacidades de la religión y de la filosofía, reuniéndolas a la revelación espiritual y restaurando el mesianismo de Cristo en todos los institutos de la evolución terrestre.

Inclinémonos delante de la misericordia del Maestro y agradezcamos de corazón genuflexo a su bondad. Acerquémonos a este altar de la esperanza y de la sabiduría, donde la ciencia y la fe se hermanan hacia Dios.

Y, mientras el mundo viejo se prepara para las grandes pruebas colectivas, meditemos en el campo infinito de las revelaciones de la Providencia Divina, colocando por encima de todas las preocupaciones transitorias, las glorias sublimes e imperecederas del Espíritu inmortal.

Emmanuel.

SU VOZ

En esta síntesis orgánica de la ciencia,
Habla Jesús en toda su substancia,
Desde la más recóndita estancia
De las leyes maravillosas de la existencia.

Su Voz es la divina concordancia,
Con el Evangelio, en luz, verdad y esencia,
En este instante de amarga decadencia
De la civilización de angustia y ansia.

¡Alma humana, que duermes en la albúmina,
Despierta a las claridades de la doctrina
De este Evangelio regenerador!...

Te habla el Maestro, desde su trono de astros.
¡Oye su Voz!... ¡Camina!... ¡Sigue sus pasos
Y escucha La Gran Síntesis del Amor!

Augusto de los Ángeles.

I

CIENCIA Y RAZÓN

He hablado en otro lugar y en forma distinta[1], sobre todo al corazón, empleando un lenguaje sencillo que estuviera al alcance de los humildes y de los justos, que saben llorar y creer. Aquí, en cambio, hablo a la inteligencia, a la razón escéptica, a la ciencia sin fe, para vencerla, superándola, con sus mismas armas. La palabra dulce, que persuade y arrastra porque conmueve, ha sido dicha. Os señalo ahora la misma meta por otras vías, hechas de atrevimiento y de potencia de pensamiento, para que el que pide esto y no sepa ver de otro modo por falta de fe o de orientación, pueda comprender.

El pensamiento humano avanza. Todo siglo, todo pueblo, sigue un concepto, de acuerdo con un desenvolvimiento obediente a ciertas leyes que soportáis. La idea nueva, en cualquier campo, viene siempre de lo Alto y es intuída por el genio. Vosotros, sin embargo, la captáis, la observáis, la descomponéis, la vivís, y pasa a vuestra vida y a vuestras leyes. Así, la idea desciende y, cuando se ha fijado en la materia, ha agotado su ciclo, habéis utilizado todo su zumo y la arrojáis a un lado para absorber en vuestra alma individual y colectiva un nuevo soplo divino.

Vuestro siglo ha tenido y desarrollado una idea enteramente suya, que las centurias precedentes no veían, consagradas a recibir y desarrollar otras. Vuestra idea ha sido la ciencia, con la que habéis creído descubrir lo absoluto, cuando en realidad también ella es una idea relativa que, agotado su ciclo, pasa; y vengo a hablaros precisamente porque ya está pasando ese ciclo.

Vuestra ciencia se ha lanzado a un callejón sin salida, donde vuestra mente no tiene porvenir. ¿Qué os ha dado el último siglo? Máquinas como jamás las tuvo el mundo (pero que, sin embargo, siguen siendo máquinas), y en compensación ha secado vuestra alma. Esta ciencia pasó como huracán destructor de toda fe y os ha impuesto, con la máscara del escepticismo, un rostro sin alma. Sonreís despreocupados, pero vuestro

---

[1] Ver *"Los Grandes Mensajes"* - primer libro de la obra del mismo autor. (N. del T.)

espíritu desfallece de tedio y lanza gritos desgarradores. Vuestra ciencia es también una especie de desesperación metódica, fatal, sin esperanza. ¿Ha resuelto el problema del dolor? ¿Qué empleo hace de los medios poderosos que le dieron los secretos arrancados a la naturaleza? El saber y la fuerza en vuestras manos se transforman siempre en medios de destrucción.

¿Y para qué sirve entonces el saber, si en lugar de impulsaros hacia lo Alto, haciéndoos mejores, es para vosotros instrumento de perdición? ¡No me os echéis a reír, escépticos, que creéis haberlo resuelto todo sofocando el grito de vuestra alma que quiere ascender! El dolor os sigue y os encontrará por doquiera; sois niños que creéis eludir el peligro escondiendo la cabeza y cerrando los ojos, mas existe una Ley, invisible para vosotros pero más fuerte que las rocas, más poderosa que el huracán, y que avanza inexorable, moviéndolo todo, animándolo todo; y esta Ley es Dios. Está dentro de "Vosotros"; vuestra vida es una manifestación suya; según la justicia, esparcirá sobre vosotros la alegría y el dolor, conforme lo hayáis merecido. He aquí la síntesis que vuestra ciencia, perdida en el infinito pormenor del análisis, no podrá reconstruir nunca. He aquí la visión unitaria, la concepción apocalíptica a que quiero llevaros.

Para hacerme comprender, es preciso que os hable según vuestra mentalidad, que me ponga en el momento psicológico que vuestro siglo vive. Es necesario que parta precisamente de los postulados de esa ciencia vuestra, para darle hoy una orientación por entero distinta. Vuestro sistema de investigación objetiva, sobre la base de observación y de experimento, no puede llevaros más allá de resultados determinados. Todo medio es capaz de dar cierto rendimiento y no más, y la razón es un medio. El análisis no podría dar la gran síntesis (que es la gran aspiración que se estremece en el fondo de todas las almas), sino a través de un tiempo infinito, del que vosotros no disponéis. Vuestra ciencia corre, pues, el riesgo de no concluir nunca, y el "ignorabimus" quiere decir: fracaso. La misión de la ciencia no puede ser sólo la de *multiplicar vuestras comodidades*; no destrocéis, no sofoquéis la luz de vuestro espíritu, que es la única alegría y centella de la vida, hasta el punto de hacer de la ciencia, nacida de vuestro intelecto, una *fábrica de comodidades*. Esto es la prostitución del espíritu, la venta vergonzosa de vosotros mismos a la materia.

La ciencia por la ciencia misma nada vale; vale tan sólo como medio de ascensión de la vida. Vuestra ciencia adolece de un pecado de origen: está dirigida únicamente a la conquista del bienestar material; la ciencia verdadera debe tener el solo objetivo de

hacer mejores a los hombres. He ahí el nuevo rumbo que es menester tomar, y no es otra mi ciencia[1].

* * *

No hablo por desahogo de sabiduría o para satisfacer la curiosidad humana; voy directo al objetivo de mejoraros moralmente, porque vengo para haceros bien. No me veréis realizar ningún esfuerzo en el sentido de adaptar y encuadrar mi pensamiento dentro del pensamiento filosófico humano, al que me referiré lo menos posible. Me veréis, en cambio, estar continuamente en contacto con la fenomenología del universo. Esta voz es, en verdad, la que hay que escuchar, pues contiene el pensamiento de Dios. Comprendedme, aquellos de vosotros que no creéis, los escépticos que reputáis como sabiduría la ignorancia de las elevadas cosas del espíritu y admiráis el esfuerzo de conquista que realiza diariamente el hombre sobre las fuerzas de la naturaleza. Os enseñaré a vencer la muerte, a superar el dolor, a vivir en la grandiosidad inmensa de "vuestra" vida eterna; ¿y no os consagraréis con entusiasmo a la tarea necesaria para alcanzar tan grandes resultados? ¡Por lo tanto, hombres de buena voluntad, escuchadme! Comprendedme antes con el intelecto, y cuando se haya hecho la luz en él y veáis clara la nueva senda que os señalo, palpitará también vuestro corazón y arderá la llama de la pasión, a fin de que la luz se transmute en vida, y en acción, el concepto.

El momento es crítico y, sin embargo, es preciso avanzar. Y entonces (cosa increíble para la formación psicológica que os ha dado el siglo último) se os comunica una verdad nueva, con medios que desconocéis, para que podáis hallar la nueva senda. Lo Alto, invisible para vosotros, ha intervenido siempre en las grandes evoluciones de la historia. ¿Qué sabéis del mañana, ni qué sabéis por qué hablo? ¿Qué podéis imaginar de lo que el tiempo os prepara, sumergidos como os halláis en el instante fugitivo? Es menester avanzar, y no sabéis más. Las vías del arte y de la literatura, de la ciencia y de la vida social, están cerradas, sin futuro. No tenéis ya el incentivo del espíritu y volveis a masticar las cosas viejas, que ahora son productos de desecho, que deben ser expulsadas de la vida. Os hablaré del espíritu y volveré a abriros aquella senda hacia el infinito que la razón y la ciencia os han cerrado.

Escuchadme, pues. La razón que adoptáis es un instrumento que poseéis para proveer a las necesidades más exteriores de la vida: conservación del individuo y de la especie.

---

[1] Para comprender este estilo inusitado, es necesario conocer la técnica de la génesis de este pensamiento, mediante la lectura de los otros volúmenes que, agrupados en trilogías, integran toda la Obra. (N. del T.)

Cuando lanzáis este instrumento en el gran mar del conocimiento, se pierde en él, porque en este campo los sentidos (que sirven muy bien para vuestros fines inmediatos) no desfloran más que la *superficie de las cosas*, y vosotros sentís esa absoluta incapacidad suya para penetrar la esencia. La observación y el experimento, en efecto, no os han dado más que resultados exteriores, de índole práctica, pero la realidad profunda se os escapa, porque el uso de los sentidos como instrumentos de investigación -aún ayudados por medios adecuados- os hará permanecer siempre en la superficie, cerrándoos la vía del progreso.

Para avanzar más es necesario despertar, educar, desarrollar una facultad más profunda: *la intuición*. Aquí entran en función elementos completamente nuevos para vosotros; ¿qué hombre de ciencia ha pensado jamás que para comprender un fenómeno sea precisa la propia purificación moral? Partiendo de la negación y de la duda, la ciencia ha puesto a priori una barrera insuperable entre el espíritu de observación y el fenómeno; el yo que observa ha permanecido siempre íntimamente extraño al fenómeno, al que sólo tocó por la estrecha vía de los sentidos. Jamás el hombre de ciencia ha abierto su alma para que el misterio mire en la cara al misterio, y se comuniquen y comprendan. El científico nunca ha pensado que es menester *amar* al fenómeno, *llegar a ser* el fenómeno que se observa, *vivirlo*; que hace falta transportar el propio Yo, con su sensibilidad, hasta el centro mismo del fenómeno, no sólo por una comunión, sino precisamente, por medio de una transfusión de alma.

¿Me comprendéis? No todos podrán comprenderme, porque ignoran el gran principio del amor, no saben que la materia es, en todas sus formas (incluso en las más ínfimas), socorrida, guiada y organizada por el espíritu, el cual existe en todas partes, en grados diversos de manifestación. Para comprender la esencia de las cosas debéis abrir las puertas de vuestra alma y establecer, por los caminos del espíritu, esta comunicación interior entre espíritu y espíritu; debéis sentir la unidad de la vida, que hace hermanos a la totalidad de los seres, desde el mineral al hombre, en intercambios e interdependencias, dentro de una ley común; debéis sentir ese vínculo de amor con todas las demás formas de vida; puesto que todo, desde el fenómeno químico al fenómeno social, es *vida*, regida por un principio espiritual. Para comprender, es preciso que poseáis un alma pura y que un lazo de simpatía os ligue a todo lo creado. La ciencia se ríe de todo esto y por eso debe limitarse a producir *comodidades* y no otra cosa. En lo que os digo está precisamente la nueva orientación que debe tomar la personalidad humana, para avanzar.

II

INTUICIÓN

No os asustéis de esta incomprensible *intuición*[1]. Comenzad por no negarla y aparecerá. El gran concepto que la ciencia ha afirmado, (aunque sea en forma incompleta y con erróneas consecuencias): la evolución, no es una quimera, e impulsa vuestro sistema nervioso hacia una sensibilidad cada vez más exquisita, que preludia esa intuición. Es así como se manifestará esta psiquis más profunda, como aparecerá en vosotros, por ley natural de evolución, por una maduración fatal *que está próxima*. Dejaréis de lado, para los usos de la vida práctica, vuestra psiquis *exterior* y de superficie, que es la razón, porque sólo con aquella otra psiquis interior, que está en lo hondo de vosotros, podréis comprender la realidad más verdadera, que se halla en lo íntimo de las cosas. Tal es el único camino que lleva al conocimiento de lo Absoluto. *Sólo entre semejantes es posible comulgar, y para comprender el misterio que en las cosas existe, debéis saber descender al misterio que hay en vosotros mismos*.

Esto no os es del todo ignorado; observáis con asombro muchas cosas que afloran de una conciencia vuestra más profunda, sin poder delinear sus orígenes: instintos y tendencias, abstracciones, repulsiones e intuiciones. De ahí nacen, irresistibles, todas las afirmaciones más grandes de vuestra personalidad. Allí está vuestro Yo verdadero y eterno; no el Yo exterior, aquello que sois en un cuerpo más sentido, aquel Yo que es hijo de la materia y que con ella muere. Este Yo exterior, esa conciencia clara, se expande en el continuo devenir de la vida, y ahonda hacia aquella conciencia latente que tiende a subir y a revelarse. Los dos polos del ser, la conciencia exterior clara y la conciencia interior latente, propenden a fusionarse. La conciencia clara experimenta, asimila, ahonda en la latente los productos asimilados, a través del movimiento de la vida; destilación de valores, automatismos que serán los instintos del porvenir. Así la personalidad se expande con estos cambios incesantes y se realiza el gran fin de la vida. Cuando la conciencia latente se haya tornado clara y el Yo lo sepa todo acerca de sí mismo, ese día el hombre habrá vencido a la muerte. Profundizaremos más adelante dicha cuestión.

---

[1] De este método especialísimo de investigación, apenas delineado aquí, se ha tratado a fondo en los volúmenes *"Las Nóures"* y *"Ascensión Mística"* del mismo autor. (N. del T.)

El estudio de las ciencias psíquicas es el más importante que podéis hacer hoy. El nuevo instrumento de investigación que debéis desarrollar y que de modo natural se está desarrollando es, precisamente, la conciencia latente. Habéis mirado bastante fuera de vosotros; resolved ahora el problema de vosotros mismos y habréis solucionado los demás problemas. Habituad poco a poco vuestro pensamiento a seguir este nuevo orden de ideas, y si sabéis transferir el centro de vuestra personalidad a esos estratos profundos, sentiréis cómo se revelan en vosotros, sentidos nuevos, una percepción anímica, una facultad de visión directa que es aquella intuición de que os he hablado. Purificaos moralmente, refinad la sensibilidad del instrumento de investigación que sois, y sólo entonces podréis *ver*.

Los que no sienten de ningún modo estas cosas, los inmaduros, deben permanecer a un lado; que vuelvan a chapalear en el fango de sus bajas aspiraciones y no pidan el conocimiento, premio valioso, concedido tan sólo al que lo ha merecido duramente.

III

LAS PRUEBAS

Si vuestra conciencia no hace que os asombréis ya de cualquier posibilidad nueva, ¿cómo podéis, a priori, negar una forma de existencia diversa a la de vuestro cuerpo físico? Por lo menos, debéis tener la duda de aquella supervivencia que vuestro Yo, dentro, os sugiere a cada momento y que, de manera inconsciente, por instinto, soñáis en todas vuestras aspiraciones y obras. ¿Cómo podéis creer que vuestra pequeña Tierra, que veis navegar en el espacio como un minúsculo grano de arena en el infinito, contenga la única forma posible de vida en el universo? ¿Cómo podéis creer que vuestra vida, de dolores y alegrías ficticias y contradictorias, pueda representar la vida toda de un ser?

¿No habéis soñado nunca ni esperado algo más alto en la tarea cotidiana de vuestros sufrimientos y de vuestro trabajo? Y si os ofreciese una fuga de esos sufrimientos, una liberación y una superación, si os abriese un ventanal hacia un mundo nuevo, grande e ignorado por vosotros, y os permitiese mirar adentro para vuestro bien, ¿no acudiríais como acudís a ver las máquinas que devoran el espacio, que surcan los cielos o captan

las lejanas ondas eléctricas? Venid. Os señalo los grandes descubrimientos que la ciencia deberá realizar; sobre todo, el de las vibraciones psíquicas, por las cuales nos es permitido a nosotros, espíritus sin cuerpo, comunicarnos con aquella parte de vosotros que es, como nosotros, espíritu[(1)]. Seguidme: no es un bello sueño ni una fantástica exploración del porvenir la que hago: representa vuestro mañana. Sed inteligentes, estad a la altura de la ciencia; sed modernos y, más aún, ultramodernos, y descubriréis el espíritu, que constituye la realidad del futuro; lo palparéis con el razonamiento, con el refinarse de vuestros órganos nerviosos, con el progreso de vuestros instrumentos científicos. El espíritu está ahí, a la espera, y hará vibrar las civilizaciones del porvenir.

Las verdades filosóficas fundamentales, tan discutidas durante milenios, serán racionalmente resueltas con la sola razón, porque vuestra inteligencia ha progresado; lo que antes, para otras fuerzas intelectivas, debía ser forzosamente dogma y misterio de fe, será cuestión de puro raciocinio, será demostrable y, por lo tanto, verdad obligatoria para todo ser pensante.

* * *

¿No sabéis que todos los descubrimientos humanos han nacido de la profundidad del espíritu que ha rozado el más allá? ¿De dónde provienen la chispa del genio, la creación del arte y la luz que guía a los conductores de pueblos, sino de ese mundo de que os hablo? Las grandes ideas que mueven y hacen avanzar al mundo, ¿las encontráis quizá en el ambiente de vuestras luchas cotidianas, o en el de los fenómenos que la ciencia observa? Y entonces, ¿de dónde vienen?

No podéis negar el progreso; incluso el materialismo, que os ha vuelto escépticos, ha debido pronunciar la palabra: *Evolución*. Vosotros mismos que negáis, sois todo un anhelo, un frenesí de ascensión, y no podéis negar que el intelecto progresa y que existen hombres más adelantados que otros. Por lo tanto, no puede ser imposible, para la razón ni para la ciencia, admitir que algunos entre vosotros alcancen, por evolución, tal sensibilidad nerviosa como para recoger lo que no lográis percibir: las ondas psíquicas que nosotros transmitimos en cuanto Espíritus. Son ellos los médiums espirituales, verdaderos instrumentos receptores de corrientes y conceptos que

---

(1) El autor describe detalladamente este fenómeno de captación de corrientes de pensamiento en el volumen *"Las Nóures"*; por eso en esta obra se habla en tercera persona, como en *"Los Grandes Mensajes"* . (N. del T.)

podemos transmitir; es este el más alto grado de la mediumnidad (en algunos casos por entero consciente), y cuando pueden establecerse relaciones de sintonía, nos servimos de ellas para el alto fin de transmitiros nuestro pensamiento.

Muchos médiums oyen con un nuevo sentido, el oído psíquico, no ya acústico; nos oyen con su cerebro. Sintonía quiere decir capacidad de resonancia; espiritualmente, sintonía se llama simpatía, es decir, capacidad de sentir al unísono. Tanto acústica como eléctrica o espiritualmente, el principio vibratorio de repercusión es el mismo, porque la Ley es una, en todos los campos[1].

Aquel que no oye, niega, naturalmente; pero no podrá, *no tendrá el derecho de negar* que otro pueda oír y que oiga. El que niega pide la prueba, y está dispuesto a otorgar el propio asentimiento sólo después de haber palpado aquellos hechos determinados que son necesarios para conmover su tipo de mentalidad. Pero ¿no habéis pensado nunca en la relatividad de vuestra psicología, debida al diverso grado de evolución de cada cual? ¿No habéis pensado nunca que lo que llega a una mentalidad deja a otra indiferente, y que cada una exige *"su"* prueba? ¡Qué inmenso número de pruebas habría que dar para que cada cual se sienta tocado en su propia y especial sensibilidad! A cada uno, un hecho que se injertara en su vida, en su concepción de vida, en la orientación dada a la totalidad de sus actos. Y tampoco el razonamiento sirve para todos, puesto que las demostraciones se convierten a menudo en discusiones que, lejos de convencer, se tornan desahogo agresivo, ejemplo de lucha que exaspera los ánimos.

Quedará el prodigio. Pero las Leyes de Dios son inmutables, porque son perfectas, y lo que es perfecto no puede corregirse ni alterarse. Creed: está sólo en vuestra psicología, ordenada en violaciones, aquel bajo pensamiento de que una violación es prueba de fuerza. Esto puede haber sido así en vuestro pretérito de hombres salvajes, formados de lucha y rebelión; para nosotros, en cambio, el poder radica en el orden, en el equilibrio, en la coordinación de las fuerzas, y no en la rebelión, el desorden, ni el caos.

Y un milagro ¿os persuadirá? Los ha hecho Cristo ¿y los habéis creído? El milagro es siempre un hecho externo a vosotros, que podéis negar cuando así os convenga, porque perturba vuestros intereses.

---

[1] Para el desarrollo de estos conceptos, ver los volúmenes: *"Las Nóures"*, *"Ascensión Mística"*, *"La Nueva Civilización del III Milenio"* y *"Problemas del Futuro"* del mismo autor. (N. del T.)

Conclusión: o tenéis pureza de alma y sinceridad de intenciones, y entonces sentiréis en mis palabras la verdad sin pruebas exteriores (he aquí la intuición), por su tono y contenido; o bien sois de mala fe, os acercáis con doble propósito, para demoler o especular, porque, toda discusión aparte, tenéis ya el preconcepto de vuestro interés o goce, y entonces estáis armados para rechazar cualquier prueba. El hecho no es exterior, apreciable con los sentidos, y por lo tanto siempre discutible para el que quiera negarlo, sino que es un hecho íntimo, intrínseco.

La verdadera prueba es una sola. Es la mano de Dios que llega a vuestras casas; el dolor que, al superar las humanas barreras, os toca y os conmueve; es la crisis del espíritu, la madurez del destino, la tonante voz del misterio que os sorprende en un recodo de la vida y os dice: ¡Basta! ¡He aquí el camino! Esta prueba la sentís; os perturba, os abruma y asusta, pero es irresistible, de modo que os cambia y persuade. Entonces vosotros, burlones negadores, os arrodilláis, tembláis y lloráis. El gran momento ha llegado. Dios os tocó. ¡He ahí la prueba!

Vuestra vida está llena de esas fuerzas ignoradas en acción. Son las más poderosas, aquellas de las cuales dependen tanto vuestros asuntos como el destino de los pueblos. ¿Cuántas hay prontas a moverse, en el mañana ignorado, incluso contra ti, que estás leyendo? Los inconscientes encogen sus hombros despectivamente cuando se trata del futuro; sólo los valerosos se atreven a mirarlo de frente, ya sea él bueno o malo. Hablo de tu destino, hombre, de tu victoria y de tus dolores venideros, no sólo en ese remoto porvenir del que no te preocupas, sino de tu futuro inmediato. Mis palabras te darán un nuevo y más profundo sentido de la vida y del destino, de tu vida y de tu destino.

He hablado ya al mundo y a los pueblos acerca de sus grandes problemas colectivos. Ahora te hablo a ti, en el silencio de tu recogimiento. Mis palabras son buenas y sabias, y tratan de hacer de ti un ser mejor, para ti mismo, tu familia y tu patria.

IV

CONCIENCIA Y MEDIUMNIDAD

Tenéis medios para comunicaros con seres más importantes, que no son los que llamáis marcianos; pero se trata de medios de orden psíquico, no ya de instrumentos mecánicos; medios psíquicos que la ciencia (la cual indaga de fuera hacia adentro) y vuestra evolución (que se expande de dentro hacia afuera) llevarán a la luz. Se puede denominar conciencia latente, a una conciencia vuestra más honda que la normal y atribuirle la causa de muchos fenómenos inexplicables para vosotros. El sistema de investigación positiva, haciéndoos ver más profundamente en las leyes de la naturaleza, os ha hecho descubrir el modo de transformar las ondas eléctricas, dándoos un primer término de comparación sensible de aquella materialización de medios que adoptamos nosotros. Estáis un tanto aproximados y podéis en la actualidad, también científicamente, comprender mejor.

Seguidme procediendo desde fuera -donde estáis vosotros, con vuestras sensaciones y vuestra psiquis- hacia dentro, donde estoy yo como Entidad y como pensamiento. En el mundo de la materia tenemos primero los fenómenos, luego vuestra percepción sensorial y, finalmente -a través de vuestro sistema nervioso que converge en el cerebro- vuestra síntesis psíquica: la conciencia. Hasta aquí obráis como investigación científica y como experiencia cotidiana. Vuestro materialismo no se ha equivocado al ver en esta conciencia un alma hija de la vida física y destinada a morir con ella. Pero ésta no es más que una *psiquis de superficie*, resultado del ambiente y de la experiencia, antepuesta a la satisfacción de vuestras necesidades inmediatas y cuya misión se reduce a guiaros en la lucha por la vida. Tal instrumento, como ya os dije, no puede sobrepasar esa misión y, lanzado en el gran mar del conocimiento, se pierde; es la razón y el buen sentido, la inteligencia del hombre normal, la cual no va más allá de las necesidades de la vida terrestre.

Si descendemos más profundamente, hallamos la conciencia latente; está, ante la conciencia exterior y clara, como las ondas eléctricas ante las acústicas. A dicha conciencia más profunda, pertenece aquella intuición que constituye el medio perceptivo al cual he dicho que es necesario que lleguéis, para que vuestro conocimiento avance.

La conciencia latente, es vuestra verdadera alma eterna, la que preexiste al nacimiento y sobrevive a la muerte corpórea. Cuando la ciencia, avanzando, llegue hasta ella, la inmortalidad del espíritu será demostrada. Pero hoy no sois conscientes de esa profundidad, ni sensibles a aquel nivel; y al no tener en vosotros mismos ninguna sensación, negáis. Vuestra ciencia corre tras vuestras sensaciones, sin sospechar que éstas pueden superarse, y queda circunscrita a ellas, como en una cárcel. Aquella parte de vosotros mismos se encuentra sumergida en tinieblas; al menos, lo está para la gran mayoría de los hombres, que por eso niegan y, siendo mayoría, hacen e imponen la ley, relegando a un campo común de expulsados de la normalidad y nivelando en dolorosa condena tanto lo subnormal, vale decir, lo patológico o no evolucionado, como lo supranormal, que es el elemento ultraevolucionado del mañana. En este campo ha pecado mucho el materialismo. Sólo algunos seres excepcionales, anticipos de la evolución, son conscientes en la conciencia interior. Ellos oyen y dicen cosas maravillosas, pero vosotros no los comprendéis sino tardíamente, tras haberlos martirizado. No obstante, es este el estado normal del superhombre del porvenir.

He aludido a esa conciencia interior porque ella constituye la base de la más alta forma de vuestra mediumnidad, inspiradora, activa y consciente, que es, precisamente, manifestación de la personalidad humana cuando alcanza por evolución esos estados profundos de conciencia que pueden llamarse intuición.

Vuestra conciencia humana, es el órgano exterior mediante el cual vuestra alma verdadera, eterna y profunda, se pone en contacto con la realidad externa del mundo de la materia. Por su intermedio experimenta ella todas las incidencias de la vida, atesora experiencias, asimila su destilado zumo, y se apropia de las cualidades y aptitudes que serán después los instintos y las ideas innatas del porvenir. Es así como la esencia destilada de la vida desciende a lo profundo, a lo íntimo del ser, fijándose en la eternidad, como cualidad imperecedera, y nada, nada de cuanto vivís, lucháis y sufrís, se pierde en su substancia. Veis que cada uno de vuestros actos tiende, con la repetición, a fijarse en vosotros, transformándose en aquellos automatismos que son los hábitos, es decir, una vestimenta, un ropaje, que se sobrepone a la personalidad. Este descenso de las experiencias de la vida, se estratifica así, en torno al núcleo central del yo, que se agranda en un proceso de expansión continua; de tal modo la realidad exterior (tanto más relativa e inconsistente, cuanto más exterior) sobrevive a la caducidad a que la condena el constante transformismo que la acosa, y transmite a lo eterno aquello que vale y produce su existencia. De forma que nada muere en el

torbellino inmenso de la totalidad de las cosas, y todo acto de vuestra vida reviste valor eterno.

Quien llega a ser consciente, también en la conciencia latente, vuelve a encontrar su Yo eterno y en la vasta urdimbre de las alternativas humanas, puede hallar el hilo conductor a lo largo del cual -lógicamente, según una ley de justicia y equilibrio- se desarrolla el propio destino. Él vive entonces su más grande vida de la eternidad, y ha vencido con ello a la muerte. Se comunica entonces libremente sobre la Tierra -por un proceso de sintonización que implica afinidad- con las corrientes de pensamiento que existen allende las dimensiones de espacio y tiempo. Ya señalé, en otra parte, la técnica de esta comunicación conceptual o mediumnidad inspiradora.

Os he trazado así el cuadro de la técnica de vuestra ascensión espiritual, efecto y objetivo de vuestra vida. En mis palabras veréis siempre aletear esta gran idea de la evolución, pero no ya en el limitado concepto materialista de evolución de las formas orgánicas, sino en el mucho más amplio de la evolución de las formas espirituales, de ascensión de almas. Tal es el principio central del universo, la gran fuerza motriz de su funcionamiento orgánico; el universo infinito palpita de vida que, al reconquistar su conciencia, retorna a Dios. Este es el gran cuadro que os mostraré; es la visión que, partiendo de vuestros conocimientos científicos, os indicaré. Y recordadlo: si mi demostración se inicia con una disquisición para uso de los escépticos, es un rayo de luz que arrojo sobre el mundo, una inmensa sinfonía que en alabanza de Dios, entono.

V

NECESIDAD DE UNA REVELACIÓN

Os he hablado de vuestra razón humana, con la que habéis construido vuestra ciencia, afirmando la relatividad de aquel instrumento de investigación y su insuficiencia como medio para la conquista del conocimiento de lo Absoluto.

Os conduzco ahora, lentamente, cada vez más cerca del centro de la cuestión. El argumento que os expongo representa un principio nuevo para vuestra ciencia y

filosofía, así como para vuestro pensamiento. El momento psicológico por el que atraviesa hoy la humanidad, exige la ayuda de esta revelación. Y no os maravilléis de tal palabra: la revelación no es sólo aquella de la que las religiones nacieron, sino además todo contacto del alma humana con el pensamiento íntimo que en lo creado está; contacto que revela al hombre un nuevo misterio del ser. La psicología humana, bien lo veis, tal como en la actualidad es, no tiene porvenir; lo busca anhelosa pero no sabe por sí sola encontrarlo. Espera algo, confusamente, sin saber qué puede nacer, de dónde ni cómo, pero aguarda, por una necesidad íntima, por un instinto imperioso, pues constituye ley de la vida; está a la escucha y se dispone a evaluar todas las voces, así las verdaderas como las falsas, para seleccionar la que responda a su infalible instinto, aquella que, descendiendo de las profundidades del Infinito, sabrá sola hacerla estremecer. Sobre todo, esperan los hombres de pensamiento, que están a la cabeza del movimiento intelectual, y los hombres de acción, que se hallan a la vanguardia del movimiento político y económico del mundo. La mente humana busca un concepto que la sacuda, un concepto profundo y más poderosamente sentido, que la oriente hacia la inminente nueva civilización del tercer milenio.

De los conceptos de que disponéis, unos son insuficientes, otros se encuentran exhaustos, y los hay que están tan cargados de incrustaciones humanas como para quedar por ellas aplastados. *La ciencia*, de tal modo cegada por el orgullo, cuando nació, se ha mostrado impotente frente a los últimos "por qué", y en su pretensión de generalizar, de pocos principios, los más bajos, os ha perjudicado en gran manera, rebajándoos y haciéndoos retroceder hacia aquella materia que ella solamente estudiaba. *Las filosofías* son productos individuales, la elevación a sistema de esa premisa incontrovertible que es el propio Yo y, aunque constituyen intuiciones, son intuiciones parciales, visiones personales que no interesan sino al grupo de los afines. El buen sentido es instrumento inmediato para los objetivos materiales de la vida y no puede sobrepasarlos; es, pues, incapaz de bastar. *Las religiones*, tantas y -imperdonable error- todas en lucha entre sí, exclusivistas en la posesión de la Verdad, y esto en nombre del mismo Dios, se proponen, en lugar de buscar el puente que las una, excavar el abismo que las divide, ansiosas de invadir cada una el mundo entero, en vez de coordinarse colocándose cada cual en el nivel que por la profundidad de la revelación recibida le corresponde; han recubierto de humanidad, lamentablemente, la originaria Chispa Divina.

Debo definir desde ya mi pensamiento para no ser mal interpretado y tomado como punto de mira por los anhelantes de destrucción y de humana agresividad. No vengo a

combatir a ninguna religión, sino a coordinarlas todas como otras tantas aproximaciones diversas de la Verdad, que es Una y no, como quisierais, múltiple. Pero sitúo en el más alto puesto sobre la Tierra, la revelación y religión de Cristo, como la más completa y perfecta entre todas. Aclarado este concepto, continúo y constato el hecho innegable de que ninguna de vuestras creencias hoy sostiene, conmueve ni arrastra verdaderamente a las masas.

Frente a las grandes pasiones que movieron una vez a los pueblos, el espíritu se ha adormecido actualmente en el escepticismo, ha caído por completo en el vacío, hasta el punto de no quedarle siquiera la fuerza de una rebelión ni la sombra de un interés, ya fuera simplemente para negar; se ha vuelto una nulidad cubierta de máscara risueña, ha descendido el último peldaño, está en la postrera fase del agotamiento: la indiferencia.

Tal es el panorama de vuestro mundo espiritual. Lo que os guía verdaderamente en la realidad de la vida es, desgraciadamente, otra cosa muy distinta: el egoísmo y vuestras bajas pasiones, en las que tenazmente creéis. Pero no podéis llamar a esto una orientación, un principio capaz de dirigiros hacia más altas metas. Si esto constituye un principio, lo es de disgregación y de ruina; hacia esta última, en efecto, corre a gran velocidad el mundo.

Por lo tanto, no llega por azar esta palabra mía, ni viene para destruir las verdades que poseéis, sino para repetíroslas en una forma más persuasiva y evidente, más adherente a las nuevas necesidades de la mente humana. Vuestra psicología no es ya la de vuestros padres, y las formas que a ellos se ajustaban, no se ajustan a vosotros; sois inteligencias salidas de la minoría de edad: vuestra mente se ha habituado a mirar por sí misma y puede hoy soportar más vastas visiones; pregunta, quiere saber y tiene derecho de saber más. Podéis hoy, con vuestra nueva maduración, ver y resolver directamente problemas que vuestros antepasados apenas presentían. Además, vuestros problemas individuales y colectivos se han tornado demasiado complejos y delicados para que puedan bastar los sumarios enunciados de las verdades conocidas. En el actual período de grandes maduraciones, superáis vuestras ideas de cada momento con una velocidad sin precedente para vosotros. Puestos de lado los inmaduros y mentirosos, hay un gran número de personas honestas que tienen necesidad de saber más, y más precisamente. En fin, disponéis hoy -con los medios mecánicos que la ciencia os ha dado y los secretos que habéis sabido extraer de la naturaleza- de una potencia de acción mucho mayor que en el pasado; potencia que exige de vosotros, que

la manipuláis, también una mayor sabiduría, para que su poder no se traduzca, si es adoptado con la pueril y salvaje mentalidad de los siglos anteriores, en vuestra destrucción, en lugar de en vuestra grandeza. Ha llegado, por lo tanto, la hora de que mi palabra sea dicha.

VI

MONISMO

Aproximémonos todavía más a la cuestión por desarrollar. Eran necesarias estas premisas para acompañaros hasta aquí. Observad cómo procedo en el desarrollo de mi pensamiento. Voy avanzando según una espiral que estrecha gradualmente sus volutas concéntricas y, cuando torno a pasar por el mismo orden de ideas, toco ese radio, que parte del centro, en un punto cada vez más próximo a él; y hacia dicho centro guío vuestro pensamiento. En la presente exposición parto de lo externo y voy hacia lo interior; de la materia, que es la realidad de vuestros sentidos, al espíritu, que contiene una realidad más verdadera y más alta; marcho de la superficie a lo profundo, de la multiplicidad fenoménica al Principio Uno que la rige. Por eso he llamado a este tratado: "La Gran Síntesis".

Estoy en el otro polo del ser, en el extremo opuesto de aquel en que vosotros estáis: vosotros -racionales- sois análisis; yo -intuitivo- (contemplación, visión), soy síntesis. Pero ahora desciendo hasta vuestra psicología racional de análisis, la tomo como punto de partida, para así llevaros a la síntesis, punto de llegada. Parto de la forma para explicaros el oscuro impulso palpitante, el motor que la anima, tenazmente arraigado en el misterio. Penetro, resumo y reduzco a un monismo absoluto el inmenso detalle del mundo fenoménico, tan vasto si lo multiplicáis por el infinito del tiempo y del espacio; la multiplicidad de los efectos, en los cuales, trabajosamente y después de larga y paciente búsqueda, la ciencia ha encontrado algunas leyes, la canalizo por las vías que conducen convergentes al Principio Único. De un mundo que os puede parecer caótico haré -para vuestras mentes- un organismo completo y perfecto. La complejidad que os espanta será llevada y reducida a un concepto central único y simple, a una Ley única que todo lo rige.

Podéis llamar *Monismo* a esto; tened presente los conceptos más que las palabras. La ciencia creyó a veces haber descubierto y creado un concepto nuevo sólo porque acuñaba una nueva palabra. Y el concepto es éste: como del *politeísmo* habéis pasado al *monoteísmo*, es decir a la fe en un solo Dios (pero siempre antropomórfico, en cuanto realiza una creación suya fuera de sí), ahora pasáis al *Monismo*, vale decir, al concepto de *un Dios que "es" la creación*. Leed todavía antes de juzgar. Haré brillar en vuestras mentes un Dios más grande aún de lo que habéis sabido concebir. Del politeísmo al monoteísmo y al monismo, se dilata vuestra concepción de la Divinidad. Este tratado es, en consecuencia, el himno de su gloria.

Siento ya esta síntesis suprema en un destello de luz y de alegría. A esa meta quiero conduciros, también a vosotros, a través del estudio del funcionamiento orgánico del universo. El tratado se os aparecerá así como una progresión de conceptos, una ascensión continua por aproximaciones graduales y sucesivas. Podrá pareceros también como un viaje del espíritu, y es verdaderamente el gran viaje del alma que retorna a su Principio, de la criatura que vuelve al Creador. Todo horizonte nuevo que la razón y la ciencia os han mostrado, no ha sido sino la ventana abierta hacia un horizonte todavía más lejano, y así sucesivamente, siempre; pero os indicaré el último término, que está en lo hondo de vosotros mismos y en el cual el alma reposa. Volveremos a levantarnos de las ramificaciones de los efectos últimos, progresando desde la periferia hacia el centro, al tronco de la Causa Primera que en aquéllos se multiplica.

En vuestro mundo, está la realidad fraccionada por barreras de espacio y tiempo; la unidad aparece como pulverizada en lo particular; vemos el infinito resquebrajarse, dividirse, corromperse en lo finito, lo eterno en lo caduco, lo absoluto en lo relativo. Pero recorreremos el camino inverso a este descenso y tornaremos a encontrar aquel Infinito que no podría la razón daros nunca, porque el análisis humano no puede recorrer la serie de los efectos por todo el espacio y por la eternidad toda, y no dispone de aquel infinito por el cual es necesario multiplicar lo finito para obtener la visión de lo Absoluto.

El objetivo de este viaje consiste en dar al hombre una nueva conciencia cósmica, una conciencia que le haga sentir no ya sólo que él es indestructible y eterno -que es miembro de una humanidad que comprende todos los seres del universo- sino que representa asimismo una fuerza y le corresponde una misión importante en el funcionamiento orgánico del mismo universo. Vivís para conquistar una conciencia

cada vez más vasta. El hombre -rey de la vida sobre el planeta Tierra- ha alcanzado una conciencia individual propia que es premio y victoria. Está construyendo una más amplia: la conciencia colectiva que lo organiza en unidades nacionales; y se fusionará en una unidad espiritual todavía mayor: la humanidad. Pero yo arrojo la semilla de una conciencia universal, la única que os dará la visión de la totalidad de vuestros deberes y derechos, y podrá justamente guiar toda vuestra acción, aparte de resolver todos vuestros "por qué". Este camino, que parte de vuestro conocimiento científico humano, llegará también a conclusiones de orden práctico, individual y social. El exponer las leyes de la vida tiene por objeto enseñaros normas más completas de conducta. Sabiendo ver en el abismo de vuestro destino, sabréis obrar cada vez más altamente.

He aquí trazada la vía que hemos de seguir. Y la seguiremos no sólo para saber sino además para obrar. Cuando se haya hecho luz en la mente, deberá el corazón encenderse de pasión para marchar tras la mente, que ha visto.

Ascensión es la idea dominante. Dios es el centro. Este tratado representa más que una gran síntesis científica y filosófica; se trata de una revolución introducida en vuestro sistema de investigación, una dirección nueva dada al pensamiento humano para que, después de este impulso, pueda él canalizarse en una nueva senda de conquistas; es una revolución que no destruye ni niega llevando la arbitrariedad y el desorden, sino que afirma y crea, guiándoos hacia un orden y un equilibrio cada vez más completos y complejos, hacia una ley cada vez más fuerte y más justa.

Pues bien, para ayudar a nacer en vosotros esa nueva conciencia que está a punto de aparecer, para estimular esa transformación vuestra que es inminente y que impone la evolución, de la fase humana a la suprahumana, os enseño un método nuevo de investigación por los caminos de la intuición, os indico la posibilidad de una nueva ciencia, vuestra nueva ciencia, conquistada mediante el sistema de los místicos, y por la cual los fenómenos son penetrados con una nueva sensibilidad, vuestra nueva sensibilidad, abriendo las puertas del alma además de las puertas de los sentidos; del alma, de la cual os habré enseñado todos sus insospechados recursos y todos los medios de percepción directa; los fenómenos no son de tal modo vistos u oídos ni tocados por un Yo cualquiera, sino *sentidos* por un ser transformado en delicadísimo instrumento de percepción, porque está sensitivamente evolucionado, refinado en su sistema nervioso, y sobre todo perfeccionado moralmente. Una ciencia nueva, conducida por los caminos del amor y de la elevación espiritual, es la ciencia con la

cual el superhombre que está a punto de nacer fundará la nueva civilización del tercer milenio[1].

VII

ASPECTO ESTÁTICO, DINÁMICO Y MECÁNICO DEL UNIVERSO

Llegados a este punto podemos establecer en líneas generales los conceptos fundamentales que analíticamente desarrollaremos luego.

No os digo: observemos los fenómenos y deduzcamos sus consecuencias, busquemos el principio. Sino que os digo: este es el cuadro del universo; observad y veréis que los fenómenos en él entran y le corresponden todos. El universo es unidad que comprende todo cuanto existe. Dicha unidad puede considerarse bajo tres aspectos: estático, dinámico y mecánico.

En su aspecto *estático*, la Unidad-Todo se considera abstractamente seccionada en un momento de su eterno devenir, para que vuestra atención pueda observar particularmente su estructura más que el movimiento. Como estructura, el universo es un organismo, vale expresar, un todo compuesto de partes, no ya reunidas al azar sino con orden, proporción recíproca y -aunque momentánea y excepcionalmente pueda ocurrir lo contrario- siempre correspondientes entre sí, como es necesario en un organismo en que las partes, al funcionar, deben coordinarse para un fin único.

En su aspecto *dinámico*, la Unidad-Todo se considera en lo que ella es verdaderamente: un eterno devenir. El universo es un continuo movimiento. Movimiento significa trayectoria. Trayectoria significa un término por alcanzarse. En la realidad, el aspecto dinámico está fusionado con el estático, que hemos aislado para facilitar las observaciones. El movimiento es orgánico, es un funcionamiento de partes coordinadas. Así, el concepto de simple movimiento se define y completa en un

[1] El concepto de una nueva civilización, repetido varias veces en este escrito, se desarrolla en el tercer volumen de la II trilogía: *"La Nueva Civilización del III Milenio"*. (N. del A.)

devenir más complejo, que no constituye ya sólo movimiento físico sino además transformismo fenoménico, y el concepto de trayectoria se complica en el más amplio de progresión hacia una meta.

El aspecto *mecánico* no es más que el concepto del movimiento abstractamente aislado para poder hacer mejor el análisis y captar el principio, definir la ley, a través del estudio de la trayectoria-tipo de los movimientos fenoménicos. Es el estudio de la Ley, en cuanto forma y norma del devenir.

Resumiendo:

El aspecto *estático* nos muestra el universo en su estructura y forma; el *dinámico*, en su movimiento y devenir, y el *mecánico* en su principio y en su ley. Pero ellos no son más que aspectos, puntos de vista diversos del mismo fenómeno; coexisten y los reencontramos siempre conectados, por doquiera.

Del examen de estos tres aspectos surge la idea gigantesca que domina el universo todo. Sea que lo observemos como organismo, como devenir o como ley, llegamos al mismo concepto por tres caminos diversos que se suman y refuerzan la conclusión. Arribamos así al principio único, a la idea central que gobierna el universo. Ese principio, esa idea, es *orden*. ¡Imaginad contra qué obstáculo tremendo chocaría, si el orden no reinase soberano, un funcionamiento tan complejo como es el de lo creado, un transformismo que jamás se detiene! Sólo semejante principio puede estabilizar un movimiento de tal amplitud. Todo fenómeno, en cualquier campo, tiene una trayectoria propia de desarrollo, que no puede cambiar, porque es su ley coordinada con la Ley mayor; posee su voluntad de existir, en una forma que lo individualiza, y de moverse para alcanzar una meta precisa, que es su razón de ser; es lanzado con una velocidad y una masa suyas, que lo distinguen inconfundiblemente entre todos los fenómenos. ¿Cómo podría moverse todo sin precipitarse en un cataclismo universal inmediato, si cada trayectoria no estuviese ya inviolablemente trazada? Y vosotros no podéis menos que encontrar este principio de una Ley soberana, dondequiera, en todo momento. Vuestra existencia individual, vuestra historia de pueblos, vuestra vida social, tienen sus leyes. Vuestras estadísticas, por el principio de los grandes números, las captan y pueden deciros cuántos nacimientos, o muertes, o delitos habrá, aproximadamente, en los años siguientes. Pero también el campo moral y espiritual tiene sus leyes, y si su complejidad os hace perder su rastro, la Ley subsiste no obstante en aquel campo, matemáticamente exacta. No hablo de los fenómenos biológicos o astronómicos,

físicos ni químicos. Si podéis moveros, obrar y obtener algún resultado, es porque todo, junto a vosotros, se mueve en el orden, según una Ley; y en ella confiáis constantemente, porque sólo ella os da la garantía de la continuidad de los efectos y reacciones. Ley no inexorable, no insensible, pero sí compleja, extraordinariamente compleja en toda la red de sus repercusiones; una Ley elástica, adaptable, compensadora, hecha de una latitud tan vasta que comprende en su ámbito las posibilidades todas. Pero Ley, siempre Ley, exacta en las consecuencias de todo acto, férrea en las conclusiones y sanciones, poderosa, inmensa, matemáticamente precisa en su funcionamiento.
Ella es orden más amplio y poderoso que el desorden, al que por lo tanto, abarca y guía hacia sus metas; es equilibrio más vasto que el desequilibrio, al que comprende y limita en un ámbito no superable. Equilibrio y orden son también el Bien y la Alegría. En todos los campos la Ley es una. Y la Alegría es más fuerte que el dolor, el cual se convierte en instrumento de felicidad, y el Bien es más poderoso que el mal, al que ese bien limita y constriñe a sus fines. Si existen el desorden, el mal y el dolor, existen, de consiguiente, sólo como reacción, excepción, condición; como contraimpulsos encerrados dentro de límites invisibles pero determinantes e inviolables. Esta es la verdad, aunque resulte difícil trazarla en modo asequible para vuestra razón, que observa la materia, la cual, por estar a la distancia máxima del centro de la Causa Primera, es lo más inadecuado que haya para revelaros aquella causa y, aún conteniendo todo el principio, lo oculta más secretamente en su profundidad.

No confundáis el orden y la presencia de la Ley con un automatismo mecánico y un fatalismo absurdo. Os he dicho que el orden no es rígido, sino que posee espacios de elasticidad, tiene subdivisiones de desorden, de imperfección, se complica en reacciones, pero permanece siendo orden y Ley al mismo tiempo, en lo Absoluto. Un ejemplo: frente a la voluntad de la Ley tenéis la voluntad de vuestro libre albedrío, mas se trata de una voluntad menor, marginada, circunscrita por aquella voluntad mayor; podéis agitaros a vuestro placer, pero dentro de un recinto, y no más allá.

Este movimiento se os permite porque es necesario que, en determinado ámbito que os compete, seáis libres y responsables y podáis, en libertad y con responsabilidad, conquistar vuestra felicidad. He resuelto, así de paso, el conflicto para vosotros insoluble, entre determinismo y libre albedrío. Estos conceptos nos llevarán posteriormente a la concepción de una exacta moral científica.

VIII

LA LEY

La Ley. He aquí la idea central del universo, el divino soplo que lo anima, lo rige y mueve, tal como vuestra alma, pequeña centella de aquella gran luz, rige vuestro cuerpo. El universo de materia estelar que veis, es como la corteza, manifestación exterior, el cuerpo de aquel principio que está en lo íntimo, en el centro.

Vuestra ciencia, que observa y experimenta, se halla en la superficie y trata de encontrar aquel principio a través de sus manifestaciones. Las pocas verdades particulares que posee son meramente fragmentos mal ajustados de la Gran Ley. La ciencia observa, supone un principio secundario, hace de él una hipótesis, trabaja con ella esperando una confirmación de la experiencia; construye una teoría sobre la base de aquél. No ha visto entonces más que una última pequeña ramificación del concepto central; y laboriosamente, porque éste se rodeará de misterio mientras el hombre no sea menos malvado, menos propenso a hacer mal uso del saber, y más digno de contemplar la faz de las cosas santas. Os hablo de cosas eternas; por eso, que no os asombre este lenguaje para vosotros anticientífico, ubicado fuera de la psicología que vuestro actual momento histórico os proporciona. La mía no es, como la vuestra, una ciencia agnóstica e impotente para concluir, ni es tampoco la ciencia de un día. Recordad que la verdadera ciencia toca el misterio y sumerge en él sus brazos, sagrado misterio, santo y divino; que la verdadera ciencia es religión y plegaria, y no puede ser verdadera si no es además fe de apóstol y heroísmo de mártir.

La Ley es Dios. Él es la gran alma que está en el centro del universo, no centro espacial, sino de irradiación y atracción. Desde este centro irradia Él y atrae, siéndolo todo: el principio y sus manifestaciones. He aquí cómo puede -cosa para vosotros inconcebible- ser realmente omnipresente.

Es necesario esclarecer este concepto. Ha llegado el momento de volver a tomar la idea de la cual partimos, los tres aspectos del universo, para profundizarla.

A esos tres aspectos responden tres modos de ser del universo.

La *estructura* o forma, el *movimiento* o devenir, el *principio* o ley, pueden también llamarse:

Materia - Energía - Espíritu

o también, moviéndose en sentido inverso:

Pensamiento - Voluntad - Acción.

Del primer modo de ser, que es:

Espíritu - Pensamiento - Principio o Ley

se deriva el segundo, que es:

Energía - Voluntad - Movimiento o Devenir

y del segundo, el tercero, que es:

Materia - Acción - Estructura o Forma.

Estos tres modos de ser están ligados por relaciones de derivación recíproca. Para hacer más simple la exposición, reduciremos dichos conceptos a símbolos. La idea pura, el primer modo de ser del universo, que llamaremos espíritu, pensamiento, ley, y que representaremos con la letra α, se condensa, se materializa vistiéndose con la forma de voluntad, concentrándose en energía, exteriorizándose en el movimiento: segundo modo de ser, que representaremos con la letra β. En un tercer tiempo pasamos (por una más profunda materialización, condensación o exteriorización) al modo de ser que llamamos materia, acción, forma, el mundo de vuestra realidad exterior, y que representaremos con la letra γ.

El universo resulta constituido por una gran oleada que desde α, el espíritu (pensamiento puro, la Ley, que es Dios), va hacia un continuo devenir, que es movimiento formado de energía y voluntad (β), para alcanzar el último término γ, la materia, la forma . Dando a la figura $\rightarrow$ el significado de "va hacia" podremos decir: $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$.

El espíritu, α, es el principio, el punto de partida de esta oleada; γ, la materia, es el punto de llegada. Pero comprenderéis que cualquier movimiento, si se extendiera constantemente en una sola dirección, desplazaría todo el universo con acumulaciones (en sentido lato, no ya sólo espacial) de un lado y vacíos del otro, proporcionados y definitivos. Es necesario, en consecuencia, para que el equilibrio se mantenga, que la gran oleada de ida sea compensada por otra oleada equivalente de retorno. Esto es también lógico y se efectúa en virtud de una ley complementaria según la cual cada unidad es mitad de una unidad más completa. El movimiento que hay en el universo no es nunca un desplazamiento unilateral, efectivo y definitivo, sino la mitad de un ciclo que retorna al punto de partida tras haber recorrido un devenir dado, una vibración de ida y vuelta, completa en su contraparte inversa y complementaria.

A este movimiento descéntrico que hemos visto, expansión y extrinsecación, $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$, sigue, pues, un movimiento concéntrico inverso: $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$. Existe, por consiguiente, el movimiento inverso, mediante el cual la materia se desmaterializa, se disgrega, se expande en forma de energía, que es voluntad, movimiento y devenir, y que, a través de las experiencias de infinitas vidas, reconstruye la conciencia o espíritu. Aquí el punto de partida es γ, la materia, y el punto de llegada es α, el espíritu. De este modo, la espiral que antes se había abierto se cierra ahora; la pulsación de retorno completa el ciclo iniciado por la pulsación de ida.

Este es el concepto central del funcionamiento orgánico del universo. La primera oleada se refiere a la creación, al origen de la materia, la condensación de las nebulosas, la formación de los sistemas planetarios, de vuestro sol, de vuestro planeta, hasta la condensación máxima. La segunda oleada, la de retorno, es la que os interesa y la que ahora vivís, aquella que se refiere a la evolución de la materia hasta las formas orgánicas, el origen de la vida y, con la vida, la conquista de una conciencia cada vez más amplia, hasta la visión de lo Absoluto. Es la fase de retorno de la materia que, a través de la acción, la lucha y el dolor, reencuentra el espíritu y retorna a la idea pura, despojándose poco a poco de todos los moldes de la forma.

Estos simples tópicos aluden ya a la solución de muchos problemas científicos, como el de la constitución de la materia, de la posibilidad de llegar a ella como un inmenso depósito de energía, por medio de su disgregación, que no sería otra cosa que $\gamma \rightarrow \beta$. La energía atómica que buscáis, existe y la encontraréis[(1)].

[(1)] Estas páginas fueron escritas en 1.932. (N. del A.)

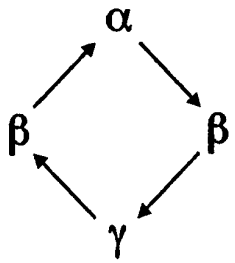
Por otra parte, estas indicaciones proyectan la solución de numerosos y complejos problemas morales. Frente al gran camino que seguís, escrita está la palabra *evolución*, y la ciencia no ha podido dejar de verla, pero la ha visto únicamente en las formas orgánicas y no en toda su inmensa vastedad. Vuestro ciclo podría definirse como un fisio-dínamo-psiquismo; su fórmula es $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$.

IX

LA GRAN ECUACIÓN DE LA SUBSTANCIA

Los dos movimientos $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$, y $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$, coexisten, por lo tanto, continuamente en el universo, en un constante equilibrio de compensación. Evolución e involución; la condensación de las nebulosas y la disgregación atómica han nacido y muerto en una dirección, muerto y nacido en otra. Nada se crea, ni nada se destruye, sino que todo se transforma. El principio es igual al fin.

Queriendo expresar esta coexistencia, podremos reunir las fórmulas de los dos movimientos, semiciclos complementarios, en una fórmula única que expresa el ciclo completo:

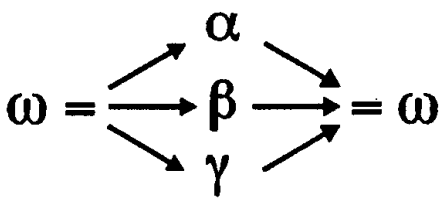


Pero definamos todavía mejor el concepto orgánico del universo, no ya considerándolo en su aspecto dinámico de movimiento, sino en su aspecto estático, en el cual resalta más su equivalencia que el transformismo de los tres términos. En su aspecto estático, las fórmulas se convierten en una fórmula única, que llamaremos *"La Gran Ecuación de la Substancia"*, es decir:

$$(\alpha = \beta = \gamma) = \omega$$

La letra ω representa el universo, el Todo.

Este es el concepto más completo de Dios, al cual tan sólo llegamos ahora: la Gran Alma del universo, centro de irradiación y de atracción; Aquel que lo es todo, el Principio y sus manifestaciones. He aquí el nuevo monismo que sucede al politeísmo y al monoteísmo de las edades pasadas.
He llamado a aquella fórmula la gran ecuación de la substancia, porque expresa las diversas formas que la substancia asume, permaneciendo siempre idéntica a sí misma. Podremos expresar mejor el concepto con una triple irradiación:



De estas expresiones se destaca un hecho capital. Siendo α, β, γ, tres modos de ser de ω, éste se encuentra en todo término, entero, completo, perfecto, todo, en cualquier momento. Tal es ω, en cada uno de sus modos de ser, y tal lo volvemos a encontrar siempre, en todo su infinito devenir.

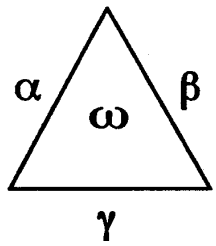
Así la ecuación de la substancia sintetiza el concepto de la Trinidad, vale expresar, de la Divinidad una y trina, que os ha sido ya revelada bajo el velo del misterio y que volveis a encontrar en las religiones.

La Ley de la cual hablamos es el pensamiento de la Divinidad, su modo de ser como Espíritu. El pensamiento, contemporáneamente, voluntad de acción, energía que obra, devenir que crea, es su segundo modo de ser, en que lo creado se manifiesta naciendo de lo que llamamos nada. Una forma de materia en acción es su tercer modo de ser; es lo creado que existe, el universo físico que veis. Tres modos de ser, distintos y, sin embargo, idénticamente los mismos.

Así ω es el Todo en lo particular y en el conjunto, en el instante y en la eternidad; en su aspecto dinámico se trata de un devenir, eterno en el tiempo de $\alpha \rightarrow \gamma$ y de $\gamma \rightarrow \alpha$, sin principio ni fin; pero el devenir retorna sobre sí mismo y es inmovilidad en la cual $(\alpha = \beta = \gamma) = \omega$. Eso es lo relativo y lo absoluto, constituye lo finito en que se pulveriza, el infinito en que se recompone; es abstracto y concreto, dinámico y estático, análisis y síntesis; en suma, es todo.

El inmenso respirar de ω: $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ ..., etc., se podría representar

asimismo con un triángulo, es decir, con una realidad cerrada en tres aspectos:



Cuando vuestra ciencia observa los fenómenos de la creación, sólo intenta descubrir un nuevo artículo de la Ley; pero dondequiera ha hallado y hallará siempre coexistentes los tres modos de ser de ω. Con cada nuevo pensamiento descubierto, la ciencia realizará una nueva aproximación de vuestra mente humana a la idea de la Divinidad. Y la ciencia puede ser sagrada también como una plegaria, como una religión, si es conducida y entendida con pureza de alma.

Lo que os he dicho es la máxima aproximación a la Divinidad que puede vuestra mente soportar hoy. Es mucho mayor que las precedentes, mas no es la última en el tiempo. Contentaos por ahora. Os dice ella que sois conciencias que despiertan, almas que vuelven a Dios. Es la concepción bíblica del Ángel caído que resurge; la concepción evangélica del Padre, del Hijo y del Espíritu; la que coincide con todas las revelaciones pasadas y asimismo con vuestra ciencia y vuestra lógica; la concepción de Cristo, que os ha redimido en el dolor. Muchas cosas sois además, pero para vosotros son ellas todavía inconcebibles. El universo es un infinito y vuestra razón no constituye la medida de las cosas.

No oséis mirar de más cerca la Divinidad, ni a definir otras más, sino que consideradla como esplendor enceguecedor que no podéis contemplar. Y considerad a toda cosa que

existe y que os circunda como un rayo de su esplendor que os roza. No reduzcáis la Divinidad a las formas antropomórficas, no la circunscribáis a conceptos hechos a vuestra imagen y semejanza. No mencionéis el Santo Nombre en vano. Que Dios sea vuestra más alta aspiración, como lo es de todo lo Creado. No os dividáis entre ciencia y fe, entre religión y religión en la única meta, que consiste en encontrarlo de nuevo. Está, sobre todo, dentro de Vosotros. En el fondo de las vías del corazón, así como en las del intelecto, os espera Dios siempre para daros el abrazo que incluso vosotros, los incrédulos, en agitación confusa y convulsiva, irresistiblemente le ofrecéis, por el más grande instinto de la vida.

X

ESTUDIO DE LA FASE "MATERIA" (γ). LA DESINTEGRACIÓN ATÓMICA

Hemos visto que el respirar de ω es ... $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$..., sin límites de espacio, sin principio ni fin[1].

Este inmenso respirar del universo, que hemos enunciado en su principio, es el que ahora observaremos analíticamente, en especial en su pulsación de retorno $\gamma \rightarrow \beta$, que es la que en la hora actual vive vuestro mundo.

Comenzaremos por γ, la fase materia, de mayor condensación de la substancia, para llegar a β, la fase energía. Examinaremos después el período $\beta \rightarrow \alpha$, que es lo que mayormente os interesa, porque comprende el trayecto de vuestras existencias, cuyo objetivo y meta los constituyen la reconstrucción de la conciencia y la liberación del principio α, el espíritu. Es hacia α, esa suprema realidad del espíritu, a donde quiero conduciros, no ya por las vías de la fe, sino por las de la ciencia.

---

[1] Estos conceptos, aquí sumariamente expuestos para encuadrar el problema cósmico, son retomados, precisados y desarrollados en los volúmenes*: "Dios y Universo", "El Sistema"* y *"Caída y Salvación"*. (N. del A.)

Dios, entendido como espíritu, α, representa el punto de partida y de llegada del transformismo fenoménico, es la meta del ser. Luego de los descubrimientos de la desintegración del átomo, inagotable fuente de energía, y de la transmutación de la individualidad química por explosión atómica, el de la realidad del espíritu es el más grande descubrimiento "científico" que os espera, el que revolucionará el mundo, iniciando una nueva era.

Llegaréis, os he dicho, a producir energía por *desintegración atómica*, es decir, a transformar la materia en energía. Lograréis penetrar con vuestra voluntad en la individualidad atómica, llevando alteraciones a su sistema. Pero, recordad: el triunfo no será únicamente de un método inductivo y experimental, ni tendrá repercusiones de orden meramente material, ni significará tan sólo ventaja inmediata y práctica, sino que será un gran problema filosófico el que resolveréis, y orientará de manera enteramente nueva vuestro espíritu científico. La humanidad ha vivido hasta ahora en un mundo de materia; teníais los puntos de referencia fijos en vuestro concepto de la inmovilidad.

"Terra autem in aeternum stabit, quia terra autem in aeternum stat" [(1)]. La verdad debía ser un absoluto. La humanidad, con la nueva civilización mundial que está por surgir, existirá ahora en un mundo dinámico.

Vuestra nueva materia, el punto sólido en que fundamentaréis vuestras construcciones materiales y conceptuales, será la energía. Vuestro elemento habrá de ser el movimiento, y sabréis hallar el mismo equilibrio estable que hasta ahora no atinabais a encontrar sino en la forma menos evolucionada, que es la materia. Y en el campo del pensamiento será también la verdad un movimiento, un relativo que evoluciona, una verdad progresiva, no el punto fijo e inerte de lo absoluto, sino la trayectoria del punto que avanza; un concepto mucho más vasto y proporcionado al nuevo grado de progreso que vuestro pensamiento ha de alcanzar.

Al afrontar el problema de la desintegración atómica, tened presente otro hecho. En el asalto que hacéis al íntimo equilibrio del sistema atómico para alterarlo, os encontráis frente a una individuación de la materia, fuertemente estabilizada en períodos sin límites de evolución: vivís en un punto relativamente viejo del universo y vuestra Tierra representa el período γ, no en el comienzo, en su primera condensación, todavía

---

[(1)] Expresión en latín, que significa: "La Tierra, sin embargo, estará parada eternamente, porque la Tierra está eternamente parada". (N. del T.).

próxima a β, sino al final, es decir, en el principio de su fase opuesta, la disgregación, el retorno a β. Os encontráis, pues, frente a una materia que opone el máximo de resistencia, porque se halla en su grado máximo de estabilidad y cohesión. Los inconmensurables períodos de tiempo que la han traído a su presente individuación atómica, representan un impulso inmenso, una voluntad invencible de continuar existiendo en la forma adquirida, por un principio universal de inercia, que en la Ley impone la continuación de las trayectorias iniciadas y garantiza la estabilidad de las formas y de los fenómenos. Pensad que queréis violar una individuación de la Ley y que, por individuaciones inconfundibles que resumen la voluntad más enérgica y decidida a no dejarse alterar, ella se manifiesta siempre. Para tener éxito, no violéis la Ley, seguidla. Siguiendo la corriente os será fácil el camino. Y el lado por el cual la Ley, en vuestra fase de evolución, os abre acceso, es el pasaje $\gamma \rightarrow \beta$ y no el de $\beta \rightarrow \gamma$. En otros términos, el problema de la desintegración atómica es para vosotros soluble, no en las formas para vosotros lejanas y menos accesibles de la condensación de las nebulosas, sino en la de la desintegración de las substancias radioactivas. Los rayos α y los rayos β y todos los fenómenos que se refieren al radio y a los cuerpos radioactivos, los tenéis ya espontáneamente ante los ojos[1]. El estudio que haremos de la serie estequiogenética os dará un concepto más exacto de todo esto.

XI

UNIDAD DE PRINCIPIO EN EL FUNCIONAMIENTO DEL UNIVERSO

Es difícil reducir a la forma lineal de vuestro pensamiento y de vuestra palabra la unidad global del Todo, que siento como una esfera instantáneamente completa, sin sucesividad. Tened, pues, en cuenta que la forma en que debo expresarme constriñe y disminuye el concepto que sólo aquella facultad de intuición del alma, de que os hablé, podría daros sin distorsiones. Recordad asimismo que, aun cuando exponga yo

[1] No confundir los símbolos (α, β, γ) correspondientes a los rayos alfa, beta y gamma con los símbolos (α, β, γ) que en este tratado representan el espíritu, la energía y la materia. (N. del T.)

progresivamente, contiene el universo en todo instante cada una y *todas* las fases de su transformismo. En cada momento él es *todo*, completo y perfecto en todos sus períodos de ida y retorno. No $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ por un lado y después $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ por el otro, sino que en todo lugar e instante hay una fase de ese transformarse, de modo que existe contemporáneamente todo por todas partes, y que *lo Absoluto no se divide, sino que se encuentra siempre todo él en lo relativo*. De forma que Dios se halla omnipresente en toda manifestación suya. Si así no fuera, ¿cómo os sería posible la observación de los fenómenos que, ciertamente, no pueden haber esperado en la eternidad para existir y mostrarse a vosotros justo en el momento en que también habéis nacido y se os han desarrollado los sentidos y una conciencia que a ellos se dirigen? Hay una gran diferencia entre el sujeto de este tratado, que observa el infinito, y vuestra mirada intelectiva, que no abarca sino lo finito, vale expresar, uno o más pormenores particulares, sucesivamente, pero no el Todo instantáneamente. Vuestra razón puede tan sólo daros un punto de vista del universo, porque sois relativos, o sea, que sois un punto que mira hacia todos los otros puntos. Pero infinitos son los puntos y formáis vosotros parte de ellos; al paso que miráis sois observados; el universo se contempla a sí mismo desde infinitos puntos. Esta visión global no puede tenerla más que el ojo de Dios, y debo yo reducirla inmensamente para ponerla a la medida de vuestra mente. Ved que es ésta la que pone precisamente los límites a mi revelación.

Pero nos ayudará el hecho de que el universo está regido por un *principio único*. He afirmado ya que él no es un caos, ni un azar, sino un supremo orden, la Ley. Ha llegado ahora el momento de afirmar que la Ley no sólo significa, como dije, orden, equilibrio, precisión de funcionamiento, sino además *unidad de principio*. Por esto dije: *Monismo*. El principio de la trinidad de la substancia, que ya expuse, es universal y único; podrá pulverizarse en una serie infinita de efectos y casos particulares, pero permanece y volveréis a encontrarlo por doquiera en su forma estática de individuaciones α, β, γ; en su forma dinámica de transformismo, que recorre la vía ... $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ ... He aquí tres ejemplos:

El microcosmo está construido como el macrocosmo. El átomo es un verdadero sistema planetario, con todos sus movimientos, cuyo centro constituye un sol, el núcleo central de densidad máxima en torno al cual giran, siguiendo una órbita semejante a la planetaria, uno o más electrones, según la naturaleza del sistema, que es lo que define al átomo y le da su individuación química. Vuestro sistema solar, con todos sus planetas, podría considerarse el átomo de una química astronómica cuyas

combinaciones y reacciones producen aquellas nebulosas que veis aparecer y desaparecer en los confines de vuestro universo físico.

Cuando en el espacio un sol, como cualquier núcleo, con su cortejo planetario, se encuentra con otro sol o núcleo, y cortejo planetario, el resultado es siempre el mismo: la formación de una nueva individuación, ya sea sistema cósmico o químico. En el primer caso se individuará un nuevo vórtice, un nuevo "Yo" astronómico, que ha de desarrollarse conforme a una línea, la espiral, que, veremos, es la trayectoria típica de desarrollo de todos los movimientos fenoménicos. En el segundo caso nacerá, por choque de núcleos y emisión de electrones del sistema, un nuevo individuo atómico. Y esto, si no ha aparecido todavía en vuestro relativo, lo llamáis creación.

Un segundo ejemplo. El principio de que el universo se compone -dividiéndose y reuniéndose- de dos mitades inversas y complementarias, es general y único. Todo lo que existe tiene su inverso, sin lo cual está incompleto. El signo -, complementario del signo +, propio de la energía eléctrica, lo encontráis desde el átomo (compuesto por un núcleo estático y positivo y de electrones dinámicos y negativos) a la división sexual animal y en todas las manifestaciones de la personalidad humana.

Un tercer ejemplo. El hombre está, verdaderamente, hecho a imagen y semejanza de Dios en cuanto comprende en sí y resume en unidad los tres momentos, α, β, γ. El hombre es un cuerpo -estructura física- que se apoya en un armazón esquelético perteneciente al reino mineral y, sobre el que se eleva el metabolismo rápido de la vida, el recambio (vida vegetativa, no todavía conciencia), dinamismo, que es β. El producto último de la vida es la conciencia, derivada de aquel dinamismo y en continuo desarrollo, a través de un trabajo de pruebas y experimentos determinados por choques, no ya cósmicos o moleculares sino psíquicos.

Esta *unidad de concepto* es la expresión más evidente del Monismo del universo y de la presencia universal de la Divinidad. En la infinita variedad de las formas, el mismo principio resurge siempre idéntico con nombres distintos y a diversos niveles. Así, al nivel γ tenemos la gravitación; al β, lo que llamamos simpatía, y al α, el amor.

Representan la misma ley de atracción que vincula a las cosas y los seres y rige como organismo, en una red de continuas relaciones e intercambios, tanto el mundo de la materia como el de la conciencia.

XII

CONSTITUCIÓN DE LA MATERIA. UNIDAD MÚLTIPLE

Comencemos, pues, por analizar el *fenómeno materia*, γ, que tomaremos como punto de partida, relativo a vosotros. Hemos de observarlo desde un punto de vista estático, en sus características típicas de determinada individuación de la Substancia, y también lo examinaremos desde un punto de vista dinámico, como devenir de la corriente del transformismo de la Substancia, que, procediendo de la fase γ, retorna a la fase β. En la realidad, ambos aspectos se fusionan. El continuo estremecimiento de movimiento con que la Substancia vibra, la lleva a individualizarse diversamente. El presente estudio os mostrará siempre nuevos aspectos del único principio, nuevos artículos de la misma Ley.

Desde un punto de vista *estático*, se nos presenta la materia diferentemente individuada, según sea en cada caso su construcción atómica. El estudio de dicha construcción os ha revelado la presencia sobre la Tierra de 92 elementos o cuerpos simples, que van desde el Hidrógeno (H) hasta el Uranio (U); individuos químicos no descompuestos, en su más simple unidad atómica, que forman toda vuestra materia, reagrupándose en las unidades moleculares, organismos todavía más complejos, determinados por la fusión de varios sistemas atómicos (por ejemplo, el sistema atómico H en la unidad molecular H_2O), organizándose, en fin, en aquellas colectividades moleculares, verdaderas sociedades de moléculas, que son los cristales, los que, aun cuando estén reducidos a masas de individuos cristalinos informes, como aparecen en las estratificaciones geológicas o en las rocas clásticas o fragmentarias, conservan siempre la íntima orientación molecular y constituyen la osamenta de vuestro planeta y de los otros planetas del sistema solar. Un crescendo en la organización en unidades colectivas cada vez más vastas, semejante al de vuestra conciencia individual, que se coordina en la más vasta conciencia colectiva nacional y luego mundial.

Pero también, procediendo en sentido inverso, el átomo es una colectividad que puede descomponerse en unidades menores. Se halla compuesto de uno o más electrones que

giran en torno a un núcleo central, y lo que individualiza al átomo y lo distingue es, precisamente, el número de esos electrones que giran alrededor del núcleo. Tenéis 92 especies de átomos, desde el de Hidrógeno, que es el más simple, compuesto de un núcleo y un solo electrón que gira en su torno, al de helio (He), que le sigue, compuesto de un núcleo y 2 electrones; el de litio (Li), con 3, y así sucesivamente hasta el Uranio, con 92 electrones. Sobre esta base estableceremos una serie estequiogenética.

Hemos tocado rápidamente un nuevo aspecto o artículo de la Ley, el de *las unidades múltiples o colectivas*. Por lo tanto, no sólo orden, ni únicamente unidad de principio hay en la Ley, sino individuación constante según tipos bien definidos, en toda manifestación de la misma. Es tendencia constante, a medida que la diferenciación multiplica los tipos (la pulverización de lo absoluto en lo relativo), su reagruparse en unidades más amplias, que reconstruyen la unidad fragmentada en lo particular.

El impulso centrífugo se equilibra, pues, invirtiéndose en una tendencia centrípeta; en la dispersión y concentración, en el multiplicarse dividiéndose y en el reagruparse reuniéndose, la substancia vuelve a encontrarse siempre toda ella. El inmenso respirar de ω es completo en sí mismo, vuelve sobre sí. El universo en sí mismo contempla su proceso de autocreación.

He dicho que los electrones giran en torno al núcleo. Ahora, ni siquiera el núcleo es el último término, y vosotros aprenderéis pronto a descomponerlo. Pero por mucho que lo busquéis, no encontraréis nunca el último término, porque no existe. En esta indagación dirigida hacia lo íntimo de la materia, volveis a remontar el camino descendente que ω ha recorrido desde $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$, y debéis volver a encontrar β, es decir, la energía de la cual ha nacido la materia y a la que veremos retornar en su camino ascendente que la reconduce a β.

XIII

NACIMIENTO Y MUERTE DE LA MATERIA. CONCENTRACIÓN DINÁMICA Y DISGREGACIÓN ATÓMICA

Ahondemos, pues, el *problema del nacimiento y de la muerte de la materia*, y luego (entre estos dos extremos), el de la evolución de sus individuaciones, vale expresar, el de su vida.

La materia puede definirse como una forma de energía, esto es, un modo de ser de la substancia, que nace de la energía por condensación o concentración, y a la energía vuelve por disgregación, después de haber recorrido una serie evolutiva de formas cada vez más complejas y diferenciadas, que reencuentran la unidad en reagrupaciones colectivas.

La materia nace, vive y muere, para renacer, volver a vivir y a morir, como el hombre, eternamente, descendiendo de β a γ, y tornando a β, cuando el torbellino interior, por haber alcanzado el máximo de condensación dinámica, no puede ya soportarla y se rompe. Asistimos entonces al fenómeno de la disgregación de la materia, que llamáis *radioactividad*, propio de los cuerpos viejos, del peso atómico mayor, el máximo de condensación. El átomo representa así una enorme cantidad, una mina de energía condensada que podréis liberar perturbando el equilibrio interno del sistema nucleoelectrónico del átomo.

El significado de la palabra *condensación* no puede comprenderse sino reduciendo la energía a su más simple expresión (esto es también válido para la Substancia), el movimiento. Condensación de energía es expresión demasiado sensorial. Es mejor decir concentración de energía, lo que significa aceleración de movimiento, de velocidad. Y de esta esencia del fenómeno veremos más en el estudio del mecanismo íntimo del transformismo fenoménico.

Entre tanto, vemos que toda la estructura planetaria del átomo nos habla de energía y de velocidad; apenas observamos en profundidad el fenómeno materia, ésta se disuelve en su apariencia exterior y se revela en su substancia, que es la energía. El concepto

sensorial de solidez y concreción desaparece frente al de electrones rotativos, velocísimos, en espacios ilimitados proporcionalmente a su volumen, y en torno a un núcleo inmensamente más pequeño. Así la materia, como la concebís comúnmente, se desvanece en vuestras manos, para no dejaros otra cosa que las sensaciones producidas por lo que es en realidad energía, determinante de un movimiento que a velocidad altísima se estabiliza. He aquí la materia reducida a su última expresión. Como el movimiento constituye la esencia de la substancia ω, así lo es también de todo aspecto suyo: α, β, γ. Velocidad es la energía y velocidad es la materia; su Substancia idéntica es velocidad; constituye el común denominador que nos permite el paso de una a otra forma.

Pongamos juntas estas dos formas de substancia: materia y energía. Al calentar un cuerpo transmitimos, comunicamos energía a la materia, vale significar, a otra forma de energía sumamos energía. El calor significa aumento de velocidad en los sistemas atómicos moleculares. Más caliente, dicho de un cuerpo, significa que su movimiento íntimo ha sufrido un aceleramiento de velocidad. El calor infunde, por lo tanto, en la materia, como en todas las otras formas de vida, un ritmo más intenso; es un verdadero aumento de potencia, un acrecentamiento de individualidad que en el mundo de la materia se expresa en una dilatación del volumen. Desde distancia inmensa enciende el sol esta danza de los átomos y la totalidad de la materia del planeta responde. La danza se propaga de cuerpo en cuerpo, todo lo que está próximo se resiente, participa en ella, exulta. Los cuerpos conductores de energía son aquellos cuyas moléculas son más ágiles para ponerse en movimiento. Y el movimiento, esencia del universo, va de cosa en cosa, ávido de comunicarse, como las olas del mar, ávido de expandirse. Se da siempre por universal principio de amor, se fecunda y se dispersa después de haber dado la vida, para volver a encontrarse, a recondensarse lejos, en nuevos vórtices de creación. Sobre la Tierra, el hombre y las cosas aferran cuanto pueden de lo que llega del sol; se lo dividen. El hombre transforma dicho movimiento en otras formas de energía (si nada se crea y nada se destruye, todo se transforma, siempre): en luz, sonido y electricidad, para sus necesidades; pero el fenómeno es irreversible y en toda transformación hay una pérdida, consumo, o derroche, un roce y un esfuerzo para suplir esto (porque estáis en la fase evolución = descentralización cinética). Pero, desde el sol se renueva continuamente el abastecimiento, desde el sol, que da lo que ha tenido y que, bajo formas nuevas, volverá a tener lo que dio. Pues el movimiento, substancia del universo, es ciclo que vuelve siempre y está cerrado y completo en sí mismo.

XIV

DEL ÉTER A LOS CUERPOS RADIOACTIVOS

De modo que muchas nebulosas, que veis aparecer en los espacios sin un precedente visible, nacen por condensación de energía, la que, después del inmenso dispersarse y difundirse debido a la irradiación continua de sus centros, se centraliza siguiendo corrientes que guían su eterno circular en determinados puntos del universo. Allí, obedeciendo al impulso que le impone la gran ley de equilibrio, ella se acantona, se acumula, retorna, se repliega en sí misma, compensando y equilibrando el agotado ciclo inverso de la difusión que la había guiado, de cosa en cosa, para animarlo y moverlo todo en el universo; de todas partes del universo transportan siempre las corrientes nueva energía, el movimiento se torna cada vez más intenso, se cierra el vórtice en sí, convirtiéndose el torbellino en verdadero núcleo de atracción dinámica. Cuando no puede soportar ya en su ámbito todo el ímpetu de la energía acumulada, sobreviene un momento de máxima saturación dinámica, instante crítico en que la velocidad se vuelve masa, estabilizándose en los infinitos sistemas planetarios íntimos de donde primero nacerá el núcleo, después el átomo, la molécula y el cristal, el mineral y las masas solares, planetarias, siderales. De la inmensa tempestad nació la materia. Dios ha creado.

Veis que, en la realidad, ninguna de las tres formas α, β, γ, consigue aislarse por completo, y cada una lleva siempre huellas de sus fases precedentes. De manera que el pensamiento se apoya en un soporte nervioso-cerebral y la materia contiene y nos da siempre la idea que la anima. La energía, que ya sea en la fase de ida como en la de retorno, es siempre el rasgo de unión entre α y γ, asume todas las formas; tanto, que en vuestro bajo mundo no puede el pensamiento existir sin el apoyo de la energía, y ésta invade la materia toda, agitándola en infinitas formas, pero principalmente, en la fundamental, madre de todas las otras, de energía gravídica, o gravitación universal.

El Éter, que para vosotros es más una hipótesis que un cuerpo bien estudiado, escapa a vuestras clasificaciones, porque lo queréis reconducir a las formas conocidas de materia, en tanto que constituye una forma de transición entre materia y energía. El Éter, pues, forma de transición entre β y γ, es a su vez el padre del Hidrógeno. Y

es, por otra parte, el hijo de las formas dinámicas puras, calor, luz, electricidad, gravitación, a que la materia volverá por disgregación y radioactividad. Las nebulosas se condensan desde la fase Éter, a través de las fases gas, líquido, sólido, y entre los sólidos están los cuerpos de peso atómico máximo, los más radioactivos, los más viejos, como dije, aquellos que por disgregación atómica regresan a la fase β.

XV

LA EVOLUCIÓN DE LA MATERIA POR INDIVIDUALIDADES QUÍMICAS. EL HIDRÓGENO Y LAS NEBULOSAS

Ahora que hemos examinado el fenómeno del nacimiento, vida y muerte de la materia, observemos γ todavía más cerca en la *serie de individuaciones* adquiridas por ella sobre vuestro planeta, para definir la génesis sucesiva de sus formas, incluso de algunas ignoradas por vosotros, y que os indicaré, individualizándolas en sus características principales, de modo que podáis volver a encontrarlas.

Hemos establecido que la fase γ comprende las individuaciones que van desde el Hidrógeno al Uranio. Hemos visto que las que conocéis son 92. Ellas representan el ciclo que parte por condensación desde β, y a β vuelve por disgregación.

Tenemos como punto de partida el Hidrógeno, que por razones de brevedad señalaremos con una H. Es el cuerpo, como ya vimos, en que el átomo constituye el sistema más simple, de un solo electrón. Le corresponde un peso atómico 1,008. Peso atómico en progresivo aumento, proporcional al aumento del número de los electrones en los sistemas atómicos de los cuerpos, hasta el Uranio, que designaremos con una U, de peso atómico máximo 238,2, correspondiente a un sistema atómico de 92 electrones.

H es el tipo fundamental, el protozoo molecular de la química, así como el carbono constituye el protozoo de la química orgánica o de la vida.

H es el cuerpo simple, químicamente indescompuesto: tiene peso atómico unitario; es negativo (electrólisis); está en la base de la teoría de la valencia. Por valencia entiende la química la aptitud de los átomos de un cuerpo para vincular un número determinado de átomos de H o para substituirse en los diversos compuestos al mismo número de ellos. El peso atómico, en química, se determina por la relación entre el peso de un átomo de un cuerpo dado y el peso del átomo de Hidrógeno que, por ser más pequeño que todos los otros, ha sido tomado por unidad de medida: H = 1. El peso molecular de los cuerpos es determinado también, en química, en función del peso del átomo de Hidrógeno.

¿Qué significa esta constante referencia al Hidrógeno como a una unidad de medida de la materia, éste su peso atómico mínimo, éste su negativismo inflexible? Tales hechos convergen todos hacia el mismo concepto de que H es la materia en su más simple expresión, es su forma primitiva y originaria, de la cual todas las otras se derivan poco a poco, por evolución.

Al mismo concepto podemos llegar a través de la observación de las *nebulosas*. Los espacios estelares, lo he dicho ya, os ofrecen en todo momento toda la serie de los estados sucesivos que la materia atraviesa desde sus formas más simples hasta las más complejas. Y es posible conocer con exactitud la composición química de los cuerpos celestes por medio del análisis espectral. El espectroscopio os dice que las nebulosas y las estrellas que emiten luz blanca, vale significar, cuerpos celestes más luminosos, más cálidos y más jóvenes, se hallan compuestos de pocos y simples elementos químicos. Su espectro, mayormente extenso en el ultravioleta, es decir más cálido, muy a menudo indica exclusivamente la presencia de Hidrógeno, y siempre elementos de peso atómico bajo. Dichos cuerpos son muy luminosos, de luz blanca, incandescentes, desprovistos de condensaciones sólidas. Allí se os presenta la materia en sus formas dinámicas primordiales, todavía próximas a β, y se encamina hacia las formas propiamente físicas, que la caracterizan en su fase de γ. Por el contrario, las estrellas más avanzadas en edad presentan emanaciones dinámicas más débiles y son rojas y amarillas, como vuestro sol; menos cálidas, no tan luminosas, ni tan jóvenes, integradas de elementos químicos más complejos, de peso atómico mayor.

Si el análisis espectral de los cuerpos celestes os indica, pues, que luz y calor (determinados por la extensión del ultravioleta) están en razón inversa de los pesos atómicos y de la complejidad de los elementos químicos componentes; si, en otros términos, los estados dinámicos se encuentran en razón inversa del peso atómico,

medida del estado físico, ello significa inversión de estados dinámicos en estados físicos, vale decir, que la materia es inversión de energía, y viceversa. Tal inversión representa el paso de lo indistinto a lo distinto, de lo simple a lo complejo; dicho de otro modo, os encontráis frente a una verdadera y propia evolución. Este aumento progresivo del peso atómico, paralelo a la desaparición de las formas dinámicas, a la formación de las especies químicas y a su diferenciación, responde al concepto de condensación, de substancia-movimiento, de masa-velocidad, ya expuesto. Es fácil comprender cómo, desde las formas primordiales, prevalentemente dinámicas hasta las más densas concentraciones de materia, según las observáis estabilizadas en vuestro sistema solar, viejo ya como materia, en el cual la fase γ ha vivido y ω existe ahora en el estado de β que va hacia α, no se puede pasar más que por *evolución*.

El movimiento de esta evolución se os presenta fijado en formas bien definidas. Si es la continuidad un nuevo aspecto de la Ley (y no me cansaré de hacéroslo notar en toda ocasión), dicha continuidad tiene treguas y vértices, en los cuales el transformismo ha creado *individuaciones* claramente delineadas. Y la tendencia del transformismo fenoménico, al proceder por individuaciones, constituye otra característica fundamental de la Ley. Así, los cuerpos químicos poseen una *individualidad*, propia de cada uno, estrictamente definida. Un artículo de la Ley expresa: "En la constitución de un cuerpo químico bien definido, los componentes entran siempre en relación bien determinada y constante".

Este artículo nos dice que los cuerpos químicos tienen una *constitución individual* bien determinada, y que se da por elementos constitutivos que están en relación constante entre sí. Esto podría llamarse la ley de las especies químicas. Sin tal individualidad, que nos permite aislar, clasificar y reconocer los cuerpos, la química moderna entera no existiría. Se puede hablar, en el mundo de la materia, de individuos químicos, así como en Zoología o Botánica, de individuos orgánicos, como en el mundo humano, del "Yo" y de conciencia. En sus varios aspectos de γ, β, α, la substancia ω sigue siempre la misma ley. Tenemos, pues, también en el mundo químico, algo así como una personalidad que es voluntad incoercible de existir en una forma suya y es además reacción contra todo agente externo que quiera alterarla.

La química especifica exactamente *el modo de comportarse de estos individuos químicos*. Otro artículo de la Ley dice:

"Cuando dos cuerpos, al combinarse entre sí, pueden dar origen a más de un compuesto, las varias combinaciones son tales que, permaneciendo constante la cantidad de uno de los componentes, las cantidades del otro varían según relaciones bien definidas, vale expresar, que esas cantidades son todas múltiplos exactos del mismo número".

Y otro dice: "Todos los cuerpos simples, en sus reacciones, combinaciones y sustituciones recíprocas, actúan según relaciones de peso representadas por números bien determinados y constantes para cada cuerpo o por múltiplos exactos de ellos".

De manera que la química puede individualizar con exactitud los cuerpos, fijando su peso atómico y la fórmula de su valencia, definiendo las reacciones propias de cada uno y estableciendo el equivalente eléctrico (+ o -), y, mediante el análisis espectral, el equivalente luz, o en otros términos el equivalente dinámico de los cuerpos. Así, la química, con la llamada teoría atómica, con la teoría de la valencia, está en condiciones de definir con exactitud matemática las relaciones existentes entre individuo e individuo.

XVI

LA SERIE DE LAS INDIVIDUACIONES QUÍMICAS DE "H" A "U" POR PESO ATÓMICO E ISOVALENCIAS PERIÓDICAS

Basándoos en esta individuación, podréis establecer una *graduación* de complejidades que partiendo de H, llegue hasta las fórmulas complejas de los productos orgánicos; os será posible establecer una *serie química* semejante a la escala zoológica, en la cual los protozoos estarían representados por los cuerpos químicos simples, indescompuestos; una serie evolutiva, progresiva de forma en forma, y de tipo en tipo, un verdadero *árbol genealógico de las especies químicas*, a cuyo desarrollo podréis aplicar los conceptos darwinianos de evolución, variabilidad e incluso de

hereditariedad y adaptación. Graduaciones de formas emparentadas entre sí, derivadas las unas de las otras, sometidas a la ley común que procede del común origen, de la afinidad intrínseca y el mismo camino y meta, de la misma ley de transformismo y evolución. Los cuerpos simples que integran la serie química no serán individuos aislados, sino tipos en torno a los cuales oscilan variedades diferentes, que podrán reunirse por afinidad en grupos, como en el mundo zoológico. Y cuando vuestra conciencia haya encontrado medios para actuar más profundamente en la estructura íntima de la materia, verá multiplicarse el número de las especies químicas comprendidas en la misma clase y el número de las variedades de la misma especie, porque podrá influir en la formación de las especies químicas, así como influye ahora en la formación de variedades biológicas vegetales y animales. Porque la totalidad de la materia, incluso la que se llama bruta e inerte, es, antes bien, viva, y siente, puede plasmarse, y obedece a las determinaciones de un comando profundo.

Establezcamos, por consiguiente, la *Serie Estequiogenética*. En el esquema que agregamos hallará el lector resumidos los conceptos que voy a desarrollar.

Tomando el *peso atómico* como índice del grado de condensación, podréis hacer un elenco de los cuerpos todavía indescompuestos, llamados simples, y obtendréis una escala que ofrece características especialísimas. Si observamos las propiedades químicas y físicas de cada cuerpo, vemos que se encuentran en estricta relación con los pesos atómicos. Comprobamos que no sólo corresponde, a la serie de los pesos atómicos, una serie de individualidades químicas bien definidas, sino que esto ocurre según un ritmo de retornos regulares al mismo punto de partida; hecho que os hará pensar en seguida que detrás de la serie de los pesos atómicos se oculta un concepto más substancial y profundo.

Si observamos en cada cuerpo la característica de la valencia, o sea, la aptitud especial de cada átomo para vincular uno o más átomos de hidrógeno, echamos de ver que esa valencia se dispone con regularidad sorprendente, según órdenes de siete grados, que sin interrupción se repiten desde el primero al último elemento. La columna de las isovalencias, en el cuadro anexo, os muestra el retorno de las mismas valencias a la distancia de siete términos. De forma que poseen las mismas valencias el Litio y el Sodio, el Berilio y el Magnesio, el Boro y el Aluminio, el Carbono y el Silicio, el Nitrógeno y el Fósforo, el Oxígeno y el Azufre, el Flúor y el Cloro, cuyos cuerpos están contramarcados por idénticos números de valencia. Más exactamente, la

graduación de dichas valencias sube de uno a cuatro para la valencia con el Hidrógeno, la cual disminuye luego hasta uno en el número VII, y sube progresivamente de uno a siete para la valencia respecto del Oxígeno. De modo que tenemos, respectivamente, septenarios compuestos de monovalencias, bivalencias, trivalencias, tetravalencias, y después en sentido inverso, trivalencias, bivalencias y monovalencias; y septenarios integrados de monovalencias, bivalencias, trivalencias, tetravalencias, pentavalencias, hexavalencias, heptavalencias. Tenemos, por lo tanto, períodos I-IV-I, que se sobreponen exactamente a los períodos de I-VII. El ritmo es evidente, expresado por la columna de las isovalencias periódicas. Como ese ritmo se repite, por ejemplo, en los días o estaciones, pero siempre en un punto diverso del espacio ocupado por el planeta, así, a la distancia de siete elementos vuelve el ritmo de la valencia en un punto distinto. Cada siete elementos tenemos un cambio repentino de propiedades, y luego un retorno regular al punto de partida. Esto, que he dicho para las series que comienzan con el Litio y el Sodio, se repite para las otras series con el Potasio, el Cobre, la Plata, etc., a la cabeza.

Tal conexión entre las características de un cuerpo y su ubicación en la escala, ha permitido dar a cada elemento un número propio que lo distingue. Y esta asignación, incluso según vuestra ciencia, no es empírica, porque el número atómico puede determinarse siempre experimentalmente, examinando el espectro de los rayos X que los diversos cuerpos emiten cuando se hallan en presencia de rayos catódicos. La frecuencia de vibración de las líneas de dichos espectros es proporcional al cuadrado del número atómico.

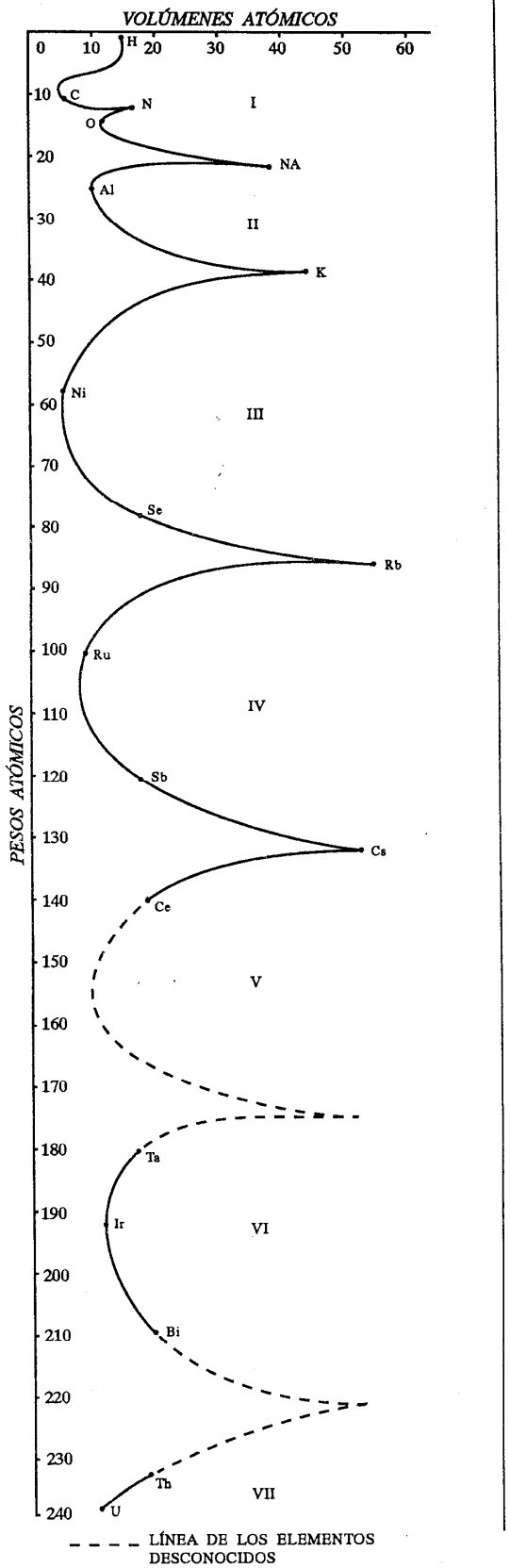
Sobre la base de esta asignación exacta de puesto en la escala, es posible establecer otras relaciones entre los cuerpos, relaciones expresadas por las siguientes proporciones: el Boro está en relación con el Berilio como el Berilio con el Litio; el Litio con el Sodio, como el Berilio con el Magnesio; como el Boro con el Aluminio, como el Litio con el Magnesio; como el Berilio con el Aluminio, como el Boro con el Silicio. Los pasos de las propiedades de un cuerpo a las de otro son respectivamente proporcionales.

Tenemos, pues, el retorno periódico de idénticas características repetidas en un nivel

TABLA I. SERIE ESTEQUIOGENÉTICA

ISOVALENCIAS PERIÓDICAS		No. ATÓMICO	PESO ATÓMICO	ELEMENTOS
		1	1.008	HIDRÓGENO
	0	2	4.00	Helio
	I	3	6.94	Litio
	II	4	9.10	Berilio
I	III	5	11.00	Boro
	IV	6	12.005	Carbono
	V	7	14.01	Nitrógeno
	VI	8	16.01	Oxígeno
	VII	9	19.00	Flúor
	0	10	20.00	Neón
	I	11	23.00	Sodio
	II	12	24.32	Magnesio
II	III	13	27.10	Aluminio
	IV	14	28.30	Silicio
	V	15	31.04	Fósforo
	VI	16	32.06	Azufre
	VII	17	35.46	Cloro
	0	18	38.88	Argón
	I	19	39.10	Potasio
	II	20	40.07	Calcio
	III	21	44.10	Escandio
a	IV	22	48.10	Titanio
	V	23	51.00	Vanadio
	VI	24	52.00	Cromo
	VII	25	54.93	Manganeso
	-	26	55.84	Hierro
III	-	27	57.97	Cobalto
	-	28	58.68	Níquel
	I	29	63.57	Cobre
	II	30	65.37	Cinc
	III	31	69.90	Galio
b	IV	32	72.50	Germanio
	V	33	74.96	Arsénico
	VI	34	79.20	Selenio
	VII	35	79.92	Bromo
	0	36	82.92	Criptón
	I	37	85.45	Rubidio
	II	38	87.63	Estroncio
	III	39	88.70	Itrio
a	IV	40	90.60	Circonio
	V	41	93.50	Niobio
	VI	42	96.00	Molibdeno
	VII	43	-	-
	-	44	101.70	Rutenio
IV	-	45	102.90	Rodio
	-	46	106.70	Paladio
	I	47	107.88	Plata
	II	48	112.40	Cadmio
	III	49	114.80	Indio
b	IV	50	118.70	Estaño
	V	51	120.20	Antimonio
	VI	52	127.50	Telurio
	VII	53	126.92	Yodo
	0	54	130.20	Xenón
	I	55	132.81	Cesio
	II	56	137.37	Bario
	III	57	139.00	Lantano
a	IV	58	140.25	Cerio
	V	59	140.90	Praseodimio
	VI	60	144.30	Neodimio
	VII	61	-	-
V	I	62	150.40	Samario
	II	63	152.00	Europio
	III	64	157.30	Gadolinio
b	IV	65	159.20	Terbio
	V	66	162.50	Disprosio
	VI	67	163.50	Holmio
	VII	68	167.70	Erbio
	I	69	168.50	Tulio
	II	70	173.50	Iterbio
	III	71	175.00	Lutecio
a	IV	72	-	-
	V	73	181.50	Tantalio
	VI	74	184.00	Tungsteno
	VII	75	-	-
	-	76	190.90	Osmio
VI	-	77	193.10	Iridio
	-	78	195.20	Platino
	I	79	197.20	Oro
	II	80	200.60	Mercurio
	III	81	204.00	Talio
b	IV	82	207.20	Plomo
	V	83	208.00	Bismuto
	VI	84	210.00	Polonio
	VII	85	-	-
	0	86	222.40	Niton
	I	87	-	-
	II	88	226.00	Radio
VII	II	89	228.40	Actinio, Mesotorio II
	IV	90	232.40	Torio
	V	91	234.50	Uranio X_2
	VI	92	238.20	URANIO[1]

DIAGRAMA ESTEQUIOGENÉTICO



[1]Los otros elementos trans-uranium, elementos pesados, recién descubiertos, y que fueron artificialmente construidos desde el 93 hasta el 101, no se encuentran en la naturaleza, porque desaparecieron debido a la corta duración de su vida. (N. del A.)

atómico diferente. Los volúmenes atómicos aumentan y disminuyen en correspondencia con las series marcadas en la escala. Las series dobles son determinadas, precisamente, por el aumento y el decrecimiento de los volúmenes atómicos, hecho que se verifica con regularidad. La representación gráfica que anexamos aquí os expresará mejor todavía estos conceptos. Tomando por base los pesos atómicos y por altura los volúmenes atómicos, podéis construir una línea que -para los elementos cuyo volumen atómico ignoráis, completado por analogía a lo largo de toda la línea- presenta siete cuencas con los máximos o vértices relativos. El volumen atómico sigue, por lo tanto, la marcha de la escala de los pesos atómicos. Aumenta y disminuye en correspondencia con los varios septenarios de elementos, o sea, en cada octava. Comprende incluso dos octavas, una ascendente y otra descendente. La octava descendente la integran cuerpos dúctiles; la ascendente, cuerpos frágiles. En los vértices están los cuerpos fácilmente fusionables o gases, y viceversa en los mínimos. Las octavas descendentes son electropositivas, y las ascendentes, electronegativas. Igual podréis decir de otras varias cualidades, como son la conductividad, compresibilidad y dureza. La clasificación en serie se da por el comportamiento de tales octavas.

He aquí trazado así un sistema estequiogenético, *o árbol genealógico de las especies químicas*, divisibles en VII series desde S1 a S7, que son los siete períodos de formación o condensación sucesiva de la materia; y divisibles en VII grupos, verdaderas familias naturales de cuerpos semejantes según las respectivas isovalencias.

XVII

LA ESTEQUIOGÉNESIS Y LAS ESPECIES QUÍMICAS IGNORADAS

Este estudio, por mí dirigido para llegar a conclusiones de orden filosófico y moral de significación mucho más alta, puede asimismo revestir importancia práctica para vuestra ciencia, puesto que os ofrece la *posibilidad de definir a priori elementos todavía ignorados por vosotros*, y ello no empíricamente, por tentativas, sino de manera sistemática, previendo con exactitud qué dirección dar a vuestras

investigaciones. El esquema os dice que en determinados puntos hay cuerpos que encontraréis con las características que el esquema os indica. No importan sus nombres. Los cuerpos están allí, ya definidos y descritos. Buscadlos y los hallaréis. Y voy a deciros más: podréis siempre, definiendo la línea de dirección de un fenómeno, esto es, el concepto fundamental que lo rige (una vez más verificamos que el universo es Ley y organismo); podréis siempre, partiendo de lo que os es conocido experimentalmente, llegar, por aplicación analógica de aquel concepto fundamental, incluso hasta donde no ha llegado la observación; os será posible delinear la marcha del fenómeno aun en sus períodos ignorados. Emplead este concepto monista, que os traigo, de la unidad de principio de todo el universo, no ya sólo en el campo moral sino además en el científico; volved a hallar este principio de analogía que en todas las cosas está y él ha de guiaros infaliblemente, permitiéndoos definir a priori, anticipándoos a la observación y a la experiencia, lo ignorado, y definirlo es descubrirlo y conocerlo. ¿No habéis encontrado así el Escandio, el Galio, el Germanio? El Escandio está en el grupo III, a la distancia precisa de dos octavas del Boro; el Galio, en el mismo grupo, pero más adelante en la escala y a igual distancia de dos octavas del Aluminio; el Germanio se halla en el grupo IV, a la misma distancia de dos octavas del Silicio, que encontramos en el mismo grupo. Idéntico sistema os ha conducido al descubrimiento de los gases nobles, químicamente inertes, contenidos en el aire, o sea, el Neón, el Criptón, Xenón. Son del grupo 0, esto es, del grupo del Argón. Habéis logrado preparar el Nito (emanación de Radio), de la misma familia 0. Tales elementos se hallan, de hecho, en el esquema, comprendidos en el grupo del Argón, 0, que como todos los otros tiene valencia cero. Y así sucesivamente, incluso en el campo astronómico, donde el cálculo de una ley exacta os ha permitido individualizar, en un punto y momento determinados, un cuerpo con determinadas características, hasta que se halló efectivamente. Echáis de ver, pues, cómo el edificio que la razón puede construir es capaz de anticipar la observación directa; y no es más que la vía pedestre de un pensamiento apoyado siempre en los hechos. ¡Imaginad a qué descubrimientos podréis arribar rápidamente cuando *los problemas científicos sean afrontados por intuición*, como os dije! Por lo demás, los verdaderos y grandes descubrimientos fueron todos chispazos de intuición del genio, que es el superhombre del porvenir, el cual, saltando por encima de las formas racionales de investigación, anticipa las formas intuitivas de las humanidades futuras. Los grandes saltos hacia adelante no los dio nunca el hombre experimental y racionalmente, sino por intuición, la que constituye el verdadero y grande sistema de indagación del porvenir. En espera de que la evolución saque a relucir esta vuestra madurez biológica, que guíe vuestra razón en la investigación científica mi afirmación de que el universo todo está regido

por conceptos armónicos, analógicos, reducibles a principios cada vez más simples y sintéticos. Una vez comprendido el concepto generador de un proceso fenoménico y su ritmo, sea cual fuere su altura en la escala de las formas del ser, extended con seguridad este concepto y ritmo también donde todavía falta el conocimiento objetivo. Desde γ a α, la ley de evolución es idéntica, la línea de desarrollo, continua, y único el principio. Este concepto os permitirá siempre individualizar a priori las formas intermedias que ω -la substancia- atraviesa durante su continuo transformarse.

Resumiendo podemos decir, en consecuencia, que de la etapa física, γ = materia, de la substancia, hemos observado las formas que van de H a U, según pesos atómicos crecientes, formas que hemos reagrupado según VII grandes series sucesivas de condensación y VII grandes familias naturales de isovalencias. No hay más que una pequeña anomalía, periódica también ella, de tres cuerpos que interrumpen el progreso de las isovalencias. Tal interrupción es como una breve estática y en modo alguno perturba el curso del fenómeno, porque también la estática es rítmica y vuelve en períodos regulares. En el esquema gráfico, dicha estática representa el fondo de las conchas dadas por los volúmenes atómicos más bajos.

XVIII

EL ÉTER, LA RADIOACTIVIDAD Y LA DISGREGACIÓN DE LA MATERIA ($\gamma \rightarrow \beta$)

En los dos extremos de la serie hallamos, pues, a H y U. Estos elementos individualizan las dos formas extremas de la fase γ. ¿Qué individuaciones encontramos *más allá de éstas*? La escala, evidentemente, "debe" ir más allá de las formas que la evolución terrestre os muestra. Hemos visto que antes de H tenemos el Éter, forma sobre la cual volveremos, y que es intermedia entre β y γ; veamos ahora a qué formas tiende la progresión evolutiva de U.

Hemos visto que el Hidrógeno es el elemento constitutivo de los cuerpos jóvenes, por ejemplo las nebulosas, estrellas blancas, calientes, del espectro extendido en el ultravioleta, como Sirio y α de la Lira. *El Uranio*, en cambio, es el elemento constitutivo de los cuerpos viejos, más avanzados en la evolución, que por lo mismo han podido producir elementos más densos (de peso atómico mayor) y más diferenciados. El Uranio se nos presenta bajo características muy especiales. Posee el peso atómico más alto (238,2), y constituye el último término del grupo postrero de la serie estequiogenética. Este grupo es, precisamente, el de los cuerpos radioactivos: y entre ellos, consideráis al Uranio como la substancia madre del Radio; tanto, que la cantidad de Radio que un mineral contiene, es determinada por la cantidad de U de que está compuesto. En cuerpos celestes más viejos que la Tierra se han obtenido, por evolución, formas de peso atómico mayor y de una pronunciada radioactividad. La radioactividad es, en efecto, una cualidad que aparece sólo en los elementos del último grupo. Ahora sabéis que constituye una forma de disgregación de la materia, de modo que comprobaréis este extraño fenómeno: que con el aumento del peso atómico, esto es, del grado de condensación de la materia, aumenta aquella radioactividad que en la materia existe, precisamente más manifiesta en su última forma. La condensación lleva, por lo tanto, a la *radioactividad*, es decir, a la disgregación. La materia (γ), derivada por condensación de β, una vez logrado un máximo de condensación en su proceso de descenso involutivo, hasta las formas de peso atómico máximo, vuelve sobre su camino, invirtiendo la dirección a manera de ascenso evolutivo; tiende a disolverse, retornando a β. La radioactividad es, en efecto, la propiedad de emitir radiaciones especiales en forma de calor, luz, electricidad, vale decir, energía. Y ésta, contrariamente a las leyes que conocéis, no se alcanza por el ambiente, por otras formas dinámicas, sino que es producida constantemente sin que podáis establecer otro origen fuera de la materia en estado de disociación. Este hecho desmiente vuestro dogma científico de la indestructibilidad de la materia y confirma el de la indestructibilidad de la substancia. La materia en cuanto materia, presenta fenómenos de descomposición espontánea, y dicha descomposición lleva consigo un desarrollo de energía. Veis, pues, que la materia como materia es destructible, pero no lo es en cuanto substancia, puesto que esa destrucción es acompañada de la aparición de formas dinámicas paralelas al proceso de desintegración radioactiva. Con esto se demuestra el transformismo físico-dinámico.

Pero el estudio del grupo de los elementos radioactivos pone de relieve otro hecho importante: nos muestra cómo se produce la transformación de un elemento en otro, o

sea, de qué modo se verifican *casos de evolución química*, que podréis considerar como ejemplos de verdadera y propia *estequiogénesis*.

Si tomamos en consideración la última octava de elementos de la serie estequiogenética (elementos radioactivos), podemos establecer entre ellos una relación de filiación, y ha sido precisamente en vista de tal relación genética como pudimos establecer la serie S7, la familia del Uranio. Sabéis que los cuerpos radioactivos emiten tres especies de rayos: α, β, γ. Cuando un cuerpo radioactivo pierde por cada átomo una partícula α, se tiene en correspondencia la pérdida de 4 unidades de peso atómico. Ese elemento se transforma en otro que ocupa un puesto diverso en la serie. La emisión de rayos β da, en cambio, lugar a una transformación en el sentido contrario. Una transformación α, puede ser compensada por dos transformaciones β en opuesto sentido. He aquí la ley específica de esta transformación, expresada por la fórmula siguiente:

$$\lambda \text{ (constante de transformación)} = 2.085 \times 10^{-6} \ 1/\text{seg}$$

A través de tal transformación se realiza el paso del Uranio a UranioX_2, Radio, Nito (emanación), Polonio (Radio F), Radio G (Plomo). En este último elemento la emanación dinámica no resulta ya apreciable y parece haberse agotado. Todo elemento es el producto de desintegración del elemento que le precede y, estudiando el curso de este proceso de desintegración sucesiva de los términos de la serie, halláis que todo elemento posee un *ritmo medio de transformación*, característico, que oscila para los diversos cuerpos en fracciones de segundo, en millares y millares de millones de años. Este ritmo medio de transformación es su *"Vida Media"*, y todo elemento radioactivo tiene un período propio de vida media.

Ya vuestra ciencia habla de vida de elementos químicos y define la duración de esos períodos de vida. La radioactividad, si bien no es fenómeno apreciable materialmente por vosotros más que en los cuerpos que la presentan señaladamente, constituye, sin embargo, propiedad universal de la materia, lo que significa que ésta es toda y siempre, en mayor o menor grado, susceptible de descomposición, transformable en formas dinámicas, y que la palpitación de su evolución, la estequiogénesis, no se detiene jamás.

Resumo ahora y concluyo este capítulo. Partiendo del Hidrógeno, esto es, de la forma primitiva de la materia derivada por condensación (concentración) de las formas dinámicas, a través de la forma de transición que es el Éter, hemos establecido una escala en que los elementos químicos han hallado hasta U su puesto, según la propia fase de evolución. El retorno periódico de isovalencias nos ha mostrado que dicha evolución, que es a un tiempo condensación progresiva y estequiogénesis, constituye un ritmo expresado también por el progreso constante de los pesos atómicos. Estas grandes pulsaciones rítmicas de la materia son siete, y las he catalogado en otras tantas series, de acuerdo con las letras S_l, S_2, S_3, S_4, S_5, S_6, S_7. De la serie S_1 a la serie S_7 hay una alternación de fases periódicas que se suceden a modo de notas musicales, a la distancia de octava. El conjunto de la serie no es sino una *octava más grande* que anuncia otras octavas, que pasan a través de las fases β y α. Hemos visto la tendencia que adquiere la materia llegada a U, su límite de máximo descenso, condensación, involución y, al mismo tiempo, de reiniciación ascensional, evolutiva, el retorno a la fase β. *Llegada a U, la materia se disgrega*. En vuestro sistema planetario la materia es vieja, o, dicho mejor, está envejeciendo y os muestra todas las formas en que se ha fijado su vida y ha creado la misma. La fase que vive vuestro ángulo de universo es la fase $\beta \rightarrow \alpha$, vale expresar, los fenómenos de la vida y el espíritu. Pero, si queréis continuar la serie evolutiva de sus formas conocidas para vosotros, recurrid al mencionado principio de analogía y continuad la serie en las direcciones ya iniciadas, o sea, antes de H con cuerpos de peso atómico decreciente; después de U, con peso atómico y radioactividad cada vez más acentuados. Conservad la relación de progresión ya advertida, y en los elementos químicos que se encuentran más allá de H y de U encontraréis, en el peso atómico, un salto de 2 o 4 unidades y el mismo retorno periódico de isovalencias. Así, el elemento que siga a U tendrá un peso atómico 240 - 242, con cualidades radioactivas incluso más manifiestas. Tened en cuenta que los productos más densos y más radioactivos de U se os escapan, porque en vuestro planeta no han "nacido" todavía, y los cuerpos que precedieron a H han desaparecido ya, por lo que también escapan a vuestra observación. Este aumento de cualidades radioactivas en los cuerpos que deben nacer después de U, significa en ellos una tendencia cada vez mayor a la *disgregación espontánea, al retorno a las formas dinámicas*; tales cuerpos nacen para morir en seguida, y su vida tiene la función de la transformación desde γ a β. La materia de vuestro sistema solar, con su tendencia a evolucionar hacia formas de peso atómico y de radioactividad cada vez mayores, producirá una serie de elementos químicos cada vez más complejos, densos e inestables; esta materia, cada vez más vieja y diferenciada, tiende a la disgregación, se prepara a atravesar por un verdadero período de disolución que, aumentando

progresivamente, terminará en una explosión atómica, como la que se observa al disolverse los universos estelares. Vuestro ángulo del universo se disolverá por explosión atómica, la que constituye la verdadera muerte de la materia. Y ello ocurrirá cuando ésta haya agotado su función de apoyo a las formas orgánicas que sostienen vuestra vida, la cual opera esa fase del evolucionar que es vuestra gran creación: la construcción, a través de infinitas experiencias, de una conciencia que es α, la substancia que vuelve a su fase de espíritu; este es el verdadero y gran problema que he de tratar, y del que lo antedicho no es sino pobre preparación.

En el otro extremo de la escala, más allá de H, y siempre por el mismo principio de analogía, encontraréis cuerpos de peso atómico menor que el de H, de -2, y así sucesivamente, y del grupo y valencia del Oxígeno. Procediendo en esta dirección os habréis de hallar con el *Éter*, elemento imponderable para vosotros, de densidad mínima, tanto, que prácticamente se sustrae a las leyes de gravitación. A éste no podréis aplicar los conceptos de gravitación y compresibilidad, como no podéis aplicarlos a la luz ni a la electricidad. Escapa aquél a vuestras leyes físicas y os desorienta con su rigidez, que es tal, que le permite transmitir la luz a la velocidad de 300.000 Kms. por segundo, al paso que es de tan débil resistencia que no se opone al curso de los cuerpos celestes. El error está en querer considerarlo con los criterios que se refieren a la materia, en tanto que constituye una forma de transición -como os dije- entre materia y energía.

XIX

LAS FORMAS EVOLUTIVAS FÍSICAS, DINÁMICAS, PSÍQUICAS

Pero, aparte de estos cuerpos que, más allá de H y de U, prolongan la serie de las formas de γ, la escala, naturalmente, continúa, incluso allí donde la materia no es ya materia; continúa -dentro de la visión monista que os expongo- en las formas dinámicas, hasta las más altas formas de conciencia. Del Uranio al genio trazaremos una línea que deberá ser continua. También en las *formas dinámicas* tenemos una progresión similar de períodos: rayos X, vibraciones ignoradas por vosotros, rayos

luminosos, caloríficos y químicos, espectro visible e invisible, desde el infrarrojo al ultravioleta, vibraciones electromagnéticas, otras vibraciones que ignoráis y, por último, vibraciones acústicas. La tendencia de la serie estequiogenética al período septenario y a la progresión por octavas aquí se repite. Las formas acústicas se dividen a su vez en una octava menor, como asimismo la luz en el espectro. De las formas dinámicas se pasa a las *psíquicas*, comenzando por las inferiores, en que el psiquismo es mínimo, los *cristales*. En ellos, la materia no ha sabido elevarse a organizaciones más complejas que las de unidades químicas colectivas, que representan cuanto de α puede contener aquélla, el psiquismo físico que es el ínfimo psiquismo de la substancia. Los cristales son sociedades moleculares, verdaderos pueblos organizados y regidos por un principio de orientación matemáticamente preciso, y en este principio reside el mencionado psiquismo. Y veis que la cristalografía os ofrece siete sistemas cristalinos, que constituyen la graduación de un concepto cada vez más complejo, de un psiquismo siempre más evidente, y que se revela de conformidad a planos y ejes de simetría regulados de acuerdo con criterios exactos. Del triclino al monométrico, a través del monoclino, el trimétrico, el trigonal, el dimétrico, el hexagonal o a sistemas que, si difieren en el nombre, son substancialmente idénticos, ascendemos en otra octava al *reino vegetal*, después al *reino animal*, con el exponente psíquico cada vez más profundo y evidente. Desde los protozoos hasta los vertebrados, pasando por las grandes clases de los celenterados y los gusanos, de los equinodermos y moluscos, de los artrópodos, no hay más que una nueva octava. Vuestra zoología habla de siete tipos de animales existentes. Llegamos así (a través de las repeticiones rítmicas de una graduación fundamental y el retorno de los períodos constantes) desde la materia, máxima condensación de la substancia, hasta las superiores *formas de conciencia* humana, espiritualización para vosotros máxima. Podéis ahora tener la visión de la unidad de la Ley y de mi monismo. De la zoología arribamos al mundo humano, pero la vida toda, incluso vegetal, tiene un solo significado: construcción de conciencia, transformación de β en α. Todas las formas de vida son hermanas de la vuestra y luchan por ascender hacia la misma meta espiritual, que es objetivo de vuestra vida humana. La escala de los estados psíquicos que para alcanzaros recorre la vida, parte de las primeras formas inconscientes de sensibilidad vegetal, pasa por las fases del instinto, intuición inconsciente, raciocinio (la vuestra, actualmente), conciencia, intuición consciente o superconciencia, la que os espera y que os he indicado como nuevo sistema de investigación. Siguen las unidades colectivas, en que las conciencias se coordinan en más vastos y complejos organismos psíquicos, como son la familia, la nación, la raza, la humanidad, y las formas de conciencia colectiva que os corresponden. He aquí la síntesis espiritual que nace de aquel metabolismo vertiginoso

que es la vida, al cual la materia está sometida en los más altos grados de evolución. Pensad: el sistema planetario del núcleo y los electrones que giran vertiginosamente en el seno del átomo, se combina en la molécula con otros sistemas planetarios atómicos, coordinándose en un sistema orgánico más complejo, el cual es por su parte tomado en un torbellino más profundo todavía, determinado por el recambio orgánico, en la célula. ¿Y qué representa la célula en un organismo? ¡Cuán vertiginoso nacer, vivir y morir! La vida es recambio, y vosotros, en cada momento, cambiáis la materia que os compone; la vida es una corriente que nunca descansa, un torbellino maravilloso del que nacen el pensamiento, la conciencia, el espíritu. Y os palpita la materia toda, encendida en su más íntima esencia, por una fiebre indómita de ascensión. He aquí la nueva, la tremenda grandeza divina que os mostraré.

Pero este inmenso fenómeno no es sólo progresión de formas que individualizan las etapas del gran camino ascensional (*aspecto estático* del universo), no es únicamente el movimiento del transformismo evolutivo (*aspecto dinámico* del universo), sino que además representa la exteriorización de un principio único, una Ley que vuelve a encontrarse por doquiera. Tal principio, que define la marcha de la totalidad de los fenómenos, puede expresarse gráficamente en la forma de una espiral en cuyo ámbito toda pulsación rítmica es un ciclo que, aún tornando al punto de partida, se desplaza repitiendo en un tono y a un nivel diverso el período precedente. Pero esto lo explicaré exactamente en el estudio de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (*aspecto mecánico* del universo). El cual es también trino en sus aspectos.

XX

LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

Esta *filosofía de la ciencia*, de que os he hablado, tiene por función la de coordinar la gran cantidad de fenómenos por vosotros observados, la de reducir a síntesis unitaria vuestra ciencia, para que no os extraviéis en lo particular del análisis, tiene la función de daros la clave de la gran máquina del universo. Vuestra ciencia adolece de vicios de base y defectos orgánicos que vengo a sanear. Carece por entero de unidad, lo cual le ha impedido hasta aquí elevarse a sistema filosófico y proporcionaros una concepción

de la vida. Las filosofías intuitivas, por un lado, una ciencia puramente objetiva por otro, procediendo por opuestos caminos y con objetivos distintos, no podían dar sino resultados incompletos; dejando dividido lo abstracto de lo real, eran insuficientes para operar la síntesis completa que yo os doy al fusionar los dos extremos: intuición y razón, revelación y ciencia. Cuando se haya hecho nuestro viaje a través del cosmos, volveré a descender, en exposición progresiva, al detalle de vuestra existencia individual y colectiva, para que ésta no siga siendo guiada, como lo ha sido hasta ahora, por instintos emergentes de una ley que ignoráis[(1)], sino que con conciencia y conocimiento toméis vosotros mismos, superada vuestra minoría de edad, las riendas del complejo funcionamiento de vuestro mundo. Otro defecto de vuestra ciencia consiste en ser ciencia de relaciones, esto es, que se limita a establecer, aún cuando sea en forma matemáticamente exacta, las relaciones entre los fenómenos, ciencia que parte de lo relativo y se mueve dentro de lo relativo. La mía, en cambio, es ciencia de substancia, os muestra la esencia de los fenómenos, constituye la ciencia de lo absoluto. Yo no digo: podría ser, sino que digo: es; no discuto, afirmo; no investigo, expongo la verdad; no planteo problemas ni enuncio hipótesis, sino que expreso los resultados. Mi filosofía no se abstrae en construcciones ideológicas, antes bien, permanece adherida a los hechos sobre los cuales se basa.

Vosotros multiplicáis vuestros recursos y la potencia de vuestros medios de investigación, pero el punto de partida es sensorial. Así percibís la materia como solidez y no como velocidad. Se os vuelve difícil, y solamente por vías indirectas llegáis a imaginaros, cómo la masa de un cuerpo es una función de su velocidad, y cómo una transmisión de una nueva energía significa para él un peso mayor; de qué manera la velocidad modifica las leyes de la atracción (giroscopio); cómo la continuidad de la materia se debe a la velocidad de desplazamiento de las unidades electrónicas que la componen, tanto que, sin esa velocidad, dado su volumen mínimo frente al espacio en que circulan, vuestra mirada pasaría al través sin nada percibir; cómo su solidez, base de vuestras sensaciones, es debida a la velocidad de rotación de los electrones, que le confieren casi una omnipresencia espacial contemporánea; velocidad sin la cual toda la inmensa mole del universo físico se reduciría en un instante a lo que verdaderamente es: un poco de polvo de niebla impalpable. He aquí la gran realidad de la materia que la ciencia debería indicaros: la energía.

[(1)] Esto será ahondado no sólo al final de este escrito, sino en los volúmenes que le siguen, agrupados en trilogías. (N. del A.)

Dado el método sobre el cual se basa vuestra ciencia, ésta es inadecuada para descubrir los íntimos lazos que unen las cosas y revelan su esencia. Habéis comprendido, por ejemplo, el fenómeno que os muestra la transformación, afirmada por mí, de γ en β, y el retorno de la fase materia a la fase energía, advertida también en la radioactividad de vuestro planeta, es decir, el fenómeno por el cual el sol inunda de energía, a sus propias expensas, (consumiéndose en peso y volumen), a la familia de los planetas y al espacio, y ello, hasta el agotamiento de su ser. Pero la ciencia se detiene aquí y mira aquel sol -que hoy es vuestro vivir, y que vagará dentro de millares de siglos, exhausto de toda luz y vida, extinguido, frío y muerto- como un enigma. Yo, en cambio, os digo: ha obedecido a la ley universal de amor, que impone el dar gratuito y que, en cualquier nivel, hace hermanos a todos los seres del universo. Así, por ejemplo, intentáis la desintegración atómica tratando de demoler el inviolado edificio atómico; intentáis penetrar, atravesando la zona electrónica de alto potencial dinámico, hasta el núcleo, bombardeando el sistema con emanaciones-proyectiles a alta velocidad; pero no veis que la esencia del fenómeno de la transmutación de los átomos reside en la ley de la unidad de la materia. Habéis notado que la materia sideral nace y muere, aparece y desaparece, se volatiliza en radiaciones en una parte, y reaparece como materia en otra, pero no habéis relacionado ambos fenómenos ni señalado el rasgo que los aúna y la común línea cíclica de su desarrollo. Os revelo yo, pues, los ligámenes que unen los fenómenos aparentemente más dispares. Mi sistema no ignora -como ocurre con vuestras intuiciones filosóficas- la ciencia, sino que la toma como base, la completa, elevándola al grado de concepción sintética, le otorga dignidad de filosofía y religión, porque en el pormenor infinito de la fenomenología vuelve a encontrar el principio unitario que, dándoos la razón de las cosas y respondiendo a los últimos "por qué", es capaz de guiaros en el camino de vuestras vidas y de proporcionar una meta a vuestras acciones.

XXI

LA LEY DEL DEVENIR

Ha llegado ahora el momento de ahondar nuestro estudio, afrontando problemas de complejidad mayor. Me he mantenido, hasta aquí, relativamente en la superficie de

los fenómenos, deteniéndome en aquella su apariencia exterior que es más accesible a vuestro intelecto. Procedamos ahora al examen de su estructura íntima, profunda, del proceso genético del mundo fenoménico.

Os he trazado, en las páginas precedentes, las características, la génesis y el desarrollo de la fase γ, y hemos dado un vistazo de conjunto a las otras dos formas de ω, o sea, β y α. Entraremos más tarde en el examen detallado de las fases dinámica y psíquica, que merecen un estudio profundo en cuanto se refieren a lo que os toca de más cerca, esto es, los fenómenos de la vida y la conciencia, incluso de vuestra vida y vuestra conciencia, y no sólo en el campo individual, sino también en el social. Terminaré de tal manera el tratado, y el edificio quedará completo, porque habré arrojado una luz nueva sobre vuestro mundo, sentando las bases de un nuevo vivir, privado y colectivo, que se apoya al mismo tiempo en la ciencia y en la revelación, un nuevo vivir que será la nueva civilización del III milenio.

Pero, antes de proceder en amplitud, extendiéndonos en estos nuevos campos, hagámoslo en profundidad, para darnos cuenta de la esencia de los fenómenos que observamos. No era posible, antes de ahora, emprender tal estudio. No se refiere él al universo en su aspecto estático o dinámico ya examinados, sino que lo considera desde un nuevo punto de vista: su *aspecto mecánico*.

El *aspecto estático* se refiere a las *formas* del ser y su expresión es:

$$(\alpha = \beta = \gamma) = \omega$$

El *aspecto dinámico* relaciónase con el *devenir* (evolución) de las formas del ser, y su expresión es:

$$\omega = \alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$$

El *aspecto mecánico* se refiere a la *esencia* del devenir de las formas del ser, y su expresión es una línea: la espiral.

Habréis notado que, como las formas o fases de ω, la Substancia, son tres: materia γ, energía β, espíritu α, así también son tres sus aspectos; es decir, que pueden considerarse: 1) como *formas*; 2) como *fases*; 3) como *principio o ley*. Estos tres aspectos son las tres dimensiones de la trinidad de la substancia; unidad trina, de tres

dimensiones. En otros términos, que el universo no constituye sólo una gran *organización* de unidades, y el funcionamiento de un gran organismo de seres, sino que es además el *devenir*, el transformismo evolutivo, de este organismo y de sus unidades; es, en suma, el principio, *la Ley* que rige dicho transformismo.

Nos ocupará ahora el estudio de este principio. Una Ley perfecta y matemáticamente exacta guía el eterno devenir del ser; el transformismo evolutivo universal obedece a un principio único. Os expondré este principio, que, idéntico y constante, volveréis a encontrar en la infinita multiplicidad de las formas y os trazaré la línea de su devenir, la trayectoria de la evolución; una línea absolutamente típica, que puede llamarse la matriz del transformismo universal, una trayectoria que la totalidad de los fenómenos, aún los más dispares, siguen en su proceso de desarrollo. Principio absoluto, trayectoria inviolable. Todo fenómeno tiene una ley y esta ley es un ciclo. Cada fenómeno existe en cuanto se mueve, desde un punto de partida hasta un punto de llegada; existir significa moverse según esta línea de desarrollo, que es la trayectoria del ser.

XXII

ASPECTO MECÁNICO DEL UNIVERSO. FENOMENOGENIA

La trayectoria típica de los movimientos fenoménicos, expresión sintética de su devenir, es la línea que encontráis ya en el mundo físico al nacimiento de la materia, la línea de las formaciones estelares (nebulosas) y planetarias, o sea, el vórtice, la espiral. Expresa la fenomenogenia, y su estudio nos conducirá a una nueva concepción cosmogónica.

Procedamos a su análisis, comenzando por los conceptos más elementales y avanzando, con orden, de lo simple a lo complejo. Para dar con mayor evidencia el concepto, éste será expresado también con diagramas.

La fig.1 representa la ley del camino ascensional de la evolución en su expresión más simple. La abscisa horizontal indica la progresión de las unidades de tiempo; la

vertical, la progresión de los grados de evolución. Esto se nos aparece aquí en su nota fundamental y característica dominante de camino ascensional lineal continuo (OX).

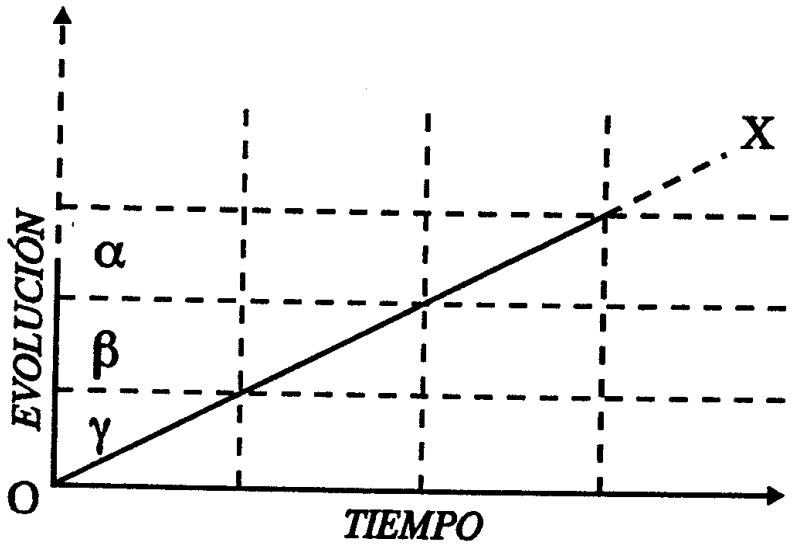


Figura 1. Diagrama de la progresión evolutiva, en su más simple expresión rectilínea.

Algunas definiciones:

Por *evolución* entiendo la transformación de la substancia de la fase γ a la fase β, α et ultra, como veremos, y la transformación que sufren las formas individuales atravesando esas fases.

Por *tiempo* entiendo aquí el ritmo, la medida del transformismo fenoménico, vale expresar, un tiempo más vasto y universal que el tiempo en sentido restringido, que constituye la medida de vuestro universo físico y dinámico y que ya al nivel α, desaparece; un tiempo que es en todas partes un fenómeno, y que subsiste en todos los niveles posibles del ser, como paso que señala el camino del eterno devenir del Todo.

Por *fenómeno* entiendo una de las infinitas formas individuadas de la substancia, su devenir y la ley de su devenir; por ejemplo: un tipo de cuerpo químico, de energía, de conciencia, en sus tres aspectos: estático, dinámico y mecánico. Fenómeno es la palabra más amplia, porque comprende todo lo que es; que en cuanto es se transforma,

y se transforma conforme a una ley. En mi concepto, ser no significa nunca estados, sino eterno devenir.

La Figura 1 representa la expresión más simple de la marcha del fenómeno en el tiempo, o sea, de la cantidad de su progresión evolutiva en relación con la velocidad de esta progresión.

Ésta y las expresiones que seguirán revisten un significado universal. Es menester, por consiguiente, para pasar al caso especial, tener en cuenta los grados de evolución particulares de la individuación fenoménica examinada y de su particular velocidad de progresión. Tomando en cuenta esto, la línea resulta aplicable a todo fenómeno, y las trayectorias que señalaremos lo son también. Además, para simplificar y ganar en evidencia, tomo ahora un tipo de fenómeno particular, que examinaré; es el más vasto que conocéis, el máximo, que comprende a todos los menores: la transformación de la substancia en sus fases γ, β, α. Lo hago con el fin de proporcionaros una idea más exacta del proceso genético del cosmos.

La Figura 2 expresa un concepto más complejo.

Hemos dicho que en el eterno respirar de ω la fase evolutiva es compensada por una fase involutiva equivalente y que vuestro actual camino ascensional $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ era precedido por un camino inverso de descenso $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$. Así, para que la expresión sea completa, la línea ya trazada OX debe ser precedida por una línea opuesta que, desde la misma altura α, vuelve a bajar a O. Pero, cuando os expuse la gran ecuación de la substancia y su aspecto dinámico: $\omega = \alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta$..., dije sumariamente que el devenir volvía sobre sí mismo, porque entonces el definir más precisamente habría suscitado dudas y complicaciones que podemos resolver sólo ahora, cuando observamos particularmente el aspecto mecánico del fenómeno.

Comprended que lo absoluto no puede ser sino un infinito en todas direcciones; que no pueden existir límites más que en vuestro relativo; que si debemos poner límites a lo absoluto, éstos no serán nunca determinados por él, sino sólo por la insuficiencia de vuestro órgano de juicio, la razón; que el universo no ya sólo se extenderá al infinito en todas las direcciones posibles -espaciales, temporales y conceptuales-, sino que en cierto punto se velará a vuestra vista insuficiente y ha de desvanecerse para vosotros en lo inconcebible. Las fases α, β, γ, no pueden agotar las posibilidades todas del ser. Ellas son ω, vuestro universo, vuestro concebible; pero además hay otras fases y otros

universos; contiguos, comunicantes, mas que para vosotros constituyen la nada, porque están más allá de vuestras capacidades intelectivas. Dichas fases se extenderán por encima de α, en progresión ascendente, hacia un infinito positivo, y por debajo de γ, en progresión descendente, hacia un infinito de signo opuesto.

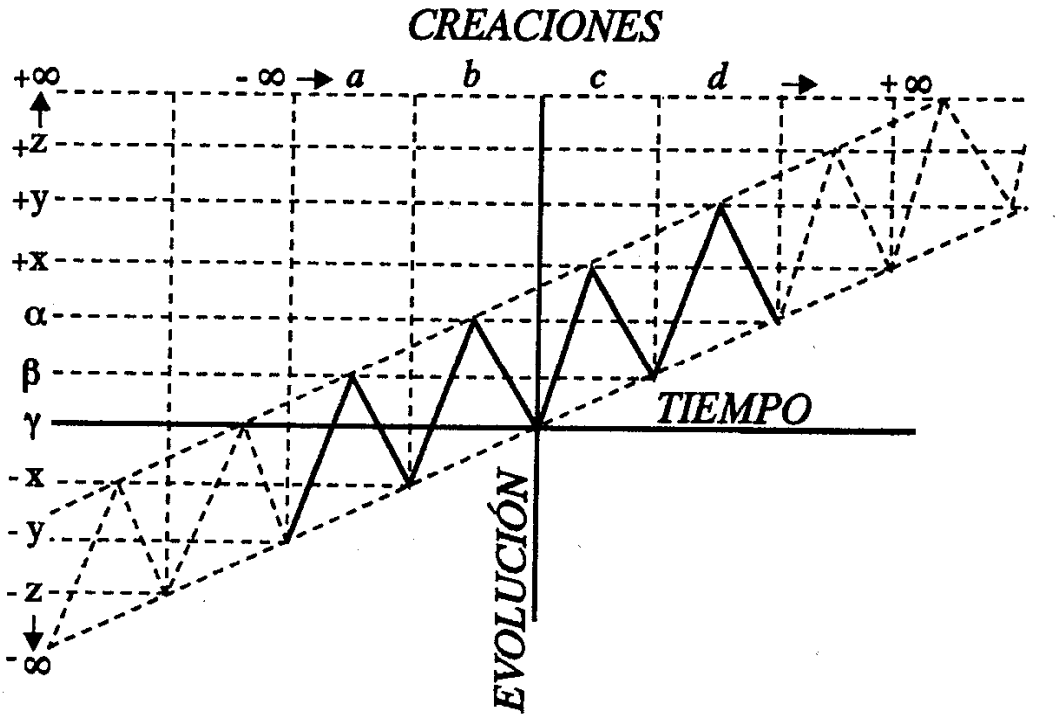


Figura 2. Análisis de la progresión en sus fases evolutivas e involutivas.

De este modo, la Figura 2 asume un aspecto diverso de la precedente. Mientras la línea del tiempo se extiende horizontal desde un -∞ hasta un +∞, ilimitada en las dos direcciones, la línea de la evolución extiéndese arriba y abajo hacia un +∞ y un -∞. Y a las fases γ, β, α, seguirán arriba las fases evolutivas (ignoradas por vosotros) +x, +y, +z, etc., y abajo precederán las fases involutivas (también ignoradas por vosotros) -x, -y, -z, constituyendo creaciones limítrofes (no en sentido espacial) de ω.

El sistema, aunque de mayor amplitud y complicación que el de ω, se equilibra igualmente, pero en un equilibrio más vasto y complejo. Sólo que, como el ciclo $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ no es la medida máxima del ser, tampoco lo es este ciclo más grande, sino únicamente parte de un ciclo todavía mayor. Esto porque, os repito, no existe ni

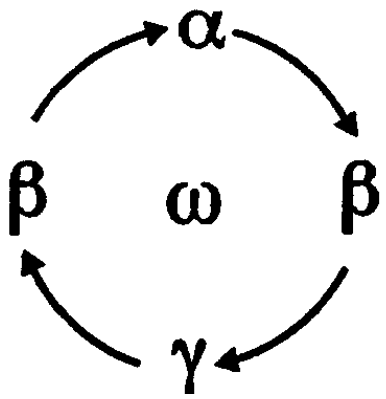
puede haber límite de mayor o menor, de simple y complejo, sino que todo se extiende sin principio ni fin en las infinitas posibilidades del infinito. Vuestro campo visual es restringido y no puede abarcar más que un fragmento de esta trayectoria mayor a lo largo de la cual se producen las creaciones y se escalonan los universos. Mas que no os haga esto suponer imperfección, falta de equilibrio ni ausencia de orden, allí donde todo se desarrolla de acuerdo con un principio único y una ley constante.

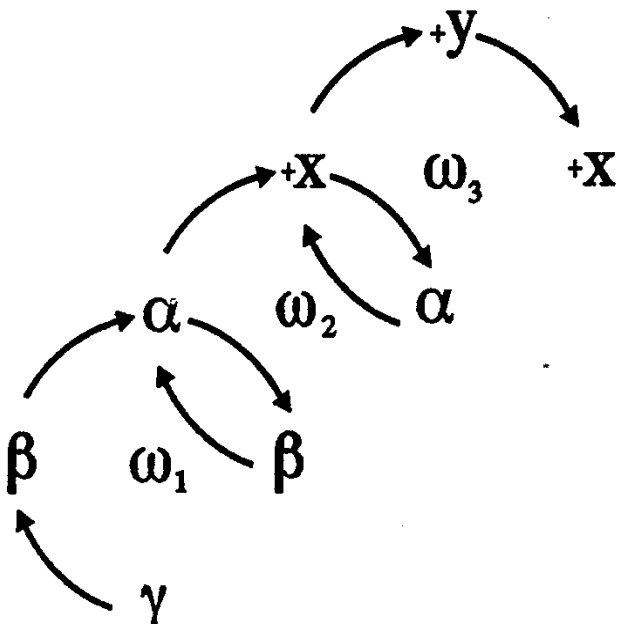
XXIII

FÓRMULA DE LA PROGRESIÓN EVOLUTIVA. ANÁLISIS DE LA PROGRESIÓN EN SUS PERÍODOS

Profundicemos más aún. Comprended que el ser no puede permanecer cerrado en el ciclo de ω, vuestro universo, determinado por las tres formas γ, β, α; que un eterno retorno sobre sí mismo sería trabajo ilógico, inútil; que resultaría un absurdo el ir sin meta, este eterno girar: $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$. Vuestra mente comprende estos argumentos míos: que, sea cual fuere el límite que se ponga a ω, la razón saltará por encima, buscando uno más lejano; que es absurdo el ciclo cerrado que se repite en sí mismo sin fin. Vuestra mente siente la necesidad del *ciclo abierto*, esto es, del que se abre hacia un ciclo mayor, y que se encierra, volviendo en sí mismo, hacia un ciclo menor, y ello sin limitación alguna; vuestra mente se satisface así, porque se cumple la necesidad y se concede la posibilidad al ser de volver en sí y, sobre todo, de extenderse fuera de sí y más allá de sí, allende la forma conquistada que lo constriñe.

Debemos, pues, substituir ahora la *fórmula del ciclo cerrado*, que se os ha dado con expresión sumaria: $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$, por la *fórmula* más exacta y compleja del *ciclo abierto*. Según esta nueva fórmula, la expresión gráfica ya ofrecida:





se transforma en la siguiente:

en que el ciclo del universo ω, determinado por $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ no está ya cerrado en sí mismo, sino que se abre invirtiendo el camino $\alpha \rightarrow \beta$ en $\beta \rightarrow \alpha$ y desarrollando de este modo los universos contiguos: ω_2, ω_3, etc..

La fórmula del ciclo abierto, extendida también al negativo, se determina por la siguiente progresión:

1^{er} ciclo	.....	-y	$\rightarrow$ -x	$\rightarrow \gamma$	$\rightarrow$ -x
2^{do} ciclo		-x	$\rightarrow \gamma$	$\rightarrow \beta$	$\rightarrow \gamma$
3^{er} ciclo		γ	$\rightarrow \beta$	$\rightarrow \alpha$	$\rightarrow \beta$
4^{to} ciclo		β	$\rightarrow \alpha$	$\rightarrow$ +x	$\rightarrow \alpha$
5^{to} ciclo		α	$\rightarrow$ +x	$\rightarrow$ +y	$\rightarrow$ +x..

El diagrama de la Figura 2 nos proporciona este mismo concepto de los ciclos sucesivos con una *quebrada que sube*, alternando su movimiento ascensional con períodos de regresión involutiva. Conjugando entre ellos los vértices y las bases de la quebrada, vemos aquí aparecer de nuevo, en el conjunto, la línea ascensional OX, en su más simple expresión. Hemos encontrado en un nivel más alto el *mismo principio*, cuyo ritmo íntimo analizamos ahora y cuya estructura más completa vemos.

Observemos ahora, las características de la fórmula del ciclo abierto. Las fases de evolución, elementos componentes de las fórmulas de los 5 ciclos sucesivos examinados, en las 5 fórmulas sobrepuestas, pueden dividirse en 4 columnas. Veremos de tal manera cómo a un nivel diverso se repite idéntico ciclo con igual principio. La primera columna, a la izquierda, indica el punto de partida; la segunda la fase sucesiva en el camino ascensional; la tercera columna señala el vértice del ciclo, del cual se vuelve a descender en la cuarta y última columna. Dos fases de ida y una de retorno proyectan la serie de los vértices: γ, β, α, +x..., cada vez más alto, según una línea ascendente. La diferencia de nivel entre el punto de partida y el de llegada es la condición necesaria de la *progresión del sistema*. Aclararemos más adelante, con casos particulares, el significado y las razones filosóficas de este desplazamiento por el cual la línea no regresa al nivel precedente sino a uno más alto.

En el diagrama de la Figura 2, la marcha de la quebrada expresa de modo evidente estos conceptos. Las coordenadas son ilimitadas, están suspendidas en el espacio entre dos infinitos. Las fases están representadas no ya por una línea, porque no constituyen

un punto, sino por una franja, una superficie, puesto que sólo un espacio puede dar gráficamente la idea del desplazamiento necesario para atravesar la fase. Todo ciclo representa lo que llamáis una creación, y éstas se suceden en el diagrama con las letras a, b, c, d, etc.. Hemos admitido la creación como unidad de medida del tiempo, el ritmo del devenir del fenómeno en examen.

Resumiendo lo dicho hasta ahora, podremos concluir que el aspecto dinámico del universo se rige por una ley más compleja (aspecto mecánico), y que su expresión no la da ya simplemente la fórmula:

$\omega = \alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$, sino esta otra:

$\Delta = -\infty \rightarrow \ldots -y \rightarrow -x \rightarrow \gamma \rightarrow -x \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha \rightarrow \beta \rightarrow \alpha \rightarrow +x \rightarrow \alpha \ldots \rightarrow +\infty$

en que Δ expresa, en la serie infinita, una unidad colectiva mayor que ω, o sea, un organismo de universos.

XXIV

DERIVACIÓN DE LA ESPIRAL POR CURVATURA DEL SISTEMA

Encontramos en el diagrama de la Figura 3 una expresión más intuitiva de la ley que rige el transformismo fenoménico. Mi objetivo consiste ahora en describir con evidencia las características del fenómeno. Después, expondré el significado y las razones profundas de su desarrollo.

En la Figura 3 tomo por coordenada base, para expresar la medida del tiempo, una circunferencia en lugar de una recta horizontal, y hago mover la coordenada vertical, que expresa los grados de evolución, en torno al centro; tomo, en otros términos, por abscisas todos los radios posibles del círculo. La medida del tiempo la darán los

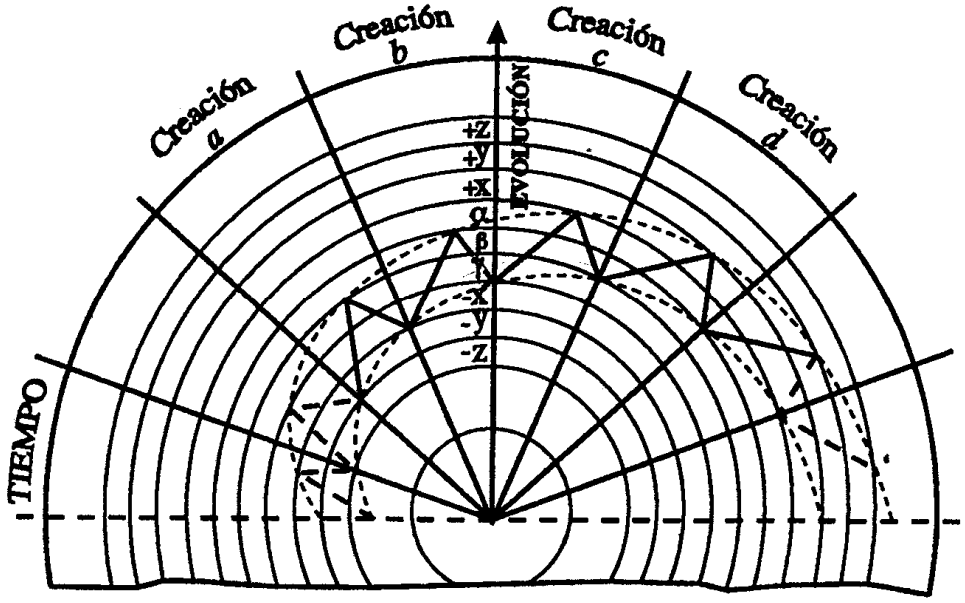


Figura 3. Curvatura del sistema. Derivación de la espiral de la quebrada.

grados. Todo el sistema de la Figura 2 se hace de tal suerte girar en rededor de un centro. La más simple expresión del concepto de evolución, proporcionada por la recta ascendente OX del diagrama de la Figura 1, la da ahora el abrirse de la espiral. Al concepto de la ascensión lineal lo substituye el de desarrollo cíclico; en el detalle se tiene la misma quebrada, cuyos vértices salientes son los máximos en la progresión de las creaciones sucesivas. La línea general del fenómeno (OX) adquiere así el desarrollo de espiral, que es la línea de la génesis planetaria, del vórtice sideral de las nebulosas, la espiral, que en la Figura 4 habremos de ver abrirse y cerrarse también en su interior, porque expresaremos la quebrada con curvas y veremos de tal manera alejarse y acercarse al centro a lo largo de la coordenada radio, siguiendo la curva del tiempo, las grandes pulsaciones evolutivas e involutivas según las cuales todo el sistema progresa. La espiral constituye aquí una expresión más intuitiva que la recta, por cuanto, siendo ella un derivado de la circunferencia, expresa con mayor evidencia la marcha cíclica

del fenómeno y la trayectoria típica de su devenir, determinado por desarrollos y retornos periódicos.

XXV

SÍNTESIS LINEAL Y SÍNTESIS POR SUPERFICIE

Estudiemos ahora el diagrama de la Figura 4. Tomando una unidad menor de medida de tiempo que en la Figura 3, vale decir, disminuyendo la marcha del fenómeno y situando toda creación a una mayor distancia, o sea, de 45° y 90° etc., podremos expresar no ya, como en la Figura 3 sólo el aspecto del fenómeno en su conjunto, sino además la marcha cíclica de desarrollo y retorno de las fases singulares en el ámbito de la misma creación. Nos resulta posible observar mejor así el fenómeno en sus pormenores, en una nueva figura de aspecto característico. Los segmentos ascendentes y descendentes de la quebrada son sustituidos, con expresión más dinámica, por el movimiento de *abrirse y cerrarse de la espiral*.

La Figura 4 se ha construido dando a cada fase (α, β, γ, etc.) la amplitud de un ángulo recto. Esta amplitud es preferible a otros ángulos, ya que os proporciona una expresión más evidente de la ley del fenómeno, con superposiciones de trayectoria regulares, como en la realidad, y un conjunto más equilibrado en el retorno de los períodos. Observemos las características del diagrama. Encontramos reproducido aquí, en su expresión cíclica, el mismo concepto que, en el detalle de la Figura 3 y, mejor aún en el de la Figura 2, tiene su expresión rectilínea. Iniciemos la observación del fenómeno en su fase -y, y sigámoslo en su ascensión a través de las fases -x y γ. En este punto, el período fenoménico, después de haber tocado un vértice, que en la Figura 4 como en las Figuras 2 y 3, marcamos con la letra a, y que se halla en la cobertura completa realizada de las tres fases, vuelve a descender, retorna sobre sí mismo y, encerrándose, recorre en sentido inverso las últimas dos fases del período progresivo. El primer período fenoménico, que representa la creación a, es de este modo completo en sus dos momentos de ida y de vuelta, evolutivo e involutivo, dados por el recorrido -y $\rightarrow$ -x $\rightarrow \gamma$ y $\gamma \rightarrow$ -x, que constituye la primera parte de la fórmula de Δ. Cubierta la fase -x, el período está agotado y para continuar se invierte de nuevo, retomando el

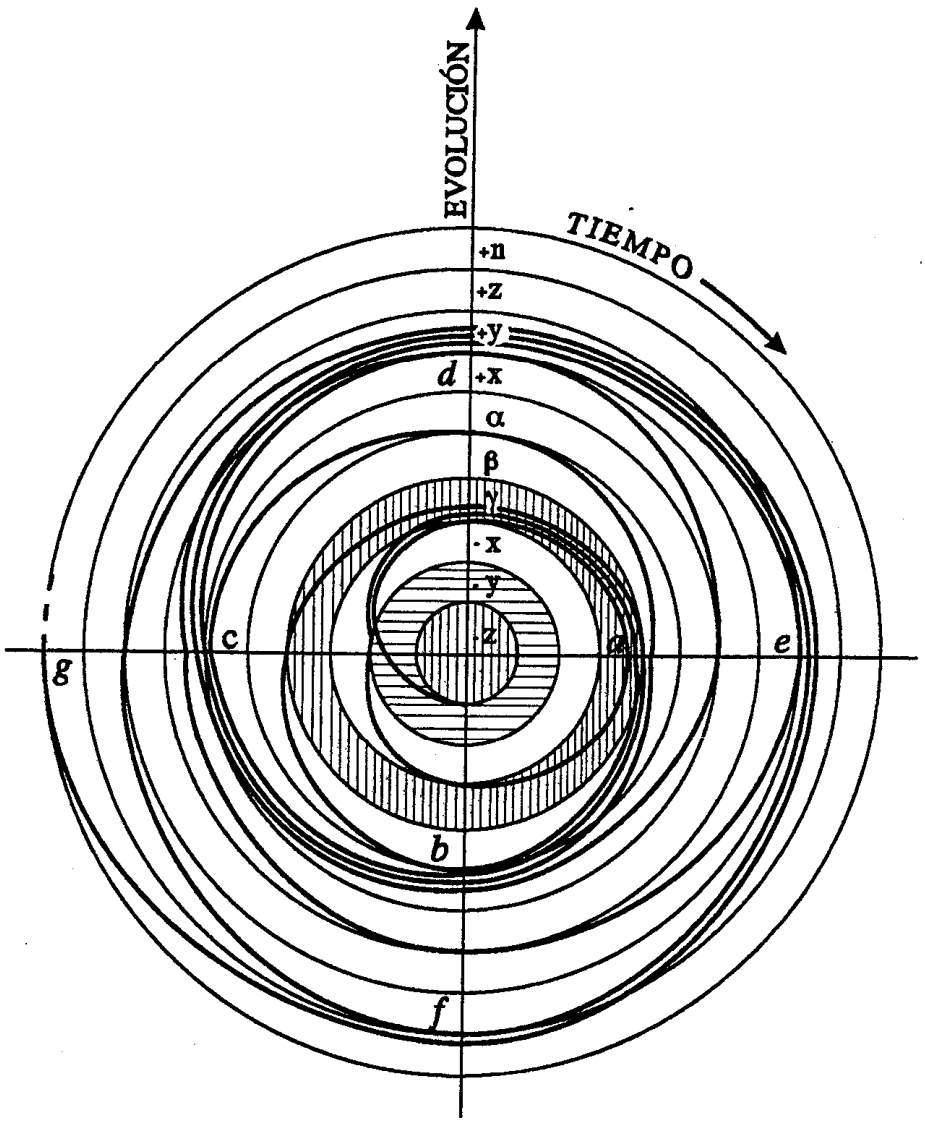


Figura 4. Desarrollo de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos en la evolución del Cosmos.

movimiento ascensional. Pero éste no parte ya de -y, sino de un grado más alto, -x; recorre otras tres fases ascendentes, que esta vez son: -x, γ, β, toca el vértice b, para volver a descender desde β a γ, donde inicia, enderezando de nuevo su camino, un tercer período. Se ha recorrido así el trayecto -x $\rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$, que constituye la segunda parte de la fórmula de Δ, y corresponde a la creación b. El fenómeno continúa desarrollándose, obediente a una ley de progresión constante. Las letras, pues, vértices y períodos de las espirales de la Figura 4, corresponden a las de la quebrada de las Figuras. 2 y 3. Como aquí la trayectoria continúa ascendiendo y descendiendo en la quebrada, en el diagrama 4 sigue abriéndose y cerrándose en la espiral. A las creaciones a, b, c, d, que culminan, en la quebrada, en los vértices a, b, c, d,

corresponden en el desenvolverse y replegarse de la espiral los máximos progresivos a, b, c, d, etc., y se desarrolla toda la fórmula de Δ.

El diagrama de la Figura 4 expresa el fenómeno no sólo en su síntesis lineal sino también en su *síntesis por superficie*, la cual es todavía más evidente. Las tres fases circulares -y, -x, γ, representan en sentido espacial la amplitud de las tres fases cubiertas por el desarrollo de la creación a. Ésta produce como resultado máximo la fase γ, vale expresar, la materia, vuestro mundo físico, y el resultado final del recorrido de todo período es la cobertura de una fase circular mayor, que servirá luego de base a nuevos impulsos hacia ocupaciones de áreas mayores.

Alejémonos ahora del detalle del fenómeno para examinarlo cada vez más en su aspecto de conjunto y captarlo según líneas progresivamente más generales. La ley de desarrollo de la trayectoria-tipo de los movimientos fenoménicos se expresa por esta espiral sujeta a un ritmo de pulsaciones que se invierten continuamente, se abren y se cierran, se desenvuelven y se envuelven. Es como un respirar íntimo. Y el resultado final de este constante volver sobre sí lo constituye una progresión constante. Tal es el producto último de este profundo trabajo íntimo de todo el sistema. La constante progresión de la evolución es así, en su aparente simplicidad, el resultado de una compleja y profunda elaboración. De este modo se cubren sucesivamente las varias fases: en cada creación surge el universo físico, después el dinámico, más tarde, el psíquico, y más allá; y el producto último de toda creación permanece, se suma a los precedentes, totalizándose una cobertura cada vez mayor de la superficie, dada por los haces circulares concéntricos, y todo el sistema se dilata lentamente.

Henos aquí, pues, en una más vasta síntesis del fenómeno, la *síntesis cíclica*, expresada por una espiral que se desarrolla con progresión constante. La expansión del sistema no se determina solamente por su dilatación en superficie, sino por la línea según la cual este dilatarse ocurre. Así como conjugando los vértices a, b, c, d, etc., de la quebrada del diagrama de la Figura 3, se obtiene, como expresión sintética, una espiral (en la que se vuelve a encontrar la línea OX de la Figura 1), conjugando los correspondientes máximos sucesivos de apertura a, b, c, d, e, f, g, etc., en el diagrama de la Figura 4, obtenemos igualmente una espiral de apertura constante. Es posible establecer, de este modo, en dicha espiral una *línea mayor del fenómeno*, en la cual es descuidado el detalle de los retornos y se tiene en cuenta sólo la progresión final. He aquí una expresión más alta de la Ley. Hemos trazado, pues, la espiral mencionada, que es la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos. Simplemente alejando la mirada de

la Figura 4 veremos esta línea mayor más visible por la superposición de los tres recorridos de que resulta formada. Porque toda fase, para ser superada de manera definitiva y fijada establemente en el sistema, debe recorrerse tres veces en dirección progresiva de evolución: la primera vez como producto máximo del ciclo, luego, en su carácter de producto medio, y por último como producto mínimo, o sea, punto de partida o fase inicial del proceso evolutivo. Como bien se ve, el sistema es trino en su concepto del mismo modo que en su desarrollo. Asumiendo como línea única del fenómeno esta espiral mayor, su expresión más sintética, veremos cómo el resultado final de su desarrollo es el recorrido de la abscisa vertical que indica la evolución y cómo la línea -z, -y, -x, γ, β, α, +x, +y, +z, +n, no es más que la trayectoria que resume todo el complejo movimiento del que resulta el abrirse de la espiral. Veremos cómo esta trayectoria, síntesis todavía mayor que resume todas las precedentes, determinada por la continuación de tantos trazos contiguos que representan las sucesivas fases de evolución, es ella misma una espiral, expresión de un fenómeno aún más vasto, y ello sin fin, jamás. Construiremos así otro diagrama que nos dará la mayor expresión posible, por síntesis cíclica de la fenomenogenia universal. Habremos observado entonces en su aspecto mecánico el universo, y os habré expuesto la Gran Ley que lo rige.

XXVI

ESTUDIO DE LA TRAYECTORIA TÍPICA DE LOS MOVIMIENTOS FENOMÉNICOS

Pero, es necesario primero seguir ahondando y pasar de la simple exposición descriptiva de los movimientos fenoménicos al campo de los íntimos "por qué". Toda fase, antes de estabilizarse en una asimilación definitiva al sistema, es recorrida tres veces como progreso y, de consiguiente, dos como regreso, o sea, que se vive cinco veces y en direcciones opuestas. *La razón de tal retorno cíclico* de dos fases involutivas sobre tres evolutivas, la da el hecho de que el volver a existir, repetido tres veces, al nivel de toda fase, es la condición primera de la profunda *asimilación* de ésta en el ser que la fija en sí. Es una triple vida, en tres posiciones diversas, que el ser debe

vivir en cada grado para poder dominarlo definitivamente. En las dos fases de regresión vuelve el pasado, el ser resume, recuerda y revive; de modo que lo nuevo se funda sobre bases nuevamente consolidadas. *El concepto que existe en el fondo de la idea de la trinidad, es un principio de orden y de equilibrio*. Otro significado de este redescenso es que representa la desintegración del viejo material de construcción para constituir con él uno nuevo, germen de potencialidad mayor, porque sólo este núcleo más potente puede alcanzar más altas cumbres, de la manera que haríais vosotros si quisieseis fabricar, en el lugar de una vieja casa de dos pisos, una nueva de seis. A través de dicho proceso de íntima destrucción y reconstrucción se elabora y madura el fenómeno; es a través de estos retornos sobre sí mismo, de ese comprimirse del torbellino, de esta fase de concentración, que se fecunda el impulso hacia ascensiones mayores. Este rehacerse desde el comienzo, volviendo sobre el mismo camino, constituye un encerrarse del fenómeno en sí, a fin de estallar con mayor potencia. Para avanzar es preciso antes retroceder, demoler lo viejo, y luego reconstruir desde el comienzo, poniendo, en fundamentos más sólidos, bases de un organismo nuevo de mayor potencia, destinado a un desarrollo más amplio. Pues en la Ley todo avanza por continuidad ("natura non facit saltus") y todo progreso ha de ser profundamente madurado.

Comprenderéis todavía mejor si pasamos de los conceptos abstractos a la *ejemplificación de casos concretos*. Comprobaréis cómo vuestra realidad responde a los principios expuestos más arriba. La mencionada necesidad de rehacerse desde el comienzo, tornando a aproximarse a los orígenes del fenómeno, es universal. Para reedificar es menester destruir. El ciclo cumplido por la espiral que se abre y se cierra es la línea del devenir de todas las formas del ser. Si a veces os parece que no sea así, ello ocurre porque no tenéis ante la vista otra cosa que fragmentos de fenómenos. La unidad de principio nos permite descubrir ejemplos en los campos más dispares.

En el *universo de la materia*, γ, encontráis la línea de la espiral en el desenvolverse de las nebulosas. Aquí es la materia un torbellino centrífugo de expansión, y se proyecta en el espacio en un polvillo sideral precisamente según una espiral, que tiene su propia juventud, edad madura y vejez, vale decir, alcanza un máximo de apertura espacial por el impulso que le imprimió el torbellino, germen del fenómeno, máximo que no puede superar, y después del cual retrocede. El ciclo vuelve a cerrarse en sí mismo, pues mientras la espiral se abre, desde el nivel γ, se produce aquella íntima elaboración de la materia que hemos expuesto en la serie estequiogenética, mediante la cual la materia se disgrega y γ vuelve a β. La energía, como veremos, se canaliza a su vez

en corrientes desde las que se determina un torbellino centrípeto, concentración dinámica (período involutivo del ciclo) en un núcleo (de nuevo γ) que constituirá el germen de un torbellino inverso centrífugo (período evolutivo del ciclo), esto es, de una nueva expansión sideral. Pero ahora β, nuevamente reconstituida, tomará las vías más altas de la vida y de la conciencia, mientras que en los confines de vuestro universo, allí donde β no está todavía madura, la veréis replegarse en sí misma hacia γ, y así sucesivamente.

En el *campo de la vida*, la apertura de la espiral no es un torbellino físico, espacial, sino dinámico. Centro, expansión, límites y retornos son de carácter exclusivamente dinámico. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué todo debe nacer de una semilla y por qué el desarrollo que sigue no puede sobrepasar ciertos límites y el por qué de la decadencia, de la vejez que en todas las cosas sobreviene? También la vida constituye un ciclo, con sus fases evolutiva e involutiva y el inexorable retorno al punto de partida. ¿Qué significa esa mecánica que lo relaciona todo con el estado del germen, ese proceder de la naturaleza por medio de continuos retornos al estado de semilla, sino la expresión más evidente de la ley de evolución e involución cíclicas? En la semilla, el fenómeno de la vida torna a encerrarse en sí, en un núcleo que es centro de nueva expansión, y así, por pulsaciones alternas de la fase de germen a la fase de madurez, procede ininterrumpidamente la vida. Esta íntima ley del fenómeno, momento de la ley universal, es la que pone límites a la forma completa y luego la demuele y reconcentra toda su potencialidad en un germen que no da después, de modo inexplicable, el más del menos, sino que simplemente da lo que en él se ha encerrado por involución. Sin ese inexorable retorno sobre sí, que está en la ley de los ciclos, la forma debería progresar hasta el infinito o, decayendo, no debería resurgir nunca para reemprender, en cambio, a pequeña distancia, idéntico camino. Y si los límites pueden desplazarse y elevarse los máximos, ello no corresponde al ciclo inviolable de las vidas individuales, sino al desarrollo al que éstas contribuyen, del ciclo mayor de la evolución e involución de la especie, sujeta a la misma ley. Una vez más vemos que el progreso no se verifica sino a través de continuos retornos a un punto de partida, que gradualmente se desplaza hacia adelante. De este modo, el progreso de las especies orgánicas no es rectilíneo, como lo vio la mente de Darwin, sino alternado por continuos retornos involutivos. A semejanza de este caso que las leyes de la vida os ofrecen, la creación toda está hecha y *funciona por gérmenes* a los que sigue un desarrollo, no de otra manera que como, para levantar un edificio cada vez más alto, deben rehacerse los cimientos para construirlos cada vez más sólidos. Veis que toda existencia es hija de una semilla, que todo fenómeno está potencialmente contenido

en un germen, ley que volveis a encontrar desde la evolución e involución de los universos. Por la ley, deben rehacerse siempre desde el comienzo en la propia fase inicial -que puede ser -y, -x, γ, β, α, etc., la fase germen en la que se encierran, concentradas por involución-, todas las potencialidades que se desarrollarán en la evolución generadora de las fases superiores. Y toda fase recorrida, vale expresar, vivida, de asimilación cumplida, vuelve a la anterior, como fase o germen de la evolución de nuevas fases cada vez más altas. Todo asciende por medio de continuos retornos sobre sí mismo, desde el máximo hasta el mínimo, todo funciona por gérmenes. Mirad alrededor. Todo hecho nace por apertura de un ciclo: se inicia, se expande hasta un máximo, después vuelve sobre sí. Todo es así. Para realizar cualquier cosa debéis abrir un ciclo que luego habrá de cerrarse. *La semilla de vuestros actos reside en vuestro pensamiento* y toda acción os da una simiente más compleja, capaz de producir una acción igualmente más compleja. Así como la semilla hace el fruto y el fruto, a su vez, hace la semilla, así también el pensamiento construye la acción y la acción construye el pensamiento. El principio de la simiente, que volveis a encontrar en la naturaleza, es principio universal de la expansión y contracción de los ciclos.

Otro aspecto tornáis a hallarlo en vuestra misma *vida humana*. Los primeros años de vuestra existencia resumen primero orgánicamente y más tarde psicológicamente (veis, pues, cómo la fase α sucede a la fase β) todas vuestras vidas orgánicas y psíquicas del pasado. En cada iniciación de un ciclo de vida, vuestro ser ha de rehacerse desde el comienzo, aunque sea resumiendo brevemente, para llevar el ciclo de la propia evolución a un punto máximo cada vez más avanzado. No de otro modo β, en su fase más alta, la de la vida humana, es dada por el abrirse y cerrarse de la espiral, por la que todo el sistema progresa.

Este vuestro más alto nivel de vida orgánica toca la fase α, y os prepara a la creación del espíritu. De forma que vemos repetirse la ley cíclica asimismo en el *campo de la conciencia, individual y colectiva.* En el primer caso el proceso genético de vuestra conciencia se verifica siguiendo la misma línea de desarrollo trazada en el proceso genético del cosmos, esto es, la espiral doble e inversa. Su abrirse constituye la *acción*, estallido irresistible, como el mayor instinto de la vida y la más evidente manifestación de la Ley, en las conciencias jóvenes, inexpertas, que intentan lo ignoto. La acción es el primer grado de α, contiguo a β; se halla, en efecto, pleno de energía y vacío de experiencia, de sabiduría. La vida humana es una serie de pruebas, de tentativas, de experimentos. Pero no digáis por esto: "vanitas vanitatum". Si nada se crea (en sentido absoluto), tampoco se destruye nada. Vuestros actos, experiencias y reacciones contra

el ambiente, se fijan en automatismos psíquicos, convirtiéndose en hábitos y siendo luego instintos e ideas innatas. Así la vida orgánica se gasta, pero es construcción de conciencia, el ciclo dinámico se agota, mas de su agotamiento nace y se desarrolla la fase α, hasta un máximo determinado por la potencialidad de la conciencia tal como era al comienzo del ciclo. Aquí la expansión de la espiral y sus límites de desarrollo son de carácter psíquico. Cambian el nivel y la materia, pero todo repite la misma ley. En este caso, el torbellino se refiere al universo espiritual de la conciencia, mas el principio de su movimiento es idéntico. Tocado su máximo, el ciclo se detiene y envejece, regresa al punto de origen, hacia β, y la espiral se cierra. El máximo de vuestra vida psíquica tarda en venir y aparece a menudo al final, mucho después del vigor físico de la juventud, última y delicada flor del alma. Después, un replegarse de la conciencia sobre sí misma, un reflexionar, un absorber el fruto de la experiencia y asimilarlo, una madurez del espíritu en un cuerpo decadente. Pocos, los más progresados, llegan pronto, muchos llegan tarde; algunos, los nuevos de la vida psíquica, no llegan jamás. De tal manera el ciclo, agotado su impulso, proporcionado a la potencia de estallido concentrada en el germen de la personalidad, vuelve sobre sí. La conciencia se rehace sobre el pasado, se reconcentra, entra en sí misma, se cierra a la acción y al experimento, lo ha asimilado todo. Es el camino del descenso que preludia una nueva vida y un nuevo impulso de acción, una nueva salida al mundo de las pruebas, a una más vasta experiencia, a la reiniciación del ciclo precedente, pero a un nivel más alto, porque su punto de partida es igualmente más alto. Se fecunda β con este redescenso y, de la fase intermedia, se convierte en base y simiente del desenvolvimiento de una más amplia serie de ciclos que, en virtud de las construcciones espirituales realizadas, que potencializan los gérmenes, tocarán la fase +x y siguientes.

En el campo de las *conciencias colectivas* encontráis en la ley cíclica la razón del *desarrollarse y decaer periódico de las civilizaciones*. También aquí tenemos el mismo fenómeno. Toda civilización alcanza, después de una juventud conquistadora y expansionista, un máximo de madurez que no puede sobrepasar. Aquella fatalidad que parece recaer sobre los pueblos y que en un momento dado dice "¡basta!" no es otra cosa sino la expresión de la ley de los ciclos. Toda civilización es un producto espiritual colectivo, la creación de un tipo de alma más vasta que la individual, y se deriva de un germen que la contenía ya potencialmente toda y que la llevará hasta un máximo, allende el cual no hay expansión y la madurez no puede convertirse más que en putrefacción de decadencia. Como todos los fenómenos, también éste se agota y se cansa, envejece, decae y muere. Para avanzar aún es menester recorrer el ritmo

involutivo a fin de comenzar otra vez desde el principio, partiendo de un nuevo germen que sintetiza el máximo antes alcanzado, un nuevo ciclo de civilización que podrá tocar, a su vez, un máximo todavía más elevado, y así sucesivamente. Todo el sistema de los ciclos de civilización avanza así lentamente, por máximos sucesivos, alternados por florecimientos, decadencias y muertes, renacimientos y reiniciaciones. En esa marcha cíclica del fenómeno encontraréis la razón del *ascenso continuo de las clases más bajas de la sociedad*. El desarrollo de la línea de la evolución es el que hace avanzar siempre a los estratos inferiores de los pueblos. Sin este concepto, no podréis explicaros cómo constituyen una reserva inagotable de valores ignotos, de la cual suele nacer todo. El pueblo es la simiente de las sociedades futuras; las aristocracias de todo género constituyen sus centinelas avanzados, la flor que, verificado su desarrollo, debe replegarse y morir. Las clases sociales inferiores no tienen otra aspiración que la de elevarse, alcanzar el nivel de las más altas, para imitar, a su vez, los vicios y errores de éstas, que antes, sin embargo, condenaban, y caer al cabo en la misma detestada senda de cansancio y de ignominia, apenas superada la madurez del ciclo. Así, por turnos y en ciclos, subiendo y descendiendo, como vencedores o vencidos, todos viven la misma ley: individuos, familias, clases sociales, pueblos, la humanidad. Pero en cada turno el ciclo se torna progresivamente más vasto, el organismo se hace cada vez más complejo. La historia os muestra que la primera y más simple de las emersiones progresivas la dan los ciclos individuales; luego, los familiares; ulteriormente, el ciclo abarca clases sociales enteras; después, pueblos y naciones, y por último, como ahora, la humanidad toda. El ciclo se vuelve cada vez mayor, las grandes masas se funden en él, hasta el advenimiento de este vuestro tiempo presente, en que la humanidad se convierte en un solo pueblo y ha llegado la hora de reiniciar el ciclo más amplio de una civilización nueva.

Así en γ, β, α, dondequiera, se verifica el principio de la ley que os he descrito. La espiral se abre y se cierra, siguiendo períodos inversos de expansión y contracción, regresa siempre sobre el camino recorrido, para tomar a través de esta concentración de fuerzas, el impulso preciso para una expansión mayor. Todo es cíclico, va y viene, progresa y retrocede, pero retrocede sólo para progresar mayormente. Y se repite y resume y reposa, y esto no es más que una recuperación de fuerzas, un descansar para proceder cada vez más alto. Tal es la evolución, en su mecanismo íntimo, la evolución que resume el más profundo significado del universo. La verdad de mis palabras está escrita en vuestro más potente instinto y aspiración, que consiste en subir, sin medida, subir eternamente.

XXVII

SÍNTESIS CÍCLICA - LEY DE LAS UNIDADES COLECTIVAS Y LEY DE LOS CICLOS MÚLTIPLES

Comprendido bien, por medio de esta ejemplificación que os muestra cómo la realidad responde al principio que os he expuesto, este concepto del retorno de los ciclos y su razón, podemos elevar ahora la mirada hacia un horizonte todavía más vasto. Hemos señalado ya, antes de proceder a esta ejemplificación demostrativa, que el resultado final del abrirse y cerrarse de la espiral puede ser expresado (Figura 4) por una espiral mayor de expansión constante. Ahora puede darse a esa expresión sintética del fenómeno una expresión todavía más sintética. Considerando el progresar de esta línea mayor, a lo largo de la abscisa vertical, vemos que a cada cuarto de giro cubre la altura de una fase (Figura 4). De modo que la coordenada de las fases -y +x resume en su trazado todo el movimiento de la espiral y se eleva con la expansión de ésta. Podemos construir ahora el diagrama de la Figura 5. La línea mayor de expansión constante que expresa el progreso de la evolución se traza aquí simplemente dejando las fases de retorno expresadas en el diagrama de la Figura 4. La veis en la espiral pequeña de la izquierda. La abscisa vertical no es ya una recta sino una curva, parte de una espiral mayor, a lo largo de cuyo trazado se escalonan las fases sucesivas -y, -x, γ, etc.. La síntesis de todo el movimiento evolutivo de la primera espiral se da, pues, no por la prolongación rectilínea de la vertical, sino por el *desarrollo de una espiral mayor, también de apertura constante*. Las fases sucesivas según las cuales avanza ésta, son de mayor amplitud; abrazarán, por ejemplo, en lugar de una de las fases α, β, γ, etc., una creación entera o una serie de creaciones. Pero asimismo esta espiral mayor asciende

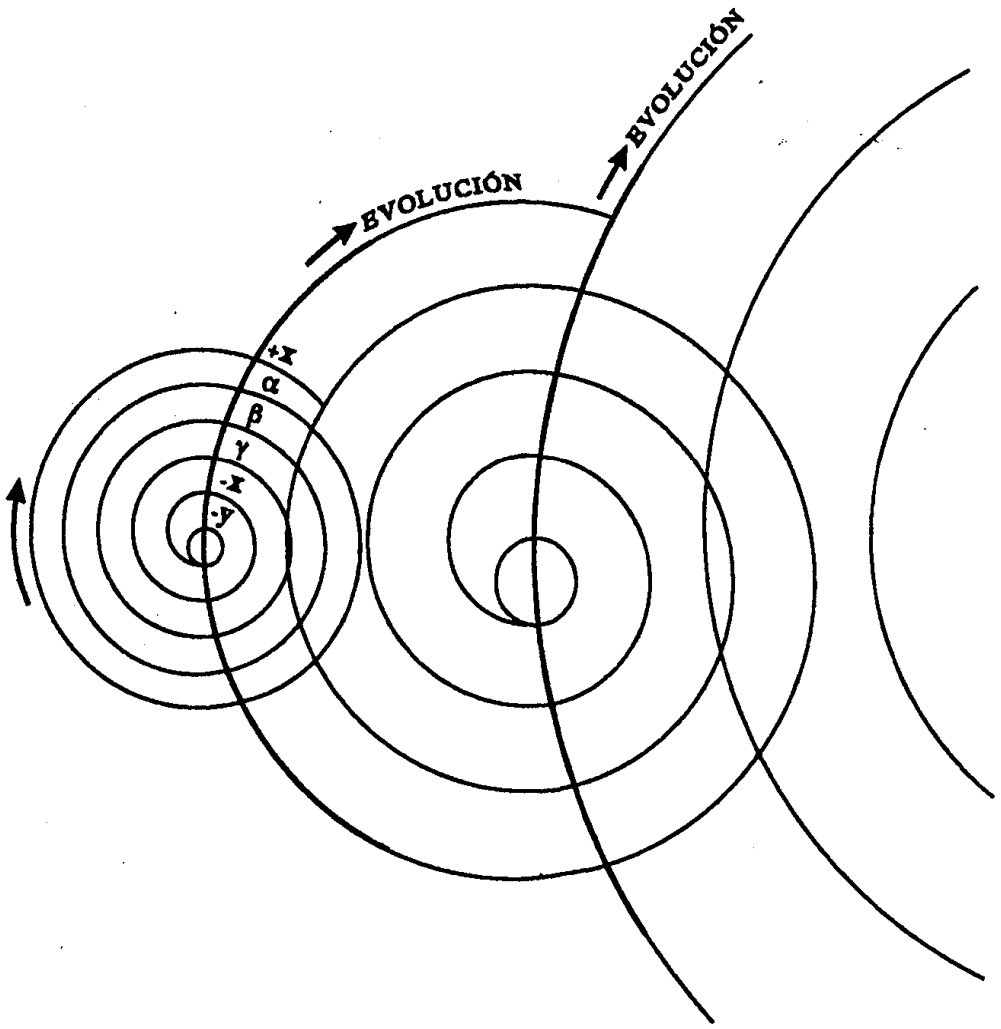


Figura 5 - Síntesis cíclica

conforme a una línea que también aquí será una curva que forma parte del trazado de una espiral todavía más amplia e igualmente en progresión, y de apertura constante. El recorrido de la espiral mayor resume en sí todo el movimiento progresivo de la menor, que por su parte constituye el producto sintético del movimiento de otra espiral menor que ella, y así sucesivamente, de modo que el trazado mayor resume y es determinado por todos los desarrollos menores. Lo pequeño se organiza en lo grande, y lo grande es construido por lo pequeño. La serie de las espirales es, naturalmente, ilimitada, y todo movimiento resulta descomponible y multiplicable hasta lo infinito, propiedad ésta, de la totalidad de los fenómenos, aún permaneciendo idéntico su principio. He aquí la síntesis máxima de los movimientos fenoménicos. El proceso avanza mediante un movimiento intestino de íntima autoelaboración, que conjuga y

une en un todo indisoluble y compacto lo infinito negativo con lo infinito positivo. Un mecanismo de exactitud matemática rige, con la sencillez de un principio único y llegando a una complejidad que os aturde, la creación toda. Todo se compenetra, coexiste; todo, en cualquier instante, se equilibra; todo, desde el fenómeno mínimo hasta la creación de universos, encuentra en cada punto su justa expresión.

A la *serie de las unidades colectivas*, (por medio de la cual las unidades menores se organizan en unidades mayores, y la tendencia a la diferenciación que la evolución trae se balancea en reorganizaciones más vastas, de modo que la autoelaboración no disgrega y pulveriza, sino que antes bien, solidifica la composición del cosmos), corresponde la *serie de los ciclos múltiples*. Toda individuación constituye un ciclo: si todo lo que existe, es individuación en su aspecto estático, es un ciclo en su aspecto dinámico del devenir. En la infinita variedad del caso particular, todo vuelve a encontrar su unidad, el principio único que hermana a la totalidad de los seres del universo. Así como toda individualidad mayor representa el producto orgánico de las individuaciones menores, no de otro modo, el desarrollo de todo ciclo mayor es determinado por el de los ciclos menores. La evolución del conjunto no puede obtenerse de otra forma que mediante la evolución de las partes componentes; íntimo y profundo proceso de maduración. Y en todo nivel, a cualquier distancia, el mismo principio, idéntica construcción orgánica, idéntico proceso evolutivo, idéntica conexión funcional. Y como no existe allí individuación máxima o mínima, tampoco hay ciclo máximo o mínimo, y ello sin fin, jamás. El sistema se prolonga, multiplicándose y subdividiéndose al infinito. La constitución íntima del ser, la ley de su devenir es independiente de la fase de evolución e idéntica en el microcosmos tanto como en el macrocosmos.

La ley de las unidades colectivas puede transportarse así de su aspecto estático a su aspecto dinámico. Ésta dice: "Toda individualidad resulta compuesta de individualidades menores, que son agregados de individualidades menores todavía, en el infinito negativo, y es a su vez el elemento constitutivo de individualidades mayores, que lo son de otras mayores, en el infinito positivo". Todo organismo está compuesto por organismos menores y es componente de organismos mayores. La ley repetida en su aspecto dinámico, en la *ley de los ciclos múltiples, expresa*: "Todo ciclo resulta determinado por el desarrollo de ciclos menores, que son la resultante del desarrollo de ciclos todavía menores, en el infinito negativo, y es a su vez el determinante del desarrollo de ciclos mayores, que lo son, a su vez, de ciclos todavía mayores, en el infinito positivo". Toda individualidad, como todo ciclo, son determinados y definidos

por la unidad que les precede, y forman y definen la unidad superior. La organización, el desarrollo y el equilibrio mayor están constituidos por la organización, el desarrollo y el equilibrio menor. Todo movimiento construye el siguiente, así como es construido por el precedente. Todo ser se equilibra en un punto de la serie, en la jerarquía de las esferas, que no tiene límites. Desde el átomo a la molécula, al cristal, la célula, la planta, al animal, a su instinto, al hombre, a su conciencia individual y colectiva, intuición, raza, a la humanidad, planeta, sistema solar, a los sistemas estelares, sistemas de universos, y antes y más allá de estos elementos concebibles para vosotros, antes y más allá de las fases γ, β, α. He aquí a qué proceso de íntima autoelaboración es debida la evolución. Ninguna fuerza obra, interviene desde lo externo, sino que todo reside en el fenómeno y avanza todo por síntesis progresiva. Progreso y decadencia cósmicos resultan de la evolución y del agotamiento atómico. Los extremos se tocan. El gran respiro del universo es determinado por el respiro del átomo.

XXVIII

EL PROCESO GENÉTICO DEL COSMOS

Ilustremos ahora todo esto con *ejemplos*. Como hemos hecho antes acerca del concepto del retorno cíclico, que vuelve a llevar a la espiral por su camino, hagámoslo ahora con respecto al desarrollo de la espiral mayor, producido por el desarrollo de la espiral menor. Notemos que, si la línea de la creación no es la recta, sino la *espiral*, se debe al hecho de que ella sea la línea de menor resistencia y rendimiento mayor. Tratándose de realizar un complejo trabajo de destrucción y reconstrucción, la espiral es la línea más breve, en el sentido de que responde más inmediatamente a la ley del mínimo medio, mediante la cual, con el mínimo de trabajo se obtendrá el máximo efecto. En el universo estelar, donde todo cae por atracción, ello se verifica siempre por curvas. También en el nivel físico veis que la línea del mínimo medio -ley universal- no es la recta sino la curva, la cual responde a un equilibrio más complejo y constituye la vía más breve, en el sentido más completo que no sea el espacial en que vosotros os aisláis y limitáis vuestra concepción de la recta. Al nivel físico veis, en los movimientos estelares y planetarios, la coordinación de los ciclos menores en mayores,

expresión visible del principio de los ciclos múltiples. Pero asimismo volvemos a encontrarlo, junto al otro del retorno cíclico, también en los fenómenos próximos a vosotros. Ved el círculo por el cual pasan las aguas del estado de lluvia al de río, de mar y, por evaporación, tornan al de nubes y lluvia: un eterno ciclo, idéntico, pero que en cada rotación cambia un poco, madurando un ciclo mayor, el de la dispersión de las aguas por absorción en la Tierra y difusión en los espacios, el ciclo que va hacia la muerte lenta del planeta. El ciclo regresa sobre sí mismo, mas siempre con un pequeño desplazamiento progresivo de todo el sistema. Observad en vuestro mundo químico, cómo los elementos constituyentes de *vuestro organismo* son integrados en círculo desde la tierra, por nutrición, y vuelven a la tierra con la muerte; siempre el mismo material e idéntico ciclo que se desplaza con lentitud a lo largo de la trayectoria del ciclo mayor, en la transformación de la especie. Mirad en el ciclo de *vuestro recambio orgánico* y la larga cadena de ciclos de que es función. Vuestro cuerpo constituye una corriente de substancias que tomáis de otros seres *plasmófagos* (animales), los que a su vez las han tomado de seres *plasmódomos* (las plantas), las cuales, en fin, operan la síntesis orgánica de las substancias proteicas, desde el mundo de la química inorgánica de la tierra y dinámica de las radiaciones solares. Vuestro pensamiento no es sino un ciclo más alto que toma alimento de esa cadena, puesto que no podría subsistir en el cerebro sin la reparación física y dinámica. Vuestro funcionamiento psíquico está, pues, en relación con los procesos químicos de vuestro organismo, con los de los animales de que os nutrís, con los de las plantas de que éstos se nutren, con los procesos químicos de la materia misma, de los cuales los procesos de síntesis vitales de las plantas no son más que una consecuencia. Los ciclos deben funcionar todos inexorablemente, y basta que uno de ellos se detenga y toda la cadena se detiene y se quiebra. Todo el ciclo de la energía mecánica y psíquica que se desarrolla en el organismo humano, se halla en estrecha relación con el ciclo de la energía química de los elementos que, por reducciones, hidrólisis, oxidaciones, síntesis y procesos afines, son admitidos en círculo. Cuando la molécula de un cuerpo químico es llevada, por asimilación, a formar parte del organismo protoplasmático de la célula, el ciclo del fenómeno atómico entra, a través del ciclo del fenómeno molecular de que es parte, en el ciclo mayor del fenómeno celular. En el mundo de las substancias proteicas, la química del mundo inorgánico acelera su ritmo, se dinamiza adquiriendo en velocidad lo que pierde como estabilidad de combinación; la individuación fenoménica no asume ya el aspecto estático sino que es, como veremos mejor después, una corriente en que una nueva química -inestable, delicadísima, de ciclo continuamente abierto- se descompone y recompone en el *metabolismo celular*, base del recambio. Ello, en sus dos momentos: *anabólico* de la asimilación, y *catabólico* de la desasimilación, toca

los vértices de la fase β, entrando en la fase α, puesto que implica y significa una pequeña conciencia celular que preside las funciones de selección, bases del recambio, y en la corriente de éste mantiene la individuación del fenómeno. La realidad os muestra esta íntima transformación del ser de la fase γ a β y a α, y cómo se produce esto por ciclos contiguos y comunicantes. La asimilación constituye algo más que una simple filtración osmótica; es el puente de paso de un ciclo a otro, en que la estructura íntima del fenómeno experimenta una mutación. ¡A través de cuán compleja cadena de ciclos debe pasar la materia, en su íntima estructura atómica, para poder llegar a producir efectos de orden orgánico y psíquico! ¡De qué número de movimientos cíclicos es resultante el fenómeno de la conciencia humana! Estos ejemplos os muestran cómo existe, en la realidad, el concepto de la formación progresiva de la trayectoria de los ciclos mayores, a través del desarrollo de la trayectoria de los ciclos menores.

XXIX

EL UNIVERSO COMO ORGANISMO, MOVIMIENTO, PRINCIPIO

Llegados a este punto, y realizada, en líneas generales, la exposición del sistema cosmográfico, podéis formaros una representación aproximada de su inconmensurable grandiosidad. He debido seguir, para más simplicidad y claridad, una exposición esquelética y esquemática; hemos observado el fenómeno reducido a su más simple expresión de desarrollo lineal y, sin embargo, ¡qué complejidad orgánica y de funcionamiento, cuánta riqueza de detalle, qué amplitud y profundidad de ritmo, qué grandiosidad de conjunto! He indicado una síntesis por superficie, pero ésta no constituye sino la sección de la dilatación de *una esfera*, y los ciclos, para responder más exactamente a la realidad, deberían ser esféricos, pues la evolución que es espacial en γ, dinámica en β, conceptual en α, etc., cambiando de cualidad en cada fase, constituye una verdadera expansión en todas las direcciones. No poseéis los términos exactos para abarcar la totalidad de estos conceptos a un tiempo. Pasad de estos símbolos y abstracciones matemáticas, en que el aspecto mecánico-conceptual del universo es aislado del dinámico y estático y de otros aspectos que están más allá de

vuestra inteligencia; pasad a la realidad revestida de miríadas de formas, complicada con un detalle infinito de acciones y reacciones; imaginad la miríada de los seres movidos por un dinamismo incesante, que salen del universo de lo concebible por vosotros, tendiente a ese gran esfuerzo de su evolución, que es conquista de una perfección, de una potencia, conciencia, felicidad cada vez mayores, impulsados por la Ley que constituye el principio de su ser, el instinto irresistible, la aspiración máxima, atraídos por una gran luz que llueve de lo Alto, cada vez más alta a medida que ellos suben. Imaginad los seres escalonados todos, cada uno en su nivel, de ciclo en ciclo, como concebís los ángeles ordenados en las esferas celestes; imaginad el canto inmenso que, de la armonía de este organismo, en el orden que soberano domina, se eleva por doquiera, y algo de la visión grandiosa se revelará a vuestra mirada.

Mirad. Toda fase es un escalón, un instante en el gran camino. Las fases materia, energía, espíritu, forman un universo, y otros universos siguen y preceden, organizándose en un sistema mayor, que es elemento de un sistema todavía más vasto y complejo, sin jamás tener fin, ni en más ni en menos. El principio de las *unidades colectivas* (en su aspecto estático) y de los ciclos múltiples (en sus aspectos dinámico y mecánico) es la fuerza de cohesión que sostiene la trama de los universos. Pues la evolución es *palingenesia* que lleva de lo simple a lo complejo, de lo indistinto a lo distinto, multiplica los tipos y conduciría a la pulverización del Todo si esta fuerza de cohesión no reorganizara lo diferenciado en unidades cada vez mayores. Vivís vosotros mismos este principio cuando, progresando en la especialización del trabajo, sentís la necesidad de reorganizarlo, cuando, paralelamente al mayor desarrollo de las conciencias individuales, veis nacer conciencias colectivas progresivamente más amplias y sólidas. Así, todos los seres tienden a reagruparse, a medida que evolucionan, en unidades colectivas, en colonias, en sistemas cada vez más comprensivos. Esto os explica cómo la materia, que hemos considerado en su estructura y en su devenir, está presente para vosotros en la realidad de las formas, no en sus unidades primordiales, sino fundida y ligada en agregados compactos, organizada en unidades colectivas de individuos moleculares. Es la trayectoria de la espiral menor que se fusiona en la de la espiral mayor. De la molécula a los universos se observa igual tendencia a reordenarse en un sistema mayor, a encontrar un equilibrio más completo en organismos más vastos. De modo que no encontráis moléculas aisladas sino cristales, verdaderos organismos moleculares, y acumulaciones geológicas; no halláis células, sino tejidos y órganos y cuerpos, que son sociedad de sociedades. Siempre sociedades: moleculares, celulares, sociales, con subdivisión de trabajo y especialización de aptitudes y de funciones. Esta posibilidad de establecer

contactos y coligaciones entre los más distantes fenómenos, posible por la unidad universal de principio, nos permitirá luego construir una ciencia *jurídico-social sobre bases biológicas*. Por ello no encontráis planetas aislados sino sistemas planetarios, no estrellas sino sistemas estelares, no universos sino sistemas de universos. En el vuestro, esta fuerza que cementa y mantiene unidos y compactos los organismos, la llamáis *cohesión* al nivel γ, *atracción* en β, *amor* en α. El principio único se manifiesta diversamente a los varios niveles y adquiere formas diferentes, adecuadas a la substancia en que se revela. Dicha fuerza unificadora la halláis expresada en la concentricidad de todas las volutas de la espiral. Todo gira en torno a un centro, el núcleo, el yo del fenómeno, alrededor del cual gira la órbita de su crecimiento. El principio de las unidades colectivas dispone las individuaciones por jerarquías, escalona los seres en niveles diversos, de acuerdo con su grado de desarrollo y capacidades intrínsecas, por las cuales el tipo superior domina naturalmente, sin esfuerzo, al inferior, que no tiene posibilidad de rebelión porque el más está absolutamente por encima de su comprensión y capacidad de acción. Se establece de tal modo un equilibrio espontáneo en los diversos niveles, debido simplemente al peso específico de cada individuación. El diagrama de las espirales *da el concepto de las jerarquías*. Pensad ahora sólo esto: que no únicamente sois miembros de vuestra familia, de vuestra nación, y humanidad, sino que sois, además, ciudadanos de ese gran universo. Solamente los límites de vuestra actual conciencia son los que no os permiten "sentiros" una rueda del inmenso engranaje, una célula eterna, indestructible, que con su obra concurre al funcionamiento del gran organismo. Esta es la extraordinaria realización que os prepara la evolución hacia formas superiores de conciencia. Cuando hayáis arribado allá, miraréis con piedad y desprecio vuestras feroces fatigas actuales.

Tal la visión de las esferas celestes, de las cuales asciende el himno de la vida. Es inmensa y, sin embargo, simple en comparación con la visión de su *movimiento*. Los seres no descansan en los varios niveles, sino que se *mueven* en un íntimo movimiento que los transforma a todos. En vuestro universo físico-dinámico-psíquico no sólo a la esfera física la domina la de la energía, que a su vez es dominada por la del espíritu, sino que constituyen todo un movimiento incesante de ascensión de las esferas inferiores a las superiores. La materia, el universo estelar, es una isla emergida del nivel de las aguas del universo inferior. La segunda pulsación ha producido una emersión más alta, la energía; la tercera, una para vosotros altísima, el espíritu. Así, la substancia cambia de forma en forma y las individuaciones del ser suben de una esfera a otra, procedentes del infinito, aparecen, en vuestro universo

concebible, y desaparecen sumergidas en el infinito. En lo Alto se hallan la luz y el conocimiento, la libertad y la justicia, el bien y la felicidad, el paraíso; es la gran luz que se proyecta, que enciende en vosotros aquello que, como un presentimiento, está en la cima de vuestros ideales y de vuestras aspiraciones ya elevadas. Abajo hay tinieblas e ignorancia, esclavitud y opresión, el mal y el dolor, el infierno, vuestro pasado, que os llena hoy de terror, en vuestro presente, el que a su vez constituirá el pasado y terror de mañana. *La evolución responde a un concepto de liberación de límites que cierran, de lazos que constriñen*, y a un concepto de expansión que, del nivel físico al dinámico, al conceptual, es cada vez más vasta. Representa, pues, ascenso, progreso y conquista. Abajo, en los grados subfísicos, el ser es oprimido por límites aún más estrechos, que no son ni el tiempo ni el espacio que comprimen vuestra materia; en lo alto, en los grados superpsíquicos, no sólo caen las barreras de espacio y tiempo, como acontece ya en vuestro pensamiento, sino que desaparecen asimismo los límites conceptuales que hoy circunscriben vuestra facultad intelectiva. El horizonte de lo concebible será llevado inmensamente más lejos, pero es hoy también un límite para vosotros, y no podréis superarlo de otra manera que por evolución. Ya el universo psíquico es tanto más vasto que los otros dos, y el límite temporal-espacial allí desaparece por completo. Vuestra mente se pierde, desde luego, en tanta amplitud. Pero debéis comprender que lo Absoluto no puede ser sino un infinito, puesto que sólo un infinito es capaz de contener y agotar las posibilidades todas del ser; habéis de comprender, asimismo, que, si sois ciudadanos del universo, no por ello constituís el universo; sois órganos y no el organismo; sois un momento del Gran Todo y no la medida de las cosas. Vuestro concebible es, desgraciadamente, estrecho dentro de los límites de vuestra conciencia, la cual no se comunica con el mundo externo más que por las estrechas puertas de los solos cinco sentidos. ¿Qué sabe agregar la mayoría? Muy poco para concebir lo Absoluto. El límite sensitivo es estrecho y os tiene, frente a la realidad de las cosas, en un estado que podría llamarse de continua alucinación. Y ésta es la base de vuestra investigación científica. Suponed, en vosotros, sentidos diversos, y el mundo cambiará. La distancia que distingue y separa los seres no constituye distancia espacial, sino que es el distinto modo de vibrar en respuesta a las vibraciones del ambiente. *Todo ser es un relativo, encerrado en un campo limitado de concebible*; y la serie infinita de los seres sentirá el universo de infinitos modos, para vosotros inimaginables. Lo relativo os sumerge, *la conciencia que se apoya sobre la síntesis sensitiva es un horizonte circular cerrado*. Lo cierto es que os resulta difícil salir de vuestra conciencia, superándola, impulsándoos hacia los horizontes más lejanos, conquistando nuevos concebibles. Pero ello es lo que os ayudo a hacer, y la evolución os lleva allí. El que vive satisfecho del restringido panorama que domina, podrá

saciarse en él por algún tiempo, mas corre el riesgo de sufrir grandes desilusiones apenas le ocurra el cambio de la muerte. Empero, verdad es que muchas de las cosas que os digo no podéis verificarlas hoy con vuestros medios sensitivos. No obstante, el converger, de todos los fenómenos que conocéis, hacia esos conceptos, os da testimonio de que responden también a las realidades actualmente incontrolables para vosotros. Todo está aquí constreñido a un sistema orgánico completo y compacto. ¿Por qué lo ignoto debería cambiar de rumbo y constituir excepción en un organismo tan perfecto? Y cuando llegue a tratar de las normas de vuestra vida, esta mole de pensamiento que voy acumulando será un pedestal que no podréis sacudir ya.

Así la evolución, acosada desde abajo por la maduración de los universos inferiores ávidos de expansión y de progreso, atraída por la gran luz que llueve de lo Alto, fecundando e impulsando al ascenso, avanza como marea inmensa de todas las cosas.

La ley que hemos estudiado en la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos es la ley de esta evolución, constituye el *canal* según el cual se mueve la gran corriente, el ritmo que ordena el gigantesco movimiento. Los seres no aparecen al azar.

Para alcanzar α es preciso atravesar β, y antes γ; no se es admitido en la fase más alta sino por maduración, cuando se ha vivido "toda" la fase precedente. No es posible avanzar más que por grados sucesivos. Es así como las formas más evolucionadas comprenden las menos y no viceversa. Sólo porque se ha alcanzado aquella plenitud de perfección que procede del hecho de haber atravesado todas las posibilidades de una fase, se puede pasar a la sucesiva. De este modo avanza la inmensa marcha. La vía está trazada, no resulta posible salir de ella. La evolución no constituye un ascender confuso, desordenado, caótico, sino un movimiento exactamente disciplinado, sin posibilidad de engaños o imposiciones. La Ley tiene un ritmo suyo, absoluto, mediante el cual no se avanza de otra manera que por continuidad; es necesario existir, vivir, experimentar y madurarse, sembrar y recoger, en una estrecha concatenación de causas y efectos. El mundo puede pareceros caótico, los seres mezclados y abandonados al azar; pero no importa una aparente confusión espacial cuando todo ser lleva la Ley escrita, inconfundiblemente en la propia naturaleza, y el camino evolutivo no es un camino espacial. El principio es más que el movimiento: es el que le traza la vía. He aquí el aspecto *conceptual* (mecánico) del universo, que ponemos más allá de su aspecto *dinámico*, el movimiento, y allende su aspecto *estático*, el organismo de las partes. *Organismo, movimiento y principio*. Observad cómo vuelve a encontrase, incluso en la trinidad de los aspectos de vuestro universo, este concepto de progresión;

hay una gradación de amplitud y perfección en tales aspectos. Se pasa a los superiores por un completarse y madurarse de los inferiores, completando y madurando el mismo principio. A través de una dilatación progresiva, la expansión evolutiva se cambia de física a dinámica, a conceptual, y esta evolución es el íntimo respiro que hace vibrar al universo todo. Los seres *existen* en cuanto individuaciones, se *mueven* según la evolución, siguiendo el principio que a ésta rige. El principio contiene, en embrión, todas las formas posibles; es el diseño que contiene todas las líneas del edificio, aún antes de que una piedra llegue a expresarlas. En todo momento la creación ocurre, algo emerge de una nada relativa, surge en acto, de cuanto estaba esperando en el germen. No hay una nada absoluta. El ser ha tomado una forma nueva, asumiéndola como vestidura, como medio para ascender, un vehículo que luego dejará. El concepto, el tipo, estaba fijado ya y a la espera, en el principio que el ser mismo encierra en sí y del cual es manifestación. De tal modo las individuaciones atraviesan la serie de las formas cuyo diseño contienen. Todo ser contiene en sí también lo que será, la forma a que deberá llegar; trae en germen el esquema de todo el universo; no lo ocupa, no lo es todo, pero llega a serlo sucesivamente. *Así el principio, aun existiendo en las formas, es algo por encima e independiente de ellas*. En la realidad, el tiempo infinito ha permitido al ser ocupar las formas infinitas; de esta suerte el futuro, como el pasado, está efectivamente presente en el Todo. No lo está en lo relativo, donde la forma se halla aislada y espera nuevos desarrollos. Pero *el desarrollo se da y los universos futuros que alcanzaréis y atravesaréis se dan*, existen, fueron vividos y constituyen el pasado para otros seres, vale decir, vistos desde un punto diverso, desde el cual el Todo se mira a sí mismo. Esta relatividad de posiciones, de pasado y futuro, de creado y de nada, desaparece en el absoluto, y todas las creaciones existen en el infinito y en la eternidad. Sólo lo relativo, que se transforma, tiene tiempo, vale significar, ritmo evolutivo. La ley sin límites está en espera en lo eterno*, el tipo preexiste al ser que lo atraviesa* y las formas van y vienen. He aquí la bíblica visión de la Escala de Jacob. Los seres suben y bajan. Uno llega, el otro parte, un tercero descansa. Sólo entre grados afines es posible el paso, por continuidad. Hay universos contiguos al vuestro, que lo preceden y superan; únicamente ello torna factible el paso a lo largo de la cadena. Contigüidad, no ya en un sentido espacial, sino antes bien de afinidad, de semejanza de caracteres, comunidad de cualidades, de trabajo, de posibilidades sobre el camino de la evolución. Si desde el punto de vista estático todo universo constituye un organismo completo en sí, como evolución se comunican y los seres se desplazan a lo largo de ellos, de infinito en infinito. En las fases inferiores a la vuestra, esto es, en γ y β, los seres ascienden y descienden de acuerdo con el abrirse y cerrarse de la espiral o conforme a la quebrada del diagrama de la Figura 2, y ello, según un principio de

necesidad que no admite elección. Es una maduración fatal que el ser sigue inconsciente. Pero en vuestro nivel, α, *aparece un quid nuevo*, se libera un principio más vasto, que se llama *libre arbitrio*, la elección libre que nace paralela al surgir de la conciencia. Podéis seguir o no la evolución y a las velocidades que queráis. La libertad que preludia la fase +x, en que *la conciencia humana tocará un nuevo vértice, conquistará la visión de lo Absoluto*. Así vuestro mundo humano α contiene y es atravesado por seres que suben y bajan; que, procedentes de las formas inferiores de vida más próximas a β, avanzan trabajando duramente en la creación del propio yo espiritual; o bien que, decaídos de las formas superiores de conciencia, se abandonan a la ruina, abusando del poder alcanzado. Uno retrocede, otro adelanta; éste acumula valores, aquél los malgasta. Hay asimismo el que descansa indolente, prefiriendo el ocio antes que realizar la labor de su propio progreso. De ahí la considerable variedad de tipos, de razas en el mundo. He aquí la substancia de vuestras vidas. Sois sombras que marchan, conciencias en construcción o en destrucción; todos estáis en camino y cada cual grita la voz de su alma diversa, lucha y se agita, siembra y recoge, *arroja libremente con las propias acciones la semilla de donde nacerá lo que ha de ser luego su inexorable destino*. A vuestro nivel es libre la elección de los actos y caminos, libre el planteamiento de las causas; os lo concede vuestra madurez de habitantes de la fase α; pero *no es libre la elección de la serie de las reacciones y de los efectos*, la cual se impone inexorablemente por ley. Toda elección os liga u os libera, y el poder de elegir y dominar aumenta con la capacidad y el mérito que garantizan su buen uso. De esta manera el *determinismo de la materia evoluciona gradualmente en el libre arbitrio de la conciencia*, a medida que ésta se desarrolla. El libre arbitrio no constituye un hecho constante y absoluto, como se pretende en vuestras filosofías, en conflicto insoluble con el determinismo de las leyes de la vida, sino que es un hecho *progresivo y relativo* al nivel diverso que cada cual ha alcanzado. De modo que, no obstante vuestra libertad, el trazado de la evolución permanece inviolable, ya que aquella libertad es, como vosotros, relativa, y vuestras acciones no pueden cambiar nada si no es lo que a vosotros mismos se refiere.

Tales las grandes líneas del inmenso cuadro de la creación. Ciclo infinito, de fórmulas abiertas y comunicantes, en progreso desde las unidades mínimas a las máximas, por una elaboración que opera en todas las profundidades del ser, el progreso de la espiral mayor movido por el progreso de todas las espirales menores, hasta el infinito. Y en el ámbito de todo ciclo un respirar pulsante de evolución que se invierte y se equilibra en un período involutivo, para reiniciar, desde éste, otro respirar más amplio. Y ello, desde lo infinitamente simple a lo infinitamente complejo, y el respirar evolutivo de

toda unidad determinado por el respirar evolutivo de todas las unidades menores, y el torbellino mayor progresivo, por saturación de los torbellinos constituyentes menores. ¡Pensad! El progreso de vuestra conciencia vive del concurso y progreso de todos los ciclos menores, electrónico, atómico, molecular, celular; antes de ser un torbellino psíquico es un torbellino de metabolismo orgánico, eléctrico, nervioso, cerebral, psíquico y, finalmente, abstracto. Todo el pasado está presente, indeleblemente fijado por la totalidad de los retornos involutivos. Todo el futuro está presente, pues todo el presente lo contiene como causa, principio y desarrollo concentrado en estado de latencia. Si esta derivación del más determinado por el menos puede pareceros absurda, es porque no podéis salir de las fases de vuestro universo, que es todo lo concebible para vosotros. El más no es sino el estallido de un mundo cerrado en sí que todo lo contenía ya en potencia; evolución significa expansión de torbellinos que constituyen depósitos de latencias, como puede ser un bloque de dinamita. No se trata de un más o de un menos de substancia; lo absoluto, que no tiene medida, tampoco tiene cantidad. Se trata de transformación, de creación en lo relativo. Es la autoelaboración que lleva a la luz β desde γ, α desde β. No digáis por ello que el espíritu es un producto de la materia, decid antes bien, que γ llega hasta α revelando el principio que en su profundidad contenía latente. ¡Pensad! El respirar del átomo determinado por el respirar del universo y el respirar del universo determinado por el respirar del átomo; una creación sin fin, ilimitada, en que tiempo y espacio no constituyen otra cosa que propiedades de una fase allende la cual desaparecen; en que lo relativo -limitado, imperfecto, pero en evolución e inagotable en el infinito- forma e iguala a lo absoluto; otorgad a todo ello una concentricidad, una coexistencia, que la forma lineal de la palabra no puede expresar, y tendréis una imagen aproximativa del universo en su *complejidad orgánica, potencia dinámica y amplitud conceptual*.

XXX

PALINGENESIA

¿En qué se convierte, dentro de este sistema, vuestro *concepto de la Divinidad*? Comprended que Dios no puede ser algo más y externo, distinto de la creación, que sólo el hombre que está en lo relativo puede agregar a sí, o llegar a ser más allá de sí, no Dios que es lo Absoluto. Vuestra concepción de un Dios que crea fuera y más allá

de sí, agregando a sí, es absurda concepción antropomórfica, *es querer reducir lo absoluto a lo relativo*. En lo absoluto no puede haber creación*; sólo en lo relativo se puede nacer y devenir*. Lo absoluto simplemente "es". *No circunscribáis la Divinidad a los límites de vuestra razón*; no os erijáis en jueces y en medida del Todo; no proyectéis en el infinito las pequeñas imágenes de vuestro finito; no pongáis límites a lo Absoluto. Dios es, en su esencia, allende el universo de vuestra conciencia, más allá de los límites de vuestro concebible. Es irreverencia disminuir este concepto para querer comprenderlo. Erigiéndoos en medida de las cosas ponéis en lo sobrenatural y en lo milagroso todo hecho nuevo para vuestras sensaciones, que sale de vuestro cognoscible conocido. Pero la naturaleza es expresión divina y no puede haber un quid por encima de ella, un agregado, una excepción, una corrección a la Ley. Sobrenatural y milagroso son conceptos absurdos frente a lo Absoluto, aceptables tan sólo en vuestro relativo, y aptos para expresar vuestra admiración ante lo nuevo para vosotros, y no otra cosa. Éstos contienen la idea de límite y de su superación; conceptos inaplicables a la Divinidad. Ésta es superior a todo prodigio y lo excluye como excepción, como retorno sobre lo ya hecho, retoque o arrepentimiento, y sobre todo como voluntad de desorden en el equilibrio de la Ley deseada. Limitad a vosotros estos conceptos y no os hagáis el centro del universo. Guardad para vosotros los conceptos de tiempo y espacio, cantidad y medida, movimiento y perfectibilidad; no midáis la Divinidad como os medís a vosotros mismos; no intentéis definirla, y mucho menos con lo que es propio para definiros a vosotros, por multiplicación y expansión de vuestro mundo concebible. Y si queréis sumar al infinito vuestros superlativos, decid al infinito: *esto no es todavía Dios*. Que sea Dios para vosotros una dirección, una aspiración y una tendencia; que sea una meta. Si Dios está en lo infinito, para vosotros inconcebible en su esencia, vuestro finito allí se acerca por aproximaciones conceptuales progresivas. Veis cómo sobre la Tierra cada cual adora la representación máxima de la Divinidad que sabe hacerse, y cómo en el tiempo esa aproximación se dilata. Del politeísmo al monoteísmo y al monismo, comprobáis el progreso de vuestra concepción, la cual se relaciona con la fuerza intelectiva que poseéis y progresa con ésta. La luz aparece más intensa a medida que la mirada se torna más aguda. El misterio subsiste, pero impulsado siempre hacia límites más distantes. Por mucho que se dilate el horizonte, habrá siempre un horizonte más lejano e ignorado por alcanzar. En mi comprobación de vuestra relatividad progresiva, yo no destruyo el misterio, pero sí lo encuadro en el Todo, le doy la justificación racional, hago de él un misterio relativo, determinado sólo por la limitación de vuestras capacidades intelectivas, que retroceden de continuo frente a la luz en *función del camino de las verdades progresivas*; un misterio encerrado dentro de límites que la evolución supera cada día. Si la Divinidad es un

principio que va más allá de vuestros límites conceptuales, es allí donde os espera, aguardando para revelarse, vuestra maduración. Y hoy, que finalmente vuestra mente se hace adulta, *no es ya lícito*, como en el pasado, *"reducir" aquel concepto a proporciones antropomórficas*. Hoy he llevado a vuestro relativo una nueva, una mayor aproximación; he proyectado en vuestras mentes la más grande imagen que las humanidades futuras tendrán de Dios. Este es un más alto canto a su gloria. *No se trata de irreligiosidad, sino que, en la mayor exaltación de Dios, es religiosidad más profunda*. No busquéis a Dios únicamente fuera de vosotros, concretándolo en las imágenes y expresiones de la materia, antes bien, "sentidlo" sobre todo en su forma de mayor potencia, dentro de vosotros, en la idea abstracta, tendiendo los brazos al universo del espíritu, que os espera.

XXXI

SIGNIFICADO TELEOLÓGICO DEL TRATADO. INVESTIGACIÓN POR INTUICIÓN

Reemprended conmigo, bajo mi dirección, vuestro viaje más que dantesco por el universo. Largo es el camino, el panorama es amplio y vuestro pensamiento corre el riesgo de extraviarse. Queríais pruebas, demostraciones, y las tendréis aquí hasta la saciedad. Seguidme todavía y mi argumentación cerrada, la correspondencia maravillosa de toda la fenomenología existente, el principio único que os he expuesto, os llevarán a lo último, cuando arribemos a las conclusiones de orden social y moral, frente a este dilema: o admitir todo el sistema, o nada. Si el sistema responde a la verdad para tantos fenómenos conocidos, debe responder igualmente a los fenómenos que ignoráis u os son incontrolables; admitir y seguir los principios de una moral superior, parte integrante del sistema, no será ya cuestión de fe, sino de inteligencia.

Después de esto, todo hombre dotado de inteligencia tendrá *el deber* de la honestidad y la justicia. Frente a la demostración evidente que plantea la cuestión moral sobre la

base del dilema: comprender o no comprender, no son ya lícitas las dudas ni las fugas, y el malvado no podrá ser otra cosa que inconsciente o de mala fe. No será ya discutible una ciencia de la vida, basada en una concepción teleológica que responde a los hechos, que está en relación armónica con el desenvolvimiento de los fenómenos todos; no ya construcciones del todo aisladas del resto del mundo fenoménico, indemostrables, a menudo nota disonante en el gran concierto del universo; no ya, como en tantas filosofías, una idea particular elevada a sistema. Sino, por el contrario, un verdadero edificio que se apoya sobre fundamentos tan vastos cuanto el infinito lo es; el hombre visto en relación con las leyes de la vida y éstas en relación con las leyes del Todo. Completado el tratado no será ya lícito al hombre, racionalmente, encerrarse en su egoísmo indiferente o agresivo, si todo es organismo, y tampoco puede la colectividad ser, por consiguiente, más que un organismo. También en su forma, esta teleología que estoy desarrollando, responde a ese principio orgánico y monístico del universo. Veis lo poco que destruyo y cómo, en cambio, cada palabra posee su función constructiva; observáis lo poco que niego frente a lo que afirmo. Evito la agresión y la destrucción; esquivo vuestras inútiles divisiones, como materialismo y espiritualismo, positivismo e idealismo, ciencia y fe. Divergencias transitorias que os han atormentado en los últimos decenios, pero necesarias para prepararos a la maduración actual, que es el momento de la fusión y de la comprensión entre una ciencia que se ha vuelto menos dogmática y soberbia, más sabia en su atenuada prisa de conclusiones y deducciones, y una fe más iluminada y consciente. Yo soy la una y la otra, mi mirada es bastante amplia para comprender a un mismo tiempo ambos extremos, el principio de la materia y el principio del espíritu. Tal apologética mía de la obra divina constituye un nuevo don que os llega de lo Alto. Y una demostración que os presume conscientes, adultos y maduros, aumentará, como nunca, vuestra responsabilidad moral si queréis insistir todavía sobre los viejos caminos de la ignorancia y de la ferocidad. ¡Lo sé! El misoneísmo atávico de vuestra orientación psicológica es una inmensa mole, una masa negativa y pasiva, que con su inercia me resiste. Y cualquier mente humana se quebraría sin removerla, contra esa inmensa muralla. Pero mi pensamiento es fulgor y sacudirá las mentes. Si poseéis toda la resistencia de la materia inerte, yo poseo toda la potencia del pensamiento dinámico que relampagueando desciende de lo Alto. Vuestra psicología es un fenómeno lanzado, con su velocidad y su masa, a lo largo de una trayectoria propia, que resiste a toda desviación. Pero yo represento un principio superior a ese fenómeno e intervengo en el momento en que, dada su maduración, impone la Ley un cambio de ruta. El momento ha llegado y vosotros subiréis.

Comprendéis cada vez mejor que el centro de este pensamiento, que va desenvolviéndose, no está ni puede estar en vuestro mundo, que una síntesis tan amplia, poderosa y exhaustiva jamás fue dicha sobre la Tierra. Toda esta masa conceptual que tenéis ante los ojos se mueve en el infinito, su punto de partida, y desde éste desciende hasta vuestro concebible. Ésta, para quien la busca, es la prueba íntima, presente en toda página, del origen trascendente del escrito, prueba real, inherente al tratado y que lo sigue, prueba más sólida que aquellas exteriores que buscáis en las cualidades del instrumento y en las modalidades de transmisión y recepción. El ángulo visual y la amplia perspectiva de esta síntesis está absolutamente por encima de todas las síntesis humanas que poseéis. No obstante, realizo yo un continuo trabajo de adaptación para reducir al vuestro estos conceptos, propios de más altos planos. Sin este trabajo, el tratado debería desenvolverse en gran parte fuera de vuestro concebible, refiriéndose a realidades superiores para vosotros inimaginables.

Este tratado satisface plenamente la necesidad de vuestra ciencia actual, que es la de reducir la inmensa variedad de los fenómenos a un principio único. Habréis observado cómo todas mis argumentaciones convergen hacia este monismo sintético, que es la búsqueda y la necesidad de vuestro intelecto. Mi afirmación dice: unidad de principio en todo el universo, unidad en la complejidad orgánica, unidad en el transformismo evolutivo. En su grandiosa simplicidad, tal idea constituye la más poderosa afirmación de vuestro siglo. Tremendamente dinámica y fecunda, basta ella sola para crear una civilización nueva. El concepto de Ley, que cada una de mis palabras os reclama, significa orden, equilibrio y afirmación; ahuyenta todos los nihilismos, pesimismos y ateísmos, así como la idea de la ceguera del azar, de la atrocidad del dolor, del desorden y la injusticia en la creación. Os hace mejores y os transforma en ciudadanos de un mundo mayor, conscientes de las leyes que lo guían. Pero tal síntesis no podían alcanzarla mentes sumergidas en lo relativo, sino que era accesible sólo desde un punto de vista que, estando fuera de la humanidad, pudiese, en una visión de conjunto, contemplarla toda; esto es, no podía llegar a vosotros, sino proveniente de un plano mental superior. Las páginas que siguen justificarán estas afirmaciones, dándoos nuevas aproximaciones de lo superconcebible que os domina.

Habéis puesto vuestros puntos fijos sobre la Tierra, mientras que éstos están en el cielo. Los hechos de los cuales partís, el *método de la observación*, el instrumento de la razón, os encierran en un círculo que no tiene posibilidad de salida. No habéis discutido nunca ni tampoco pensado que se debía superar vuestro instrumento, y tal es lo primero que hay que hacer. Yo quiebro la cadena y salgo del cerco en que estaban

confinadas vuestra ciencia y vuestras filosofías. Era preciso romper una vez el anillo: análisis y síntesis, síntesis y análisis, y hallar un punto de partida fuera de vuestra relatividad. Un sistema filosófico y científico puede ser una concatenación y una construcción perfecta desde el punto de vista lógico y matemático. Pero el punto fijo, la base de la cual partís reside siempre en lo relativo; de este modo son tantas y diversas vuestras construcciones y todas prontas a desmoronarse apenas aquel punto se desplace. A menudo os aisláis en una unilateralidad de concepción, elevándoos vosotros mismos a sistema. Con frecuencia sabéis, por el poder de la mente, pero oprimido sigue el corazón. Y ¿para qué sirve el saber, si no sabéis amar? Separáis investigación y pasión; mas el hombre es síntesis formada de luz y calor. Por otra parte, ¿cómo habéis podido creer posible alcanzar solos, a fuerza de análisis y de hipótesis, tocando los fenómenos con vuestros limitados sentidos, algo que superase una síntesis parcial, la síntesis máxima? ¿Qué tenéis ante los ojos? Y ¿cómo puede estar todo el mundo fenoménico en vuestro pequeño mundo terrestre? Yo, en cambio, resuelvo la cuestión cambiando de sistema; derribo el *método inductivo* para substituirlo por el *método intuitivo*[1]. Pero no por ello dejo de dirigirme ni de permanecer apegado a la realidad, verdadera base de toda filosofía. Os digo: las realidades más potentes están dentro de vosotros. Mirad al mundo, no ya con los ojos del cuerpo, sino antes bien con los del alma. Los métodos de que tanto se ocupan algunas filosofías, los métodos clásicos de indagación, que os parecen indestructibles, han dado ya todo su rendimiento y constituyen medios superados, que no os harán progresar un solo paso más.

XXXII

GÉNESIS DEL UNIVERSO ESTELAR. LAS NEBULOSAS - ASTROQUÍMICA Y ESPECTROSCOPIA

Retomemos ahora algunos conceptos ya señalados, para continuar desarrollándolos. Completaremos así la exposición sumaria de los principios, tornaremos a observarlos

[1] Este problema del método se ahonda en el volumen citado *"La Ascensión Mística"*, parte I: *"El Fenómeno"*. (N. del A.)

en la realidad fenoménica, examinaremos los hechos bajo aspectos siempre nuevos. Me referiré por un momento a la fase γ, en su aspecto estático, describiéndoos la *construcción del universo físico*; una pausa en el *campo astronómico*, para tomar desde éste el impulso hacia concepciones más profundas. Os diré cosas que no podía exponer antes de haber madurado tantos conceptos. A dicha maduración de vuestra psiquis responde esta mi *exposición cíclica progresiva* que adopto, y a la necesidad de exponeros gradualmente la gran visión, para que la asimiléis en lugar de perderos en ella. Todo concepto, si no se trata en una primera fase tan sólo en sus líneas fundamentales, correría el riesgo de perder su unidad en infinitas ramificaciones colaterales. Todo concepto se extiende como una esfera en todas las direcciones, en tanto que vuestra conciencia no puede tomar sino una sola por vez, y debemos, por brevedad, elegir las principales. Mi conciencia volumétrica, esto es, de tercera dimensión, de plano superior a la vuestra de superficie (segunda dimensión), como os explicaré, ve por síntesis, al paso que vosotros veis por análisis. Lo finito de que estáis hechos justifica esos retornos a que se os obliga para examinar la realidad sucesivamente en sus aspectos, que nosotros vemos en síntesis, para penetrar por grados más allá de la forma que existe en la superficie y que vela la esencia, que está en lo profundo.

El estudio del aspecto dinámico de la fase γ os ha mostrado en la estequiogénesis el nacimiento, la evolución y muerte de la materia. Ha caído así vuestro dogma científico de la indestructibilidad de la materia. Comprendido el concepto del nacimiento de la materia por concentración dinámica, de su evolución química, de su muerte por disgregación atómica (radioactividad), veamos ahora cómo se comporta esta materia en la realidad del *universo astronómico*, en las inmensas acumulaciones estelares.

Un ejemplo que podría llevar, en el campo físico, a una ilustración del principio del desarrollo cíclico de los fenómenos, con retorno al punto de partida pero con progresivo desplazamiento del sistema, lo encontráis en la trayectoria que el camino de la Tierra traza en los espacios. Girando en torno al sol en un plano, con los otros planetas y en la misma dirección, mientras que aquél por traslación cae de las regiones de Sirio hacia las de la misma Vega de la Lira y la constelación de Hércules, la Tierra describe precisamente una trayectoria que, aún volviendo continuamente sobre sí misma, no retorna nunca al punto de partida en el espacio, puesto que el movimiento de traslación solar hace desenvolver la elipsis planetaria no ya en un plano, sino espiralmente, según la dirección del desplazamiento solar.

Pero observemos un poco de cerca un fenómeno mucho más vasto, vale decir, la *construcción de vuestro universo estelar*. Os lo he señalado a propósito del desarrollo del torbellino de las nebulosas. Aquella simple referencia merece un examen más profundo, ahora que hemos completado el estudio de la espiral. Vuestro universo estelar es determinado por la Vía Láctea, que constituye la expresión precisa, en el plano físico, del principio de la espiral. Muchas dudas os han atormentado y otras tantas hipótesis habéis lanzado para explicaros la construcción y el origen de esta faja estelar que envuelve en ambos hemisferios vuestra visual celeste. No hago hipótesis, pero os comunico, tal como yo lo veo, el estado de los hechos, que en parte os diré cómo pueden controlarse.

Por la ley de las unidades colectivas, la materia se os presenta en masas geológicas y siderales. Todo vuestro universo físico lo determina la Vía Láctea, un sistema completo y limitado, a cuyo diámetro podéis asignarle el valor de cerca de medio millón de años-luz. El sol, junto con la cohorte de sus planetas, está situado en dicho sistema. La Vía Láctea constituye, precisamente, un torbellino sideral en evolución.

Demostremos esta afirmación. El gran torbellino de la Vía Láctea es determinado, en su devenir, por la ley de los ciclos múltiples, por torbellinos siderales menores, visibles y que os son conocidos, en los cuales podéis volver a encontrar el caso mayor. Los telescopios os ponen ante los ojos varias nebulosas en la constelación de la Ballena, de Andrómeda, la nebulosa en espiral en la constelación de los Perros, nebulosa regular, en la cual la línea de la espiral es claramente visible. El torbellino estelar está a veces, como en este caso, orientado de modo que se presenta de frente, y en otras ocasiones oblicuamente, apareciéndoseos como un óvalo aplastado, en perspectiva, según ocurre en la nebulosa de Andrómeda, y también de perfil, en su espesor. En este caso adquiere el aspecto de la sección de un lente, y las espiras, superponiéndose, se ocultan a la mirada. Vuestro sistema solar fue una nebulosa, ahora llegada a su madurez, y los planetas, cuya verdadera órbita es una espiral de desplazamientos mínimos, volverían a caer sobre el sol si no se disgregaran por radioactividad. La Vía Láctea no constituye sino una inmensa nebulosa espiraloidal en vías de maduración. Vuestro sistema solar, al igual que las nebulosas citadas, forman parte de ella. En el ámbito de la espiral mayor se desarrollan las espirales siderales menores. Podéis representaros la Vía Láctea como un inmenso torbellino semejante, aunque mayor, al de la nebulosa de la constelación de los Perros. El sistema solar está inmerso en el espesor del torbellino, que se os aparece, por lo tanto, visible solamente en su sección, pero como sección

envuelve a los dos hemisferios, y por eso todo alrededor se os presenta como una estela.

He aquí los hechos que os demuestran esta afirmación. Es en el plano ecuatorial de la Vía Láctea donde se amontonan las masas estelares, al paso que en los polos se halla la materia en estado de rarefacción; las estrellas se multiplican a medida que os aproximáis a la Vía Láctea. El sistema solar está situado más bien hacia el centro de la espiral, centro que le queda de lado sobre el plano de aplastamiento y desarrollo del torbellino. La diversa distribución, en vuestro cielo, de las masas siderales, la determina precisamente la visión que obtenéis, ya sea en la mayor sección horizontal, o bien en la sección menor en dirección vertical, del esferoide achatado que representa el volumen del sistema espiraloidal galáctico.

Pero hay hechos más convincentes. La espectroscopia os permite establecer una especie de astroquímica que os informa acerca de la composición de las diversas estrellas. Con el análisis de las radiaciones estelares, os permite establecer, además, su temperatura, porque a medida que aumenta ésta veis aparecer los varios colores del espectro, del rojo al violeta, siendo éste el último en aparecer. El ultravioleta revela las temperaturas mayores; cuanto más se extiende el espectro en esta zona, más caliente es la estrella observada. El espectro os revela asociadas, por consiguiente, la *constitución química y la temperatura.* Sobre la base de estos criterios resulta posible una clasificación de las estrellas en tipos y también su graduación de acuerdo con el *grado de condensación* y, en consecuencia, la edad en el proceso evolutivo. Una primera serie de estrellas se compone de gases incandescentes, como son el hidrógeno, el helio y el nebulio (desconocido para vosotros). De este último están formadas las estrellas *más calientes*. La materia se encuentra en estado *gaseoso*, la masa estelar es una nebulosa en *su comienzo*. Estas son las estrellas más jóvenes, de color prevalentemente azul, representativas de la fase inicial de la evolución sideral del torbellino galáctico. Tales estrellas se encuentran situadas todas en las *proximidades* inmediatas de la Vía Láctea. La graduación continúa y comprende estrellas de *helio*, siempre *calientes y jóvenes*, siempre *próximas a la Vía Láctea*; después las de *hidrógeno*, en las cuales H se acentúa y el helio tiende a desaparecer. Aunque se hallan en las cercanías de la Vía Láctea, comienzan a diseminarse en el cielo. Menos jóvenes, más avanzadas en la evolución que las precedentes en el camino de la condensación, emanan *luz blanca*. A dicha serie de estrellas blancas (a la que pertenece Sirio), sigue la serie de estrellas de *luz amarilla*, en las que siempre los metales -y a altísimas temperaturas, pero inferiores a las

anteriores- substituyen a los gases. Están *difundidas* todavía con más uniformidad en el firmamento, y en proceso de *solidificación*.

Entre éstas está vuestro sol. Se encuentra éste entre las estrellas que envejecen, a quienes la muerte por extinción espera. Sus manchas os la anuncian, y se harán cada vez más extensas y más estables hasta el fin. La última serie es la de las *estrellas rojas*, de temperatura que toca a un *enfriamiento* avanzado, y donde los gases han desaparecido para dejar su puesto a los metales, las estrellas *más viejas*, distribuidas casi *uniformemente* en el espacio. Empero, hay otros hechos por examinar, que se desarrollan paralelamente a los cuatro ya observados, los cuales son: constitución química, temperatura, condensación, edad. *Las estrellas se alejan de la Vía Láctea a medida que envejecen*. Bastaría esto para demostrar que en la Vía Láctea reside el *centro genético* del sistema, pues es justamente en ella donde volveis a encontrar las estrellas en sus primeras fases de evolución, en tanto que las rojas, las más viejas, las halláis lejos de las regiones más jóvenes de la Vía Láctea. Se da, en otros términos, un proceso paralelo de maduración de la materia y de alejamiento del centro: pues los cambios químicos, el enfriamiento, condensación, envejecimiento, significan evolución, y esta evolución responde a un proceso de apertura del sistema desde el centro a la periferia. Añadamos otro hecho: las *velocidades siderales*, a partir de una velocidad nula en las nebulosas irregulares, aumentan gradualmente en las estrellas de helio, de hidrógeno, en las amarillas, en las rojas, en las planetarias; lo cual os dice que las estrellas, durante el proceso de su evolución, señalado por el tiempo, se proyectan desde un centro hacia la periferia. Agregad a todo ello el ejemplo del tipo de desarrollo en espiral, visible en las nebulosas menores, que reproducen en dimensiones más reducidas el sistema mayor, y tendréis un cúmulo de hechos que convergen hacia el mismo principio, el cual he afirmado que constituye la base de la construcción orgánica de vuestro universo estelar.

XXXIII

LÍMITES ESPACIALES Y LÍMITES EVOLUTIVOS DEL UNIVERSO

Ahora que tenéis un concepto de la conformación de vuestro universo y de su proceso evolutivo, superemos sus *límites*, ya sea en sentido espacial, permaneciendo en el plano físico, ora en sentido evolutivo, esto es, relativamente a las fases ya apuntadas que preceden y superan este plano. Aquí la astronomía toca la metafísica. Pensad que este universo inmenso y tan maravillosamente complejo es el más simple, para vosotros perfectamente concebible, entre los universos en que éste por evolución se transforma. Resulta fácil superarlo en sentido espacial, y más difícil en sentido evolutivo, porque profundizar este estudio significa para vosotros invadir el campo de lo inconcebible.

En sentido espacial, vuestro universo estelar, aisladamente considerado, constituye un sistema finito; es inmenso, pero tiene medida, y lo que tiene medida es finito. Vuestra mente lo domina todo, porque siendo de un plano superior, es capaz de sobrepasar cualquier límite espacial. Si podéis, en un cuerpo tan frágil y pequeño, espaciar conceptualmente tanto como para comprender el universo físico, que jamás os hallaréis en condiciones de recorrer materialmente por entero, ello se debe al hecho de que existís en una fase evolutiva superior. Encontráis aquí cómo la diferencia de nivel otorga el poder dominar y comprender lo inferior, y no viceversa. Los límites de vuestro concebible son dados, en cambio, en la dirección de la evolución, o sea, por fases o universos demasiado lejanos o superiores al vuestro. En sentido espacial, la ley de las unidades colectivas y la de los ciclos múltiples os indican la continuación del fenómeno con un concepto simple. Como la unidad universo se halla integrada de unidades menores, así es, a su turno, la componente de unidades mayores; del mismo modo que la espiral mayor la determinan las menores, igualmente es aquélla determinante de espirales mayores, hasta lo infinito. Encontraremos un límite, pero en el transformismo evolutivo, no en el espacio. Físicamente, el torbellino de vuestro universo no constituye más que uno de la infinita serie de torbellinos o nebulosas en proceso de desarrollo o de involución, los cuales se combinan con él en un torbellino todavía mayor, y así hasta el infinito. Vosotros no podéis verlos todos, porque no poseen la vibración de la luz. Vuestro universo físico se mueve todo a velocidad vertiginosa "en relación" a otros lejanísimos universos semejantes, para

formar parte, con éstos, de sistemas todavía más grandes. No os sorprenda esto. ¿No halláis acaso el mismo principio en el torbellino electrónico? No se trata sino de una materia pequeña y de una gran materia; del átomo al universo, y más allá, de un polo al otro del infinito, el principio es idéntico.

Tratemos, en cambio, de abarcar los verdaderos límites del sistema, los cuales no los hallaréis nunca en el mismo plano físico, aunque vuestra mente lo supere hasta el infinito: *los límites determinados por el transformismo evolutivo*. Moviéndose siempre en igual dirección que el mundo físico, habéis de encontrar constantemente el mismo principio, sin cambios. Para superarlo y salir de él, es preciso moverse en otra dirección, la de la evolución. La apertura del torbellino sideral significa algo más que un proceso mecánico, es aquella maduración íntima de la materia que vemos en la estequiogénesis. Y el torbellino de la nebulosa nace y muere allá donde nace y muere la materia, es decir, que se inicia y termina en sentido espacial allá donde la Substancia inicia y termina su ciclo de fase física. En otros términos, la materia nace en el centro de la Vía Láctea, muriendo en la periferia. ¡Observad cuánta correspondencia con los principios expuestos más arriba! Ved cómo el torbellino sideral mayor se abre por el desarrollo de los torbellinos menores, planetario, etc., hasta lo atómico. Ved que, así como el centro genético espacial (aspecto estático de la fase γ) es el núcleo de la nebulosa de vuestro universo, así el centro genético fenoménico (aspecto dinámico de γ) es el hidrógeno, elemento base de la serie estequiogenética, el que constituye precisamente las estrellas jóvenes, calientes, gaseosas, situadas en la Vía Láctea, y las grandes masas gaseosas que forman la substancia madre de las estrellas. Si pensáis que este proceso significa el desarrollo de un principio (aspecto mecánico o conceptual del universo), podréis "sentir" ahora la fase γ, contemporáneamente, unitariamente, en la trinidad de sus aspectos.

Vimos que las nebulosas nacen, como la fase γ, por concentración dinámica de la fase β, y que el máximo del fenómeno no es tanto determinado por el máximo de apertura espacial del torbellino según el impulso originario, como por la evolución de la materia, mediante la cual ésta, atravesada toda la fase γ, se disgrega y vuelve a adquirir la forma de energía. Y dijimos luego cómo la energía se canaliza a su turno en corrientes que conforme a un torbellino centrípeto la guían otra vez al centro (fase inversa del ciclo, período de descenso evolutivo), que por concentración dinámica formará, transformándose de nuevo en γ, el núcleo de un nuevo torbellino centrífugo, de una nueva nebulosa espiraloidal galáctica. Tenemos, por consiguiente, este hecho: que *el límite de la apertura del torbellino sideral no lo encontráis tanto en el plano*

físico, como allí donde éste toca, no en sentido espacial, sino evolutivo, otro plano y el torbellino físico se invierte en un torbellino dinámico de retorno. La espiral, como observamos en el diagrama de la Figura 4, se cierra, mas el *retorno del torbellino sideral es de naturaleza dinámica*, la reabsorción centrípeta que balancea la precedente expansión ocurre en una fase evolutiva diversa; *lo que retorna al centro es la forma energía, y no la forma materia,* que se había alejado de ella; las corrientes siderales que emanaban del núcleo gaseoso se substituyen por las corrientes dinámicas que lo reconstruyen. En otros términos, la materia no puede tener un límite en dirección espacial (éste se podría, en efecto, superar siempre lógicamente), sino sólo en dirección evolutiva; vale decir, que dicho límite no puede hallarse situado en un punto determinado del espacio, sino que se puede encontrar donde quiera se produzca la transformación de la materia en su fase superior de evolución. Sólo estos conceptos os pueden explicar toda la compleja realidad del fenómeno. La condensación sideral es de naturaleza dinámica; el torbellino que se abre en forma física, se cierra después de una transmutación que lo torna invisible para los telescopios, desaparece ante vuestros sentidos y continúa en dirección inversa, en una forma que en vano buscáis en el plano físico. Una razón por la cual muchos problemas de física y astronomía os parecen insolubles, se debe precisamente al hecho de que vosotros os mantenéis siempre en el plano físico y no seguís los fenómenos hasta donde ellos, bajo este aspecto, se desvanecen, ni sabéis volver a encontrarlos cuando "renacen" bajo un aspecto distinto.

Estas consideraciones os guían hacia la visión de conceptos incluso más profundos, que os llevan a los límites de lo concebible. A tales alturas la ciencia, que se había vuelto metafísica, se transforma en visión mística, y al expandirse en un campo de completa abstracción presume no ya una psicología racional, sino antes bien una psicología de intuición. Os hablaré ahora del nacimiento y muerte del tiempo, del nacimiento y muerte del espacio, y de la aparición y desaparición, por evolución e involución, de estas diversas dimensiones de vuestra relatividad. Pues todo lo que existe en lo relativo tiene un principio y un fin, debe nacer y morir. Intentad ahora superar ese relativo y concebir en lo infinito.

XXXIV

CUARTA DIMENSIÓN Y RELATIVIDAD

Tomo el impulso de una reciente y nueva teoría científica vuestra, a la cual me conecto como a un punto de partida: *la teoría de la relatividad de Einstein*, cuyo conocimiento presumo, como el de los conceptos sobre la cuarta dimensión. Los criterios por vosotros adoptados para crear una 4ta *dimensión del espacio*, quedando en el espacio, son erróneos. La dimensión sucesiva a la tercera espacial no reside en el espacio. *El cuarto término sucesivo a los tres de la unidad trina no se puede hallar más que en la trinidad sucesiva*. Esto, en cuanto a la ley por la cual el universo es individuado por unidades triples, no cuádruples. Es absurdo, por consiguiente, el concepto de la continuación del desarrollo tridimensional del espacio (que va del punto, no dimensión, a la línea, 1era dimensión; a la superficie, 2da dimensión; y al volumen, 3era dimensión), en un hipervolumen. Es absurdo e imaginario la construcción ideal de un "tesseracte octaedroide" y de los otros poliedroides del hiperespacio. Elevar un volumen significa permanecer en el volumen, aunque sea multiplicándolo por sí mismo. Por ello no habéis obtenido hasta ahora ningún resultado práctico, ni por representación hiperestereoscópica, ni conceptual. La pretendida geometría de 4, 5, n dimensiones, imaginada por vosotros, recordad que es una extensión del análisis algebraico y no una geometría propiamente dicha. Se trata de una pseudo-geometría, pura construcción abstracta, de formas inimaginables e inexpresables en la realidad geométrica.

Así como todo universo es trifásico, es también tridimensional. Llegados a la tercera dimensión, se hace necesario para progresar -dado el principio de la unidad trina- *iniciar una nueva serie tridimensional*, hallándose agotado el período precedente; es menester salir del ciclo anterior para iniciar uno nuevo. Llegaremos luego al concepto de la *evolución de las dimensiones*, dilatando la concepción einsteiniana de la relatividad, ya sea extendiéndola a todos los fenómenos, o bien en profundidad de concepto.

La concepción tridimensional del *espacio euclidiano* agota la primera unidad trina y excluye, con ello, una cuarta dimensión en el espacio. Pero contiene ya, en la sucesión de las dimensiones, el concepto de su evolución. Yo considero *línea, superficie y*

volumen como tres fases de evolución de la dimensión espacial. Pero, además, estas concepciones matemáticas no bastan. Preciso es, para cambiar la dimensión, iniciar un movimiento en una dirección diversa, introducir elementos enteramente nuevos. Habéis tratado de superar la concepción euclidiana, en la de un *espacio elíptico*, entendido como campo de fuerzas finito, integrado por líneas cerradas en sí mismas, correspondiente a mi concepto cíclico, y en la concepción de hiperespacios pluridimensionales. Para resolver el problema debemos tomar otra dirección. Partamos del concepto de la relatividad. No tenéis un tiempo y un espacio en sentido absoluto, vale decir, existentes de por sí, independientes de las unidades que los ocupan; empero, son determinados por éstas y relativos a éstas. No existe, en consecuencia, un movimiento absoluto en el espacio y en el tiempo. Vuestras medidas no responden, pues, más que a un concepto de completa relatividad. Así, *todo fenómeno posee un ritmo propio que mide su transformismo: no existe una unidad de medida universal, una dimensión absoluta, idéntica, invariable para todos los fenómenos*. También en la ciencia, en las matemáticas, os halláis sumergidos, sin posibilidades de salida, en vuestra relatividad; con aquéllas no podéis establecer sino relaciones y no más, de modo que lo absoluto se os escapa. Vuestra razón -os lo dije- no constituye la medida de las cosas; formáis parte del gran organismo; vuestra misma conciencia representa una fase, es un fenómeno entre los fenómenos. Ciertos conceptos se encuentran por encima de vuestra conciencia y no podéis llegar a ellos de otra manera que por maduración evolutiva de vuestro yo. Modificando estos principios fundamentales para la ciencia, cambia asimismo todo el ensamblamiento de vuestros sistemas científicos; se derrumban la física y la mecánica clásica newtoniana; pero los nuevos tienen la ventaja de responder a una realidad más completa y profunda. De modo que la mecánica racional se transforma en una mecánica de intuición más avanzada. Surgen posibilidades de solución para problemas a los cuales los viejos principios no pueden dar respuesta. La ciencia que os habéis construido es, sin duda, algo, y debíais hacerla. Pero hoy, habéis llegado a un punto en que se torna necesario edificar otra nueva para poder avanzar más lejos.

XXXV

LA EVOLUCIÓN DE LAS DIMENSIONES Y LA LEY DE LOS LÍMITES DIMENSIONALES

Mi tarea consiste ahora en extender estos principios, que ya poseéis, a todos los campos y en ahondar su significado. Una primera *extensión del concepto de relatividad*, la da la ley de relatividad que abraza todos los fenómenos, tanto como para atacar vuestras percepciones y todo vuestro mundo concebible. No percibís ni concebís la esencia, sino los cambios de las cosas; la base es el *contraste*, condición indispensable. Así, no advertís un movimiento en que os moveis a igual velocidad (por ejemplo, el de la Tierra) sino sólo diferencias; no echáis de ver, en modo alguno, que corréis con cuanto os circunda en la superficie de la Tierra, a la velocidad de casi medio kilómetro por segundo, lo que equivale a unos 1.800 kilómetros por hora. De manera que dos fuerzas constantemente equilibradas sobre la misma masa son como inexistentes para vosotros. La estática, el equilibrio, no os da percepción; ésta os la da sólo el cambio. Es en dicha ley de relatividad donde reside la ley de vuestra fase de conciencia, la razón del hecho de que vuestra ciencia sea exclusivamente -como os dije- ciencia de relaciones, de naturaleza por entero diversa de la mía, que, procedente de un plano superior, es ciencia de substancia. Extendí el concepto de la relatividad también a la psicología y a la filosofía que os habla de verdades progresivas. Como el concepto evolucionista que Darwin vio sólo en las especies orgánicas, así también el de relatividad que limitó Einstein a algunos elementos matemáticos, es completado en una *teoría de relatividad universal*, que se extiende al universo todo. Ello representa una conquista filosófica y científica, una concepción más honda, una más vasta comprensión, una armonía y belleza superiores. Otra extensión del concepto de relatividad podemos realizarla en profundidad, y es aquella que nos conducirá a conceptos nuevos; no ya solamente al de la relatividad de las unidades de medida de vuestro universo, sino además al mucho más amplio y profundo de la *evolución de sus dimensiones*.

Si me preguntáis dónde acaba el espacio, os responderé: en un punto en que "donde" se convierte en "cuando", esto es, en que la dimensión espacio, propia de γ, se transforma en la dimensión tiempo, propia de β. Cuando la materia químicamente envejecida, enfriada, solidificada, alcanza la periferia del torbellino sideral, se disgrega por

radioactividad, transformándose en energía; entonces pierde la substancia su dimensión espacial y vuelve al centro *como corriente dinámica y con dimensión temporal*. En la periferia, la materia no constituye ya materia, sino energía; y, como la Substancia ha cambiado de forma desplazando su ser de una fase a otra, así *cambia su dimensión, que no es ya espacio sino tiempo*. Expliquemos este concepto de dimensión y de su evolución.

Vuestro concepto de un espacio y un tiempo absolutos, universales, siempre iguales a sí mismos, responde a una orientación vuestra puramente metafísica, que matemáticos y físicos han introducido de manera inconsciente en sus ecuaciones. Este punto de partida por entero arbitrario os ha llevado a conclusiones erróneas, os ha puesto ante fenómenos que se pierden en un enigma, frente a contradicciones sin vía de salida, a conflictos incurables; y el misterio por doquiera os circunda. En la realidad no encontráis -según ya os dije- más que un tiempo y un espacio relativos, cuyo valor no sobrepasa el sistema a que se refieren. Pero hay más. No constituyen otra cosa que medidas de transición, en continua transformación evolutiva.

Esforzaos en seguirme. Si vuestro universo es finito como torbellino sideral, el sistema de los universos y el sistema de sistemas de universos es infinito. Si el espacio constituye un infinito, en cuanto espacio no tiene límites; no obstante, los tiene en realidad, pero no los hallaréis en el espacio en dirección espacial, sino en dirección evolutiva. De tal concepto, a que ya me he referido, llegamos ahora a esta concepción novísima: que *los únicos límites del espacio son hiperespaciales*, vale expresar, están en el sentido del desarrollo de la progresión evolutiva y precisamente *en la dimensión sucesiva.* O, mejor dicho: si buscáis un límite del espacio, lo encontraréis tan sólo en las dimensiones que le siguen y que le preceden. Precisemos más aún.

Todo universo posee una unidad propia de medida o de dimensión. Así como, por evolución, se pasa de una fase a otra, conforme observamos, y en la transmutación de las formas de la Substancia, los universos aparecen y desaparecen, del mismo modo *por evolución se pasa de una dimensión a otra*, y aparecen y desaparecen las unidades de medida de lo relativo. Todo cuanto es relativo, incluso la dimensión que constituye su medida, ha de nacer y morir como él. De esta manera, *las dimensiones evolucionan* con los universos, siguiendo las fases que estudiamos. Del concepto de dimensión relativa pasamos, pues, al de *dimensión progresiva*. El paso de fase significa por lo tanto, también un paso de dimensión. Del *espacio al tiempo se pasa por evolución*, la cual es paralela a la que lleva la fase γ a la β.

Hay, por consiguiente, una ley, que llamaremos la *"ley de los límites dimensionales"*, y que podemos enunciar así: "Los límites de una dimensión son determinados por los límites de la fase de que aquélla es unidad de medida, y se encuentran en el punto donde por evolución, se pasa de una fase a otra, esto es, donde ocurre la transformación de una fase y de su dimensión, en la fase y en la dimensión sucesivas".

XXXVI

GÉNESIS DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

Podéis comprender ahora qué es y cómo se produce la *génesis del espacio y del tiempo*, lo mismo que su fin, y os resulta posible daros la explicación científica de las palabras del Apocalipsis: "Entonces el Ángel juró por Aquel que vive por los siglos de los siglos, que no habría de allí en adelante más tiempo" (Apocalipsis, X, 6). Todo cuanto ha nacido debe morir, todo lo que tuvo principio debe tener fin. Así como todo, al evolucionar, deja los despojos de la vieja forma, abandona asimismo, para asumir otra más elevada y más apta, la vieja dimensión que ya no le corresponde. Y de la manera que las fases evolutivas son infinitas, infinitas son también las respectivas dimensiones. He aquí cómo nuestra mirada puede superar el tiempo y el espacio, los cuales no son otra cosa que dos dimensiones contiguas entre las infinitas sucesivas. De éstas, trazaremos las más próximas a vuestro mundo concebible, que responden a las varias fases de evolución; a fin de llegar a esta conclusión que os anticipo: que también *el devenir de las dimensiones es cíclico* y sigue la ley de desarrollo expresada por la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos y la ley de las unidades colectivas, a saber, *que toda dimensión constituye un período que se reagrupa en períodos mayores trifásicos*, los cuales a su vez se reagrupan en períodos todavía mayores, hasta lo infinito. La dimensión infinita que comprende todas las menores es, precisamente, la evolución. Como toda fase posee su dimensión, así el infinito la tiene, y la *dimensión del infinito es la evolución*. He aquí superado el límite, y también en esta dirección hemos hallado el infinito.

Analicemos ahora las dimensiones contiguas a espacio y tiempo y sus propiedades y génesis. Cuando habláis de *espacio de tres dimensiones*, corroboráis estas afirmaciones, en cuanto que expresáis las tres manifestaciones dimensionales sucesivas del espacio que, como veis, es *unidad trifásica*. Volvamos a ver el diagrama de la Figura 2. La fase γ, materia, representa la dimensión espacio completa. He aquí su génesis progresiva. En la fase -z tenemos la *dimensión espacial nada: el punto*. Ello no quiere decir que el universo -z sea puntiforme, sino que en aquella fase el espacio no existía más que en germen, en espera de desarrollo (torbellino cerrado), y que existía, en cambio, una dimensión diversa, fuera de vuestro mundo concebible. En -y aparece la primera manifestación de la dimensión espacio, esto es, *la línea*, la que llamáis *su primera dimensión.* Es la primera y más simple forma del espacio al aparecer. La segunda manifestación más completa aparece en la fase siguiente -x, y se revela como *superficie*, la que denomináis *segunda dimensión*. La tercera y última manifestación que completa la dimensión espacial, aparece en γ, en la materia, y se revela como *volumen*, *tercera dimensión* del espacio. Ahora comprendéis cómo ha nacido el espacio y por qué la materia tiene por dimensión un espacio de tres dimensiones, determinado
por tres momentos sucesivos. Halláis asimismo este *principio general: "que la manifestación de una dimensión es progresiva y acontece por tres grados contiguos"*. La enunciación de tal principio os demuestra el absurdo de la búsqueda de una continuación cuatridimensional en un sistema de tres dimensiones. La continuación os impone salir de él.

Continuemos la progresión. El desenvolvimiento de la fase γ ha desarrollado la dimensión volumen, dándoos el espacio completo. Del diagrama de la Figura 2 veis cómo toda creación crea una fase nueva y de qué modo, en el caso particular, la creación b crea a β, la energía, derivada por radioactividad de γ, la fase materia. La maduración estequiogenética había dejado a γ inmóvil. En la creación b, la energía nace por primera vez. En téminos bíblicos decís: Dios creó el movimiento, dio impulso al universo. *El volumen se movió*. Una nueva manifestación dimensional aparece; se agrega algo al espacio, una superelevación dimensional (la cuarta dimensión que buscáis), pero en un sistema diverso, la *trinidad siguiente*. Esta nueva dimensión, primera de la serie sucesiva, es *el tiempo*. La unidad máxima de la dimensión precedente es tomada, en el paso a la siguiente, por un movimiento nuevo y más intenso, pero siempre en direcciones nuevas y diversas, propia cada una de un sistema (espacial, conceptual, etc.), en un aceleramiento de ritmo en el cual consiste, precisamente, la evolución. Ahora comprendéis cómo ha nacido el tiempo y que éste

debe completarse en otras dos manifestaciones sucesivas, puesto que constituye *la primera manifestación de una nueva unidad de tres dimensiones.*

XXXVII

CONCIENCIA Y SUPERCONCIENCIA. SUCESIÓN DE LOS SISTEMAS TRIDIMENSIONALES

Para comprender bien el paso a las dimensiones sucesivas de este *segundo sistema*, comparémoslo con el primero. Mientras éste en su desarrollo realiza la dimensión espacial, el siguiente sistema -superior, y del cual sois la fase en el nivel humano- lleva a cabo la *dimensión conceptual*, aquella cuyas unidades de medida son las propiedades de la conciencia. Semejante a cuanto ocurre en los universos precedentes por la génesis progresiva del espacio, tenemos en esta unidad superior *la génesis progresiva de la dimensión conceptual*. En la fase γ, si la dimensión espacial es completa, el desarrollo de la dimensión conceptual resulta nulo: *el punto*, un germen. En β aparece su primera manifestación: *el tiempo*. El punto se ha movido, no ya en dirección espacial, antes bien en la nueva dirección conceptual, y nace la recta, la primera dimensión nueva. El fenómeno, en su desplazamiento en el tiempo, adquiere en β una *conciencia lineal propia, la primera dimensión conceptual*. El fenómeno, no aún vida y conciencia, sólo sabe su aislado progresar en el tiempo; no se expande allende la línea de su devenir, no se eleva a juicio, como la conciencia humana, no es capaz de decir siquiera "yo", porque ignora toda distinción y la conciencia del no-yo es aquí lo inconcebible. Entendemos también aquí no un tiempo universal, esto es, medida del transformismo fenoménico, sino la dimensión de esta fase, vale expresar, la conciencia (lineal) del devenir. Este tiempo así entendido nace sólo en β, como propiedad de la energía. En efecto, únicamente las fuerzas toman la iniciativa del movimiento, tienen por dominante la característica dinámica y dominan γ y la tercera dimensión espacial característica de la materia, la cual sufre aquel movimiento, no lo inicia. En las fases inferiores existe sólo el tiempo en sentido más vasto, entendido como ritmo del devenir, propiedad de todos los fenómenos, y no como conciencia del

devenir, propiedad de las fuerzas. Comprendéis fácilmente qué revolución llevan estos conceptos a vuestro orden habitual de ideas. En α estamos en la fase subhumana y humana de conciencia más completa y tenemos la *segunda dimensión conceptual*, que corresponde, en el sistema espacial, a la *superficie*. Como de la línea se pasa a la superficie, con desplazamientos en nuevas direcciones extralineales, así por desplazamientos semejantes la conciencia humana invade el devenir de otros fenómenos, se distingue de ellos, aprende a decir "yo", a conocer la propia individualidad distinta, se repliega sobre el ambiente, se proyecta al exterior (nueva dimensión), observa y juzga. Los sentidos constituyen los medios de dicha proyección hacia lo externo, característica de la segunda dimensión, medios desconocidos en la primera. En +x, aparece la *tercera manifestación de dimensión conceptual*, que completa el sistema, correspondiente al *volumen*. La conciencia, que en la materia *no posee dimensión* (el volumen es la completa dimensión espacial, pero frente al sistema sucesivo es una no-dimensión, el punto), en el campo de las *fuerzas* adquiere la dimensión *lineal*; en el campo de la *vida* alcanza la dimensión *superficie*, y en el campo ya absolutamente abstracto del *espíritu* puro adquiere la dimensión *volumen*. Los límites de vuestro concebible me impiden avanzar a los sistemas sucesivos, cada vez más espirituales y rarefactos, que se prolongan hasta lo infinito. Expliquemos, en cambio, las características de la segunda dimensión -conciencia- en relación con las de la tercera, *la superconciecia*.

De la manera que la superficie absorbe la línea, así también absorbe la conciencia el tiempo y lo domina; en tanto que las fuerzas poseen tiempo, el pensamiento lo supera. En el paso de la fase β a la fase α, la dimensión tiempo tiende a desvanecerse, aunque subsistiendo, pero en tal aceleramiento de ritmo (onda), que os parece que casi desaparece en la nueva dimensión. En efecto, cuanto más baja y material es la conciencia, tanto más lenta es y más se asemeja a β; cuanto más concreto es el pensamiento tanto más denso es el ritmo y más lenta la onda. *El pensamiento implica tiempo sólo en tanto y en la medida en que es todavía energía*; cuanto más cerebral, racional, analítico es, tanto menos es abstracto, intuitivo, sintético. En este segundo sistema tridimensional asistís a una continua aceleración de ritmo, y en tal aceleración el tiempo es gradualmente reabsorbido. La superconciencia domina y absorbe a su vez a la conciencia, como el volumen a la superficie. Os explico: la conciencia humana, derivada por evolución desde β a través de la profunda elaboración de la vida, no es lineal, vale decir limitada a sí misma o a un fenómeno, sino que puede salir y moverse sobre todas las líneas de la superficie, en cualquier dirección, abarcando como conciencia muchísimos fenómenos. Es, pues, por completo hiperespacial. Pero

constituye siempre dimensión de superficie, a la que se halla inexorablemente ligada, mientras no evolucione. Ello significa que está ligada a lo *relativo*, que no puede moverse sino en lo *finito*, que no sabe concebir más que por *análisis*, esto es, mediante la observación y el experimento, tal como es vuestra ciencia. Domina la totalidad de las líneas del devenir fenoménico, mas la superficie constituye toda su vida y no puede salir de ella. ¿Os habéis preguntado el por qué de esta vuestra insuperable relatividad, de estos límites que constriñen vuestro mundo concebible, de esta vuestra incapacidad de visión directa de la esencia de las cosas? He aquí la respuesta, con expresión geométrica. *Vuestra conciencia es segunda dimensión de superficie*, y, en cuanto superficie, constituye *una permanente impotencia frente al volumen*, la dimensión superior. Para alcanzar el volumen es menester que la superficie se mueva en una nueva dirección; para alcanzar la superconciencia se hace preciso multiplicar la conciencia por un nuevo movimiento. De manera que sólo por multiplicación de análisis podéis aproximaros a la síntesis. La superconciencia es dimensión conceptual volumétrica, que se obtiene elevando una perpendicular sobre el plano de la superficie de la conciencia, conquistando así un punto de vista fuera del plano, el único punto que puede dominarlo todo. De esta suerte, sólo la superconciencia supera los límites de vuestro concebible, domina lo relativo en la visión directa de lo *absoluto*, domina lo finito moviéndose en lo *infinito*, no concibe ya por análisis sino por síntesis. Existen conceptos que escapan a vuestra conciencia y que no resulta posible alcanzar más que a este nivel. Solamente así se pasa de lo relativo a lo absoluto, de lo finito a lo infinito. Ello no significa una sucesión o suma de relativos, sino algo cualitativamente diverso: *distinción de cualidad, de naturaleza, no de cantidad, de medida*. Tal es el verdadero infinito, muy diferente de lo que harto a menudo llamáis tal, y que es simplemente un indefinido o un inconmensurable. La superconciencia se mueve en una esfera más alta de la conciencia humana, en contacto directo con los principios que habéis buscado laboriosamente, intentando alcanzarlos mediante síntesis parciales, y que no sentiréis directamente más que por vuestra evolución. Diferencia substancial, como veis. No se trata de sumar hechos, observaciones y descubrimientos; de multiplicar las conquistas de vuestra ciencia; se trata de cambiaros vosotros mismos. No ya el lento e imperfecto mecanismo de la *razón*, sino *intuición* rápida y profunda. No más proyección de la conciencia *hacia el exterior* por medios sensoriales, que no tocan otra cosa que la superficie de las cosas, sino expansión en toda otra dirección, *hacia el interior*, percepción anímica directa, contacto inmediato con la esencia de las cosas. He aquí la mayor conciencia que os espera. Es aquella conciencia que en principio llamamos latente y que se dilata de manera continua, acrecentándose con los productos de vuestra conciencia. La superconciencia reside en vosotros en el estado de germen que aguarda

el desarrollo para revelarse. Ahora comprendéis qué valor dar a las palabras razón, análisis, ciencia, que os parecen todo. Para progresar todavía debéis salir del plano de vuestra conciencia, al que os adherís penosamente, y conquistar un punto fuera de él. Las intuiciones del genio, las creaciones morales del santo, no constituyen sino perpendiculares elevadas sobre el plano por superconciencias en anticipo. De ahí que os dijera yo que la intuición es la nueva forma de investigación de la ciencia del porvenir; sólo ella puede daros no ya ciencia sino sabiduría. Esto os explica el inexorable relativismo de vuestros conocimientos, vuestra limitación y relatividad de síntesis, la esclavitud del análisis, una impotencia apriorística para alcanzar lo absoluto. La superficie no os dará nunca, aunque se la recorra en todos los sentidos, la síntesis volumétrica. *Razón e intuición, análisis y síntesis, relativo y absoluto, finito e infinito* son dimensiones diversas, determinadas por planos diferentes. Absoluto e infinito residen en vosotros en estado de germen, tiemblan en la profundidad de vuestro "yo" como un presentimiento; no más. Allí está la mayor aproximación conceptual que os espera de la Divinidad. Yo estoy en este plano más alto de conciencia volumétrica, donde todo el tiempo se domina, y también el futuro, porque se está fuera y por encima de vuestro tiempo; donde la concepción es visión global instantánea de cuanto vosotros concebís sucesivamente; donde yo tengo por visión directa la síntesis que os comunico ahora. De estos planos más elevados las revelaciones descienden, comunicadas a vosotros, mediante sintonización de ondas psíquicas, por seres de otras esferas, conciencias inmateriales, no perceptibles para vuestros sentidos, inindividuables con respecto a vuestra razón.

Así se suceden las tres dimensiones de β, α, $+x$. Como γ materia os ha dado el espacio, tenemos:

1ero)*El tiempo*, esto es, ritmo, onda, unidad de medida y dimensión de β = *energía*.
2ndo)*La conciencia*, es a saber, percepción externa, razón, análisis, finito, relativo, dimensión de α, *la fase vida que culmina en el psiquismo humano*.
3ero)*La superconciencia*, vale decir percepción interna, intuición, síntesis, infinito, absoluto, dimensión de $+x$, *la fase suprahumana*[(1)].

Así se suceden por trinidades sucesivas y contiguas las dimensiones sucesivas, sobre la escala progresiva de la evolución, desde el punto a la línea, a la superficie, al

[(1)] Un estudio más detallado y profundo de esta fase, ha sido continuado por el mismo autor experimentalmente en su vol. *"La Ascensión Mística"*. Ed. Ulrico Hoepli, Milán y Ed. Lake, Sậo Pablo. (N. del A.)

volumen, al tiempo, a la conciencia, a la superconciencia, en continua dilatación de principio. Todo evoluciona y, con los universos también sus dimensiones. Ahora podéis comprender cómo la apertura de una espiral mayor, determinada por la apertura de una menor (ver el diagrama de la Figura 5) no se produce en sentido espacial, porque la dimensión cambia a cada apertura de ciclo, sino en el sentido de la evolución, que es -como decíamos- la dimensión del infinito. El infinito + y el infinito - ($+\infty$ y $-\infty$) que en el diagrama se dan con expresión espacial, tienen así, en la realidad muy distinto valor. Las dimensiones aparecen y desaparecen al progresar. De modo que morirá *con la materia el espacio, con la energía el tiempo, con la conciencia la relatividad*, y la Substancia resurgirá en formas y dimensiones más altas, asumiendo siempre nuevas direcciones. Como toda dimensión es relativa y se halla en evolución, es segunda de una precedente, primera frente a la que le sigue, y tenéis constantemente una pequeña escala más alta que ascender, una fase superior que aguarda. En todo salto hacia adelante se conquista el dominio de la propia dimensión, que antes no era accesible de otra manera que sucesivamente; el campo de acción y de visión se dilata, desde lo alto se domina lo bajo. Tornamos a encontrar otra vez el principio de la trinidad por doquiera; en las tres fases de vuestro universo: *materia* (γ), *energía* (β), *espíritu* (α); en sus tres aspectos: *estático*, *dinámico*, *conceptual* (o mecánico); en los dos sistemas de dimensiones observados: *línea*, *superficie*, *volumen* (espacio) y *tiempo*, *conciencia* (relativo), *superconciencia* (absoluto).

XXXVIII

GÉNESIS DE LA GRAVITACIÓN

El desarrollo de tales conceptos nos abre las puertas para el estudio de otro problema que nos espera, el de la fase β, la energía. Señalemos sus primeras formas, para analizar posteriormente las que se derivan de ellas por evolución.

Así como el hidrógeno representa el tipo de protozoo monocelular de la química inorgánica, y el carbono lo es por su parte con respecto a la química orgánica, así la *gravitación* constituye la *protofuerza* típica del universo dinámico. Cuando γ llegó por primera vez, en la última fase radioactiva de su maduración evolutiva, a la génesis de

β (véase la entrada en β de la creación b, Figura 2), el universo a medida que se desintegraba como materia fue inundado de energía radiante que, después, al involucionar (véase el descenso de la quebrada de β hasta γ, en la creación b, Figura 2), se condensó por corrientes dinámicas centrípetas en el núcleo de la nebulosa espiraloidal (el cual por el hecho de que representa la máxima concentración dinámica es, precisamente, el más cálido), de donde nació después el torbellino de la Vía Láctea (ver Figura 2, creación c, ascenso de γ a β). En tanto la materia torna a recorrer su ciclo de maduración evolutiva, se halla toda vibrante de esta energía en período de difusión. Y cuando la materia se haga de nuevo vieja, la energía que renace de ella más madura no tenderá a reenvolverse en nuevo núcleo-materia, sino que ascenderá hacia α, tomando los caminos de la vida y de la conciencia. La razón por la cual la vida ha aparecido en vuestro planeta y sobre los del sistema solar reside, precisamente, en el hecho de que vuestro sistema es viejo, como vimos. Aquí la materia se encuentra en su última madurez, está muriendo por disgregación radioactiva, y la energía se ha canalizado decididamente sobre la fase superior α.

La primera génesis de β, la gravitación, aparece, por consiguiente, como la forma originaria de energía, una matriz de la que nacerán, como hijas, todas las otras formas, mediante distinción y diferenciación, en el proceso evolutivo. Precisemos más. Entiendo por gravitación no ya la pequeña gravitación de Newton, caso particular en vuestro planeta, sino una gravitación en sentido más vasto, resultante del equilibrio de las fuerzas inversas de atracción y repulsión, opuestas y complementarias (ley de dualidad que ahora veremos); una gravitación que es hija directa del movimiento, esto es, *energía gravitativa, hija de la energía cinética*. He aquí como ocurre la transformación. El movimiento, primer producto de la evolución físico-dinámica, constituye una fuerza centrífuga y tiende, por lo mismo, a la difusión, a la expansión, a la disgregación de la materia. Expansión en todas las dimensiones es, en efecto, la dirección de la evolución. Pero de inmediato tal dirección se invierte, debido a la ley de equilibrio, en dirección centrípeta, contraimpulso involutivo, y las fuerzas de expansión se complementan en las de atracción. Así, la primera explosión cinética encuentra enseguida su ritmo, el principio de la Ley reordena rápidamente el desorden, no bien éste se manifiesta, en un nuevo orden, el movimiento se equilibra en una pareja de fuerzas antagónicas. De esta manera la gravitación se os aparece como energía cinética de la materia y, como primera en el nacimiento, le es tan inherente y tan estrechamente conectada, que no resulta factible aislarla. Así la materia atrae a la materia. Y el universo, determinado por masas lanzadas en todas direcciones y divididas por inmensos espacios, se encuentra siempre "ligado" todo en unidad indisoluble, es

tenido sujeto y asimismo movido a un tiempo por esta fuerza que constituye su circulación y su respirar físico. Al aparecer, pues, la forma protodinámica, por primera vez el universo se mueve, se generan los movimientos siderales, la gravitación inicia su guía (la Ley omnipotente disciplina de manera instantánea toda manifestación suya) a lo largo del binomio atracción-repulsión, que son el binomio (+ y -, positivo y negativo) constitutivo de toda fuerza como de toda manifestación del ser. La Substancia adquiere en la nueva fase la forma de conciencia lineal del devenir fenoménico, la primera dimensión del sistema trino sucesivo al espacial. Nace el tiempo. La protoforma de β se propaga. Con el movimiento nacen la dirección, la corriente, la vibración, el ritmo, la onda. Nace el tiempo que mide la velocidad de transmisión. El universo ha sido invadido todo él por una palpitación nueva de devenir más intenso, más rápido. Y cuando, recondensada por concentración de las corrientes dinámicas, inicia de nuevo la materia su ciclo ascensional, es tomada toda en un torbellino dinámico que la guía y la plasma en la génesis estelar, en una evolución diversa y superior a la maduración estequiogenética íntima precedente, una maduración de la que nacerán no ya sólo miríadas de nuevas criaturas más ágiles y activas -como son la electricidad, luz, calor, sonido y a este tenor toda la serie de las individuaciones dinámicas- sino que ellas se destilarán al final en la creación superior de la vida. La individualidad de estos nuevos *"seres radiantes"*, tan rápidos y dinámicos, frente a las individuaciones de γ, se define por ritmo, por onda; la unidad de medida de las formas de β es la velocidad de vibración en la dimensión de esta fase, el tiempo.

Hemos llegado a las primeras afirmaciones, nuevas en vuestro mundo científico. La gravitación constituye más exactamente energía gravídica, representa la protoforma del universo dinámico. Por ser energía, es *radiante, se transmite por ondas*. Posee una velocidad propia de propagación superior a la de las ondas electromagnéticas y de la luz (300.000 Kms. por segundo) y que es máxima en el sistema. Aquí se completan los conceptos de la teoría de Einstein. *La gravitación es relativa a la velocidad de traslación de los cuerpos*. La masa varía y aumenta con el crecer de la velocidad, de la cual es función (demostrable experimentalmente). El peso aumenta por nuevas transmisiones de energía, y viceversa. El concepto de transmisión instantánea cae, con respecto a todas las fuerzas. La gravitación emplea tiempo, aunque sea mínimo, en transmitirse; ella tiene, como todas las formas dinámicas, *una longitud típica propia de onda;* ella -lo hemos dicho- se compone, como toda unidad, de dos mitades inversas y complementarias, atracción y repulsión, y se mueve entre esos dos extremos, positivo y negativo. La ley descubierta por Newton sobre los trabajos de Kepler, llamada ley de atracción o gravitación universal, expresa que "la materia atrae a la materia en razón

directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias". Pero con eso la mecánica newtoniana no ha podido explicar nada de la arquitectura de los mundos. Tal enunciado no es más que la comprobación del hecho de que la atracción decrece en razón del cuadrado de la distancia; indica el *principio que mide la difusión de la energía gravídica*, el cual no constituye sino un aspecto del *principio que regula la difusión de toda forma de energía* y que os demuestra su común origen, el *principio de la onda y de su transmisión esférica.* Las radiaciones conservan todas las características fundamentales de energía cinética de las que nacieron, y esta comunidad de origen establece entre ellas dicha afinidad de parentesco. Otra prueba del parentesco de las formas dinámicas reside en la cualidad de la luz, próxima derivación, por evolución, de la energía gravídica. En esta forma de energía radiante luminosa encontráis otra vez, en parte, las características de la forma originaria de energía radiante gravídica. Einstein afirmó en base al cálculo lo que las observaciones hechas durante los eclipses solares os han confirmado luego, a saber, que los rayos luminosos estelares sufren, en las proximidades del sol, una desviación, porque son atraídos por él cuando le pasan cerca. Se podría decir que la *luz pesa; esto es, que la luz sufre la influencia de los impulsos atractivos y repulsivos del orden gravídico; existe una presión de las radiaciones luminosas*. Os diré más: *todas las radiaciones ejercen, al propagarse, una presión de naturaleza gravídica, presentan fenómenos de atracción y repulsión, en relación directa a su proximidad genética*, en la sucesión evolutiva, *con su protoforma dinámica, la gravitación*. Encaminad las investigaciones en tal sentido, analizad mediante el cálculo estos principios y la ciencia ha de llegar a descubrimientos que la revolucionarán[(1)].

Resumiendo, tenemos: fase γ en su desarrollo estequiogenético, desde H a los cuerpos radioactivos. Después, ingreso en la fase β, por graduaciones desde la materia vieja y radioactiva a la *energía cinética*, que se *individualiza pronto por ondas, en la protoforma de energía gravídica*. De ésta nacen y se desarrollan todas las otras formas dinámicas -como veremos- en una distinción continua (por vibración, ritmo, onda), en una ascensión evolutiva que ha de culminar en la vida.

---

(1) Ver último capítulo del Apéndice de la nueva 2da edición (Ergo, Roma) del volumen: *"Las Nóures"*, sobre el *"Caso Gran Síntesis y la nueva teoría de Einstein"*. Muchos diarios y revistas de Europa y América han confirmado en el principio de 1.950 que el descubrimiento entonces anunciado por Einstein con su *teoría generalizada de la gravitación y teoría del campo unificado,* había sido ya anunciado 18 años antes, por vía filosófica, y no matemática, en estas páginas. (N. del T.)

Sin embargo, antes de entrar en este nuevo campo, es menester que echemos una última ojeada al aspecto conceptual o mecánico del universo, escrutando más de cerca el contenido de la Gran Ley, en sus principales *aspectos menores*.

XXXIX

PRINCIPIO DE TRINIDAD Y DE DUALIDAD

Hemos expresado y descrito mucho acerca de la Gran Ley, y nos hallamos todavía en la superficie. Hay en la Ley una profundidad infinita, en que la mente desciende y vuelve luego a encontrar aspectos íntimos y particulares. La Ley tiene tantos volúmenes, tantos capítulos, tantos artículos, tantas palabras, tantas letras; se subdivide hasta el infinito en aquel particular que os afecta porque está más próximo a vosotros, en ese mundo de efectos en que laboriosamente buscáis los principios cada vez más altos de la síntesis. En el ensayo precedente hemos contemplado la Ley en la grandiosidad de su conjunto. Intentemos ahora aproximarnos a alguno de sus *aspectos de detalle*, y observar más de cerca alguno de sus capítulos.

En su universalidad, el principio del Todo es *organismo* en su aspecto estático, *evolución* en su aspecto dinámico (del devenir), y *monismo* en su aspecto conceptual. De modo que el universo podría definirse como una unidad orgánica en evolución. Tal principio unitario orgánico evolutivo constituye la nota fundamental del monismo: *el orden*. Éste representa la característica dominante de la Ley. Esta *unidad* de principio se distingue en un infinito detalle de principios; es, en un primer momento, *trinidad y dualidad*.

Ya vimos cómo uno de los principios básicos de la Ley según la cual las individuaciones se reagrupan en unidades colectivas, es el de la *"trinidad"* de la Substancia. Ello responde a un principio de *"equilibrio"* superior ("*orden*"), es un sistema más completo en que el ser, diferenciado por evolución y distinto de los afines, se reorganiza reencontrando la unidad. Hemos visto dicho principio por doquiera, y ya muchas veces hemos debido notar su presencia. Trina es la Divinidad en su Ley,

trifásica la creación de todo universo, triple su aspecto, tridimensionales son: el espacio, el sistema-conciencia y los otros sistemas dimensionales que anteceden y siguen. Trino es el hombre en sus principios, (vale decir, un cuerpo físico, un dinamismo que lo mueve y una inteligencia que dirige y regula tal movimiento); un microcosmo hecho a imagen y semejanza de Dios. El universo se individualiza por unidad trina. En la serie de las unidades colectivas, en el proceso de recomposición unitaria con que el Todo compensa y equilibra el proceso separatista de diferenciación evolutiva, el primer verdadero múltiplo de 1 es 3; en tanto que, como veremos, el submúltiplo de 1 reside en el 2, en el sentido de que, como el uno es trino, constituye a un tiempo una doble mitad. La humanidad ha sentido por intuición este principio de la trinidad, las revelaciones se lo han transmitido, y volveis a encontrarlo no sólo en los fenómenos, sino además por doquiera en el pensamiento humano, en sus religiones, tanto como impreso en su alma. Tornáis a hallarlo en la trinidad egipcia de Osiris, Isis y Horus; en la trinidad hindú de Brahma, Avidya y Mahat; en la trinidad cristiana de Padre, Hijo y Espíritu. También lo encontráis en la conciencia religiosa de los tres estados del alma: infierno, purgatorio y paraíso, tan perfectamente descrita, en su equilibrio, en la visión dantesca. Observáis cómo los conceptos de ésta mi revelación no son nuevos en el mundo y coinciden con los de las revelaciones precedentes, que aquí se complementan y amplifican. Solamente expongo a vuestra madurez intelectual, con evidente demostración y exactitud científica, aquello que no podía ser dicho a mentes primitivas sino bajo la forma de imágenes y bajo el velo del misterio. Os doy así la perfecta fusión de fe y ciencia, de intuición y razón. Con la ciencia demuestro y convalido el misterio, explico la afirmación desnuda de las revelaciones, os impongo, con el conocimiento, el deber de una vida más alta. Realizo la fusión entre las dos mitades del pensamiento humano, hasta ahora divididas y enemigas, entre el Oriente sintético, simbólico y soñador, y el Occidente analítico y realista. Yo continúo vuestra ciencia del último siglo, no ya oponiéndola sino completándola en el espiritualismo. Supero, sin destruirla, esa ciencia que, por haberse dirigido exclusivamente a la materia, no podía significar más que visión unilateral de aquel pequeño campo, ignorante y negadora de todo el resto. No la combato, más bien la defino como fase superada, aún cuando sea necesaria para llegar al momento actual, en que urge avanzar hacia las más hondas realidades del espíritu. Yo afirmo, como complemento y continuación de la precedente, abandonando los tristes y locos antagonismos de un tiempo, una nueva ciencia que, de acuerdo con todas las creencias y todas las religiones, os lleve inmensamente más adelante.

Junto al principio de la trinidad existe otro, al que aludimos al ilustrar el concepto monista del universo, y al estudiar luego la génesis y constitución de las formas dinámicas: es dado por *"la ley de dualidad"*. Ésta se refiere no al ordenamiento de la unidad en sistemas colectivos superiores, sino a su íntima composición. Por encima de la unidad está el 3, en su interior reside el 2. Esto, en el sentido de que la individuación no es nunca una unidad simple, sino que es siempre un dualismo que, en su aspecto estático, divide la unidad en dos partes, del ser y no-ser, en dos mitades inversas y complementarias, contrarias y, sin embargo, recíprocas, antagónicas y, no obstante, necesarias; en su aspecto dinámico, hay un contraste entre dos impulsos opuestos, que se mueven y se balancean en un equilibrio inestable, que se desplaza de continuo y, sin cesar, se renueva; es un ciclo formado de dos semiciclos que se persiguen y completan, es una pulsación íntima conforme a la cual la evolución avanza. Este dualismo es el binario que guía y margina el movimiento y sobre el cual progresa la gran marcha del transformismo evolutivo, tanto que es concebible bajo este aspecto una cosmogonía dualista. El monismo es dualista en su devenir íntimo. Éste constituye su ritmo interior; éstos, los dos bordes en el camino a lo largo del cual avanza el fenómeno, no rectilíneo sino siempre oscilando sobre sí mismo. Doble es el respiro de todo fenómeno, fase de inspiración y de espiración; doble también su pulsación: centrífuga y centrípeta; doble su movimiento de avance y retroceso. La evolución se encuentra hecha de esta oscilación íntima, y por la fuerza de tal oscilación progresa. El devenir lo determina dicho contraste íntimo, el movimiento ascensional es la resultante de este juego de impulsos y contra-impulsos entre las dos márgenes inviolables, de donde el movimiento vuelve siempre sobre sí mismo; el fenómeno avanza mediante el apuntalamiento mutuo de estas dos fuerzas-mitad, que lo determinan. El movimiento genético de la evolución es dado por esta íntima vibración, que cambia el ser de forma en forma.

Dicha ley de dualidad volveis a encontrarla por doquier[(1)]. Toda unidad es dúplice y se mueve entre dos extremos, que son sus dos polos. El signo + y - está por doquiera, y el binomio reconstruye la unidad, que se os aparece así siempre como una pareja: día-noche, trabajo-descanso, blanco-negro, alto-bajo, derecha-izquierda, delante-detrás, al derecho-al revés, externo-interno, activo-pasivo, bello-feo, bueno-malo, grande-pequeño, Norte-Sur, macho-hembra, acción-reacción, atracción-repulsión,

---

[(1)] Aquí el texto se limita a la constatación del fenómeno. Esto es nuevamente estudiado al final del volumen: *"La Nueva Civilización del III Milenio"*, y se muestran sus causas determinantes y su solución final en el volumen: *"Dios y Universo"*, del mismo autor. (N. del T.)

condensación-rarefacción, creación-destrucción, causa-efecto, libertad-esclavitud, riqueza-pobreza, salud-enfermedad, amor-odio, paz-guerra, ciencia-ignorancia, alegría-dolor, paraíso-infierno, bien-mal, luz-tinieblas, verdad-error, análisis-síntesis, espíritu-materia, vida-muerte, absoluto-relativo, principio-fin. Todo adjetivo, toda cosa, tiene su contrario; todo modo de ser oscila entre dos cualidades opuestas. Toda unidad constituye un equilibrio entre estos dos extremos y se equilibra en este su principio íntimo de contradicción. Los extremos se tocan y se reúnen. Las diversas condiciones en que el principio del dualismo se realiza han dado lugar a la totalidad de las formas y combinaciones posibles, pero se equivalen como principio único. La unidad es una pareja; el universo es monismo en su conjunto, dualismo en el detalle, una dualidad que contiene el principio de contradicción y de fusión al mismo tiempo, que divide y reúne y otorga a toda forma del ser una estructura simétrica (principio de simetría) y al desarrollo de todo fenómeno una perfecta correspondencia de fuerzas equilibradas. También el dualismo responde a un principio de "*equilibrio*", que es momento del principio de "*orden*", fundamental en la Ley. Lo que define la unidad en su estructura íntima, es esta armazón interior suya; lo que garantiza la estabilidad del devenir fenoménico y torna inviolable su trayectoria no es tan sólo el principio de inercia, sino además este desarrollo de fuerzas antitéticas que, a despecho de ello, atraen y mantienen unido y compacto aquel devenir. Se trata de un ir y venir, pero en campo cerrado, donde los límites no pueden ser superados. Si el movimiento no fuese equilibrado por este constante retorno sobre sí mismo, el universo se habría desplazado todo él en una dirección y habría perdido su equilibrio. La evolución es, diferentemente, una autoelaboración íntima, una maduración debida a un movimiento que, volviendo sobre sus pasos y encerrándose siempre sobre sí como un respiro, cambia la forma y permanece en su exterior -más allá de los límites de ésta- inmóvil; debido a un movimiento que es un ritmo que cambia el fenómeno, sin poder salir de él, invadiendo y alterando los ritmos de otros fenómenos. A tal principio de antítesis y de simetría -que divide y reúne sin tregua, reúne y divide- podríamos denominarlo monismo dualista y asimismo dualismo monista. El positivo va + y vuelve -; el negativo va - y vuelve +, en permanente inversión de signo y de valor. Combinad y multiplicad este principio con el de las unidades colectivas, y veréis que el universo está enteramente apretado en un indisoluble abrazo.

Ahora podréis comprender cómo el más complejo principio y equilibrio de la trinidad se deriva de este más simple principio y equilibrio de la dualidad. Porque la ida y la vuelta de los dos signos no es estéril; del nuevo encuentro nace el *nuevo término*, el tercero de la trinidad, el término que representa la continuación del fenómeno y que

volverá a su vez al término contrario para engendrar uno nuevo, y así sucesivamente. Aquí tornáis a hallar, en estos signos opuestos, el concepto de los ascensos y descensos de la quebrada del diagrama de la Figura 2. Positivos los primeros, negativos los segundos, representan, frente a la trayectoria mayor marcada por la raya ascensional limitada por los vértices y mínimos de las creaciones sucesivas, el ritmo interior del fenómeno. Y siempre nace un nuevo término de este ritmo, una nueva fase es cubierta en toda oscilación positivo-negativa de que se compone toda creación; la fase máxima se convierte luego en fase media, y finalmente en mínima, o sea, germen o base del fenómeno; no ya punto de llegada, más bien, punto de partida. De este modo, en el diagrama de la Figura 4, los períodos positivos de desenvolvimiento de la espiral se alternan con períodos negativos de enrollamiento; y de esta oscilación interna propia, positivo-negativa, evolutivo-involutiva, se forma y progresa la mayor espiral de la evolución del fenómeno. Así, por ejemplo, de la acción y experimento (fase positiva de actividad) a la asimilación de valores (fase negativa de pasividad), surge aquella creación de cualidad y capacidad de la que nace y se desarrolla la conciencia en el campo de la vida. De tal manera el dolor alterna con la alegría, pero es condición, como elemento de experiencia y de progreso, de una alegría cada vez más grande; así la muerte alterna con la vida como condición de desarrollo de la conciencia y, con ello, de una vida cada vez más elevada; no de otro modo las revelaciones de las religiones instruyen al hombre, pero el hombre las analiza y asimila, madurando para recibir otras cada vez más completas; así por análisis y síntesis, síntesis y análisis, progresa la ciencia. Fe y ciencia, intuición y razón, Oriente y Occidente, se completan como términos complementarios, como dos mitades del pensamiento humano. Veis, pues, que se completan siempre los conceptos precedentes con el hecho de volver sobre ellos. Veis cómo en el principio de dualidad reside el secreto y el mecanismo íntimo de las nuevas creaciones.

En él halláis *una razón más profunda de la fase de involución* que representa la disolución de los universos. Se trata de un proceso de neutralización de la fase positiva de creación, un proceso de degradación del fenómeno, una descomposición del organismo en sus centros menores. Pero no constituye destrucción, porque estas unidades menores son pronto retomadas en circulación y vueltas a organizar en nuevas unidades. El retorno involutivo, expresado por el enrollamiento de la espiral o descenso de la quebrada, representa el período de inercia -negativo- que se contrapone al período de actividad -positivo- de la creación. En la fase de inercia, el fenómeno se encierra en sí, pasivo; su dinamismo descansa, se torna más lento el esfuerzo creador, la tensión del ascenso, y el transformismo cansado vuelve a caer

sobre sí mismo. Todo fenómeno tiene su cansancio, que es el agotamiento del impulso concentrado en el germen, cansancio en que se invierte el período precedente de actividad. Se trata del necesario retorno al punto de partida: el efecto torna a conjugarse con la causa, la forma con su germen. Actividad e inercia son el doble ritmo de períodos inversos, según el cual se desarrolla el fenómeno. Así, el fenómeno oscila de la semilla al fruto, del fruto a la semilla, que constituyen los dos extremos, positivo y negativo, de su devenir. El + y el - no son otra cosa que posiciones del fenómeno. La semilla + es el estado de latencia, que lo contiene todo potencialmente; el fruto - es, en cambio, el estado de agotamiento del ciclo, la posición en que la manifestación se ha producido y el principio contenido en el germen se ha exteriorizado en la definición de la forma del ser.

Algunos han dado valor de ley máxima a esta de la dualidad, y ven en ella el principio genético de los fenómenos. Han visto, generalizando el concepto de apareamiento, en el choque de las masas siderales, el sistema "normal" de génesis estelar. No es así. Es verdad que los sistemas planetarios están constituidos por un centro positivo, el sol, en torno al cual giran los planetas de signo negativo; y que en el átomo, positivo es el núcleo alrededor del cual giran los electrones negativos; y es esta tendencia a la inversión del signo la que guía las corrientes dinámicas hacia la concentración en el núcleo de las nebulosas. Pero la ley mayor la constituye la evolución y en su interior se mueve la ley menor de la dualidad, y el *choque es sólo sistema genético excepcional y particular, al paso que el sistema tipo es la maduración evolutiva*.

La creación se os aparece de tal manera, por este principio de dualidad, como en una encrucijada y una contradicción de términos alternos, orientada, ritmada y periódica. Este principio es la base de su continuo equilibrio. Así os explicáis el distinguirse de la fuerza de gravitación en sus direcciones de atracción y repulsión, conforme a su signo, y la simpatía universal entre los contrarios y la antipatía entre los semejantes. El Todo es: mitad afirmación, mitad negación, y en tal inversión continua se renuevan siempre la acción y la creación. La energía vital del aire es bipolar: Nitrógeno - y Oxígeno +. Igualmente, en la descomposición del agua, es positivo el oxígeno, negativo el hidrógeno, y en la electrólisis la reacción representada por la ecuación $2H_20 = 0_2+2H_2$ en la fase análisis, se invierte en la ecuación $2H_2+0_2 = 2H_20$ en la fase síntesis. En sus dos mitades + y -, síntesis y análisis, el ciclo es completo. La rotación de las esferas celestes, la oscilación de la onda dinámica por sucesión de dos semiondas, todo es debido a este alternar de períodos inversos. Tal es la íntima estructura de la ley de equilibrio, por la que el mal se alterna con el bien, el dolor con la alegría, la pobreza

con la riqueza, y suben y bajan hombres y civilizaciones, condicionándose todo mutuamente. Escuchad esta íntima música del universo, observad la constante polarización que dirige al ser y lo orienta a guisa de aguja imantada; este intercambio perpetuo resuena de armonías, como universal cántico. Mirad: la materia derivada por involución de la forma dinámica originaria, alcanza a través de estados de condensación sucesiva, gaseosos, líquidos y sólidos, un máximo de concentración y de inercia en un mínimo de volumen. La energía que renace en ella va hacia un máximo de expansión y actividad; el difundirse y el moverse constituyen, en efecto, las primeras características de la energía. Así, pues, materia y energía invierten sus signos. Ved aún: las plantas descomponen el anhídrido carbónico compuesto por el animal, asimilan sus productos de desecho, y viceversa ocurre con el oxígeno. Los órganos vegetales son una inversión de los órganos animales y cumplen una respiración inversa. De este principio de equilibrio nacen las maravillosas figuras simétricas de los copos de nieve, como asimismo las de las flores de los campos; nacen las simetrías de las formas de los cristales, de las formas de vida, de los cuerpos planetarios estelares, y las de sus elipses. Por idéntica ley, es la muerte condición de renacimiento, y el nacimiento, condición de muerte, y no existe fragua más fecunda de vidas que esa muerte de cuyas ruinas nunca termina la vida de resurgir, más bella cada vez. El principio condiciona el fin, pero el fin genera el principio. He aquí el límite de lo finito, de lo relativo de que estáis hechos, obligado a girar siempre sobre sí, a nacer y morir; obligado -para existir- a seguir hasta lo infinito en un movimiento que jamás tiene reposo. El universo es una inextinguible voluntad de amar y crear, de afirmar, en lucha con un principio opuesto de inercia, formado de odio y destrucción, de negación. El primero es positivo y activo, y negativo y rebelde, el segundo. Dios y demonio constituyen los dos signos + y -, del dualismo. Es lucha pero también equilibrio, antagonismo pero creación, porque del choque y contraste nacen una creación, un amor y una afirmación cada vez más vastos. El bien se sirve del mal para progresar, comprende el mal y lo constriñe a sus fines. Reside en el bien el porvenir de la evolución, y el mal significa lo opuesto, sobre lo que se apoya para ascender. La inestabilidad de las cosas no es ya una condena sino, más bien, una escala de progreso. No huyáis, en el Nirvana, al movimiento, sino que lanzaos al remolino para que os lleve éste cada vez más alto. Cristo os ha enseñado a vencer la muerte y superar el dolor, transformándolo en instrumento de ascensión. Luchad con valor, sabed sufrir y vencer, y cada minuto os llevará más arriba, hacia Dios.

XL

ASPECTOS MENORES DE LA LEY

Por estos principios de *trinidad y dualidad* es el universo un trinomio y un binomio al mismo tiempo, los cuales, como vimos, vuelven a encontrar *unidad* en el *monismo* de sus equivalencias. El Todo constituye, a la vez: *unidad*, *dualidad*, *trinidad*.

Junto a estos aspectos principales de la Ley, existen otros menores, en los cuales la *unidad* todavía *se subdivide y se distingue*. Las caras del poliedro son infinitas y la Ley es, en verdad, inagotable. Pensad por cuál código debe ser guiado el funcionamiento de tan vasto universo, tan complejo y con tanta perfección regulado.

Vimos el *principio de las unidades colectivas*, al cual corresponde, en el aspecto dinámico el de los *ciclos múltiples*, y, en el aspecto conceptual, el de las *leyes múltiples: organismo de formas, organismo de fuerzas, organismo de leyes*. También en su aspecto conceptual constituye el universo un organismo. Y la Ley que, como vimos, se descompone en principios menores, se recompone aquí en principios mayores. *Principio de divisibilidad y de recomposición* que tornáis a hallar evidente en la posibilidad universal de análisis y síntesis, desde la química a la filosofía. *Principio de reunificación,* en que el principio de la subdivisión se equilibra.

Un principio que guía la forma en la ascensión evolutiva, opuesto al de las unidades colectivas y de recomposición, es el de la *diferenciación*, mediante el cual la evolución se verifica por paso de lo indistinto a lo distinto, de lo genérico a lo específico, a lo particular; de lo homogéneo a lo diferenciado. Tal tendencia a la multiplicación de los tipos, a la subdivisión de la unidad, encuentra su contra-impulso compensador, con el cual se reconstruye el equilibrio, en la tendencia a la reorganización y reunificación determinada por el principio de las unidades colectivas, reorganización que implica una continua progresión en complejidad. Estas leyes son fuerzas-tendencias que constituyen como un instinto, una necesidad de devenir y de ser, según aquel principio dado. Se aparean a menudo por contrarios, balanceándose así en perfecto equilibrio.

Otro principio que la ley de evolución implica es el de la *relatividad*; puesto que tan sólo lo que es relativo puede evolucionar: la evolución no es posible sino en un mundo sucesivo finito, progresivamente perfectible, como es el vuestro.

El principio del mínimo medio regula la economía de la evolución, evitando el derroche inútil de fuerzas.

El principio de causalidad garantiza el concatenamiento en el desarrollo fenoménico; derivando el efecto de la causa (antecedente y consecuente), liga en estrecha conexión los momentos sucesivos del devenir. Es esta ley la que marca el ritmo de vuestro destino.

Paralelo al principio de causalidad hallamos el de *acción y reacción*. Observad este dualismo activo-reactivo en los fenómenos sociales, que no progresan rectilíneos, sino que lo hacen por una vía tortuosa de impulsos y contraimpulsos, que os recuerda el curso de los ríos. En efecto, avanzan como una corriente oscilante entre las dos márgenes del bien y del mal; toda posición, toda conquista, toda afirmación se lleva hasta las últimas consecuencias, hasta el abuso; en total inconsciencia, no sabe el hombre detenerse más que donde la ley de reacción alza un dique. Pero también la reacción llega luego hasta el abuso, hasta donde la misma ley eleva un nuevo contradique, rechazando el impulso. El hombre, por completo ignorante y pasivo frente a la Ley, es del todo incompetente para guiarse por sí solo. ¿Creéis que son los gobiernos, los parlamentos, quienes guían a los pueblos? No. Aquéllos no constituyen sino un exponente. Y la historia -incluso en períodos de anarquía- va hacia adelante por sí misma, con sabiduría, guiada por las fuerzas ocultas que la Ley contiene. El hombre es siempre "obligado", para su salvación, a un ritmo que -no sabiendo comprenderlo- llama fatalidad. Tal es, por ejemplo, la historia de Francia desde Luis XIV hasta la Revolución, y hasta Napoleón. No se corrige el abuso con otra cosa que no sea el abuso. Decís que la riqueza significa un robo, pero sólo para robarla, sois virtuosos únicamente para perseguir a los demás en nombre de la virtud. Así tornáis a caer siempre bajo el peso de las consecuencias de vuestras acciones y jamás rompéis el ciclo de los errores. Así, de abuso en abuso, se mueve la corriente, y ningún hombre hay sin culpa, y allí donde cree dominar y vencer no es más que un autómata en el seno de la Ley, que a cada paso le dice: ¡basta! Este es el peligro que amenaza a vuestra civilización mecánica. ¡Ay de vosotros si abusáis de vuestra nueva potencia, abandonándoos a los instintos de tiempos pasados! Si, disponiendo de tales medios de destrucción, no renováis toda vuestra psicología, estáis perdidos.

A menudo, en el organismo de las leyes algunas se tocan, se completan, se continúan mutuamente. De tal manera, del principio de causalidad se pasa al de *continuidad*, por lo cual la derivación consecuente se encuentra todavía más estrechamente ligada a su causa por continuidad: "natura non facit saltus".

Contiguo es el *principio de analogía o de afinidad*, que ya hemos advertido y aplicado en la estequiogénesis, y mediante el cual, así como todos los principios se asemejan sobre el fondo común del monismo o unidad de principio universal, del mismo modo las cosas tienen caracteres en común que permiten la reagrupación en unidades colectivas. Sólo entre afines son posibles contactos, intercambios y fusión, y en este caso responde la afinidad al principio del mínimo medio. Veis un ejemplo de ello en la formación de vuestro pensamiento. *El desarrollo conceptual de menor resistencia es el que procede por conexión de ideas*. El pensamiento constituye vibración y se transmite por onda, la cual excita únicamente las vibraciones de las ondas afines. Lo que despierta una idea en vuestra conciencia o memoria es, precisamente, la presencia de la onda de la idea afín. Cuando no lográis recordar la idea se halla latente, en potencia en vuestra conciencia; es simple capacidad, aptitud para responder, como un instrumento musical que nadie toca; en ese estado, la idea se encuentra en reposo, no vibra, vosotros no la sentís, está fuera de aquel estado de vibración que llamáis conciencia. Una vibración afín, por el tipo y la longitud de onda, la despierta espontáneamente, en tanto que una idea diversa y lejana, aún cuando sea lógica y sistemáticamente vecina, no podrá nunca resucitarla.

El principio de orden general se distingue, con el principio de dualidad, convirtiéndose en *ley de simetría*, *ley de compensación*, *ley de reciprocidad*; y en el movimiento se convierte en *ritmo, por el cual el universo funciona todo por ritmos*, desde los fenómenos astronómicos, hasta los psíquicos, de los fenómenos químicos a los sociales. Rítmico es el devenir, periódico el transformismo en todos los campos y la evolución que distingue las formas es *diferenciación también de ritmos. El principio de orden es principio de equilibrio.* Veis, pues, cómo en el universo no sólo se halla todo en su puesto, sino además que espontáneamente se equilibra. Observad cómo en un mundo tan complejo existe un puesto para vuestra tarea, proporcionado a las fuerzas de que disponéis. El azar no puede producir semejantes equilibrios. Y es esta proporción (que, si no os garantiza el ocio, garantiza la vida), que si os impone un esfuerzo adecuado, os asegura lo indispensable. Y las posiciones bellas o feas que ocupáis no son eternas, pero también la duración del esfuerzo o del reposo es medida y

proporcionada. En estas leyes encontraréis la razón de tantos fenómenos que de cerca os tocan.

Otros principios, como el de la *indestructibilidad de la Substancia y del transformismo universal*, están implícitamente contenidos en la ley de evolución o constituyen una consecuencia inmediata de ella; ya hemos hablado del asunto. Como también lo están, *el principio de autoelaboración*, el principio del *desarrollo cíclico*, el principio de la *exteriorización de lo latente*, según la mecánica de la semilla y el fruto, el principio de *inercia*, que garantiza su estabilidad (el misoneísmo del fenómeno, resistencia de la trayectoria a toda desviación), el principio de *finalidad* que establece su meta.

Otros representan aspectos secundarios de la Gran Ley, y cada palabra con que la hemos descrito puede constituir un principio particular de la misma. El principio único se pulveriza en el detalle, en las condiciones de actuación más diversas, en la totalidad de las combinaciones posibles. Se podría agregar de este modo un *principio de adaptación y de elasticidad*, por medio del cual sabe el principio modelarse en infinitos matices, en el caso particular; y un *principio de difusión y de repercusión*, por el que toda vibración, así como todo cambio, encuentran un oído que escucha, un eco que repite, una respuesta que la completa. De tal manera hasta lo infinito, la serie de los principios no es otra cosa que la descripción de los momentos infinitos y aspectos del universo; tales principios surgirán espontáneamente a la luz en el seno de aquella descripción, a medida que continuemos.

El objeto de esta exposición de principios no reside solamente en describir. Posee un significado más hondo: el de *trazaros las leyes de los fenómenos*. Fijado su principio, establecido que en tantos casos responde a la realidad, no sólo se puede extender por la ley de analogía a la totalidad de los fenómenos, sino que, cuando de un fenómeno no es visible más que un trozo de su devenir, podéis completarlo, definirlo y describirlo, incluso allí donde escapa a la observación directa. Con la individuación y agrupación de los fenómenos por leyes y principios os será harto más fácil seguirlos en toda su extensión y escalar lo ignoto. Así, por ejemplo, si el principio de dualidad os dice que toda unidad es una pareja de dos partes inversas y complementarias, podéis fácilmente deducir de ello -si encontráis por doquiera ese principio- que vuestro mundo visible, sensorial, puede ser completado en su segunda mitad por un mundo inverso invisible, aun cuando escape éste a vuestros sentidos. Y si el principio de indestructibilidad de la Substancia y del transformismo universal os afirma que, si nada se crea y nada se destruye en sentido absoluto, todo se transforma en sentido relativo, ello quiere

significar que creación es condición de destrucción, y destrucción es condición de creación; que en el binomio, los dos momentos son inseparables, que ninguno de ellos puede aislarse de su inverso, que lo completa. De lo cual se derivan, con férrea concatenación lógica, estas consecuencias: que si lo que nace debe morir, lo que muere debe renacer; que es absurda -como en todas partes- una creación "*ex-novo*", incluso en la génesis de la personalidad humana, pues tal hecho destruiría todo el ritmo símil que comprobáis en los demás fenómenos; que, si todo es un ciclo de vida y muerte en la totalidad de los fenómenos, sin que confundan éstos la línea del propio devenir ni pierdan la propia individualidad, es absurdo suponer que el fenómeno máximo de vuestro mundo, el de la personalidad humana, deba constituir excepción en tal orden y confundirse y desaparecer, sólo porque se os escapa en lo invisible, o bien deba tomar una dirección que no sea la del retorno cíclico, base de la evolución. No importa si no tocáis directamente con la mano; os imponen estas conclusiones la ley de equilibrio, el principio de dualidad, el principio de indestructibilidad y transformismo, el principio de analogía, todos ellos combinados, y que podéis objetivamente controlar que existen como leyes de los fenómenos. Las otras leyes concurren y convalidan, completando el concepto. Ellas constituyen un organismo, de forma que tocar una equivale a tocarlas todas, más o menos, y a todas las encontráis conectadas, por doquiera. Así, la ley de la causalidad se manifiesta en este caso regulando los efectos de vuestras acciones y concatenándolas todas en aquella línea progresiva bien definida de transformismo, que llamáis vuestro destino. Esta ley proporciona el efecto a la causa, excluyendo posibilidades de derivación de lo que es eterno, de una cantidad temporal. Y se encuentra implicada para vosotros, en ella, la ley de continuidad, que combinada con la precedente os dice que es absurda la aparición brusca de un fenómeno, sin una larga maduración, no importa si subterránea e invisible. Un organismo de leyes tan complejo, como el que os he descrito, lleva inmediatamente al absurdo -eliminándola por imposibilidad lógica- toda violación de los principios. No hay allí puesto para el desorden, fuera del particular que como desorden aparente es condición de un orden mayor. En la gran máquina del universo nada puede escapar a los principios que regulan su perfecto funcionamiento. Claro que a vosotros -sumergidos en el mundo de los efectos, en el contacto inmediato con lo relativo y lo particular- el universo puede pareceros un nudo caótico e inextrincable. Sin embargo, veis que todo sobrevive entre tanta destrucción, que, no obstante tal cantidad de movimientos en toda dirección, y la distinción del principio único en tantos momentos diversos, el ritmo se reconstruye perfecto gracias a los *tres grandes principios de unidad, orden, equilibrio*. Os he mostrado los caminos de la síntesis, y cuanto más subáis hacia lo Alto, tanto más evidente sentiréis el monismo en el Todo y, en el proceso genético, la estructura de un

concepto, y el universo entero armonizarse en el concierto inmenso de la totalidad de las criaturas, de todas las actividades, de los principios todos. No os aisléis en vuestro pequeño yo, en aquel separatismo que os limita y aprisiona. Comprended esta unidad, arrojaos en ella, fundíos en la misma y os volveréis inmensos. Por sobre el estridor del contraste y la lucha, oiréis a un inmenso ritmo majestuoso cantar. Así como la fuerza de gravitación liga de modo indisoluble las unidades físicas que en el espacio giran, así también la unidad de concepto directivo une a todos los fenómenos en una solidaridad indisoluble, hace hermanos entre sí a todos los seres. Este universo tan inestable y, a despecho de ello, siempre equilibrado, tan diferenciado en el particular y, sin embargo, tan compacto en el conjunto, tan rígido en sus principios y, no obstante, elástico, de tal modo resistente a cualquier desviación, pero sensibilísimo, es una gran armonía y una sinfonía inmensa, donde miríadas de notas diversas, desde el rugido del trueno hasta los cataclismos estelares, del torbellino atómico al canto de la vida y del alma, armonizan en un solo himno que dice: "Dios".

XLI

INTERMEZZO

Ahora una pausa en nuestro largo camino: reposo en la áspera tensión de vuestro pensamiento, y orientación en el vasto mar del conocimiento que en perspectiva os proyecto, de forma que nuestra meta se halle presente siempre.

No digáis: "Bienaventurados aquellos que pueden vivir sin saber y sin preguntar", sino que decid: "Bienaventurados aquellos cuyo espíritu jamás se sacia de conocimiento y de bien, y que luchan y sufren por conquistas cada vez más altas". Compadeced a los satisfechos de la vida, a los inertes, sin llama; su tiempo constituye sólo ritmo de vida física y transcurre sin creaciones. Rehusan el esfuerzo de estas altas comprensiones que os ofrezco, y no hay luz en el mañana para el espíritu que se adormece.

Mi mirada torna a posarse sobre este vuestro mundo, saturado de inconsciencia y dolor, de erudición y de agnosticismo, de lucha y de locura; remolinos de pasiones,

tremendas pruebas, tormentos cubiertos de sonrisas. Grande y trágico es el cuadro de vuestros destinos, porque yo oigo el desesperado grito que surge del alma y que vosotros ocultáis, porque, en lo hondo de la risa de los que gozan, oigo el estertor de la desesperación.

¡Alma, alma, divina centella que ninguna locura vuestra podrá jamás matar, pronta a resurgir, y cada vez más bella, de todo dolor! Potencia que jamás se sacia de ser y de crear, sólo tú vives verdaderamente. Ninguna conquista del pensamiento, ninguna afirmación humana sabe extinguir jamás tu sed de infinito. Vuestra ciencia, con demasiada frecuencia pura presunción de palabras eruditas, vuestra civilización, por entero exterior y mecánica, han olvidado esto que constituye el centro de la vida, la causa primera de los fenómenos que os son más próximos e intrínsecos. El alma tiene sus necesidades y sus derechos; no se puede matar, no se puede aturdir para hacerla callar. ¿No escucháis, acaso, su desesperado grito, que entre vuestros asuntos individuales y sociales se eleva? Su vida abandonada pesa sobre vuestro destino y lo trastoca. Vuestra alma sufre y no sabéis siquiera tornar a encontrarla; ciertos abismos os espantan y las aguas se cierran tranquilas, con aparente sonrisa, sobre el tremendo báratro. ¿Qué habrá allá abajo, en el misterio de las causas profundas que quisierais ignorar y alejar de la conciencia? Algo palpita y tiembla en la tiniebla profunda. Toda alma esconde en sí secreta sombra adonde no se atreve a mirar, pero que jamás sabrá cómo ocultarla ante sí misma; una sombra siempre pronta a resurgir, no bien una hora de paz disminuye la tensión de la carrera loca con que desearíais distraeros. No se sacia el alma arrullando al cuerpo con comodidades superfluas y costosas, acariciando los ojos con un centellar todo exterior. En la satisfacción de los sentidos, algo igualmente sufre en lo íntimo y agoniza en una angustia profunda. Un vacío queda dentro de vosotros, donde una voz solitaria, perdida y desconsolada, se eleva inquieta para preguntar: ¿Y después?

Entonces os hablo yo. Hablo en tono de pasión, para las almas prontas y ardientes; en tono de sabiduría, para quien esté más apto a responder a las vibraciones intelectivas. Hablo a todos, pues quiero conmoveros y uniros en una fe más alta y en una verdad más profunda. Y aquí, donde me dirijo a la mente, llamo a reunión a todos: a químicos y filósofos; a teólogos y médicos; astrónomos y matemáticos; juristas y sociólogos; economistas y pensadores; en suma, a los sabios en todo campo de lo cognoscible humano, y hablo a cada cual en su lenguaje; llamo a reunión a las mentes más selectas, las que guían el pensamiento humano, para que comprendan esta *Síntesis* y sepan,

finalmente, alcanzar en ella un pensamiento unitario, que todo lo resuelva y que lo diga todo, a la mente así como al corazón, para los supremos fines de la vida.

La presente pausa tiene por objeto deciros que en el fondo de este árido tratado científico arde una inmensa pasión de bien, y que esta pasión constituye la chispa que anima a toda esta ciencia que os expongo. Quien no sienta tal chispa, que por vías directas se comunica de alma a alma, aquel que eche sobre este escrito una ojeada simplemente curiosa o sólo ávida de saber, no quedará nutrido.

La pluma que escribe, y que mi pensamiento acucia, desearía precipitarse hacia las conclusiones. Pero la vía debe recorrerse en su totalidad; el edificio vasto es y el trabajo debe ser ejecutado completo, para que la construcción resulte sólida y pueda resistir a los golpes del tiempo y de los escépticos. A esta pausa que os concedo dejo la alegría de las anticipaciones, el presentimiento de las conclusiones y el reposo de la visión de conjunto. El tratado mismo se valoriza así, se enciende una luz más alta que la pura erudición o los fines utilitarios, se ilumina con un significado que la ciencia no muy a menudo tiene. Sólo con tal nobleza de metas y pureza de intenciones se tiene el derecho de mirar de frente a los más grandes misterios del ser; se tiene derecho de afrontar los problemas que tocan a la vida y a la muerte.

XLII

NUESTRA META - LA NUEVA LEY

El concepto científico de evolución que existe en la base de este tratado, nos elevará a la visión de una nueva ley, inmensamente más alta que la ley que os guía, que es la imperante en el mundo animal, la ley de la lucha por la vida y del triunfo del más fuerte. Frente a esa ley de la fuerza opondré la más elevada ley de la justicia. Sobre el camino de aquella evolución que en cada una de mis palabras resuena, así como se halla presente en todo fenómeno o criatura del universo, esta nueva ley constituye el peldaño sucesivo al vuestro actual, y os aguarda como inminente superación de aquella animalidad de la que estáis a punto de apartaros para siempre.

La nueva civilización del tercer milenio es inminente, y urge lanzar sus bases conceptuales[1].

Como veis, mi meta es harto más elevada que el puro conocimiento, que la solución de problemas de finalidad intelectual y, mucho menos, utilitaria. Mi palabra no constituye mera afirmación cultural; es sólo un medio. No vengo yo para desahogar sabiduría, sino para lanzar un movimiento mundial de renovación substancial de todos los principios que hoy rigen vuestra vida y vuestra psicología.

No más guerra, sino paz; basta de antagonismos y egoísmos, individuales y colectivos, destructores de trabajo y energías, pero sí, colaboración; no más odio, sino amor. Cumplid cada uno vuestro deber y la necesidad de lucha caerá por sí sola. Únicamente la rectitud produce un equlibrio estable en las construcciones humanas, en tanto que la mentira representa un desequilibrio básico, irremediable vicio de origen que todo lo destruye. Y la justicia suprimirá el esfuerzo ingente de la lucha, que pesa sobre vosotros como una condena. El Amor -que no existe en el mundo más que en oasis cerrados, aislados en el desierto del egoísmo- es menester que salga del ámbito cerrado de tales círculos e invada la totalidad de las formas de manifestación humana. Muy a menudo, donde el hombre trabaja falta este cemento que une, esta potencia de cohesión que amortigua los choques y ayuda al esfuerzo, impidiendo que tanta labor se disperse en agresividad demoledora. En un hombre superiormente consciente, los fines de la selección de lo mejor pueden ser alcanzados no ya por las vías de la lucha sin piedad, sino por las de la comprensión. Hay una nueva virilidad más potente para el hombre, la que supera la debilidad de la mentira, la maldad del egoísmo, la bajeza de la lucha agresiva.

El trastrocamiento de vuestras actuales leyes biológicas y sociales es completo; la antítesis es fundamental. La presunción de la mala fe, el sistema de la desconfianza, invaden hoy la substancia de todos vuestros actos. Este principio es derribado. El sistema de las leyes formales y exteriores dio ya todo su rendimiento. Es menester pasar al de las leyes substanciales interiores, que no funcionan por coacción y represión a posteriori, sino por convicción y prevención; que obran, no después de la acción, demasiado tarde, en el campo de las consecuencias y hechos, sino antes, en la raíz de la acción, en el campo de las causas y motivaciones. Y las leyes substanciales interiores son escritas en las almas con la educación que hace el hombre.

---

[1]) Ver el tercer volumen de la II Trilogía del mismo autor: *"La Nueva Civilización del III Milenio"*. Esta idea de *"Nueva Civilización del Tercer Milenio"* está presente en toda la obra del autor. (N. del T.)

En vuestro siglo, la lucha no es ya de cuerpos, sino de nervios e inteligencia. También la lucha evoluciona y ha alcanzado forma más espiritual. Los tiempos se encuentran maduros, por el desarrollo de los medios científicos y por el desarrollo de las inteligencias. Profetas y pensadores han sido, con frecuencia, constreñidos a no decir la verdad o a velarla frente a la turba, pronta siempre a disfrazarlo todo para reducirlo a los términos de su propia psicología e imponer ésta como norma colectiva. Pero el mundo hoy, en su racionalidad, se ha impuesto como deber la aceptación de cuanto se demostró ser lógico y racional; se ha puesto el mundo en la posición de quien puede y debe comprender. Por otra parte, los medios ofensivos han alcanzado una potencia jamás conocida en la historia, y que no puede guiarse con la psicología feroz y pueril del pasado. La humanidad está en la incertidumbre y no son posibles las fugas: o comprender, o terminar. No se trata de un problema abstracto, teórico, sino de un problema social, individual y concreto; problema de vida o muerte.

Mi meta es la comprensión de una más elevada ley de amor y colaboración, que os una a todos en un gran organismo animado por una nueva conciencia unitaria universal. No es, en el fondo, una sabiduría nueva, puesto que repito la Buena Nueva, que fue dicha, hace ya milenios, a los hombres de buena voluntad; volveré a repetirla toda, idéntica en substancia, pero más vasta, en el más amplio gesto de vuestra mente más madura, para que finalmente os sacuda, os encienda y os salve. He aquí nuestra meta, la palabra eterna, el alimento que sacia, la solución de todos los problemas, *la síntesis máxima*.

Y al Evangelio de Cristo llegaré por las vías de la ciencia, vale decir, tornaré a alcanzar el Evangelio por las mismas vías del materialismo, con el objeto de fusionar a los dos presuntos enemigos: ciencia y fe, para demostraros que no existe camino que no conduzca al Evangelio, e imponerlo así a todo ser racional, haciéndolo obligatorio, como lo es todo proceso lógico. Tal es la nueva ley suprahumana, la superación biológica que la evolución de la humanidad impone en este momento histórico, cuando se halla a punto de surgir la nueva civilización del tercer milenio. Ha llegado la hora de que estos conceptos -olvidados e incomprendidos, predicados y no vividos- estallen por su propia potencia, en el instante decisivo de la existencia del mundo, no ya en el ámbito cerrado de las religiones, sino en la vida, donde el interés lucha, sangra el dolor y la pasión trastorna.

El Evangelio no constituye un absurdo psicológico, social, científico. No es negación, más bien afirmación de humanidad, más alta en lo divino.

La simple y tremenda cosa que debe el hombre de hoy hacer, en la incertidumbre de los milenios, es presentar el alma desnuda ante Dios y examinarse a sí mismo con gran sinceridad y valor.

Y si vosotros, almas sedientas de acción exterior, de movimiento y sensación, no sabéis escuchar en el silencio la voz de las grandes cosas que hablan de Dios, y queréis explotar desde esta vida íntima del espíritu, en vuestra realidad humana exterior, y obrar, y gritar, y conquistar y vencer, también con el brazo y con la acción os diré:

"Levantaos, e id a vuestro más acerbo enemigo, a aquel que os ha traicionado y atormentado, y en nombre de Dios perdonadlo y abrazadlo; id a quien más os ha robado y dispensadle la deuda y dadle, además, cuanto poseéis; id al que más os ha injuriado y decidle, en nombre de Dios: "Te amo como a mí mismo, porque eres mi hermano".

Vosotros me decís: "Eso es absurdo, es demente y ruinoso; imposible, sobre la Tierra, tal deposición de armas".

Y yo os digo: "Seréis los *hombres nuevos*, sólo si empleáis *métodos nuevos*". De otro modo, "*nunca*" saldréis del ciclo de las viejas condenas, que eternamente castigarán a la sociedad por sus culpas. Por la misma razón por la que hubo una víctima en la Cruz, la humanidad debe saber hoy ofrecerse a sí misma por esta su nueva, profunda y definitiva redención. Y sin holocausto no habrá jamás redención. Allí donde un mundo loco se arma, con perspectivas cada vez más desastrosas, contra sí mismo, con medios en lo sucesivo tan tremendos, vistos los actuales progresos científicos, una conflagración no dejará hombres ni civilizaciones a salvo sobre la Tierra; donde el hombre obra así, no resta sino una defensa extrema: el abandono de todas las armas. Ya veremos cómo.

Vosotros me decís: "Nosotros tenemos el deber de la vida".

Y yo os digo: Cuando, con alma pura decís: *En nombre de Dios*, entonces tiembla la Tierra, porque las fuerzas del universo se mueven. Cuando sois en verdad justos, y siendo vosotros inocentes, el violento hiere, usurpando la victoria de un momento, se precipita entonces a vuestros pies el infinito, para gritaros victoria y elevaros en alto, en la eternidad, como a triunfadores, fuera del ínfimo instante en que el enemigo ha vencido.

He aquí lo que pido al alma del mundo. Su alma colectiva, una y libre, como sólo un alma puede elegir, y de su elección dependerá el porvenir. Un incendio debe arder, tal, que disuelva todo el hielo de odio y egoísmo que os divide, que os lleva a la indigencia y os atormenta. El mundo, de un hemisferio a otro, me escucha, y mi voz llama a reunir a todos los hombres de buena voluntad. El nuevo reino, es el esperado Reino de Dios, vale significar, una inmensa construcción que ha de llegar, en el *corazón de los hombres* antes que en las formas humanas; creación principalmente interior, que se opera tornándoos mejores. Si no comprendéis, la marcha del progreso del mundo se detendrá por milenios.

He querido efectuar en medio del camino esta pausa, este cambio de argumento y de estilo; tras el frío análisis científico, este estallido de pasión, para que yo sea comprendido y "*sentido*" por todos. He querido esta pausa para que este tratado, complejo para los simples y superfluo para los puros de espíritu que han comprendido ya, recuerde a la ciencia que no ha nacido sólo para dar soberbia muestra de sí, sino que le cabe, más bien, la responsabilidad moral de la guía de las conciencias; para que recuerde a la ciencia que es tocada por mí y superada por un fin harto más elevado que el del conocimiento o el de la utilidad que la mueve. Un fin que la ciencia ha ignorado con excesiva frecuencia: la ascensión del hombre hacia más altos destinos.

XLIII

LAS NUEVAS VÍAS DE LA CIENCIA

Claro que resulta un lenguaje muy extraño en vuestro tiempo, según vuestra actual psicología, para vosotros, hombres de razón y de ciencia, éste que unifica la totalidad de los problemas -los del saber y los de la bondad- y pone juntos y fusiona ciencia y Evangelio, más allá de vuestras distinciones, en una misma Síntesis. Pero todos vuestros sistemas racionales y científicos son hijos de vuestra psicología de hoy, y la cual no es la de ayer ni la de mañana; vuestros métodos y puntos fijos conceptuales pasarán, como pasaron otros, y todo será superado. El tiempo os cambia, hijos del tiempo, y os impulsa cada vez más hacia lo Alto. Así como las formas de lucha evolucionan y evolucionan también las formas del dolor, de esa manera evolucionan

el pensamiento y sus formas, pues que continua es la creación y el dinamismo divino está siempre presente.
Y a aquellos que, en el campo de toda religión, escrutan para hallar aquí el error y condenar, les digo yo que pongan con sinceridad su alma ante Dios y escuchen la íntima voz que dice: esta palabra es verdadera. ¿Dónde está, os pregunto, dónde está sobre la Tierra la fuerza que verdaderamente os conmueva y os arranque del continuo cálculo de todos los intereses humanos? Y ¿quién hace, sobre la Tierra, un esfuerzo enérgico, heroico y decisivo para la salvación de los valores morales?

Y a la ciencia que aguza el oído al escuchar resueltos, con su misma palabra, problemas tan inusitados para ella, le digo: ha llegado la hora de cambiar de camino. Porque es vano, es locura acumular millones de hechos sin jamás concluir. Urge la síntesis y la ciencia calla; mira sus columnas de hechos, columnas de un templo inmenso lleno de silencio, y calla. Le ata sus alas al suelo el apriorismo sensorial, que limita los caminos de la indagación, el apriorismo de la duda que, si bien tiende a la objetividad, cierra en cambio al espíritu las vías rápidas de la intuición y de la fe. Mente y corazón exigen una respuesta; y los efectos últimos que tocáis con vuestros sentidos no pueden daros otra cosa que los últimos reflejos de este incendio que invade el infinito. No se da una respuesta sólo acumulando hechos; el principio vital que anima a un árbol no se encontrará nunca observando y enumerando sus hojas, pues constituye algo íntimo, profundo, inmensamente superior y esencialmente distinto de toda apariencia sensoria. Así, en zoología y botánica anatomizáis cadáveres; y ¿qué pueden deciros ya las formas de la vida cuando las habéis matado, expulsando de ellas aquel principio substancial que las plasma y rige, que todo lo resume y determina, el único capaz de expresar el significado del fenómeno?

Si es cierto que hay en la ciencia una impotencia apriorística para concluir -y los hechos lo han demostrado-, por otra parte el interés y la ambición -que son con harta frecuencia el único y secreto móvil de todo trabajo- cierran al alma los caminos de la comprensión, alzando una barrera entre el "Yo" y el fenómeno. La actitud psicológica del observador se torna, de este modo, en fuerza negativa y destructora. ¿Cómo podéis esperar que se os abran las puertas del misterio si vosotros mismos os atrincheráis allí, en posición de desconfianza, si partís de la negación, si es así contaminada la primera vibración originaria, según la cual toman dirección todas las formas de vuestro pensamiento? Habéis de comprender que la duda, el agnosticismo, constituyen una actitud psicológica negativa, disgregadora del fenómeno, y que es, precisamente, esta posición la que os cierra los caminos que conducen a su comprensión. Los fenómenos

más sutiles y elevados se desvanecen así de manera automática al acercaros vosotros a ellos, por lo que el ingreso de la ciencia en los más altos campos le está vedado. Es necesario la presencia de un factor que la ciencia ignora a propósito: el factor espiritual y moral. Él constituye la condición fundamental de sintonización y potencia de vuestra psiquis, que es el instrumento de investigación. El porvenir de la ciencia reside en el mundo más sutil de lo imponderable. Y si no lleváis vosotros a la investigación científica aquel estado de ánimo que nace sólo de una grande, pura y desinteresada pasión, no avanzaréis un paso. Tal actitud de vuestro "yo" es fundamental, porque es ley que, donde faltan sinceridad de entendimiento e impulso de fe, las puertas del conocimiento se cierran. El misterio tiene sus defensas y sus resistencias, y sólo un estado de vibración intensa puede tener la fuerza para superarlas. La verdad no responde sino al llamado desesperado de una gran alma que invoca la luz para el bien. Para quien mira ávido y curioso, su mirada se embota, y las puertas del conocimiento permanecen cerradas. La Ley, más sabia que vosotros, no admite en el templo a los inexpertos e inmaduros; el conocimiento, arma potentísima, no se concede sino a quien sabe hacer buen uso de él. En la Ley, ningún desorden es lícito y los inferiores no son admitidos para llevar confusión con su inconsciencia más allá de su campo. Es ley que todo progreso sea merecido, vale decir, que a cada conquista responda un valor substancial. La verdadera ciencia no constituye un hecho exterior, donable a todos, accesible para toda inteligencia, sino que es la última fase de una íntima y profunda maduración del ser. En la conquista del conocimiento, como en todas las maduraciones biológicas, no hay posibilidad de acortamientos, sino que es menester desarrollar la trayectoria entera del fenómeno. Debéis admitir que el universo existe perfecto y tal funciona desde hace tiempo, independientemente de vuestro conocimiento, que nada crea y nada desplaza a no ser vuestra posición.

Por otra parte, no podéis, ciertamente, presumir que el presente de vuestra ciencia contenga la totalidad del saber posible. La experiencia del pasado os enseña que todo puede cambiar por completo, con resultados inesperados, en cualquier momento. Y por experiencia sabéis que las revoluciones en el campo del saber son normales en ciertos instantes. ¿Y no es lógico y conforme con vuestras teorías materialistas evolucionistas que la naturaleza, llegada a una maduración nueva, lance, toda extendida hacia el futuro -anticipo de las formas evolutivas en espera y en embrión-, un tipo de hombre nuevo, que pueda concebirlo todo de manera distinta? ¿No es lógicamente posible que toda la técnica mental humana pueda así cambiar, tornando normal la excepción de hoy, esto es, la intuición del genio, la inspiración del artista, la superhumanidad del santo? Las fases evolutivas próximas a vosotros tocan, después de la orgánica, la fase

psíquica. Como veis, las nuevas concepciones de esta *Síntesis*, incluso para la mentalidad de los escépticos, de los materialistas, se presentan con todos los caracteres de la racionalidad y deberán ser reconocidas como aceptables, al menos como hipótesis de trabajo. Y esto, también, en las últimas conclusiones de que os he hablado. No sólo no se contradicen aquí los principios y postulados demostrados por los hechos y aceptados por la ciencia, sino que son fusionados orgánicamente en una unidad universal. La ciencia se combate aquí, y es corregida y elevada, con sus mismos métodos, con su propio lenguaje. El escéptico halla en el tratado, no meramente los caracteres de la posibilidad, sino los de la más grande logicidad. La razón queda saciada en el seno de este organismo, que armónicamente, da razón de todo. Esta *Síntesis* puede elevarse a teoría, por cuanto constituye el único sistema que de *todos* los fenómenos, hasta de los experimentalmente incontrolables para vosotros, da una explicación completa y profunda. No importa si lo que os digo no se ajusta a vuestras categorías mentales, si no responde a aquel encasillamiento de conceptos que es hábito de vuestra forma psíquica. La limitación de vuestra razón y la ceguera de vuestros sentidos os llevan, naturalmente, a negar cuanto escapa a ellos; pero no importa. Son formas relativas, que ya superaréis. Frente a la inmensa verdad, más que medios, constituyen una prisión que os encierra y os limita. Pero pronto se liberará vuestro ser y la ciencia, lo quiera o no, ha de superar su actual posición.

XLIV

SUPERACIONES BIOLÓGICAS

Todo esto no es simple afirmación. Mientras con lentitud construyo en vuestras mentes este edificio conceptual y gradualmente lo dicto al mundo, para que responda él con una comprensión gradual, en la atmósfera de las fuerzas -imperceptibles para vosotros- del planeta, maduran las causas de sucesos decisivos y tremendos, se determinan movimientos, canalizándose corrientes dinámicas, y se acentúan atracciones y repulsiones, de las que luego se exteriorizarán los fenómenos, desde los trastornos físicos a los morales, de la muerte a la vida de pueblos y civilizaciones. También exteriormente, para la vista del historiador y del pensador, el mundo se presenta maduro para renovamientos profundos. Sin embargo son pocas las mentes, entre

aquellas que dirigen el mundo en los campos más diversos, que tengan el presentimiento de la inminencia de los tiempos nuevos. La ciencia, más aplastada que apoyada por la inmensa mole de material de observación acumulado, permanece siempre en espera de síntesis, perdida en el infinito dédalo del análisis. Las religiones se adormecen en la indiferencia. El mundo es nave que marcha sin piloto, carente de un principio unificador que lo guíe; las fuerzas constructivas se pulverizan en un detalle de intereses particulares y de pequeños juegos egoístas y, en lugar de coordinarse en un esfuerzo orgánico, se suprimen y se anulan. La psicología corriente contiene el germen de la disgregación. El alma humana, entre una ciencia utilitaria de comodidad y una religión de conveniencia, se arrastra a ras de tierra, en una atmósfera de apatía, perdida, sin meta. El presunto dinamismo de vuestro tiempo no constituye más que una carrera loca, por entero exterior. ¿Adónde corréis, si ignoráis las más altas metas de la vida? Y ¿para qué sirve el correr y llegar, si el hombre se despedaza a sí mismo en el hermano y hace por eso a menudo, de la bendita tierra de Dios, un infierno ridículo y macabro? O ¿corréis sólo para aturdiros, para no sentiros, para huir de la voz de vuestra alma, sin paz porque carece de meta? ¿No es ésta, más bien, la fuga del silencio y de la soledad, en que el alma habla y plantea las grandes preguntas? Es miedo, miedo de quedar con vosotros mismos, de interrogaros, de sentiros solos ante los últimos problemas que nadie sabe resolver y que también plantea el alma; miedo de los grandes problemas del silencio donde se oyen gritar las culpas; miedo a lo profundo donde residen el deber, la verdad y Dios. Al sonido de esta voz solemne preferís la parálisis psicológica y el tormento de la agonía del alma. Y renováis a cada momento la fatiga de arrojaros al mundo en busca de lo infinito, fuera de vosotros, en tanto que él está ahí, dentro de vosotros. Habéis perdido la simplicidad de los grandes pensamientos, que dan reposo, y aquel infinito que se encuentra lleno de ellos, saturado para vosotros de un alimento substancial, se os presenta así como abismo profundamente tenebroso, sobre el cual tembláis al asomaros. El hombre ha olvidado, en un dédalo de complicaciones, la belleza y la paz de las grandes verdades primordiales. Sin embargo las conocéis, desde hace mucho tiempo, por comunicación directa, cual es la revelación, primer método intuitivo y sintético del saber humano, padre del método deductivo. El principio único, del que se deducían las verdades menores, había descendido de lo Alto. Después, a fuerza de deducir, se alejó el hombre de tal modo de la primera fuente que negó su existencia misma, y, perdido su contacto con la fuente, la deducción no tuvo ya sentido. El hombre tornó a caer sobre la tierra, sin alas ni vista, y sobre ella abatió la frente, para que el fenómeno le hablara, le concediese la última polvareda de centellas surgidas de la luz única, con su pequeña luz, instante de la verdad infinita y eterna. Y la ciencia, ¡ay de mí!, acumuló paciente las luces mínimas, creyendo serle posible vaciar

el océano con la conchilla de la razón humana, en la creencia de poder reconstruir, sumando y combinando vagos deslumbramientos, la potencia fulgurante del sol. Y las puertas quedaron cerradas, y así permanecen todavía.

Pero la Ley de Dios rige por igual sobre las tempestades humanas, y en los grandes momentos salva por sí sola el equilibrio y hoy toma de nuevo -como en los antiguos tiempos de las primeras revelaciones- de la mano al hombre y le muestra el camino. Frente a las cosas supremas, los extremos de la historia se tocan y la intuición vuelve a abrir hoy a los humildes las puertas de la verdad. En los grandes momentos, únicamente la mano de Dios guía a todos, y ella está hoy en acción, como en el tiempo de las mayores creaciones. Felices aquellos que saben, rápidamente, por las vías de la fe, llegar a la meta. El más vasto saber es siempre pobre cosa ante el acto humilde y de fe de un alma pura. Y la ciencia racional, debatiéndose en vano para salir del círculo cerrado de su racionalidad -que si antes la construyó, ahora la limita, porque ninguna construcción puede, como efecto, superar en su mole la potencia de los medios adoptados- la ciencia racional, que en la actualidad se debate impotente a los pies de un misterio cada vez más amplio, se halla estupefacta ante una revolución completa de método y de formas de indagación y ve filtrarse -sin advertirlo siquiera, ella, que creía guiar, y es guiada por las fuerzas de la evolución espiritual del mundo, desde un "quid" que le resulta nuevo, suprarracional- un factor que se le escapa, porque supera sus métodos lógicos, ya que es más sutil y por lo mismo más potente que sus medios objetivos; la racionalidad, único dios del mundo durante un siglo, se derrumba espantada frente al estallido extraño y arrollador del alma humana, que se transmuta y que penetra por vías nuevas los fenómenos, intuyendo directamente, como realidad inmediata, el infinito.

El hombre rehará el gran descubrimiento de que un pensamiento supremo desciende de lo Alto. Y en la investigación fenoménica, la ciencia, consternada, verá entrar este imponderable y nuevo elemento, relegado antes a lo hipotético y absurdo, o sea, la bondad y la rectitud, los valores morales que constituyen la pureza y potencia del instrumento psíquico, que comunica por sintonía y afinidad. Así como en el templo la música de los sonidos, saturando el ambiente de armonías acústicas, prepara al alma para la comunión espiritual de la oración, no de otro modo la armonía de los sentimientos y conceptos, atrayendo más vastas armonías, preparará al espíritu para las más altas comprensiones. La inspiración creadora substituirá, como medio normal, a la lenta investigación racional. Y la ciencia verá su racionalidad limitada a la función de un medio menor, ya insuficiente ante los nuevos y formidables problemas que sólo la

visión directa puede afrontar y resolver. Y los componentes de la superhumanidad que va del hombre de ciencia al artista, del mártir al héroe, del genio al santo -hasta ahora incomprendidos en su función biológica de seres anclados a un más alto nivel que la normalidad mediocre- se darán la mano en el mismo trabajo, realizado bajo mil aspectos y afrontado por otros tantos lados, en la tarea de iluminar y guiar al mundo. Y el superhombre, ciudadano del tan esperado Reino de Dios, normalizará su función colectiva, dejando a la razón de los menores, de los atrasados, de los últimos en llegar en el camino evolutivo, la tarea mecánica del análisis de las grandes visiones intuitivas, para fijarlas y demostrarlas a las normalidades miopes. La maduración de esta superhumanidad será la mayor creación biológica de vuestra evolución, que representa el paso a una ley de vida superior, aquella que va de la fuerza a la justicia, de la violencia a la bondad, de la ignorancia a la conciencia, del destructor egoísmo al amor constructivo del Evangelio. Es esta la superación de la fase animal y humana, la más alta vivida en vuestro planeta, donde culmina el esfuerzo preparado durante millones de milenios, en que la evolución ascendente de la materia a la energía, a la vida, al espíritu, toca las más elevadas cimas, desde las cuales os lanzaréis al encuentro de lo infinito.

XLV

EL GÉNESIS

"En el principio, Dios creó el cielo y la tierra. ... y las tinieblas estaban encima, sobre la faz del abismo...

Y Dios dijo: Sea la luz. Y la luz se hizo. ... y separó las aguas... y a la reunión de las aguas llamó mares.

Y dijo: Que la tierra germine hierba verdeante...

Y la tierra produjo la hierba verdeante...

Después dijo Dios: Produzcan las aguas los reptiles animales y vivientes, y los pájaros sobre la tierra y por lo ancho del cielo.

Y creó Dios los grandes peces y todos los animales vivientes...

producidos por las aguas según su especie...

Y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...

Y Dios creó al hombre a su semejanza...

...formó al hombre del polvo de la tierra y le inspiró en la cara el soplo de la vida; y el hombre fue hecho alma viviente.

Tales fueron los orígenes del cielo y de la tierra..."

(Pentateuco: El Génesis, cap.I).

Así dijo la inspiración de Moisés.

En su intuición, trazaba el camino -que nosotros seguimos- de la evolución del ser, de la materia al espíritu. En el transformismo evolutivo acuciante, aparece primero la materia: la tierra. Se mueve luego la energía: la luz. En las cálidas cuencas de las aguas reunidas, la más elevada forma evolutiva dinámica se centra en la potencia todavía más alta de un nuevo Yo fenoménico y nace el primer germen de vida, en su primordial forma vegetal, que inundó luego la tierra, llegando a las formas animales, ansiosas siempre de ascender. Y el divino impulso, siempre en acción, creó al hombre del polvo de la tierra, hecho de materia (γ) elevada a la fase de conciencia (α, el soplo de la vida); y aparece el hombre, que resume en sí la obra realizada y la trinidad divina de su universo: γ, β, α.

Tales fueron los orígenes del cielo y de la tierra.

Hemos observado ya el nacimiento de la gravitación, la protofuerza típica del universo dinámico. Ahora volvemos a tomar el camino interrumpido. En su primera forma gravídica, la energía ha nacido. En la íntima estructura cinética de la materia se ha producido un cambio de ritmo y de dirección en el movimiento. La materia despertó de su larga y silenciosa maduración y revive a un nivel más alto, para disponerse a sostener la chispa de que ha de nacer la vida. En su forma dinámica, la Substancia indestructible adquiere un paso de transformismo más acelerado, el movimiento de rotación planetaria cerrado en sí mismo en lo íntimo de la materia, estalla en el ritmo ascendente de la onda que crea y multiplica los tipos dinámicos. Invade el movimiento a la inmensa máquina del universo, una nueva ley establece un equilibrio también nuevo y más complejo en su inestabilidad; el gran organismo no sólo existe sino que, además, funciona para prepararse a vivir. Y he aquí que por los inmensos espacios se desarrolla un rodar, un marchar sin límites; es invadida la materia por una nueva vibración que la lanza en elipses, espirales, torbellinos; las corrientes dinámicas se canalizan, se equilibran, precipitándose fulmíneas en todas direcciones para mover y animar todo. Apenas nacida, β se individualiza y se diferencia. γ, más allá de su íntimo remolinear estaba exteriormente inerte. β se expande en todas direcciones, vuelve a llenar y une los espacios en una red de acciones y reacciones. El funcionamiento orgánico del universo se afirma y se complica. La gravitación liga y coliga sus partes, manteniéndolo unido. El impulso centrífugo abre los torbellinos y dilata el movimiento. A la estática solemne del mutuo y ciego madurar de la materia, sucede la estática -más inestable pero igualmente perenne- de las fuerzas en equilibrio. Las tinieblas se tiñen de luces, se hincha de sonidos el silencio, el universo se anima. Tiene calor y frío, respira y asimila, posee su circulación que lo nutre, dispone de su recambio dinámico y físico, y tiene su salud, enfermedades, juventud, vejez y conoce la vida y la muerte. Por los espacios se ha encendido una palpitación enteramente nueva, vibración sin descanso de fuerzas que huyen en busca de equilibrio. Pues que la Ley disciplina de manera instantánea toda forma dinámica en su primera aparición. Toda forma de β aparece exactamente individualizada por una férrea ley individual propia, que es su modo de ser, y en el inmenso torbellino reina el orden siempre soberano. El aspecto conceptual es incluso más transparente en esta fase más elevada. Y en un universo tan vasto y complejo ¿quién, fuera del pensamiento Divino de la Ley, disciplina tan inmenso desarrollo de fuerzas? Todo parece ocurrir de manera automática, porque la mano de Dios no es cosa externa y visible, sino un concepto que

está en el alma de las cosas. Las rotaciones astronómicas ocurren con exactitud matemática, y la gravitación, la luz y el calor, la electricidad y el sonido, y todas las formas dinámicas conocen su camino, y en cada momento, en cada una de sus manifestaciones, en su conciencia instintiva, habla la Gran Ley. La urdimbre de tales fuerzas es todavía la base de vuestra vida, su modo de ser y de obrar exactamente definido y constante, rige la palpitación regular que os sostiene, proporciona las radiaciones solares a las necesidades del planeta, guía las corrientes aéreas, regula la síntesis e intercambio de las substancias proteicas, y en los organismos: la asimilación, el crecimiento, respiración, circulación, reproducción, los nacimientos, las muertes y todo fenómeno social.

Los fenómenos más complejos se realizan perfectos, indiferentes a vuestro conocimiento de ellos y a vuestra voluntad, incluso aquellos que regulan vuestra vida misma. Si no se deja a cargo de vosotros más que el trabajo de vuestro progreso, las fuerzas que os guían saben bien por sí mismas y mejor que vosotros, el camino a seguir. Hemos hablado ya de esta conciencia lineal (de primera dimensión) del universo dinámico.

XLVI

ESTUDIO DE LA FASE β: ENERGÍA

Al observar el devenir de las formas dinámicas, delinearemos también las características de las individuaciones típicas, y en el devenir hallaremos el concepto y la ley que las guían. Los tres aspectos: estático, dinámico y conceptual, de la fase β, podrán fundirse de este modo en una exposición única, lo cual tornará más ágil y veloz nuestro paso.

La transformación de la materia en energía no constituye ya, para vosotros, una hipótesis. Sabéis calcular la cantidad de energía atómica almacenada en la materia. Una masa de 1 gramo tomada al cero absoluto contiene 22 billones de calorías. Sabéis que el sol se halla en estado de completa disgregación atómica por radioactividad, lo que implica la emisión de electrones (energía, transformación de γ en β), y que éstos se

transmiten a la Tierra junto con las otras formas de energía. Tales centros dinámicos lanzados por el sol rebotan, penetran o se combinan en la atmósfera eléctrica que circunda vuestro planeta, originando varios fenómenos cuyas causas no sabríais de otro modo trazar, como, por ejemplo, el de la luz difusa del cielo nocturno. Es el más extenso, complejo y rico haz de radiaciones dinámicas el que os envía el sol. El hecho de que los rayos solares, cayendo sobre una superficie negra de 1 metro cuadrado, ejerzan sobre ella una presión de 4 décimos de miligramo, os muestra, más allá de su constitución electrónica, que la radiación luz se conecta también con impulsos activo-reactivos, de orden gravitativo. En los fenómenos de radioactividad comprobáis que la disociación espontánea de la materia implica un enorme desarrollo de calor debido, precisamente, a la emisión (desde el sistema planetario atómico) de las partículas periféricas. Y habéis calculado a:

$$\frac{1}{2}\ mv^2$$

(en que m = masa y v = velocidad), la energía cinética de toda partícula; y a:

$$1.78 \times 10^9 \text{ cms. por segundo}$$

la velocidad media de una partícula.

Para comprender con exactitud la transmutación de la materia en las formas dinámicas, es necesario tener bien presente su *naturaleza cinética*. No constituye éste un hecho nuevo para vosotros, porque el torbellino electrónico no os habla de otra cosa. Sabéis que toda especie de átomo está caracterizada por un espectro de emisión originado por una longitud de onda exactamente determinada. Dicha emanación espectroscópica acompaña constantemente al átomo de todo elemento, como su equivalente dinámico, y prueba su estructura cinética constante y regular. Solamente ésta puede daros la explicación de los *movimientos brownianos*[1], que bien conocéis. Hemos visto que la materia constituye un dinamismo incesante y que su rigidez es por completo aparente, debida a la extrema *velocidad* que la anima totalmente; y sabéis que la masa de un cuerpo aumenta con su velocidad en el espacio. Un chorro de agua velocísimo ofrece, a la penetración de un cuerpo, la resistencia de un sólido. Cuando la masa de un gas, como el aire, se multiplica por la velocidad, adquiere la propiedad de la masa de un sólido. La pista sólida que sostiene al aeroplano -sólido suspendido en un gas- es su

[1] "Movimiento irregular que se observa en partículas sueltas debido a los choques que reciben de las moléculas del liquido o gas circundante". (N. del E.)

velocidad en relación con el aire, el cual por sí solo, cuando es lanzado como ciclón, derriba las casas. Se trata de relación. En efecto, cuanto más veloz es el aeroplano, tanto más pequeña puede ser el ala. Y sabéis asimismo que dar calor a un cuerpo significa transmitirle nueva energía, o sea, imprimirle nueva velocidad íntima. El análisis espectral os proporciona el equivalente luz de los cuerpos con tanta exactitud como para hacer posible, a través de esa emanación dinámica, la individuación a distancia en la astroquímica. Es inútil que corráis detrás de vuestros sentidos y de la ilusión táctil de la solidez, para vosotros fundamental, por cuanto constituye la primera y principal sensación de la vida terrestre. La solidez no es sino una suma de movimientos velocísimos. Y que no os ilusione la constancia de las sensaciones, porque ella se debe sólo a la constancia de los íntimos procesos fenoménicos en el ámbito de la Ley Eterna. Vuestros sentidos no son capaces de percibir sensaciones distintas que se suceden con extrema rapidez. La materia es pura energía. En su íntima estructura atómica constituye un edificio de fuerzas. La materia, en el sentido de cuerpo sólido, compacto, impenetrable, no existe. No se trata más que de resistencias, de reacciones, y lo que llamáis solidez es solamente la sensación que constantemente os da aquella fuerza que se opone al impulso y al tacto. Es la velocidad la que colma las inmensas extensiones de espacios vacíos en que se agitan las unidades mínimas. Es ella la que forma la masa, la estabilidad, la cohesión de la materia. Mirad, cómo movimientos rotatorios rapidísimos confieren al giroscopio -hasta que se mantengan- un equilibrio autónomo estable. Velocidad es esta fuerza que se opone a la separación de las partículas de la materia y las mantiene unidas, hasta que una fuerza contraria las venza. Asimismo, cuando habéis descompuesto la materia en los que os parecen ser los últimos elementos, jamás os encontráis ante una partícula sólida, compacta, indivisible. El átomo constituye un torbellino; torbellino es el electrón, y el núcleo; torbellinos son los centros y satélites contenidos en el núcleo, y así hasta lo infinito. Y cuando os imagináis la mínima partícula animada de velocidad, no es nunca un cuerpo, en el sentido común que os imagináis, sino que constituye siempre un torbellino inmaterial de velocidad. Y la descomposición de los torbellinos, en que giran vertiginosas unidades menores, se prolonga hasta lo infinito. De modo que en la substancia no existe materia tal como la concebís, sino que únicamente hay *movimiento*. Y la diferencia entre materia y energía no se determina por otra cosa que por la diversa dirección de aquél: *rotatorio*, cerrado en sí mismo, en la materia; *ondulatorio*, de ciclo abierto y lanzado al espacio, para la energía.

En el principio había el movimiento, y éste se concentró en la materia; de la materia nació la energía; de la energía emergerá el espíritu.

El movimiento concéntrico del sistema planetario atómico contiene, en germen, la génesis y el desarrollo de las formas de β. Así como la química orgánica se diferencia de la inorgánica por sus fórmulas abiertas comunicantes en equilibrio inestable (efecto y no causa de la vida), así también se pasa de la forma materia a la forma energía por *la expansión del sistema cinético cerrado de γ, en el abierto de* β. Pues la *substancia de la evolución es la extrinsecación de un movimiento* que por involución se centraliza y por evolución se expande, alcanzando, a través de las dos fases de este respiro suyo, una manifestación cada vez mayor.

En consecuencia, se debe relacionar dos hechos: *el movimiento circular* íntimo en el sistema atómico de γ (materia), y el *movimiento ondulatorio* propio de β (energía). Para comprender el punto de paso de γ a β, es menester reducir las dos fases a su común denominador o unidad de medida, el movimiento, cuya forma es lo que individualiza diversamente la substancia en sus varios estados. He aquí los *dos términos a conjugar*, vistos en su esencia. Por una parte, el *sistema atómico*. Hemos visto que él se halla compuesto de uno o más electrones que giran en torno a un núcleo central, y que lo que determina la individuación atómica es el número de electrones que giran alrededor del núcleo (en un espacio inmenso, en relación con su volumen). El sistema atómico es de naturaleza esférica. Si la rotación estuviese en un plano, no se tendría el volumen. Por otra parte, tenemos la característica fundamental propia de todas las formas de energía, la de que se transmiten por *ondas esféricas*. Hemos notado ya, en la génesis de la gravitación, el *principio de la transmisión esférica de la onda*, demostrado por el decrecimiento de la acción en razón del cuadrado de la distancia. Esta ley no constituye sino una consecuencia de las propiedades geométricas de los cuerpos esféricos, y la determina el hecho de que las superficies de esferas concéntricas son proporcionales al cuadrado de sus radios. De consiguiente, siempre que encontréis esta ley de los cuadrados de la distancia podéis pensar con seguridad que se trata de transmisión por ondas esféricas. Esto es controlable fácilmente con cualquier fuente de luz y de sonido. Como veis, la *naturaleza circular de los dos movimientos es constante, propia de la unidad atómica tanto como de la transmisión dinámica.*

Pero precisemos todavía mejor. El movimiento rotatorio del sistema atómico no es simplemente circular, él es, más exactamente, *espiraloidal*. Vimos, en el estudio de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (Figuras 4 y 5), que ésta es la línea de su devenir. Toda la evolución contiene este principio de dilatación, de desarrollo, de paso de un estado de latencia al de actividad, de fase potencial que alcanza la fase

cinética: es ésta una tendencia constante en el universo, y en el presente caso significa *transformación del movimiento de rotación en movimiento de traslación*.

Por tanto, la primera afirmación que os explica la génesis íntima de β, es que el sistema atómico es de *naturaleza espiraloidal* (la espiral, entendida como sección de una esfera en proceso de dilatación). Dada esta su forma e íntima estructura, el átomo constituye el *centro normal* de emanaciones dinámicas, el *germen natural* (lo que es la semilla en la vida, y por idéntico principio de expansión) *de las formas de energía*.

Segunda afirmación, más compleja: os he dicho que el núcleo, centro de la rotación electrónica, no es el último término. Añado ahora que es un sistema planetario de igual naturaleza y forma que el atómico, dentro de éste hasta lo infinito, compuesto y a la vez factible de descomposición en sistemas menores e internos semejantes. Además, agrego que *el núcleo constituye la semilla o germen de la materia*. De las 92 especies de átomos, el de hidrógeno es el más simple. Químicamente indescompuesto, está constituido por un núcleo y un solo electrón que a su alrededor gira. Quitad aquel único electrón al núcleo y tendréis entonces el *éter*, la substancia madre del hidrógeno. El éter, por consecuencia, se halla compuesto sólo de núcleos, sin electrones, y el paso del éter a H y, sucesivamente, a todos los cuerpos de la serie estequiogenética, se verifica mediante la abertura progresiva del sistema espiraloidal. En principio, en el paso de éter a H se tiene la abertura del sistema del núcleo con emisión de un solo electrón; luego de dos, de tres, hasta 92. Como el sol en el sistema solar, el núcleo es el padre prolífico de todos sus satélites, en que se da y multiplica por un principio general que volveis a encontrar en la reproducción por escisión, en virtud de la cual todo organismo, sea núcleo o átomo, cuando se ha acrecentado y enriquecido demasiado en su desarrollo por evolución, se escinde en dos. Así también la materia prolifica. Las combinaciones químicas, pues, que realizáis no constituyen otra cosa que combinaciones de sistemas, de trayectorias, de movimientos planetarios. Una molécula es, por tanto, una verdadera familia de individuos atómicos estrechados por relaciones de acción y reacción, por vínculos más o menos estables, que pueden romperse y renovarse diversamente. Y sabéis con cuán rigurosa exactitud estas combinaciones, estos parentescos se unen. Una ley férrea y exacta rige de manera permanente el equilibrio de las relaciones, que habéis expresado en las fórmulas químicas. Pero la verdadera base de la teoría atómica, cuya esencia no os ha sido demostrada todavía, es la que acabo de deciros, o sea, la de los sistemas planetarios atómicos que, reuniéndose en las moléculas de los cuerpos, combinan sus movimientos con toda la cohorte de sus satélites. Veis que la verdadera química, se basa toda sobre la arquitectura íntima del

átomo y de ésta deduce las propiedades de los cuerpos; es, en el fondo, geometría, aritmética y mecánica astronómica, y puede reducirse a un cálculo de fuerzas. No ha de maravillar, pues, que de tal materia, hecha toda de movimiento y de energía, pueda nacer luego, espontáneamente, β.

Del mismo modo que la involución constituye concentración, así la evolución es el proceso inverso, de expansión. Llegada la materia a su última forma, última en la serie estequiogenética (el Uranio, con un sistema planetario de 92 electrones), la materia -decís- se disgrega por radioactividad. Al orden de formación sucesiva de los elementos vemos que corresponde el aumento de peso atómico. Dicho aumento, que llega aquí a su máximo, es determinado por el paso de la energía desde su forma potencial -como está en el núcleo- a su forma cinética, como en los diversos sistemas atómicos, cada vez más complejos. (La emisión de cada nuevo electrón desde el núcleo implica siempre el agregado de una nueva órbita, y éstas, a medida que nos acercamos a la periferia, se tornan cada vez más veloces). Como observáis, el peso atómico es más que un simple índice del grado de condensación, mas se conecta con la ley según la cual la masa de un cuerpo es función de su velocidad, y con el hecho de que solidez y constitución de la materia son toda una función de la velocidad que anima sus partes componentes.

Habéis notado ya que la disgregación por radioactividad es desintegración atómica, vale significar un nuevo desplazamiento de equilibrio en el edificio atómico, por lo cual parten de éste emanaciones de carácter dinámico. Llegado a tal punto de su evolución, el sistema máximo de γ no hace sino *continuar* su movimiento de naturaleza espiraloidal en la dirección expansional seguida siempre, que tornamos a hallar en todas partes, desde el sistema espiraloidal galáctico hasta la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos. Esto es, a saber, la espiral continúa abriéndose *hasta el punto que los electrones no vuelven ya a girar en torno al núcleo, sino, a la manera de cometas y no ya de satélites, se lanzan a los espacios con trayectorias independientes*. Llegados a la máxima órbita periférica, donde es asimismo máxima la velocidad de traslación, se rompe allí el equilibrio atracción-repulsión, hasta entonces estable, y los electrones, no pudiendo ya mantenerse en la órbita precedente, se proyectan como bólidos fuera del sistema, a merced de impulsos dirigidos hacia nuevos equilibrios. Prácticamente, todo electrón circula a velocidad angular uniforme en su órbita, que puede asumirse como circular, siendo la apertura espiraloidal con desplazamientos mínimos. En el ámbito de las fuerzas de la astronomía atómica, para toda órbita existe equilibrio entre la atracción del electrón hacia el núcleo y la fuerza

centrífuga debida a la masa del electrón y a su rotación, que tiende a lanzarlo a la periferia. Comprendéis que basta que la velocidad de rotación de las partículas periféricas se torne tal que el impulso centrífugo supere a la fuerza de atracción que las mantiene en su órbita, para que huyan tangencialmente al espacio. Cuando digo electrón, no quiero significar materia, en vuestro concepto sensorial, sino que entiendo otro torbellino dinámico (cuya masa la determina la íntima velocidad del sistema), que toma características de materia sólo en cuanto es un todo vibrante por íntima velocidad, en su sistema circular cerrado. Llegada al último grupo de la serie estequiogenética, el de los cuerpos radioactivos, γ inicia de esta manera su transformación en β, *por expulsión progresiva de electrones* (cometas). Corresponde ahora, lógicamente, una pérdida de masa. En otros términos, las cualidades radioactivas se hacen cada vez más evidentes, con tendencia progresivamente más acentuada a la disgregación espontánea y a la formación de individuaciones químicas cada vez más inestables, cuyo sistema de fuerzas se desplaza, asimismo, cada vez más rápidamente en busca de nuevos equilibrios. Os he expuesto así la íntima estructura del fenómeno, el porqué de la aparición de la radioactividad en el extremo límite de la serie estequiogenética, y las razones de la inestabilidad de los cuerpos radioactivos y de la disgregación de la materia. Recordad que en este momento decisivo el universo, así como cambia de fase de γ a β, también cambia de dimensión, como vimos, de espacio a tiempo; es decir, que la tercera dimensión espacial del volumen se completa en la nueva dimensión temporal, característica unidad de medida de la nueva forma de movimiento, no ya circular, sino ondulatorio.

XLVII

LA DEGRADACIÓN DE LA ENERGÍA

Antes de pasar al estudio de la serie de las individuaciones de β, para trazar un árbol genealógico de las especies dinámicas, a semejanza y como continuación de la serie estequiogenética, observemos un fenómeno constante en este campo, característico de las formas de energía, correspondiente al ya observado de la disgregación de la materia o desintegración atómica, un fenómeno que es su continuación y cuyo significado

íntimo, aún conociéndolo, no habéis comprendido. Me refiero a la *degradación de la energía*.

Aproximo estos dos fenómenos por su característica común de expresar, precisamente, la desaparición, en vuestra percepción sensorial, de las dos formas γ y β. Pero, en la realidad, tanto la desintegración atómica como la degradación dinámica, si significan "desaparición" para vuestros sentidos, no constituyen ni desaparición ni fin, sino tan sólo cambios de forma en el seno del transformismo evolutivo. Así como en la disgregación de la materia nada desaparece efectivamente -por cuanto ella renace como energía- del mismo modo en la degradación dinámica la anulación es relativa sólo a vuestros medios de percepción, y se refiere a las que para vosotros son las posibilidades utilitarias de la energía.

Pero observemos el fenómeno. Se ha probado, incluso mediante la observación, que toda transformación de energía se produce según una ley constante de degradación por la cual la energía, aun conservándose toda (*principio de conservación de la energía*) en su cantidad, tiende a difundirse, dispersándose en el espacio, nivelando en un estado de equilibrio sus diferencias, al pasar de lo heterogéneo a lo homogéneo; deteriorándose así, en el sentido de que la suma de los efectos útiles y la capacidad de trabajo se hallan siempre en disminución (*principio de la degradación de la energía*). Estos dos principios opuestos de conservación y degradación (pérdida de la energía útil), prueban el transformismo perenne, así como la indestructibilidad de la Substancia, también en su forma β.

Estas dos leyes demuestran que el fenómeno del transformismo de la Substancia indestructible posee su propia dirección, precisa, y que tal dirección es *irreversible*. En otros términos, resulta posible la transformación de la energía, pero siempre pasando a un tipo de cualidad inferior desde el punto de vista de su rendimiento práctico para el hombre. Así, la energía acumulada tiende siempre a dispersarse y nunca se da lo contrario. Todo el sistema tiende, por consiguiente, hacia un estado de difusión, de equilibrio, reposo, igualdad, como consecuencia de una serie de transformaciones, que operan de modo constante en esa dirección y jamás en la opuesta. Todo parece condenado de esta forma a apagarse, anularse, desaparecer.

¿Qué significa este fenómeno irreversible de degradación?

Primero: que el universo, en vuestra fase, tiende a un estado de orden y de ritmo, desde el caos hasta el equilibrio, el cual es un estado substancialmente más evolucionado y más perfecto. En otros términos, la irreversibilidad demuestra la evolución.

Segundo: que si, al presente, en vuestro universo toda transformación de energía lleva a su degradación, y una pérdida resulta inevitable (pérdida que la irreversibilidad impide reparar), es también necesario que en las grandes líneas de un equilibrio más vasto encuentre este movimiento su compensación. La irreversibilidad demuestra que vivís vosotros en la fase de expansión dinámica, en la cual β parece consumirse y dispersarse. Pero la lógica os indica, y la Ley contiene, el período complementario compensador, la fase inversa, en que la irreversibilidad se desarrolla en dirección contraria: ya no es más vuestra dirección actual $\gamma \rightarrow \beta$, sino $\beta \rightarrow \gamma$, esto es, el precedente período de involución y concentración dinámica que ya observamos. Ya se dio la marcha del universo en sentido opuesto. Vuestro período actual es evolutivo, ascensional, y degradación dinámica significa, bajo la apariencia de dispersión, una substancial transformación hacia formas más altas (α). Así como en la desintegración atómica la materia se disocia para constituir las más altas formas expresadas por β, así la energía, aunque en su degradación parezca dispersarse, en realidad madura para mutarse en las más altas formas que la evolución alcanzará en la fase α. He aquí que irreversibilidad y degradación confirman lo que hemos expuesto en el estudio de la génesis de las creaciones sucesivas, y lo que nos indica en el diagrama ya citado de la Figura 2, la quebrada que sube, y en la Figura 4 la espiral que se abre, con retornos inversos continuos sobre el camino recorrido.

Por todo esto podéis comprender cómo la característica de la irreversibilidad es, en cuanto a la energía, relativa y cerrada en el ámbito de la fase $\gamma \rightarrow \beta$, y cómo, en el Todo, una irreversibilidad absoluta constituye una fuente absurda de desequilibrio, que se halla absolutamente fuera del concepto de la Ley. Todo movimiento presupone su movimiento contrario y equivalente; el ondulatorio, nacido por expansión del movimiento espiraloidal, presume en la fase inversa precedente la centralización del movimiento ondulatorio en una espiral que estrecha cada vez más sus volutas, hasta la formación de aquel núcleo que es constitutivo del éter y germen de toda la expansión estequiogenética de γ, y luego dinámica de β.

XLVIII

SERIE EVOLUTIVA DE LAS ESPECIES DINÁMICAS

Los electrones lanzados fuera del sistema planetario atómico, en descomposición por apertura de la espiral y ruptura del equilibrio atractivo-repulsivo del sistema -torbellinos de velocidad también ellos- conservan en la nueva trayectoria ondulatoria el recuerdo del movimiento circular originario. La dimensión espacio se multiplica por la nueva dimensión tiempo, y tenemos así las nuevas unidades de medida de la energía: *longitud de onda y velocidad de vibración*. Según estas unidades, podremos establecer la *serie evolutiva de las especies dinámicas*.

Vimos la génesis de la *gravitación*, protofuerza típica del universo dinámico, y algunas de sus características. Dicha emanación dinámica de la materia la vemos acentuarse en razón directa de su evolución (progresión constante en el aumento de los pesos atómicos, en el desarrollo de la serie estequiogenética), allí donde, en el grupo de los cuerpos radioactivos, nace la segunda forma de energía, los rayos X. La sucesión genética entre las dos formas es evidente. Y superado ya el rasgo de unión que une a materia y energía, entremos en las formas dinámicas puras.

Escalonando las formas dinámicas según su *velocidad vibratoria*, la gravitación alcanza los *máximos del sistema*. Ya vimos que máxima es también su velocidad de propagación, lo que ha hecho creer en una gravitación absoluta e instantánea, en tanto que ella es -como dijimos- relativa a la masa de los cuerpos, y se transmite por ondas (tiempo).

La máxima *frecuencia vibratoria* que sea apreciable por vosotros la dan, en cambio, los *rayos X* que constituyen la primera forma dinámica que lográis observar aislada. Constataremos, en la sucesión de las formas dinámicas, un constante *decrecer* de frecuencia de vibración, a medida que vamos alejándonos de los orígenes; vale decir, ascendiendo de la gravitación a la luz, la electricidad, etc. Y lógico es que las primeras *emanaciones dinámicas* como la gravitación y los rayos X, sean *las más cinéticas*, porque son las más próximas a la fuente de su movimiento, el torbellino atómico. Con la evolución (por aquella ley de degradación que vimos), la vibración tiende asimismo

al reposo, y la onda cada vez más al alargamiento, que es transformación del movimiento de rotación originario en el de traslación, final del período β. Pero, como os dije, ello no significa consumo o fin, sino que es una íntima maduración evolutiva que preludia las formas de α, la vida y la conciencia. Si las primeras formas dinámicas son las más rápidas y potentes, las últimas, por su parte, son las más sutiles y evolucionadas.

Si observáis la frecuencia progresiva (por segundo) de las vibraciones de un cuerpo en el espacio, comprobaréis la aparición de las varias formas de energía. El fenómeno no es nuevo para vosotros sino como comprobación pura. Partiendo, por la facilidad de la observación, del estado de quietud (que para nosotros, en cambio, es el punto de llegada), veis que al nivel de 32 vibraciones por segundo se manifiesta la forma que llamáis *sonido*. El mismo oído logra, en las notas más bajas, percibir el ritmo vibratorio lento y profundo. Sucesivamente, la frecuencia progresiva se desarrolla por octavas, principio que encontramos ya en la serie estequiogenética y que volvemos a hallar en la luz y luego en los sistemas cristalinos y en la zoología. Hacia las 10.000 vibraciones por segundo los sonidos, hechos agudísimos, pierden todo carácter musical. Más allá de las 32.000 vibraciones, vuestro poder de percepción auditiva cesa, de forma que no os dan las vibraciones ninguna sensación. Desde aquella frecuencia al billón de vibraciones, nada hay para vuestros sentidos. En torno al billón tenéis la zona de las *ondas eléctricas* (Hertzianas). Solamente a este nivel entramos en el campo de las verdaderas formas dinámicas, cuya onda se propaga por el éter. Las ondas acústicas no constituyen sino la última degradación, donde la energía se extingue en la densa atmósfera.

A la zona de las ondas eléctricas sucede, desde los 34 billones hasta los 35 trillones, otra zona también *ignorada* por vuestros sentidos e instrumentos. Sigue luego la región que va de los 400 a los 750 trillones de vibraciones por segundo, en que aparece la *luz*, desde la roja a la violeta, en todos los colores del espectro solar; y más exactamente: *Rojo* (rayo menos refrangible), media de 450 trillones de vibraciones por segundo; *Anaranjado*, 500; *Amarillo*, 540; *Verde*, 580; *Azul*, 620; *Índigo*, 660; *Violeta* (el más refrangible), 700. He ahí las siete notas de esta nueva octava óptica, y cuando vuestra vista percibe vuestra música de colores no puede superar una octava de vibraciones. Allende esa octava, otras "notas", invisibles para vosotros, existen: *los rayos infrarrojos*, "notas" demasiado graves para la retina, y las *radiaciones ultravioletas*, "notas" en exceso agudas, regiones dinámicas limítrofes con el espectro visible; sensibles, las primeras, tan sólo como radiaciones caloríficas (obscuras); las

segundas por su acción química y actínica (fotografiables, pero obscuras para la vista). Sólo un breve trazo inexplorado, y más allá de las notas más bajas del infrarrojo, ved ahí las notas más agudas de las radiaciones electromagnéticas hertzianas. Si continuáis por el lado opuesto -más allá del ultravioleta- el examen del espectro químico (varias veces más extenso que el espectro visible), atravesáis una región *ignorada* para vuestros sentidos y llegáis, sobre los 228 cuadrillones, a una zona que alcanza los 2 quintillones de vibraciones por segundo. Esta es *la región de la radioactividad*, ya que los rayos (α, β, γ) producidos por la desintegración atómica radioactiva (electrones negativos lanzados a alta velocidad) son análogos a los producidos por descargas eléctricas en los tubos al vacío de Crookes (Rayos X o Röntgen). Si seguís todavía, hallaréis las emanaciones dinámicas de orden *gravídico*. Aquí, la serie evolutiva de las especies dinámicas vuelve a conectarse con la de las especies químicas, *de las cuales es la continuación*.

Comprendemos ahora el significado de estos hechos. La serie presenta evidentes lagunas para vuestra observación. Pero, yo os he indicado la marcha general del fenómeno y el principio que lo rige; podéis, pues, siguiendo su ley, definirla a priori en las fases ignoradas, por analogía con las fases conocidas, como os dije respecto de los elementos químicos ignorados de la serie estequiogenética.

El vínculo entre esta última y la serie dinámica está, precisamente, en la fase de las ondas gravídicas, y lo hemos visto ya. Hemos observado, también, la región contigua de las emanaciones radioactivas. La escala evolutiva de las formas dinámicas *asciende*, efectivamente, desde estas fases de máxima frecuencia hacia las de menor frecuencia, *en orden inverso* del seguido más arriba para simplificar la exposición. En otros términos, *la evolución dinámica implica un proceso de degradación de la energía*, hasta que ésta se extingue (sólo como manifestación dinámica) en vibraciones cada vez más lentas y en un medio cada vez más denso (no ya éter, sino atmósfera, líquidos o sólidos). Lo que toca a las formas de γ son los tipos dinámicos más cinéticos -y ello es lógico, vista la naturaleza y transformación del movimiento-, y a medida que desde γ se alejan, tienden a un estado de inercia; también esto otro es lógico, dado el agotamiento (resistencia del ambiente y proceso de difusión) del impulso originario (degradación). De modo que *el orden evolutivo de las formas dinámicas* es el siguiente (teniendo en cuenta tan sólo las regiones que conocéis):

1 . - Gravitación.

2 . - Radioactividad.
3 . - Radiaciones químicas (Espectro invisible del ultravioleta).
4 . - Luz (Espectro visible).
5 . - Calor (Radiaciones caloríficas obscuras. Espectro invisible del infrarrojo).
6 . - Electricidad (Ondas hertzianas, cortas, medias, largas).
7 . - Vibraciones dinámicas (Ondas electromagnéticas, ultrasonidos, sonidos).

También aquí siete grandes fases, correspondientes a las siete series de isovalencias periódicas que en la escala estequiogenética, desde S_1 a S_7, representan los períodos de formación y evolución de la materia. Las zonas de frecuencia intermedias (ignoradas, como las tenéis asimismo en la serie estequiogenética), constituyen las fases de transición entre un tipo y otro de estos puntos culminantes. En la ascensión decrecen las cualidades cinéticas, el potencial sensible de las formas; pero lo que se pierde en cantidad de energía se adquiere en calidad; esto es, que se pierden cada vez más las características de la materia, punto de partida, y se adquieren cada vez más las de la vida, punto de llegada. Así recorre la Substancia el camino de la fase β, y desde la materia llega a la vida.

Observemos, ahora, el conjunto del fenómeno más de cerca, en su íntima *estructura cinética*. Se pueden individualizar estas formas, además de por la frecuencia vibratoria, por la *longitud de onda*; y veremos luego las relaciones entre estos dos hechos. Longitud de onda es el espacio recorrido por la onda en la duración de un período vibratorio. Individualizadas por longitud de onda, las formas dinámicas se presentan con características propias. En tanto que, ascendiendo a lo largo de la serie de las especies dinámicas, *el número de vibraciones disminuye, la amplitud de la onda aumenta*. Así, por ejemplo, mientras en el espectro, del *violeta al rojo*, la frecuencia decrece de 700 a 450 trillones de vibraciones por segundo (y decrece asimismo el poder de refracción), la longitud de onda aumenta respectivamente de 0,4 μ (zona violeta) a 0,76 μ (zona roja), límites estos de las longitudes de onda de las radiaciones visibles (la letra griega μ significa *micrón*, o sea, la milésima parte de un milímetro). Y continúa aumentando en la dirección del *infrarrojo y las ondas eléctricas*, y disminuyendo en la del *ultravioleta y los rayos X*.

Si os llegáis a los 0,2 μ (ultravioleta) y superáis *el extremo ultravioleta*, encontraréis los rayos X. Ahora, *los rayos X* de mayor longitud de onda, no son más que *rayos ultravioleta* y viceversa. Estamos en los 0,0012 μ. Continuando en el otro extremo de

la serie X, halláis los *rayos* γ, que son los más duros y penetrantes, generados por la desintegración de los *cuerpos radioactivos*. Alcanzaréis de este modo la longitud de onda de 0,0005 μ.

En la dirección opuesta, la onda *aumenta*. Más allá de los rayos *rojos*, la zona de las radiaciones invisibles del *infrarrojo* va de una longitud de 1 μ a 60 μ y más. Después de una zona inexplorada aparecen radiaciones de longitud incluso mayor, las *ondas hertzianas* que van de pocos milímetros (millares de μ), a centenares y millares de metros, como las que empleáis en las transmisiones radiofónicas.

Esta relación inversa, vale expresar, tanto la *rapidez vibratoria decreciente* como la *progresiva extensión de la longitud de onda*, responden al mismo principio de *degradación de la energía*. En tal degradación, que no constituye ni pérdida ni fin, sino tan sólo transformación que vuelve a adquirir en calidad lo que pierde en cantidad, está la substancia de la evolución.

Permaneciendo en el campo de las vibraciones puras, o sea, las del éter, y excluyendo de la serie las últimas fases (sonido) de degradación en medios más densos, en el ápice de la escala encontramos *la electricidad* como la forma más evolucionada, de *frecuencia vibratoria mínima y longitud de onda máxima*. La frecuencia de vibración se ha tornado más lenta, la onda se ha extendido. La potencia cinética se amortigua allí en una zona más tranquila. Llegadas a este punto, las formas dinámicas han creado el substrato de un nuevo impulso potente, de un nuevo modo de ser. Alcanzado ya el más alto vértice de la fase dinámica, se encamina la evolución hacia creaciones nuevas, pasa desde esta su última especialización (por reorganización de las formas individuadas en unidades múltiples colectivas) a especies de una clase más alta. Sin dicha recuperación evolutiva, el universo dinámico tendería por degradación al nivelamiento, a la inercia, a la muerte[(1)]. Y tal hubiera sido su fin si, en el momento de la más avanzada degradación de la energía, a los primeros signos de vejez de las formas dinámicas, el esfuerzo íntimo realizado (que en la substancia no constituye degradación sino maduración evolutiva) no fuese utilizado, y las especies dinámicas, finalmente maduras y prontas, no se organizaran en individuaciones más complejas.

---

(1) *Entropía*, o sea nivelamiento al que parecen tender todos los fenómenos. Así se comprende esto, que para los físicos es un enigma. Ellos han observado el fenómeno y creen que es continuativo, para terminar en un nivelamiento universal de todos los fenómenos, en tanto que aquí vemos que es distinto. (El presente asunto se profundiza en el volumen *"La Nueva Civilización del III Milenio"*, el tercero de la segunda Trilogía del mismo autor. V. cap. XXV: "El Dualismo Fenoménico Universal"). (N. del T.)

Así como en el último escalón de la serie estequiogenética los cuerpos radioactivos se transforman en energía, del mismo modo, en el último grado de la serie dinámica *la electricidad se transforma en vida*. Y de igual manera que la energía significó, frente a la materia, el principio nuevo del movimiento por onda y la nueva dimensión tiempo, así la vida, frente a la energía, significará el principio nuevo de la unidad orgánica, de la coordinación de las fuerzas, el principio de la transmisión dinámica elevado a entrelazamiento inteligente de continuos intercambios y al surgimiento de la nueva dimensión *conciencia*.

XLIX

DE LA MATERIA A LA VIDA

Como su naturaleza cinética da a la energía su característica fundamental, que es la de transmitirse (dimensión espacio que se eleva a la dimensión tiempo), de igual manera el nuevo principio de la coordinación de las fuerzas en un entrelazamiento cinético complejo y profundo, más débil y frágil pero más sutil, otorga a la energía elevada a vida su característica fundamental de conciencia (dimensión tiempo que se eleva a la dimensión conciencia). Y se individualizan las formas de la vida como toda forma de energía se había individualizado antes en un tipo bien definido con fisonomía propia y tendencia a conservarse en su modo de ser, como individuo que quiere afirmarse y distinguirse de todos los afines, con movimiento, forma, dirección y, por ende, finalidad propia; un "Yo" que posee los elementos fundamentales de la personalidad y conserva inalterado su tipo, no obstante su continuo devenir. En las formas de la vida, habiendo alcanzado ya la Substancia un más alto grado de evolución y diferenciación, el principio de individuación se torna cada vez más evidente. Ya en la energía conquistan las formas una *existencia propia independiente* de su fuente originaria. La luz, una vez lanzada, se separa y existe, progresando por sí en el espacio. Os llega desde el infinito, luz estelar emanada hace milenios, sin que sepáis si la estrella que la originó existe todavía. Y el sonido continúa, avanza y llega cuando la causa de las vibraciones está ya en reposo. Si una vez generadas las formas de energía saben existir

en el espacio solamente por su propio principio, en la vida la autonomía es completa. Y como son parientes -por comunidad de origen y afinidad de caracteres- las formas químicas y luego las dinámicas, de igual modo se hallan emparentadas entre sí las formas de la vida por su génesis y caracteres, fusionadas todas con la totalidad de los seres existentes -orgánicos e inorgánicos- en una fraternidad universal. Fraternidad substancial, de materia constitutiva, de modos de ser, de metas por alcanzar, fraternidad que hace posible la convivencia, que constituye simbiosis universal, y también posibilita todos los intercambios de la vida, que son su condición.

Volvamos a mirar el camino recorrido. Ha concentrado β su movimiento íntimo en el núcleo, unidad constitutiva del éter. En ese punto, el movimiento de descenso involutivo o de concentración cinética, o de condensación de la Substancia, se invierte en la dirección opuesta de ascenso evolutivo o de descentralización cinética. El núcleo -síntesis máxima de potencial dinámico en el punto $\beta \rightarrow \gamma$ del transformismo fenoménico- restituye por emisión sucesiva de electrones la energía cinética centralizada. Recorramos la fase γ, asistiendo al desarrollo de la serie estequiogenética. Si en química tenemos, como primera etapa, el hidrógeno, en astronomía tenemos la nebulosa, vale expresar, materia joven y universo joven, estado gaseoso, estrellas calientes, fase de alta concentración dinámica todavía. Mientras, por una parte, se desarrolla el árbol genealógico de las especies químicas, por la otra evoluciona la vida de las estrellas que envejecen, se enfrían y solidifican, adquiriendo constitución química, luz y espectro diversos, y alejándose del centro genético del sistema galáctico. Hay toda una maduración paralela de substancia y de forma; 92 electrones son lanzados sucesivamente fuera de la órbita espiraloidal nuclear, cada uno de ellos sigue girando en la órbita ligeramente espiraloidal, y se construyen sucesivamente los edificios atómicos cada vez más complejos de los cuerpos químicos indescompuestos, según una escala de pesos atómicos crecientes. Es posible aquí una aproximación entre el *torbellino galáctico y el torbellino atómico*. La génesis y el desarrollo del primero pueden daros un ejemplo tangible de la génesis y desarrollo del segundo. Mientras que la energía se centraliza en el núcleo (éter), centro genético de las formas de γ, paralelamente el universo en la fase dinámica se centraliza en la nebulosa, madre de la expansión espiraloidal galáctica. E inversamente las estrellas, durante el proceso de su evolución, se proyectan desde el centro a la periferia, con velocidades progresivas, a medida que envejecen y se alejan de dicho centro; ello ocurre con una técnica que coincide con la del desarrollo espiraloidal del átomo. Una vez más confirman los fenómenos la actuación de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos en sus dos movimientos, involutivo y evolutivo. Así ha nacido del éter -último término del

descenso de β- la materia, que luego por evolución atómica alcanza las especies radioactivas. Primero los cuerpos de peso atómico menos elevado, luego, los de peso atómico cada vez mayor. Primero el magnesio, silicio, calcio; más tarde aparecen los elementos más sólidos, como son la plata, platino, oro, menos jóvenes. Volveis a encontrarlos en el viejo sistema solar y en su parte más solidificada y enfriada, los planetas, en tanto que los cuerpos simples en el estado gaseoso, como el hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, son en vuestro globo más raros. Allí aparece la radioactividad como fenómeno tan difuso, que es como una función inherente a la materia, vista la etapa en que se encuentra ella en vuestro planeta. Hacia el centro de éste, donde la materia se ha mantenido más caliente y se halla menos envejecida, son más escasos los cuerpos radioactivos, tanto, que sólo a 100 kilómetros de profundidad la radioactividad casi desaparece. Cumplida la maduración de las formas de γ, ha ocurrido asimismo la expansión del torbellino galáctico, del centro a la periferia, el enfriamiento y la solidificación de la materia. Ésta ha cumplido el ciclo de su vida y la Substancia adquiere nuevas formas, se transforma, con lentitud, en individuaciones de más alto grado. La dimensión espacio se eleva a la dimensión tiempo. La materia inicia una transformación radical, dando todo su movimiento tipo γ al movimiento tipo β. El torbellino nuclear del éter ha desarrollado en la fase γ el torbellino atómico de la materia. Llegado al máximo de dilatación, este torbellino continúa expandiéndose y desarrollando las formas dinámicas, y nace la energía; la Substancia sigue evolucionando y prosigue en β su ascenso. La primera emanación gravídica, de longitud de onda mínima y frecuencia vibratoria y velocidad de propagación máximas en el sistema dinámico, se completa con la emanación radioactiva de la desintegración atómica. El proceso de transformación dinámica, que tiene sus raíces en la evolución estequiogenética, se aísla, afirmándose resueltamente. El torbellino atómico se quiebra y descompagina, *por expulsión progresiva desde el sistema, de aquellos electrones nacidos ya por expulsión del sistema nuclear*. Es un continuo convertirse en acto aquello que estaba en potencia, encerrado en germen por concentración de movimiento. Y nacen nuevas especies dinámicas: después de la gravitación y la radioactividad, aparecen las radiaciones químicas, la luz, el calor y la electricidad, siempre en orden de frecuencia vibratoria decreciente y longitud de onda progresiva. La materia, que ha vivido y no posee ya vida propia, responde al impulso de este nuevo torbellino dinámico por ella generado, y es invadida y movida toda por el mismo. Este es vuestro actual universo: la materia moribunda, la energía en plena madurez, la vida y la conciencia jóvenes, en vías de formación. Los cadáveres de la materia -solidificada en lo sucesivo y sin vida química propia de formación- lanzados y sostenidos en los espacios por la gravitación, inundados de radiaciones de todo género, no son más que

el sostén de formas de existencia más elevadas. De la electricidad (la forma dinámica más madura) a un nuevo gran desarrollo de la evolución, nace -ya veremos cómo- la vida: materia organizada en vida, esto es, tomada en un torbellino incluso más alto. La vida, pequeña chispa en el origen, y donde se continúa la expansión evolucionista del principio nuclear, atómico y dinámico (onda) en una forma cada vez más compleja de coordinación de partes, de especialización de funciones, de organización de unidades y de actividades; la vida, cuya substancia, significado, objetivo y producto, son *la creación de la conciencia,* es α, el espíritu. Y desde la primera célula se iniciará, a lo largo de miríadas de formas y tentativas, fracasos y victorias, la lenta conquista que ha de triunfar gradualmente en el hombre y que de este último se lanza hoy hacia las últimas fases del tercer período de vuestra evolución, que se resume en la conquista de la superconciencia y en la realización biológica del Reino de Dios.

L

EN LAS FUENTES DE LA VIDA

"...y el espíritu de Dios se movía sobe las aguas".

(Génesis, cap. I).

Una nueva y maravillosa luz alborea en el horizonte del mundo fenoménico. En el tibio seno de las aguas se prepara el planeta para acoger el primer germen, principio de un nuevo modo de existir. El momento es solemne. Asiste el universo a la génesis de la maravilla suprema, madurada en su seno a través de períodos inconmensurables de lenta preparación, casi consciente del esfuerzo titánico de la Substancia de que surge, en el punto culminante, la síntesis máxima: la vida. Nace la flor más compleja y más bella, en la que se transparenta más límpido el concepto de la Ley y el pensamiento de Dios. Dios, siempre presente en lo profundo de las cosas, aparece, a medida que se asciende, cada vez más evidente; en su progresiva manifestación, Dios se aproxima a su criatura.

Al chocar la primera chispa en los límites extremos del mundo dinámico, saturado de pasado y maduro en su máximo, se estremeció el universo memorioso y profético. La materia había existido, la energía sabía moverse, pero sólo la vida sería capaz de llorar y gozar, odiar y amar, elegir y comprender, comprender el universo y la Ley, y pronunciar el nombre de su Padre: Dios. Nace la vida, no la forma que vosotros veis, sino el principio que por sí mismo creará aquella forma, como vehículo y medio de su ascensión. En dicho principio, que ha de animar la primera masa protoplasmática, reside el germen de todas las realizaciones sucesivas e ilimitadas de la nueva forma de la Substancia; más y más arriba, hasta las emociones y pasiones, existe allí el germen del bien y del mal, de todo vuestro mundo ético e intelectual. La fuga electrónica de un rayo de sol se convertirá en belleza y alegría, en sensación y conciencia.

Nuestro camino toca, al llegar a la vida, regiones cada vez más elevadas; esta exposición prorrumpe en un himno en alabanza al Creador, se funde mi voz en el canto inmenso de la totalidad de lo creado. Frente al misterio que se realiza, en el momento supremo de la génesis, la ciencia se torna mística expansión, la árida exposición se enciende, invadida por el hálito de lo sublime; por la cruda fenomenología científica espira el sentido de lo Divino. Frente a las cosas supremas, a los fenómenos decisivos que aparecen tan sólo en los grandes giros de la evolución, los principios racionales de la ciencia, así como los éticos de las religiones, se funden en el mismo relámpago de luz, en una sola verdad. Y ¿por qué la verdad que habéis hallado racionalmente habrá de ser diversa de la que os fue revelada? Frente a la última síntesis caen los antagonismos inútiles del momento y de vuestro ánimo unilateral y ciego. En el Todo debe volver a entrar toda verdad y concepción parcial vuestras, la ciencia tanto como la fe, lo que nace del corazón y lo que tiene su origen en la mente, las matemáticas más profundas y la más elevada aspiración mística, la materia y el alma, y ninguna realidad, aun cuando sea relativa, puede ser excluída. Si la ciencia es realidad substancial, ¿cómo se podrá dejarla fuera de la síntesis? Y si el aspecto ético de la vida constituye asimismo realidad substancial, ¿cómo descuidarlo? Estas nuevas concepciones quizá choquen con vuestro misoneísmo, tal salto hacia adelante puede causaros casi miedo, un concepto así de la Divinidad es capaz de llenaros, antes que de amor, de espanto. Pero debéis admitir también que, con ello, lo que resulta empequeñecido es sólo el concepto del hombre, no el de Dios, el cual se agiganta allende toda medida. Esto podrá desagradar a los egoístas y soberbios, pero nunca a las almas puras.

En el momento solemne, aletea en los espacios un hálito Divino. El pensamiento, sacudido por el gran misterio, observa y se recoge en oración.

Orad así:

"Te adoro, recóndito Yo del universo, alma del Todo, Padre mío y Padre de las cosas todas, mi respiro y el respiro de todas las cosas.

"Te adoro, indestructible esencia, siempre presente, en el espacio, en el tiempo y más allá, en lo infinito.

"Padre, Te amo, aun cuando Tu respiro sea dolor, porque Tu dolor es amor; aunque Tu Ley sea esfuerzo, pues que el esfuerzo que Tu Ley impone es la vía de las ascensiones humanas.

"Padre, en Tu potencia me sumerjo, descanso en ella y me abandono, y a la fuente pido el alimento que me sostenga.

"Yo Te busco en lo profundo donde Tu estás, adonde me atraes, Te siento en el infinito adonde no llego y de donde me llamas. No Te veo, pero me ciegas con Tu luz; no Te oigo, pero siento el trueno de Tu voz; no sé dónde Te hallas, y sin embargo Te encuentro a cada paso; Te olvido y Te ignoro, no obstante lo cual Te escucho en cada palpitación mía. No sé individualizarte, sin embargo gravito hacia Ti, como hacia Ti, centro del universo, las cosas todas gravitan.

"Potencia invisible que riges los mundos y las vidas, estás en Tu esencia, por encima de toda concepción mía. ¿Qué serás Tú que no puedo yo describirte y definirte, cuando el solo reflejo de Tus obras me ciega? ¿Qué serás Tú si me aturde la inconmensurable complejidad de toda esta emanación Tuya, pequeña chispa espiritual que por entero me anima? El hombre Te sigue en la ciencia, en el dolor Te invoca, Te bendice en la alegría. Pero en la grandeza de Tu potencia, así como en la bondad de Tu amor, Te hallas siempre más allá, más allá de todo humano pensamiento, por sobre las formas y el devenir, un relámpago en lo infinito.

"En el bramido de la tempestad está Dios, y está Dios en la caricia del humilde; en la evolución del torbellino atómico, tanto como en el salto de las formas dinámicas y en el triunfo de la vida y del espíritu, está Dios. En la alegría y en el dolor, en la vida y en la muerte, en el bien y en el mal está Dios; un Dios sin límites, que todo lo

comprende y que lo abarca y lo domina todo, incluso las apariencias de los contrarios, a quienes guía hacia sus fines supremos.

"Y el ser asciende, de forma en forma, anhelante por conocerte, ansioso de una realización cada vez más completa de Tu pensamiento, traducción en acto de Tu esencia.

"Yo Te adoro, supremo principio del Todo, así en Tu indumentaria de materia como en Tu manifestación de energía; en la inagotable renovación de formas, siempre nuevas y siempre bellas, Te adoro, concepto perennemente nuevo, bueno y bello, inagotable Ley animadora del universo. Te adoro, Gran Todo, que sobrepasas todos los límites de mi ser.

"En este adorar me anonado y alimento, me humillo y me enciendo, en la Gran Unidad me fusiono, y en la Gran Ley me coordino, para que mi acción sea siempre armonía y ascensión, oración y amor".

Orad así, en el silencio de las cosas, mirando principalmente hacia lo profundo que dentro de vosotros existe. Orad con alma pura, impulso intenso y poderosa fe; y la radiación anímica, armónicamente sintonizada con la gran vibración, conquistará los espacios. Y oiréis llegaros desde el infinito una voz de consuelo.

LI

CONCEPTO SUBSTANCIAL DE LOS FENÓMENOS BIOLÓGICOS

La evolución de las especies dinámicas nos ha llevado hasta la forma "electricidad", situada en el más alto nivel, en los límites de la energía. Vimos que, en substancia, la degradación dinámica no constituye sino evolución, esto es, paso a formas menos potentes y cinéticas, pero más sutiles, complejas y perfectas. Vuestro universo marcha visiblemente de un estado de caos -que no es más que la fase tensión de la primera explosión dinámica- hacia un estado final de orden, vale significar, de equilibrio y

coordinación de fuerzas. Aquel primero es la fase de preparación, y este otro, el ambiente en que ha nacido la vida. En otros términos, el hecho de que la evolución dinámica haya alcanzado la forma "electricidad" significa la formación de un ambiente más equilibrado, en que resulta posible ese nuevo orden (es decir, coordinación y organización superior de fuerzas) al que llamáis vida; el cual irá perfeccionándose siempre, a continuación del camino evolutivo ya recorrido, y hacia coordinaciones y organizaciones más complejas y completas: orgánicas, psíquicas y sociales. Pues que con la vida se inicia asimismo la manifestación de sus leyes y equilibrios superiores, que han de guiar en los más altos niveles también vuestra existencia individual y colectiva.

¿Cómo se transforma la electricidad en vida? El paso se comprende reduciendo el fenómeno, como ya lo hicimos para las formas de $\gamma \rightarrow \beta$, a su substancia o *íntima estructura cinética*. Desde las primeras fases de la vida, el ritmo dinámico se cambia en otros ritmos que se funden en armonías más complejas, en una verdadera sinfonía de movimientos. La materia os ha dado el principio estático de la forma, la energía, el principio dinámico de la trayectoria y transmisión, la vida os dará el principio psíquico del organismo y de la conciencia.

Una primera observación fundamental: el modo por el cual hemos encuadrado el problema del ser con el transformismo $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$, vale expresar, como un fisio-dínamo-psiquismo, que nos lleva a una concepción de la vida diversa de la vuestra y mucho más substancial. Generalmente, buscáis vosotros la vida en sus efectos, no ya en sus causas, en las formas y no en el principio. De la vida conocéis sus últimas consecuencias, y habéis descuidado -apriorista y conscientemente- el centro generador. Y os habéis ilusionado con poder reproducir incluso la génesis de los procesos vitales, provocando los fenómenos últimos y más lejanos de la causa determinante. Ahora, *la verdadera vida no es una síntesis de substancias proteicas, sino el principio que establece y guía dicha síntesis*; la vida no reside en la evolución de las formas, sino en la evolución del centro inmaterial que las anima; no está en la química compleja del mundo orgánico, antes bien, en el psiquismo que la rige. Observad, ahora, cómo *nuestro ingreso en el mundo biológico se produce, precisamente, por la vía de las formas dinámicas*. Con la electricidad, situada en el vértice de éstas, *desembocamos no ya en la forma sino en el principio de la vida*, en el motor genético de las formas. Y ello, porque procedemos siempre adheridos a la substancia, porque permanecemos en lo profundo, donde está la esencia de los fenómenos. Tal hecho nos lleva a un planteamiento -nuevo para vosotros- del problema

de la vida, vale decir, entendido absolutamente en su aspecto profundo y substancial (el lado psíquico y espiritual), y esto, desde la primera aparición de los fenómenos biológicos rudimentarios donde aquel psiquismo está ya -aunque de manera rudimentaria- presente. La nuestra es *biología de substancia*, no de forma. No tocamos el ropaje orgánico mutable sino el principio que no muere; no la apariencia exterior de los cuerpos físicos, antes bien, la realidad que los anima; no lo que cae y sí lo que queda; no el individuo o la especie en que se agrupan las formas y se encadenan en desarrollos orgánicos, sino la expansión del concepto director del fenómeno y del psiquismo que los preside; no la evolución de los órganos y si en cambio la evolución del Yo que los acrecienta y plasma por sí, como medio para la propia ascensión. La biología, vista de esta manera en su luz interior, coincide -también en el crudo análisis de sus fuerzas motrices- con el más alto espiritualismo de las religiones. Pues las incidencias del principio psíquico que ha evolucionado desde la amiba al hombre, son las mismas que maduran luego en la ascensión espiritual de la conciencia que en la fe se eleva a Dios. Porque la pequeña chispa ha de convertirse en incendio, el tímido primer vagido será el canto poderoso de todo el planeta. Veis aquí llegados a fusión armónica y completa, los principios de las religiones y los métodos del materialismo; veis aquí reunida la aspiración escindida del alma humana.

Las tres fases de vuestro universo son γ, β, α; vale decir que el paso se produce de la materia (γ) a la energía (β) y al espíritu (α). *Las formas dinámicas se abren por evolución no en la vida* tal como vosotros la entendéis*, sino en el psiquismo que es causa de dicha vida*. Así, el fenómeno de la vida asume un contenido enteramente nuevo y un significado inmensamente más alto, mientras al mismo tiempo no permanece aislado sino que se conecta con los fenómenos de la materia y de la energía. Y podemos trazar la génesis científica del principio espiritual de la vida, sin disminuir por ello en manera alguna la grandeza y divina profundidad del fenómeno. La energía es el soplo divino que anima a la materia, elevándola a más alto nivel. El "Pentateuco", en el Génesis, cap. II, dice:

"El Señor Dios entonces formó al hombre del fango de la tierra y le inspiró en la cara el soplo de la vida; y el hombre fue hecho alma viviente".

El fango de la tierra es la materia inerte, los materiales químicos del mundo inorgánico. El gran hálito que mueve y vivifica a la materia cósmica, es decir, "ανεμοσ, alma, espíritu, pasión, torbellino (α), no sólo se agrega sino que además se fusiona con ella; y sabemos que Dios no es potencia exterior sino que se halla en lo íntimo de las cosas y

en lo íntimo actúa, profundamente, en la esencia. No deis cuerpo ni hálito a la Divinidad. Comprended que en aquellas palabras no puede haber más que una humanización simbólica de una realidad más profunda.

LII

DESARROLLO DEL PRINCIPIO CINÉTICO DE LA SUBSTANCIA

Es la vida un impulso íntimo, y debemos estudiar *la génesis de tal impulso*. Es necesario referirnos a lo que dijimos en el estudio de la cosmogonía atómica y dinámica. Vimos allí que la substancia de la evolución es la expansión de un principio cinético que se dilata de manera continua, desde el centro a la periferia, una extrinsecación de movimiento que del estado potencial pasa al estado actual, una causa que permanece idéntica a sí misma, incluso produciendo su efecto. Las infinitas posibilidades centralizadas en un proceso involutivo precedente se manifiestan en este movimiento centrífugo evolutivo, compensador e inverso. Vuestras fases γ, β, α, no constituyen sino tres zonas contiguas de este proceso de descentralización. Vuestra evolución actual está suspendida entre centro y periferia, dos infinitos. Solamente colocados así, como substancia cinética de la evolución, resultan los fenómenos comprensibles y analizables; solamente reducidos así a su último término. El movimiento asume formas diversas, y toda forma es un grado, una fase de evolución, un modo de ser de la Substancia. *En lo profundo reside el movimiento*, y cuando cambia éste de trayectoria, entonces a lo externo de vuestra percepción responde un cambio de forma: el movimiento ha adquirido una vestimenta propia diversa. En el fondo, no es más que la expresión del pensamiento de Dios.

Para que el impulso proveniente del centro pueda llegar a la periferia y desplazar el sistema dinámico de vuestro universo, de una fase, es necesario que atraviese las fases intermedias y se presente en el umbral del nuevo período, *como producto y última elaboración cinética de éstas*. Y así como, en cuanto energía, apenas nacida, se había dirigido pronto hacia la materia, para moverla, animarla y fecundarla con su impulso dinámico y elevarla a vida más intensa, así también la vida, hija de la energía, se vuelve

pronto atrás, hacia la materia, para arrastrarla a nuevo torbellino de intercambios químicos, ignorados antes por ella. Y eso, para que la trinidad de las formas pueda fundirse en unidad y la maduración de cada fase sea profunda. Por tal motivo el movimiento es reemprendido por el movimiento de la fase sucesiva, mejorado y ahondado, perfeccionado y madurado. Es así cómo el nuevo impulso, máxima manifestación dinámica, *se repliega sobre la estructura atómica* y se viste de esa manifestación. Este connubio es necesario para que la nueva forma α halle su manifestación, y para que los movimientos de γ sean llevados a mayor grado de perfección. De tal manera se manifiesta el psiquismo de la vida a través de las combinaciones de la química, pero elevada ya ésta al más alto grado de química orgánica.

La expansión cinética del impulso central significa, de consiguiente, *una renovación de todos los movimientos anteriores*, una reconstrucción de la totalidad de los equilibrios ya constituidos. *Todo cuanto nació debe renacer cada vez más profundamente*. En la nueva manifestación de este principio de psiquismo, la materia revive fecundada por un poder de dirección y selección, que penetra en su íntima contextura y la invade toda en una fiebre de vida nueva. Y la nueva potencia nacida de β se hace, desde las formas ya aparecidas y elaboradas de la materia, un cuerpo del cual es el alma y en cuya intimidad actúa. La materia y la energía se convierten en medios externos, dominados y guiados por este movimiento de orden superior. Sólo por tal camino y a través de dicha compleja tarea de íntima y profunda maduración de la materia y de la energía -es decir, complicación y perfeccionamiento de los movimientos y equilibrios de la Substancia- el principio del psiquismo se expande y se hace presente en el mundo de los efectos y realizaciones, y fija su huella en el camino de la evolución. *Para que el principio pueda estabilizarse en esta zona periférica de las manifestaciones, debe rehacerse en las zonas intermedias*, fundir el propio movimiento en sus movimientos, perfeccionarlos, arrastrando en el propio impulso sus trayectorias hacia nuevos tipos y nuevas direcciones. De tal suerte es retomada la materia en circulación y elevada a sostén de la nueva manifestación. Es mediante este abrazo y fusión, por medio de dicha ayuda, con que el más propende hacia el menos, como se avanza. Jamás abandona el movimiento las construcciones ya establecidas, pero sí evoluciona y perfecciona sus equilibrios. La evolución es íntima, universal, y no admite acantonamientos de material de desecho. Esta retoma siempre en circulación ascensional es la naturaleza de aquella maduración cinética de la Substancia, que constituye la esencia de la evolución. Sólo ahora podéis tener la visión completa de la estructura cinética de la Substancia.

LIII

GÉNESIS DE LOS MOVIMIENTOS VORTIGINOSOS

Expuesta la cuestión en sus términos generales, veamos ahora *más particularmente* los cambios que asume el movimiento en el punto de paso de β a α. Vimos en γ las órbitas atómicas de los electrones que giran en torno al núcleo, abrirse y generar β por emisión de electrones. Vimos, en β, a la onda extinguirse por progresiva extensión de su longitud y disminución de frecuencia vibratoria. En la última fase de degradación, la onda tendería a volverse rectilínea si en la naturaleza toda recta no fuese una curva, como toda trayectoria circular es una espiral que se abre o se cierra. Veamos ahora cómo esta onda apagada asalta el edificio atómico.

El principio cinético de la vida es único en vuestro universo, constituido por la forma dinámica "electricidad", en la última fase de degradación. Dada la naturaleza de la energía, que es continua expansión en el espacio, *el principio de la vida se difunde por doquiera*, así como la luz y demás formas dinámicas. Se propaga como forma vibratoria, hasta que encuentra una resistencia en una masa aglomerada. De esta manera la energía, que se ha difundido por su naturaleza en los espacios y está pues, *omnipresente*, alcanza a toda condensación de materia. Entonces asalta la íntima estructura planetaria, porque es, precisamente, la dirección rectilínea la que posee el máximo de potencia de penetración. Las trayectorias cinéticas responden diversamente a esta penetración electrónica, según su tipo y naturaleza. El primer germen de la vida es, así, *universal e idéntico*, siempre en espera de desarrollo; un desarrollo que no se realizará sino al verificarse las circunstancias favorables; un desarrollo que, aun partiendo del mismo principio, se manifestará *diverso según las variadas condiciones del ambiente*. Donde β toca a γ, ésta exulta con un nuevo, íntimo movimiento rotatorio; allá donde β desposa a γ nace α, la vida (principio de dualidad y de trinidad).Y según la naturaleza y reacciones de la materia, el fenómeno varía y, finalmente, aparecen las manifestaciones diferentes del mismo principio único universal.

¿Qué perturbación ocurre, por consiguiente en el edificio atómico? Hemos visto ya que en la disgregación de la materia hay un tren de electrones sucesivamente lanzados

fuera del sistema planetario atómico en descomposición, lo cual constituye, precisamente, la génesis de las formas dinámicas. Cuando dicho tren de unidades, que se impelen mutuamente, llega como una flecha, el normal equilibrio atómico, determinado por el girar de las órbitas electrónicas en torno al núcleo, queda profundamente perturbado. Este fenómeno no puede verificarse sino cuando β ha llegado al máximo grado de evolución, vale decir de degradación dinámica (frecuencia mínima de vibración y máxima longitud de onda), porque mientras los tipos dinámicos asuman la forma vibratoria ondulatoria, no tendrán suficiente potencia de penetración y no podrá nacer de ellos la vida. *El momento de la génesis lo determina, pues, un equilibrio exacto de fuerzas*. Y el desarrollo de la vida y sus formas es determinado por su parte, por las resultantes de este equilibrio. Como la química inorgánica es, según vimos, reducible a un cálculo matemático de mecánica astronómica, así es la constitución íntima de la vida, aunque resulta de sistemas de fuerzas extremadamente más complejos. En consecuencia, un tren de electrones constitutivos de la energía eléctrica extremadamente degradada, o sea, sólo β llegada al último límite evolutivo de sus especies dinámicas, puede llevar cambios radicales a la estructura íntima del átomo; cambios no ya casuales, desordenados y caóticos, sino hechos de un nuevo orden de movimientos, más complejo y profundo. Los desplazamientos cinéticos de la Substancia obedecen constantemente a una ley de equilibrio y son las resultantes de impulsos anteriores, constituyen siempre un orden perfecto, en que acción y reacción, causa y efecto, se equilibran. Ello se verificó en la proyección de los electrones de la desintegración atómica radioactiva (génesis de la energía), y lo mismo ocurre ahora en los desplazamientos interatómicos debidos a la acción de los nuevos electrones que se agregaron.

Detengámonos un instante en tal *aproximación entre electricidad y vida*, para comprender por qué, precisamente, esta fuerza ha sido situada al comienzo de la nueva manifestación. Sabéis que el equilibrio interno del átomo y las órbitas de su sistema planetario son regidos por atracciones y repulsiones de carácter eléctrico, y que es el equilibrio entre dichos impulsos y contraimpulsos lo que mantiene su contextura en una condición de estática exterior. Por lo tanto, nada es tan apropiado para desplazar el equilibrio del sistema e injertarse en aquel movimiento, como la intervención de un nuevo impulso o acción de naturaleza eléctrica. Así, la electricidad se injerta en la vida y *la encontraréis siempre presente* en ella, sobre todo si consideráis a ésta -como os dije- en su íntimo dinamismo motor. Aunque sea refinándose -como todo se refina por evolución, vale expresar, adquiriendo en calidad lo que pierde en cantidad, mediante una degradación paralela a la dinámica que hemos visto- también en la vida subsiste

siempre la fuente originaria de naturaleza eléctrica. Ella constituye todos los fenómenos nerviosos que guían y sostienen el funcionamiento orgánico; en la base de la vida existe un sistema eléctrico de importancia por demás fundamental, que todo lo preside. La electricidad permanece constantemente como centro animador y substancia interior de la vida, cuya función central directiva, la más importante, asume siempre. Esta supervivencia en posición tan sobresaliente bastaría para demostrar la parte substancial que la electricidad debe de haber tenido en la génesis y desarrollo de la vida. Asimismo cuando alcanza las formas de magnetismo, voluntad, pensamiento y conciencia, permanece el mismo principio, aunque llevado a las fases de máxima complejidad. Verdaderamente, no se trata sino de la continuación del mismo proceso de degradación que desde las formas dinámicas se prolonga hasta las formas psíquicas.

Cuando en un sistema rotatorio sobreviene una nueva fuerza, ésta se introduce en dicho sistema y tiende a sumarse y fundirse en el tipo de movimiento circular preexistente. Podéis imaginaros cuán hondas complicaciones ocurren en el entretejido, ya de por sí complejo, de las fuerzas atractivo-repulsivas. El simple movimiento circular se agiganta en un movimiento vortiginoso más complejo. A raíz de la introducción de nuevos electrones, el movimiento no sólo se complica en su estructura, sino que se refuerza, nutrido por los nuevos impulsos. En lugar de un sistema planetario, tendréis entonces una nueva unidad que os recuerda los remolinos de agua, las trombas marinas, torbellinos y ciclones. *El principio cinético de* γ *vuelve a ser tomado así por* β, en una forma vortiginosa mucho más compleja y potente. Nace así una nueva individuación de la Substancia, esta vez verdadero organismo cinético en que todas las creaciones y conquistas -o sea, trayectorias y equilibrios precedentemente constituidos- subsisten, pero coordinándose. Veremos cómo el *tipo dinámico del torbellino* contiene en embrión todas las características fundamentales de la individuación orgánica y del Yo personal. En esta nueva forma de movimiento, organización de sistemas planetarios, coordinación compleja de fuerzas, en la inestabilidad misma de la nueva construcción, y en la rapidez de los continuos intercambios con el ambiente, en su más intenso devenir de equilibrios que -aun cambiando- vuelven siempre a encontrar el hilo conductor, se revela aquel psiquismo que es el más refinado dinamismo a que llega la energía en la vida. Principio nuevo, pero hijo de los anteriores, simple expansión de potencias centralizadas en estado latente, nuevo modo de existir de la Substancia llegada a la periferia de las manifestaciones.

La primera expresión de α adquiere, por consiguiente, la forma de torbellino. El tipo de movimiento del átomo físico se combina consigo mismo en movimientos más complejos, por obra de la nueva instalación dinámica. El nombre sánscrito "*Vivartha*" significa, precisamente, este procedimiento que, desde la concepción hindú hasta las más modernas hipótesis científicas, expresa la substancia de los fenómenos del universo[1]. Pero la esencia de α no es el torbellino que constituye sólo su manifestación, la forma exterior con la cual se viste aquel principio inmaterial. α, el espíritu, reside en la Substancia, y la Substancia es el movimiento (velocidad), es lo que mueve y guía, anima y rige el torbellino, sin lo cual perdería éste su tipo, su resistencia, y se extinguiría reabsorbido en lo indiferenciado. Vosotros no encontráis y por tanto no podéis observar más que fenómenos, o sea, efectos, manifestaciones; sólo esta exteriorización del principio podéis tocar, y sólo desde ella sois capaces de remontaros al centro y hallar de nuevo la causa. Digo esto para evitar dudas y malentendidos. Si ya lo era β, α es principio todavía más inmaterial, absolutamente inmaterial, que permanece siempre distinto de la materia, aun cuando la anime y mueva desde el centro. Por lo demás, ya os dije que la materia es velocidad y que el átomo, así como el electrón, es un sistema de fuerzas; por torbellino, pues, no se puede entender -incluso en el sentido más material- sino un movimiento que arrastra consigo otros movimientos. En consecuencia vuestro separatismo, que divide cuerpo y espíritu, carece de sentido, sobre todo como antagonismo. No se trata más que de dos polos del ser, de dos extremos que se comunican por continuos intercambios y contactos, de una zona de trayectoria en camino. Vuestros conceptos habituales pierden todo significado apenas se mira en lo profundo de las cosas. Y si me preguntáis por qué se manifiesta α, el espíritu, en este momento del transformismo evolutivo, y qué relación puede tener el origen de los movimientos vortiginosos con la aparición de la conciencia, os diré que si la fase β había conquistado la dimensión tiempo, ahora la introducción del movimiento de β en el de γ representa la construcción de edificios, verdaderos organismos dinámicos, los cuales constituyen manifestación de un principio nuevo de coordinación y dirección de movimientos, lo que significa la *génesis de la nueva dimensión conciencia*. La conciencia -hoy de superficie y analítica- se convertirá en un organismo todavía más complejo de movimientos vortiginosos, en una animadora de potencia nueva, en la dimensión *superconciencia sintética de intuición*, en la dimensión volumétrica, la máxima de vuestro sistema. Entonces, la materia ha de desmaterializarse de su forma atómica, y el ser sobrevivirá más allá del fin de vuestro universo físico y de sus dimensiones.

---

[1] Ver capítulo XXVI: *"Estudio de la Trayectoria Típica de los Movimientos Fenoménicos"*. (N. del T.)

LIV

LA TEORÍA CINÉTICA DE LA GÉNESIS DE LA VIDA Y LOS PESOS ATÓMICOS

Tratemos de rastrear en la realidad de los fenómenos algunos efectos de esta transformación íntima de movimiento de la cual se genera la vida y en la que se manifiesta su psiquismo: transformación de química inorgánica en química orgánica. Hay, en este campo, hechos que pueden demostraros la realidad de esta que podréis asumir como *teoría cinética de la génesis de la vida*, es decir, entendida como manifestación debida a una introducción de radiaciones dinámicas de composición electrónica en el sistema planetario atómico. No todos los átomos responden de igual modo al mismo impulso, no todos se hallan igualmente prontos a ser arrastrados en el ciclo de la vida. Y *la resistencia a la penetración electrónica no es constante para los varios cuerpos simples*, mas cambia, precisamente, conforme a su peso atómico. Tal hecho tiene un significado importante. La radiación electrónica puede bombardear todos los átomos, pero los más ligeros se encuentran prestos a obedecer, y *esta capacidad receptiva está en razón inversa de su peso atómico*. Escalonando los cuerpos simples por peso atómico progresivo, como en la serie estequiogenética, halláis que es *máxima para los pesos atómicos mínimos, y mínima para los pesos atómicos máximos, la capacidad de aquellos cuerpos simples de ser tomados en circulación*; vale expresar, de ser transportados, a través del turbión vital, en una vida breve inmensamente más rápida e intensa que la suya propia: lo que quiere decir recibir en el propio ámbito cinético la radiación electrónica que intensifica su ritmo. ¿Por qué, pues, el peso atómico es base de la selección de los materiales de sostén de la vida? Porque el tren electrónico *encontrará menor resistencia para penetrar en los sistemas atómicos más simples,* de uno o pocos electrones, que en los más complejos, de muchísimas órbitas electrónicas. Y vimos que, de H a U el aumento de peso atómico, implica emisión progresiva desde el núcleo, y estabilización en órbitas, de electrones siempre nuevos, hasta el máximo de 92, después de lo cual el sistema atómico se disgrega. Es evidente que las reacciones de un sistema cinético más rudimentario son más débiles que las de los más complejos, y que resulta más fácil transformar el equilibrio de los movimientos en el primer caso que no en el segundo. Los sistemas

planetarios más simples, menos numerosos en satélites, se dejarán plasmar más fácilmente en nuevas trayectorias que los sistemas densos de electrones, que remolinean en movimientos más intensos. Cuanto más sean los electrones, tanto *mayores serán la masa y la inercia, vale decir, la resistencia a la absorción de impulsos externos*. Tales desplazamientos cinéticos íntimos constituyen la esencia de aquel fenómeno de la transmutación de la materia inorgánica en orgánica, reducible en su esencia -como decíamos- a un cálculo de fuerzas. Estas concordancias prueban que el fenómeno vida es substancialmente la resultante de una asimilación, en el sistema atómico, de un movimiento electrónico, porque precisamente los electrones del átomo ofrecen una resistencia proporcional a su número. He aquí confirmada la teoría cinética de la génesis de la vida.

Si observamos los cuerpos simples no ya -como hemos visto- en química inorgánica, sino como se comportan en química orgánica, esto es, el *modo como son admitidos y tolerados en el organismo viviente*, vemos que H, C, N, O, a los que corresponden los pesos atómicos: 1, 12, 14, 16 (los más bajos de la escala), son *los cuerpos fundamentales de la vida*; y también, que ellos están ampliamente difundidos en la atmósfera, donde nace aquélla sobre vuestro planeta, en el período de la génesis vital: *hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno*, en el estado de vapor de agua H_2O, de gas carbónico CO_2, y en el estado libre N y O_1.

Vienen luego *los cuerpos sucedáneos* de los fundamentales, que pueden substituirlos parcialmente y son *aceptados en dosis moderadas*. Su peso atómico no supera los 60 y tenemos, en orden de peso atómico:

Litio[2] (Li = 7); boro[5] (Bo = 11); flúor (Fl = 19); sodio (Na = 23); magnesio (Mg = 24); silicio (Si = 28); fósforo (P = 31); azufre (S = 32); cloro (Cl = 35,5); potasio (K = 39); calcio (Ca = 40); aluminio[3] (Al^2 = 54); manganeso[4] (Mn = 55); hierro[4] (Fe = 56); níquel[5] (Ni = 58,5); cobalto[5] (Co = 58,7).

Siguen los cuerpos que, aun entrando a formar parte de la vida orgánica, *no son aceptados sino en pequeñísimas dosis*. Su peso atómico no supera el 137 y, según dicho peso, están en el siguiente orden:

Cobre[7] (Cu = 63,5); zinc[7] (Zn = 65,4); arsénico[10] (As = 75); bromo[6] (Br = 80); rubidio[8] (Ru = 85,5); estroncio[9] (Sr = 87,6); yodo[6] (I = 127); bario[9] (Ba = 137,4).

Si continuamos aun remontándonos a los más altos grados en la escala de los pesos atómicos, comprobaremos que los cuerpos que se hallan normalmente ahí *no se encuentran*, en cambio, *en los organismos*, de modo que si son admitidos en el ciclo vital, no son *tolerados más que en dosis mínimas*. (Esto es fundamental, también en su uso terapéutico). Tenemos:

Selenio (Se =79); plata (Ag = 108); estaño (Sn = 118); antimonio (Sb = 120); telurio (Te = 127); platino (Pt = 195); oro (Au = 197); mercurio (Hg = 200); plomo (Pb = 207).

Llegamos, por último, a los *pesos atómicos máximos* de los cuerpos radioactivos, utilizables terapéuticamente por el dinamismo de sus radiaciones, pero *sin propiedades biológicas intrínsecas*. La inestabilidad de su equilibrio interior representa un sistema atómico en descomposición, que huye hacia las formas dinámicas, y el más impropio para ser retomado en coordinaciones cinéticas de orden más complejo. La emanación electrónica de dichos cuerpos, si bien puede excitar en el átomo la aptitud para entrar en el ciclo vital, *permanece siempre exterior a él*; para poder penetrarlo, ha de atravesar primero toda la maduración de las formas dinámicas, hasta el máximo de degradación. Tenemos, pues:

Polonio (Po = 210); radio (Ra = 226);
Torio (Th = 232,4); uranio (U = 238);

vale expresar, los cuerpos del sistema atómico más complejo, de las órbitas más numerosas, los más resistentes a toda penetración cinética, precisamente porque aquellas órbitas son lanzadas y se abren en la periferia, en dirección contraria al tren que sobreviene de las radiaciones eléctricas de onda degradada.

LV
TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS VORTIGINOSOS

Hemos visto de qué modo el tren electrónico de la onda dinámica degradada bombardea el edificio atómico, lo penetra y desplaza su equilibrio íntimo, y cómo por

tal intervención dinámica el sistema planetario de fuerzas se transforma en un sistema vortiginoso. Este es el germen de la vida en su estructura cinética. Observemos su compleja constitución y la correspondencia con la realidad de los fenómenos de esta que -os lo he dicho- podréis admitir como teoría cinética de la vida o *teoría de los movimientos vortiginosos*, poniéndola en la base de la química orgánica (cinética química).

Observad, ante todo, mi planteamiento del problema de la vida, completamente diverso del de la ciencia. Esta última busca en la evolución el origen de las formas. Yo os expongo, en cambio, el origen de los principios, la causa por la cual aquellas formas son regidas como última consecuencia. Se sigue, pues, que, mientras la ciencia se mueve en lo múltiple de los efectos y permanece en lo externo del fenómeno, yo alcanzo la unidad y penetro en lo profundo de las causas. Y es natural que, arribando así a la substancia de los fenómenos, la química deba transformarse hasta llegar a la abstracción filosófica. Siendo asimismo natural que, evolucionando vuestra ciencia, desde su actual forma exterior y de superficie, a su más completa forma de ciencia substancial y profunda, haya de convertirse en ciencia abstracta y aproximarse a aquella unidad fundamental en que los conceptos de las matemáticas, de la filosofía, de la química, de la biología, etc., constituyen una sola cosa. Ahondemos, por tanto, el problema de la génesis de los principios de la vida.

Sabéis que los torbellinos giran en torno a un eje, y que alrededor de ese centro múltiple se desplaza la serie de los equilibrios inestables del sistema. Dichos equilibrios, a diferencia substancial de los del edificio atómico, se renuevan de manera constante, se demuelen y se reconstruyen en todo instante. *El eje es el alma del sistema atómico vital, así como el núcleo era el alma del sistema atómico inorgánico*. Cuando el tren electrónico bombardea un átomo después de otro, no sólo altera las trayectorias de los satélites del sistema, sino que además llega a los núcleos y, en tanto que éstos eran primero centros de sistemas separados, *ahora los funde en cadena en un sistema cinético único*. Se comienza ya a entrever las primeras características del nuevo organismo de fuerzas, las características fundamentales de la vida. La penetración electrónica ha roto los sistemas dinámicos cerrados de los átomos, combinándolos juntos en un *sistema dinámico múltiple abierto. La línea y la dirección del eje son generadas y determinadas por la onda degradada rectilínea* que, transmitiéndose en el espacio, ha encontrado una aglomeración de átomos y arrastra los sistemas electrónicos, equilibrando los núcleos en cadena. He ahí por qué sólo la onda degradada puede generar en las acumulaciones de átomos el torbellino genético de la

vida. Ahora, *este eje del torbellino representará en la vida la línea del recambio*, función universal y fundamental del mundo orgánico; la dirección del proceso continuo de asimilación y desasimilación *es la misma dirección de la onda*, determinada por aquel impulso que vemos que es irreversible. *En la vida, el recambio es la expresión de la línea irreversible de la evolución*. Veis cómo ninguna característica, aunque sea la más embrionaria y lejana, se destruye; mas cómo, en cambio, está en ella contenido el germen de los más grandes desarrollos. El mundo dinámico de β contiene, a manera de semilla, todo el desarrollo de la vida, todas las notas fundamentales de la gran sinfonía. Aquella simple trayectoria y dirección se desarrollarán en principio directivo y finalidad, en individualidad y personalidad, en psiquismo. Notáis, también, que la introducción dinámica responde a la continua reorganización de las unidades menores, en unidades colectivas superiores (ley de las unidades múltiples); aquí tenemos, en efecto, no ya masas o conglomerados, sino *organismos de átomos*. Y advertís cómo en esta reorganización más vasta se centraliza el desarrollo de las notas embrionarias características de las formas inferiores. Además, encontráis aquí la línea de los ciclos múltiples (ver Figura 5), que os dice que el ciclo mayor no es sino la resultante del desarrollo de los ciclos menores; en este caso, la realización orgánica no constituye más que el producto de la maduración atómica (estequiogenética, o sea, desarrollo de sistemas planetarios nucleares o electrónicos). Visto de esta manera en lo íntimo, el universo se os aparece a cada paso de una divina grandiosidad.

Así individualizado, el eje del sistema vortiginoso se os presenta con características especiales. Podéis imaginaros qué potencia cinética encierra, si es *cadena de núcleos* en torno a los cuales continúan gravitando y girando los electrones atómicos, a cuyas atracciones y repulsiones se han sumado las de los electrones recién llegados de la onda degradada de β. El eje del sistema tiene así, *dos extremidades* caracterizadas por cualidades diferentes: una extremidad o *polo positivo, o de penetración, o de ataque* (por el cual se propaga el movimiento), y un polo negativo, final o de separación (en que el movimiento se extingue). La línea de propagación de la energía, transformada en la electricidad de signo + y - va a convertirse, en la vida, en *el principio del nacimiento y de la muerte*. Como veis: sistema abierto y en continuo movimiento. He aquí dónde nace aquella rapidez de recambio e inestabilidad química que constituye característica fundamental de los fenómenos vitales. Sólo la infusión del principio dinámico de β en el principio estático de γ podía dar lugar a este tercer principio psíquico de α. La materia γ, había conquistado la sola dimensión espacio, y β la sola dimensión tiempo; únicamente del abrazo de las dos dimensiones podía nacer la

tercera: *la conciencia*. Pues que es éste el primer sistema cinético alcanzado por la Substancia, que, hallándose abierto y en movimiento, distingue lo interno de lo externo, vale expresar que contiene *el principio de la distinción del yo y del ambiente*, y constituye la primera afirmación de *individualidad*; y se proyecta al exterior, *fuera de sí mismo,* acto fundamental, base de la *percepción y del desarrollo de la conciencia*. Hay, en esta capacidad del sistema vortiginoso de proyectarse fuera de sí, de combinar, por consiguiente, los movimientos propios con los de otros sistemas vecinos y de experimentar su influencia, hay, en esta receptividad cinética, en esta posibilidad de asimilación de impulsos externos, el germen de aquel continuo *registro y asimilación de impresiones* que es base del desarrollo de la conciencia. Veremos cómo ésta se dilata así continuamente. Lo que desciende a lo profundo del yo y se fija allí en *automatismos* que constituyen luego los *instintos*, no es otra cosa que el impulso de una fuerza que se fija, absorbida en los equilibrios del sistema cinético-dinámico del torbellino vital. Esto es inestable y mutable, pero lo que tiene una acción constante *penetra y se fija también en esta inestabilidad*, que no constituye caos sino sólo un equilibrio más complejo, resultante de miríadas de equilibrios menores. Es importante rastrear en las formas inferiores los gérmenes y la primera génesis también de las más altas formas de vuestro psiquismo, porque sobre tal base científica y racional apoyaré mis conclusiones en los campos -que parecen muy lejanos y que, sin embargo, se hallan próximos- del mundo ético y social. Veis, sin duda, cómo la íntima elaboración evolutiva o descentralización del principio cinético de la Substancia, o manifestación de la Divinidad, se desarrolla por una simple trayectoria dinámica dirigida de un polo + a un polo - : primero, la línea del recambio orgánico, constructora de cuerpos; luego, la línea del recambio psíquico, constructora de almas. En esta fusión de extremos sentís la verdad de mi Monismo.

LVI

PARALELOS EN QUÍMICA ORGÁNICA

Busquemos en la química orgánica algún paralelo o correspondencia con el principio de los movimientos vortiginosos. Después de haber observado la génesis de la vida en

su íntima y profunda realidad, nos disponemos ahora a proceder hacia lo externo, hacia aquella apariencia que es más sensorial y, por lo mismo, para vosotros más fácilmente comprensible. Varios *fenómenos de química orgánica* os muestran que la estructura del fenómeno vital responde a la de los movimientos vortiginosos observados.

Mientras las principales *reacciones de la química mineral son instantáneas y totales*, las de la *química orgánica* son generalmente *progresivas y lentas*. La mecánica de las reacciones os indica que sólo en el primer caso el equilibrio químico del sistema es *alcanzado casi inmediatamente*, al paso que en las reacciones orgánicas es menester *largo tiempo* antes de arribar a aquel estado. Estas reacciones progresivas, incluso si son simples en apariencia, constituyen en realidad una superposición de reacciones sucesivas, productos intermedios determinantes, demasiado efímeros para ser descubiertos. Esta aparente menor movilidad química, es substancialmente debida al sistema vortiginoso, el cual reacciona (inercia) contra toda acción tendiente a desplazar su equilibrio, más potente y más profundamente que el sistema atómico simple, porque aquél es más complejo que este último. El entrelazamiento de las líneas de fuerza destinadas a ser proyectadas diversamente, es harto más vasto, pero, en compensación, por el mismo motivo, el sistema resulta apto para conservar más largamente los tipos de movimiento, una vez introducidos y absorbidos (germen de *la hereditariedad*).

Sólo este dinamismo más profundo cuya estructura cinética estudiamos, podía producir la síntesis química de la vida desde la materia inorgánica. La substancia de los intercambios vitales consiste en un ciclo mediante el cual el dinamismo íntimo del sistema transporta la materia inorgánica en combinaciones químicas, para ella extraordinarias y complicadísimas, que jamás hubiera alcanzado por sí sola. La característica de la química de la vida es la necesidad de una renovación íntima constante, con que se reconstruye un deterioro rápido; un deshacerse continuo de equilibrios que se reconstruyen, empero, a cada instante, de modo que en el conjunto se mantiene el equilibrio, pero condicionado por ese férvido trabajo íntimo. *La estabilidad se mantiene a través de la inestabilidad de todos sus momentos, al precio de ser una corriente en movimiento*. La misma muerte -que semeja ser un derrumbamiento del edificio, porque es el momento en que los elementos se apresuran a descender los escalones de esta estructura demasiado compleja, para retornar a su más simple estado primitivo- no es impotencia para regirse en el más alto equilibrio de la vida, sino efecto del acosar siempre activo y sin tregua del dinamismo del sistema: muerte, sinónimo de renovación. Así persiste perennemente la vida en el ritmo veloz de su devenir. Fenómeno antiestático por excelencia, *sin esa renovación no es posible*. El

proceso vital es la resultante evidente de este continuo movimiento de introducción y expulsión, de asociación y disociación, de anabolismo (asimilación) y catabolismo (desasimilación), que lleva a la regeneración continua de la célula. La vida -desde su primera fase orgánica, que no contiene sino los primeros rudimentos de aquel psiquismo que constituye su meta y que en el hombre adquirirá autonomía- es dinamismo intenso determinado por un constante y complejo *descomponerse y recomponerse de la materia en combinaciones químicas muy transitorias*. En el seno de tal dinamismo son tomadas y llevadas las substancias a lo largo del organismo, son absorbidas, asimiladas y fusionadas en la palpitación vital y, tras haber permanecido en él, son eliminadas. Su paso a través del ciclo orgánico habrá sido para ellas una especie de fiebre, de carrera inusitada, de la que escaparán, para reposar en su equilibrio químico inorgánico, apenas se desliguen del apretón. Ahora bien, es éste precisamente el fenómeno que ocurre en un torbellino que aferra, en su movimiento rotatorio, primero que todo, los cuerpos livianos (peso atómico bajo, menor resistencia o inercia), los arrastra en el turbión y luego los abandona. Y ello ocurre mientras cambia continuamente el material constitutivo del remolino y éste conserva independiente todavía su individualidad.

¿Cuál es el que, en uno y otro caso de esos dos fenómenos afines, mantiene intacto este equilibrio superior, mientras en su seno los edificios atómicos pasan rápidamente de un sistema de equilibrio a otro? ¿Quién da a esa inestabilidad el poder de *mantenerse indefinidamente, de rectificarse, de reconstituirse*, y la fuerza para *erigirse en resistencia contra todos los impulsos contrarios*, tendientes a traer desviaciones? El fenómeno de la vida no es fenómeno transitorio o accidental, y sus equilibrios inestables no constituyen un mero caso químico, puesto que se han fijado substancialmente en el camino de la evolución. Y ¿dónde puede estar esta nueva capacidad de autonomía -enteramente ignorada en el mundo de la química inorgánica- sino en la estructura cinética especial de los movimientos vortiginosos? Pues, frente al determinismo insuperable de la materia nos encontramos aquí en los primeros pasos de aquella ascensión que llevará -en la fase de conciencia- al libre arbitrio, una novísima libertad de movimientos, la cual no destruye sin embargo el equilibrio y la estabilidad integral del sistema. El movimiento vortiginoso encierra, sin duda, el proceso típico de aislamiento, en el ambiente, de un sistema de fuerzas, o sea, el *principio de la individualidad*. Ya un remolino de fuerzas constituye un *yo distinto* de cuanto le circunda, con lo cual entra en relaciones pero no se fusiona, y que posee su devenir, dirección y meta propia, con recambio y principio directivo de funcionamiento que da, en seguida, la imagen del organismo y de la vida. Sólo el sistema cinético del torbellino

contiene aquellas características de *elasticidad*, de equilibrio móvil, tan distantes de la rigidez inorgánica, y que tanto recuerda el estado coloidal fundamental en la vida. Éste, mientras asegura la estabilidad de estructura de los protoplasmas vivientes, favorece maravillosamente en los mismos el desenvolvimiento de las reacciones químicas. El torbellino *recibe y reacciona*; admite, por su estructura, una *velocidad de reacciones* mucho mayor que el sistema atómico, por lo que constituye la sede más apta para la evolución de las reacciones químicas. Sistema *plástico, móvil y elástico*, como es la vida, y sin embargo *resistente*. Posee la facultad de asimilar los impulsos de lo externo, de apropiárselos sin romperlos, de conservar la huella en el propio movimiento y de *registrar*, de tal suerte, la resultante de sus combinaciones (*memoria*). Se entrega y se transforma, sufre pero nada olvida. Su elasticidad significa capacidad de readquirir el equilibrio conforme a la ley de su movimiento. Pasivo y activo al mismo tiempo, roza la totalidad de las características de la vida.

Otra aproximación entre las características de los fenómenos vitales y las de los movimientos vortiginosos: la admisión de la materia en el círculo de la vida no ocurre al azar. Vimos que se prefieren los pesos atómicos bajos; pero ello no basta. El torbellino vital establece vínculos entre átomo y átomo. Cuando son tomados éstos en el movimiento de la vida, se establecen vías de comunicación entre ellos. Mientras que en química inorgánica no tenemos sino los movimientos planetarios de los sistemas atómicos cerrados -coordinados simplemente en sistemas moleculares y en equilibrio estable- en química orgánica tenemos *sistemas atómicos abiertos y que se comunican, en equilibrio inestable*. Los átomos resultan así *reunidos en cadena*, hechos solidarios en el seno de un mismo flujo dinámico, guiados por idéntico impulso y por una misma voluntad. En la materia son alternativamente extraños en su íntima estructura, aunque próximos y equilibrados; en la vida están ligados en abrazos y son movidos en dirección única. Tal es la base de la unidad orgánica, y cuando ésta se disuelve, los pasajes se cierran, los sistemas vuelven a aislarse, recíprocamente indiferentes; se ha retirado, con el torbellino, aquella voluntad colectiva que los hermanaba. Estas cadenas dinámicas se encuentran abiertas. Los átomos tomados en el remolino vital son transmutados en su movimiento íntimo y son arrastrados en un movimiento diverso; y en dicho viaje son elaborados, modificándose su constitución química. Realizado su trayecto, son abandonados, no ya vivos, sino inertes. Los átomos son así alineados, en series bipolares y el viaje de la vida se realiza entre dos extremos: nacimiento y muerte. Ahora sabéis que sólo las substancias orgánicas constituidas por cadenas abiertas de átomos (o grupo de átomos), son aceptadas por los seres en el ámbito de la vida, al paso que las *substancias cíclicas, los compuestos de cadena cerrada, no son tolerados*.

Todo lo cual coincide con la estructura cinética del sistema vortiginoso, abierto y presto a admitir en el propio ámbito impulsos siempre nuevos. Es evidente que un sistema cíclico, una cadena de átomos cerrada sobre sí misma, no puede ser admitida, puesto que no ofrece acceso. La línea de las transformaciones químicas la determina el eje del sistema vortiginoso, y tal eje vimos ya que era a su vez determinado por la onda degradada de β. De modo que todo individuo biológico, si es físico en lo externo, es siempre, aun cuando lo sea en grado diverso, psíquico en su centro interior, precisamente porque es de origen eléctrico el eje del sistema vortiginoso. La electricidad en los primeros niveles, el psiquismo que de ella ha de nacer en los más altos, hállanse siempre en el centro del fenómeno vital; así como atrae el eje en torno a él un sistema vortiginoso, el principio psíquico atrae y sostiene alrededor de sí su vestidura orgánica. Por ende, la línea del transformismo vital, ya sea cadena de reacciones químicas, o desarrollo individual, o bien evolución biológica, se encontraba ya trazada y contenida en la línea de expansión dinámica (onda). Veis, pues, cómo la *evolución de la vida* -en su impulso interior, determinante de las formas- *está en línea de continuidad con la difusión de* β *y la evolución de las especies dinámicas*.

LVII

MOVIMIENTOS VORTIGINOSOS Y CARACTERES BIOLÓGICOS

Pero el sistema cinético vortiginoso posee otras características fundamentales que lo aproximan y asemejan a los fenómenos vitales. De todo esto podréis deducir una nueva confirmación de que vortiginosa es -como os dije- la estructura íntima del fenómeno biológico, de que esta teoría os da una explicación profunda, que armoniza con la explicación de la totalidad de los fenómenos existentes. El torbellino no es sino la expresión volumétrica de aquella espiral que -lo vimos- constituye la trayectoria de todo fenómeno, la expresión gráfica del concepto que lo rige, espiral que también aquí, en el campo biológico, reaparece en el organismo dinámico del torbellino. Ello corresponde al principio de la espiral que se abre y se cierra, y se expande en él a manera de respiro que, dilatando progresivamente la amplitud de su ritmo, se agiganta (crecimiento orgánico y psíquico de la vida). Señalamos ya de qué modo la

constitución de aquel movimiento vortiginoso lleva a su distinción del ambiente, o sea, a una individuación independiente. Puede pareceros que existe un abismo entre vida y materia, y que la vida representa en el universo un cambio fundamental de leyes. No. En la naturaleza no hay abismos, saltos, ni zonas de vacío, sino que todo es continuación de lo que fuera preparado con anterioridad, desarrollo de lo que ya existía en estado de germen. De ahí que volváis a encontrar en biología los mismos principios que apuntan en química, pero desarrollados y elevados; y el paso se da mediante una maduración interior que lleva a una más alta combinación los elementos preexistentes. El principio directivo que dormía en lo hondo de las cosas ha despertado. Este proceso de individuación del torbellino atómico, que se distingue en el campo cinético del ambiente, responde a la ley que hemos visto ya, según la cual los seres al evolucionar, pasan de lo indistinto a lo distinto, ley que se compensa -para que el Todo no se pulverice en lo particular- con la de la reagrupación en unidades colectivas. (Un individuo biológico no es más que un organismo de sistemas vortiginosos conectados y comunicantes). En tanto que la materia se presenta individualizada en formas que se repiten idénticas, la vida no nos presentará, jamás, dos exactamente iguales, y su comportamiento tendrá siempre una nota de individualidad. Hay en toda forma de vida una distinción más acentuada, al tiempo que dicha forma es una unidad colectiva más compleja en su organicidad. En la vida existe una individualidad de manifestaciones que preludia el desarrollo de la personalidad, y hay asimismo una independencia de movimientos que hace sentir como ya iniciado el proceso de transformación del determinismo físico en el libre arbitrio del psiquismo. Evolución, en efecto, en cuanto es descentralización cinética, es también expansión y liberación de movimiento. Ahora, estas características de la vida las volvemos a encontrar también en los movimientos vortiginosos.

Halláis *un caso de movimientos vortiginosos* para vosotros más concreto y más susceptible de observación, en los remolinos, ciclones, trombas marinas y similares. *Un remolino* constituye una unidad dinámica distinta del ambiente, revestida de caracteres de *individualidad*, independiente de aquél en sus movimientos, con un punto propio de origen (nacimiento) y un punto final (muerte), donde su energía y trayectoria se agotan. *Resiste a los impulsos extraños* y, si bien admite fuerzas en su ámbito, las modifica mediante un proceso que recuerda el concepto de *asimilación*. Esto es esencialmente -más que una forma estática, como en el mundo físico- el desarrollo de un dinamismo. Su esencia, igual que en la vida, está en el devenir; y se rige perfectamente equilibrado en una transformación continua. Hay en ello algo del futuro psiquismo. Los materiales constitutivos son forma exterior y efecto antes que causa determinante: de hecho éstos

cambian continuamente, al paso que aquélla, no obstante todo su cambio, permanece idéntica a sí misma. Permanece el tipo de la forma, aun cuando ésta se modifica, y cambia el material constitutivo que la atraviesa. Y este último también cambia constantemente, en una corriente continua que os habla ya de aquel metabolismo que es nota fundamental del mundo orgánico. Así, se presentará éste con la característica fundamental de saber absorber y utilizar las energías ambientales disponibles. En el remolino existe por consiguiente un *recambio*, un *poder de asimilación*, y en su *capacidad de resistir* a los impulsos externos reside en embrión lo que ha de ser *instinto de conservación*. Por su parte, el torbellino electrónico no es sino un remolino donde lo que atraviesa el sistema cinético son los átomos en constante substitución, en la cual aquéllos se transmiten caracteres esenciales que no son los de sus propiedades físicas y químicas, sino los que el sistema cinético en que son tomados ha conferido a su movimiento íntimo. La naturaleza ya determinada de aquel sistema es una aptitud "a priori" para entrar en combinación diversamente, conforme a los varios tipos de movimiento que el ambiente ofrece; lo que será una capacidad de elección o poder de transformar diferentemente, según el tipo orgánico, los mismos materiales del mundo externo (la misma substancia formará diversos tejidos y órganos de acuerdo con el organismo que la haya tomado en circulación). Y el *principio de inercia* que rige a aquél como a todos los sistemas cinéticos, contiene el germen de la *resistencia a las variaciones y del misoneísmo*. Hay asimismo, en tal absorción de materiales, proyección de fuerzas y comunicación con lo externo, por parte de la individuación; el torbellino no es ya sistema cinético cerrado, sino abierto, y dichas vías abiertas hacia lo externo han de ser *las vías de la sensibilidad y de la percepción*, las cuales permitirán -en un primer nivel simplemente orgánico- la síntesis proteica y luego la asimilación, y en un más alto nivel el acrecentamiento continuo de aquel núcleo psíquico que contiene ya en embrión el remolino, hasta la maravillosa dilatación de la conciencia que el hombre ha alcanzado, y más allá. El remolino posee una *voluntad de reacción* que no constituye tan sólo resistencia a la deformación sino que es además principio activo que se proyecta hacia lo externo y modifica el ambiente: he aquí el germen de la *actividad humana* que, cambiando según las circunstancias, modifica a su vez a éstas; el germen de la adaptación, que tanta influencia habrá de tener en la variabilidad de la especie. En la naturaleza de las formas dinámicas (onda, dirección, expansión), halláis el primer germen de ese impulso que ha de elevarse a *voluntad*. Tanto en el remolino como en la vida se da este permanente contacto entre lo interno y lo externo, ese intercambio de acciones y reacciones, ese apuntalamiento de impulsos y contraimpulsos que sostienen el paso de la evolución. Pero no basta. El remolino posee no sólo la capacidad de resistencia a la deformación y desviación y la voluntad de

reacción, sino además aptitud para el *registro de los movimientos* que absorbe y para la *conservación de los mismos* en su ámbito, si bien transformados a fin de adaptarlos a sí. He aquí nuevos gérmenes. No sólo sensibilidad y percepción, sino *la memoria de las impresiones y la capacidad de fijarlas* en la personalidad y en las características de la especie, ya sea en cambios orgánicos o bien en aptitudes psíquicas (automatismos, génesis de los instintos). (¿Qué son los automatismos sino movimientos introducidos y estabilizados, por acción prolongada, en el organismo cinético del torbellino?). Aptitud para la asimilación de impresiones y, por tanto, posibilidad de que aquella *centralización cinética*, en que la forma se reduce a *semilla*, contenga la génesis de todas las características adquiridas y las posibilidades de su nueva manifestación en acto y desarrollo. (El niño es vivaz porque está en el período de descentralización cinética. El adulto, por su parte, es más profundamente vivaz -vale decir no ya físicamente, sino psíquicamente- pues que la descentralización cinética invade los estratos más profundos). A estos *movimientos documentales, resúmenes* de todo el pasado vivido, se debe la posibilidad de la evolución. El torbellino posee una *voluntad propia de penetración*, una voluntad de ser en su forma y de progresar en su trayectoria, como el ser vivo; voluntad que se agota, igual que en éste y de la misma manera que en toda transmisión dinámica. El proceso de degradación mediante el cual las cualidades útiles de la energía se truecan en un afinamiento de valor, se continúa en la vida, desde el comienzo hasta sus formas más elevadas. El torbellino nace, vive y muere. Sabe eludir los obstáculos, conoce la ley del mínimo medio, conoce las resistencias, con ellas lucha y se consume. *Se cansa en el esfuerzo y se extingu*e. Simples *principios dinámicos*, *pero llevados hasta las puertas de la vida*. Se halla saturado de electricidad, de esa electricidad cuyos poderes de análisis y síntesis conocéis, que es la forma máxima de β, contigua a α, la forma de energía que encontramos presente y fundamental en los fenómenos de la vida. Al morir, devuelve al ambiente no sólo el material físico constitutivo, sino además su energía interior, el motor del sistema, su alma rudimentaria mínima. La indestructibilidad de la substancia es universal, y ¿cómo podría anularse propiamente, en la muerte del animal y del hombre, el principio animador? Sería absurdo; constituiría una violación de todas las leyes del universo. Y el principio vortiginoso, al evolucionar, se reforzará de tal modo que no ha de perderse con su muerte -reabsorbido en el campo dinámico del ambiente- sino que sobrevivirá, no únicamente como substancia, *sino también en su carácter de individualidad*; y tal supervivencia ha de ser cada vez más evidente y resuelta a medida que el principio evolucione, se consolide y se espiritualice desplazando su centro cinético hacia lo interior; supervivencia que se refuerza y se define cada vez más, por infinitas graduaciones, desde las formas vegetales, animales y humanas, desigualmente

en los varios tipos de hombres más o menos avanzados, y más allá aún. (Por lo cual podemos decir desde ya que la muerte no es igual para todos, puesto que no todos sobreviven en la misma forma a la muerte física, sino con diversa potencia de conciencia, conforme al grado alcanzado en α).

Una última afinidad la encontráis en el *poder de escisión* o desdoblamiento de los remolinos, y de *fusión* de dos de ellos en uno; fenómenos que en los sistemas vortiginosos electrónicos preludian la que ha de ser luego reproducción por escisión y la reproducción sexual. (Los remolinos pueden fusionarse siempre que sus movimientos elementales no presenten inconciliables diferencias de constitución cinética).

Todas estas observaciones os muestran cómo en el remolino podéis constatar la existencia de todas las características de aquel sistema cinético vortiginoso que es el primer centro de origen electrónico genético de la vida, y cómo contiene ya en germen las notas fundamentales del mundo biológico. Este hecho indiscutible constituye una prueba que no podréis rechazar, de la misma naturaleza y de la contigüidad evolutiva de los dos fenómenos afines: "movimientos vortiginosos" y "vida". Resulta de tal manera evidente, también en ésta, aquella naturaleza cinética íntima que da su más profunda explicación, como concordemente la ha dado en lo que respecta a los fenómenos de la materia y de la energía. Mi visión del problema biológico os muestra asimismo de qué modo es planteado por mí y cómo será desarrollado, esto es, que no ha de serlo como clasificación botánica o zoológica, sino como estudio de la manifestación progresiva descéntrica del principio de la vida. Mi pensamiento avanza por lo íntimo de las cosas, adherido a la substancia de los fenómenos, y quiero mostraros no tanto la serie de las formas visibles, que ya conocéis -y sobre las cuales es, por lo mismo, inútil que me extienda-, sino el porqué de ellas, las causas, las metas y el desarrollo interior del principio cinético de la Substancia, que incluso cambiando y permaneciendo siempre idéntico a sí mismo, sabe transformar todo, en el mundo de los últimos efectos, accesibles a vosotros. Únicamente así serán solubles tantos problemas psíquicos y espirituales cuya sola forma exterior que observáis no ha de bastar nunca para daros la clave. Y veremos así -por el progreso de la evolución, por la maduración de los fenómenos y por el desarrollo de los sistemas cinéticos de la Substancia- espiritualizarse y liberarse la forma, reducirse y caer las indumentarias; los principios de ascensión espiritual de las religiones se demostrarán mediante un proceso racional, con una lógica materialista, y las supremas realidades del espíritu, que os acercan a

Dios, se alcanzarán por la vía que parecía inmensamente lejana, la de la ciencia objetiva.

LVIII

LA ELECTRICIDAD GLOBULAR Y LA VIDA

Continuemos en nuestro camino, que procede de lo interno hacia lo externo, y observemos la forma sensorial con que se viste el dinamismo de los movimientos vortiginosos. En el extremo límite de las especies dinámicas y en el umbral del mundo biológico hallaremos una primera unidad orgánica que resume precisamente en sí las características que hemos observado, comunes a los sistemas vortiginosos y a los fenómenos biológicos. Esta primera unidad se os da por la *electricidad globular*. En esta unidad tenéis la primera organización de un sistema de torbellinos, con una primera especialización embrionaria de funciones. Ha de nacer allí la primera célula que resumirá en sí misma todos los movimientos vortiginosos determinantes, y conservará en germen sus características. Verdadera síntesis dinámica y síntesis química, síntesis de fuerzas y síntesis de elementos, en que los sistemas atómicos se combinan en los sistemas vortiginosos y los átomos en moléculas que se hallan involucradas en el recambio protoplasmático. Por el principio de las unidades colectivas, a la diferenciación sucederá -paralela- una reorganización en unidades más vastas, con progresiva especialización de funciones. Y las células habrán de formar tejidos y órganos, y, como en el torbellino primitivo, una proporcional psiquis o principio cinético director de origen eléctrico, presidirá el funcionamiento de cada unidad, hasta que en la evolución -superada esta fase y fijada definitivamente en el subconsciente la fase consciente de formación-, la unidad se elevará a la fase superior de la conciencia humana, que se siente a sí misma en el ámbito de su acción y sólo en cuanto es ella trabajo de construcción. Hemos visto hacia qué superiores metas ella se dirige. Pero, como siempre, lo que importa en la vida es el principio determinante de las fuerzas, es seguir *la evolución de las causas* y no -como hacéis vosotros- *la evolución de los efectos* (evolución darwiniana).

Acabamos de ver, pues, cómo la energía eléctrica, o sea la onda dinámica más degradada, construye, penetrando el edificio atómico, el sistema vortiginoso. No hay que confundir este proceso con la introducción normal de energía "no degradada" en los sistemas atómicos ya constituidos, a que asistís en toda transmisión dinámica (rayos solares, etc.). El sistema vortiginoso, abierto por naturaleza y comunicante con el exterior, poseyendo dos polos y todas las características que veremos, era el sistema más apto para conjugarse, entrando en combinación cinética, con otros torbellinos semejantes. El equilibrio se ha estabilizado de manera gradual, por las mismas cualidades intrínsecas de aquel tipo de movimiento, en un sistema de vórtices comunicantes, y así ha nacido el primer organismo colectivo. No todavía célula, no vida propiamente dicha, esta unidad, de naturaleza esencialmente dinámica aún, organismo de fuerzas que se detiene sobre el umbral del nuevo mundo biológico, contiene ya todos los gérmenes del inminente desarrollo. Ha vivido sobre vuestro planeta, verdadera forma de transición entre β y α, y ha agotado hoy su función biológica. No obstante lo cual sobreviven sus huellas y podéis observarlas para deducir sus características. Pues que la naturaleza no olvida, jamás anula definitivamente sus formas, de modo que el recuerdo de sus tentativas resurge, aun cuando sea irregularmente. *El rayo globular* es un organismo dinámico de constitución electrónica que os es posible observar en ciertos casos. Descendiente lejano de los tipos más poderosos, de que ha nacido la célula, tiene hoy, naturalmente un equilibrio inestable, transitorio, una breve persistencia de vida y una tendencia a la descomposición. Aunque organismo efímero, que vuelve raramente por recuerdo atávico, su aparición y comportamiento es hecho de vuestra experiencia. Podéis, por consecuencia, comprobar *cuántas afinidades* presenta este ser primordial, ya sea con los *movimientos vortiginosos* de que es hijo o bien con los *fenómenos de la vida*, que él encierra ya en sí, como germen. Puesto entre los dos fenómenos que conjuga en continuidad, presenta, naturalmente, sus mismas características comunes que hemos visto. Con este nuevo término hemos cerrado la cadena que va desde la *electricidad*, última especie dinámica (onda degradada), al *vórtice o torbellino electrónico* que ella determina en la materia, al primer organismo de vórtices electrónicos, el sistema eléctrico cerrado del *rayo globular*, y después a la *célula*, con la cual entramos en la *vida*.

El rayo globular es, pues, un sistema eléctrico cerrado, nueva unidad colectiva, formada por la combinación y asociación de sistemas vortiginosos, generados por penetración electrónica en los sistemas cinéticos atómicos y mantenidos apretados en unidad por relaciones recíprocas activo-reactivas. (Incluso su forma es la de un sistema

de fuerzas cerradas y equilibrado). Aquí, la onda dinámica degradada adquiere un nuevo modo de ser. Su trayectoria se ha ahondado con los trenes electrónicos en los sistemas atómicos, se ha fundido en ellos, su movimiento cambia de forma, no se transmite, sino que vuelve sobre sí mismo; el sistema cinético que preludia la vida es profundamente cambiado y resulta esencialmente diverso. La trayectoria de la transmisión dinámica cambia de dirección: la electricidad no se proyecta ya de un polo al otro, sino que se cierra sobre sí misma en *circuito cerrado*, que se mantiene en tanto la estabilidad del sistema no se derrumbe por intervención de fuerzas externas. Esta es la construcción cinética del rayo globular. Pero si el mismo constituye, por una parte, un organismo de fuerzas -próximo a las fuerzas dinámicas de que ha *ascendido*-, por la otra toca la materia, arrastra consigo los sistemas atómicos y se viste con ellos, como con un cuerpo.

Tales fenómenos de transmutación, reducidos a su substancial naturaleza cinética, son bien comprensibles. Entremos ahora en la química.

Los cuerpos simples encontrados por la onda eléctrica degradada son los primeros a su paso, los elementos de la atmósfera. Por introducción electrónica son elaborados, y el sistema cinético múltiple del rayo globular se convierte en un centro de elaboración química. Al atacar la íntima estructura del átomo, la energía ha podido centrar en torno a su impulso a la materia hallada; *el impulso* o sistema genético, seguirá siendo la fuerza directriz de la vida, *el psiquismo* animador de la forma; *la materia*, arrastrada en un entrelazamiento, cada vez más complejo, de combinaciones químicas, se estabilizará en unidades cada vez más compactas y en formas progresivamente más estables, constituyendo *el cuerpo*. La vida se formará de esta manera su soporte, lo bastante estable para iniciar su evolución y, con un continuo proceso directivo procedente de lo interno hacia lo externo (dirección tangible de los fenómenos vitales), realizará su transformación progresiva.

Así pudo la electricidad condensar los elementos del aire. Ahora comprobáis que el aire contiene, precisamente, los cuatro cuerpos fundamentales: H, C, N, O, que encontráis en la base de los fenómenos de la vida. Éstos presentan la propiedad de existir en estado gaseoso en la atmósfera; *hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno*, representados por el nitrógeno y el oxígeno en estado libre, y los otros en el estado de vapor de agua (H_2O) y de gas carbónico (CO_2); prontos a hallar toda la serie de los cuerpos secundarios, que les ayudarán en la formación del protoplasma definitivo. Acabamos de ver que, justamente estos cuerpos, por su característica de poseer *pesos*

atómicos bajos, son los primeros en ser introducidos en el círculo vital. De tal suerte la serie de los trenes electrónicos de la onda dinámica degradada, llegando de los espacios, se encontró primero con los sistemas atómicos de estructura cinética más simple, esto es, los de menos órbitas electrónicas, los más fáciles de penetrar y transformar en sistemas vortiginosos, o sea, en otros tantos gérmenes de vida. Los átomos de aquellos cuatro cuerpos, más obedientes y plegables al impulso de la energía radiante que ha sobrevenido, fueron así fácilmente hallados y preelegidos, por lo que constituyen los elementos fundamentales de la vida. Constatáis que es carácter esencial y común a todos los compuestos orgánicos el contener *carbono* como elemento más importante, y con él *hidrógeno, nitrógeno y oxígeno*. La química orgánica se basa toda ella sobre *compuestos de carbono*. Éste posee cualidades que lo tornan particularmente apto para las funciones de la vida, esto es, gran *elasticidad química*, vale decir la facultad de combinarse con los elementos químicos más dispares, que le confiere excepcional fecundidad de composiciones; e *inercia química*, que transmite asimismo a los cuerpos con los que se une, funcionando como resistencia en las reacciones, obligándolas a una lentitud de movimiento inusitada en el mundo de la química inorgánica. Por esta su tendencia a eliminar las transformaciones brutales, que en las substancias minerales alcanzan de golpe la forma del equilibrio más estable, *el carbono pudo constituir el elemento más apropiado para el andamiaje químico de la vida*. Así ha podido nacer una química inestable y progresiva, en cadenas dinámicas abiertas en las cuales las capacidades del carbono se utilizan ampliamente, y donde volvéis a encontrarlas; y es por tales razones íntimas, vale expresar, por dichas cualidades intrínsecas del material constitutivo, por lo que la vida terrestre ha asumido la forma de metabolismo que le es fundamental. Imaginaos otras aglomeraciones y centros de materia en que los mismos elementos químicos se hallen diversamente dispuestos o maduros, y comprenderéis en cuán infinitas formas puede haberse desarrollado en el universo igual principio omnipotente de la vida.

Así fue posible sobre la Tierra el nacimiento de una nueva química, lenta pero esencialmente dinámica, de continuos desplazamientos de equilibrio y que, aun encontrándose siempre en movimiento, jamás alcanza la estática definitiva; y sobre esta mutable y especialísima química han podido basarse los procesos de la vida y de su evolución.

Ved cómo, en estos sus primeros movimientos halláis los gérmenes de las características fundamentales que han de acompañar siempre a todos los fenómenos biológicos, y que podrán permitir por sí solos su progresiva transformación

ascensional. El impulso originario ha encontrado de tal modo los elementos apropiados para permitir su desarrollo, pudiendo así desenvolverse como en vuestro planeta lo ha hecho. *La química de equilibrio estable de la materia, se ha transformado de esta manera en la química de equilibrio inestable de la vida*; el orden estático se ha trocado en un orden dinámico. Esto os prueba que la vida constituye una fusión de los dos mundos, pues mientras es materia, es a la par fecundación de la misma por obra de un principio dinámico superior, la energía. El cuerpo hecho de fango, ha recibido su alma, el soplo divino, del cielo.

Por su maravillosa plasticidad es *el carbono la protoforma de la química vital*. Y las condiciones de la atmósfera primitiva eran, en las relaciones de la génesis de la vida, incluso más favorables que en el presente; harto más rica en ácido carbónico, que abundaba muchísimo, más densa y cálida, más cargada, sobre todo, de vapor de agua, ofrecía (también como elasticidad química de una materia más joven y menos estabilizada) condiciones favorabilísimas, ahora desaparecidas para la condensación y la génesis de las materias protoplasmáticas. Así, en la edad primera de la Tierra, elementos minerales primitivos como el agua, gas carbónico y nitrógeno, son arrastrados en las combinaciones cada vez más complicadas de la química orgánica, y la materia mineral del ambiente es conducida progresivamente hasta la estructura protoplasmática. Hoy tornáis a encontrar idéntico proceso en la asimilación que los vegetales realizan a partir de los elementos minerales primitivos, o sea, en la *síntesis de las proteínas*, que se lleva a cabo partiendo de las substancias inorgánicas, en esos laboratorios sintéticos que son las plantas. Con la circulación del agua, que permite la utilización del nitrógeno en ella disuelto, y con la introducción de anhídrido carbónico (utilización del carbono que contiene la atmósfera), se introducen en el movimiento vital los cuatro elementos fundamentales que hemos visto.

El primer organismo cinético en que dicha síntesis química se inició ha sido el *rayo globular*. Los primeros cuerpos que fueron introducidos en el nuevo sistema dijimos que fueron los de peso atómico bajo, que en estado gaseoso existían en la atmósfera; y tal hubo de ser, precisamente, la cuna en que todo estuvo pronto para el desarrollo de dicho organismo nuevo, de origen eléctrico con circuito cerrado. Aunque éste no aparezca hoy, a raíz del cambio sufrido por las condiciones ambientales, sino como un inestable recuerdo atávico, podéis comprobar que *su densidad se aproxima a la del hidrógeno,* el cual *debía ser* naturalmente, vista su estructura atómica, *el primer elemento movido por la radiación eléctrica*. En efecto, en los casos que podáis observar verificaréis que estos globos eléctricos “flotan” en el aire, lo que prueba que

su densidad es menor o casi la de la atmósfera, como precisamente es la del hidrógeno. *El primer material biológico fue, por consiguiente, el hidrógeno*, al que luego se agregaron otros. Este es el primer cuerpo de que se vistió la energía, su primordial apoyo sobre la Tierra; un cuerpo liviano, gaseoso, en espera de condensación y de combinaciones. De hidrógeno, la más simple expresión de la materia renovada por un nuevo y potentísimo impulso dinámico, está constituido el rayo globular.

Por otro lado, éste tiene todas las *características fundamentales de un ser viviente*. Si observáis cómo se comporta, veréis que emite una luz que recuerda la fosforescencia, posee una *individualidad* propia distinta del ambiente y una *persistencia*, aunque hoy sea relativa, de esa individualidad; una especie de personalidad. La explicación de sus desplazamientos lentos, cerca del suelo, que parecen evitar los obstáculos, sin ninguna tendencia a aproximarse a los metales ni a los cuerpos conductores, no se os puede dar por ley física alguna. Se desplaza en el aire por una *vibración periférica* propia, que constituye la primera extrinsecación cinética en que se manifiesta la vida y la expresión de aquel psiquismo rudimentario que la dirige. Hay algo de los cilios vibrátiles de los infusorios, un impulso que semeja ser *voluntad* y una como *elección*, *y previsión*; una posibilidad de darse cuenta del mundo externo y de dirigirse, con conocimiento del mismo y casi con memoria de él. En sus cualidades esenciales, alborea aquí el psiquismo.

Ahora que conocéis la estructura cinética íntima del sistema, estructura de movimientos vortiginosos abiertos y comunicantes, en relaciones de acción y reacción, con las moléculas externas a aquel sistema, no os parecerá absurdo pensar que la superficie del globo eléctrico sea la sede de movimientos especiales y coordinados. Y todas estas características de la vida volvemos a encontrarlas existentes en los movimientos vortiginosos de que está íntimamente constituido el rayo globular; lógico es, en consecuencia, que tornéis a hallarlas asimismo en él. Esto os prueba la *conexión* existente entre sistema vortiginoso, rayo globular y primera unidad protoplasmática vital. Encontráis, además, en el rayo globular otras características de los movimientos vortiginosos, como es la capacidad de *escindirse* en dos y *reunirse*, según ocurre en los torbellinos; hay, por ende, posibilidades de *multiplicarse* con sistemas que se aproximan a la reproducción por escisión y a la reproducción sexual. A menudo rebota, mostrando a la par la íntima *cohesión unitaria y la elasticidad*, propias de la vida tanto como de los movimientos vortiginosos.

El rayo globular *descompone su unidad* restituyendo -igual que en la muerte biológica- su energía interna. Sólo que su muerte es más violenta, de forma explosiva, porque dicha restitución de energía se verifica con mayor rapidez; y es lógico que así sea, por cuanto ésta no se halla sino en sus primordiales y más simples unidades orgánicas. No es retenida, por tanto, entre las tramas de una compleja armazón química. En la vida, el sistema de los movimientos vortiginosos resulta más complejo, existe allí tal entrelazamiento en la estructura orgánica, que de pasaje en pasaje debe la energía llevar a cabo mutaciones laboriosas antes de desenredarse y llegar al ambiente externo. De ahí que tengáis en la muerte una restitución de energía más lenta y progresiva. Así, por explosión, se extinguen estas criaturas efímeras, último retorno de las formas, ya superadas, de que la vida nació.

Pero en condiciones eléctricas y químicas más aptas, y en el momento de la evolución, cuando la substancia se hallaba madura y pronta para transformarse, aquellas primeras tentativas de equilibrio han podido estabilizarse y el rayo globular fue capaz de evolucionar hasta la forma protoplasmática. Los casos esporádicos que podéis al presente observar no constituyen más que bocetos de reconstrucción de aquellos protoorganismos en que comenzó la atracción y elaboración de los elementos hacia la química orgánica, verdaderos laboratorios para la síntesis vital. Los casos más estables, los organismos de mayor resistencia y más favorecidos por las condiciones ambientales, *sobrevivieron*. Con la misma prodigalidad con que multiplica y difunde hoy la naturaleza sus gérmenes, para que sólo un pequeño número de ellos sobreviva, así surgieron a miríadas estos globos ligeros en que principiaba la vida a despertar y en los cuales se encontraba latente el germen de sus leyes. Ellos vagaban todavía a merced de las fuerzas desencadenadas en una atmósfera densa y cálida, cargada de vapor de agua y gas carbónico, primeras luces inciertas que encerraban, sin embargo, la potencia de la vida. Era la hora indecisa, crepuscular, la hora de las formaciones, en que el mundo dinámico, en plena eficiencia pero convulsionado por poderosísimos desequilibrios, tentaba nuevas vías, se agolpaba de manera desordenada a las puertas de la vida.

Aquellos globos de fuego eran entonces los únicos habitantes del planeta, no ya excepcionales e inestables como lo son en la actualidad, más bien, numerosísimos y estables. No todos estallaban (muerte violenta accidental). El movimiento vortiginoso íntimo se tornaba cada vez más compacto. La condensación de una masa gaseosa de las dimensiones de uno de esos rayos globulares que en ocasiones vuelven a formarse sobre la Tierra, os da un volumen que es del orden de grandor de las primeras masas

protoplasmáticas. De tal modo cambió su peso específico, y el primordial organismo no pudo ya flotar por el aire. La onda gravídica abordó a la materia que, recordando, respondió al llamado íntimo; *la condensación fue atraída y cayó*. Cayeron las miríadas de gérmenes vitales, arrastrados por las lluvias, hechos más pesados a raíz de la condensación, precipitándose en las aguas cálidas y vaporosas de los océanos. La protoforma de la vida había alcanzado su cuna, y la materia recibido el soplo divino; ahora, debía vivir. Y las aguas, sobre las que se moviera el espíritu de Dios, se convierten en el asiento de los primeros desarrollos, que sólo más tarde alcanzarán las tierras emergidas. El sistema íntimo del germen primero fue estabilizándose paulatinamente, absorbió y fijó en su ciclo nuevos elementos; en su íntimo metabolismo se complicó y agigantó; señaló sus primitivas formas, que fueron vegetales, simples algas marinas, y diferenció las primeras notas características de las varias ramificaciones de los sistemas biológicos. Así de la materia -tomada en el torbellino dinámico y animada por nuevo impulso, en forma de germen eléctrico que cayera del cielo- nació la vida.

No oséis pensar en la posibilidad de poder vosotros rehacer la *síntesis química de la vida*, de dominar el fenómeno sagrado en que las mayores fuerzas de la evolución se empeñaron. Desde aquellos tiempos a hoy, ha cumplido la evolución un camino larguísimo, y su línea es irreversible. Os es absolutamente imposible reproducir condiciones definitivamente superadas. La fase que entonces la energía atravesaba, era un estado substancialmente diverso del actual. La estructura íntima de la forma dinámica -electricidad- como vosotros la observáis, no posee ya aquellas propiedades, ni las tiene tampoco el ambiente de acción. Hoy la energía ha vivido sus fases, como las vivió la materia y, lo mismo que ésta, se ha estabilizado en sus formas definitivas. Aquellos desequilibrios de transición, momentos intermedios, aquellas fases de tentativa y espera, se hallan superadas en dicho campo. Los mencionados tipos están, para lo sucesivo, hechos, y el transformismo evolutivo hierve en otra parte. Al presente, es la hora de las *creaciones espirituales*; materia y energía han agotado su ciclo y no podéis vosotros modificar las trayectorias inviolables de los desarrollos fenoménicos. Pensad, además, que constituís el mismo principio que quisierais dominar, llevado a un nivel superior. La Ley que también vosotros representáis no puede replegarse sobre sí misma para modificarse. Sois un momento del devenir del Todo y de este momento no podéis salir.

Verdaderamente, no imagináis lo que queréis, ni el alcance de tal hecho, ni cuán inmenso y absurdo desorden constituiría. ¿Qué significaría, hoy, una génesis artificial

de la vida? El solo hecho de haberla creído posible os muestra que no tenéis la mínima idea del funcionamiento orgánico del universo. Tal génesis presume inmensos períodos de maduración y períodos igualmente vastos de desarrollo sucesivo. ¿Se podría hoy, así, sin preparación iniciar un nuevo proceso evolutivo, para dirigirlo, (dónde y cómo), sobre un planeta que comienza ya a envejecer? Los fenómenos se rigen siempre por una causa determinante y un objetivo elevado y lejano para alcanzar. Sin embargo, os habéis formado de la ciencia un concepto utilitario, práctico, y la creéis accesible a todos y con cualquier medio. Yo, en cambio, os digo que el dominio de los fenómenos y el poder de determinarlos responde a leyes precisas de maduración individual y colectiva y no puede concederse sino en un grado de elevación espiritual y evolución de la personalidad. Yo os digo que en la ciencia hay asimismo zonas sagradas, a las que es preciso acercarse con un sentimiento de veneración y oración.

No se puede proceder más que en equilibrio exacto entre causa y efecto, en este campo de la conciencia donde se mueven fuerzas tremendas. ¡Creéis tan fácilmente en la posibilidad de la locura del arbitrio en un orden supremo, tan complejo y perfecto! El dominio de semejantes fenómenos os otorgaría poderes inmensos ¿y qué seguridad en cambio puede ofrecer vuestra moral, tan atrasada todavía? Por eso los fenómenos básicos y los puntos estratégicos de la evolución permanecen celosamente custodiados y protegidos contra vuestra desastrosa intromisión, porque vuestra ignorancia es, a la par, vuestra impotencia.

¿No os parece absurdo que un organismo de leyes de tal modo profundas, perfecto en la eternidad, pueda ser tan incompleto y vulnerable como para admitir posibilidades de transformaciones arbitrarias? Encontraréis natural que en el seno de un orden supremo, en que el equilibrio reina soberano, exista también un haz de fuerzas especializadas en la función de proteger a las partes más vitales del organismo, de alejar toda violación, de hacer vana toda causa de desorden, como en este caso sería, precisamente, vuestra psiquis o voluntad, no educada en el dominio consciente de semejantes fuerzas.

Así como vuestra vida posee su sensibilidad e instintos -tanto más despiertos cuanto más vital es el punto que protege-, asimismo el universo dispone de sus defensas, siempre prontas y en acción, por el mismo principio de conservación y de orden que a vosotros os sostiene.

LIX

TELEOLOGÍA DE LOS FENÓMENOS BIOLÓGICOS

La vida: panorama sin límites. Hija de la energía omnipresente, la vida está por doquiera en el universo, ha nacido del mismo principio universal y se desarrolla diversamente, como resultante exacta del impulso determinante y de las reacciones de las fuerzas ambientales. Panbiosis, no por transmisión de esporas o de gérmenes por vías interplanetarias e interestelares, sino por la omnipresencia de la gran madre: la energía -el principio positivo, activo-, que se desposa con el principio negativo, pasivo: la materia. El germen del psiquismo ha descendido, como fulgor del cielo, a las vísceras de la materia, que en su regazo lo ha estrechado, en profundo abrazo, envolviéndolo consigo, dándole de sí un cuerpo, un ropaje, la forma de su manifestación concreta.

Vosotros mismos, sois este fenómeno; pero pensad que, -desde las regiones ilimitadas del universo- la vida hermana, hija de la misma madre, responde. Todo planeta, sistema planetario, estrella, se encuentran llenos de ella, en formas diversísimas y con medios y fines asimismo muy diferentes. Abandonad vuestro piadoso antropomorfismo, que os hace centro del universo e hijos únicos de Dios; tended los brazos a todas las criaturas hermanas, armonizad con ellas vuestro canto y trabajo de ascensión. Subir, subir -he aquí la gran pasión de la vida toda- hacia una potencia y una conciencia que no quieren límites. Y también sobre vuestra Tierra, desde los primeros microorganismos en adelante, tal es la aspiración constante, la tenaz voluntad de la vida.

Mirad en torno de vosotros. El solo panorama de la vida terrena es inmenso. La profusión de los gérmenes, la potencialidad de las especies es tal que, a no ser por la reacción de gérmenes y especies opuestos o concurrentes, uno solo bastaría para invadir todo el planeta. La vida es tan frágil, tan vulnerable, y sin embargo de tal modo potente, que resulta prácticamente indestructible. ¡Ved cuántos tesoros de sabiduría se hallan esparcidos en sus formas; qué de sutiles destrezas, cuánto refinamiento de astucias, resistencia de medios, complejidad de arquitectura en la construcción orgánica, economía y exactitud en la división del trabajo, y qué elasticidad al mismo tiempo! En la vida veis, sintetizada, la más alta sabiduría de la naturaleza. ¿Cómo, sería

posible que fenómenos reveladores de tan profunda inteligencia y de un saber tal, frente a los cuales vuestra sabiduría desaparece, se produjeran sin razón y fuesen hijos del azar? ¿Cómo ha sido posible que una ciencia lógica y racional, como la vuestra, se haya vuelto tan vergonzosamente miope, que no vea el gran concepto desbordante de todo fenómeno vital, y la finalidad superior que a todos los explica y rige? ¡Y qué desastre cuando tales aberraciones se quisieran llevar al campo ético y social! El materialismo, que ha acompañado el surgimiento de una pseudocivilización mecánica, retardó en un siglo el progreso espiritual de la humanidad.
Observad alrededor. Desde el protozoario al hombre, desde la célula al organismo más complejo, idéntica siempre se os muestra esta fiebre de ascensión, indestructible voluntad de vivir; indestructible, porque sabe superar todo obstáculo, vencer a todo enemigo, triunfar de todas las muertes. Por doquier, un supremo instinto de lucha en apoyo del fenómeno máximo, en torno a cuya conservación se prodigan la totalidad de los recursos e inteligencias de la vida, alrededor del cual la naturaleza trepidante acumula todas sus conquistas y defensas. Y si existe en la naturaleza una lógica, conforme todo hecho os demuestra, ¿cómo es posible que, ante la finalidad suprema, aquella lógica venga a menos, reniegue de sí misma, cuando en todas partes se ha demostrado presente, con voluntad indomable y con una sabiduría que aturde?

Os extraviáis en el detalle; el pormenor os sumerge. Veis el instante fugitivo y no la totalidad del fenómeno en el tiempo. Os asusta el choque del dolor, el fracaso de un caso. En el dédalo de la gran complejidad fenoménica no sabe vuestra conciencia orientarse, se siente impotente frente a la comprensión de las grandes causas. Y entonces decís: "¿Por qué, por qué vivir?" El animal, como el hombre inferior, cuya conciencia no es capaz de superar el nivel de la vida física, no se plantea la tremenda pregunta. Pero ella señala el primer despertar del espíritu, y eso ocurre bajo el látigo del sufrimiento. Los choques atómicos y dinámicos se convierten, en este nivel, en pasión y dolor, y con el mismo cálculo exacto de fuerzas se determinan fenómenos y creaciones de orden psíquico. Cuando el ser se pregunta "¿por qué?", es que ha surgido en la vida una nueva criatura: el espíritu. Y en el dolor se tornará gigante.

¿Por qué vivir? ¿Por qué sufrir? No; no basta el giro de vuestras cosas humanas -pasiones e ilusiones, conquistas y dolores- para dar una respuesta. El alma siente que con esa pregunta se asoma a las temibles y abismales distancias del infinito, y tiembla...

Vuestras filosofías, la ciencia, las propias religiones, no saben ofreceros una respuesta por entero satisfactoria; no son capaces de deciros el porqué de ciertos obscuros

destinos, que semejan ser sin esperanza, de seres puros e inocentes, destinos de condena, que parecen denunciar inconsciencia de la creación e injusticia de la Divinidad. No pueden deciros la causa de tantas disparidades y deficiencias físicas y morales, de medios materiales y espirituales. Entonces acusáis locamente, os subleváis, con la ciega rebelión del hombre ciego que tantea en las tinieblas. Una triste sacudida y el dolor queda, no vencido, individual y colectivamente. Así se desenvuelve el hilo de vuestro destino, y vosotros no lo sabéis. La suerte de los inconscientes os guía: la de sufrir ignorantes las leyes de la vida.

¡Surgid!, os digo. Os señalo una nueva lucha, más elevada que la fútil y vil que cada día os subyuga y que inútilmente os arroja contra vuestro prójimo. Os enseño la guerra santa del trabajo, del trabajo que crea el alma, en una construcción eterna. Os doy, como enemigo, no a vuestro semejante y hermano, sino a leyes biológicas por superar; os enseño a conquistar nuevos grados de evolución y la realización, en vuestro planeta, de una ley suprahumana, de la cual se han desterrado la vileza y la traición, el egoísmo y la agresividad. Os demuestro que vuestra personalidad, por la lógica misma de todos los fenómenos, es indestructible, y que debido a los principios reinantes en todo el universo existís para el bien y la felicidad, y que el futuro os espera a todos, a fin de que cada cual se eleve en él según su trabajo. Las respuestas tremendas a los grandes "por qué" os las doy en esa atmósfera de límpida logicidad en que nos hemos siempre movido en este escrito, donde todo fenómeno tiene su natural explicación. A la mente humana -donde falta el sentido de las supremas finalidades, en un mundo de hambre espiritual y de extravío general, en un momento de catastrófica desorientación- vengo a decir la palabra de la bondad y la esperanza. Y no la digo sólo con los conceptos de la fe que habéis destruido, sino con los de la ciencia a los que estáis habituados a creer.

Allá donde el mundo admira y venera al vencedor, sean cuales fueren sus medios, llamo junto a mí al hombre más dolorido y desventurado y le digo: "Te amo, hermano; te admiro, ser electo". Cuando el mundo respeta sólo la fuerza y desprecia al débil que derrotado yace, digo al humilde y vencido: "Tu dolor es la cosa más grande de la Tierra, es el trabajo más intenso, la más poderosa creación; pues el dolor hace al hombre, martilla su alma, la plasma y eleva, la lanza hacia lo Alto, hacia Dios. ¿Qué grande puede igualarte? ¿Qué triunfador de las fuerzas de la Tierra ha realizado jamás una creación verdaderamente eterna como la tuya?"

No maldigáis el dolor. Tu no conoces sus lejanas raíces, no sabes qué última onda, impulsada por una infinita cadena de ondas, constituye tu presente. En tan complejo

universo, en el seno de un organismo de fuerzas regidas por tan sabia Ley, que nunca falla de manera definitiva ¿cómo puedes creer que verdaderamente tu destino esté abandonado al azar y que el desequilibrio momentáneo que te aflige y te parece ser una injusticia, no sea condición de un más alto y más perfecto equilibrio? Dios constituye el Todo, no únicamente el bien. No puede tener rivales y enemigos: es un bien más grande que el mal, al que comprende y constriñe a sus fines. ¿Cómo puedes creer -aunque sea ignorando las fuerzas que obran en ti- que te encuentras abandonado al azar? No. Sea que se llame Padre con la palabra de la fe, o cálculo de fuerzas con la palabra de la ciencia, la substancia es la misma: estás vigilado por una voluntad y una sapiencia superior, un equilibrio profundo te rige. Recuerda que en el organismo universal las palabras "azar" e "injusticia" son el absurdo. No puede existir error, imperfección, sino como fase de transición, como *medio de creación*. La ley de la vida es la alegría y el bien, aun cuando para realizarlos plenamente es necesario atravesar el dolor y el mal. Te repito: "Bienaventurados los que sufren. Los últimos serán los primeros".

Dios ve las almas, mide substancialmente las culpas, proporciona las fuerzas, las pruebas, y en el momento justo dice: basta, reposa. Entonces la tétrica tempestad del dolor se transmuta en serena paz donde brilla la conciencia, gozosa por la conquista realizada; entonces se reabren las puertas del cielo y el alma lo contempla extasiada; de las tempestades los seres emergen elevados a más alto grado de evolución. No maldigas. Si la naturaleza -tan económica, incluso en su prodigalidad, tan equilibrada en sus esfuerzos- permite tal derrota como biológicamente lo es la muerte, y tal fracaso en tus aspiraciones como lo es el dolor, en la lógica del funcionamiento universal ello no puede significar otra cosa sino que dichos fenómenos no constituyen en realidad ni pérdida ni derrota, sino que encierran oculta en sí una *función creadora*.

Tiene el dolor una función fundamental en la economía y el desarrollo de la vida, en especial de su psiquismo; sin el sufrimiento, el espíritu no progresaría. *Por eso es del dolor de lo primero que os hablo al ingreso en la vida*; porque se os plantea como hecho substancial, porque constituye la tarea de la evolución, nota fundamental del fenómeno biológico. El dolor, determinado por el choque de las fuerzas ambientales opuestas al yo, excita por reacción todas las actividades, y con la actividad el desarrollo. Sólo el dolor sabe descender a lo hondo del alma y arrancarle el grito con que ésta se reconoce a sí misma; y es capaz de despertar toda la recóndita potencia, y encontrar, en el fondo del abismo íntimo, su divina y profunda naturaleza.

El mal -representado por esta ley de lucha, la de vuestro mundo biológico, ley despiadada que pesa sobre vuestro planeta como una condena- se transforma en un bien. Mirad a lo hondo de las cosas y veréis siempre al mal transformándose en bien. El instinto de agresión excita por reacción, en el agredido, el desarrollo de la conciencia, el progreso sobre las vías de la ascensión biológica y psíquica.

Los seres se amontonan para invadirlo todo, para demolerse mutuamente. La necesidad de una tarea de defensa constante significa necesidad de un continuo trabajo de ascensión. Así, *en la serie de los choques recíprocos inevitables, la naturaleza repone la técnica en su autoelaboración*. De esta suerte la ley brutal contiene en sí los medios para transformarse a sí misma, y mediante su fuerza íntima se convierte en la ley superior de amor y bondad del Evangelio.

Dos fases de evolución biológica: animal-humana, y suprahumana. Dos leyes en contraste, en el actual período de transición. Mientras alborea la nueva civilización del tercer milenio, en que se realizará el tan esperado Reino de Dios, abajo se desencadena todavía la loca y bestial ira humana. Pero la Ley contiene en sí los gérmenes del porvenir, los medios para la realización de su transformismo. Nunca veis en la naturaleza a las fuerzas obrar desde lo externo, sino manifestarse desde lo interno, como *expansión de un principio escondido en las misteriosas profundidades del ser*. Y en el hombre -que se halla hoy en un importante ángulo de su madurez biológica, llegada al nivel psíquico- tendrá lugar la transformación y ha de manifestarse la nueva ley, anunciada desde hace ya dos milenios por la buena nueva del Evangelio de Cristo.

Nuestro tratado entra ahora en una atmósfera más humana y cálida, más palpitante de vuestra vida, instintos y pasiones. Los problemas que tocaremos se hallan próximos a vosotros, vida de vuestra vida, tormento de vuestro tormento, y mi palabra se exalta en su inminente humanidad. Nos acercamos a las formas superiores de la vida en que vosotros estáis, encaminándonos hacia la meta de nuestro sendero, que es la de *trazaros las vías del bien*. Nos hemos retardado en el estudio de las criaturas hermanas menores del mundo físico y dinámico, porque las mismas contienen los gérmenes, y sin ellas no serían posibles la existencia ni la explicación de los problemas de la vida y del psiquismo.

Cuanto más vasta se abre la mente y más se ahondan el estudio y el pensamiento, tanto más se nos revela complejo el funcionamiento del Todo. Esta filosofía se convierte en la filosofía del universo; no ya, como las demás, un sistema antropomórfico y

egocéntrico, sino una concepción que rebasa los límites del planeta, y que resulta aplicable dondequiera que haya vida.

En este sistema, vuestra ciencia pierde su carácter desconsolado, de viandante que marcha sin esperanza de llegar jamás a una meta harto lejana; en este sistema pierde la fe aquel carácter de irrealidad que muestra frente a la objetividad del positivismo científico. Mas ¿por qué no se deben ofrecer nunca los dos brazos, ambos extremos del pensamiento humano? La ciencia se ha hecho gigante y no es ya lícito ignorarla en el seno de una fe que no puede bastar para las complejas mentes modernas, si se deja en los primitivos enunciados de la concepción mosaica. Es menester conjugar las dos vías y las dos fuerzas; conjugar los diversos aspectos de la misma verdad, a fin de que la ciencia no siga siendo sólo un árido producto del intelecto -sin meta en el cielo, sin respuesta para el alma que sufre y que pregunta- y para que la fe no constituya un mero producto del corazón, que no sabe dar las razones profundas a la mente que *"quiere"* ver.

Tales conceptos podrán trastrocar vuestras categorías tradicionales, mas responden ellos a la necesidad imperiosa de salvar la ciencia y la fe; pertenecen al porvenir del pensamiento humano y se hallan por encima de todos vuestros sistemas, tradiciones y resistencias, así como lo están la totalidad de las fuerzas invencibles de la evolución.

LX

LA LEY BIOLÓGICA DE LA RENOVACIÓN

Con la vida, el transformismo de la estequiogénesis y de la evolución dinámica acelera todavía más su ritmo; la trayectoria de aquel devenir fenoménico que hemos estudiado en las fases γ y β, se torna la línea de vuestro destino. Materia y energía no nacen y mueren tan rápidamente, no cambian con tal velocidad. La vida debe nacer y morir sin detenerse jamás, sin posibilidad de detener este movimiento más rápido, inexorablemente batido por un ritmo de tiempo más veloz. El equilibrio de la vida es equilibrio del vuelo, donde la velocidad condiciona la estabilidad. La inestabilidad de las combinaciones químicas de un recambio que siempre se renueva, vemos que

constituye la característica fundamental del fenómeno biológico. Nacer y morir, morir y nacer; tal es la trama de la vida. La constitución cinética de la substancia se exterioriza y aparece cada vez más evidente a medida que la evolución asciende hasta su forma más alta, la vida. La materia es tomada en un torbellino cada vez más veloz, que la invade en su más íntima esencia, para que pueda responder a los nuevos impulsos del ser, convertir en medio de desarrollo al nuevo principio psíquico de la vida, α.

Os parece una debilidad de la vida esta su fragilidad, su permanente necesidad de reconstrucción, para suplir a una dispersión y desgaste también continuos; pero allí reside su fuerza. Os parece que no sabe ella regirse en una estabilidad constante; tal transformismo más rápido es, en cambio, la primera condición de sus capacidades ascensionales, una potencia absolutamente nueva sobre el camino de la evolución. En la vida, el espasmo de la ascensión se torna intenso, rapidísimo. El torbellino psíquico nace y se desarrolla cada vez más poderoso, de forma en forma; la vestidura de la materia se hace cada vez más sutil; el pensamiento divino se vuelve cada vez más transparente. Preciso es reconstruir de manera continua vuestros cuerpos, y sólo en un intercambio y recambio continuos es posible apoyarlos. Esta parece ser vuestra imperfección, mas es vuestra potencia. En tal ritmo veloz debéis vivir: juventud y vejez, sin detenerse jamás. Pero en la carrera se os hace necesario experimentar de continuo, probar, asimilar y avanzar espiritualmente: esta es la vida.

No poder existir sino al precio de una renovación permanente significa deber marchar día a día en el gran camino de la evolución. Os apegáis a la forma; creéis ser materia y quisierais paralizar ese movimiento maravilloso; para prolongar la ilusión de un día, desearíais detener la estupenda marcha. Pero poseéis, además de la juventud del cuerpo, la inagotable, eterna juventud de una vida más grande que la terrenal y sois en ella indestructibles, eternamente nuevos y progresistas. Sed jóvenes no ya en el cuerpo caduco, antes bien en el espíritu eterno; no toméis en cuenta las albas y los ocasos de un día, porque todo crepúsculo prepara una nueva aurora. Es lógica, simplísima, evidente ley de equilibrio ésta según la cual, así como todo lo que nace ha de morir, del mismo modo, cuanto muere debe renacer.

No os engañéis vosotros mismos, no perdáis un tiempo que es precioso, en el esfuerzo inútil de intentar detener la vida. La belleza de la mujer debe servir a la maternidad; la fuerza del hombre ha sido hecha para gastarse en el trabajo. Sólo cuando no hayáis defraudado a la Ley, cuando hayáis creado conforme a su mandato, vuestro tiempo *"no*

será pasado" y no tendréis lamentaciones. Si pedís lo absurdo, habréis de recoger ilusiones. Situaos en el movimiento, no en la inmovilidad. Desembarazad vuestro pensamiento del pasado que os liga. Superadlo. El pasado ha muerto y contiene el menos. El futuro, que contiene el más, es lo que interesa. *La sabiduría no reside en el pasado, sino en el porvenir*. Sólo vuestra ignorancia puede haceros creer de que es posible violar y defraudar a la Ley, frenar su camino fatal. Si os detenéis, el pensamiento se cristaliza y el tedio ha de perseguiros; la satisfacción de toda necesidad y de todo deseo os torna ineptos; ocio significa muerte por inanición. El reposo no es bello más que como pausa, como consecuencia de un precedente trabajo y condición de uno nuevo.

La necesidad de evolucionar, impuesta por la Ley, se expresa en el más hondo instinto de vuestra alma: la insaciabilidad. La insatisfacción que hay en el fondo de toda realización vuestra, de todo deseo satisfecho, que no hace sino asomaros hacia un más vasto horizonte; el descontento que os atormenta apenas os detenéis; la ilimitada potencia de desear innata en vuestra alma, os dicen que estáis hechos para caminar. Ello puede ser ansia e ilusión, pero es la vía del progreso, la tarea de la ascensión. La centella que guía vuestra vida siente la Ley, aun cuando vosotros lo ignoréis, y con profundo, indeleble instinto, que jamás podréis acallar, la sigue. Esto no significa una condena, no es un gravamen de ilusiones. ¡Moveos según la Ley, cread substancialmente, y sentiréis cómo la alegría os inundará el alma! ¡Qué sutil tristeza la toma, en cambio, cuando vuestro tiempo se malgasta! Ocasiones perdidas, posiciones estacionarias: el universo ha caminado y vosotros habéis permanecido detenidos en vuestra pereza. El alma lo siente, se entristece y llora. Y entonces gritáis: *Vanitas vanitatum*. Pero los vanos sois vosotros, no la vida.

No derrochéis vuestras energías, no descanséis al borde del sendero, no os adormezcáis en tanto la vida vela y avanza; si día a día sabéis crear en el espíritu y en la eternidad, si dais a cada uno de vuestros actos esta meta más elevada y substancial, habréis marchado con el tiempo y no diréis de él que ya no hay; habréis renovado, con vuestra obra, vuestra juventud, y no habréis envejecido tristemente; y entonces no diréis de la vida: *Vanitas vanitatum*.

Seguid con la tarea que vuestro destino os ofrece y no envidiéis a quienes viven en el ocio; vosotros, humildes, no envidiéis a los ricos y poderosos, pues que tienen ellos otros trabajos por hacer, otros problemas que resolver, otros pesos que soportar. Nadie reposa de verdad, para nadie hay pausa en el camino de la vida. Mas consideraos todos

como soldados del mismo ejército, destinados a diversas tareas, coordinados para el mismo objetivo. No sintáis envidia de aquellos a quienes su apariencia pinta como felices; la verdadera alegría no se usurpa ni se hereda. Lo que no se ha ganado por sí mismo no da satisfacción, no se aprecia y sí se malgasta.

El alma quiere su alegría, su propiedad, fruto de su trabajo; sólo esto aprecia y sólo de esto goza. Las ventajas gratuitas no dan satisfacción. La Ley distribuye alegrías y dolores por encima de vuestras reparticiones humanas y con profunda justicia. ¡Cuánto más felices no seríais si vuestra vida fuese más substancial! ¿Por qué acumular, valiéndose de todos los medios, cuando se debe dejar todo? Considerad, más bien, la vida como una palestra de adiestramiento, donde os halláis para atemperar vuestras fuerzas, probar vuestras capacidades, a fin de aprender nuevos caminos y ahondar vuestra conciencia. Estáis en el mundo no para construir sobre las arenas, al contrario, para edificaros vosotros mismos.

No persigáis el absurdo de querer ligar por manera definitiva a vosotros, una materia inestable y caduca: el constante cambio a que la vida la somete no le permite mantener la huella un instante. Destruid el encanto de las formas. Lo que existe, lo que permanece y sobrevive a la continua renovación de los medios, y lo que verdaderamente importa, sois vosotros, es vuestra personalidad espiritual. *No hagáis del mundo un fin, puesto que no es sino un medio*. No invirtáis las posiciones y funciones. No os transforméis de amos en siervos. Avanzad, lanzaos a la inmensa corriente; la vida ha sido hecha para correr y avanzar. Triste es el lamento por el tiempo perdido durmiendo, por el tiempo que nada ha dado de progreso, que os ha dejado atrás, estacionarios; triste es el llanto del alma que se ve decepcionada en su mayor tarea, en que la Ley habla y se expresa. Avanzad, si no queréis que la corriente os supere y os abandone. Sed insaciables, como Dios os quiere, trabajando substancialmente en la creación del bien, en la eternidad.

¿Cómo podéis ser tan niños para creer que, en un universo de tal modo perfecto, la felicidad pueda usurparse por vías transversas, con medios injustos? Mas trabajad: procuraos vuestras alegrías, ganáoslas con vuestro trabajo. Jamás vuestra alma exultará ante las más grandes conquistas, si no son suyas, si no son productos de su esfuerzo, y testimonio y medida de su capacidad. El alma, más que el resultado exterior, *quiere la demostración de su íntima potencia, quiere la prueba de su sabiduría progresiva; quiere el obstáculo para poder vencerlo, quiere la prueba constante de su íntimo e indestructible valor*.

El resultado práctico, concreto, en la economía de la vida es casi un producto secundario y de desecho; tanto, que la Ley no lo cuida y, apenas salido de las manos del hombre, lo abandona a merced de fuerzas de orden inferior. ¡Qué lamentable panorama este vuestro inútil y continuo esfuerzo para realizaros vosotros mismos, en un mundo ingrato y rebelde, para insuflar a la materia el soplo de vuestra alma eterna! ¡Qué trágico espectáculo este contraste inconciliable entre la voluntad y los medios, entre el pensamiento y su realización! Por esta correspondencia inadecuada, por tal incurable impotencia de la materia, las más grandes almas se abaten a menudo exhaustas, a los pies de sus ideales, altos como la roca cuya cima resplandece fuera de la Tierra. ¡Tierra móvil y vana, que recoge el derrumbe de todas vuestras grandezas humanas! Pero ¿cómo podéis todavía insistir en el juego doloroso o concluir tristemente en que habéis nacido sólo para recoger ilusiones?

Concebid la vida no ya en su superficie sino en su realidad más profunda, y la aparente condena se desvanecerá; construid en el espíritu, que conserva eternamente las huellas, y vuestras aspiraciones encontrarán eterna expresión.

Este ritmo más rápido de la vida, cuya esencia y orígenes vimos en el estudio de los movimientos vortiginosos, se manifiesta en las formas orgánicas con un recambio químico continuo. Así como la vida psíquica es un vehículo en marcha -que avanza de recodo en recodo, de estación en estación, sin posibilidad de detenerse-, así también la vida orgánica constituye una permanente renonovación. El material de que está formada es una corriente. Dicho material es siempre el mismo en su conjunto y se mueve circulando de organismo en organismo; la vida se halla hecha de unidades comunicantes, ligadas en indisoluble vínculo por constantes intercambios del material constitutivo. A semejanza de un río, cuyas aguas cambian siempre, así el ser mantiene, en el cambio de los elementos constitutivos, su individualidad.

La lógica os indica la presencia de un principio superior y diverso de las partes componentes singulares, porque *el mismo material es diversamente plasmado*, individualizado en diversas formas específicas, *según la naturaleza del ser* que de ellas se apropia. El organismo superior es una verdadera sociedad de células, con funciones distintas; pero existe una coordinación de las funciones de las unidades menores particulares, frente a las funciones de las mayores; hay una subordinación del interés individual al colectivo. Los organismos superiores son verdaderas sociedades similares a la humana, en la cual hay un poder central directivo. Las unidades componentes

nacen y mueren en su vida menor, comprendida en el ámbito de la vida mayor. El solo hecho de que esta última permanezca constante pone de relieve la existencia -en vosotros- de una individualidad superior e independiente. Veis, pues, cómo se encuentra subordinado a la vida y al desarrollo de la misma todo el transformismo de los materiales tomados en el círculo de la vida; de qué modo se ofrecen en holocausto a la vida mayor -como a un interés superior- todas las vidas menores que la atraviesan y que en ella se sostienen. Continuos nacimientos y muertes menores, coordinados en un organismo que nace, muere y se coordina a su vez en organismos colectivos más vastos; los cuales, por su parte, también nacen y mueren, ya sean especies animales o bien familias, pueblos y civilizaciones, humanidad. La vida se organiza coordinando sus unidades según el principio de las unidades colectivas.

Si bien la substancia viviente muere de continuo, la vida no se extingue nunca. La renovación es condición de vida, y vida y muerte no constituyen sino fases de dicha renovación: la vida y la muerte de la unidad menor constituyen el recambio de la unidad mayor, de la cual aquélla forma parte orgánica. En esta red de leyes, en que los fenómenos se producen y la materia es abrazada, no hay lugar para absurdos, como sería el fin de cualquier unidad menor o mayor; sino que todo, en cambio, se agrupa en unidades colectivas y coordina la propia evolución en la de las unidades superiores, de las que es el elemento constitutivo (ley de los ciclos múltiples).

LXI

EVOLUCIÓN DE LAS LEYES DE LA VIDA

Tal evolución, cuyo maravilloso camino estamos observando, es determinada, en su aspecto conceptual, por una transformación de principios y de leyes; las formas del ser, como las encontráis en cualquier nivel (γ, β, α), no son más que la expresión de este pensamiento en continua ascensión. Y en la reconstrucción de dicho pensamiento -al que os eleváis a través del análisis y la observación- reside la síntesis máxima que abarca el misterio de la creación. Por ello, antes que entretenernos en el estudio de las formas orgánicas -fenómeno mejor conocido de vosotros por ser exterior y más

inmediatamente accesible-, insistimos en la *comprensión de los principios* que determinan y rigen su transformismo: en el estudio de las causas más que en el de los efectos.

Comencemos, por consiguiente, con lo que es prevalentemente *el aspecto conceptual* de los fenómenos biológicos, *el principio directivo* en su ascensión, para observar luego *el aspecto dinámico* del *devenir* de las formas en las cuales se expresa la ascensión de tal principio. *El aspecto estático* de las *individuaciones orgánicas* está suficientemente expresado por vuestras categorías botánicas y zoológicas, y por el principio evolucionista darwiniano de las formas, tal como lo conocéis ya.

En estos tres aspectos, así como en las fases precedentes, se agota el estudio de la fase α. Ellos, en realidad, están conjuntamente fusionados, presentes en todo género y en todo momento, del mismo modo que todo pensamiento está siempre fusionado con la indumentaria que lo manifiesta; y tales se os aparecen en la historia del desarrollo ontogenético y filogenético (embriología-metamorfología y genealogía de la especie). Esto os resultará comprensible sólo si lo consideráis más como desarrollo de principio que de formas, de psiquismo que de órganos.

De acuerdo con lo que hemos expresado sobre la teoría de los movimientos vortiginosos y la ley biológica de la renovación, el movimiento o principio cinético de la Substancia se torna cada vez más intenso y manifiesto y nos guía a las puertas de la tercera fase, α, con un concepto fundamental: el recambio. Vimos su íntima estructura química. Recambio, hecho ignorado en γ y β; hecho nuevo, que significa ritmo acelerado de evolución. Hemos observado los movimientos vortiginosos, que contienen en germen todas las leyes biológicas. El principio fundamental de la indestructibilidad de la substancia se convierte, en la vida, en instinto de *conservación*; el principio de su transformismo ascensional se vuelve ley de *lucha*. La vida se manifiesta, desde su primera aparición, con la característica fundamental de actividad, de *lucha por la conservación*. Tal principio se divide pronto en dos: conservación del individuo y conservación de la especie, en que presiden dos funciones fundamentales: *nutrición y reproducción.*

Existe un lenguaje común a todo ser vivo, que todos comprenden: *el hambre y el amor*. También en la reproducción por escisión hay una donación de sí, reside el germen de un altruismo a favor de la especie. La vida aparece en seguida, desde sus primeras formas, con un sello de ilimitado egoísmo, al que no se hace excepción más que por un

egoísmo diverso; el individual no hace concesiones sino al colectivo. Se trata de leyes férreas -en sus comienzos, feroces- pero siempre equilibradas en perfecta justicia. Hay en lo íntimo del fenómeno, como hemos visto, el principio de todos los futuros desarrollos y de las ascensiones más altas. El choque y el equilibrio de las fuerzas del mundo dinámico se transmutarán en dolor y justicia en los niveles más elevados. Conservarse es la más ardorosa y siempre presente tarea de la vida; tesoros de sabiduría se esparcen en profusión, todas las astucias, los más poderosos medios, la totalidad de los sistemas y estilos más diversos se adoptan para alcanzar dicho objetivo. Deber supremo al que no podéis escapar, aun cuando quisierais apoltronaros indolentes; instinto de conservación que os defiende del suicidio, dándoos el terror de la muerte.

Pero comprendéis que si bien la conservación constituye inviolable necesidad, no puede por sí sola ser el fin último, pues que sería absurdo un ciclo cerrado y estacionario de finalidades, una vida que no tenga otra meta que la autoconservación. La vida no es fin de sí misma, más bien, es medio para un objetivo más elevado aún: *evolucionar*. Y evolucionar significa progresar en la alegría y en el bien, significa liberación de las formas inferiores de existencia, realización progresiva del pensamiento de Dios: meta suprema, que os explica por qué el fenómeno de la vida es tan celosamente protegido por sabias leyes. Reflexionad que en ella se quiere supremamente también vuestra felicidad, y elevad un himno de gratitud al Creador.

He aquí un nuevo instinto universal e insuprimible: *la necesidad de progreso y la insaciabilidad del deseo.* La misma costumbre de la satisfacción, por la ley de los contrastes base de la percepción, disminuyendo la alegría acentúa esta insaciable necesidad de progreso. La Ley contiene en sí todos los elementos del futuro desarrollo. Un largo camino evolutivo tornará a reunir los gérmenes de las leyes biológicas contenidos en los movimientos vortiginosos, con las más altas leyes de la ética y de las religiones. Las formas primordiales evolucionan. El principio originario subsiste tenaz, inviolable, superior a todas las infinitas resistencias del ambiente, que siempre le ponen obstáculos, y en cuya resistencia se templa. La ley baja, feroz, se refina. Hambre y amor, primera expresión de la lucha por la conservación, se convertirán luego, a través de las dos formas de actividad que imponen al ser, vale decir *trabajo y afectos*, en dos cualidades elevadas y potentes: *inteligencia y corazón*, dedicadas, en los más altos niveles humanos, a la conservación individual y colectiva. La función crea al órgano, incluso en el campo psíquico, o sea, aptitudes y cualidades. Con el ejercicio despunta imperceptiblemente la nueva característica, hasta que se afirma evidente.

Así fija la evolución gradualmente sus conquistas, desarrollando sus principios, diferenciándolos y multiplicándolos por diferenciación; opera en el mundo de los efectos una verdadera creación. *Pero es siempre lo Absoluto que se manifiesta en lo relativo; la causa única que se multiplica en sus efectos*. Nacerán así órganos e instintos, funciones y capacidades nuevas, y desde el primordial funcionamiento orgánico, desde el simple principio del recambio, se elevará hasta las más complejas formas del psiquismo del espíritu humano. Y ha de aparecer entonces, por evolución, como elemento substancial en la economía de la vida, ese absurdo biológico que es el *altruismo*. La ley que regula la vida adquiere una fórmula de expresión más alta o más baja, según sea el grado del ser; se revela en la medida que corresponde a la potencialidad conquistada por el mismo. *La evolución torna cada vez más transparente, en la vida, un pensamiento cada vez más elevado, y transforma las leyes biológicas*.

¿Os habéis preguntado alguna vez el significado del contraste, tan evidente, entre la despiadada ley de la lucha y la más dulce ley humana de la piedad, la bondad y el altruismo? También el animal conoce la piedad; pero sólo para sí y para sus hijos. Con la exclusión de estos casos, la lucha es feroz, sin excepciones. El esfuerzo de la evolución se opera a lo largo de una selección implacable, mediante la cual el triunfo corresponde incondicionalmente al más fuerte. En el hombre, los fines de la selección se han alcanzado con otros medios, por los caminos del trabajo, de la inteligencia, de los sentimientos. *Sólo en el hombre despuntan estas superaciones y la percepción del contraste con la ley más baja*.

El animal ignora dichas normas superiores y es despiadado y cruel, indiferente ante el dolor de los demás, pero en perfecta inocencia; no ya por maldad sino en plena justicia, porque tales son su nivel y su ley. En la conciencia animal, el equilibrio es más mecánico, simple y primitivo; experimenta mayormente la influencia de sus orígenes, y aparece aún como una resultante de fuerzas, más fácilmente calculable en su simplicidad que en la complejidad del alma humana.

En idénticas circunstancias, el ser humano se comporta con una libertad de elección e independencia personal que se ignoran en el mundo animal, precisamente porque en su campo entran en función elementos desconocidos en los niveles inferiores. Ved en qué red de fuerzas y de principios se mueven las formas; observad cuán grandes creaciones puede producir un simple desarrollo de principios. Únicamente el hombre vuelve la mirada atrás, y *por primera vez se da cuenta el ser de la distancia que lo separa del*

pasado y siente horror hacia él: el hombre, que se halla en el umbral del más elevado psiquismo, que representa la forma de transición entre la animalidad y la superhumanidad, entre la ferocidad y la bondad, entre la fuerza y la justicia. *Dos leyes contiguas* y, sin embargo, *profundamente diversas*. El hombre oscila entre ambos mundos: entre el mundo animal, que dice: "o comer, o ser comido" -agresión, fuerza brutal, lucha sin piedad, triunfo incondicional del más fuerte, porque la fuerza física sintetiza toda la victoria en ese nivel-, y un mundo superior, anunciado por el Evangelio de Cristo, la buena nueva, *la primera chispa de la gran revolución biológica sobre vuestro planeta*.

En mi concepto, *fenómeno psíquico y social es fenómeno biológico*, porque es siempre reducible a su substancia de ley de la vida. En este nuevo mundo, *la fuerza se convierte en justicia; sólo el hombre,* finalmente maduro, *podía comprender esta anticipación de realizaciones biológicas revelada por el cielo*. Nunca, desde la aparición de la vida hasta el hombre, se ha iniciado más profunda transformación, porque la vida animal no constituye sino una vida vegetal acelerada, cuyos principios fundamentales conserva. La ley de amor y perdón entraña una transformación tan substancial, que el animal no puede dejar de ser excluido de ella; frente a tan alto desarrollo de los principios de la vida, el ser inferior -en que muy a menudo entra también el hombre- se detiene como ante insuperable muralla. Tales conceptos son verdaderamente, en ese nivel, un absurdo, una imposibilidad, diré más: constituyen una impotencia biológica.

Veremos de qué modo ocurre -por un sistema de reacciones naturales y de registro de ellas en la conciencia*, por cercamiento progresivo y disciplina de la fuerza desordenada*- esta transformación de la ley del más fuerte en la ley del más justo; de la despiadada ley de la selección, en la ley del amor. *La ley del Evangelio no es un absurdo en vuestro nivel biológico*, no es aquello que, visto desde niveles más bajos, puede parecer debilidad y fracaso. En esta más alta fase de evolución, el vencido de la vida animal *puede ser un triunfador*, porque otras fuerzas, ignoradas en aquella vida, son atraídas y puestas en acción. Aparece el mundo moral, que supera, vence y domina al mundo orgánico, arrastrándolo y dominándolo en esferas superiores. Y la inconcebible debilidad de la bondad en cualquier caso, la deposición de todas las armas -que son la base de la lucha por la vida-, el altruismo hacia todo ser y, en especial, para con el enemigo, se convierten en nuevo *principio de convivencia y de colaboración*, la ley del hombre que llega a más elevada unidad colectiva, que se organiza en naciones, sociedades, humanidad. Los hombres que practican (no sólo *predican*) tales principios,

son todavía pocos e incomprendidos. Pero crecerán, y sólo a ellos pertenece el porvenir.

Más perfecta se manifiesta la Ley a medida que las unidades menores se diferencian y se reorganizan en unidades más amplias. Corresponde al hombre transformar la naturaleza. Diré más: él mismo es la naturaleza, y en él la naturaleza se transforma. *Compete al hombre*, cambiándose a sí mismo, *operar la transformación de la ley biológica en vuestro planeta;* operar -fijándolas en las formas psíquicas- estas creaciones superiores de la evolución.

Al hombre corresponden el deber y la gloria de responder al gran llamado que descendió de los cielos hacia el ser más selecto y el producto más alto de la vida terrestre, para que se cumpla el trabajo de transformar, a una naturaleza que ignora la piedad, en una naturaleza movida por una superior ley de amor y de fusión, de colaboración y de comprensión, de fraternidad.

LXII

LOS ORÍGENES DEL PSIQUISMO

Hemos visto el aspecto conceptual de la fase α, la evolución del principio directivo de la vida. Observemos ahora *el aspecto* prevalentemente *dinámico* del devenir en que aquel principio se manifiesta. Hemos visto cómo se transforma el principio fundamental de la lucha; veamos ahora de qué manera esta transformación se expresa en las formas de un psiquismo creciente. Las tres fuerzas que sostienen las leyes de conservación y evolución, y que se manifiestan en los impulsos: hambre, amor e insaciabilidad del deseo, transforman profundamente la naturaleza del ser, paralelamente al transformarse de los principios, para que de éstos él sea exacta expresión.

Si el objetivo de la vida lo constituye la evolución, el objetivo de la evolución, su tendencia constante, la realización máxima en la fase vida, es el *psiquismo*. Observemos cómo surge y se desarrolla hasta las superiores formas humanas. Un

germen de psiquismo existe ya, como vimos, en la compleja estructura cinética de los movimientos vortiginosos. Desde aquellos síntomas primordiales hasta el espíritu del hombre, se pasa por graduaciones sucesivas de desarrollo, a lo largo de las formas vegetales y animales, en las que órganos y formas no son otra cosa que manifestaciones de un progresivo psiquismo. Tal psiquismo creciente, que rige la totalidad de las formas de la vida, es uno de los espectáculos más maravillosos que os presenta vuestro universo. En él reside la substancia de la vida, y a dicha substancia nosotros nos mantenemos adheridos. Para nosotros: *vida* = α, en cuanto sus formas no constituyen sino la vestidura exterior de un psiquismo íntimo; *evolución biológica es, para nosotros, evolución psíquica*; y para comprender la evolución de los efectos es preciso comprender la evolución de la causa. En nuestro concepto zoología y botánica son ciencias de vida, no un elenco de cadáveres; y si consideramos las formas es sólo en cuanto constituyen expresión del concepto que las ha plasmado; y no las vinculamos por parentesco orgánico sino allí donde y en tanto que sea índice de un parentesco psíquico más substancial; habéis reducido la botánica y la zoología a necrópolis, cuando en realidad son reinos palpitantes de vida y sensibilidad, de actividad y belleza.

Así hemos planteado el problema de la vida desde el principio, y de tal suerte lo desenvolveremos hasta el final, porque sólo de esta manera son solubles racionalmente todos los problemas biológicos, psíquicos y éticos. Es absurdo concebir que las formas de la vida constituyan fin de sí mismas y que su evolución carezca de meta, de continuación, allá donde la precede un transformismo eterno, en las fases γ y β. Y una continuación de la evolución orgánica no puede ser determinada más que por la evolución psíquica, como en efecto se realiza en el hombre. *Ese psiquismo es la más alta meta de la vida;* su desarrollo constituye el resultado final del recambio, de la selección, de la transformación de la especie, de tanta sabiduría, lucha y tensión; aquel psiquismo se fija en los órganos, en las formas, y las plasma y anima, en todo nivel, tornándose un medio para evolucionar todavía más; en las formas de la vida se revela y expresa, y por ellas, observándolas, podéis volver a elevaros al principio psíquico, a la chispa que se agita en su íntimo. Es una ascensión laboriosa, dolorosa, desde el protozoario al hombre, y hasta las más elevadas vetas del psiquismo, donde se lleva a cabo la génesis del espíritu; maravillosa, progresiva obra en que la Divinidad -principio infinito- se halla *siempre presente, en constante acto de creación*.

Hemos visto, en el estudio de los movimientos vortiginosos, que contienen ellos en germen el desarrollo de las leyes biológicas, y cómo la íntima estructura cinética de la vida les permite, desde sus unidades primordiales, admitir en su órbita impulsos desde

lo externo, y conservar su huella, en las íntimas alteraciones cinéticas subsiguientes. Un cálculo exacto de fuerzas es, por consiguiente, la base de esta capacidad de conservación dinámica que ha de convertirse en recuerdo atávico; la base sobre la cual se elevará la ley de la hereditariedad. El ambiente externo en que continuaban existiendo la materia y la energía, cuando no había llegado todavía a ser "vida", representaba un campo de intensa actividad cinética; y si la onda dinámica degradada había, envistiendo la estructura atómica íntima, generado la vida, el ambiente externo saturado de impulsos contenía y representaba una riqueza inagotable de impulsos aptos para injertarse y combinarse en el torbellino vital.

Se estableció rápidamente, apenas surgida, una red de acciones y reacciones entre la nueva individuación y las fuerzas del ambiente, y se desarrolló aquella cadena de fenómenos sobre la cual se apoya y se eleva la evolución, y que se agrupan bajo los nombres de asimilación, adaptación, herencia, selección. La vida, en su más intenso dinamismo, respondió a todas las impresiones dinámicas provenientes del mundo exterior; se estableció un intercambio de impulsos y de respuestas. La vida se adaptaba, pero asimilaba; sobre todo, recordaba, se diferenciaba, se seleccionaba; el principio cinético íntimo se enriquecía y se complicaba; sus capacidades de asimilación aumentaban. No es que lo más complejo naciese, de manera automática, de lo menos complejo; solamente que los entrelazamientos cinéticos más complejos permitían la actuación del principio cinético, encerrado en la fase potencial. Dirección, selección, memoria, fueron las primeras manifestaciones de ese dinamismo que adquiere ahora los caracteres de psiquismo. Nace la posibilidad de una construcción ideoplástica de órganos, y el principio cinético, emanante del torbellino íntimo, plasma para sí los medios específicos para la recepción de las impresiones ambientales, esto es, los sentidos infinitos y en progresión, desde la planta hasta el hombre, medios para alimentar la acrecentada sensibilidad, debida a la más veloz movilidad íntima del ser.

LXIII

CONCEPTO DE CREACIÓN

Comprended bien mi pensamiento cuando os hablo de desarrollo de psiquismo hasta la génesis del espíritu, y ello, sin intervención de una fuerza exterior, por un proceso automático. En mi sistema, la Substancia, incluso en sus formas inferiores γ y β, encierra en estado potencial y latente todas las infinitas posibilidades de un desarrollo ilimitado. Comprended que una creación exterior y antropomórfica es absurda. No entendáis mal mi pensamiento, no intentéis reducirlo, por la fuerza, al materialismo, pues si bien conserva la forma de éste, se aleja inmensamente de él en su substancia, hasta coincidir -en las conclusiones- con el más elevado espiritualismo. No digáis: por tanto, la materia piensa; decid, en cambio, que en la vida, la materia, llegada a más alto grado de evolución, es *vehículo capaz*, por la elaboración íntima experimentada, *de devolver en mayor medida el potencial encerrado en ella*. Es inmensamente más científico, más lógico y coherente con la realidad este concepto de una *Divinidad siempre presente y de continuo activa en lo profundo de las cosas,* allí donde reside su esencia, que el de una Divinidad que *en un acto único, en un momento situado en el tiempo*, a la manera de un ser humano, obra *fuera de sí, en forma imperfecta* y a un mismo tiempo *definitiva*.

Lo Absoluto divino existe sólo en el infinito; su manifestación (existir = manifestarse) *no puede haber tenido comienzo*; en su esencia totalitaria, *no actúa en el tiempo* sino en el sentido de instante de su eterno devenir, en el sentido de su descenso particular en lo relativo; y en tal sentido se entienden y resultan comprensibles las Escrituras. Además de esto, el hecho que constatáis, de un transformismo incesante y de una progresiva *susceptibilidad de perfeccionamiento* en la totalidad de las cosas, os habla bien claro de una creación progresiva, entendida como manifestación en progreso del concepto divino, en el mundo concreto y sensorial de los efectos. El concepto del prodigio con fines de *corrección y retoque*, es inherente a la deficiencia y relatividad humana y no puede aplicarse a lo Absoluto ni a la Divinidad.

No es posible alterar la perfección de la Ley para espectáculo humano. El milagro, entendido como violación y reconstrucción de leyes, no es prueba de potencia, más bien, es un absurdo que no puede existir más que en la ignorancia humana. No toméis

justamente esta concesión a vuestra debilidad, como base de la apologética de las religiones, pues con tal contrasentido disminuís la fe en lugar de reforzarla.

Veis que cuanto existe proviene de un principio que actúa siempre no de lo externo hacia lo interno, sino *desde lo interno hacia lo externo*; principio oculto en el misterio íntimo del ser, que aparece como su manifestación y expresión. Igualmente antropomórfica es *la idea de la nada*, inadmisible en lo absoluto. Pero ¿cómo pueden haber zonas externas y zonas de vacío, sino en lo relativo? El hecho que comprobáis, de la indestructibilidad y eternidad de la Substancia, os demuestra el absurdo de esta nada, que no constituye sino una pseudo-idea. Dios es lo Absoluto y, como tal, no puede tener contrarios, puntos externos ni ninguna de las características de lo relativo; sus manifestaciones no pueden tener principio ni fin. En lo relativo podéis colocar una fase de evolución, pero no el eterno devenir de la Substancia; en lo finito podéis poneros vosotros mismos y los fenómenos de vuestro concebible, pero no la Divinidad y sus manifestaciones. Podréis llamar *creación a un período del devenir*, y sólo entonces hablar de principio y fin. En este sentido hablan las revelaciones.

Comprendedme, pues, y no os escandalicéis de este concepto *religiosísimo* de la génesis del espíritu. No es principio *infundido desde el exterior* (esa era la fórmula necesaria a la tradición mosaica, para que los pueblos primitivos pudiesen comprender), mas es, principio que se *desarrolla desde el interior*, exteriorizándose desde aquel centro profundo en que -debéis constatar- es esencia de las cosas y el porqué de los fenómenos. Dios es la gran fuerza, el concepto que opera, pero en lo íntimo de las cosas, y desde esa intimidad se expande, en los períodos de lo relativo, en un perfeccionamiento progresivo, o sea, manifestando progresivamente su perfección. El universo permanece siendo siempre su obra maravillosa; y todas las criaturas siguen siendo sus hijas; todo, en fin, permanece siendo constantemente el efecto de la Causa Suprema. No puede haber blasfemia en esta concepción que, si bien es cierto que no responde a la letra de las Escrituras, agiganta en cambio su concepto, eleva y vivifica su espíritu, hasta una racionalidad de que tiene hoy el hombre absoluta necesidad para que su fe no se derrumbe.

Decir que el universo contiene su propia creación como factor de su eterno devenir, no es sino demostrar y tornar comprensible la omnipresencia divina. Todo debe reentrar en la Divinidad; de otro modo, ésta sería "parte" y, por ende, incompleta; *si hay fuerzas antagónicas, ello no puede darse más que en su seno*, en el ámbito de su voluntad, como parte del mecanismo de su querer, del esquema del Todo. En el fondo, también la

obra humana constituye manifestación y expresión en que se pone en funcionamiento y se exterioriza, como en la Creación, un pensamiento interior, lo cual justifica la concepción antropomórfica; mas no llevéis el paralelo hasta el punto de concebir una escisión, una duplicidad absoluta entre la Divinidad y lo creado. Ello no puede ser en este mi *monismo*.

No limitéis el concepto de Divinidad a uno u otro aspecto, pues que dicho concepto ha de tener la máxima extensión de lo concebible, y más allá. No os asalte el temor de disminuir su grandeza diciendo que Dios es asimismo el universo físico, pues éste no es sino un instante de su eterno devenir en que Él se manifiesta. Allí donde vuestra concepción es más particular y relativa, la mía tiende a mantener compacto el Todo, en visión unitaria, y a *poner de relieve los profundos vínculos que ligan a principio y forma*. En la marcha de las verdades progresivas, esta concepción continúa, perfecciona y eleva a la vuestra.

Dios constituye un infinito, y alcanzaréis cada vez más real la esencia de su manifestación, cuanto más sepa vuestra capacidad perceptiva y conceptual penetrar en lo profundo de las cosas. Dios es el principio y su manifestación, fusionados en unidad indisoluble; es lo absoluto, infinito, eterno, que veis pulverizado en lo relativo, en lo finito, en lo progresivo. Dios significa concepto y materia, principio y forma, causa y efecto, unidos, inescindibles, tal como la realidad fenoménica os los presenta y la lógica os los plantea, esto es, como dos momentos, dos extremos dentro de los cuales el universo se agita.

Y ¿qué mayor profundidad ética, y al mismo tiempo verdad biológica (extremos que jamás habéis sabido conjugar), que en esta concepción según la cual el cuerpo es el órgano del alma, para la cual no es el cerebro quien piensa sino el espíritu mediante el cerebro; para la cual el cuerpo es indumentaria caduca, que el alma eterna se construye para las necesidades de su ascensión? Y ¿qué mayor altura espiritual que la de decir que toda forma existente es -en perfecta fusión de pensamiento y acción- manifestación divina, expresión de ese principio supremo, de una chispa animadora sin la cual todo organismo se desmoronaría al instante?

La materia subsiste y ¿cómo podría ser destruida? Mas está fusionada con el espíritu en un complejo poderoso, y como sierva fiel ha ayudado a su desarrollo, incubando su génesis, en su seno materno. Luego, cumplida la creación, se inclina ante el fruto de su elaboración y se convierte en servidora de él, pues si lo bajo está, en el todo, conectado

con lo alto en una fraternidad de orígenes y de trabajo, toda individuación no puede sobrepasar su nivel. Así, la materia, en la vida, permanece en el grado de medio, sin superarlo jamás.

Debéis comprender que materia, energía, vida y conciencia, toda esta floración incesante que desde lo interno hacia lo exterior se proyecta, no se debe a una génesis absurda según la cual el más se desarrolla del menos, el ser se crea de la nada, aunque sea automáticamente. Todo esto es forma, apariencia exterior, constituye la *manifestación sensible de ese constante devenir, en que lo absoluto divino se manifiesta proyectándose en lo relativo*. No penséis que los movimientos vortiginosos, donde la estructura atómica se transmuta en vida, contengan y desarrollen el espíritu y vuestro pensamiento; pero pensad, sí, que representan la más compleja disciplina a que la materia se somete, para poder ofrecer el principio que la anima y responder al impulso interior que la incita siempre a evolucionar.

LXIV

TÉCNICA EVOLUTIVA DEL PSIQUISMO Y GÉNESIS DEL ESPÍRITU

Después de haber afrontado el problema de la génesis de la vida, nos encontramos ahora frente a aquel todavía más formidable, el de la génesis del espíritu. Es un hecho que de las primeras unidades protoplasmáticas -hijas del rayo globular- en adelante, protoplasma y célula poseen una sensibilidad y una capacidad de registro de impresiones, dada la estructura íntima del recambio químico. Así, desde sus primeras manifestaciones, debía la vida producir fenómenos de psiquismo, aunque fuese éste muy rudimentario. Y la movilidad, si bien tan estable y elástica, del sistema atómico de la vida, constituía el medio más adecuado para el desarrollo y la expresión progresiva de dicho psiquismo.

Inseguros, os preguntáis si la función crea al órgano o el órgano crea la función, porque ignoráis el principio de la vida y no sabéis tampoco cómo interpretar los fenómenos. Ni

lo uno ni lo otro. Puesto que el organismo es una construcción ideoplástica, que se produce no bien la maduración evolutiva del medio "materia" permite la manifestación del principio latente, el cual se exterioriza de manera diversa, conforme a las circunstancias del ambiente, y donde y como éste ha permitido el desarrollo del medio de manifestación. Órgano y función despuntan, por tanto, juntos, y su progreso es recíproco y determinado por un apuntalamiento mutuo del órgano sobre la función que lo desarrolla, y de la función sobre el órgano que la perfecciona. Así, la conciencia no crea la vida ni la vida crea la conciencia, sino que ambas actúan y se ayudan mutuamente, para llegar a la luz: el principio plasmándose y desarrollándose una forma cada vez más adecuada a su manifestación, la vida fijando su impulso y organizándose en perfección mayor. El principio mueve la materia, la torna cada vez más adherente a su expresión; en este trabajo se refuerza, se expande y se manifiesta más potente. En tanto que la vida constituye el efecto de un íntimo dinamismo organizador, es al mismo tiempo la palestra en que tal dinamismo se ejercita y desarrolla. Si el modelamiento de las formas no procediese de un principio interno, no veríais siempre proceder de lo interno aquel acrecentamiento, que va desde la reproducción de los tejidos -y a veces de órganos enteros- hasta la formación de los organismos adultos.

En su íntima estructura cinética, la vida conserva la memoria de las acciones y reacciones dinámicas anteriores, centraliza en sí sus huellas y puede poner a todas en acción. Es así posible la concentración de toda la arquitectura de un organismo en un germen, y su reconstrucción completa de la semilla a la forma adulta. Toda la evolución os presenta el espectáculo de ese proceso de centralización y descentralización cinética, que en el caso de la semilla podéis tocar con la mano. En él, el movimiento conserva la totalidad de las características de su tipo, el germen conserva en su intimidad una estructura indeleble: el recuerdo del pasado vivido, que deberá dar intacto y que el organismo maduro podrá modificar sólo en una medida mínima, que asimilará y transmitirá al nuevo germen.

Los resultados de la experiencia de la vida, en todo nivel *gravitan hacia lo interno*; allí se destilan los valores, se resumen los totales, se procesa la síntesis de la acción. Allí descienden a estratos sucesivos los productos de la vida. El psiquismo se halla en crecimiento constante, pues que se depositan en torno al primer núcleo, por superposición progresiva, los valores, los totales y las síntesis de la vida. De tal modo la conciencia, aun cuando en muy diversos grados, es un hecho universal en biología, y su desarrollo por adición de los resultados de experiencias (variaciones cinéticas introducidas en la unidad vortiginosa) es el resultado del fenómeno "vida". De uno a

otro extremo de ésta (aunque la conciencia no aparezca con intensidad, más que en los organismos superiores, donde por división del trabajo se construye órganos particulares), se encuentra, sin embargo, presente siempre, y desde la conciencia elemental de los protoorganismos hasta el espíritu humano, el sistema de su desarrollo es idéntico y constante. El centro se enriquece en cualidad y potencia; adquiere con ello la capacidad de construirse órganos cada vez más apropiados para expresar su más compleja estructura. Así principio y forma, recíprocamente y a turno, activos y pasivos, bajo el acicate de los choques y fuerzas ambientales, bajo el incentivo del impulso íntimo que por ley de evolución quiere exteriorizarse, evolucionan de manera gradual, y por la tensión de dicho contraste, la manifestación "vida" se desliza del misterio del ser a la luz, del polo "conciencia" al polo "forma".

Desde su primera forma protoplasmática debía poseer la vida una conciencia orgánica, aunque fuera rudimentaria, sin la cual, aquel primitivo recambio no podía subsistir. Si vida = recambio y recambio = psiquismo, vida = psiquismo. Esta primordial conciencia orgánica, en que las leyes fundamentales de la vida se hallan ya presentes, está en todas partes en todo organismo. Desarrollada en la compleja estructura cinética de los movimientos vortiginosos, la encontramos integrando la vida incluso en su primer nacimiento, como substrato fundamental de todo acrecentamiento futuro. Aquella conciencia orgánica ha de convertirse en inteligencia orgánica e instinto; por último, se elevará en el hombre a conciencia psíquica y abstracta.

Desde sus primeras formas, la materia viviente posee las propiedades psíquicas fundamentales, los elementos de esta conciencia, que es inseparable de la vida por ser su esencia y condición. La amiba posee ya la totalidad de las propiedades biológicas fundamentales: recambio y movimiento, respiración y digestión, secreción y sensibilidad, reproducción y psiquismo. La técnica de la vida ha echado en ella sus bases; las grandes líneas arquitectónicas están trazadas. El desarrollo se verifica a cada nivel, según la misma técnica de la transmisión al centro psíquico ya constituido y del acrecentamiento de este núcleo mediante la estratificación, en torno a él, de las capacidades sucesivamente adquiridas. La repetición de una reacción, como respuesta a una acción exterior constante, tiende a fijarse en la trayectoria íntima como una nueva forma.

La vida, ansiosa de expandirse y evolucionar, tiene los brazos abiertos para las fuerzas ambientales que son inmensas como ríos; las reacciones se multiplican y la conciencia, ávida de sensaciones, se enriquece y perfecciona. Su estructura se complica; nada se

pierde, ni un acto, ni una prueba pasan sin dejar su huella. Se transforma la conciencia primordial, la forma que la reviste, el ambiente que la circunda, en un lento proceso de continuos ajustes. El ser se torna cada vez más sabio por haber vivido, por experiencias acumuladas; especializa así sus aptitudes. Nace el instinto, una conciencia más compleja que recuerda, sabe y prevé.

Ascendamos más todavía, hasta el hombre. Los substratos precedentes subsisten: la conciencia orgánica, obscura y automática, pero presente porque está en funcionamiento, aunque abandonada en la profundidad del ser; el instinto, vivo, presente, sabio y memorioso como en los animales. Mas se agrega una nueva estratificación: la razón, la inteligencia, aquel conjunto de facultades psíquicas que constituyen la conciencia propiamente dicha. Así como el germen sintetiza a todo el organismo que ha de desarrollar, como en él se rehace de continuo la vida para recomenzar desde el principio, repitiendo siempre, en la totalidad de las formas, el ciclo recorrido en toda la evolución precedente (y ello, como fenómeno orgánico y fenómeno psíquico), así también el hombre resume en sí todas las conciencias inferiores; toda célula posee su pequeña conciencia que preside su recambio, en todo tejido y en los órganos todos; una conciencia colectiva más elevada dirige su funcionamiento; el organismo entero es dirigido por los instintos, que rigen y conservan la vida animal.

LXV

INSTINTO Y CONCIENCIA - TÉCNICA DE LOS AUTOMATISMOS

Esto no os debe asombrar, ya que no conocéis sino una pequeña parte de vosotros mismos. ¿El funcionamiento orgánico no se produce fuera de vuestra conciencia, confiado a unidades de conciencia inferiores, situadas fuera de ésta? La economía del esfuerzo, que la ley del mínimo medio impone, *limita la conciencia humana al ámbito en que se realiza el trabajo útil de las construcciones*. Lo que ha sido vivido y por manera definitiva asimilado se abandona en los substratos de la conciencia, zona que

podéis llamar el *subconsciente*. Por esto el proceso de asimilación, base del desarrollo de conciencia, se lleva a cabo precisamente *por transmisión al subconsciente*, donde permanece todo, aun si olvidado, pero pronto a resurgir si un impulso lo excita, si lo exige un hecho.

El subconsciente es, precisamente, la zona de los instintos, de las ideas innatas, de las cualidades adquiridas; constituye el pasado superado, inferior pero adquirido (misoneísmo). Allí se depositan todos los productos substanciales de la vida; en dicha zona encontráis lo que habéis sido y lo que habéis hecho; volvéis a hallar el camino seguido en la construcción de vosotros mismos, como en las estratificaciones geológicas tornáis a encontrar la vida vivida por el planeta. *La transmisión al subconsciente se produce justamente a través de la repetición constante*. Entonces decís que *el hábito* transforma un acto consciente en inconsciente, y forma de él una segunda naturaleza. Tal es el método de la educación. Palabras comunes, que expresan con exactitud la substancia del fenómeno. De esta suerte podéis, mediante la educación, el estudio, el hábito, construiros a vosotros mismos. Y no bien un acto es asimilado, la economía de la naturaleza lo deja fuera de la conciencia, porque para subsistir no tiene necesidad ya de que ésta lo dirija. Apenas es aprendida una cualidad, *es abandonada de inmediato a los automatismos*, bajo la forma de instinto, de carácter que se fija en la personalidad.

No se trata de extinción, ni de pérdida, puesto que todo subsiste y se halla presente y activo, si no en la conciencia, indudablemente en el funcionamiento de la vida, y continúa dando todo su rendimiento. Sólo que es eliminado de la zona "conciencia", por la razón de que puede, en adelante, funcionar por sí mismo, dejando en reposo al Yo. La cualidad asimilada, transmitida al subconsciente, cesa así de ser esfuerzo y se convierte en una necesidad, en un instinto. El impulso impreso en la materia permanece y cuando vuelve a aparecer se expresa como voluntad autónoma de continuar en su dirección, como criatura psíquica independiente, creada por obra vuestra y que de ahora en adelante desea vivir su vida. De modo que la conciencia representa únicamente aquella zona de la personalidad donde se produce *la tarea de la construcción del Yo* y de su dilatación ulterior; en otros términos *se limita a la sola zona de trabajo:* y es lógico. Lo consciente comprende meramente *la fase activa*, la cual es la única que sentís y conocéis, porque es la fase en que vivís y en que la evolución actúa [(1)].

[(1)] Para un estudio más particular del problema ver *"La Ascensión Mística"* y *"La Nueva Civilización del Tercer Milenio"* del mismo autor. (N. del T.).

Ahora podéis comprender algunas características inexplicables del instinto, como su perfección maravillosa. *En el instinto la asimilación se ha cumplido*, de modo que el fenómeno no se halla en vías de formación, sino que ha alcanzado ya su última fase de perfección. Por esto es el instinto tenaz y sabio; existe como hereditariedad y sin adiestramiento, precisamente porque éste se ha hecho antes; actúa sin reflexión (en el animal lo mismo que en el hombre), justamente por cuanto ha repetido ya lo bastante. La fase de formación se supera, y como el acto reflexivo es inútil, es eliminado; la repetición constante ha cristalizado el automatismo en una forma perfectamente correspondiente a las fuerzas ambientales, que han obrado de modo continuo.

Cálculo de fuerzas, ajustes, acciones y reacciones, sensibilidad y registro, concurren en el transformismo. En el crisol de las formaciones se hallaban mezcladas, en ebullición, fuerzas reguladas, cada una por un innato principio-ley propio, perfecto; perfecto y exacto debía ser, pues, su resultado. El principio directivo que garantizaba la constancia de las acciones y condiciones ambientales, ha permitido el estabilizarse de reacciones asimismo constantes en el instinto y, por lo tanto, la correspondencia de este último con el ambiente.

Comprendéis ahora la estupenda presciencia del instinto, y de cuán infinita serie de ensayos, incertidumbres y tentativas es la resultante. El individuo ha de haber aprendido una vez esa ciencia, puesto que *de la nada no nace nada*; debe haber ensayado la constancia de las leyes ambientales que presupone, a las que responden sus órganos, y por las cuales es hecho y proporcionado. Sin una infinita serie de contactos, ensayos y adaptaciones, en el período de las formaciones, no se explica tan perfecta correspondencia de órganos y de instintos, en anticipo de la acción, en el seno de una naturaleza que avanza mediante tentativas; y no se explica su hereditariedad. En el instinto, se conquista la sabiduría y es superada la fase de tentativa, así como la necesidad de ajustarse a una línea de lógica que, ofreciendo más soluciones, pone de manifiesto la fase insegura e incierta de los actos racionales, allí donde el instinto conoce un solo camino, que es el mejor.

Si la razón cubre un campo mucho más extenso que el limitado del instinto (y en ello supera el hombre al animal, dominando zonas que éste ignora), en su pequeño campo el instinto ha alcanzado, sin embargo, un grado de maduración más avanzado, expresado por la seguridad de los actos; grado de perfección todavía no alcanzado por la razón humana, que en la tentativa revela las características evidentes de la fase de formación.

Y así como el animal ha razonado de manera rudimentaria en el período de la construcción de su instinto, así la razón humana culminará, una vez cumplida su formación, en un instinto complejo y maravilloso, que ha de revelar una sabiduría mucho más profunda.

En el hombre subsiste todo el instinto animal de que la razón no constituye sino una continuación. Ahora podéis comprender que *instinto y razón no son más que dos fases de conciencia*, la primera superada y, por ende, funcionando de modo automático; la segunda, en vías de formación; y no consideréis en antagonismo los dos movimientos del mismo proceso evolutivo. En el hombre no sólo sobrevive todo el instinto animal, sino que la formación de los instintos continúa ocurriendo, tal como sucedió respecto de aquél y con idéntico sistema, si bien mucho más rápidamente, dada la potencia psíquica del hombre, y a un nivel mucho más alto, dada la complejidad de su psiquismo. Y no de otro modo que como en el hombre es inconsciente la fase "instinto" y consciente la fase "razón", asimismo en el animal, además del instinto inconsciente, hay una pequeña zona de formación, que es, pues, consciente y racional, aunque de una conciencia y racionalidad primitivas. Si observáis, veréis que no todos los actos de los animales están cristalizados en el instinto, sino que existe siempre una puerta abierta a las nuevas adquisiciones (adiestramiento, domesticación, etc.).

Entre la planta, el animal y el hombre hay una única diferencia que es debida al mayor o menor camino recorrido. Pensad cuánta parte de vosotros está confiada a los automatismos; cómo, también, la racionalidad humana tiende a cristalizarse en aptitudes instintivas, y cómo es instinto todo lo que ha sido profundamente adquirido.

Existe, en consecuencia, una zona obscura del *subconsciente* y una zona lúcida de lo *consciente*. Además, tenemos una tercera zona, la del *superconsciente*, en que todo es espera y donde se preparan las conquistas del mañana: fase poseída tan sólo como presentimiento y que se contiene en germen en las causas que se hallan en acción en el presente, cuyo desarrollo representa. Zonas por amplitud y posición relativas al ser, conforme a su grado de desarrollo. Y grandemente varían asimismo para el hombre, según sea su evolución personal, los límites de lo consciente; lo que es consciente o superconsciente para algunos, puede ser subconsciente (o sea, camino recorrido y experiencia adquirida) para otros más avanzados. Estos límites varían también durante la vida del mismo individuo, la cual es precisamente el período de las adquisiciones y transformaciones de conciencia. La edad más apta para dichas adquisiciones o, en otros términos, susceptible de educación, es la juventud. Fresca por el reposo, la conciencia,

se encuentra más propensa a la asimilación, a la estabilización de nuevos automatismos que han de fijarse luego indelebles en el carácter; los primeros serán los más profundos y los más resistentes.

Resumido rápidamente todo el camino recorrido por evolución, la zona de conciencia tiende siempre a subir, desplazándose hacia lo superconsciente; educación, hábitos buenos y malos, todo se fija en automatismos transmitidos al subconsciente; la fase lúcida del trabajo constructivo se transfiere a los campos más elevados y profundos, hacia lo íntimo del ser, en la asimilación de cualidades espirituales.

Así que nada se pierde de todos los dolores y luchas de la vida, de todo el bien o el mal realizado. No se pierde fuera de vosotros, por el principio de causa y efecto; tampoco se pierde dentro de vosotros por el principio de transmisión al subconsciente. La herencia de vuestras culpas igual que la de vuestros méritos -el resultado de todas vuestras debilidades o esfuerzos-, la lleváis de continuo con vosotros, tal como lo habéis querido. La asimilación mediante automatismos y transmisiones al subconsciente es el medio de *transmisión a la eternidad*, de las cualidades adquiridas, fruto de vuestro trabajo. Todo acto tiene un eco y deja una huella. La técnica de los automatismos reside en vuestra experiencia cotidiana, en la adquisición de toda habilidad mecánica o psíquica. La objeción que podréis elevar contra la teoría de la asimilación por automatismos, de las experiencias vividas (esto es, que un hábito se pierde con la falta de uso), no vale, porque lo que se transmite al subconsciente es la aptitud y no el conocimiento, y veis que aquélla queda aun cuando el conocimiento, debido a la falta de uso, se desvanezca, y sabe reconstruir rápidamente lo que parecía destruido. De allí todas las capacidades innatas más diversas, a las que tanto debe la vida, y que de otro modo no tendrían explicación. Si la repetición de innumerables actos defensivos ha dado al animal el instinto de la defensa, el obrar moralmente confiere al hombre aptitudes morales, y el pensamiento desarrolla, enriquece la inteligencia. Así tenéis un medio para poder *rectificar* constantemente la substancia de vuestra personalidad, podéis plasmarla vosotros mismos en bien o en mal. Así vuestro destino, determinado por las cualidades que asimilasteis y constituido y circundado por las fuerzas que pusisteis en movimiento, puede siempre sufrir retoques de vuestra propia mano. De esta suerte el férreo determinismo, impuesto por la ley de causalidad, se abre -en la zona de las formaciones tendidas hacia el futuro- en un campo donde sólo domina el libre arbitrio, señor de la elección que luego -salvo ulteriores correcciones- os ligará a su vez por la misma ley de causalidad.

LXVI

HACIA LAS SUPREMAS ASCENSIONES BIOLÓGICAS

He aquí la técnica del desarrollo del psiquismo, que culmina en la génesis del espíritu. Excavando en el subconsciente, os hallaréis con todo vuestro pasado, que resurge en los instintos, en las tendencias, en las simpatías y antipatías. ¿Quién puede haberos construido completos de conocimientos instintivos gratuitos, si no "vuestro" pasado?; y ¿cómo podría el germen de la vida contenerlos y luego desarrollarlos en determinado momento, prescientes y proporcionados al ambiente, si no por una *restitución*, vale decir, si ese proceso de descentralización cinética no hubiese sido precedido -por ley de equilibrio- por un proceso correspondiente y proporcional de concentración cinética de las cualidades adquiridas a través de vidas y experiencias? ¿Existe acaso en el universo un solo fenómeno que os autorice a creer posible algo diverso a eso, que os autorice a renegar de la ley de causalidad, de proporción, de equilibrio y justicia? Mirad en vosotros mismos y hallaréis dentro un abismo. Hay zonas más profundas, las de los instintos más estables, donde se agitan los impulsos fundamentales de la vida, como se definió en sus fases más lejanas. Supervivencias obscuras, abismales, de vida protoplasmática primordial, que se agitan todavía en las fibras íntimas de vuestro organismo; instintos como los de conservación, defensa, reproducción, que estallan a veces inesperadamente, desde una zona de misterio que no conocéis, en vuestra conciencia, por la maduración de un ciclo que constituye ley y voluntad autónoma en progresión, sin que vosotros lo sepáis o lo queráis (por ejemplo: el instinto del amor, que hace explosión en la juventud). Pues cuanto existe lleva en sí escrita su ley antes de nacer; todo fenómeno es completo en su principio, incluso antes de su manifestación. Hay zonas de tinieblas que os espantan, que no querríais mirar pero que, sin embargo, os atraen, y a las cuales interrogáis en vano. Es vuestro pasado.

Mas para todo hay siempre reparo. En el superconsciente existe luz para todos; la fiebre de la evolución, la insaciabilidad de vuestra alma, fuerzas son, irresistibles y universales, que os impulsan cada vez más alto. La ley del progreso quiere la continua dilatación del psiquismo. La evolución es lanzada de manera irresistible hacia el superconsciente, se dirige hacia lo supersensible. Recordad que vuestra conciencia no constituye sino la dimensión de vuestra fase de evolución, α, y que vuestro inexorable

camino os lleva, desplazándoos de fase en fase, de dimensión en dimensión, hacia el superconsciente intuitivo y sintético de que ya hemos hablado. En las fases inferiores que habéis recorrido, de γ y β, el ser existe *normalmente* sin conciencia, cualidad ignorada allí, como os es ignorada asimismo la dimensión de lo superconsciente. El estado de conciencia es fenómeno en continua elaboración constructiva o destructiva, según el trabajo libre de construcción o destrucción que ejecutáis en la senda de la evolución, la cual, en vuestro nivel α, es progreso moral y psíquico. Quien practica el ocio, se detiene; el que hace el mal, desciende y demuele su propio yo, destruye la luz de su comprensión; aquel que trabaja en el bien, asciende y se dilata a sí mismo, crea su propia riqueza de concepción y potencia de alma. Punición y premio automáticos e inexorables. Así el dolor, por las reacciones de espíritu que excita, es agente de ascensión a fases y dimensiones superiores.

Pasarán las formas materiales de la vida; pasarán los pueblos, las civilizaciones, humanidades y planetas; pero algún heredero ha de recoger el fruto de tanto trabajo, no vano: el alma. El eterno cambiar de las cosas, jamás saciado, dará un resultado que no ha de perderse. Así como avanza de continuo el campo dominado en el ámbito de lo consciente, del mismo modo se desplaza progresivamente el límite sensorial, lo superhumano se torna humano, lo superconsciente, consciente; lo inconcebible, concebible. La conciencia adquiere entonces nueva dimensión, y el medio material se afina y sutiliza hasta alcanzar su desmaterialización, hasta que el principio espiritual se separe y arribe a otras riberas, llevando consigo el zumo destilado de todo el pasado vivido, en su construcción acabada.

Observad cómo se inicia ya, desde vuestra fase, tal proceso de apartamiento y desmaterialización. En el exteriorizarse de los medios de la vida, el animal permanece *ligado a la herramienta*, que sigue siendo parte inescindible de su organismo. La historia natural del hombre no es más que la repetición del mismo proceso de *proyección de órganos*, pero a un nivel más elevado. Por eso las formas, sistemas y destrezas se asemejan, mas con una diferencia substancial: *en el hombre se verifica la separación entre el organismo y la herramienta.* Así como el orgánico, también el utensilio mecánico constituye expresión de igual voluntad íntima de acción; empero, en el animal está el medio fundido orgánicamente en el cuerpo, al paso que en el hombre el medio no es ya parte integrante de él, sino que de él se separa. Sólo el hombre se construye herramientas, que puede fabricar de cualquier clase: la mano, guiada por la inteligencia.

A medida que el centro psíquico se agiganta, los medios de su expresión se transforman, multiplicándose y afinándose; los órganos se tornan medios de expresión de vida psíquica, y las funciones físicas inferiores se dejan a cargo de los utensilios mecánicos. Entonces los órganos animales, no empleados ya, tienden a atrofiarse; la industria los crea constantemente y en ella continuará desarrollándose la evolución del utensilio orgánico, expresión cada vez más compleja de un psiquismo también más complejo. El propio deseo intenso que ha creado al órgano encuentra ahora formas de manifestaciones múltiples, proporcionadas a la nueva potencia del psiquismo motor. La función desarrolla las cualidades y los órganos cerebrales; se manifiesta en el hombre la evolución psíquica, de preferencia y como continuación de la evolución orgánica, que pasa a segunda línea, suplantada por el evolucionar de los productos de la inteligencia. De suerte que el hombre se aleja cada vez más de la forma animal, en una continua *desmaterialización de funciones*, que lleva a una progresiva *desmaterialización de órganos*. La vida del hombre se centraliza cada vez más en la función psíquica directiva, que adquiere como su nueva naturaleza y especialización.

He aquí la maravillosa técnica íntima según la cual la evolución realiza la transformación de la materia en la fase vida. Cuando pensáis en su estructura cinética íntima, tales transmutaciones no han de pareceros absurdas. Ya los movimientos vortiginosos han transformado la estructura atómica en un sistema cada vez más sensible y susceptible de infinitos modelamientos. La maleabilidad del material protoplasmático le permite un inagotable y profundo transformismo, y le posibilita el plasmarse en las más variadas formas de tejidos y órganos.

En un sistema de tal modo sensible, el deseo intenso, una voluntad decidida procedente del interior, es *factor psíquico que posee fuerza creadora*. Considerad los fenómenos a que dan lugar las impresiones maternas, cuánto poder ideoplástico tienen sobre el feto las funciones psíquicas de la madre. Tarde o temprano acaba la forma por obedecer al impulso íntimo y expresarlo. He aquí la técnica evolutiva de este fenómeno de la construcción de órganos mediante proyección ideoplástica. De la zona de lo latente -sumida en las tinieblas fuera de la conciencia- emerge -sacudido por el choque de las fuerzas ambientales, impulsado por la ley de evolución- el germen de una nueva necesidad, que en el centro psíquico adquiere la forma de deseo, vale expresar, *fuerza-tendencia*, que tiende hacia la realización. Del deseo surge la tentativa, o sea la acción, asimismo tendiente a la realización. Entramos así en la fase de lo consciente o, en otros términos, del trabajo, actividad, conquista. Despunta la realización, y de ella se forma y con la misma se refuerza la función, la que a su turno

define cada vez más al órgano; esto, en una serie de continuos ensayos, equilibrios y composturas, proporcionándose tanto a las resistencias ambientales como al impulso interior, entre los que figura el rasgo de unión. La progresiva actividad funcional plasma el instrumento orgánico como su expresión cada vez más adherente. La constitución definitiva del órgano estabiliza la función y establece una serie de experiencias, de cuya repetición constante nacen aquellos automatismos que vimos señalar la fase de la asimilación cumplida y de dilatación del psiquismo del ser. Automatismo significa "cualidad adquirida", nueva capacidad introducida en la naturaleza del individuo, instinto nuevo, nueva experiencia. La evolución se completa. El resultado, definitivamente asimilado, se deposita como nuevo estrato en torno al núcleo precedente de psiquismo, y se deja fuera de la zona de trabajo, que es la zona de la conciencia.

Así avanza la evolución y se conquista lo ultraconsciente, pasando a través de la fase conciencia y luego, completada ya la asimilación, a la subconsciencia. Por evolución ocurre *un desplazamiento continuo de la zona de lo consciente, desde lo subconsciente hasta lo superconsciente*. Así la zona móvil, de trabajo, cubre en su camino progresivo una zona cada vez más vasta de lo subconsciente, la zona de las adquisiciones definitivas, del almacenamiento de lo indestructible en la eternidad. A través del continuo trabajo psíquico de la vida se produce un constante aumento del núcleo subconsciente, extendido hacia la asimilación del superconsciente, por un proceso de crecimiento, herencia y centralización cinética en la fase de germen, que tornáis a encontrar en la vida de las formas orgánicas. Así también el campo del trabajo asciende cada vez más hacia lo alto, al paso que se vuelve más amplio, rico y poderoso.

Paralelamente, la materia, que constituye la expresión de todo esto, experimenta profundos cambios. Hemos visto que el tren electrónico de la onda dinámica degradada comienza por atacar a las unidades atómicas de estructura planetaria más simple. (En el círculo de la vida son introducidos de preferencia los cuerpos simples de peso atómico bajo). Ahora bien, tal fenómeno no es sino el principio del proceso de la *desmaterialización de la materia*. Cuando el nuevo torbellino vital haya bombardeado a toda la materia, hasta los pesos atómicos máximos, esto es, cuando el tren electrónico haya transformado los movimientos planetarios atómicos en movimientos vortiginosos, hasta las formas planetarias más complejas, desplazando y reconstruyendo en equilibrios asimismo más complejos a todas las órbitas, incluso las de 92 electrones de U, entonces α, el psiquismo, habrá penetrado e invadido a la materia toda, y ésta *se desmaterializará,* es decir, que no existirá ya como materia. La energía, su hija, la

habrá llevado más adelante, a una fase evolutiva superior, y el movimiento todo de la Substancia continuará en forma inmaterial sin que nada sea en ella creado ni destruido. Se habrá producido sólo una transmutación íntima que conduce a la Substancia a un nuevo modo de ser, supermaterial y superdinámico, superespacial y supertemporal, en el umbral de nuevas dimensiones.

Así la evolución se vuelve atrás y eleva consigo los instrumentos de su labor. Así desmaterializa la materia, a través del fenómeno de la vida, hasta el espíritu. El principio dinámico se reviste de formas cada vez menos densas. La evolución las refina, las sensibiliza y desmaterializa. Los órganos, los utensilios de la vida se separan, el organismo se sutiliza; y de todo el profundo, inmenso esfuerzo de la vida, queda una central psíquica poderosa, en la dirección de un mundo dominado y obediente, inclinado hacia las fases superiores de conciencia y de evolución, ocultas todavía para vosotros en lo inconcebible.

La evolución llega de tal modo a los más elevados niveles de vuestro universo, y ahora podéis comprender todo su significado. La evolución, en su concepto más profundo, es *la liberación del principio cinético de la Substancia*. Ello ocurre a través de un hondo respiro, en que se invierten y se apuntalan mutuamente para ascender, las dos fases, de concentración cinética de las experiencias de la vida en el germen, y de descentralización cinética del germen en la vida. De ahí que la evolución se exprese con una continua superación de los límites, como observáis en el progresar de las dimensiones. Con la evolución, el ser se substrae cada vez más a los límites del *determinismo físico* que al nivel de la materia es geométrico, inflexible y en todas partes idéntico. La vida comienza a liberarse de las apretaduras de este absolutismo; su psiquismo creciente es nueva causa, que se sobrepone a la que determinan las leyes físicas. El animal adquiere ya una libertad de acción ignorada en el mundo físico. Se llega entonces al reino humano del espíritu y más allá, donde el *libre arbitrio* se afirma de manera definitiva.

La ley del bajo mundo de la materia es determinismo, en tanto que la ley del espíritu constituye libertad; y el paso del determinismo al libre arbitrio se produce por evolución.

Tal es la expresión de una mayor latitud en la posibilidad de movimiento, determinada por una reabsorción gradual del determinismo, que responde a una manifestación progresiva del principio cinético. Materia, energía, vida, espíritu, no son más que la

expresión de un cambiar de ese movimiento, en forma cada vez más evidente y más libre, en una ley más compleja, en que es posible el hacerse y deshacerse de equilibrios cada vez más inestables, en combinaciones más frágiles y renovables, en un dinamismo creciente en el que desaparece la estática del determinismo. Esto constituye una progresiva liberación de los límites de sistemas cinéticos cerrados; un dilatarse de las posibilidades de combinaciones y selección. La renovación continua permite alcanzar el equilibrio por un número de vías cada vez mayor.

Ahora podéis comprender cómo el hombre, quien en su sendero evolutivo se mueve de la materia al espíritu, lleva en sí los dos extremos del determinismo y del libre arbitrio. Podéis ahora explicaros el incomprensible connubio, y resolver filosófica y científicamente una cuestión que os pareció siempre como insoluble antagonismo. Para comprender estos dos términos ha menester no ya oponerlos, como siempre hicisteis, cual dos casos extremos, inmóviles y absolutos, sino que es necesario coordinarlos en lo relativo en que se mueven, como dos fases sucesivas, dos puntos en una escala, y conjugarlos con el concepto de evolución.

El hombre es determinismo en cuanto es materia, y tal es su ley mientras se mueve en ese ámbito de absoluta y férrea necesidad. Pero cuando el hombre obra como espíritu, en este campo se siente y es perfectamente libre. Pues que en el mundo psíquico, donde las leyes físicas desaparecen, desaparece asimismo la ley de su determinismo. De modo que el hombre es libre sólo en el campo de las motivaciones, en su espíritu, donde lo domina y supera todo; es la única potencia que emerge libre en un mundo de fatalidad. *Pero no es igualmente libre, en el campo de las actuaciones*, porque allí su camino se halla atravesado siempre por el determinismo físico inviolable, del cual se resiente más o menos todo acto, y que no le es posible doblegar sino que, más bien, secundándolo, puede guiar para sus fines.

Prosiguiendo nuestro camino racional, las vías de la biología desembocan en las de la ética. *Existe responsabilidad sólo donde hay libertad*. La liberación del principio cinético, que se había convertido en evolución de libertad, se trueca en progresión de responsabilidad. Responsabilidad *relativa*, estrechamente vinculada al grado de evolución y, por lo tanto, nivel psíquico y poder de conocimiento del individuo. Así, el animal no peca; moviéndose en un juego mecánico de instintos, reducido a un determinismo exacto, no puede ni sabe abusar, como hace el hombre. Libertad, elección, responsabilidad, se poseen sólo en la fase superior de la conciencia y de las formaciones, no en la fase instinto, donde los equilibrios son estabilizados en el

determinismo. El libre arbitrio, nuevo equilibrio más ágil e inestable, presume, para regirse, la dirección de una conciencia superior, no necesaria al animal, pero sí indispensable al hombre.

Ningún peligro mayor que una libertad sin guía, por cuanto puede caer en todos los abusos, que de otro modo resultan imposibles. Debajo está el determinismo, y las conciencias más ligadas a la materia son menos libres que las que, evolucionando, se han emancipado de sus leyes fatales. Y es justo que únicamente a una mayor sabiduría pueda corresponder una libertad mayor, y a ésta una mayor responsabilidad (y gravedad de peligros y de consecuencias). Así el libre arbitrio es relativo, gradual y evoluciona con la conciencia; y relativa y progresiva es la responsabilidad de las propias acciones. *En la materia hay esclavitud; en el espíritu se hallan las vías de la liberación.*

LXVII

LA ORACIÓN DEL VIANDANTE

Alma cansada que te enervas al borde del sendero, descansa un instante en la senda eterna de la vida, deja el fardo de tus expiaciones, y reposa.

¡Escucha cuán llena de armonía está la obra de Dios! El ritmo de los fenómenos dimana dulce y grandiosa música. A través de las formas exteriores, los dos misterios, el del alma y el de las cosas, se contemplan y se sienten. Desde lo profundo, tu espíritu escucha y comprende. La visión de la obra de Dios otorga paz y olvido; frente a la divina belleza de lo creado, la tempestad del corazón se aquieta; pasión y dolor se adormecen en un lento y dulce canto sin fin. Pareciera que la mano de Dios, a través de las armonías del universo, roza cual brisa confortante tu frente postrada de fatiga, y te hace descansar como con una caricia. ¡Belleza, reposo del alma, contacto con lo divino! Entonces el viandante fatigado se reanima en un renovado presentimiento de su meta. No es ya muy largo el tan lejano andar cuando uno se detiene un instante, para beber en la fuente. Entonces el alma contempla, anticipa, se

levanta otra vez a lo largo del camino. Con la mirada fija en lo Alto es más fácil reiniciar luego la laboriosa marcha.

Detente en la vía dolorosa, seca tus lágrimas y escucha. El canto es inmenso, las armonías llegan de lo infinito, para besarte en la frente, ¡oh cansado viandante de la vida! Junto al tronar de las voces titánicas del universo, susurran en un encaje de bellezas las voces mínimas de las humildes criaturas hermanas. "También yo, también yo -exclama cada una- soy hija de Dios y lucho y sufro, llevo mi peso y toco mi victoria; también yo soy vida, en la gran vida del Todo". Y todo, desde el fragor de la tempestad al canto matutino del sol, desde la sonrisa del recién nacido al grito desgarrador del alma, todo se expresa a sí mismo, en su voz; y armoniza con las voces hermanas; todo expresa su íntimo misterio; la totalidad de los seres manifiestan el pensamiento de Dios. Cuando el dolor muerde las más íntimas fibras de tu corazón, oyes una voz que te dice: *Dios*. Cuando la caricia del ocaso te adormece en el sueño apacible de las cosas todas, una voz te dice: *Dios*. Cuando la tempestad ruge y tiembla la tierra, una voz te dice: *Dios*. Y la estupenda visión supera a todo dolor...

Reposa, escucha y ora. Extiende los brazos a lo creado y repite con él: *"Dios, te amo"*. Tu plegaria no es ya temerosa admiración por la potencia divina, es ahora más alta: es amor. Es la dulce oración que va como un canto que el alma repite, resonando de terrón en terrón, por la tierra entera, de ola en ola por los mares, de estrella en estrella por los inmensos espacios; es la palabra sublime del amor, que las unidades colosales de los universos repiten junto y al unísono con la débil voz del último insecto que se oculta medroso entre las hierbas. Pareciera perdida y, sin embargo, también Dios la conoce, la recoge y la ama. En el infinito del espacio y del tiempo, esta sola fuerza, esta inmensa onda de amor, todo lo mantiene compacto en armónico desarrollo de fuerzas. La visión suprema de las últimas cosas, del orden en que todas las criaturas van, te dará un sentido de paz; de paz verdadera y profunda, la del alma satisfecha porque ve su más elevada meta.

Así, Dios se te aparece incluso más grande que en su potencia de Creador; se te muestra en el poderío de su amor. Estalla, alma; no temas. El nuevo Dios, el de la buena nueva de Cristo, es *bondad*. No los rayos vindicativos de Júpiter; antes bien, la verdad que persuade, la caricia que ama y perdona. El infinito abismo en que crees ver espanto no se halla ahí para devorarte en las tinieblas del misterio, sino que se hincha de luz y canta allí, sin fin, el himno de la vida. Arrójate seguro a él, porque ese abismo constituye amor. No digas: "no sé; dí: yo amo".

Y ora. Ora ante las inmensas obras de Dios; ante la tierra, el mar, el cielo. Pídeles que te hablen de Dios; pide a los efectos la voz de la causa, y pide a las formas el pensamiento y el principio que a todas las anima. Y las formas todas se acumularán a tu alrededor, te extenderán sus brazos fraternos, te mirarán con mil pupilas hechas de luz, la eterna sonrisa de la vida te ha de envolver entonces como una caricia. Y las mil voces te dirán: "Ven hermano, satisface tu mirada interior, bebe fuerza en la sublime visión. Grande y bella es la vida, y aun en medio del dolor más atroz y tenaz, es siempre digna de ser vivida". Y te tomarán de la mano, gritando: "Ven, cruza el umbral y contempla el misterio. Mira: no puedes morir, nunca, jamás. Tu dolor pasa y por ello subes, y el resultado queda. No temas a la muerte ni al dolor. No son ni el fin ni el mal; constituyen el ritmo de la renovación y la vía de tus ascensiones. La vida es un canto sin fin. Canta, pues, con nosotros, canta con todo lo creado, el infinito canto del amor".

Ora así, alma cansada: "Señor, bendito seas Tú que estás por sobre todo hermano dolor, porque él me acerca a Ti. Yo me postro ante Tu gran obra, aunque en ella mi parte sea esfuerzo. Nada puedo pedirte, porque todo es ya perfecto y justo en Tu creación, incluso mi sufrimiento, incluso mi imperfección que pasa. Espero mi maduración en el puesto de mi deber. Reposo en la contemplación de Ti".

Responde, oh alma, al inmenso abrazo, y has de sentir de verdad a Dios. Si la inteligencia de los grandes se postra y venera, se espanta frente a la potencia del concepto y de su realización, y se acerca a lo divino por las fatigosas sendas de la mente, el corazón de los humildes llega a Dios por las vías del dolor y el amor, lo siente por las vías de esta sabiduría más profunda.

Ora así, alma cansada. Reclina la cabeza sobre Su pecho, reposa.

LXVIII

LA GRAN SINFONÍA DE LA VIDA

Volvamos a ver las armonías de la vida en su más profundo aspecto científico. Es siempre, también ésta, contemplación de la divina belleza. La visión estética nutre y consuela, como la visión conceptual que os da la clave de dicha belleza. Pues que fe,

arte y ciencia son un cántico único en el seno de la misma armonía. El mundo biológico es todo un edificio de la arquitectura maravillosa, un organismo de correspondencias e intercambios, una sinfonía de armonías y equilibrios perfectos.

Hemos visto que los elementos con que la vida se constituye su ropaje orgánico, a un mismo tiempo expresión y elaboración de psiquismo, son el *hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno*, que existen, en el momento de la génesis, en gran abundancia en la atmósfera. Son éstos los cuerpos que tornáis a encontrar como *elementos organogénicos* en la estructura plasmática, en las siguientes proporciones: Carbono, 53%, Oxígeno, 23%, Nitrógeno, 17%, Hidrógeno, 7% y los halláis en el cuerpo humano en las proporciones que siguen, aproximadamente (tipo medio): Oxígeno, 44 kgs., Carbono, 22 kgs., Hidrógeno, 7 Kgs., Nitrógeno, 1kg., etc. Todos los compuestos orgánicos se hallan constituidos de tales elementos que, en la gran movilidad de los edificios químicos de la vida, circulan en incesante intercambio; el material orgánico es colectivo y circulante, como una corriente, por organismos comunicantes, cual patrimonio común al que todo ser recurre para construirse la forma más adecuada a la expresión y desarrollo de su propio psiquismo.

La máquina apropiada y especializada en la construcción de este material orgánico, por medio de aquellos cuatro elementos, es la *planta*. Vimos cómo surgió la vida en el seno de las aguas. En los mares, las primeras plantas, gelatinosas y fluctuantes, comenzaron a operar la síntesis de los materiales orgánicos del mundo inorgánico. El quimismo maravilloso de las verdes hojas inició la transformación de la materia muerta en materia viva, al mismo tiempo captando y almacenando la energía de la gran fuente solar. Iniciada la construcción de la materia viva, ésta aumentaba de continuo y se acumulaba, enriqueciendo el patrimonio colectivo, que luego entraría en circulación en los intercambios inversos entre vida vegetal y vida animal.

Observad el maravilloso equilibrio. En tanto que las plantas poseen poderes constructivos y cumplen la función de acrecentar la masa de los productos orgánicos del planeta, los animales viven de la destrucción de esos productos, utilizando para su vida la energía solar fijada por las plantas en el material orgánico por ellas construido. La planta produce y el animal consume; son dos máquinas con funciones opuestas e inversas. La planta forma la materia orgánica; el animal, mediante un proceso de lenta combustión, demuele la construcción, restituyendo el material a sus condiciones primitivas. El primer proceso, de síntesis, se equilibra así en el segundo proceso, complementario, de descomposición.

A la planta corresponde, por consiguiente, la gloria de haber sabido cumplir su tarea de la primera construcción orgánica, a no ser por lo cual la vida animal superior no hubiera podido formarse y subsistir. Incluso hoy debéis vuestra vida a la obra constructiva de las plantas. En el estado natural, los elementos químicos fundamentales de la vida se encuentran sólo combinados juntos, vale decir, carbono e hidrógeno unidos con el oxígeno, bajo la forma de anhídrido carbónico (CO_2) y agua (H_2O). La planta es la máquina que lleva a cabo la separación del carbono y el hidrógeno del oxígeno; en la molécula de anhídrido carbónico, compuesta de un átomo de carbono y dos de oxígeno, la planta deja libre en el aire el oxígeno y asimila el carbono; en la molécula de agua, integrada por dos átomos de hidrógeno combinados con un átomo de oxígeno, deja igualmente libre el oxígeno en el aire y asimila el hidrógeno.

En el animal ocurre el proceso inverso. En la respiración, vuelve a combinar el oxígeno con el carbono y el hidrógeno, y lo restituye, combinado así, bajo la forma de anhídrido carbónico y agua. De tal suerte, animales y plantas efectúan su respiración inversa y, por la compensación continua de las funciones inversas, se mantiene el equilibrio. Este antagonismo de funciones vegetales y animales permite que la vida pueda prolongarse de manera indefinida. También en la vida, nada se crea y nada se destruye, sino que todo se transforma: he aquí una nueva confirmación del principio general según el cual ningún fenómeno se mueve nunca en dirección única, rectilínea, sino cíclica, con inversiones y retornos sobre sí mismo; igualmente en la química de la vida, lo que nace, muere, y lo que muere, renace.

Imaginad qué inmensa fragua de construcciones vitales ha llegado a ser la Tierra con la expansión progresiva de las plantas hacia los continentes emergidos. Mares ilimitados de verde substancia laboran sin pausa en la construcción de la materia prima, de la cual se ha de formar luego todo ser viviente. Miríadas de hojas se extienden al sol, dispuestas a sorprender y aferrar todo átomo de carbono y todo rayo de luz. El aire que entre ellas circula proporciona el anhídrido carbónico, y bajo la acción de la luz la clorofila absorbe la vida, alimentándose de carbono. Ni un átomo de éste se pierde; el mar inmenso de las hojas aspira toda molécula del gaseoso alimento. Ni un rayo de sol cae inutilizado. El torrente de luz, donde quiera descienda, fecunda una vida. La química orgánica, en su inestabilidad, tiene abiertas de par en par las puertas y transforma a la substancia de energía en vida. Bajo vuestros ojos, por los campos interminables, se realiza momento a momento la transformación de β en α. Y el prodigio de tal transformación lo llevan a cabo cada día las plantas, criaturas menores,

hermanas vuestras, verdaderas máquinas sintéticas de acción solar; si no existiera quien, en los primeros grados de la vida, realizase este primer trabajo de transformación, tampoco sería posible el más elevado que efectuáis vosotros en el campo orgánico y psíquico.

El equilibrio vegetal-animal se completa aquí en un equilibrio más vasto: pues que este constante intercambio de combinaciones químicas comunicantes encierra, en el fondo, un *intercambio dinámico* en que, a través de continuas transformaciones, la energía se transmite y circula de forma en forma, de ser en ser. Todo deriva de la gran fuente de energía que es el sol. Mirad cómo es posible trazar, en el seno del sistema solar, todas las fases del transformismo $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$. En el sol se produce la primera transformación físico-dinámica, la materia se disuelve en radiaciones que, interceptadas por la Tierra, se convierten aquí en vida. En el transformismo de la materia nada se destruye. Las plantas fijan la energía solar y se alimentan de ella para los fines de la vida. El sol disgrega sus materiales, las radiaciones llegan a la Tierra, la vida aumenta sin cesar. Todo desciende de la donación de sí, del centro del sistema. Los compuestos químicos, por el acosamiento del profundo impulso de la evolución, se combinan en fórmulas cada vez más complejas. Las máquinas vivas acumulan la energía solar, cambiándola en compuestos de estructura química cada vez más elevada. El animal, a su vez, si bien destruye considerables cantidades de material orgánico que proporcionan las plantas, reconstruye como calidad lo que ha destruido en cuanto cantidad (el potencial de la substancia indestructible permanece siempre idéntico), cumpliendo operaciones químicas y fabricando materiales incluso más complejos; complejidad progresiva, expresión y medio de construcción de un progresivo psiquismo íntimo directivo del fenómeno.

Si en las plantas tenemos el primer peldaño de la transformación de la energía en vida y de la constitución del material orgánico, en el animal ascendemos a un escalón más alto, el de la transformación de la vida en psiquismo. La destrucción del producto de la vida de las plantas significa construcción de un material aún más perfecto: el espíritu. División de trabajo, especialización de funciones, transformación mediante desplazamientos progresivos y continuos, infinitesimales. Sólo en el animal comienza en verdad la función específica de la constitución del psiquismo, cuya génesis observamos, y que se ha de convertir cada vez más, a medida que se asciende, en la nota fundamental de los fenómenos vitales. Veis cómo se llega, por sucesivas transformaciones, de la materia solar a los fenómenos del espíritu; y podéis encontrar siempre, en cada una de esas transformaciones, la misma substancia que, aun

cambiando de forma, nada aumenta ni nada destruye de sí, sino que se destila en un modo de ser de cualidad cada vez más sutil, compleja y perfecta.

El fisio-dínamo-psiquismo de mi síntesis monista lo veis aquí tangible, hecho objetivo, vuestra realidad cotidiana, y no es posible negarlo.

Este transformismo constituye un ciclo compacto, inalterable, en que son tomados y comprimidos todos los fenómenos; ni el experimento ni la lógica os permiten salir de él. La energía solar asimilada y transformada por las plantas se convierte, en el animal, en calor, movimiento y, (última transformación del dinamismo vital) en energía nerviosa; la cual se trueca en el hombre, en función psíquica y espiritual. He aquí, pues, trazada la línea que a lo largo de las especies físicas, dinámicas y psíquicas, liga la materia al genio. He aquí dónde culmina, tras tantas transformaciones, la energía de las radiaciones solares. De los torrentes ilimitados no encontráis sino un arroyuelo, mas su potencia y perfección no os han hecho perder nada en la substancia. En el ápice de todo el gran trabajo, en el más alto término de la escala de vuestro universo, la máquina más compleja y delicada es vuestra psiquis. En los órganos sensoriales se produce de continuo esta elevación de las vibraciones ambientales, en vibraciones de orden superior; mediante el oído, el sonido se hace música, y por la vista, la luz se trueca en belleza; a través de los sentidos, el choque de las fuerzas ambientales se torna instinto y conciencia. La energía es transformada, pasando por el mecanismo de la vida desde sus formas inferiores, en las más altas formas nerviosas de sensación, sentimiento y pensamiento. Las individuaciones biológicas son centros de elaboración de la substancia, en los cuales se lleva a cabo el transformismo evolutivo de la fase $\beta \rightarrow \alpha$. Así la floración vital, realizada por medio de las radiaciones solares, aflora a la superficie de la conciencia; así como la energía universal ha difundido por doquiera la vida, así ésta por profunda elaboración genera por doquiera psiquismo. El gran río de la energía que era materia, se transforma, en el mar inmenso de la vida que se convierte en conciencia. El universo, que se había movido hasta la vida, finalmente se siente y se contempla a sí mismo.

En la coparticipación del material orgánico entre todos los seres vivos reside el origen de la ley fundamental de la vida: *la lucha*. Lo que os debería hacer hermanos, os torna inevitablemente rivales. El patrimonio común, obtenido a través de largas y laboriosas transformaciones, es limitado; la substancia que constituye un organismo es óptimo material de nutrición para otro. De allí la lucha, el recíproco destruirse, la rivalidad orgánica de tantos aparatos digestivos más o menos complejos y evolucionados,

armados de todos los instrumentos de ofensa y defensa de la vida. Tal es, indiscutiblemente, la ley del planeta al nivel animal; pero el hombre, en su psiquismo, comienza a elevarse por encima de ella y percibe entonces una diferencia. El horror que experimenta el hombre hacia las formas de vida feroces y agresivas se halla en proporción a su grado de evolución. Los hombres inferiores, no surgidos espiritualmente aún de la fase animal, pueden agitarse felices en medio de una forma de vida brutal e inhumana, que para ellos significa la expresión *normal* de su propia naturaleza. Pero, seres más evolucionados, aunque físicamente provistos de un cuerpo humano orgánicamente semejante, no pueden menos de sentir la absoluta inadmisibilidad de tales sistemas de vida, y se encuentran en esta incertidumbre: o aceptar una vida bestial, o bien luchar por la civilización de la humanidad. Esta es una nueva forma de lucha, que los primeros no ven todavía, sumergidos como están en la lucha del nivel animal; y por no verla, condenan a los otros, de los cuales los dividen abismos de incomprensión. Ahora bien, estos otros son los únicos activos y en verdad productores, los grandes que arrastran al mundo; constituyen las antenas de la evolución.

La inteligencia y la ciencia, al dominar las fuerzas naturales, sujetan la naturaleza al hombre, proveyendo a las necesidades materiales de éste; eliminan la necesidad de la lucha en sus brutales formas inferiores, la refinan y la transforman en lucha nerviosa y psíquica, dirigida a superiores conquistas. No ya lucha de músculos, más bien de nervios; no ya de pasiones sino de inteligencia. Por otra parte, los principios éticos de las religiones y de la sociedad educan al hombre para las virtudes civiles y morales superiores, preparándolo para que sepa vivir con una psicología más elevada, de colaboración evangélica, en el ambiente más elevado que la ciencia habrá preparado.

El hombre es el agente de esta transformación, último anillo de todas las transformaciones precedentes. Así la Tierra se ha de convertir en un jardín, gobernado por una humanidad más sabia. Esta es la transformación biológica que os espera. En la ascensión espiritual humana, que se cumple en los milenios, y que en el momento actual se intensifica en una fase decisiva, culmina el esfuerzo de toda la ilimitada evolución que la ha preparado, la sostiene y hoy la impone.

LXIX

LA SABIDURÍA DEL PSIQUISMO

Si miráis a vuestro alrededor, veréis que las formas de la vida revelan profunda sabiduría. Desde las individuaciones de la materia, el ser material es hijo de un germen cristalino, de un impulso que emana del infinito; se caracteriza en su forma típica de cristal, como el ser vivo se caracteriza en su forma anatómica, y cuando es mutilado sabe reparar igualmente su mutilación. Pero, en cualquier campo, todo fenómeno constituye una afirmación, una resistencia a las perturbaciones, una voluntad de ser en su forma, y una distinción del ambiente, que le permite decir *"yo"*. En los altos niveles de la vida, a la sabiduría química del metabolismo celular íntimo se añade la sabiduría técnica de la construcción de los órganos y la directiva de su funcionamiento, para uso de los objetivos internos y externos de la vida. El complejo edificio es un transformismo inclinado todo él hacia las luminosidades del psiquismo. En las formas de la vida hay una necesidad de belleza; aquel material orgánico común que los seres se hurtan uno a otro, devorándose mutuamente, tiende a plasmarse en una forma que expresa esa íntima aspiración estética. Ya la célula es un pequeño ser vivo, que concentra todas las potencialidades de la vida y las cualidades del organismo, puesto que se mueve, respira, se nutre (asimila y desasimila), crece, segrega, se reproduce, nace y muere, siente el ambiente y reacciona ante él. A partir de esta su primera unidad, la vida cambia continuamente, quiere expresarse a sí misma, en formas cada vez más elevadas y complejas. Existe siempre una gran necesidad de ascender y revelar en sí dicha ascensión; hay, al mismo tiempo, una necesidad de prudencia que teme aventurarse en el peligro de tentativas directas hacia equilibrios demasiado extremos y alejados de la segura estabilidad de los equilibrios ya experimentados. Así la vida oscila entre las viejas vías seguras y conocidas, ya recorridas, de las primeras y más simples estabilizaciones del movimiento, las más resistentes a los choques ambientales, entre la necesidad de conservarse y protegerse manteniéndose sobre la línea del pasado (misoneísmo), y la necesidad de absorber en su estructura cinética, y de apropiárselas asimilándolas, nuevas líneas de fuerza, o sea, de obedecer al impulso irresistible ascensional de la evolución (innovación, revolución). La vida se equilibra así (hasta en el ámbito intelectual y social) entre la tendencia conservadora y la tendencia creadora, y avanza en la lucha entre las dos opuestas fuerzas de la herencia y de la evolución (variación de las especies). Y la naturaleza avanza, pero con mucha prudencia. Las

grandes floraciones orgánicas no se producen sino en períodos particulares, como el que os han revelado los descubrimientos paleontológicos; períodos de transición rápida, en que los edificios dinámicos, saturados en exceso de nuevos impulsos asimilados, se precipitan en tentativas de formas novísimas, mediante las cuales la vida, después de largas fases de incubación silenciosa, explota en una improvisada fiebre de creación. Tentativas que no sobreviven todas; períodos de construcción apresurados y monstruosos, que han echado, sin embargo, las bases de nuevos órganos, de nuevas especies, de instintos nuevos. Hoy, la fase de las formaciones biológicas constituye un pasado superado. Los seres que veis -animales y plantas- son tipos que sobrevivieron a la evolución, victoriosos en la gran lucha de la vida. No podéis vosotros observar la evolución, mas sólo sus consecuencias. La elaboración presente está a otro nivel.

Un período semejante de construcciones paleontológicas apresuradas y monstruosas lo vivís hoy, mas no como unidades orgánicas, sino como unidades psíquicas; con idéntica fiebre de creación (pasiones), con la misma monstruosidad de formas espirituales (errores, mentiras) y con similar incertidumbre e inestabilidad. También en el campo psíquico y social la Ley continúa su mismo ritmo. Y también el equilibrio espiritual del mundo ha oscilado siempre entre el impulso de conservación y el impulso de revolución. Algunas células sociales tienden a mantenerse en la senda de los equilibrios estables y seguros, conocidos pero cerrados, del pasado. Otras células personifican la tendencia opuesta: destruyen y reedifican, tentando de continuo caminos nuevos, en un dinamismo incesante; éstas representan el principio de la revolución, frente al principio de la conservación. Son los pioneros, que viven peligrosamente, que todo lo dan y lo arriesgan todo, que asaltan y atormentan, pero que son los únicos que crean. Durante milenios ha dormido el mundo en la estática de un ritmo monótono, que volvía siempre, igualmente, entre los mismos puntos, que parecían fijos (principio de conservación); pero vosotros no sabéis qué lento trabajo subterráneo de maduración y de asimilación se llevaba a cabo en el mundo psíquico-social; y un día el equilibrio estable y cerrado del pasado precipitó en la revolución. El segundo impulso opuesto, el de las innovaciones, ha tomado hoy la supremacía, y el alma del mundo intenta ahora, siguiendo las huellas de los grandes precursores, que solos hablaron hace mucho tiempo, sus creaciones futuras: creaciones psíquicas, que son asimismo creaciones biológicas. En el transcurso de este siglo, vuestro esfuerzo de individuos y de masas decide los futuros milenios.

En estas fases primordiales de las formaciones orgánicas, la maleabilidad del plasma se plegó a la presión del psiquismo interior explosivo, ávido de expresarse modelando las formas. Junto a la formación de órganos internos cada vez más complejos, se dio una floración externa de todos los medios de ofensa y de defensa, tales como los imponía la constante lucha. La planta extiende en los filamentos largos y sutiles su órgano prensil, su mano para aferrar; produce en la espina el primer instrumento para ofender; inventa la astucia de hurtar el movimiento ajeno, abandonando las aladas semillas al viento, o fijándolas a los animales que pasan; el arte de circundar las semillas de un fruto sabroso, no para la alegría del hombre, sino para que éste, al comerlo, lleve lejos e involuntariamente las semillas; el arte de los perfumes y la estética de los colores y las formas, porque también la belleza atrae y constituye gran necesidad, incluso en el bajo mundo biológico; porque también la belleza es, junto a la lucha, necesidad universal, y protege, cual sagrado y divino don, dador de alegría, frente al cual el agresor se detiene casi reverentemente, cohibido por el temor de perturbar la divina armonía. Todos los secretos de la mecánica, la química y la electricidad se utilizan: despuntan patas y alas, antenas y cuernos, tentáculos, picos, colmillos, aguijones; el arte sutil de los venenos, de la fosforescencia, del hipnotismo, de las ondas eléctricas; el psiquismo endereza en el ojo las imágenes visuales; el arte de los sentidos los desarrolla más finos y complejos, siempre en acecho; no hay descubrimiento humano que no haya sido antes hallado y utilizado en la naturaleza.

Todos estos sabios medios son utilizados con una sabiduría todavía mayor. Los tejidos se rigen por una fuerza razonable que guía sus funciones, según la cual el tubo digestivo, que digiere el plasma, no se digiere a sí mismo; las glándulas que segregan veneno, no se envenenan a sí mismas. Está además el mimetismo, arte de la mentira, y hay asimismo el arte de la fuga para los débiles. ¿Por qué falta siempre uno solo: el arte de la piedad? Porque ésta es la conquista más elevada, a la que únicamente el hombre sabe llegar, y que, como verdadero rey, sólo podrá concebir, dominando la vida toda del planeta. Es en el uso de los órganos e instrumentos de ofensa y de defensa donde la vida manifiesta más evidente su psiquismo. Es ciencia despiadada, pero es ciencia. La naturaleza se asegura la supervivencia de la especie, construyendo organismos en grandes series, arrojando gérmenes con la máxima prodigalidad sobre el campo de la vida. El primer manantial que brota de lo profundo de la substancia, se os aparece de una potencia ilimitada e inagotable; lo que circunscribe su expansión, la fuerza que frena la multiplicación de los seres reside, sobre todo, en la limitación de los medios ambientales, limitación de la que nace esa lucha cuya principal función consiste en la selección del mejor. A no ser por la rivalidad del vecino, moderadora de su expansión,

cualquier especie invadiría por sí sola al planeta entero. La Ley es sabia y alcanza sus fines. La vida surge así como desenfrenada concurrencia de apetitos, donde todo se obtiene con la fuerza y la astucia. Tal el nivel del animal, que no experimenta horror por su estado, porque éste se proporciona a su sensibilidad. El animal es feroz en perfecta inocencia; no es por ello inmoral, sino simplemente amoral. A dicho nivel, la vida constituye guerra incesante, es un desenfreno de ataques a los que sólo el más fuerte resiste: este es su estado normal. Aquí, la bondad resulta debilidad y derrota. Es flor más delicada que la sabiduría, nacida después, mucho más arriba en la escala de la evolución. Pero aquella sabiduría es ya profunda. El instinto conoce química y anatomía; sabe, en algunos casos, hasta anestesiar al enemigo mediante inyecciones en los ganglios nerviosos, en el punto estratégico, que paraliza los movimientos; cierta especie de himenópteros, que necesitan provisiones inmóviles pero vivas, conocen la anatomía y la anestesia desde antes que el hombre. El instinto posee previsiones que parecen increíbles, especialmente en seres primitivos. Un ejemplo entre los coleópteros. La larva lignivora del *capricornio (cerambyx miles)*, que nace sin vista, oído ni olfato, con apenas un poco de gusto y de tacto, este rudimento de sensibilidad, que ninguna adquisición psíquica puede obtener en su ambiente (un tronco de encina, en el que vive perforándolo y digiriéndolo), este pobre tubo digestivo posee, empero, una sabiduría inmensamente superior a su organización y medios, y se comporta con una racionalidad y presciencia asombrosas. Se prepara con anticipación una salida del tronco, que en el estado de insecto perfecto no podría perforar, y se dispone junto a la salida una cavidad para su maduración ninfal, encerrándose allí dentro con el cuerpo orientado hacia la salida, porque a no ser por esa precaución, el insecto adulto, por entero acorazado, no podría ya plegarse para salir. ¿Cuántas cosas no sabe con anticipación, y de dónde puede llegarle esa ciencia? No sabéis responder. Pero pensad que si bien la forma visible es un gusano, ella sintetiza en su psiquismo el principio que resume todas las formas que adquiere el insecto y que, en su vida, ha asumido durante milenios; pensad que dicho gusano lleva en su psiquismo el recuerdo de la totalidad de sus experiencias vividas, incluso como insecto perfecto; en otros términos, el fenómeno es siempre potencialmente completo, aun en sus fases de transición que vosotros veis, ya que, si la forma mutable se transforma, el psiquismo animador se halla siempre por entero presente, en todo momento, en sus manifestaciones sucesivas. En el psiquismo, por tanto, los recursos de esta ciencia son superiores a las apariencias de la forma. Lo habéis llamado instinto y no sabéis explicaros, en un instinto, tan previsora racionalidad. El instinto no es inferior a la razón humana si no con respecto al campo más limitado que domina y por el hecho de que, hallándose como evolución más cerca del determinismo de la materia, constituye fenómeno más simple y mecánico, al paso

que el espíritu, que por evolución se distanció más de la materia, ha conquistado esa complejidad y riqueza de vías que denomináis libre arbitrio, característica, como vimos, de la fase de las creaciones.

Todo ser, como el hombre, lleva consigo este sutil psiquismo que rige las funciones orgánicas, mantiene por manera constante su identidad, no obstante la renovación continua y completa de los materiales constitutivos del organismo, y prepara y dirige su desarrollo y acciones con una previsión que sólo sabe el que ha vivido y recuerda. A no ser por tal psiquismo, no se explicaría cómo los materiales, siempre nuevos, de la vida, vuelvan exactamente a su puesto de funcionamiento; no se explicaría cómo la corriente de tantos y tan heterogéneos elementos esté ligada en continuidad; cómo, de todas las impresiones transmitidas por el ambiente, sólo algunas se asimilan, y otras son corregidas, y otras rechazadas. Dicho principio resume en verdad, la herencia de las características adquiridas; se introduce en el germen y torna a imprimir la huella que recibiera de las impresiones y experiencias vividas. Ello precede al nacimiento y sobrevive a la muerte, incluso en los animales, pues que ellos también -y es justo- son pequeños fragmentos de inmortalidad y eternidad; renace sin cesar, enriqueciéndose con la experiencia de cada existencia; vosotros mismos podéis comprobar -mediante la domesticación y el adiestramiento- que en los animales las puertas del instinto no se encuentran cerradas; vale decir que éste tiene todavía -ante vuestros ojos- la capacidad de enriquecerse de cualidades, de asimilar lo nuevo; que hay siempre, en suma, una posibilidad de progreso en el cristalizado raciocinio del instinto. Y también en el hombre las cualidades *se nutren* continuamente de su ejercicio cotidiano, el psiquismo se plasma en un proceso de constante elaboración; en el campo orgánico, así como en el psíquico, el no uso atrofia y demuele, tanto como la actividad crea órganos y aptitudes. (De ahí la necesidad biológica del trabajo).

He hablado de un insecto, pero infinitos son los casos. Sin estos conceptos, el fenómeno del instinto, de su formación y su presciencia, los mismos fenómenos de la hereditariedad, permanecen siendo un misterio insoluble.

La presencia de un psiquismo directivo resulta evidente en el fenómeno de la *histólisis del insecto*. Aquí no os encontráis ya con una sabiduría funcional de órganos internos o externos, o directora de las acciones del animal. En este caso se revela, en cambio, una sabiduría más profunda, la que *sabe crear un organismo nuevo de un organismo deshecho.* En tal fenómeno se producen profundas metamorfosis, que revelan la presencia de un psiquismo de modo todavía más evidente que en las reparaciones

orgánicas que hemos notado ya. En el estado de crisálida ocurre en varios insectos (lepidópteros), encerrados en su envoltura protectora, un fenómeno misterioso mediante el cual se disgregan órganos y tejidos -perdiendo sus caracteres distintivos y la precedente estructura celular- en una pasta uniforme, amorfa, en que no se hallan supervivencias de la organización que se ha demolido. A esta especie de desmaterialización orgánica sigue una nueva reconstrucción, verdadera histogénesis, en que un nuevo organismo resurge, tan diverso en su constitución orgánica, que no puede considerarse ligado al anterior por relaciones directas de derivación. El psiquismo directivo del dinamismo fisiológico, aunque, como en la reparación orgánica, inmediatamente activo en el complejo quimismo de la vida, aparece aquí en toda su independencia de la forma y muestra el más completo dominio de ella, porque, si se aparta de la misma, la desmaterializa y la reconstruye por manera diversa, *sin continuidad fisiológica*, exorbitando todas las potencialidades constructivas del organismo. El concepto absurdo de funciones -efectos de una naturaleza específica de células y tejidos, y una localización funcional en estrecha dependencia de una especialización en la estructura de órganos y funciones- es menester substituirlo por el concepto de un psiquismo directivo independiente y superior, del cual las formas no constituyen sino su manifestación; él las plasma, dirigiendo su incesante metabolismo íntimo y, cuando debe éste afrontar de un salto las mayores distancias en metamorfosis profundas, que implican solución de continuidad de desarrollo fisiológico, entonces el psiquismo permanece siendo el único hilo conductor del fenómeno, el que permanece único y continuo, a pesar de que parezca roto de inexplicable modo. No hay, pues, una substancia orgánica que, según sean la diversa conformación y estructura celular alcanzadas por evolución, dé lugar a funciones específicas, cuya causa pueda hallarse sólo en la especialización del material orgánico; pero sí existe, en cambio, *un psiquismo directivo que modela el plasma*, para que pueda éste expresar la función conforme al impulso recibido. La solución de los más profundos problemas biológicos reside únicamente en esta ultrafisiología del psiquismo.

LXX

LAS BASES PSÍQUICAS DEL FENÓMENO BIOLÓGICO

La causa, el principio de las cosas está en su íntimo. Los efectos, están en su exterior. Todo fenómeno tiene un tiempo propio relativo, que le establece y mide el ritmo de transformación; tiene una velocidad propia de devenir. La sucesión temporal, que pasa de causa a efecto, es también sucesión de desarrollo, que pasa de lo profundo a la superficie, constituye dilatación del principio en su manifestación. Tal es el psiquismo. Por doquiera veis manifestarse este impulso íntimo: primero, en la dirección de la química de la vida para la formación del plasma, su crecimiento, reproducción y evolución. Luego, en la construcción de los órganos internos que permiten, mediante el funcionamiento orgánico, el mantenerse en vida de las unidades superiores y de los órganos externos que aseguran su nutrición y defensa, la vida y la evolución. Por último, en la dirección general impresa a toda esta máquina bajo el impulso del instinto o la razón. Aquí el psiquismo transparece evidente. En vuestras clasificaciones zoológicas reunís los seres por afinidades morfológicas. La anatomía comparada os indica órganos homólogos; tal homología os hace hallar los parentescos, y sobre la base de dichas semejanzas agrupáis plantas y animales en órdenes, géneros y especies. No podríais proceder de otro modo partiendo de lo externo y de la forma. Y ello es justo, ya que parentesco de formas significa parentesco de concepto genético, afinidad morfológica y afinidad en el principio animador del psiquismo. Pero no basta. Las citadas agrupaciones serían más comprensibles para vosotros si fuesen concebidas en su causa, en su íntimo impulso determinante, más que como sola forma exterior. *Es preciso introducir el factor psíquico en la interpretación de todos los fenómenos biológicos*, haciendo que la química orgánica penetre en el campo supraorgánico del psiquismo directivo; es menester crear una *ultra-zoología* y una *ultra-botánica*, que estudien el concepto y los parentescos entre los conceptos, las afinidades psíquicas más que las orgánicas, y la evolución del pensamiento animador de las formas.

Tres reinos existen en la naturaleza:
- El *reino físico* (mineral, geológico, astronómico), que comprende la materia.
- El *reino dinámico* (las fuerzas), que comprende las formas de energía.

- El *reino biológico psíquico* (vegetal, animal, humano, espiritual), que comprende los fenómenos de la vida y del psiquismo.

Tal es la trinidad de las formas de vuestro universo. Las clasificaciones zoológicas y botánicas no deben ser clasificaciones de unidades orgánicas, sino de unidades psíquicas. Es necesario afrontar objetivamente el psiquismo de la vida, la parte que más ignoráis y descuidáis, adoptándolo como criterio de las clasificaciones e hilo conductor de la evolución de las especies; observándolo no ya en la construcción y funcionamiento de los órganos particulares, sino en el movimiento que aquel psiquismo imprime a toda la máquina, coordinando sus actos todos hacia metas precisas, que revelan una voluntad asimismo precisa, con proporción de medios al fin, y una lógica, una presciencia profunda. Sólo en este campo está la solución del misterio de los instintos, la explicación de la técnica de la herencia, de la supervivencia y de la evolución.

Es toda una dirección nueva la que hay que dar a la biología, fisiología y patología, una orientación acorde con un concepto unitario más vasto, sin el cual todos los fenómenos, vistos en un solo aspecto incompleto, se os aparecerán mutilados e inexplicables. Siempre -no bien el efecto se aproxima al psiquismo animador- os habéis detenido ante el muro de lo incomprensible. Ahora las clasificaciones están hechas, la anatomía os es conocida, y conocéis asimismo el mecanismo químico de la vida; es hora, pues, de descender más a lo profundo en el campo de las causas. Más que de la paciencia del recolector de observaciones, la ciencia tiene ahora necesidad de la síntesis de la intuición: antes que de gabinetes, microscopios y telescopios, tiene necesidad, sobre todo, de almas grandes, que sepan mirar, desde lo hondo de sí mismas, a la profundidad de los fenómenos; sepan sentir, a través de las formas, la misteriosa substancia que en ella se oculta.

No es ya el tiempo de negar un principio tan evidente. Hemos visto que la evolución *toda*, desde la estequiogénesis en adelante, se dirige hacia las formas del psiquismo; que hacia él se orienta el progreso fenoménico del universo, como meta racional de todo el camino. En la mole de hechos recogidos y acumulados hay un impulso que no se puede detener, una dirección que no es posible ya cambiar. *En el psiquismo sobrevive el principio eléctrico de la vida*, porque, en efecto, todo cuanto vive se atrae o se rechaza, lleva un signo de odio o de amor, quiere y tiende de modo irresistible a fundirse o a destruirse. Existe en toda forma un quid psíquico, un motor: es la substancia de la vida, *la voluntad de vivir que la sostiene*, una tensión que plasma y

guía, potencia que rige y arrastra la vida. Suprimid dicho principio y de pronto ella cae. Os indico, allende la apariencia de la forma, aquella substancia que constituye su causa, y desplazo y ahondo el concepto de la evolución darwiniana. Vosotros os detenéis en la realidad exterior de ella, en la evolución de las formas, en el último efecto impreso en la materia. Yo, por el contrario, penetro la realidad, *desde la concatenación evolutiva de los efectos, a la concatenación evolutiva de las causas*. Para mí no es substancial observar las formas que evolucionan, como no sea para *seguir las causas que evolucionan*. Paso del concepto de evolución de las formas biológicas al de *evolución de las fuerzas determinantes;* paso del estudio de la evolución de los tipos orgánicos muertos al estudio de la *evolución de los tipos psíquicos* vivos y en acción. El concepto darwiniano se completa así por "serie de organismos", en *"sucesión lógica de unidades dinámicas"*.

La ciencia debe, en lo venidero, dirigirse hacia este centro sin el cual la máquina de la vida no se mueve ni tiene meta, y se destruye al instante precipitándose bajo el dominio de principios menos elevados. ¿Cómo es posible que hayáis creído que un organismo perfecto y complejo, como el cuerpo humano, pueda regirse y funcionar sin un psiquismo central regulador? No basta decir cuál es la química de la respiración, de la asimilación, de la circulación; comprobar el perfecto intercalamiento de todos los engranajes que presiden estas tres funciones fundamentales. En las profundidades del metabolismo celular tenemos la presciencia del instinto; se realiza por sí mismo, sin intervención de la ciencia, cosa que la misma ciencia no llega a veces a comprender. No sólo hay un ritmo maravilloso de equilibrios, sino además una resistencia de éstos a la desviación; y existe asimismo autodefensa orgánica, hecha de una sabiduría inmersa en las profundidades de lo subconsciente; y una medicina más profunda que la humana, porque sabe vencer, a menudo no obstante los asaltos de ésta. La elevación térmica del proceso febril, la fagocitosis, el equilibrio bacteriológico que se mantiene entre amigos y enemigos en un ambiente saturado de microbios patógenos, la continua reconstrucción química de los tejidos y otros mil fenómenos, hacen pensar en una voluntad sabia, que conoce este orden y lo quiere. Cuanto más alto en la evolución ha llegado el organismo, tanto más delicado y vulnerable es, y más difícil se torna, en su complicación, su supervivencia; el psiquismo suple, progresando paralelamente en la perfección de las defensas.

La función crea el órgano y el órgano la función. El sistema nervioso ha creado el funcionamiento orgánico y lo dirige; a su vez, el funcionamiento orgánico refuerza, desarrolla y perfecciona el sistema nervioso. El psiquismo avanza paralelo a la

evolución de los organismos. Existe una evolución en las formas de la lucha y de la selección, que se tornan cada vez más psíquicas y poderosas. Hay pasajes en el funcionamiento orgánico, metamorfosis químicas que se os escapan y que avanzan, regidas tan sólo por el hilo conductor de este psiquismo. En la asimilación del intestino, las substancias desaparecen de un lado para reaparecer por otro, completamente cambiadas. No basta, para explicar esto, el mecanismo de la ósmosis. El alimento digerido junto, tras haber atravesado la importante cámara de desinfección que es el estómago -en contacto con los jugos intestinales en el interior del tubo digestivo- pasa, a través de sus membranas, a los vasos sanguíneos. En tal proceso de diálisis, la substancia absorbida cambia su naturaleza química. El proceso es tan delicado y se halla en relación tan directa con el sistema nervioso y psíquico central, que cualquier impresión lo altera; es un hecho de experiencia común. Luego tenemos el circular de la sangre para la distribución del alimento absorbido, a fin de vincular todas las partes en un baño de vida. Mediante la respiración, el aire da su oxígeno, y con él la potencia de un rayo de sol, y la sangre lo aferra para llevarlo a arder y a consumirse en el dinamismo celular de los tejidos y de los órganos, con el objeto de que luego resurja en su psiquismo. ¡Qué laboratorio químico! En él se restablece el equilibrio a cada instante. Por sístole y diástole va y vuelve el impulso de la vida, circula el jugo energético reconstructor; hierve en todo instante el reparador trabajo del recambio; pueblos de esquisomicetos viajan y descansan, anidan y acuden, hacen la paz o la guerra, llevando salud o ruina.

El porvenir os prepara, a través de este refinamiento evolutivo culminante en el espíritu, y junto a la progresiva desmaterialización de las formas, a la preponderancia rebosante del psiquismo; os prepara -digo- un banquete energético extraído de un rayo de sol; sin lucha ni matanza reposaréis, saciados de efluvios solares, que se extraerán directamente de su dinamismo. Ello ocurre en planetas más evolucionados que el vuestro, pero constituye aún, para vosotros, un futuro remoto. Estómagos y sangre se han formado en vosotros, como son ahora, a lo largo de edades incalculables; ofrecen, por consiguiente, una resistencia proporcionada, para mantenerse en su línea atávica de funcionamiento. Ni siquiera la venenosa síntesis artificial de las substancias alimenticias es apta para liberaros del circuito animalesco de la química intestinal. Ni incluso la introducción normal directa en la sangre de los principios nutritivos, es trabajo apropiado para vuestra medicina de superficie, burda y violenta.

LXXI

EL FACTOR PSÍQUICO EN TERAPÉUTICA

Este cuadro de íntimos equilibrios nos abre las puertas para algunas *observaciones de carácter terapéutico* antes que todo, en el *campo bacteriológico*. Vosotros exageráis en la *antisepsia* en sentido profiláctico. El organismo humano se ha formado y ha vivido siempre en un mar de *microorganismos patógenos*, tanto, que la asepsia o el estado aséptico es en la naturaleza una condición anormal. Ahora bien, la inmunidad está determinada por el equilibrio obtenido por las resistencias orgánicas. En períodos interminables de evolución se estabilizó dicho equilibrio entre ofensa y defensa. Matando el microbio perturbáis, pues, el equilibrio de la vida, en la que también el enemigo tiene su tarea; os ponéis en condiciones anormales, que luego os corresponderá defender y mantener. Sabéis que la función crea la capacidad. Al suprimir la lucha, suprimís asimismo ese continuo excitante de reacciones que es el asalto de los microbios; ganáis una salud presente tomada a crédito sobre la salud del porvenir, una victoria ficticia obtenida a expensas de la resistencia orgánica; pues que el organismo, por ley natural, perderá debido a falta de uso sus capacidades defensivas, tornándose impotente para defender su vida. Es evidente que la protección artificial, al atrofiar la aptitud para la defensa, redunda por completo en daño de la selección; comprobado está que cuanto más se medica, así en plantas como en animales, tanto más aumenta el número de las enfermedades (saprofitismo). Es la lucha la que ha formado y mantiene la resistencia orgánica, premio de infinitas caídas y fatigas. Profundos son los equilibrios de la naturaleza, y su perturbación produce nuevos desequilibrios. En el incesante choque de los contrarios se produce una estabilidad, un acuerdo, una especie de simbiosis, finalmente útil para ambas partes; y el enemigo se vuelve necesario al hombre, porque la reacción que el asalto suscita constituye la base de su resistencia orgánica. Desplazar el compensado ritmo de las relaciones e intercambios que se han establecido desde milenios significa el surgir de enfermedades nuevas, lo cual entraña una transformación y no una solución del problema. Se debe a las limitadas concepciones de una ciencia utilitaria, que ha hecho de ella su principal objetivo, la ilusión de que sea posible suprimir la lucha, y ello en todo campo, incluso en el moral (dolor), como si el esfuerzo de la vida fuese una imperfección por superar y no un factor fecundo y necesario, substancialmente situado en el funcionamiento

orgánico del universo. Una sola cosa puede justificar todo esto, y es la transferencia del campo de lucha a un plano más alto; la supresión de un esfuerzo y conquista relativos se justifica tan sólo por la substitución, con un esfuerzo más elevado, dirigido a más altas conquistas. Así ocurre, en efecto. La lucha física y orgánica se está transformando en lucha nerviosa y psíquica.

Debería la medicina tomar muy en cuenta el *factor psíquico*, no sólo en el campo específico de la psicoterapia, sino como factor de importancia decisiva en cualquier caso y momento. El materialismo imperante, absorto en la visión del solo lado material de la vida, no podía ver el aspecto espiritual más hondo. Ha producido y creado, sin duda alguna; pero es menester ahora superar ese tipo de ciencia. Y, sin embargo, aquella psicología subsiste todavía, por inercia, en los centros de cultura, amolda el pensamiento oficial que habla desde las cátedras del mundo civil. Es hora de *continuar* el camino recorrido hasta aquí por la ciencia materialista, en una ciencia espiritualista. Pues el espíritu, como veis, no constituye fenómeno abstracto, aislado ni aislable y relegable al campo de la ética y de la fe, sino que, invade todos los fenómenos biológicos; es fundamental en fisiología, patología y terapéutica; el vibrante dinamismo vital está todo invadido por él. Menos anatomismo y más psiquismo, no sólo invocado en el estudio de las neurosis, sino tenido siempre presente en toda disciplina médica. El factor moral es fundamental, y si es descuidado puede hacer perder al enfermo más que la carencia de curas materiales. Habéis dotado a los hospitales de aire y luz, de higiene, limpieza. Y, sin embargo, son espiritualmente fríos. En esos lugares de sufrimiento debéis pensar que no sólo yace el cuerpo de un animal, sino además que se encuentra el alma de un hombre. Hay mayor necesidad de flores, de música y, sobre todo, de bondad, de palabras sinceras y afectuosas, que de análisis microscópicos y radioscópicos y esterilizaciones y suntuosidad científica. El estado de ánimo sobre el cual reposa el secreto del recambio y, por ende, de la curación, se descuida. Aun en materia de infecciones influye el espíritu, a menudo más que la esterilización del ambiente. Pensad que el equilibrio orgánico no constituye más que la consecuencia del equilibrio psíquico, con el que se halla en estrecha relación. Pues que el estado nervioso es el que determina y guía las corrientes eléctricas, y son éstas las que presiden la constante reconstrucción química y energética del organismo. Si ellas se dirigen de manera diversa, si la corriente positiva -activa y benéfica- se invierte en corriente negativa -pasiva y maléfica-, si substituís un estado psíquico de fe y bondad por otro de depresión y malevolencia, entonces, en lugar de salud, el impulso ha de generar enfermedad; en vez de desarrollo, regresión; en vez de nutrición, intoxicación; en vez de vida, muerte.

Esta alma misteriosa que todo lo invade, en el porvenir surgirá de la sombra, como un gigante; la ciencia precisará su anatomía, funcionamiento y evolución. La nueva medicina ha de llevar a los primeros planos el factor psíquico; y afrontará el estado patológico no ya como ahora, con medios coactivos más o menos violentos. La corrección del estado anormal, la rectificación del funcionamiento arrítmico no será obtenida únicamente actuando desde fuera y tratando de penetrar en el organismo por medios físico-químicos. Mas al contrario, tratará de introducirse en su transformismo íntimo, secundando las vías naturales del psiquismo dominador de las funciones. No será ya entonces un choque brutal por la introducción de compuestos químicos susceptibles de reacciones antivitales, sino que será corriente que se funde en la corriente de la vida, será dinamismo benéfico que rectifica el dinamismo desviado. Suministrando substancias, no podéis saber cuáles condiciones químicas antitéticas van ellas a encontrar ni qué diversas reacciones pueden excitar en las variadísimas condiciones orgánicas de los individuos. Hay atracciones y repulsiones y límites de tolerancia por entero personales. ¡Prudencia, pues, con esa química violenta e igual para todos! Una vía más pacífica para penetrar en la corriente vital es la vía psíquica. El funcionamiento orgánico obedece a esta sabiduría instintiva que se ha fijado, por larguísimas experiencias, en el subconsciente. Éste se fracciona en varias almas menores, instintivas, que realizan -sin vosotros saberlo- el trabajo específico de todo órgano. La conciencia puede, por vía sugestiva, impartir órdenes, y ellas serán ejecutadas como por un animal domesticado. El caso del trauma psíquico os demuestra la realidad de tales influencias. He aquí cómo, por vías psíquicas, es factible abrir o cerrar las puertas a los asaltos patógenos, reavivando o paralizando las defensas orgánicas. No se matan así microbios, sino que se refuerzan las resistencias y se obtienen resultados que equivalen a los de la más escrupulosa antisepsia. Pues que la patogénesis no depende tanto de las condiciones ambientales como de la vulnerabilidad específica individual que predispone a la enfermedad y sobre la cual influye en gran manera el estado psíquico.

LXXII

LA FUNCIÓN BIOLÓGICA DE LO PATOLÓGICO

La visión de estos maravillosos equilibrios nos lleva al concepto de la función biológica de lo patológico. La enfermedad, ¿es, verdaderamente, un estado anormal y siempre una falla orgánica, o bien se compensa en el equilibrio universal y asume una función biológica no sólo protectora sino además creadora?
Es innegable de que, en muchos casos, lo patológico puede, con la adaptación, convertirse en un estado habitual del organismo, que termina por vivir normalmente en él. De hecho el estado orgánico perfecto es una abstracción inexistente en la realidad. En la naturaleza no existe un tipo orgánico de perfección, una verdad orgánica igual para todos, una normalidad, punto de comparación del valor fisiológico individual; sino que cada cual es su tipo, una verdad orgánica propia, y tiene razón contra todos, en tanto sabe luchar y vencer. En la naturaleza, la perfección constituye una tendencia jamás alcanzada, la salud un estado que se debe conquistar en todo momento, un equilibrio que es preciso mantener sólo al precio de un trabajo continuo. En la realidad, todo organismo posee su punto débil, de mayor vulnerabilidad y menor resistencia. Lo patológico ha acabado, de tal suerte, por equilibrarse como un hecho más o menos constante en la normalidad del mundo orgánico, que no por ello se abate, y que de ahora en adelante lleva consigo, como fuerza aceptada en su equilibrio, su lado de sombra. La naturaleza se compensa de las diferencias en el número y completa sus imperfecciones mezclando siempre sus tipos, que cuanto más diversos sean, tanto mejor balancearán en la reproducción sus ventajas y defectos. Os encontráis aquí ante la misma ley según la cual el mal condiciona el bien, el dolor la alegría, con idéntico claroscuro de contrastes en cuyo seno se mueve y se equilibra el mundo orgánico, así como el mundo ético, sensorial y psíquico.

Pero se da otro hecho. No sólo el mundo orgánico se ha habituado a arrastrar normalmente el peso de su imperfección, ni únicamente esto entra en la ley de equilibrio. Tal ley opone, por compensación espontánea, a todo punto de debilidad mayor un punto de mayor fuerza, a una vulnerabilidad específica, una resistencia asimismo específica en otra parte. La naturaleza siente el punto amenazado y lo circunda, reforzándolo, con todos sus demás recursos, órganos, sentidos que se

desarrollan en proporción y más allá de la media. No os alarméis, pues, por cualquier punto débil, ya que puede ser él por compensación, una fuerza.

Permaneciendo siempre en el campo orgánico hemos visto, incluso, que cada asalto patogénico superado produce, por reacción, la aptitud para la resistencia, fortifica todo el arsenal de las defensas. En este caso posee la enfermedad una función inmunizadora y lleva, por contraste y compensación, el hábito a la victoria y a la *autoeliminación de lo patológico*. En tal sentido la enfermedad es condición de salud, ya que excita la construcción de todas las resistencias orgánicas. Éstas, que os defienden sin vosotros saberlo, constituyen el resultado de innumerables victorias y luchas superadas; son fruto de vuestro esfuerzo, duramente ganado en el largo camino de la evolución.

Pero hay una compensación más elevada de lo patológico en otros campos, puesto que todo en el universo está interligado. Siempre por reacción compensadora, una imperfección y sufrimiento físico puede tener una repercusión creadora en el campo de lo moral, determinando un estado de tensión, excitando una rebelión que se manifiesta como explosión de fuerza al nivel psíquico. Aquí reaparece la función creadora del dolor. Su tenaz y penetrante acción no puede menos que despertar resonancias en lo hondo de ese psiquismo que se comunica siempre con las formas orgánicas; y deja, en las mismas, huellas indelebles. Pues si el dolor no basta, a menudo, para construir de golpe la grandeza de un alma, en casi todos los casos nos la revela entera y exalta al máximo la totalidad de sus valores, y a lo largo del andar es siempre escuela de ascensión. Y si en las almas inertes el dolor se resuelve a veces en pasiva adaptación, con frecuencia enciende luminosidades nuevas en el espíritu y entonces se puede hablar, en verdad, de una función creadora de lo patológico. Gran ciencia ésta, la del saber sufrir, que sólo poseen los hombres y pueblos que han vivido mucho; ello significa una resistencia a las adversidades que los jóvenes no poseen. Observad el fenómeno de lo patológico hasta sus últimas repercusiones, y veréis que en ocasiones ha arrancado del alma humana los gritos más sublimes y las más grandes creaciones. A menudo una imperfección física, que cierra al alma los senderos de la vida exterior, le prepara los de la profunda introspección de sí, manteniendo siempre despierto al espíritu y sometiéndolo a una gimnasia que lo agiganta. De la maceración de un cuerpo enfermo, muchas almas han salido purificadas; un mal físico puede muy bien ser la prueba impuesta por el destino en el camino de las grandes ascensiones humanas. Invito a la ciencia a explicar cómo una enfermedad, una deficiencia orgánica, es capaz de dar tanta fuerza al espíritu, tal fecundidad al pensamiento, tanta salud y potencia a la

personalidad; de qué modo, en otros términos, lo patológico puede contener a menudo lo supernormal.

LXXIII

FISIOLOGÍA DE LO SUPERNORMAL. HERENCIA FISIOLÓGICA Y HERENCIA PSÍQUICA

Sólo estos conceptos de vida psíquica pueden guiar a la ciencia hasta las puertas de una ultrafisiología o "fisiología de lo supernormal" tal como la veis despuntar en los fenómenos mediúmnicos. En ellos, las relaciones entre materia y espíritu son inmediatas: el psiquismo modela una materia protoplasmática más evolucionada y sutil: *el ectoplasma*. La construcción nueva, anticipo en la evolución, no posee, naturalmente, la resistencia de las formas estabilizadas por larga vida, por lo que está pronta a deshacerse. Las vías nuevas y de excepción son, además, anormales e inseguras. Los productos de la fisiología supernormal emergentes de las vías habituales de la evolución, tienen necesidad de fijarse, por tentativas y larga repetición, en la forma estable. Todo esto os recuerda al rayo globular, retorno atávico de un pasado superado; presentimiento del porvenir, en cambio, es el ectoplasma. Esta forma responde a aquel proceso de desmaterialización de la materia de que hemos hablado. La materia química del ectoplasma responde a una avanzada desmovilización de sistemas atómicos en movimientos vortiginosos, a lo largo de la escala de los elementos, hacia los pesos atómicos máximos. El fósforo (peso atómico 31), cuerpo sucedáneo, aceptado sólo en dosis moderadas en el círculo de la vida orgánica, es tomado aquí en el avanzado movimiento vortiginoso, como cuerpo fundamental, junto a H (1), C (12), N (14), O (16). La plástica de la materia orgánica, por obra del psiquismo central directivo, se torna siempre más inmediata y evidente. Todo lo cual os explica la estructura lagunal de muchas materializaciones espíritas, que suplen la formación incompleta de partes con masas uniformes de substancias ectoplasmáticas de apariencia de telas o velos. Todo revela la tentativa, el esfuerzo, la imperfección de lo nuevo. Y ello os permite comprender cómo el desarrollo del organismo hasta la forma

adulta no constituye sino una construcción ideoplástica operada por el psiquismo central, por los viejos y seguros caminos tradicionales que la evolución ha recorrido.

Las redes de los hechos y concomitancias se estrechan cada vez más en torno a este psiquismo innegable. Sólo ello os da la clave del fenómeno de la *herencia*[1]. Fenómeno inexplicable si es visto aislado en su solo aspecto orgánico, como hace la ciencia; para ser comprendido debe completarse con el concepto de una *herencia psíquica*. ¿Cómo pueden los órganos -sometidos a incesante renovación, hasta una final y definitiva descomposición- conservar por manera indefinida las características estructurales, y transmitir aptitudes prenatales en otros organismos? Y los registros en el instinto, con frecuencia los más importantes, se producen después del período juvenil de la reproducción, en el individuo adulto, y a veces justamente en la vejez (la máxima madurez psíquica). Y ¿cómo es posible que, en una naturaleza tan previsora y económica, se pierdan justamente las mejores ocasiones? ¿O será que la herencia sigue otras rutas, los caminos psíquicos, por los cuales el material recogido se confía a la supervivencia del principio espiritual, con preferencia a las vías orgánicas de la reproducción? ¿Y no vimos que éste es el nudo que constriñe, en una explicación única, todos los fenómenos del instinto, de la conciencia y de la evolución psíquica? ¿Quién, sino el espíritu inmortal, puede constituir el hilo conductor que, a través de un continuo nacer y morir de formas, rige el desenvolverse de la evolución? ¿Y qué hilo, sino éste, sabrá hacerla llegar a las superiores construcciones de la ética?

Tal concepto de herencia psíquica conduce a la inevitable conclusión -preparada ya por demasiados hechos para que pueda negarse- de la supervivencia de un principio psíquico después de la muerte, y esto tanto en el hombre como en los seres inferiores, no desheredados por la justicia divina -aunque hermanos menores y en forma diversa- de los derechos de la supervivencia. Si el psiquismo se demuestra en lo sucesivo como parte integrante de los fenómenos biológicos, como principio al que se confían los últimos productos de la vida y la continuidad del transformismo evolutivo, como unidad directiva de todas sus formas sucesivas, es obvio admitir que dicho psiquismo, ya que sobrevive a la muerte orgánica, deba preexistir al nacimiento. Este equilibrio de momentos contrarios resulta necesario para la armonía de todos los fenómenos; en la indestructibilidad de la substancia -demostrada ya en todos los campos- todo es continuación y retorno cíclico. El universo no puede ser arrítmico en ningún punto ni en momento alguno. Es absurdo, pues, el concepto de una Divinidad sometida a la

---

[1] El problema de la herencia es tomado y desarrollado en el volumen *"La Nueva Civilización del III Milenio"*, cap. XXVII y XXVIII sobre "La Personalidad Humana". (N. del T.)

dependencia de dos seres, cuya unión debe tal Divinidad esperar para ser obligada, cuando aquéllos lo quieran, a la obra de la creación de un alma. No se puede conceder a la criatura tal poder de decisión. Y en el tiempo transcurrido, ¡qué acumulación de unidades espirituales a través de la vida! ¿Dónde acabaría el ciclo y se restablecería el equilibrio?

La herencia misma os ofrece fenómenos que de otra manera serían inexplicables. A no ser por estos conceptos, todo se torna incomprensible e ilógico; con ellos, en cambio, todo es claro, justo y natural. A veces los hijos superan a los padres, los genios nacen casi siempre de progenitores mediocres. ¿Cómo puede el más ser engendrado por el menos? Los caracteres distintivos de la personalidad exorbitan de toda herencia, a la cual veis confiadas las afinidades orgánicas más que las cualidades psíquicas. Observamos la génesis del psiquismo, la formación del instinto, de la conciencia, problemas de otro modo insolubles. ¿Por qué estas profundas desigualdades, innatas, indestructibles en el individuo, cualidades propias indeleblemente estampadas en su rostro psíquico interior? ¿No os revelan ellas todo un camino recorrido? Un pasado que se vivió y que no es posible anular ni hacer callar, resurge y grita: tal fui yo, tal soy. De todo ello depende un destino de alegría o dolor, que es un derecho o una condena. Una creación nueva, de la nada, debe formar por justicia divina almas y destinos *iguales*. No dejéis, pues, que tantas dolorosas condenas, justamente permitidas por Dios porque son queridas por el ser libre y responsable, recaigan sobre la Divinidad como acusación de injusticia o inconsciencia. ¡Cuántos absurdos éticos frente a un alma a la que, en cambio, se debe enseñar a ascender moralmente!

No hagáis excepción, para el hombre, en la ley cíclica que rige a la totalidad de los fenómenos. Un río no puede crearse en su fuente de origen; si ésta no recogiese las aguas siempre por medio de la evaporación y de las lluvias de los mares, éstos no serían lo suficientemente vastos para contener el eterno fluir. No debéis crear desproporciones entre un instante -como es vuestra vida- y una eternidad de consecuencias. ¿Sabéis qué es una eternidad? Resulta absurda, inconcebible, tal descomunal desproporción entre causa y efecto. *Solamente lo que no nació no puede morir*; sólo lo que no tuvo principio puede sobrevivir en la eternidad. Si admitís un punto de partida, habréis de admitir asimismo un punto equivalente de llegada: *si el alma nace con el cuerpo, entonces, con el cuerpo debe morir*. De modo que la lógica os conduce al más desesperado materialismo.

No creáis, como con demasiada frecuencia lo hacéis en vuestras ilusiones, que premio y castigo, alegría y dolor, en la eternidad de la justicia divina se puedan usurpar, tal como suele hacerse en vuestro mundo. Todo marcha según una ley fatal de causalidad, una ley íntima, invisible e inviolable, contra la cual nada pueden la astucia ni la prepotencia; es ley matemática, exacto cálculo de fuerzas. No hay posibilidad de violación en tan férreo engranaje de fenómenos. A las consecuencias de las propias acciones jamás se escapa y el bien o el mal que se realizan, se realizan por sí mismos. Existe, antes de la herencia orgánica, una herencia psíquica, que manda sobre aquélla y que resume vuestras obras todas, constriñendo vuestro destino. Dios es justo, siempre. No podéis culpar a nadie, es absurdo maldecir en cualquier caso. Se forma en todo instante el balance exacto del Debe y el Haber, como culpas y méritos, pena y alegría, y el dolor constituye siempre bendición de Dios, porque si no expía y purifica, si no paga el débito, construye siempre, pues acumula crédito. Es la ley de la vida, oculta e inaferrable, presente siempre, y que no olvida jamás.

Caen vuestras barreras y defensas para protección de la injusticia. La justicia es la Ley profunda y os sigue y encuentra en la eternidad, siempre. ¡Cuántos dramas en estas palabras! Existe, por sobre el parentesco de los cuerpos, un más profundo parentesco con vuestro pasado y vuestras obras, que resurgen en torno de vosotros y os asedian, elevándoos o abatiéndoos. Sois tales como os construisteis; poseéis -concedidas, aparentemente, por la naturaleza- las armas que os habéis fabricado; y afrontáis con ellas la vida, mediante ellas superándola. Pusisteis en movimiento las causas que ahora actúan, dentro y fuera de vosotros. El presente es hijo del pasado; el futuro es hijo del presente. No culpéis a nadie. La génesis de una vida no puede ser tan sólo el efecto de un egoísmo de dos, que obra en daño de un tercero imposibilitado de dar su consentimiento. ¿Cómo podéis creer que toda una vida de alegría o dolor, de la que luego dependerá el fijarse un estado definitivo, para una eternidad, sea dejada a merced de un hecho accidental, realizado sin conciencia de sus consecuencias? ¿Cómo puede un hecho tan substancial, cual es la vida y el dolor de un hombre, en un organismo universal en que todo es tan precisa y justamente querido y previsto, ser abandonado así, tan fuera de la Ley, en el momento decisivo de su génesis, que tiene efectos tan colosales? ¿No echáis de ver el absurdo de tal concepto? ¿Cómo podéis creer que en el inmenso y soberano orden haya lugar para la locura y la maldición, para la inconsciencia y la usurpación, y que se puedan sembrar de tal manera, al azar, por irresponsables, las causas del dolor?

¿Acaso no sentís vuestra personalidad que grita "Yo" por encima de todo vínculo y afinidad? La herencia es, sobre todo, psíquica, y ésta es vuestra, individual, preparada y querida por vosotros. La herencia fisiológica constituye, en cambio, una herencia secundaria, dependiente de aquella otra y de consecuencias limitadas, porque son inherentes a un organismo que no representa para vosotros otra cosa que el vehículo del viaje terreno y que mañana dejaréis. El parentesco familiar es parentesco orgánico, de formas, de tipo; a ese vaso ha descendido vuestro espíritu, no ya al azar, sino por ley de afinidad, y la fusión es completa en una unidad que, aun conservando los caracteres de la raza y familia, a menudo los trasciende inconfundiblemente, en cuanto personalidad psíquica. De aquí las semejanzas y, a un tiempo también, tantas diferencias. Los padres os dan el germen de la vida física, protegen su desarrollo junto al de la vida psíquica que desciende del cielo y es confiada a ellos. Respetad y amad su gran esfuerzo. En las frágiles horas de la juventud, vuestra alma eterna está en manos de ellos; y temblad si os convertís en padres; imaginaos elegidos como colaboradores en el esfuerzo divino de la construcción de las almas.

Si la vida psíquica no es hija directa de los padres, es sin embargo su pariente, por las vías de la afinidad, que la ha llamado y atraído a aquel determinado ambiente. Nada se confía al azar. Con frecuencia el alma elige el lugar y el tiempo, previendo las pruebas a superar; pero cuando no ha llegado todavía esta conciencia y no sabe aún ser libre, entonces su peso específico resultante del grado de su destilación espiritual, las atracciones y repulsiones por las cosas de la Tierra, la naturaleza del tipo constituido, la guían *automáticamente*, por un equilibrio espontáneo propio de fuerzas -así como todo se equilibra en el universo, desde el átomo a la estrella- a su elemento, sólo en el cual puede vivir y trabajar.

LXXIV

EL CICLO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE Y SU EVOLUCIÓN

Esta herencia psíquica constituye la base -con significado y función fundamental- del ciclo alterno de la vida y de la muerte. En la evolución darwiniana habéis visto sólo la

progresión de las formas orgánicas. No podíais menos que mezclaros en este último efecto del psiquismo; pero él, como íntima causa determinante, ha permanecido para vosotros en la sombra. Se os ha escapado así el hilo conductor de todo el proceso, y la acumulación de los valores psíquicos, el sostenerse en línea de continuidad de tantos fenómenos quebrados sin cesar por la muerte, ha continuado siendo para vosotros un misterio. No son las formas las que evolucionan, sino el principio inmaterial que las plasma, que constituye su causa y que posee el indestructible poder de reconstruirlas siempre.

Si la naturaleza conserva una suprema indiferencia ante la muerte, ello ocurre porque ésta substancialmente *no destruye nada*; tanto es así que, no obstante las continuas muertes, la vida continúa triunfante: nada destruye, ni como materia ni como espíritu. La materia abandonada torna a descender a un nivel inferior, es retomada en un ciclo de vida más bajo; el psiquismo reasume el dinamismo y los valores espirituales, y asciende, inmaterial e invisible, para equilibrarse en el nivel que es suyo *por peso específico.* De la manera que la naturaleza pinta con la luz y colores los cuadros más maravillosos y luego, con despreocupación, deja que se desvanezcan, ya que sabe reconstruir en seguida otros más bellos -tan rica de belleza se siente-, así la vida, que mediante la química del plasma y con sus fuerzas íntimas y la sabiduría de su psiquismo, modela las formas de belleza más maravillosas, las deja igualmente marchitarse y morir, porque sabe rehacerlas en el acto, y rehará otras más bellas aún, en infinita prodigalidad de gérmenes.

La muerte no lesiona en modo alguno el principio de la vida, el cual permanece intacto, incluso rejuvenecido de continuo por este renovarse sin cesar a través de la muerte. Si la naturaleza no teme ni rehuye la muerte, ello se debe a que la misma es *condición de vida*, y nada se derrocha por esto en su estricta economía. La naturaleza sabe que la substancia es indestructible, que nada puede perderse jamás como cantidad ni como calidad; y sabe además que todo resurge de la muerte, que resurge el cuerpo en el ciclo de los intercambios orgánicos, y resurge el espíritu en el psiquismo directivo.

Al fin y al cabo, ¿qué cosa es la muerte? ¿Qué significa esta extraña evaporación de conciencia, mediante la cual, en un instante pasa el organismo del movimiento a la inmovilidad, de la sensibilidad a la pasividad inerte? Contempláis con espanto ese cuerpo muerto y en vano le pedís que dé, a vuestra sensación, la chispa de la extinguida vida. Y, sin embargo, la materia está toda allí, intacta todavía en el primer momento; y están allí la totalidad de los órganos, y los tejidos, y el plasma; la máquina reposa

completa. Sólo falta la voluntad del conjunto, el psiquismo directivo; falta el poder central, y la sociedad se apresura a disolverse, como un ejército sin jefe, en el que cada soldado comenzará a pensar sólo en sí mismo, para agregarse a otros ejércitos, donde quiera los encuentre. El edificio espléndido se derrumba y otros constructores vecinos -no importa si menos hábiles- acuden a buscar materiales para sus propios edificios. Todo se vuelve a tomar acto seguido, en un nuevo círculo, todo es vuelto a utilizar y revive al sol. Nada puede morir, jamás. Sólo que la unidad colectiva se disuelve en las unidades componentes menores.

Hay allí, pues, separación del psiquismo y un profundo cambio de estado de la materia. Y se da en este fenómeno algo que os recuerda otros cambios de estado más simples, como es, por ejemplo, el paso de la materia desde el estado gaseoso al líquido y hasta el sólido. Existe una pérdida de movilidad, una liberación de energía. Nada se destruye en la naturaleza, de modo que también la muerte *"debe"*, por ley universal, *restituir* intacto ese psiquismo que ahora en vano tratáis de encontrar en aquel cuerpo exánime. No importa si escapa a vuestros sentidos y medios de observación en lo imponderable. Allí había un psiquismo animador y al presente no está. Todo el universo, por la obediencia constante a su ley, os grita que dicho psiquismo *no puede ser destruido*. Veis *renacer* ese principio en todo momento, así como renacen de la mar las lluvias que en ella cayeron: lo veis renacer rico de instintos, proporcionado al ambiente, individualizado tal como estaba cuando el cuerpo murió. En la muerte lo veis desaparecer, y en el nacimiento reaparecer; ¿cómo puede ser posible que el ciclo, conforme ocurre en todas las cosas, no se cierre conjugando sus extremos? *Así como lo que no muere no puede haber nacido, del mismo modo, lo que existía antes del nacimiento no puede morir. Lo que no ha nacido con la vida, con la vida no muere*.

La lógica del universo, la voz de los fenómenos todos, concorde os lleva a esta conclusión: si, como está demostrado -no obstante el cambio de forma-, la substancia es indestructible; si la existencia de un principio psíquico es evidente, debe ser inmortal; e inmortalidad no puede ser sino eternidad, equilibrio entre lo pasado y lo futuro, vale decir, reencarnación. Si todo lo que existe es eterno, vosotros, que existís, sois eternos. Nada se podrá anular nunca. No existe ley ni autoridad humana que pueda destruir la lógica y evidencia de los fenómenos. *Supervivencia del espíritu es sinónimo de reencarnación*. O bien renunciar a comprender el universo -como hace el materialismo- o, si se admite un plan, un orden y un equilibrio, según todos los hechos lo afirman, es necesario seguir su lógica (no resulta posible detenerse en la mitad) hasta

las últimas consecuencias. Vida y muerte son los contrarios que se compensan, los dos impulsos que forman el equilibrio, las dos fases complementarias del mismo ciclo.

¿Desaparecerá el espíritu en lo indistinto de un gran depósito anímico amorfo? Sería absurdo. Aquel principio no lo veis reaparecer amorfo, sino con cualidades ya prontas, puesto que se manifiestan de manera rápida, o sea, las cualidades de instinto, conciencia y personalidad con que lo habéis visto desaparecer. *La unidad reconstruida se asemeja demasiado a la unidad destruida, para que no se trate de la misma*. Sólo así podéis explicaros la presciencia del instinto, la gratuidad de su conocimiento, ese surgir de capacidades innatas sin un aparente precedente constructivo. ¿Cómo podrían los instintos, el destino, la personalidad nacer de la nada, fuera de la ley universal de la causalidad, tan diversos y definidos como son? Ellos constituyen el pasado, que por aquella ley renace siempre y a los que ninguna muerte podrá jamás destruir. Es absurdo e imposible un continuo construirse y desintegrarse de personalidades, un pasaje del ser al no ser, en que se quebraría la cadena de la causalidad, que lo prepara y lo conserva todo. Además, todo está individuado, todo grita *"yo"* en el universo. No existen tales mares de inercia, esas zonas de vacío; en fin, la evolución no deshace, no demuele nunca, antes bien defiende como a la cosa más preciosa los productos de tanto esfuerzo suyo. Y una unidad colectiva tan compleja como lo es la individualidad humana, representa el más elevado producto de la vida y resume en sí los resultados del más grande trabajo de la evolución. ¿Podría jamás ésta, en su estricta economía, permitir la dispersión de sus mayores valores? Y luego ¿por qué el testimonio de los desilusionados sentidos debería tener más fuerza que vuestro instinto, que os dice: "yo soy inmortal"; y que las religiones, los fenómenos medianímicos, la lógica de los hechos, la voz concorde de la humanidad toda y de los tiempos todos, que también os dicen: "eres inmortal"?

El psiquismo individual sobrevive en las plantas, en los animales y en el hombre; *el desarrollo embriológico*, que repite y resume todo el pasado vivido, demuestra que en la vida es siempre el mismo principio el que continúa su obra; tal supervivencia indestructible del pasado en el presente, que garantiza la continuidad de la evolución, os demuestra asimismo una identidad constante del principio de la acción. El psiquismo sobrevive y lo hace con el grado de conciencia conquistado, que puede subsistir en el estado inmaterial incorpóreo.

La muerte no es igual para todos. Lo es en el cuerpo, mas no en el espíritu. En los seres inferiores -comprendido el hombre en sus primeros grados-, el centro pierde

conciencia y se apresura a reencontrarla, arrastrado por la corriente de las fuerzas de la vida, en nuevos organismos. El gran mar tiene sus mareas e ininterrumpidamente impele sobre la ola del tiempo los principios, en el ciclo alterno de vida y de muerte, porque tal es la vía del ascenso. La evolución es una fuerza acuciante; reside en la naturaleza del dinamismo de ese principio animador el anhelar siempre nuevas expresiones y realizaciones más altas. Esta pérdida *temporal* de conciencia en los seres inferiores puede darles la sensación de ese fin de todo que el materialismo sostiene: *sensación, no realidad*. Pero, en los hombres más evolucionados, que han entrado en la fase α, propiamente dicha, del espíritu, la conciencia *no se extingue*, sino que recuerda, observa, prevé y luego elige las pruebas con conocimiento. La conciencia constituye conquista, premio de inmensas fatigas. En el ambiente inmaterial puede subsistir en el hombre cuanto de él sea inmaterial, aquella parte de él que fue pensamiento elevado, sentimiento no ligado a la forma. Todo lo que es bajo representa tiniebla; en lo Alto, están la luz y la libertad. Pero, a través de su cotidiana lucha para refinar la materia en forma de expresión del espíritu cada vez más transparente, la evolución *os eleva cada vez más por encima de esa muerte que tanto os espanta y que es la tiniebla de la conciencia*, y la transforma en un pasaje con el cual la personalidad cada vez menos se turba, hasta reducirlo a un cambio de forma en el que el yo permanece despierto y tranquilo.

Entonces el hombre habrá vencido a la muerte y vivirá *consciente en la eternidad*. El progreso espiritual y moral es, por lo tanto, fenómeno biológico al que se confían los destinos y el porvenir de vuestro estado personal futuro; se convierte en fenómeno que toca directamente a la ciencia y al interés individual y social.

La muerte se reduce así a un momento del recambio orgánico de la vida, y el problema de la supervivencia, encuadrado de tal modo sobre el fondo del funcionamiento orgánico del universo, no es soluble más que en sentido afirmativo.

Observad el íntimo dinamismo del fenómeno. La vida representa la fase de actividad del transformismo dinámico-psíquico; la muerte, la fase del reposo. Hemos visto el complejo mecanismo por el cual se realiza a través de la vida ese pasaje de la fase β a la fase α. Primero la génesis de los movimientos vortiginosos en el sistema planetario atómico, por acción del tren electrónico de la onda dinámica degradada, y con ello la formación de la máquina vital en su complejo quimismo. Es la génesis del plasma, de la materia viva. Luego hemos visto su desarrollo desde la planta al hombre, su organizarse en formas cada vez más complejas, y hemos definido el círculo de la

energía, a lo largo de los continuos intercambios de material orgánico, desde la materia solar y sus radiaciones hasta la planta plasmódoma (asimilación del carbono), el animal plasmófago, hasta el alto psiquismo humano. Finalmente, hemos visto cómo el último resultado de todo este complejo funcionamiento de materiales químicos y de energía, a través de la máquina de la vida, fue el desarrollo del psiquismo, en sus fases de instinto, conciencia y superconciencia.

Así se construye el espíritu a lo largo de la vida. En la muerte, este trabajo se interrumpe para ser luego retomado y continuado. La vida ha producido, por una corriente de metabolismo químico, el psiquismo; en aquel proceso de desmaterialización a que hemos aludido, el vórtice electrónico ha investido cada vez más profundamente a la materia, desplazando el equilibrio íntimo de sus trayectorias y su figura cinética; la energía, degradada al máximo sin destruirse, ha pasado por todas estas mutaciones y, de paso en paso, volvéis a encontrarla en su último término en la escala de la evolución, en el psiquismo. Aquí, β se ha convertido en α.

En consecuencia, al morir ocurre el aislamiento, la separación del principio más elevado de todos los principios subyacentes y determinantes; aquel principio se separa de los inferiores que había llamado para que colaboraran en su obra de evolución. La química más alta de la vida se deja caer a formas más simples; la energía no elaborada en psiquismo se restituye a las corrientes ambientales; las herramientas de trabajo, tomadas en préstamo en los planos inferiores de la materia y de la energía, se dejan, para que otros las recojan, y la síntesis de la obra realizada, el resultado y el valor de la vida, se centralizan en lo profundo de los movimientos vortiginosos, en la íntima estructura cinética de la substancia, que conserva la memoria de toda huella y que mañana la reproducirá. El ser retorna sobre sí mismo y todo sobrevive en el torbellino más íntimo; he aquí la técnica del germen. Luego, *la fase de centralización se invertirá en la de descentralización,* que es el proceso de la vida. Y así*, oscilando alternativamente de la periferia al centro, de la acción a la experiencia, de la materia al espíritu, recorre el ser el doble respiro de que la evolución se nutre: ascenso y descenso; reconstrucción y disolución*. En la muerte, el ángel se separa, libre de su pedestal. Tornará después a apoyarse sobre la Tierra, a engolfarse en los ciclos densos de la materia, que son los únicos que dan la resistencia y la lucha (prueba), para conquistar nueva experiencia, atemperar las propias energías y ahondar el movimiento íntimo hacia el centro, complicando, a través de las pruebas, su íntima estructura cinética. Pero, en cada desprendimiento es más largo el camino recorrido, y más evolucionada asimismo la materia plasmada. La conciencia permanecerá, en fin, *para*

todos lúcida más allá de la muerte, y la separación de una materia más sutil no constituirá desprendimiento, la escisión y la reunión de la muerte y del nacimiento transcurrirán sin perturbaciones, en un espíritu sin cesar consciente y previsor. Entonces, α habrá superado la fase "vida" y, en el umbral de una nueva dimensión, no habrá ya ni materia, ni cuerpo, ni muerte. Pues que la evolución entraña liberación y felicidad, conciencia y luz.

¿Cómo navega en los espacios este producto-síntesis de la vida? Esta unidad psíquica es el último producto destilado de la evolución en sus fases γ, β, α y toca la fase sucesiva +x, cuyas dimensiones -os lo dije- exorbitan vuestro concebible. Aquella unidad se encuentra fuera del espacio y del tiempo; síntesis de la evolución realizada, constituye el germen de las futuras evoluciones. *Es una individuación inmaterial, en altísimo grado de centralización cinética*, oculta para vosotros en lo imponderable. A fin de volver al contacto con vuestros sentidos ha de revestirse de las formas más densas de vuestra vida, tornar a recorrer en descenso el camino ascensional de la evolución, vale decir, ha de revestirse primero de energía y luego de materia. Mas, como por disgregación atómica de la materia puede generarse energía, así, al contrario, con energía es posible fabricar materia y, más arriba, como la energía formó el psiquismo, el espíritu puede emanar energía.

Las fases son siempre comunicantes, ascendiendo y descendiendo, y las entidades, en sus materializaciones, deben volver a recorrerlas en la dirección inversa a como las recorréis vosotros. Se trata de una inversión de los procesos cinéticos que hemos observado; es una restitución, por parte del torbellino electrónico, de la onda dinámica, y luego de una reducción del movimiento en la forma más simple de sistema planetario atómico. El producto último, la unidad del psiquismo, descompone su síntesis y torna a desarrollar en estado actual el potencial encerrado en estado de latencia. Tal es la técnica de las materializaciones medianímicas, de las desmaterializaciones en los transportes y símiles. Fenómenos de excepción, porque la substancia se halla toda en movimiento en sus fases. El espíritu vaga, tras la muerte, más allá del espacio y del tiempo, en otras dimensiones. El universo le ofrece todas las posiciones y condiciones posibles para reconstruirse un cuerpo en la materia. Cada gota del infinito océano estelar presenta un apoyo a la vida, en las condiciones más diversas, para afrontar las pruebas, las experiencias más adecuadas a cada tipo de diferenciación y nivel de existencia. El océano es ilimitado, el universo está palpitante por entero de vida y conciencia, y responde incesantemente como un eco al férvido trabajo de la evolución.

LXXV

EL HOMBRE

Hemos visto ya la *fase* α en su *aspecto conceptual*, observando la evolución de las leyes de la vida; en su *aspecto dinámico*, observando la génesis y ascensión del psiquismo, y en su *aspecto estático*, observando las manifestaciones de aquel psiquismo en los órganos internos y externos, en su funcionamiento y en la dirección de la máquina orgánica. *Con esto se ha cumplido nuestro largo camino de* γ *a* α. Hemos llegado al hombre, a su alma. Antes que os deje, concentremos la atención en este punto culminante de la evolución, en esta altísima obra, que un camino tan largo y un trabajo tan intenso han preparado. Miremos al hombre, como *individuo* y como *colectividad*, en sus leyes y progreso; contemplemos el porvenir que lo aguarda, en el momento decisivo de su actual maduración biológica más elevada.

El hombre: el Prometeo luminoso en el rostro, dominador en el gesto, es todo él, en su organismo, la expresión prepotente de un psiquismo interior. En la mirada profunda, la potencia del rey que afronta el infinito; en el puño crispado, la potencia del vencedor de la vida sobre su planeta. Y, sin embargo, está encadenado a la roca, las vísceras desgarradas por el águila y a sus pies, un mar de sangre. Aquel rostro es la única luz en la tiniebla profunda, henchida de sombras y terrores, de dolores y delitos. Lívidos resplandores de ejércitos, ilimitadas hileras de cruces, brillo traidor de oros, de vanidades, de placeres, y sobre todo ello un grito lacerante de dolor que invoca a Dios.

¡Cuánta fatiga para reencontrar a Dios! Grandeza de alma, potencia de voluntad y de acción, agudeza de sabiduría, por doquiera un esfuerzo titánico, jamás domado, por superarse a sí mismo y vencer al mundo; y a cada paso un abismo tenebroso que todo lo devora, una obscura potencia de destrucción que lo nivela todo en la muerte y el olvido. En fuga eterna, siempre, una ola nueva sobreviene y sumerge el pasado, borra y reinicia la vida. La carrera se sigue, sin pausa, a la luz incierta de vanos espejismos; en esta atmósfera densa y obscura, el hombre lucha y sangra, buscando su luz.

¡Cuánto dolor! Es un mar ilimitado, de donde sólo se levanta el brazo del hombre agitando una antorcha de luz. Es el genio. En el fondo triste y fangoso, chapotean los

peores en su elemento, sonríen felices los inconscientes. Y el genio, ya sea artista, místico o pensador, ya santo, héroe o bien caudillo, es siempre un jefe que se anticipa a la evolución que la grey ignara sigue, por ley de vida. Su destino es titánico, un abismo por el que pasan zonas de pasión y desgarramiento, de tempestades y visiones en que está la voz de Dios. El genio se levanta, acongojado, del lecho de su dolor y del dolor del mundo, y con supremo y tremendo gesto fija el infinito sin temblar, decididamente se lanza al corazón del misterio y rasga su velo para que la vida camine. Y la masa inerte de la grande alma colectiva experimenta una dilatación súbita, y ve, y sigue, y asciende.

A veces en el infierno terrestre cae, en cambio, una estrella del cielo, sólo para llorar y amar; y llora y ama durante una vida entera, cantando, en su propio dolor y el ajeno, un canto divino, lleno de amor. El dolor arrecia su golpe y el alma canta. Ese cántico tiene una extraña magia; amansa la fiera humana, hace florecer las rosas entre las espinas, los lirios del fango; la fiera detiene su garra, el dolor su asalto, el destino su cerco y el hombre su ofensa. La magia de la bondad, la armonía del amor lo vence todo, y se dilata y canta y resuena en la totalidad de lo creado. En ese canto dolorido hay tanta fe, y tanta esperanza, que el dolor se transforma en pasión de bien y de ascensión. El canto humilde y bueno llega de lejos, lleno de las cosas de Dios; es un perfume nuevo en que vibra lo infinito, un secreto susurro de pasión que habla al alma y revela por las vías del corazón -más que cualquier ciencia- el misterio del ser; es una caricia en que el dolor reposa. Todo se levanta, iracundo, sobre la Tierra, contra el ser simple e inerme que habla de Dios, para hacerlo callar; mas la dulce palabra resurge siempre, se expande y triunfa. Porque es ley que la Buena Nueva de Cristo se realice y que el mal sea vencido y advenga el Reino de Dios. El dolor golpeará sin piedad, pero el alma humana emergerá de sus pruebas y la vida iniciará un nuevo ciclo; pues que el momento se encuentra maduro, y es ley que la bestia se convierta en ángel, que surja del desorden una nueva armonía y más alto se entone el himno de la vida.

El materialismo ha hecho del hombre un ser malvado, con tendencia a suprimir a su propio semejante, *homo homini lupus*; nosotros, en cambio, haremos de él un ser justo y bueno, propenso a ayudar a sus hermanos. La ciencia lo ha hecho malo, y nosotros, *por medio de esa misma ciencia*, lo haremos un ser mejor. El hombre es el artífice de su destino, *debe* realizar el esfuerzo de *crearse a sí mismo*; ha de esculpir la grande obra del espíritu en la tosca materia de la vida. Suyo debe ser el esfuerzo de la superación biológica y de la liberación de la más baja ley del mundo animal; y suyo será el triunfo, el de la ascensión espiritual en el campo de todos los valores humanos.

Y cada prueba, dolor y victoria, serán un golpe de cincel que definirá y embellecerá al sol la obra divina.

Las conclusiones son inminentes. Las cuestiones científicas se superan; aquellos problemas que se hallan distantes de vosotros podían dejaros indiferentes. Las conclusiones os tocan de cerca en vuestra vida, en vuestra felicidad y en vuestro porvenir individual y colectivo. Si sois racionales, no podréis ya rechazarlas en nombre de vuestra misma razón y de vuestra propia ciencia. Hay quien comprende porque siente; pero mi esfuerzo habría sido demasiado ligero si hubiese hablado tan sólo al que ya siente y comprende. Este libro ha sido escrito para aquellos que para comprender tienen necesidad de la demostración; para ellos se ha hecho el presente esfuerzo de racionalidad, de otra manera inútil.

Podéis haber leído por curiosidad, mas toda palabra se dijo y cada concepto fue puesto en su lugar para que actúen ahora como impulso convergente hacia tales conclusiones. Todos los conceptos son fuerzas y se escalonan por ondas desde y por el infinito entero, apremiando hacia esta síntesis, en que dicto las normas de la vida individual y social, que no podéis ya rechazar. No he hecho con vosotros cuestión de fe, porque habéis aprendido a huir de ella; hago cuestión de razón y de ciencia, y con estas mismas armas vuestras, con las que habéis intentado demoler a Dios y al mundo del espíritu, os he estrechado progresivamente en una mordaza de hierro, para que retornéis a Dios y al espíritu.

Mi palabra -he dicho- es verdadera, se está realizando, se realizará. La semilla ha sido arrojada y germinará. Indico al mundo la vía del espíritu, que es la única vía de las ascensiones humanas, así en el arte como en la literatura y en la ciencia. He vuelto a abriros esta puerta hacia lo infinito, que razón y ciencia os habían cerrado. Por este sendero de conquistas guiaré a los fuertes que quieran seguirme.

Os he dicho ya que estáis en un importante recodo de la vida del mundo; la Ley, que lo ha venido madurando durante dos milenios, impone hoy esa revolución biológica. Los hechos, que saben hacerse oír por todos, os obligarán. Se trata de movimientos mundiales de masas y de espíritus, de pueblos y de conceptos; movimientos profundos, de los que ninguno escapará. Pero antes que hablen los hechos y se desencadenen las fuerzas más bajas de la vida, debía expresarse el pensamiento, debía darse el aviso, a fin de que, el que pudiera, comprendiese.

Vosotros habláis siempre de fuerza, y yo os he hablado sólo de equilibrio y de orden. Os he mostrado, allende la apariencia de las cosas, una realidad tanto más profunda y verdadera; más allá de la injusticia humana, una justicia substancial; y en cada pensamiento mío habéis visto palpitar la presencia de una Ley suprema, que es Dios. Ley de bondad y de justicia, pero precisamente, porque justicia es asimismo ley de reacción, es que sabe estallar en tempestad, así en el destino individual como en el colectivo. Ignorando estos equilibrios, usurpáis cada vez más el inexorable destino, excitando un huracán de reacciones; la cadena se transmite de generación en generación, y el déficit se acumula y sumerge. Entonces, sobre el fondo de un cielo en tempestad, aparecen los profetas bíblicos que invocan penitencia; y estallan cataclismos que constituyen baños de dolor. La humanidad sale de ellos purificada, como si sólo en el dolor recuperase sus derechos, y después el equilibrio reencuentra la posibilidad de reemprender la interrumpida marcha de su evolución.

Os he hablado de ideales y principios, con palabras de paz que pueden hacer sonreír al sabio escepticismo moderno. En vuestro mundo, en lugar de poner en alto los principios luchando por ellos, se ponen en alto los intereses y, sobre éstos, se fabrican principios ficticios. Existen los ideales y la fe oficiales, pero en lo profundo del alma humana reside la mentira. Despreciáis al vencido, aun cuando sea un justo, y apreciáis al vencedor, aunque se trate de un deshonesto. Sólo creéis en la materia, confiáis únicamente en la riqueza y la fuerza: pero éstas os traicionarán.

Debéis de comprender que, en un régimen de orden universal, como os he mostrado, en un campo infinito de fuerzas conexas y potentísimas, si bien imponderables y ultrasensoriales, actuar con bajeza y liviandad significa exponerse a tremendas reacciones. Y la historia se encuentra llena de ellas. La Ley está presente y manda siempre a todos, ya sean dirigentes o dependientes, y a cada cual cabe su responsabilidad, en su puesto de combate. Al concepto superficial de una fácil negación de toda disciplina moral -como la que el materialismo científico ha difundido en el último siglo- se opone hoy el concepto opuesto: *el hombre es responsable*. Éste no vive aislado, sino en sociedades que *"deben"* ser organismos, en los cuales todo individuo tiene una tarea que cumplir. *La vida no constituye ocio, sino esfuerzo de conquista*. Hay, sobre todo interés material, un interés ideal, igualmente urgente e importante, que a todos corresponde. Todas las instituciones sociales y jurídicas, así como el trabajo, la propiedad, la riqueza, la concepción del Estado y su funcionamiento, no son conceptos aislados, sino *"funciones"* de la Ley, vale decir que

encuadran lógicamente -y no pueden comprenderse si no son encuadrados- en el funcionamiento orgánico del universo.

Como esta síntesis es una filosofía de la ciencia, están en ella las bases -hasta aquí jamás planteadas- de una *filosofía científica del derecho*. Cae en el campo moral todo empirismo, porque cada acto, pensamiento y motivación tiene su meta y su peso, y gravita -por cálculo matemático de fuerzas- sobre el destino de quien lo realiza. Por primera vez en la historia del hombre se oye hablar de una *ética científica, racional y exacta*. El mundo de la ética no constituye ya un campo de fe ni de abstracciones, antes bien, es un cálculo preciso de fuerzas; si éstas -por ser demasiado sutiles- escapan con frecuencia a la justicia humana, otro equilibrio más profundo -la justicia divina- las registra en vuestro destino, las pesa y os *impone* la resultante, en forma de alegría o dolor. Sois libres para sonreír y para negar todo esto, pero si violaseis una sola de tales consecuencias, violaríais el orden del universo entero, y éste se levantará contra vosotros para aplastaros. Esta mi voz es la de la justicia y la de vuestra conciencia, donde la voz de Dios resuena y no podréis hacerla callar.

Os he dado un concepto de la vida que se extiende ilimitado en el tiempo y en el que nada se pierde, ningún dolor es en vano y todo instante es constructivo; donde resulta posible acumular y poseer una verdadera riqueza, que no se destruye. Os enseño a valorar y utilizar el dolor. Hemos mirado juntos en lo profundo de las cosas, y no inútilmente ya que extrajimos de ello optimismo, consciente y triunfante, incluso en la adversidad. Sólo los inconscientes pueden pedir el absurdo de una fácil felicidad no ganada: yo os hablo de lucha y de esfuerzo, para que la victoria sea vuestra y constituya la medida de vuestro valor. Hemos realizado juntos el largo y fatigoso camino de la ascensión del ser, para que sepáis vuestro mañana y os preparéis para él; puesto que, a través de una cortina de pruebas decisivas -en vuestro actual amontonamiento desordenado de formaciones psíquicas- esplende ya la luminosidad del futuro, sobre el fondo inmenso de la evolución trifásica de vuestro universo.

LXXVI

CÁLCULO DE RESPONSABILIDADES

El hombre es responsable. Pero no basta decirlo, sino que es menester demostrarlo. Es necesario conectar la ley de equilibrio imperante en el campo moral -coactiva en sus reacciones- con la ley de equilibrio siempre presente en la totalidad de los fenómenos. No basta plantear los principios de la ética en el seno de un sistema abstracto y aislado, sino que es preciso además saber relacionarlos con el orden de todos los fenómenos de cualquier tipo, en el seno de un funcionamiento orgánico universal *único*. Se necesita saber trazar, en la eternidad, el inexorable resurgir de los efectos de las acciones humanas. Sin una comprensión de toda la fenomenología universal, sin la visión unitaria de una síntesis global, es absurdo pretender la solución de un cualquier problema aislado. Para poder plantear el problema de la responsabilidad es preciso haber penetrado antes el principio de evolución, que en el campo humano significa evolución espiritual. Filosofías y religiones lo han afirmado, multitud de místicos lo han sentido y vivido; pero, como demostración racional, si quitamos a este principio las bases que lo sostienen y lo elevan desde toda la evolución física, dinámica y biológica, permanecerá siendo incomprensible y discutible. Es preciso haber comprendido primero el nexo que entre todos los fenómenos hay, haber afirmado la indestructibilidad de la substancia, a pesar del transformismo universal incesante, haber demostrado la génesis biológica del psiquismo, su eternidad, la técnica de su acrecentamiento, la meta superbiológica de la vida, el principio de causalidad y la férrea ley de sus reacciones, así como la lógica del destino y de sus vicisitudes, y el significado de las pruebas y del dolor.

Es menester haber comprendido el valor espiritual de la vida, y ello, en relación estrecha con vuestra moderna visión científica del mundo, en unión perfecta con la realidad fenoménica, sin espacios intermedios de ignoto e incomprensión. Era lógico que el espíritu, antes de tomar su impulso hacia las regiones superiores de lo porvenir, se volviese hacia atrás, para reencontrar sus orígenes en el pasado, e hiciese justicia al trabajo realizado, para su preparación, por las criaturas hermanas menores. Sólo ahora que nuestro viaje a través de los mundos inferiores de la materia y de la energía se ha realizado, es comprensible este último mundo de las ascensiones espirituales del hombre.

Los fenómenos de la ascensión moral en cualquier nivel, que culminan en el misticismo del santo (superhombre anticipado en los más altos grados de la evolución), pueden reducirse a términos científicos, conforme a lo que hemos dicho en la teoría de los movimientos vortiginosos, a aquel fenómeno de asimilación cinética que vimos estaba en la base de la formación y desarrollo del psiquismo. Para el que ha comprendido la técnica de la evolución psíquica, el fenómeno de la ascensión espiritual resulta simple y se halla lógicamente situado como continuación de la evolución de las formas inferiores. Este fenómeno significa, en términos científicos, introducir en las trayectorias íntimas de los movimientos vortiginosos de que está constituido el psiquismo humano en la fase α, impulsos nuevos procedentes del exterior (el mundo de la vida y de las pruebas), para que se fundan en el ámbito de aquellas fuerzas y modifiquen dichas trayectorias. Se trata de introducir en el metabolismo del espíritu -siempre abierto hacia lo externo (ambiente)- los elementos de la química sutil del psiquismo. Vosotros los conocéis prácticamente y les llamáis pensamientos y obras de bien y de mal. Se os escapa hoy el cálculo de esta química imponderable; pero un día penetraréis en la constitución vortiginosa del psiquismo, pesaréis sus sutiles impulsos y, planteado en términos exactos el conocimiento de los internos y de los externos, comprenderéis que es factible el cálculo de las fuerzas constitutivas y modificadoras del edificio cinético de la personalidad humana; que es posible -definido el tipo específico de individuación y su historia pasada, que su conformación presente continúa y resume en su forma- establecer la dirección de la evolución iniciada y fijar la naturaleza y el valor de las fuerzas a introducir, para que aquella evolución avance profícuamente y se desarrollen las notas fundamentales de esa personalidad. En tanto que hoy esos fenómenos se producen por tentativas, aquello significa asumir la dirección de los fenómenos biológicos en el campo más decisivo, que es el de la formación de la personalidad.

Puesto que es necesario evolucionar y esta formación de conciencia es, irresistiblemente, el trabajo de la vida individual y colectiva, ¡qué inmenso ahorro de energías significaría el *saber* realizarlo! Si, biológicamente, la humanidad tiende -como hemos visto- a crear un tipo de superhombre, vuestro trabajo presente ha de consistir en *saber* llegar a ser tales. La vida contiene y puede producir valores eternos; su objetivo consiste en enriquecerse cada vez más de ellos. La vida tiene una meta, y vosotros, después de haber aprendido a saber producir y atesorar en las formas caducas de la Tierra, debéis aprender ahora a saber producir y atesorar en la substancia, en la eternidad. Es necesario, a fin de educar, *repetir*, para que ciertos conceptos más elevados se asimilen y se impriman en el torbellino íntimo del psiquismo. Este es el

objetivo de la vida, y no otra su función más alta, desde la cual se mide el valor de aquella central dínamo-psíquica del organismo social que es el Estado moderno.

Resulta duro, para el espíritu que arde en fe y siente por intuición estas verdades, deber hablar así, en los términos de una moral científica exacta; pero esto me lo impone vuestro nivel, no intuitivo todavía, sino simplemente racional. El cálculo de la responsabilidad moral es posible, cuando se conoce el fenómeno de la evolución psíquica. Si éste se determina por el cálculo de los impulsos íntimos en relación con los impulsos ambientales y los resultados de sus combinaciones, aquél es un cálculo de reacciones. Todo lo cual no es más que un momento del análisis, más vasto, que torna a trazar la línea de las reencarnaciones y el desarrollo lógico del destino. Hablo de desarrollo lógico porque, reconstruido el pasado, veréis que él, por el principio universal de causalidad, pesa como una fuerza sobre el estado presente y futuro, haciendo de la personalidad una especie de masa lanzada con una trayectoria propia, que por inercia tiende a mantenerse constante, no obstante de que la voluntad y libertad individuales puedan luchar para modificarla.

En la evolución, que es desmaterialización de la substancia hacia las formas psíquicas, la personalidad *transforma su "peso específico"* y se pone, por ley natural de equilibrio, *a determinada altura*, que constituye su ambiente natural, y a donde vuelve siempre de manera espontánea. También éste es un cálculo de fuerzas, que debéis tomar en cuenta en el de las responsabilidades. ¡Y cuántas cosas debiera tomar en cuenta el presunto *derecho social de castigar* si, en vez de ser mera medida de defensa individual o de clase quisiera tan sólo ser principio de justicia! Por lo demás, premios y castigos substanciales no son los que el hombre distribuye (exterioridades que no responden a la substancia) sino aquellos otros que, aunque sea por medio de él, impone la Ley, con su sabiduría, por encima de las leyes humanas y sobre la base de equilibrios a que -los comprendan o no- obedecen todos, jueces y juzgados, dirigentes y dirigidos, por un comando a que no es posible escapar.

Los hombres viven mezclados y juntos, pero sus leyes no se mezclan; lo que a uno grava a muerte puede ser para otro incomprensible, porque nunca lo ha probado. Todos son vecinos y hermanos, y, sin embargo, cada cual, frente al concatenamiento de las propias obras y consecuencias, está solo. Solo con su responsabilidad y su destino, tal como él lo quiso. Las vías se hallan trazadas y la acción humana exterior no las ve ni las cambia; los valores substanciales no responden a las posiciones y categorías sociales. Más allá de la justicia humana aparente, existe toda una justicia divina,

substancial y distinta, invisible y tremenda, a la que no se escapa en la eternidad, y que no tiene prisa pero castiga inexorablemente. En la urdimbre de los destinos y de las metas de todos, hay una línea individual independiente. En cualquier ambiente se puede avanzar o retroceder en el propio camino. Toda vida contiene las pruebas necesarias y mejores, y aunque no sean las más grandes y espectaculares, son siempre las más proporcionadas y adaptadas.

Vimos cómo en la evolución, el ser, ascendiendo desde la materia al espíritu, pasa también por la ley de la primera -el determinismo- a la ley del segundo, la libre elección. La acción constituye la resultante de los impulsos y de la capacidad individual de reaccionar, y la responsabilidad es relativa al grado de evolución, puesto que *es función de ésta, la extensión mayor o menor de la zona de determinismo o de libre arbitrio* imperantes en la personalidad. Dado el mismo ambiente, iguales agentes psíquicos externos, el individuo reaccionará de manera diversa, y dado también idéntico acto, su valor y significado es diversísimo, conforme a los varios tipos humanos y, por ende, muy distinta es asimismo su responsabilidad. *Responsabilidad relativa*, estrechamente conectada con el nivel evolutivo, vale decir, conocimiento y libertad, en proporción de los cuales nacen los deberes y se restringe el campo de lo lícito.

Hablo de responsabilidad substancial, y no de aquella otra, aparente, que los hombres se imponen el uno al otro por necesidad de defensa y convivencia. Hablo de culpa, esto es, mal consciente, introducción de impulsos anti-evolutivos, los cuales sólo excitan una reacción de dolor. En el campo humano, *el mal constituye involución y el bien es ascensión*, pues que la Gran Ley es evolución. *Culpa* es la violación de esta Ley de progreso, rebelión contra el impulso que vuelve a Dios, contra el orden, todo acto de anarquía. *Dolor* es el efecto de la reacción de la Ley violada, que se hace sentir en su voluntad de reconstrucción del orden, que quiere reconducir todo a Dios; reacción que llamáis *castigo*. Cuanto más progreséis, más posibilidades tendríais de caer por la mayor libertad, si el estado más avanzado de progreso no fuese protegido por un conocimiento proporcional.

LXXVII

DESTINO - EL DERECHO DE CASTIGAR

Otro factor complica el cálculo de las responsabilidades: el *determinismo de las causas* introducidas en el pasado mediante las acciones de cada cual, en la trayectoria de su mismo destino, de los impulsos asimilados por selección libre y responsable en el edificio cinético del propio psiquismo. Dichas causas constituyen fuerzas puestas en movimiento por el "yo" y, una vez lanzadas, son *autónomas* hasta el propio agotamiento. Vuestros actos os siguen en sus efectos, irresistiblemente, por ley de causalidad; y su impulso lo determina la potencia que habéis impreso a tales actos, proporcionada y de la misma naturaleza -benéfica o maléfica- del impulso que les habéis dado. Así, el bien o el mal que dirigís a los demás lo inflingís sobre todo a vosotros mismos; es regido por las reacciones de la Ley y recae sobre el autor, como una lluvia de alegrías o de dolores. El destino implica, por tanto, una *responsabilidad compuesta*, que es la resultante del pasado y del presente. Todo acto es siempre libre en sus orígenes, pero no después, porque entonces y de inmediato *pertenece al determinismo de la ley de causalidad*, que impone las reacciones y consecuencias. El destino, por lo tanto, como efecto del pasado contiene zonas de absoluto determinismo; mas a éste se sobrepone en todo momento la libertad del presente, que sobrevive continuamente, la cual tiene el poder de introducir siempre nuevos impulsos y, en tal sentido, de "*corregir*" los anteriores. El impulso del destino puede compararse a la inercia de una masa lanzada, que tiende a progresar en la dirección que tomó, pero que puede aún experimentar atracciones y desviaciones colaterales; aquel impulso es susceptible de ser corregido. Determinismo y libertad se equilibran de este modo, y el camino es la resultante que determinan la inercia del pasado y la constante acción correctora del presente. En estos íntimos equilibrios de fuerzas está el cálculo de las responsabilidades. Lo nuevo puede corregir el pasado en una vida de redención; puede sumarse a él en las vías del bien así como en las del mal. Frente al determinismo de la Ley -que impone a toda causa su efecto- está el libre arbitrio, que tiene el poder de corregir la trayectoria de los efectos mediante la intervención de nuevos impulsos. *Destino no es fatalismo, no es ciego* αναγκη, sino que significa base de creaciones y destrucciones incesantes. Lo que en todo momento constituye acción en él, es la resultante de todas estas fuerzas.

Responsabilidad progresiva, función del conocimiento y de la libertad progresiva, cálculo complejo de fuerzas; evolución que es al mismo tiempo *liberación del determinismo de las causas (destino), como del determinismo de la materia*: he aquí la más profunda realidad del fenómeno. Una *ética racional convertida en ciencia exacta*, que no sea mera arma de defensa, ha de tomar en cuenta todos estos factores complejos, debe saber pesar estas fuerzas y calcular la resultante; ha de ser capaz de valorar las motivaciones, reconstruir en la personalidad su pasado biológico y orientarse en la vasta red de las causas y de los efectos, de los impulsos y contraimpulsos que constituyen el destino y su corrección. Para cada individuo el punto de partida es muy diverso, y ningún absurdo mayor, en un mundo de desigualdades substanciales, que una ley humana "a posteriori", externa, igual para todos. Ésta podrá responder a funciones sociales defensivas, pero entonces que no se le llame justicia, la cual es la única que puede constituir la base del *derecho a castigar* en las sanciones morales y penales.

Éste se halla estrechamente vinculado al cálculo de las responsabilidades, sin lo cual no puede establecerse. Estabilizado a través de la fuerza, como todos los derechos, y siendo en sus orígenes pura reacción y necesidad de defensa, se transforma, por evolución, desde la fase de venganza *individual* hasta la fase de protección *colectiva*. La normalización jurídica de la fuerza -como en el más vasto proceso de la evolución de la fuerza en derecho-, la legalización de la defensa, se dirige a la conservación de *un grupo cada vez más amplio*, en proporción al resurgir de unidades colectivas siempre más vastas, desde el individuo a la familia, la clase, nación y humanidad. En su evolución, el derecho penal *circunscribe progresivamente, hasta su eliminación, las zonas indefensas,* tornando cada vez más difícil la evasión de su sanción (extradición), hasta cubrir el planeta entero, al mismo tiempo que toca y disciplina *formas de actividad humana que se tornan más numerosas.* Paralelamente, cuanto más se extiende, más disminuye su ferocidad, más racional e inteligente se torna; es cada vez menos reivindicación exclusiva de la ofensa sufrida por el individuo particular, y más protección del orden público; *cada vez menos es "fuerza" y es más "justicia"*. A medida que el hombre se aleja de las necesidades de la vida animal, se manifiesta una constante circunscripción del arbitrio en la defensa, que se vuelve más y más equilibrio jurídico; la justicia se va haciendo más completa; y a medida que el juez evoluciona, *se torna digno de conquistar el derecho de juzgar*.

De tal suerte, el fenómeno no sólo se extiende de la fase individual a la fase social, no sólo tiende a restablecer un orden progresivamente más profundo, haciéndose más substancial, sino que *desarrolla y contiene cada vez más el factor moral, armonizándose en sistema ético*. El concepto originario de daño, resarcimiento, venganza, se eleva a reconstrucción de equilibrios más elevados, ricos en factores nuevos que la evolución habrá desarrollado; la balanza de la justicia se irá haciendo mucho más exacta, es decir, hasta el cálculo de las responsabilidades que corresponde a las diversísimas responsabilidades individuales. La primitiva y burda *justicia del derecho a defenderse,* evolucionará en la *justicia que da el derecho a juzgar y castigar*; progresivamente, la balanza del derecho sustituirá a la espada de la venganza y cada vez pesará más la responsabilidad moral del culpable, y menos la propia tutela egoísta. En su evolución, el *jus* de castigar penetrará cada vez más la substancia de las motivaciones. La ascensión psíquica y moral del legislador lo autorizará a un *sindicato moral* cada vez más profundo, porque sólo un juez más sensible y perfecto podrá osar -sin convertirse en tiranía de pensamiento- *a aproximarse a la justicia substancial que proviene de la mano de Dios.* Tal es la meta de las formas humanas. Cuanto más eleva la evolución al legislador, y lo fuerza a un acto de bondad y comprensión para con el culpable, tanto más enriquece la función social de la defensa, tornándola en función preventiva y educativa, pues que el deber de los dirigentes consiste en ayudar al hombre involucionado en el camino de sus ascensiones.

Así, las dos ferocidades de la culpa y del castigo se dulcifican; se aproximan los extremos, armonizándose su choque. Antes que embestir contra un alma que sólo sabe ser mala porque no se halla evolucionada, se le ayuda a evolucionar, destruyendo los focos de infección moral de donde nacen esas flores maléficas. Es absurdo caer con crueldad sobre los efectos, cuando se dejan intactas las causas. No se resuelve el problema con el solo egoísmo de la autodefensa, con la represión sin prevención. Lo justo es, muy frecuentemente, sólo aquello que protege a uno mismo; pero debe extenderse hasta proteger a todos. Hay en el balance social un tributo anual de expulsados, conforme a una ley que las estadísticas expresan. Es menester comprender dicha ley, demolerla en sus raíces. Existen desheredados cuyo crimen consiste en haber sido marcados al nacer con una carga hereditaria. Otros son fracasados en la lucha por la vida, con la misma psicología e igual valor moral que los vencedores. Es preciso saber leer y *obrar* en el alma, saber hacer el cálculo de las responsabilidades, superar la desastrosa psicología materialista de la antropología criminal. La delincuencia constituye un fenómeno de involución. Es necesario alimentar todos los factores de evolución y demoler los opuestos, si queréis que el curso de la dolencia mejore y la

sociedad pueda arrojar el fardo. El trabajo debe consistir en penetración de ánimo, educación, corrección, ayuda y, sobre todo, si se pretende guiar y castigar en nombre de una justicia divina, ha de recordarse el lema evangélico: "El que esté libre de pecados, que lance la primera piedra".

LXXVIII

LAS VÍAS DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

Las vías de la evolución humana pueden considerase, en los diversos planos, desde un punto de vista individual tanto como colectivo.

Si el principio central de la Ley es la evolución -tanto, que evolucionar es sinónimo de ser, y no es posible existir sino como movimiento de progreso (superior a todo regreso)- *evolución debe ser el concepto básico de la tabla de valores éticos*. Los conceptos de *bien* y de *mal*, de *virtud* y *vicio*, *deber* y *culpa*, aun cuando relativos y progresivos -incluso precisamente por esto- no pueden concebirse sino *en función de la evolución*. Hemos visto este fenómeno funcionando y triunfante en todas las dimensiones que conocéis; y si en vuestra fase actual es construcción y ascensión de conciencia, constituye asimismo desmaterialización de formas, superación biológica y espiritualización de personalidad; estos conceptos resumen -referidos a las posiciones relativas de cada uno- *el bien, la virtud, el deber*; y los conceptos contrarios significan las posiciones opuestas: *mal, vicio, culpa*, que son involución y descenso.

En este régimen de equilibrio que rige al universo también en el campo de las fuerzas morales, se forma constantemente el total de los impulsos y contraimpulsos, del debe y el haber, y por ello el dolor existe como hecho substancial e insuprimible en el orden universal, en cuanto tiene, precisamente, la necesaria función de *estabilizador de los equilibrios* que reconstruye sin cesar, no bien son violados por la libertad del ser. De aquí el concepto de redención a través del dolor. Por eso os he dicho que es siempre un bien, en cuanto *rectifica la trayectoria de los destinos*. Mal transitorio y necesario,

dada la necesidad de la libertad individual (base de la responsabilidad y del mérito), disminuye siempre el debe, acumula el crédito y se transforma en un medio de bien. Concepto evidente, puesto que el principio de equilibrio es universal y debe invadir asimismo el ámbito ético.

Planteadas estas bases racionales, resulta fácil la construcción del *edificio ético*, que coincide con lo realizado durante milenios por las religiones, filosofías y leyes sociales, hallado por revelación, sentido por intuición, pero privado de esta base de racionalidad que se torna hoy necesaria a fin de que lo acepte la psicología moderna. Una pléyade de mártires y elegidos lo han comprendido y realizado, desde un extremo a otro del mundo, con sistemas diversos según su propia posición, pero idénticos siempre en su constante aspiración hacia lo Alto. Los místicos, aunque no se expresaran en forma científica, conocían las leyes de la evolución de las dimensiones en la fase α; realizaban, con un régimen de continua educación, la transformación biológica del hombre en superhombre, la separación de la materia, su desmaterialización progresiva, y con la renuncia la superación de la animalidad. Verdadera técnica constructiva del psiquismo, asimilación mediante transmisión al subconsciente de cualidades nuevas, estabilización de virtudes en el estado definitivo de instinto y, por lo tanto, de necesidad.

El demonio -eterno enemigo- personifica las bajas fuerzas involutivas de la sobreviviente animalidad que vuelve de los más bajos estratos de la personalidad. Los instintos inferiores, las pasiones tempestuosas, constituyen el antagonista en la gran lucha interior. Las grandes renuncias -pobreza, castidad, obediencia- son los cortes decisivos, de los que la animalidad sale desfallecida, pero que -recordémoslo- podrán valer sólo cuando se sepa contemporáneamente *reconstruir*, poniendo en su lugar más altas cualidades, amores más espirituales y dominios y pasiones superiores, para no extraviarse, de otro modo, en el vacío de una estéril asfixia del ser. Si se impone al ser una muerte al nivel de la animalidad, se deberá ofrecerle, en cambio, un renacimiento *al nivel de la espiritualidad*. Las pasiones constituyen grandes fuerzas a las que no se destruye, sino que se las utiliza y eleva, puesto que todo en la evolución procede por continuidad. Pero no impongáis la virtud al prójimo como medio de opresión, para que, poniéndose en estado de renuncia, os proporcione vuestro dominio y ventaja en la lucha por la vida; antes bien, que la fatiga de la virtud sea, sobre todo, de aquel que predica, como es también su ventaja.

Mi concepción implica una *ética progresiva*; os pone, en consecuencia, por modelo, a tipos superhumanos cada vez más perfectos. Concepción aristocrática y dinámica, antípoda de la vuestra que eleva a tipo ideal la mediocridad del mayor número. La psicología común no puede dar más que la *codificación de los instintos retrasados de la animalidad;* y elevar a modelo la mediocridad, sólo porque ésta se impone por la fuerza del número y no debido al valor, significa *erigir un monumento a la inferioridad*. El individualismo, en cambio, que emerge sobre el fondo gris de la mayoría, es sagrado, siempre que luche por elevarse; porque tal es la ley de la vida, y la ascensión colectiva no puede ser sino la resultante de todas las ascensiones individuales. Emerger en los caminos del bien, del mar de la mediocridad. Que las masas sean encuadradas para que los poderes directivos puedan imponer mejor el trabajo de la evolución; pero que no sean elevadas a modelo para que el número no sofoque el valor. Allá, alta y lejana, está la luz de los espíritus gigantes, que han superado y sometido al espíritu las fuerzas biológicas. Los siglos se encuentran llenos de ellos, y cada cual hallará allí el tipo que representa el perfeccionamiento de sus propias cualidades. El sensitivo ha de encontrar en el poeta y en el santo el genio del arte o de la fe; el volitivo hallará en el héroe y en el pensador -o en el hombre de ciencia- el genio de la racionalidad y la intuición. Cada tipo ha llevado en alto la antorcha de la voluntad, la mente o el corazón y ha perfeccionado un aspecto de la naturaleza humana; cada tipo es un pionero que os muestra los caminos de la evolución.

El tipo humano corriente se mueve en otros niveles. El más bajo vive y se siente vivir sólo al nivel vegetativo; se mueve en un campo físico, donde la ideación es concreta, casi muscular; para él, el mundo sensorial constituye toda la realidad, y ninguna abstracción o concepto sintético la supera. Dominan en él los instintos primordiales (hambre y amor) y su satisfacción es la única necesidad, alegría y aspiración. Psiquismo rudimentario, que se ejercita tan sólo en el campo pasional, de atracciones y repulsiones violentas y primitivas. Toda superación entra en lo inconcebible, una tiniebla domina en casi toda su conciencia. Es el salvaje y, en los países civilizados, el hombre de las clases inferiores, en las que por su peso específico renace.

Pero la civilización ha creado *un tipo más elevado*, de psiquismo más despierto, que llega a la racionalidad. El estallido de las pasiones se controla en éste, al menos en las apariencias. Los instintos primordiales -aun permaneciendo idénticos- se complican, revistiéndose de un trabajo reflexivo de control; se refinan, tornándose más nerviosos y psíquicos. Se adora la riqueza, incluso la cultura; impera la ambición, que incita a la

lucha, la cual se hace cada vez más nerviosa y sagaz y supera las metas de lo indispensable. La realidad, aunque sensorial, se enriquece. La zona de lo concebible se dilata un poco, mas sigue permaneciendo externa a los fenómenos y es impotente frente a una síntesis substancial. Los principios generales se repiten, no se sienten; hay una incapacidad de conciencia más allá de lo que supera el interés del "yo", suprema exigencia. El altruismo no se extiende allende el círculo de lo familiar. Se trata del hombre civilizado moderno, educado, barnizado de nociones culturales, volitivo y dinámico, inescrupuloso, egoísta, habituado a mentir, vacío de toda convicción y aspiración substancial. Su impotencia intuitiva y sintética se llama razón, objetividad, ciencia, que es medio utilitario.

Existe *un tipo de hombre todavía más elevado*, difícilmente reconocible en lo externo por quien no ha llegado a su nivel. A menudo es un solitario, un mártir cuya grandeza sólo es reconocida después de su muerte. Y esto es natural. Sólo lo mediocre puede comprenderse en seguida y ser aclamado por la mediocre mayoría. Gloria fácil y rápida significa poco valor. En este tipo, lo concebible se ha extendido hasta la síntesis máxima, la conciencia ha alcanzado la dimensión superior de la intuición. Se halla demasiado lejos del término medio, porque ha visto y comprendido las altas metas de la vida y no puede pasar por la Tierra si no es en misión, amando y practicando el bien. Permanece con frecuencia olvidado e ignorado en el mundo, pero su gesto abarca la totalidad de lo creado. Superó los instintos de la animalidad o, si no, lucha por vencerlos. No tiene en la Tierra más enemigos que las leyes biológicas inferiores, a las cuales trata de vencer. Acepta el sufrimiento y se solidariza con el dolor del mundo. Sabe y siente lo que para sus semejantes se pierde en lo inconcebible. Sus triunfos son demasiado vastos y lejanos para que sean vistos, pues se mueve, en el pensamiento y en la acción, apegado a la substancia de las cosas, en armonía con el infinito. Este es el tipo de la *superhumanidad* del porvenir, en que la animalidad egoísta y feroz yace vencida y el espíritu triunfa.

Tales gradaciones no son absolutas, ni como nivel ni como tipo, y cada cual oscila hacia la una o la otra. Pero la evolución es universal y constante, y realiza la ascensión de un tipo a otro. Ascensión del salvaje hacia la civilización, ascensión de las clases sociales inferiores hacia el bienestar de la burguesía. Vieja historia de las más bajas ascensiones humanas, impulso que determina las revoluciones sociales. Mas hoy, la persistencia y extensión de la civilización ha madurado y difundido el segundo tipo humano y, puesto que necesita evolucionar, cuando sea mayoría por haber elevado y asimilado el tipo inferior, su revolución no podrá ser sino hacia el tercer tipo: el

superhombre. Mientras abajo confusamente se agitan las aspiraciones de las clases sociales más inferiores -prontas a sumergir el egoísmo de raza para imponer el interés de clase, si la zona superior no sabe defender su función directora-, el segundo tipo tiende, por idéntico impulso evolutivo, a alcanzar el nivel del superhombre, y ésta es en verdad la grande y nueva transformación biológica en masa de los siglos futuros.

Mis perspectivas futuras no son utopías, mas están vinculadas a los hechos y a la evolución histórica normal. El fenómeno ha sido en el pasado un producto esporádico, aislado; en lo porvenir se ha de convertir en un producto de clase. La santa obra de educación del pueblo llevará al mismo, en masa, al nivel mediano, y cuando ésta sea la zona de mayor extensión, ninguna revolución podrá ya surgir de abajo. El progreso científico prepara de modo inevitable -no obstante sus peligros- un ambiente de esclavitud económica menos áspera y de más intensa intelectualidad. La civilización estabilizará rápidamente el nivel medio de vida, a lo largo del segundo grado de la evolución humana, que entonces querrá ascender al tercero. Esto podrá parecer lejano hoy, cuando todavía resuena entre vosotros el eco de las luchas de los más bajos niveles. Pero el tiempo, por elaboración de milenios, se halla maduro, y tal es el porvenir del mundo. Y no os hablo del presente que conocéis, sino del futuro que os espera; no os planteo tan sólo los problemas del ahora, sino además los problemas y construcciones para los cuales es necesario prepararse.

LXXIX

LA LEY DEL TRABAJO

Las vías de la evolución son, al nivel humano, *la ciencia y el trabajo*. Para preparar el reino del espíritu es preciso transformar antes la Tierra, a fin de que las construcciones superiores tengan sus bases por continuidad. Es necesario, antes de pensar en el progreso futuro, madurar el progreso presente. Resulta maravilloso vuestro laborioso y creador dinamismo, pero no lo toméis por meta absoluta, por tipo definitivo y completo de vida, sino sólo como medio para llegar a un estado más lejano y muy superior. Aprended a ver sus puntos débiles y a desear superarlos, porque en ellos residen también las culpas, los males, los dolores que os afligen. Admirad y, sobre todo,

perfeccionad, pero no toméis demasiado en serio vuestra civilización mecánica, que os prepara un porvenir harto triste, si no *"se completa"* por las vías del espíritu. No es inútil, tampoco, conocer de manera práctica el universo, su ley, la línea del destino, las fuerzas del bien y del mal que en él actúan, y corregirlas, dominar el dolor y las pruebas, para la propia felicidad en una vida ilimitada. Aceptad el trabajo y la ciencia, pero ponedlos al nivel que les corresponde, que es únicamente, de desbrozar el campo sobre el cual ha de florecer un jardín. También el tipo medio debe realizar su ascensión y prepararse para estas superconstrucciones sutiles del espíritu. Vuestro violento dinamismo expresa vuestro tipo dominante, el trabajo de creación que lleváis a cabo en los niveles más bajos de la vida humana. Constituye meramente la base del gran edificio, cuyo vértice se pierde en el cielo.

El trabajo, tal como vosotros lo entendéis, si bien es verdad que transforma la Tierra, no transforma al hombre. Y el hombre es el valor máximo, el centro dinámico que vuelve siempre; es la fase de conciencia alcanzada, la matriz de toda construcción futura. No basta crear el ambiente; es necesario actuar asimismo en lo interior, creando al hombre. Vuestra actividad humana se iluminará entonces de una luz interna, se valorizará en un significado inmensamente más alto. Vuestra mentalidad utilitaria ha hecho del trabajo una condena; habéis convertido el divino don de plasmar el mundo a vuestra imagen, en un tormento insaciable de posesión; la ley del *"do ut des"*, imperante en el mundo de lo económico, ha hecho del trabajo una forma de lucha y una tentativa de robo. Es un dolor que sobre vosotros pesa, pero ello es justo y está en su lugar, porque expresa exactamente lo que sois y lo que merecéis; todos vuestros males se deben a vuestra imperfección social y a vuestra impotencia para saber hacer mejor.

Es así que tantos males -por ejemplo, la guerra- se deben a lo que sois, y por eso son y serán -mientras no cambiéis vosotros- inevitables. *El trabajo no constituye una necesidad económica, sino una necesidad moral*. El concepto de trabajo económico ha de substituirse por el de *trabajo como función social*; y diré más: como *función biológica constructiva*. Pues tiene la función de crear nuevos órganos externos (la máquina), expresión del psiquismo; la función de fijar -mediante la repetición constante- los automatismos (que son siempre escuela constructiva de aptitudes); la misión de coordinar al individuo en el funcionamiento orgánico de la sociedad. El concepto limitadísimo, egoísta y socialmente dañino de *trabajo-ganancia*, debe ser suplantado por el de *trabajo-deber* y *trabajo-misión*. Este es un encaminamiento al altruismo, y no un altruismo sentimental y desordenado, sino práctico y ponderado, cuyas ventajas son calculadas. El altruismo, visto el tipo humano dominante, no puede

nacer sino como utilidad colectiva; utilidad que -por la ley del mínimo medio- lo pone inexorablemente en la línea de la evolución. Limitar el trabajo -incluso el material- a la sola finalidad egoísta de la ganancia, equivale a disminuirse, abdicando la conciencia del propio valor, de que ese trabajo es prueba y confirmación; es como mutilarse a sí mismo, renunciando a la función de célula social, de constructor que, aunque pequeño, tiene su puesto en el funcionamiento orgánico del universo.

Concebid el trabajo como instrumento de construcción eterna, pero cuyo fruto es vuestro, en forma de aptitudes eternamente adquiridas, y no como ganancia de ventajas inmediatas y caducas. La verdadera merced es vuestro valor, que el trabajo crea y mantiene, y que no puede seros robado. Amad el trabajo en cuanto es disciplina de espíritu, escuela de ascensiones y necesidad absoluta de la vida, que responde a los imperativos supremos de la Ley, la cual impone vuestro progreso por medio del propio esfuerzo. Ello dará a la vida un sentido de seriedad, de deber, de responsabilidad, convirtiéndola en palestra de ejercicios en lugar de una mascarada de holgazanes; evitará el espectáculo de tantas ligerezas que insultan al pobre, y dará un alto valor al dinero que sale del esfuerzo y que es el único honesto.

El trabajo no constituye, pues, una condena social de los desheredados; antes bien, es el deber de todos, al cual no es lícito substraerse. En mi ética, es *inmoral quien se substrae a su función social de colaborar en el organismo colectivo, donde cada cual ha de hallarse en su puesto de combate. No es lícito el ocio*, aun cuando las condiciones económicas lo permitan. Esta es la moral más baja del *do ut des*, moral salvaje que debéis superar. Y no sólo por deber social, sino, además por sí, para no morir, pues que el espíritu *debe* nutrirse todos los días de actividad, construirse cada día, realizándose en el mundo de la acción. *Descansar más allá del necesario reposo constituye delito de lesa evolución. Quien vive en el ocio, roba a la sociedad y se roba a sí mismo*. El nuevo mandamiento es: *trabajar*.

He aquí las bases del mundo económico del porvenir, en el que urge introducir los conceptos *morales* de función y coordinación de actividades. No se puede ser agnósticos en ningún campo, ni amorales, espiritualmente ausentes, en el seno de una sociedad consciente, orgánica, resuelta a avanzar. Sólo así se eliminará tanto inútil rozamiento de clases, tantos antagonismos de individuos y pueblos; *es menester formar esta nueva conciencia del trabajo*, porque sólo entonces se elevará el mismo a función social, a coordinación compacta (colaboración) de fuerzas sociales. Los conceptos del viejo mundo económico son absolutamente insuficientes. Es necesario *purificar la*

propiedad, haciéndola hija del trabajo; se hace preciso consolidar que no demoler esa institución, reforzando sus bases, en el momento de la formación, la cual debe responder por manera absoluta a un principio de equidad.

En mi ética, *roba* aquel que por caminos torcidos -aunque sean legales- acumula rápidamente, enriqueciéndose de pronto; *roba* el que vive de bienes hereditarios y los gasta en el ocio; *roba* quien no da a la sociedad todo el rendimiento de su capacidad. Para evitar tantas desgracias es menester buscar el mal en sus raíces, que se hallan en el alma humana. Este es el primer paso que hay que dar, hoy, en el dominio de las ascensiones humanas: formar un hombre que sepa quien es, cuál es su deber, cuál es su meta en la Tierra y en la eternidad; un hombre que se mueva no ya dentro del ámbito de un separatismo egoísta y restringido, sino en un mundo de colaboraciones sociales y universales; un hombre más evolucionado, que sepa añadir, a sus aspiraciones materiales, aspiraciones más poderosas, de índole espiritual, y haga del trabajo, en vez de una condena, un acto de valor y conquista. Si cuanto más se retrocede en el pasado, más es el trabajo posición de vencido y de siervo, al contrario, cuanto más se avanza, en el porvenir, más se convierte en noble acto de dominio y elevación.

He aquí lo que os espera en el futuro. El progreso científico y mecánico ha iniciado un nuevo ciclo de civilización; las fuerzas naturales serán dominadas y subyugadas, y el hombre convertido en verdad en rey de su planeta, asumirá en él la dirección de las fuerzas de la materia y de la vida. Las futuras civilizaciones os impondrán un régimen de coordinación y de conciencia, en que se ha de valorar altamente el valor psíquico y moral, tan desvalorizado hoy; factor básico para un ser que -con plena responsabilidad y conocimiento de las consecuencias- deberá asumir la función de central psíquica en torno a la cual han de girar -no en el presente estado de lucha y de anarquía, sino en perfecto funcionamiento orgánico- todas las fuerzas del planeta.

La lucha actual es viva, porque activo es el esfuerzo tendiente a la construcción de las nuevas armonías. La ciencia se espiritualizará; agotada su función utilitaria, superará este carácter que posee, adquiriendo un valor moral y metas espirituales. La sutilización de los medios de investigación os llevará inevitablemente al contacto con la realidad más profunda de lo imponderable. La ética constituirá un hecho demostrado y, por lo tanto, obligatorio para todo ser racional. No será ya lícita la inconsciencia del egoísmo, el vicio y el mal, que tantos dolores siembra en vuestra vida. La evolución os presiona y os constriñe de manera fatal por todos lados, vuestro inquieto dinamismo trabaja ya allí intensamente. La belleza del porvenir habrá de ser, sobre

todo, el funcionamiento armónico de vuestro mundo; vuestro progreso será una conquista de orden que os armonizará con el orden del universo. La materia que realizó su ciclo de vida ha alcanzado ya el estado de orden en el universo astronómico; así el espíritu, que se halla hoy, para vosotros, en el período de las primeras formaciones caóticas, realizará la fase de orden cuanto más avance en el ciclo de su vida.

Ascensión y dilatación de lo concebible os aguardan; transformaciones de conciencia en dimensiones superiores, contactos con los ángulos y campos de conocimiento del universo más inexplorados. Dios se aproximará a vosotros, en vuestra concepción, y lo sentiréis cada vez más presente, cósmico, sorprendente. Y vosotros, fundidos en su orden, seréis tanto más felices que en la actualidad. Tal ha de ser el premio de vuestro esfuerzo.

LXXX

EL PROBLEMA DE LA RENUNCIA

Prosigamos en las vías de la evolución, que ahora tocará los problemas más substanciales, acometiendo los estratos más profundos de la personalidad; afrontemos más elevadas fases de ascensión, proyectando el trabajo apto para tipos humanos más evolucionados. Nuestras construcciones residen todas en la conciencia, la cual es la única que almacena los valores indestructibles, y es en función de estas construcciones que yo concibo toda forma de actividad humana. No os abandonéis a la inconsciencia del *carpe diem*. Es necesario prepararse para el porvenir; no se puede decir: gocemos, que no existe el mañana. Porque ese mañana llegará, encontrándoos faltos de preparación. La inconsciencia no evita las reacciones. Es necesario afrontar con seriedad y coraje muchos problemas individuales y sociales que vuestros antepasados quizás no sentían colectivamente, y que, sin duda, ellos no han resuelto. Es preciso comprender todo y hacer todo desde los cimientos, principalmente al hombre, que apenas es un niño. Ante vosotros tenéis una obra inmensa y tan sólo la habéis iniciado. Debéis realizar, sobre todo, una maravillosa construcción moral; y es con el objeto de

prepararos para ella que hice con vosotros, desde los movimientos primordiales de la materia hasta el espíritu, tan largo viaje.

La ley futura reside, sin duda, en el Evangelio de Cristo, y se realizará en el esperado Reino de Dios; pero dicha ley se os aparece hoy como un caso límite, al que no es posible aproximarse de otra manera que por acercamientos progresivos, mediante el uso inteligente de las fuerzas biológicas. Las verdaderas soluciones parten del individuo y de su corazón, tocan la substancia, cambiando en primer término la conformación del alma individual. No se trata de experimentos colectivos exteriores, de sistemas reorganizadores; se trata de maduración biológica, y de comprenderla y secundarla; no resulta posible negarla, porque es irresistible.

El problema puede ser considerado como religioso y político, económico y jurídico, artístico y científico; se refiere al hombre entero, a todas sus manifestaciones. No es cosa de destruir sino de sublimar las notas fundamentales de la personalidad; voluntad cada vez más viril, inteligencia progresivamente más aguda, corazón más sensible y abierto. *Del hombre debe nacer el ángel*. Se trata de la redención de Cristo. El Evangelio es su código; la virtud, la norma; la vida de los santos, el experimento. Es la fe que anima a las religiones todas, cada una a su nivel. Cuerpo y espíritu constituyen posiciones vecinas, dos fases, dos mundos, dos leyes; la evolución ha de realizar la ascensión $\beta \rightarrow \alpha$. El primero está formado ya. La evolución continúa y es necesario que evolucione el segundo; consolidar y elevar vuestras tentativas de formaciones psíquicas (pasiones, embriones de intelectualidad, esbozos de alma colectiva). El hombre ha conquistado la potencia fuera de sí, el dominio de la Tierra; es necesario que conquiste la potencia dentro de sí, el dominio del espíritu.

En un mundo en que nadie piensa en su prójimo como en un hermano, casi como si la desgracia del vecino pueda aislarse y no deba recaer sobre todos; en un mundo en que nadie tiene en sí la medida de su propia expansión, sino que la espera de la reacción de los otros, que de igual modo quisieran expandirse solos y sobre todos; en tal mundo -digo-, la aparente utopía evangélica es el único cemento coordinador de actividades y constructor del organismo social. Todos esperan sistemas exteriores con tal de no cambiar ellos mismos, y en los más diversos experimentos sociales permanecen siempre idénticos; pero el progreso social no puede darse sino por los progresos individuales sumados, o sea, el mejoramiento del organismo mediante el mejoramiento de cada una de sus células. Así se lleva a cabo la grandiosa ascensión humana en que, partiendo del infierno de la animalidad (el mundo de la bestia), a través del purgatorio

de la prueba que instruye o del dolor que redime (ley de equilibrio), se llega al paraíso de las realizaciones de lo divino (el mundo superhumano). Las vías de la evolución son asimismo las de la liberación de las tinieblas, del mal, del dolor.

Es necesario *demoler y reconstruir*; sofocar individual y socialmente la animalidad y toda expresión que le sea propia, substituyéndola por manifestaciones de orden superior. Para reedificar es menester también destruir, y luego suplantar y reconstruir. Si la renuncia es necesaria como demolición, *es indispensable reemplazar lo viejo* con nuevas pasiones e impulsos y creaciones, a fin de que el ritmo de la vida no descanse y el espíritu no se esterilice. Es necesario que el esfuerzo gozoso del nacer más arriba, supere y absorba el tormento de la muerte más abajo. Evitad las locuras de la renuncia por la renuncia, que dejan peligrosas zonas de vacío en que el alma se atrofia; pero que la lucha sea tempestuosa y heroica, así como lo es la de los conquistadores, que avanzan seguros, que sea impulso de pasión que sabe vencerlo todo; que esté en todo instante llena de la alegría de una juventud renovada. Se forma entonces entre cuerpo y espíritu una rivalidad, una guerra, que los místicos han conocido y descrito bien.

Si nos elevamos a los más altos niveles, pareciera que la vieja forma biológica que se atrofia no puede soportar ya el psiquismo hipertrófico, y surgen desequilibrios aparentes que la ciencia, no sabiendo comprenderlos, define como patológicos, haciéndolos entrar en las formas de neurosis. La materia es tenaz, pero es hija del pasado que se supera; el espíritu sufre, mas el porvenir le pertenece: pasado y porvenir que significan fuerza y justicia, dolor y alegría, esclavitud y libertad, mal y bien; los extremos entre los cuales oscila, para su ascensión, el alma humana.

Para los seres evolucionados, estas realidades del espíritu, inconcebibles para los tipos inferiores, pueden ser trastornantes. Entonces adquiere la lucha dimensiones tremendas, entre un espíritu que exige a voz en grito su afirmación y quiere para sí toda la vida, y una naturaleza inferior que no quiere ceder el campo y no puede morir. El pasado resiste firme, por impulsos de milenios, cristalizado en las formas; al incendio del espíritu, opone la inercia de las grandes masas y se aferra como lastre al estremecimiento del ángel alado, ávido de vuelo. El espíritu ve, guía, aferra; constituye el centro dinámico. La materia es una masa estabilizada, que ha fijado y conserva las conquistas hechas. El espíritu se encuentra a la cabeza, peligrosamente corre el riesgo de nuevos equilibrios apartándose de los caminos conocidos, y le pertenece todo el esfuerzo. El organismo humano se halla construido para proveer con un mínimo de esfuerzo psíquico a su vida vegetativa; para atender al recambio, no para soportar las

tempestades del alma. Mas, cualquier instante de la vida es, para tales seres, momento de transformismo evolutivo; la gran avanzada no puede detenerse y la vida desplaza su centro; todo se transforma en el ser -pasiones, aspiraciones- en una realización de lo divino siempre más intensa. Drama laborioso y fecundo, que sólo los grandes han sabido vivir, y que el gran arte del porvenir sabrá comprender y representar. Luchas y victorias de grandes; imponerlas a quien no está maduro significa dar muerte sin volver a otorgar la vida.

La alegría de la vida reside en la expansión; y en la limitación está el sufrimiento. Resulta inútil intentar ascensiones demasiado altas y renuncias vacías, que no aportarían otra cosa que sufrimiento; pero *es necesario introducir -con tenacidad y sin mentira- el máximo de transformismo soportable en la forma individual*, siguiendo cada uno su propia línea típica de especialización. Las grandes ascensiones no constituyen fáciles aventuras espirituales, sino verdadera transformación de conciencia, peligrosamente transportada más allá de la vida, en lo supernormal. No basta decir: "Señor, Señor", sino que es preciso una maceración de cuerpo y de espíritu, en la que importa, sobre todo, la tenacidad del martillamiento, que es lo único que plasma. Trabajo de purificación total, que va de la actitud del espíritu, de la elección de las obras, a la purificación celular obtenida mediante un régimen dietético que excluye la introducción de alimentos inadecuados en el circuito orgánico. Trabajo de ponderación y resistencia, complejo cálculo de fuerzas en que es necesario tener presente que *la evolución no se impone ni se usurpa*, puesto que se trata de una maduración biológica que no puede obtenerse sino por largo y constante trabajo; pero se puede facilitar y acelerar su realización, escogiendo el camino, en lugar de arrojarse a la tentativa, a merced del azar.

Este concepto de equilibrio lo expreso para el tipo común, ya que siendo dominante su mediocridad, es incapaz de las grandes realizaciones del espíritu. Ellas están ahí, ideales altos como faros, que iluminan el mundo. Y la mayoría humana apenas se halla en las primeras aproximaciones.

Hablando al tipo común, habremos de indicar la renuncia no en su caso límite y forma totalitaria de la perfección moral, sino como máxima aproximación soportable, la cual es siempre una escuela de disciplina moral proporcionada a las fuerzas y comprensión individuales. Disciplina de los sentidos, control de las pasiones, educación cotidiana que no perdona oportunidad de elevar los impulsos existentes. *Y cada cual, en la*

emulación de las ascensiones, se escalonará al nivel de su potencia; lo que sepa conquistar dará testimonio de su valor íntimo.

De suerte que no diré al hombre moderno: "destruye las riquezas, sé pobre". Pero le diré que se encamine por grados, porque sólo gradualmente podrá conquistar la perfección. Que comience a liberarse de la esclavitud de lo superfluo, del moderno frenesí de la riqueza, demasiado a menudo empleada en complicaciones antivitales. Si no cuesta mucho esfuerzo, en cambio cuesta en deshonestidad, y jamás paga lo que pide. Es arma de doble filo que, si bien facilita la vida, constituye, por otra parte, cadena que la oprime. La sociedad moderna está aplastada bajo el peso de hábitos costosos y superfluos; se trata de una carrera hacia la artificial multiplicación de las necesidades, esclavitud real y alegría efímera, porque se desvaloriza con el hábito.

Simplificad. Existe una pobreza económica que puede ser largamente compensada mediante gran riqueza moral, así como existe una miseria moral que ninguna riqueza podrá colmar nunca. Tal es vuestro tiempo. El dios utilitario de vuestra civilización moderna impone cada día un esfuerzo mayor que el que demanda el Dios de la renuncia. La materia es negativa e inerte, pobre e insaciable y egoísta; absorbe, acumula. Ciega y muda, no puede vivir más que plasmada por la potencia del espíritu, en su vivificante abrazo. El espíritu, en cambio, es positivo y activo, rico y generoso; su necesidad consiste en dar, en el altruismo y el sacrificio; no tiene garras para aferrar y atesorar, pero constituye potencia inagotable de creación. ¡Ay del que se confine en el circuito de la materia!; se cierra los caminos que llegan a las más activas fuentes dinámicas, que están en la dirección de las fuerzas espirituales. Bienaventurados los pobres de espíritu. Aunque toquéis la riqueza, que vuestro corazón se aparte de ella. Muchos pobres no son otra cosa que ricos frustrados, *igualmente ávidos y culpables*. Han de sufrir, todavía, y superar la prueba de la riqueza, para aprender en ella la sublime lección del desapego. El pobre que envidia tan sólo para excederse en aquello que condena, obtendrá la riqueza como un castigo, para que experimente su enorme pesantez y su valor efímero. Que sea la riqueza un medio y no un fin, y que sea dirigida hacia metas más altas, que es lo único que podrá justificar un poco el triste ídolo en cuyo nombre tanto mal se ha hecho.

LXXXI

LA FUNCIÓN DEL DOLOR

Otra considerable fuerza que el hombre moderno debiera comprender es *el dolor*. La actitud de vuestra mentalidad ante el fenómeno del dolor es de defensa y rebelión. La ciencia os ha hecho brillar en la mente la ilusión de una posibilidad de paraíso terrenal inmediato, y ha guerreado contra el dolor, incluso a costa de cualquier prostitución moral, en un paroxismo de terror que revela cómo entre los mismos pliegues de su audacia se esconde una zona gris de debilidad: un alma ciega frente a las metas últimas. Pero esa actitud de espíritu no ha alcanzado su objetivo, y nunca se manifestó el dolor más agudo y profundo que en medio del estruendo de tanto progreso, jamás hubo mayor vacío en el espíritu ni jamás faltó de tal modo el valor para luchar y saber sufrir. La ciencia no ha comprendido que posee el dolor una *función fundamental de equilibrio en la economía de la vida* y que, en cuanto tal, no puede eliminarse; íntima función de orden, función biológica constructiva, como excitante de actividades conscientes. Y el tan ridiculizado estado de ánimo de paciente resignación constituye una virtud de adaptación, de resistencia y defensa, que los pueblos modernos van perdiendo. La ciencia se ha ocupado en la eliminación de las causas inmediatas del dolor, en tanto que éste responde a una amplia ley de causalidad, cuyos impulsos primeros y lejanos son los que hay que encontrar y eliminar. Y éstos están en la substancia de los actos humanos, en la naturaleza individual. Ahora bien, mientras el hombre sea lo que es, y no sepa cumplir el esfuerzo de superarse a sí mismo, el dolor será parte integrante de su vida, con funciones evolutivas fundamentales y, por ende, *factor irreductible y substancial que la evolución impone*. Sé muy bien qué es el hombre moderno, por lo que no le pido la perfección inmediata. Pero le digo en cambio, que si no es capaz de mejorarse, y en tanto no cambie, todo los dolores que sobre él pesen habrán de ser justos y harto merecidos.

¡Pobre ciencia, muda ante los problemas substanciales! ¡Pobres niños, que odiáis el dolor, que habéis querido y sembrado, y que os ilusionáis con vencerlo, acallándolo y escondiéndolo en lugar de comprenderlo! Los problemas no se resuelven si no se afrontan con lealtad y valentía. Y cada cual marcha -en medio de tanto progreso- mudo dentro de sí, sonriente máscara cortés, que oculta su fardo de penas secretas. Y cada día torna a excederse en todo campo y a excitar nuevas reacciones de penas futuras. Si el

hombre debe ser libre, y si entre tanto, ignora las consecuencias de sus acciones, un dolor flagelante y atroz es, para su bien, la reacción necesaria y proporcionada a su sensibilidad. Inevitable, esto, cuando el planteamiento de la vida ha sido erróneo y la ley de las cosas no se modifica por ello, sino que en todo momento reacciona a fin de hacerse comprender. En su ingenuidad, quisiera el hombre violar y cambiar la Ley, doblegándola a sí mismo; se encuentra lleno de la ilusión de poderlo y saberlo todo y de engañar a todos; se burla de las reacciones, y considera a su hermano que cae como a un fracasado, en lugar de tenderle la mano, para que le sea tendida a su vez cuando él caiga. Debiera comprender, en cambio, que en un mundo en que nada se crea ni nada se destruye -incluso en el campo de las sutiles cantidades morales-, no se neutraliza un efecto sino reconduciéndolo invertido a su causa, para que encuentre allí su compensación; no se anula una cantidad de carácter consciente y moral, si no la reabsorbe la vida. La miope mentalidad moderna se limita al juego de la defensa inmediata contra una fuerza que retorna siempre; mediante un esfuerzo continuo la expulsa en lugar de absorberle la efusión que la agota, y para no ver y para aturdirse en el goce, la agiganta con nuevos errores, que siempre vuelven en forma de dolores nuevos. Y así, hombres, clases sociales y naciones se transmiten, unos a otros, esta obstructora masa de débito que circula entre todos; pasa de generación en generación y permanece siempre idéntica, porque ninguno la reabsorbe. Cristo que murió en la cruz, redimiendo con su Pasión a la humanidad, constituye el símbolo grandioso que resume y convalida estos conceptos.

¿Qué diremos al hombre común, el cual, si ignora, no por esto deja de sufrir? Es muy triste y conmovedor el cuadro de las reacciones naturales que llamáis castigo divino. Resulta inútil negarlo: todos -quien más, quien menos- sufren, todos se debaten entre las garras del monstruo. ¡Pobre ser, el hombre! Habiendo permanecido no sólo pagano, sino bestial en substancia, lo rebaja todo a su nivel: religión, Estado, sociedad, ética; para adaptarlos a sí, realiza una continua reducción de todos los valores morales; habiendo quedado en los instintos primordiales del robo y de la guerra, es necesario que atraviese por ingentes dolores, pues que sólo éstos podrán hacerse entender y sacudir su inconsciencia. El alma humana, que se ha cargado hoy con un fardo tan abrumador de inútil cerebralismo, no ve estos equilibrios espontáneos y simples. En el paroxismo de un dinamismo frenético, su alma es débil y primitiva. ¿Quién podría hacerlo recobrar la razón, aun dejándolo libre, sino una inmensa mole de dolor? Se halla equilibrado a su nivel: gravado por áspera lucha y por una realidad de dolor, pero ilusionado, insensible, inconsciente, el hombre resiste a toda mejora substancial; corre tras los sentidos, codicia la ascensión exterior, económica, ávido de abusar de todo,

sumergido en el egoísmo del momento, ignorante del mañana, horizonte cerrado. Si el genio no desciende hasta él, por cierto que él no sabrá hacer nada para elevarse hasta el genio. Las verdades se ensanchan, mas el aprovecharse de los ideales es tan viejo como el hombre, y la sociedad está habituada a considerarlos como mentiras. El individuo sabe -por instinto, hijo de secular experiencia- que frente a tanta ostentación de cosas altas existe la propia miseria moral y material, que aquéllos son retórica, y ésta, realidad; y cree en la verdad en que creen todos: la fiesta de su vientre y el triunfo por cualquier medio. La palabra le quedará al dolor, único forjador eterno de destinos y asimismo forjador de almas; y permanecerá injertado en el esfuerzo de la vida, destilándose día a día, y con grandes ráfagas periódicas colectivas para alcanzar las almas y dejar en las mismas su huella.

Para encaminarse a la solución del problema es necesario el perfeccionamiento moral, el cumplimiento de la maduración biológica del superhombre; es necesario subir con Cristo a la cruz y rehacer -sobre las bases del amor- la vida individual y colectiva; es necesario saber encontrar en el dolor una fuerza amiga, cuyas causas y función se comprenden, y que se utiliza para el propio ascenso. El dolor constituye la necesaria fatiga de la evolución, que es por su parte la esencia y razón de la existencia; contiene el germen de una dicha cada vez más elevada, que el hombre *"debe"* ganarse. Estos equilibrios son insuprimibles e indispensables al respiro del universo.

Si el dolor hace la evolución, la evolución anula progresivamente el dolor. Éste, al reabsorber la reacción colmando el débito, realizando la progresiva armonización y actuación de la Ley en el Yo, se elimina a sí mismo, al paso que hace progresar al ser. Esto demuestra la justicia y bondad de la Ley, que no es ley de mal y de dolor, antes bien, es ley de bien y de felicidad. Es preciso seguir, pues, una vía de gradual redención y ello, en varios momentos: primero, reabsorber las reacciones libremente excitadas en el pasado, soportar pacientemente las consecuencias de las propias culpas; luego -una vez reconstruido el equilibrio- mantenerse en estado de armonía con la Ley, evitando toda nueva violación y reacción. *Es necesario concebir el universo no como un medio para la realización del propio Yo que en él es centro, sino como un universo regulado por una Ley Suprema, y que sólo en su seno es posible realizar el propio Yo en armonía con todo lo que existe*. Hace falta concebir el dolor no como un mal debido al azar, sino como una forma de justicia, como una función de equilibrio que enseña al hombre -aun respetando su libertad-, las verdaderas vías de la vida y lo *"constriñe"* -después de tentativas y errores-, a marchar por el único camino posible: el de su propio progreso. El dolor no puede desaparecer sino a condición de que se pague la

deuda a la ley de justicia que, en el campo moral y social, histórico y económico, físico y químico, es siempre idéntica Ley, igual voluntad, el mismo Dios. No se roba, no se escapa, en el tiempo, a la Ley; rebelarse es excitar un mayor choque de retorno que la elasticidad de la Ley (divina misericordia), si es tanta como para contener todo el libre arbitrio humano, terminaría por devolveros como hecho inexorable.

La anulación del dolor se opera valerosamente *a través del dolo*r. Por ello puede ponerse en el camino de las ascensiones humanas. Abandonad la utopía que encendió en vuestra mente el materialismo científico, y daos cuenta de esta solemne verdad de la vida. En medio del impulso frenético de vuestro tiempo hacia la conquista de todas las felicidades, en medio de la serie lamentable de todos los experimentos humanos, frente a la desilusión -con el sueño vano en las pupilas- de la dicha no alcanzada, el hombre ha de tener el valor de mirar esta realidad más profunda y abrazar fraternalmente su dolor. Debe aprender y ascender en el arte de saber sufrir. Encontraréis tal vez este tono prevalentemente negativo, pero es tal sólo desde vuestro punto de vista humano, no del de las reconstrucciones superhumanas, donde está mi afirmación máxima. En la tabla relativa de vuestros valores éticos, estáis siempre abajo, y vuestras virtudes violentas y guerreras -necesarias en vuestro estado presente- no serán ya virtudes, superándose mañana. Todo está proporcionado a vuestro nivel y lo expresa. Existen tantas formas de dolor y éste es tanto más grave cuanto más abajo se encuentra el ser. La medida del contragolpe dolorífico que recae sobre el que ha movido la causa -medido por el cálculo de las responsabilidades, que hemos visto- cambia conforme al grado de evolución, que sutiliza la férrea cadena de las reacciones.

Observad cómo el dolor casi se evapora en el proceso de la espiritualización progresiva. *En el mundo subhumano*, el dolor constituye derrota sin piedad, el ser sufre en las tinieblas, solo, lleno de ira, en un estado de absoluta miseria, sin luminosidades espirituales compensadoras. Es el dolor del condenado, ciego y sin esperanza. Y el hombre se halla libre de retroceder hasta tal infierno si no quiere aceptar el esfuerzo de su liberación. *En el mundo humano*, la conciencia despierta, pesa y reflexiona; el espíritu tiene el presentimiento de una justicia, de una compensación y liberación, y espera. Es el dolor sereno del que sabe y expía, el purgatorio confortado por una fe; el dolor se detiene a las puertas del alma que dispone de su refugio de paz. La mente analiza el dolor, descubre sus causas y la Ley, y lo acepta libremente, como acto de justicia que ha de llevar a la alegría; de un tormento hace un trabajo fecundo, un instrumento de redención. ¡Cuánta de su virulencia ha perdido ya el dolor! ¡Qué distinto es el sufrimiento cuando se espera y se bendice, cuán menos áspero resulta el

golpe al caer en un alma de tal suerte acorazada, cuánto menor es su fuerza de penetración en un espíritu defendido por una profunda conciencia! La visión substancial de las cosas da, en todo caso, la sensación de la justicia, una gran fe y un absoluto optimismo; en medio de las disonancias del ambiente, se forma en el alma un oasis de armonía. Se llega de este modo, gradualmente, *al mundo superhumano*, en que pierde el dolor su carácter negativo y maléfico y se transforma en afirmación creadora, en potencia de regeneración, en una carrera hacia la vida. Resuena entonces el himno de la redención: Bienaventurados los que lloran.

El dolor, constriñendo al espíritu a replegarse en sí, prepara el camino a las profundas introspecciones y penetraciones, despierta y desarrolla sus cualidades, hasta entonces latentes, multiplica todas sus potencias. Para las grandes almas, sobre todo, el dolor constituye una fuerza de valoración y creación. La expansión de la vida, constreñida hacia lo interior, alcanza realidades más profundas, y el choque del dolor, fuerza a transitar las vías de la liberación. Un nuevo mundo se revela; con cada golpe que semeja traer ruina, borbotea y nace algo en lo profundo del "Yo"; con cada presión del dolor, que pareciera mutilar la vida, se reconquista algo que la acrecienta y eleva. El dolor separa y libera de un denso involucro de deseos y sensaciones; el alma -con cada jirón de animalidad arrancado- se dilata en un más vasto poder de percepción, en una forma de vida más intensa, en una realidad más profunda. Imaginad la más titánica de las luchas, la más tremenda de las tareas, la más impetuosa de las tempestades. Hay un desgarrarse silencioso en lo hondo de las leyes biológicas, un disputarse palmo a palmo el campo de la vida, un encarnizamiento de retornos atávicos abajo, y una irresistible atracción hacia lo Alto. Espíritu y animalidad luchan, ligados pero enemigos, así como a la hora del alba luchan la luz y las tinieblas para que el día surja. En la fase superhumana, el dolor no es ya sólo expiación que se conforta de esperanza: es el impulso frenético de las grandes creaciones espirituales. En medio de la lucha por la liberación, la sensación dominante es de juventud, y en la expansión de las energías es resurrección; debilitadas las pasiones y domadas las prepotencias de la naturaleza inferior, la sensación del espíritu victorioso es el dulce reposo de quien llega a un oasis de paz. El espíritu mira entonces con más calma dentro de sí. El dolor y la lucha han refinado su oído y puede ya oír. Se distiende entonces el canto del infinito. Entonces lentamente, desde lo profundo del alma, se entona la gran sinfonía del universo. Las notas que allí cantan son las estrellas y los mundos, las flores y las almas, las armonías de la Ley y el pensamiento de Dios.

¡Resurge, oh alma, que tu dolor está vencido! Muerto entre las cosas muertas se halla tu dolor, inútil utensilio arrojado allá, en el borde desierto de un camino triste. En el infinito, el universo canta: resurge, que tu dolor ha sido vencido. Las cosas todas han cambiado en la mirada de Dios; el cántico tiene tal profundidad de dulzura, que el alma se extravía en él. Por la alegría de la mente caen los velos del misterio, y por la alegría del corazón caen las barreras del amor. El universo se abre. Una omnipresente vibración de amor transporta fuera de sí al espíritu, de visión en visión, de beatitud en beatitud. No lucha ya, sino que se abandona y se olvida en Dios. Las fuerzas de la vida lo sostienen y arrastran, lanzándolo a lo Alto, donde está su nuevo equilibrio. Rotos los lazos, es en verdad libre y capaz de subir; el pasado, estimula, por lo que es necesario recorrer hasta el fin las vías del bien, así como para los malos es necesario sumergirse hasta el fondo en las vías del mal. Entonces, el ser no pertenece ya a la tierra de dolor: penetra cada vez más en la luz del Centro, y allí se anula en un incendio de Amor.

Estas no son rarefacciones utópicas del respiro de la vida, sino cuando no está desplazado todavía el centro de la personalidad en el mundo superhumano. El concepto de *dolor-daño*, y *dolor-mal* evoluciona así, por grados, en los de *dolor-redención*, *dolor-trabajo*, *dolor-utilidad*, *dolor-alegría*, *dolor-bien*, *dolor-pasión*, *dolor-amor*. Existe como una transhumanización del dolor en la santa ley del sacrificio. En este paraíso, el milagro de la superación del dolor por el dolor mismo se realiza. El mal transitorio, el estridor de las violaciones, el choque violento entre la libre acción y la Ley, se agotan en su función; el dolor existe para devorarse a sí mismo, cesa el desacuerdo a medida que se va alcanzando la armonía. A través de este sabio mecanismo, mediante el cual la libertad es constreñida a canalizarse hacia el progreso, se llega a la unificación del Yo con la Ley. Entonces desaparece toda posibilidad de violaciones y reacciones, y el dolor se anula en su causa. Entonces el alma exclama: "Señor, te doy las gracias por esta que es la gran maravilla de la vida; que mi dolor sea tu bendición".

También por otras sendas interiores y colectivas tiende el dolor a su anulación. Es el último anillo de la cadena: involución e ignorancia, egoísmo y fuerza, lucha y selección. Mas el impulso evolutivo transforma la fase de la fuerza en la de justicia, el mal en bien; demoliendo las más bajas condiciones de vida, realiza la transformación del dolor. Así como colectivamente la fuerza -mediante un juego de reacciones colectivas, por progresivo asedio y por la ley del mínimo medio- tiende con el uso a la autoeliminación, casi reabsorbida en sí misma, y resurge en forma de justicia, así también colectivamente tiende el dolor a desaparecer, como factor transitorio de igual

modo inherente a las fases más bajas de la evolución. Absurdos serían un mal y un dolor incondicionados y definitivos. Y es el mayor impulso de la vida, la evolución, el que necesariamente lleva del mal al bien, del dolor a la felicidad.

Os muestro todas las gradaciones de la verdad, para que cada uno de vosotros elija la más alta de su mundo concebible. Dime cómo sabes sufrir y te diré quién eres. Cada cual sufre de manera diversa, según su nivel: maldiciendo, expiando, bendiciendo y creando. De aquellas tres cruces iguales erigidas sobre el Gólgota, partieron tres gritos distintos. Sólo la justicia y el amor es la reacción de los grandes. Os compete extraer del esfuerzo de la vida la mayor ascensión de espíritu, utilizando el dolor en lugar de combatirlo, transportando cada vez más arriba el centro de vuestra vida.

No estamos por cierto, en estos niveles, en el orden común de las cosas humanas actuales, y todo esto puede parecer fuga y demolición de virtudes positivas; pero ya os he dicho que es fuga para afirmarse más alto. Ello puede semejar mutilación de aspiraciones y voluntad, supresión de sanas energías constructivas, mas esas aspiraciones nunca os harán salir del ciclo de la vida en los niveles inferiores, en que cada victoria debe equilibrarse en la derrota, cada juventud en una vejez, y donde toda grandeza se precipita siempre en su destrucción. Esto que os indico es, en cambio, sublimación de la vida en una forma de acción más elevada, dirigida a conquistas que son las únicas eternas; acción más enérgica y civilizada, que no constituye malgastamiento inútil de la común agresividad desorganizante; acción más efectiva, porque es consciente de las fuerzas naturales en cuyo medio actúa.

Yo no os indico, como supremo ideal humano, la figura primitiva del héroe de la fuerza, que emplea la violencia y vence, sino que -aun cuando las masas no lo comprendan- os señalo al superhombre donde la voluntad del dominador, la inteligencia del genio, la hipersensibilidad del artista y la bondad del santo, se fusionan; el luchador sobrehumano, que perdona y ayuda a su semejante, y ataca sólo a las fuerzas biológicas, sometiéndolas a sí; ser de una raza nueva, luchador por la justicia, dueño de sí mismo, por el bien colectivo.

La santidad no ha muerto ni ha sido superada, sino que apenas se ha comenzado, y debe subsistir en el mundo moderno: una santidad nueva y culta, consciente y científica, que resurge, de las viejas formas, en el corazón de vuestra vida borrascosa, que en ella vuelve a batallar por el bien y -con vuestra psicología objetiva- afronta heroicamente el choque de vuestra rebelde alma nueva. Si hoy el lema es fuerza, que

sea entonces la fuerza superior del espíritu; que sea una belleza espiritual que se atreva a mostrarse y viva en el mundo como un desafío para que el mundo, si no comprende, dilacere, y dilacerando aprenda. El santo, en este vastísimo sentido, pasa en misión y es grande sólo por inclinarse a educar y elevar hacia estas superaciones del dolor.

El camino de las masas inconscientes -abajo- es harto lento; esperan la fecundación por parte de este ser, punto culminante en que converge todo el transformismo fenoménico, sostenido y querido por la totalidad de las fuerzas de la evolución, fenómeno realizado por transformación biológica. En el último producto del gran esfuerzo de la vida, la creación se repliega sobre sí misma para retomar en el movimiento evolutivo a los estratos más bajos; y el impulso torna a caer para elevar y aliviar el dolor, tiende una mano al hombre que avanza bajo el peso de su ascensión, y hace suyo el dolor del mundo. Esta retoma ascensional, que hemos estudiado ya como característica fundamental en el desarrollo de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos, es aquí inherente al impulso de la evolución y representa en ella, además, una tendencia a la eliminación del dolor.

LXXXII

LA EVOLUCIÓN DEL AMOR

¡Amor, impulso fundamental de la vida, fuerza de cohesión que rige el universo, divina potencia de eterna reconstrucción! Volveremos a encontrarlo siempre -indestructible- en formas infinitas, en todos los niveles del ser, y con ello el amor ascenderá, sublimándose, hasta el paraíso de los santos. También el amor -como el dolor- tiene una función fundamental de conservación, cohesión y renovación, y forma parte integrante del funcionamiento orgánico del universo; el impulso no se destruye, antes bien se secunda y eleva; el deseo no se mata, sino que se guía hacia una elevación continua. Evolución de instintos, evolución de las pasiones, perfeccionamiento continuo de la personalidad (teoría evolutiva del psiquismo).

También aquí observamos el amor en los diversos niveles y su ascensión. Trazaremos con esto un nuevo aspecto de las vías de la evolución. El amor, que en el mundo animal constituye función predominantemente orgánica, adquiere en el hombre funciones de orden nervioso y psíquico, se complica, dilata su campo de acción, se refina y sensibiliza (si sabe evitar el peligro de una degradación neurótica) hacia un superamor espiritual. Si es necesario no destruir sino hacer evolucionar las pasiones, es indispensable -precisamente por ello- dominarlas y guiarlas, orientándolas hacia la fase espiritual. Todo lo que acentúa el elemento nervioso y sutil, que es fascinación, simpatía de alma, gracia, arte, música, vibraciones y psiquismo, todo lo que es el perfume y la poesía del amor, todo lo que desmaterializa y espiritualiza, es evolución que os guía hacia la superación de las formas de amor humano. Estáis a las puertas de un nuevo reino, el amor místico y divino. Supremo éxtasis de que gozaron los santos, no constituye digresión agradable de romántico sentimentalismo, sino la más tempestuosa de las conquistas, la más alta tensión de dominio sobre las fuerzas biológicas, una lucha viril contra la animalidad en que se empeñan todas las fuerzas de la vida. Yo entiendo un misticismo activo, que renuncia para crear, y no ese otro moderno misticismo vano, neurotizado y sensualizado, enervante y enfermo, el cual, en medio de un artificioso complicarse de refinamiento, es en el espíritu ocio y desolación.

En lo Alto, como caso límite de la evolución humana, se halla el amor divino; y no podemos pedir al hombre del término medio más que la máxima *aproximación* asimilable por sus capacidades de concepción y soportable por sus fuerzas. En las infinitas gradaciones de las aproximaciones de la perfección, cada cual, en su nivel, tratará de embellecer y elevar al máximo sus instintos y pasiones. La meta es ese superamor alcanzado por los grandes; lo humano se eleva hacia lo divino mediante sucesivas destilaciones que demuelen abajo y reconstruyen cada vez más arriba. *Ascensión de las pasiones*, que forma parte de la ascensión de la personalidad toda, de una transfiguración del "Yo". Así, el vínculo substancial, al contraer cualquier unión de amor debe ser el amor; sin él todo es nulo y se reduce a una forma de prostitución, aun cuando sea convalidado por todas las sanciones religiosas y civiles. La forma no puede crear la substancia, de la que dependen la felicidad de los hijos y el porvenir de la raza.

Las formas de amor ascienden por grados y cada ser, desde el animal al salvaje, al hombre inculto y al intelectual, al genio y al santo, ama diversamente, conforme a las cualidades y grado de perfección por él alcanzado. Con la ascensión del tipo se transforma la expresión de ésta que constituye la mayor fuerza del universo. Siempre

presente a toda altura, sus funciones (desde aquella simplísima -en los seres inferiores- de multiplicar la especie) se enriquecen y se complican en una cantidad de tareas nuevas, se desarrollan en vastedad de acción. *La hembra se transforma en mujer, el macho en hombre*. La atracción sexual aumenta en el amor materno, que se diferencia y enriquece en las formas de amor paterno, filial, familiar, nacional, humanitario, hasta el altruismo, la abnegación y el martirio. *La mujer se transforma en ángel, el hombre en santo.*

En tal ascensión del amor hay una constante reabsorción del impulso socialmente disgregador del *egoísmo* y una emanación que pone en lugar de aquél las fuerzas socialmente constructivas del *altruismo*. La función del amor consiste en crear, conservar, proteger, y su desarrollo exterioriza e intensifica todas las defensas de una vida cada vez más compleja. Estas ascensiones no constituyen sueño estéril, antes bien, contienen la génesis de las fuerzas de cohesión del organismo unitario de la futura sociedad humana. Altruismo necesario en un mundo más evolucionado, aunque pueda parecer utopía hoy, cuando es ya -a veces- un esfuerzo la sola extensión del altruismo al restringido círculo familiar. Reabsorción del egoísmo en el amor, inversión de impulsos, que es sólo un momento en el proceso de inversión de las fuerzas del mal en bien, del dolor en felicidad. El egoísmo es restringido, su separatismo lo aísla y limita su goce. La ascensión del amor lo transforma -por expansión continua- en una capacidad cada vez mayor de gozar. Existe en las alegrías ligadas al medio denso de la materia algo que se detiene y se malogra en los roces, más rápidamente que en las libres alegrías del espíritu. Éste abre de par en par los brazos al infinito y todo lo posee sin pedir más.

¡Cuánto espacio nuevo darán a la vida las más altas pasiones, cuánta finura y profundidad de goces experimentará el hombre futuro, que mirará, sin duda con horror, las fiestas brutales de los sentidos, como las concebís hoy! ¡Qué música será entonces la vida, fundida en la armonía del universo! La pasión se desmaterializa hasta el superamor del santo, disfrute real y elevadísimo, fenómeno no asexual sino supersexual, tendiente hacia su término complementario, que está más allá de la vida, en el seno de las fuerzas cósmicas. En la soledad de los silencios inmensos, el santo ama, con el alma hipersensible inclinada y abierta a las vibraciones todas del infinito, en un impulso impetuoso y frenético hacia la vida de todas las criaturas hermanas. Si a vosotros os parece que está solo, él realmente está con lo Invisible, al que tiende los brazos, en el éxtasis de un abrazo supremo y vastísimo; algo de lo imponderable responde, inflama, nutre y sacia; en un incendio que incineraría a cualquier ser común,

arde el amor que abraza el universo; en un misterio de sobrehumana pasión, Cristo abre, dolorido, los brazos en la Cruz, y San Francisco en la Verna, abre los brazos a Cristo.

LXXXIII

EL SUPERHOMBRE

Hemos seguido al hombre en sus ascensiones, por las vías del trabajo y la renuncia, del dolor y del amor, que convergen todas hacia su madurez biológica y a su transformación en superhombre. En el ápice de la evolución que estamos siguiendo, desde los estados más bajos de la materia, está este nuevo ser, que el mañana generará. Su creación constituye, hoy, la más alta tensión de la vida, es vuestra fase α. Hemos llegado por fin al ápice de vuestro concebible. ¿Quién es el superhombre? Sus sensaciones, sus instintos demuestran, en el estado de adquisición cumplido, las cualidades que en el hombre común se hallan en estado de formación. Las virtudes proyectadas por los ideales, los superconceptos en cuya conquista, en el campo moral e intelectual trabaja la normalidad con esfuerzo, son definitivamente asimilados y alcanzados por la zona de estabilización del instinto. El superhombre, ya sea poeta o artista, músico o filósofo, hombre de ciencia o héroe, caudillo o santo; sea, de preferencia, un intelectual que desarrolla las fuerzas del pensamiento, o un dinámico de la voluntad y de la acción, o bien un místico que crea en el dominio del sentimiento y del amor, en el ímpetu de su fecundidad es siempre un tipo de superconciencia, y en la sublimación de su personalidad, un genio. Constituye el *supertipo del porvenir*, un anticipo de las metas humanas. Su zona de vida, en que se realiza su tarea de construcción, está situada en lo inconcebible. Los normales pueden pasar la vida sin nombrar nunca al espíritu; para el genio, en cambio, éste es la más intensa realidad de la vida. Resultado de un inmenso trabajo en el tiempo, sintetiza los más elevados productos de la evolución y de la raza, pero se encuentra solo, y lo sabe. Se mueve en una dimensión conceptual propia, que únicamente comprenden los semejantes a él. Descendido de los cielos, es en la Tierra un desterrado, en expiación o en misión, y sueña con su patria lejana. No sigue las vías trilladas; sabe establecer relaciones entre

hechos e ideas, que los otros no ven; es un supersensitivo, que toca la verdad de inmediato, por intuición; nada debe aprender, sino que recuerda y revela. Esta emersión desde la conciencia normal se halla en una atmósfera rarefacta propia de él, y tal anticipo de evolución, a menudo sólo tardíamente se comprende.

En vuestro mundo está la mediocridad, asaz distante de las cimas, es ella la que da la medida de las cosas, forma su ética y su tabla de valores. Sólo una verdad mediocre, próxima a la naturaleza animal, puede tener rápida afirmación, porque es accesible. En vuestro mundo, si el triunfo parte del supuesto de la comprensibilidad, todo éxito, para ser rápido, debe contener afirmaciones mediocres; *el aplauso de la muchedumbre es extenso e inmediato, en razón inversa del valor*. Es ley, pues, que la vía del genio lo sea de soledad y martirio, y que ninguna compensación humana haya para quien realiza los mayores trabajos de la vida. El cerebro de la mediocridad tiene sus medidas y a todos las impone; lo que no puede contener, no lo acepta y lo condena, nivelándolo todo; aquello que representa un desplazamiento evolutivo para el que no está preparado, un desplazamiento de equilibrios que no tiene el poder de estabilizar, es negado; cuando una nueva verdad no se injerta en el pasado ni lo continúa, no apoya sus bases en lo conocido y aceptado, cuando contiene un porcentaje de novedad que supera los límites de tolerancia, entonces el genio es rechazado. Esto, porque la ascensión procede por continuidad. Pero, en el equilibrio universal, la pesada evolución de las masas es siempre fecundada por esa chispa superior, que en el momento útil se enciende sobre la Tierra, y fecunda y sacude la inercia, replegándose para elevarse; hay en las cosas un equilibrio que tarde o temprano impone la compensación. Sería inútil revelaros altas verdades, sobrado lejanas de vosotros, porque se perderían siempre, para vosotros, en lo inconcebible; la comprensión no es obra de cultura o raciocinio, antes bien, es una maduración que por evolución se alcanza.

En sus funciones fecundadoras, el genio es fenómeno de importancia colectiva, y su aparición y manifestación responden a los equilibrios íntimos que rigen el progreso humano. Y existe un proceso normal de asimilación de las grandes verdades por parte de las masas humanas. En cualquier campo, sea arte, ciencia, o bien ética, política, la concepción superior, si es en verdad grande, permanece en principio siempre solitaria, situada en lo incomprensible; emerge sin embargo de la mediocridad, la cual, por un secreto instinto que posee y un presentimiento vago que le dice que en aquella forma de vida reside el porvenir, mira y escucha; es atraída, oye y descarga sus ataques demoledores. Éstos tienen una doble finalidad: la de probar, por una parte, la resistencia de la nueva verdad -pues sólo lo que vale resiste y por el contrario se torna

más bello en la lucha, liberado de lo superfluo, condensado en lo substancial-, y por la otra, el alma colectiva en la lucha entra en contacto y asimila lo nuevo, se dispone así a seguir las huellas del genio, a comprender sus intuiciones.

El genio está solo ante sus amplísimos horizontes. Sus relaciones sociales son relaciones de esfuerzo y no de comprensión; con frecuencia son de persecución. Pero, dentro de sí ha llegado, y lo sabe. Su mirada penetra la íntima causalidad fenoménica; el fraccionamiento de la realidad entre barreras de espacio y tiempo, se supera en el éxtasis supremo del espíritu, que reposa en la visión global del Todo. Sublime éxtasis adonde no llega el torbellino tormentoso de las ilusiones humanas, donde el descanso es absoluto, inmenso el poder, y la sensibilidad, que se multiplica en la nueva percepción anímica, corre hacia el infinito, completo es el goce del alma que acepta el beso de lo divino, inclinado hacia ella en una llamarada de amor. El centro de la vida se desplaza, la conciencia tiene la visión de la Ley, la sensación de su acción, se sumerge en su corriente, respira la música que emana de las armonías de la creación y de ese respiro se nutre. Es en el genio donde vemos al psiquismo alcanzar el vértice de sus manifestaciones. *La conquista de la verdad se ha cumplido*, la conciencia se mueve en plena luz. No ya pequeñas verdades, relativas y fraccionadas, incompletas y en conflicto, sino una verdad universal que, superando a aquéllas, admite y comprende todos los puntos de vista de los individuos, los pueblos y los tiempos. Nada niega ya la conciencia, porque todo lo conoce. No más rincones obscuros, inexplorados, dentro y fuera de sí, esas zonas de tiniebla en que el misterio anida. La Ley está toda ella evidente, se hace la luz hasta en las últimas causas.

Paralelamente, posee una *sensibilidad* más profunda. Él tiene sus amores, así como sus pudores, y cuando se abre su alma ante lo infinito, quiere hallarse solo. Su visión es sagrada, se oculta de los ojos extraños como ante una profanación. Y hay, en verdad, algo de sacro en esta comunión de alma con lo divino. Y sólo al pulsar de un gran amor se abre y se descubre el misterio; él responde únicamente al que sabe cómo tocar a sus puertas. Es necesario, con frecuencia, extraordinario valor, una voluntad desesperada, el impulso frenético de un dolor inmenso, un ímpetu de fe que no mida las profundidades del abismo. Sólo entonces caen los puentes y los lindes de lo concebible se dilatan de manera repentina. Una sensibilidad exquisita protege, sobre todo, a estos fenómenos de comunión profunda, los cuales se niegan frente a la violencia del ignorante, que no es admitido, por las fuerzas protectoras del misterio, sino para la destrucción de las cosas exteriores que puede percibir, y no más allá. Riqueza de alma que no se roba ni se usurpa. El genio es conquista individual laboriosamente merecida,

y sólo quien ha llegado a la misma puede gozarla, porque es suya. Un haz de nuevos sentidos, fusionados en la síntesis de una percepción anímica, le permite el disfrute de sutiles bellezas, hoy supersensoriales; una *más profunda estética* nace, que no es ya la de la forma -trátese de creación del hombre o de la naturaleza- sino el arte divino del bien, que realiza una íntima y más elevada belleza del espíritu; antes que contemplación, constituye realización en sí de una superior perfección y de una armonía universal, conquista de valores imperecederos, creación de un organismo espiritual de eterna belleza.

Nueva capacidad de *penetración psíquica* revela -sin sombras- el misterio del alma. Desnudo surge el organismo espiritual de todo ser, y no es posible ninguna mentira. Junto a una concepción diversa de la vida, un estado de ánimo también nuevo hacia las cosas, *una armonización completa, una unión con Dios*. El espíritu reposa en gran calma interior, la paz de quien conoce la meta. El superhombre es consciente de toda su personalidad, de la génesis de cada uno de sus instintos, que busca y encuentra en el eterno pasado; sabe su historia, una historia larga tejida de férrea lógica, en que nada muere, ningún valor se pierde nunca y, sobre estas bases, anticipa su porvenir, lo prepara, lo quiere. De ahí el dominio de todas las fuerzas del propio "Yo", un saberse conducir como dominador entre los impulsos de la vida. Ha comprendido el dolor, remontándose a la fuente del mal, y ya no se agita en un tormento de rebelión, ira y envidia, sino que no tiene más que una reacción: la de la reconstrucción silenciosa y consciente, y asume solo, sin traspasarlo a otro, todo el esfuerzo del propio deber. Sabe que el dolor conquista, y su tarea de la vida es fecunda en conquistas espirituales.

Entonces el espíritu, viviendo en relación con los momentos más lejanos del gran esquema del progreso propio, supera el tiempo y el dolor, y se desenvuelve la vida como cántico de gratitud en la más profunda música del alma. *Armonía* interior es la gran fiesta: la alegría de sentirse siempre en relación y de acuerdo con el funcionamiento orgánico del universo, de ser eterno en él y -por pequeña que sea- parte integrante, en acción. La conciencia de encontrarse en la posición que la Ley quiere por su propio bien, de moverse siempre en el seno de la divina justicia; el canto en el corazón de la voz grata de la conciencia, la cual conforta y aprueba; el vivir en esta visión de la lógica y bondad del Todo, en esta luz de espíritu como en una vivificante atmósfera propia: esta saciedad de alma y equilibrio moral, constituye la más intensa felicidad del superhombre.

He aquí el paraíso que está *en el ápice de las ascensiones humanas*; he aquí el máximo de perfección y de felicidad que puede contener hoy vuestro concebible. *Con ello, la marcha de la evolución individual se cumple sobre la Tierra,* para luego continuarse, emigrando a nuevas dimensiones. Es un bien indicar en todo campo e incitar a tales ascensiones; nuestro viaje no se ha realizado inútilmente. Será un impulso, reflexionará alguien, y ha de acelerar el paso. Volveremos a tomar más adelante, el estudio del fenómeno *desde un punto de vista social*, para que nuestras conclusiones, en una concepción más vasta, toquen y resuelvan asimismo los problemas de la colectividad.

LXXXIV

GENIO Y NEUROSIS

Cerraremos la exposición de la teoría del superhombre observando cómo se ha manifestado en la evolución biológica, en la forma del genio, y tratando de comprender después las afinidades que -con conclusiones erróneas- se hicieron resaltar, entre su tipo y la degeneración neurótica, definiendo, finalmente, el fenómeno de la degradación biológica en el proceso genético del psiquismo.

En tanto la mediocridad estacionaria descansa en su fase en perfecto equilibrio, contra quien intenta nuevos caminos se dirigen todos los asaltos de las fuerzas biológicas. El misoneísmo como garantía de estabilidad, es impulso de nivelación, y la vida prueba ásperamente los anticipos y las creaciones. Si el genio pasa sobre la Tierra como un torbellino, la masa se le aferra para mantenerlo abajo. En el tipo común, los instintos están proporcionados a las condiciones ambientales; hay una correspondencia, formada desde antes de nacer el individuo, entre él y la colectividad, y ésta lo espera, de modo que encuentra listo ya el trabajo y su satisfacción. Y la comprensión es automáticamente perfecta. Al contrario, el caso del genio -monstruosa hipertrofia del psiquismo, situado en una posición biológica supernormal- se encuentra en todo y por todo desfasado: resulta imposible establecer una correspondencia entre su instinto, que normaliza lo supernormal, y el ambiente, que expresa otra fase y ofrece otros choques. La diferencia de nivel produce una desproporción; la comprensión no se verifica, el

desequilibrio entre su alma y el mundo es insuperable, y la conciliación entre su naturaleza y la vida, imposible.

Y el genio pasa, solitario y dolorido, pero consciente de su propio destino; incomprendido y gigantesco; asqueado de los ídolos de la muchedumbre, aturdido por el estruendo de la vida, desatento e inepto, porque su alma está toda ella a la escucha de un cántico sin fin, que brota desde dentro y que hacia lo infinito se eleva. Soñador extraño, preso en el sagrado tormento de la creación, absorbido en los ocios fecundos en que madura su invisible trabajo íntimo, sufrimiento de una pasión a que responde, no el hombre, sino el universo. La inmensidad del infinito se encuentra próxima, y él no ve la Tierra que atrae todas las miradas y las pasiones todas. Vive de titánicas luchas; pide a la vida la realización del ideal, sin posibilidad de aquiescencia en la mediocridad, aspirado como un remolino en el aliento de la evolución. Conoce el espanto de aquel que se asoma solo al abismo de los grandes misterios, el vértigo de las grandes alturas, la soledad angustiosa del alma frente a la inconsciencia humana; conoce la lucha atroz contra la animalidad que retorna, las inmensas fatigas y peligros que aguardan a quien quiere apartarse en vuelo. Los ciegos dicen: está loco. Y él se siente aplastado por el peso inútil del número, comprende la bajeza de quien no lo comprende. Por su parte, la ciencia, hija de la mentalidad utilitaria de la mediocridad incompetente pero ávida de juzgar, sentencia: neurosis.

Pero el genio no puede descender, siente a su "Yo" gritar y no puede callar. Él no es sólo un cuerpo, como todos los demás; es, sobre todo, un alma. El espíritu, que en tantos está adormecido y debe nacer, en él aparece gigante y evidente, truena y se impone; ¿quién puede comprender sus luchas titánicas? La humanidad camina lenta bajo el esfuerzo de su evolución; él se halla a la cabeza, y lleva toda la responsabilidad, arrastra el peso de todos.

El número dice: anormal; la ciencia expresa: neurosis. Pero ¿conoce la ciencia las relaciones existentes entre dolor y ascensión espiritual, entre enfermedad y genio?, ¿conoce los profundos equilibrios en que se oculta la función biológica de lo patológico, sabe por qué leyes de compensación física y moral funcionan las armonías íntimas de la vida? Mas si ignora todos los sutiles fenómenos del alma y hasta la niega, ¿qué puede comprender, tal ciencia fragmentaria e incapaz de síntesis, de esa complejidad de leyes superiores cuya existencia ni siquiera sospecha? Y ¿cómo se puede constreñir al supernormal, al anticipo biológico, en los límites del tipo medio, y por qué éste, que evolutivamente representa el valor más mediocre, debe elegirse como

modelo humano? ¿Qué cosa justifica tal nivelamiento, esta reducción de altura en categorías preconcebidas, este apriorismo que trastorna la visión del fenómeno, exaltando en el genio tan sólo el lado pseudopatológico de la neurosis? No es patológico el cansancio procedente de un enorme trabajo, el desequilibrio necesario que dan los anticipos evolutivos, el tormento y el esfuerzo de las más elevadas maduraciones, la inconciliabilidad inevitable entre el superpsiquismo conquistado y el organismo animal.

Estas vías de perfeccionamiento moral son la exacta continuación de la evolución orgánica darwiniana; y la ciencia, que ha comprendido la una, por coherencia debería comprender la otra. Es ley de equilibrio natural que toda hipertrofia, así como toda atrofia, se compensen; y del mismo modo que en el campo orgánico cada individuo tiene, normalmente, un punto de menor resistencia y vulnerabilidad mayor, que es rodeado de un reforzamiento proporcional por otros puntos estratégicos, así también en el campo psíquico se encuentra un desarrollo de cualidades que el término medio ni siquiera sospecha. No se puede juzgar un tipo psíquico de excepción con los criterios y unidades de medida comunes, para relegarlo sumariamente a lo anormal y a lo patológico. Insisto en esto, porque así *se trastrueca* la apreciación de ese nuevo tipo de hombre que es, precisamente, función de los tiempos modernos crear.

Este querer reducir a lo anormal a todo lo que se sale de la órbita de la mayoría mediocre, es sofocar la evolución, haciendo del tipo humano más común, de valor dudoso, el tipo ideal; constituye un delito querer empujar hacia abajo aquello que no se comprende, el mezclar y confundir, poniendo igualmente fuera de la ley a lo subnormal y lo supernormal, vale decir, a fenómenos que están simplemente en las antípodas.

Apartando las injusticias históricas, se delinea asimismo, hoy, a veces, el tipo humano que tiende a lo supernormal: es el tercer tipo de hombre, como vimos. Un tipo de personalidad que representa, por madurez de instintos, refinamiento moral e intelectualidad superior, la asimilación lograda de los más altos valores espirituales, la adquisición de las cualidades más útiles a la convivencia social, constitutivas del edificio de las virtudes, la formación realizada del tipo a que, en su desarrollo, tiende la humanidad. Inteligencia, dinamismo, sensibilidad exquisita y percepción de lo bello y lo bueno; una rectitud en que se hallan fijados los más elevados ideales de honestidad y altruismo, los cuales son índice del grado de evolución; una aptitud superior para cementar la compaginación social y para funcionar en el organismo colectivo; todos ellos, signos de nobleza de raza, de una aristocracia de espíritu.

Pero existe, a un mismo tiempo, sensibilización dolorífica, que revela el esfuerzo de nuevas adaptaciones, el tormento de un ser que gime bajo el peso de violentos desplazamientos biológicos, la rebelión de un funcionamiento orgánico no habituado y que no sabe doblegarse a las exigencias que un psiquismo preponderante impone, en la improvisada dilatación de sus potencialidades. Si hoy él parece un débil, acumula en sí cualidades y poderes espirituales que lo admitirán un día entre los futuros dominadores del mundo, en tanto que a los equilibrados, a los normales en el ciclo de las funciones animales, les quedará -por natural selección- la función de siervos. Si presenta una tendencia a volverse neurasténico, es temperamento de vanguardia que asume el riesgo de la preparación de las verdades futuras y cumple una importante función en el equilibrio de la vida. Si en su misma emotividad y afectividad, demasiado intensas, en la exaltación de su inteligencia y sensibilidad, en su moral exquisita, hay algo de ultrarrefinado -como de raza aristocrática que, por ser harto madura, agoniza y muere- socialmente es un fermento precioso de sensibilidad y actividad, una chispa de vida en medio de la masa de mediocres, donde la inercia predomina y la vida sólo sabe mantenerse y reproducirse, cerrada en el ciclo de sus funciones animales.

Y estos seres delicados han sido y siguen siendo constreñidos a vivir en el mundo de todos; ¡cuán pavorosa sacudida puede constituir para ellos la lucha, que el tipo común -carente de escrúpulos y de sensibilidad- conduce de modo tan brutal! Ellos son generosos y honestos, no son capaces de prostituir a diario el alma en aras de la ventaja inmediata; viven de lo que el mundo ha de ver unos milenios después, y pagan caro su propia superioridad. El dolor -camino de las grandes ascensiones- es su compañero más cercano. En ellos, la naturaleza humana, que muere para dar vida al psiquismo superhumano, sufre el martirio de la agonía, y con una intensa afectividad, incomprensible para los normales, implora desesperadamente ayuda para no morir. El mundo ríe, mas ya ha sido marcado por la palabra del Grande entre los grandes: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”; el hombre juzgado inconsciente, triste patrimonio la normalidad. Y mientras más grande es el espíritu, más fuerte lo sabe golpear el dolor para su ascensión. Es ley de la naturaleza que las grandes creaciones sean hijas de los grandes dolores, que el proceso de las creaciones biológicas, que es el más fecundo, sea el más laborioso, el más henchido de fatigas; y ¿qué trabajo mayor que el de vencer la inercia biológica y superar, en el atavismo, el impulso de fuerzas milenarias?

Es muy grave -para quien vive en este mundo y de tales trabajos- el deber agregar, a la lucha externa de todos, la tensión de esas grandes guerras interiores, y el contener en el mismo centro de sí, en lugar de un cerebro aliado y amigo, que le ayude en la conquista material, un cerebro con metas diversas, que no secunda sino que agrede a la vida, transforma su trabajo, complica sus obstáculos, aumenta el sufrimiento y añade, a las dificultades del mundo exterior, el enorme peso del drama interno, ya por sí suficiente para aplastar a un hombre. ¿En qué tremendo problema se convertirá una vida así, suspendida entre la lucha externa y la interior, ambas sin tregua? El desplazamiento de las aspiraciones humanas y el derrumbarse de los valores comunes aísla y sacude; la realidad sensorial insulta el sacrificio, el presente no quiere morir por el mañana, el cuerpo por el espíritu, lo tangible por lo imponderable. Constituye una tarea considerable el desplazamiento de los ejes de la vida y la revalorización de sí en un nivel más elevado, la construcción de un alma nueva.

A este ser le dice la ciencia: psicópata. Existe, sin duda, una neurosis patológica, de síndrome clínico más o menos evidente, en que precisamente se exalta el tono del dolor y de la sensibilidad; pero harto a menudo ha querido la ciencia reducir a esto un número de fenómenos que pertenecen a lo supernormal, así como a ciertos maravillosos desquites de la naturaleza, que el espíritu sublimiza provocando un agigantamiento de manifestaciones intelectuales en el corazón de una psiquis tormentosa. Ha desvalorizado de tal suerte un tipo humano que puede tener una función en la economía de la vida social y con su incomprensión, la ciencia ha trastrocado la misión que le compete, la cual es valorizar las fuerzas de la vida. Constituye una gran responsabilidad, para quien habla autorizadamente desde la cátedra, el no saber ver estas más altas fases de la evolución biológica, a la que, sin embargo, valerosamente defiende; el haber comprendido esta última, que es un fragmento de verdad, sólo para rebajar luego el espíritu al nivel del cuerpo, y no para elevar al hombre a dignidad espiritual.

Ha llegado la hora de que tal organismo de intelectuales y de conocimiento que recibe el nombre de ciencia, si quiere en verdad ser ciencia, asuma la guía consciente de este gran fenómeno que es la evolución; en lugar de perderse en estériles rivalidades de dominio, que asuma la dirección de la selección humana y eduque al hombre para una conciencia eugenésica, creando la cualidad antes que la cantidad; que se eleve a la dirección inteligente de las fuerzas naturales que es donde se hallan las premisas de la felicidad del individuo y de la raza.

Aprended a comprender la vida como una inmigración espiritual del más allá. Purgando el ambiente espiritual, la Tierra se volverá automáticamente inhabitable para los seres involucionados, y los destinos más atroces permanecerán, espontáneamente, en los mundos inferiores. Es necesaria una profilaxis moral contra todo cuanto sea colectivamente antivital. Sólo una conciencia de las lejanísimas ventajas de raza, un altruismo ponderado y consciente pueden disminuir de manera progresiva la patogénesis que ninguna terapéutica a posteriori será capaz de corregir. Si el dolor puede ser redención, no por ello han de sembrarse sus causas.

Que la ciencia conquiste el *concepto científico de virtud*, se embellezca con él y al mismo tiempo delinee su figura racional. Y cuando el supertipo biológico aparezca de modo esporádico, que no lo considere un elemento antivital, sino que por el contrario ayude a su transformismo; que tienda una mano benévola a seres que sufren y luchan solos por la creación de una raza nueva; que valorice estos recursos que pueden ser de la mayor importancia para la progresiva domesticación de la bestia humana, cuando no bastan religiones ni leyes para quitarle su ferocidad. La clase de aquellos que piensan, en todos los campos, *tiene el deber de guiar el mundo*, el deber de cumplir su propia función de central psíquica del organismo colectivo, el deber de hacerse intérprete de la Ley e indicar el camino, para que la sociedad y sus dirigentes lo sepan y lo sigan. Si no se secunda el estallido de las pasiones que traen consigo el bien, la fe y el valor, si no se comprende a quien guía al hombre en la áspera senda de sus ascensos, si no se acepta todo cuanto cementa la convivencia social, ¿qué haréis en nombre de la civilización y del progreso, para que los ideales no constituyan solamente sueños?

LXXXV

PSIQUISMO Y DEGRADACIÓN BIOLÓGICA

La figura del superhombre representa el punto de llegada de la evolución del universo trifásico comprendido en vuestro mundo concebible. La vida ha completado su más alto producto, la potencia que sintetiza a todo el pasado. Pero ya la ciencia, en sus aproximaciones entre genio y neurosis, había tenido el presentimiento de una ley

profunda que vuelve a este límite extremo, manifestándose como un cansancio de la vida, una tendencia propia a decaer tras agotarse su función creadora. Observemos el fenómeno. Hemos hablado de renuncia, de superaciones de animalidad que condicionan la afirmación del psiquismo, de una especie de complemento entre el impulso destructor de la naturaleza humana inferior y el impulso constructivo de los instintos espirituales del superhombre, de una especie de inversión en el paso del primero al segundo momento de evolución: fase animal y fase psíquica. Demos ahora la explicación científica de estos fenómenos de carácter místico.

Así como en la *desintegración atómica* existe un disolverse de la materia en cuanto materia, en el ápice del recorrido de la fase γ, y así como en la *degradación dinámica* hay una disolución de la energía como energía, en el ápice del recorrido de la fase β, del mismo modo en la evolución existe una *degradación biológica* paralela, según la cual la vida como vida se disuelve, no bien se ha operado la génesis de su producto, α. Alcanzada esta creación de conciencia, la evolución se asoma a las puertas de nuevas dimensiones -hoy superconcebibles para la normalidad-, sobre el umbral de un nuevo universo trifásico.

Es fenómeno de común y continua constatación este de la degradación biológica, *de un progresivo cansancio en el fenómeno de la vida*, de un envejecer en el individuo, en la raza y en la civilización, que es un agotamiento profundo del ciclo de toda unidad. Cada cual tiene su jornada, su aurora y ocaso; todo ser vive tan sólo a costa de envejecer. *La vida no puede existir sino al precio de una degradación dinámica constante.* En las especies, cuanto más simple es el individuo, tanto más violento es el ritmo de su reproducción, así como en el individuo, cuanto más joven es la vida, tanto más activo es su recambio orgánico. En pocas horas dan los bacilos centenares y centenares de generaciones de individuos; cuanto más cerca está la vida de sus orígenes y más próxima se halla al nivel de sus estructuras primordiales, tanto más débil es en sus construcciones, y más proporcionalmente veloz en su recambio de vida y de muerte. Pero esta fragilidad de construcciones no constituye muerte ni debilidad; es, por el contrario, una agilidad por entero juvenil, una flexibilidad y potencia de adaptación, una frescura de fuerzas que defienden y garantizan la supervivencia. Con la evolución biológica se torna luego más compleja la estructura orgánica y más complicadas se vuelven las exigencias de la vida, más difícil se hace su defensa, y menores serían las probabilidades de supervivencia individual, si no se desarrollase, paralelamente al proceso vital, una sabiduría protectora, un psiquismo dominador de los fines cada vez más complejos por alcanzar. La misma evolución no podría

alcanzar una forma de estructura orgánica más compleja, si no hubiese realizado antes -y sólo en tanto que ha realizado- un más profundo psiquismo que rige a dicha estructura.

Existe como *una liberación progresiva de la rapidez y fragilidad del ritmo de la vida y la muerte,* una formación de equilibrios cada vez más complejos y, al mismo tiempo, más estables. La alterna vicisitud del nacimiento y la muerte disminuye su ritmo, se distiende el paso de la onda de la vida entre vértice y hondura, existe una tendencia progresiva a la extinción de la forma, precisamente como vimos en β extinguirse la onda por progresiva extensión de longitud y disminución de frecuencia vibratoria. También en la vida *tiende la onda a extinguirse*: degradación universal inherente al proceso evolutivo, la cual puede daros la razón íntima de muchos fenómenos. Del modo que la energía envejecía hacia tipos de vibración más lenta y de longitud de onda más extensa, asimismo en el fenómeno biológico, idéntico proceso de degradación lleva a una *extinción de potencia vital*. Retornos paralelos, en la culminación de toda fase; momento de degradación que es inherente al desarrollo del fenómeno evolutivo.

Igual fenómeno de extinción de la onda vital ocurre en el individuo. En su juventud, todo es exuberancia de fuerzas vitales, marcadísimas las capacidades reconstructivas del recambio, mayor la maleabilidad y adaptabilidad al ambiente, activísimo todo el dinamismo orgánico, que constituye un indisciplinado y violento desencadenarse de fuerzas primordiales. Luego, todo ello se agota en el choque de las pruebas, se extingue como dinamismo vital, transformándose en un dinamismo más sutil, de carácter psíquico. De aquella explosión sobrevive una conciencia, una potencia diversa de juicio, que antes no existía y que sólo poseen los maduros.

Nada se destruye, pues, ni para el individuo ni para la raza, sino que todo en la substancia se transforma y resurge con indumentaria distinta. Como en la desintegración atómica la materia no muere sino que renace como energía, y en la degradación dinámica tampoco muere la energía sino que se apresta a la génesis de la vida, así, en la degradación biológica, la vida no muere más que como vida, puesto que *su desgaste condiciona la génesis del psiquismo*. Siempre y por doquier la substancia renace en forma diferente. Se trata en todos los casos del mismo fenómeno, que se os aparece como una destrucción y un desaparecer de forma para vuestros sentidos y medios de indagación, y que en realidad no constituye desaparición ni fin, sino que es sólo un cambio de forma, una anulación -como siempre- meramente en lo relativo. El fenómeno de la degradación biológica *no es por lo tanto extinción. Nunca envejece*

nada substancialmente en la senilidad del hombre tanto como en la de la raza y especie; simplemente, la substancia se transforma en la fase α, el espíritu, y realiza su más elevada creación en vuestro universo. Como siempre, la muerte de una forma, condiciona, también aquí, el nacimiento de otra forma superior. *Degradación biológica no es, por consiguiente, demolición, sino ascensión.*

He aquí el significado científico de aquella necesidad de demolición de la naturaleza animal inferior, que condiciona el ascenso espiritual. Sólo en este encuadramiento universal de conceptos se puede definir el *significado científico de la virtud*: norma evolutiva, vía de las ascensiones biológicas en la culminación del psiquismo; y resulta posible hablar de una *ética racional* que esté en relación con toda la fenomenología universal. En dicha ética, el que sigue la virtud es bueno y laudable, porque continúa en la dirección del transformismo, que constituye la esencia del universo. Ya lo hemos dicho: bien = evolución, o sea, dirección positiva ascensional; mal = involución, vale decir, inversión del movimiento y de los valores.

Nada se destruye. Lo que se pierde en cantidad de energía se vuelve a adquirir en calidad; se pierden las características de la vida sólo para conquistar las del psiquismo. Si el ambiente impone, al principio dinámico de la vida, una continua dispersión de fuerzas, también *elabora aquel principio* que absorbe del ambiente y hace suyas todas las experiencias. Y si la vida, a fuerza de progresivos aumentos de desequilibrio en el equilibrio del recambio, termina por resultar vencida, hay asimismo una *reconstrucción más en lo alto,* paralela y constante, y tal renacimiento es progresivo y proporcional al refinamiento orgánico (superación de la vida animal, renuncia, virtud) que la prepara y condiciona, como se condicionan dos fenómenos inversos y complementarios. La degradación de la vida no constituye, pues, una enfermedad senil individual o de especie; antes bien, es un proceso evolutivo normal, que posee una verdadera función biológica creadora. El fruto senil del psiquismo, el refinamiento del sentir hasta la pseudoneurosis del superhombre, no es producto de decadencia, aun cuando pueda parecer tal a los pueblos niños, fecundos y batalladores. El equilibrio biológico selectivo determinado por la mujer, que anhela dar a luz, y por el hombre, que quiere, aunque sólo sea por la victoria, hacer la guerra y matar, se supera hacia más perfectas formas de vida, cuya consecución es la aspiración mayor de los pueblos jóvenes, a la cual tienden fatalmente, así como la juventud a la vejez.

Desde tal punto de vista elevado, los fenómenos de senilidad del individuo tanto como de las civilizaciones, adquieren un significado por entero diverso. *La degradación de*

las formas biológicas tiene la función específica de madurar la aparición de las formas psíquicas, y existe siempre *una proporción inversa entre las unas y las otras;* allí donde la potencia vital es máxima, la potencia psíquica es mínima, está en sus primeros albores. Con la evolución, la potencia vital tiende a debilitarse, pero la psíquica se vuelve cada vez más amplia y evidente. Así el individuo como la raza valen entonces inmensamente más como cualidades, aunque su ritmo reproductivo disminuya y la cantidad decrezca. Es ley de la naturaleza que los pueblos civilizados se reproduzcan menos.

De consiguiente, no constituye decadencia el presunto debilitarse de las civilizaciones maduras. Naturalmente que todo valor mayor debe ser pagado. *En la degradación de las civilizaciones*, si los pueblos envejecen, su alma madura a través de las experiencias de la vida colectiva; y cuando una civilización cae, nada muere en sentido absoluto, sino que veis que ella ha producido una flor delicada y espléndida que se recoge y que es el germen precioso de las civilizaciones futuras. Además de la supervivencia de los individuos, que retornan luego a la Tierra maduros, aptos para reemprender el mismo ciclo de civilización que ha de llevarlos más alto, también sobrevive en vuestro mundo una potencia de concepto sin la cual la fuerza creadora de los jóvenes no se fecundaría, errando ellos, inseguros.

El producto de tanto trabajo experimental es destilado en unos pocos principios que poseen la fuerza suficiente para levantar una nueva civilización. El pasado nunca muere y resurge siempre, indestructible. Todas las conquistas espirituales realizadas permanecen en el mundo como fuerza real y activa, base de nuevos impulsos, eterno testimonio e índice que mide la evolución verificada. No será, pues, decadencia el envejecimiento individual, si se sabe revivir renaciendo de continuo en el espíritu. Cansancio y vejez son momentos *normales* del recambio de la vida, en los que se revela la maduración del fenómeno biológico, sin ningún consumo ni desgaste dinámico substancial.

Sólo así es posible darse cuenta profundamente del fenómeno según el cual la vida produce conciencia. No bastaba haber explicado el mecanismo de la formación de los instintos y de la estratificación de las experiencias. La degradación biológica constituye parte integrante del fenómeno evolutivo y *existe como condición del proceso genético del psiquismo.* De la manera que la evolución dinámica impone un proceso de degradación de la energía, así la evolución biológica implica un proceso de degradación del fenómeno "vida". Obra en estos fenómenos idéntico principio de

agotamiento del impulso originario, un decrecimiento de las cualidades cinéticas, del potencial sensible de las formas. El proceso evolutivo implica, en tal sentido, una degradación progresiva de potencial. En la naturaleza del transformismo evolutivo está la razón profunda de estos fenómenos. El mismo extinguimiento cinético progresivo en la fase "energía" hacia "vida", así como en la fase "vida" hacia "espíritu", no es sino la característica constante y substancial del fenómeno evolutivo. Ello, porque la evolución, reducida a su substancia fundamental, es movimiento, vale decir, *un proceso de descentralización cinética,* una expansión del principio cinético, que se dilata del centro a la periferia, una acción que opera a través del agotarse de un impulso, que es hijo de otro impulso involutivo precedente e inverso de concentración cinética y de condensación dinámica, de centralización de potencial de la substancia, a que ahora se contrapone el proceso inverso de ascenso.

De suerte que la energía tiende ahora precisamente, a la difusión, porque vuestro universo se halla en período evolutivo, en tanto que en el período inverso anterior tendía y se dirigía a la centralización (condensación de las nebulosas). La evolución, o su invertirse en lo negativo (involución), es un camino inviolable, porque constituye la dirección del devenir de la substancia, que se manifiesta en lo relativo. De ahí que todo fenómeno sea irreversible.

LXXXVI

CONCLUSIONES - EQUILIBRIOS Y VIRTUDES SOCIALES

Es en el campo en que ahora nos movemos, el de las conclusiones, donde podéis pesar el valor de mi sistema ético, no sólo desde un punto de vista científico y racional, sino también desde un punto de vista *práctico y utilitario*.

La concepción del *dolor-redención* es una gran ayuda moral, su transformación de instrumento de castigo en medio constructivo, su utilización en la conquista moral, tiene el mérito de la revalorización de una recusación, diré más, de un daño, que la civilización no ha sabido suprimir. Sistema ético que infunde valor y optimismo

incluso en los casos más dolorosos, constructivo hasta en los casos más desesperados. La concepción del *trabajo-deber* y *trabajo-misión*, del trabajo función biológica constructiva y función social -substituido al imperante de trabajo-condena de los desheredados y trabajo-ganancia-, necesidad moral antes que necesidad económica, tiene una potencia enorme de cohesión social. La totalidad de mis afirmaciones acerca del significado de la renuncia, de la evolución de las pasiones y del amor, además de representar un fermento de elevación del nivel individual, forman la base de las virtudes reconocidas y resuelven todos los tan difíciles problemas de la convivencia; son también, así, ciencia de relaciones sociales, y significan formación de conciencia colectiva; impelen al funcionamiento y a la constitución de un organismo cada vez más compacto: la sociedad humana. Por esto ellas son de interés inmediato para el derecho público y privado y pueden servir de base a una substancial *filosofía del derecho*. Un principio de justicia he planteado en mi sistema de base científica del funcionamiento del universo; en el dominio de lo social significa orden, respeto a la autoridad, a la que sólo compete -con responsabilidad plena- la propia función directiva; en el campo moral, esto significa honradez, rectitud de motivaciones y acciones. La desigualdad de las riquezas y posiciones sociales no es injusticia, sino tan sólo una diversa distribución de diversos trabajos por especialización de tipos individuales. Pues que toda la sociedad humana, se quiera o no, es un organismo en formación donde *todos, indistintamente, obedecen* a una función propia que es la única que justifica la vida. Las virtudes pueden constituir esfuerzo, pero es el esfuerzo de asimilación que ha de transformarlas en instintos y, por ende, en necesidad; y tal será la característica del superhombre futuro.

Hablo al que medita y lo hago en tiempos de gran miseria moral, no obstante haberse encendido ya la antorcha de la resurrección. La naturaleza de este escrito sintético no me permite descender a los detalles. Mas he delineado todo el organismo lógico de los principios, y en él se halla contenida toda consecuencia, por lo que la deducción es automática. En la vastedad de la visión universal he puesto en alto la meta del superhombre, pero me he dado cuenta de las condiciones de hecho que la psicología dominante del tipo común impone, y no he pedido a este tipo más que las primeras aproximaciones; he definido su posición y, por consiguiente, su trabajo en el camino evolutivo, indicando, por otra parte, a los más evolucionados los trabajos más altos, a fin de que cada cual encuentre su camino y su norma en la vía de las ascensiones humanas.

En lo Alto, cual luminoso faro, he puesto el espíritu del Evangelio, la más elevada expresión de la Ley en vuestro mundo concebible, cuya comprensión significará la realización del Reino de Dios, y para acercarse a esta realización cada vez más luchan todos los hombres en la diuturna fatiga de la vida. Religión sintética del porvenir, hecha de fuerza de espíritu y de bondad, mi sistema acepta fraternalmente a toda fe siempre que sea tal, y a ninguna condena, siempre que sea sincera y se halle en su puesto. La ciencia toda es llamada para que preste su apoyo, y me he servido ampliamente de ella a fin de reforzar las afirmaciones del espíritu. Hemos superado la totalidad de los preconceptos exclusivistas que derivan de intereses de casta, de nación y de raza. Mi sistema tiene sus raíces en la eternidad; ha de ser universal para sobrevivir en el tiempo, y no tener límites de espacio. Es verdadero, pues, en todas partes; hablo a todos los pueblos y naciones de todos los tiempos, para que cada cual encuentre en mi sistema su posición y su senda de evolución. Soy espíritu, no materia; soy substancia, no forma. Estas conclusiones no tienden, por lo tanto, a concretarse en ninguna forma propia de organización humana, sino a introducirse en las existentes, para fecundarlas y enriquecerlas, para levantar a las que descienden por las vías del mal, y resplandecer en aquellas otras que en el campo político, religioso, científico, artístico, ascienden laboriosamente hacia la luz del bien.

Pido sólo una gran sinceridad de alma, un sentido profundo de rectitud, una voluntad resuelta a mejorarse. La sociedad no podrá sentirse sino beneficiada por estas afirmaciones, sin duda fecundas para el progreso individual y colectivo. Aquí no se parte del apriorismo de uno u otro sistema político para anteponerlo e imponerlo. Una visión universal no es posible que descienda al terreno de las competencias humanas, una verdad universal no puede constreñirse dentro de los límites de verdades menores, relativas a un pueblo y a un momento de su evolución. Pero, cualquiera será capaz de ver que en este sistema entran de manera *espontánea* todas las concepciones políticas sanas, productivas y sinceras, todos aquellos regímenes de orden en que los pueblos retoman la ruta del ascenso y reencuentran la conciencia de la vida. De dichos sistemas políticos sanos y productivos la presente síntesis constituye la base natural, el fundamento más sólido y más vasto, *la concepción única necesaria* para que no queden aislados en el tiempo, sino que se relacionen, como funcionamiento de una sociedad, con el funcionamiento orgánico del universo.

Mi ética racional y científica ha trazado ya las grandes sendas de la vida individual, y ahora las trazará en el *campo social*. Ella no impone ni obliga. Es *racional*, o sea que presume hablar a seres razonables, como los hombres modernos pretenden ser. No

invoca ella los rayos de Júpiter ni las iras de un Dios vengativo; indica, simplemente, las reacciones *naturales e inevitables* de una Ley íntima inviolable, perfecta, supremamente justa. El hombre que se mueve en su seno es dueño de hacer hasta el infinito -con su bajeza- absurdo e inaplicable el Evangelio de Cristo, mas no es dueño en cambio, de alejar de sí toda la herencia de dolores que su nivel inferior de vida implica y le impone. Os he dado la clave de todos los misterios. Si ahora queréis ser malos (y lo podéis, porque la libertad es sagrada), para vosotros serán, inexorablemente las consecuencias, porque la ley de causalidad (responsabilidad) es inviolable.

Todo el zumo práctico de esta síntesis podría condensarse en las siguientes palabras: si la evolución significa conquista de conciencia, de libertad, de felicidad, e involución significa lo contrario, *en la bajeza de vuestra naturaleza humana reside la causa de todos los males, y en la ascensión espiritual todo remedio*. La aspiración a la alegría es justa, y la felicidad puede existir; sólo que es necesario disponerse al trabajo de ganársela. El Evangelio es una senda espinosa, mas únicamente por ella resulta posible alcanzar en verdad el paraíso, incluso en la Tierra.

Toda la concepción actual de la vida se encuentra aquí desplazada y os obliga vuestra ciencia -en cuyo lenguaje he hablado siempre- a comprender y realizar por coherencia tal desplazamiento. He tenido presente, en todo momento, el tipo de hombre que predomina y la inutilidad de apelar, en muchísimos casos, a los sentimientos de fe y de bondad. He realizado, por esto, la ingrata tarea de constreñir la grandiosa belleza del universo a los términos de una racionalidad restringida. Debéis ahora concebir la vida y sus incidencias no ya como el efecto inmediato de fuerzas movidas por vuestra voluntad presente, sino *como una sucesión lógica e inteligente de impulsos, conectados en el tiempo y en el espacio con todo el funcionamiento orgánico del universo*. No hay zonas caóticas de usurpación. Cada vida entraña un impulso; *el destino tiene un método racional en el lanzamiento de sus pruebas*, y para comprenderlo habéis de habituaros a concebir los efectos a largo plazo, en vuestra vida eterna y no en el instante presente, en que veis resurgir, de otro modo, inexplicables efectos de causas ignotas.

Existen destinos de alegría y destinos de dolor; los hay incoloros y asimismo titánicos; hay ofensas profundas a la Ley, que se estamparon en el tiempo y, pesando inexorables, quiebran una vida. Os he demostrado que es inútil embestir contra las causas próximas, pero que se hace preciso recoger y llevar el propio fardo. Es inútil la rebelión, la ira, la envidia de otras posiciones sociales, el odio de clase; pues que toda

posición es siempre la justa, *es la mejor para el propio progreso*. Os he demostrado la presencia de una justicia substancial no obstante todas las injusticias humanas, las cuales no son sino exteriores y aparentes. Así, cada cual sabrá hallarse contento con su estado y disponerse a laborar en las condiciones en que el destino hubo de colocarlo. El establecimiento de una vida ocurre, para vosotros, *fuera de la voluntad y de la conciencia* del individuo; la llevan a cabo las fuerzas de la Ley; y si no fuese así *¿quién os induciría -sin posibilidad de fuga- a soportar las pruebas necesarias para vuestro progreso?* Quien ignora, no puede influir sobre lo substancial.

Entonces, en lugar de acometer al rico, sólo por no poder imitar sus culpas, en vez de malgastar la vida en inútil agresividad desorganizada, ¡qué fuerza de cohesión social representará esta idea de una Ley Suprema que distribuye el dolor y el trabajo con justicia a todos, en todas las posiciones y en formas diversas! ¡Qué reconfortante fraternización será entonces la vida! Ello no significa pasividad, sino, conciencia; no es la virtud de sufrirlo todo sin reaccionar, sino la de saber soportar un dolor merecido, para aprender, sobre todo, a no sembrar de nuevo sus causas. Se desplaza el centro de vuestro juicio sobre las posiciones humanas. ¡Ay del que se encuentre a sus anchas en el ambiente terrestre! Ello quiere decir que allí está el equilibrio de su peso específico espiritual. Bienaventurados aquellos que allí sufren, que tienen hambre de bondad y de justicia, porque ascenderán, encontrando más arriba su propio equilibrio. El que sufre, regocíjese, porque será liberado; y compadezca al que disfruta, porque éste, a la larga, volverá al ciclo de las humanas miserias.

Repitamos con el Evangelio: "¡Bienaventurados los perseguidos! ¡Ay de vosotros, los que sois aplaudidos por los hombres! ¡Bienaventurados aquellos que lloran, porque serán consolados! ¡Ay de vosotros, los que reís ahora, pues que un día lloraréis y gemiréis!".

Estos conceptos llevan un sentido de orden al enredo insoluble de los destinos humanos, calman las divergencias sociales, consolidan la convivencia, representan una fuerza creadora de aquellas unidades colectivas superiores que son la sociedad y las naciones. Es ésta la creación más elevada de la evolución, y nosotros nos ocupamos de ella, precisamente, en el ápice del tratado, como conclusión máxima. Estas normas, que forman la tabla de las virtudes (los más altos valores) individuales en cuanto determinan la evolución de la conciencia del individuo, representan asimismo las virtudes (los más altos valores) colectivas. Pues si la virtud es siempre la norma que más impulsa en el camino de la evolución (y, por lo tanto, la cosa más preciosa, porque

responde al interés máximo), representa el impulso constructor de la organización social y de la conciencia colectiva. En consecuencia, no sólo el superhombre sino además la *superhumanidad*, no meramente la fiesta espiritual de la superación biológica en el individuo, sino una sabiduría práctica constructiva de vida social. Los caminos de la ascensión individual que he trazado tienen, precisamente, la función de preparar al hombre para que sepa vivir en sociedades, en naciones, en Estados, y ello, porque estas unidades superiores no podrán existir sino cuando se haya verificado la formación completa de la célula componente. Es en dicha función colectiva en la que la conciencia del individuo se enriquece con una ciencia de relaciones de un nuevo orden de virtudes, que impulsan la evolución colectiva; esta es precisamente la característica básica del concepto de virtud, desde el punto de vista social.

LXXXVII

LA DIVINA PROVIDENCIA

En tal orden de ideas, si existe un puesto para la inconsciencia individual, no lo hay para la inconsciencia del Creador; en cualquier caso, incluso en el destino más atroz, podéis creer en la ignorancia y maldad de los hombres, pero nunca podréis creer en la insipiencia y la maldad de Dios. Es inútil emprenderla contra quien personifica las causas próximas al dolor. Se trata, a menudo, de instrumentos ignaros, por consecuencia no responsables, movidos en cambio por causas vuestras, lejanas y profundas. La vida es gigantesca batalla de fuerzas que se hace preciso comprender, analizar y calcular. Nadie puede invadir el destino ajeno; sólo en el propio podrá sembrar locamente alegrías y dolores. Una vida tan substancialmente perfecta no es posible que exista a merced de un capricho y de la loca alegría de atormentarse mutuamente. No tiene sentido, en dicho orden de ideas, el maldecir y el rebelarse, tanto más cuanto que ello nada cambia, antes agrava incluso el mal; mejor es rogar y comprender, puesto que el dolor no cesará sino una vez aprendida la lección que justifica su presencia.

En este orden de ideas está situado, lógicamente, el concepto de una *Divina Providencia*, como hecho objetivo y científicamente demostrable. Si registráis por grandes series el desarrollo de los destinos individuales, en el número resultará una ley en que aparece evidente la intervención de una fuerza superior a la voluntad y al conocimiento individuales. El hombre se comporta en cambio, como si se hallara solo, aislado en el espacio y en el tiempo; su ignorancia de la Gran Ley que todo lo rige le hace creer que vive en un caos de impulsos desordenados, abandonado a sus solas fuerzas, su única ley y ayuda. Su egoísmo constituye un "sálvese quien pueda" de todos contra todos; y el hombre queda solo, átomo perdido en el gran mar de los fenómenos, en el terror de ser triturado por fuerzas gigantescas, agitando, para defenderse, sus débiles brazos, pequeña luz en medio de las tinieblas. Entonces él se refugia en la inconsciencia del "carpe diem", que es la filosofía de la desesperación; ceguera intelectual y moral que ha dejado intacta una ciencia que no concluye.

Ceguera e inconsciencia, puesto que en un universo donde todo grita causalidad, orden, indestructibilidad; en el que todo es función, equilibrio automático y justicia; donde está ligado todo por una red de reacciones, constreñido en el funcionamiento del gran organismo; en el que todo tiene una razón y una consecuencia lógica, y es absurda cualquier anulación, ya sea en el ámbito físico o en el moral, es locura creer en la posibilidad de una violencia, usurpación, injusticia, a menos que el hombre lo quiera y que él -que no constituye sino un punto en el infinito- pueda imponer su propia voluntad modificando la Ley universal.

Con la demostración científica del orden soberano, os he puesto hoy en el dilema: o negar, aceptando la inconsciencia, creando en torno de vosotros un mundo caótico, donde os encontráis solos con vuestras fuerzas contra todos los fenómenos, rebeldes ridículos y tristes, perdidos en un mar de sombras; o bien, comprender y avanzar, encuadrados en el gran movimiento, cual soldados de un ejército en marcha. La presencia de un orden supremo resulta aquí ya demostrada; por ende, *el hombre no puede existir sino sumergido en la Gran Ley Divina*. Esto pone en lo absurdo a toda culpa y bajeza, y hace altamente utilitaria la senda de las virtudes. *Todo cuanto existe nace con su ley, constituye la expresión de una ley, no puede existir* si no es como desarrollo de un principio, *siguiendo una ley*. Encontraréis siempre una ley en toda forma, siendo su alma, su substancia, única realidad constante a través de todas las transformaciones de la ilusión exterior. La forma corre sin cesar tras esta ley, que la guía y la cambia para convertirse en acto. Todo momento resume el pasado y contiene la línea del porvenir; de la misma manera que en los organismo físicos, así ocurre en

vuestro organismo psíquico. El equilibrio os ha sostenido hasta aquí, en el presente, a lo largo del viaje hacia la eternidad; os sostiene y guía ahora hacia el futuro, sabiendo y queriendo antes que vosotros y fuera de vuestra voluntad y conciencia.

Es necesario substituir el limitadísimo concepto de vuestra fuerza individual, conductora de los acontecimientos, por el concepto vastísimo de una justicia que impone en el destino su equilibrio y sus compensaciones. En su seno, violencia y usurpación son absurdos anticipos de un instante, que habrán de pagarse después con exactitud matemática; en su seno está presente y obra la *Divina Providencia*. No una providencia en el sentido de guía personal por parte de la Divinidad, de ayuda arbitraria y no merecida que es posible solicitar y que puede ahorrarnos el obligado esfuerzo de la vida; sino una providencia como momento de la Gran Ley, cargada de equilibrio, sujeta al mérito, protegida por continuas compensaciones que levantan al que cae si ha merecido subir y aplastan al que sube si ha merecido caer. Constituye un principio de orden, una fuerza de nivelación que ayuda al débil y reemplaza al impulso de la prepotencia humana por esa fuerza mucho más sutil, real y potente, que es la justicia.

La Divina Providencia representa en acción dicha fuerza mayor que es la justicia, no sólo para elevar sino también para abatir. Y por una ley espontánea de equilibrio la veréis dosificar las pruebas para que éstas no superen las fuerzas, la veréis erigirse gigantesca para proteger al humilde indefenso y honesto a quien el hollar humano querría derribar; la veréis cómo da al que merece y quita al que abusa, y premia y castiga, distribuyendo más allá de las reparticiones humanas[(1)].

Temblad, vencedores por la fuerza humana, frente a la potencia de la justicia que mueve al universo entero, y vosotros, los débiles, no creáis que la Providencia sea inercia ni fatalismo, ni amiga de los perezosos; no esperéis que esta fuerza os ahorre la sagrada fatiga de vuestra evolución. Concepto de justicia y trabajo, concepto científico del mundo fenoménico, no es base de un alejamiento gratuito de sanciones de dolor, sino que significa derecho a un mínimo indispensable sobre las fuerzas humanas para ascender en el fatigante camino de la vida, significa merecidos y necesarios descansos, y no ocios gratuitos y perennes, como se quisiera.

[(1)] El problema de la Divina Providencia es estudiado más particularmente en el volumen del mismo autor: *"La Nueva Civilización del III Milenio"*, V. cap. XI "La Economía del Evolucionado". (N. del T.)

Nada más falso que la identificación de la Providencia con un estado de inercia y espera pasiva; esto es invención de ilusos holgazanes, es explotación de los principios divinos. Se halla presente al levantar al hombre cuyas fuerzas flaquean en la lucha, así como al abatir al rebelde, aunque sea gigante; pero es activa, sobre todo, en el justo que quiere el bien y que con su esfuerzo lo impone. Entonces, el que está inerme de las fuerzas humanas, sin apoyos ni medios, tendrá en su puño las más altas fuerzas de la vida, y las tempestades del mundo se calmarán, doblegándose los grandes, pues él personifica la Ley y su orden. Y mientras vosotros quedáis solos en la lucha, abandonados únicamente a vuestras pobres fuerzas, él, situado en la profunda organicidad de lo real, las recoge de todo el infinito. Si parece abandonado y derrotado, una voz le grita: ¡no estás solo! Puede expresar entonces la gran palabra, en la que el universo resuena: os hablo en nombre de Dios.

LXXXVIII

FUERZA Y JUSTICIA - LA GÉNESIS DEL DERECHO

Hemos aludido a una evolución de las leyes de la vida en que el principio de la fuerza se transforma -en la colectividad- en el principio del derecho y de la justicia. Del modo que la evolución transforma el dolor y el amor, dilata la libertad y la felicidad, y en el transformar al individuo transforma su ley, así también en el campo social la evolución significa ascensión de la colectividad y de la ley que la rige. La transición de la animalidad a la superhumanidad significa asimismo maduración profunda del fenómeno social en la totalidad de sus manifestaciones. Las normas de superación que la humanidad se impone en la educación y a las que denomina virtud, si permiten al individuo evolucionar, al mismo tiempo lo hacen cada vez más apto para la convivencia en unidades progresivamente más vastas y orgánicas. Así como individualmente la meta de la evolución es el superhombre, colectivamente, su meta es la construcción del organismo social hasta el caso límite de la superhumanidad. Sólo en una colectividad puede alcanzar el superhombre su completa realización.

Paralela a la marcha del individuo existe, por tanto, la ascensión de esta individualidad más amplia que, combinando sus elementos, elaborando sus células, conquista -laboriosamente también ella, como el individuo- su conciencia, construyendo su psiquismo: el alma colectiva. Agotados los problemas del individuo, observemos ahora estos otros más complejos, de la evolución social.

En la evolución que el hombre cumple por sí, se lleva a cabo también la de la colectividad de que es él la primera y más sólida base. La unidad social posee una sensibilidad propia en que se mira y se siente a sí misma en cada uno de sus puntos y elementos constitutivos. El principio del egoísmo y de la fuerza, que domina en el tipo primitivo, es lo más disgregador y anticonstructivo de las estructuras sociales que en éstas puede existir. Pero la evolución, acuciante tanto en la colectividad como en el individuo, posee en su seno impulsos de autoeliminación del egoísmo y de la fuerza. Así, de la manera que se asciende de tipo en tipo individualmente, así también se transforman los mundos y sus leyes. *En el mundo subhumano*, la bestia y el hombre inferior llevan inscritos en sus feroces instintos los artículos de esta ley. Allí, cada ser no es capaz de existir sino como arma, como asalto continuo, como una amenaza incesante para todos sus semejantes; las células de la futura unidad no se conocen todavía, no han hallado los puntos de apoyo de intercambios y fusiones; las circunferencias de las libertades tienden a expandirse en torno al centro del egoísmo, hasta el infinito, ignorando límites de contacto con otras circunferencias similares.

La fuerza es tensión de vida necesaria, dominante soberana, es fardo insuprimible, y, sin embargo, en su bajeza constituye esfuerzo de ascensión. Toda vida es imposición forzosa a todas las otras, todo derecho es una extorsión. *El mundo social constituye un caótico choque de fuerzas, aunque en busca de los superiores equilibrios del derecho*. Es esta la fase involucionada de las sociedades biológicas, donde los individuos no están todavía organizados en simbiosis. Estado de agresividad y violencia, de incertidumbre y lucha, en que se prepara la ascensión sucesiva y en el que la naturaleza -expandiendo sus impulsos interiores- prepara la maduración de la unidad colectiva de la cual la sociedad humana no es más que un caso. La universal ley de justicia en estos mundos inferiores, precisamente por el bajo nivel en que se hallan los seres que los integran, no puede alcanzar sus equilibrios sino por medio de la fuerza bruta. En ellos, el mejor es el más fuerte, no el más justo. La densidad de esa baja atmósfera no permite a la Ley transparencias mayores; el principio de justicia no puede realizar una más alta expresión que aquella forma de selección natural. La justicia existe siempre, pero su manifestación está en proporción a las capacidades de expresarla del medio ambiente.

El ser denomina, pues, justicia al equilibrio transitorio y relativo de su nivel, e injusticia a toda fase *apenas superada*.

Las fuerzas puestas en movimiento parten del centro del individuo; la vida es una expansión de egoísmo, y sólo al dilatarlo se coordina con los egoísmos limítrofes para que puedan fusionarse. Hay un ciclo de ignorancia, egoísmo, fuerza, lucha, dolor y mal, del que tiende a salir el individuo. En sus aspiraciones de ascensión individual -que ya vimos- el ser descubre metas cada vez más elevadas, e intenta alcanzarlas del mejor modo posible en la colectividad, con lo que *el citado ciclo tiende a romperse*. Gradualmente, según la ley del mínimo medio y mayor rendimiento, ese rudimentario principio de justicia, representado por la ley del más fuerte, se transforma, alcanzándose así el *mundo humano*, en el que despunta la conciencia de una ley moral. Un principio utilitario de ventaja colectiva lleva a un suavizarse de las formas de lucha, encamina a la supresión de las guerras. En este nivel, la fuerza, que era antes ley de justicia, *ahora se convierte en violación e injusticia*.

En el alba de la ética, matar y robar era lícito; en un mundo aún no moral, como el de la bestia, los conceptos de bien y mal todavía dormían latentes, en estado de germen. Pero en los choques de la convivencia social, la reciprocidad de las relaciones, al aproximar el semejante al semejante, obligó al individuo a sentir la *reversibilidad del daño*, conduciéndolo a la comprensión utilitaria y a la asimilación del concepto del "Ama a tu prójimo como a ti mismo". La idea del mal no se vinculaba tanto ya a la de la ventaja obtenida como a la de la reacción del mal sufrido.

Se trata de un proceso de *armonización progresiva*, en que se disciplina cada vez con más perfección el funcionamiento de los impulsos de la vida. Es la colectividad que ahora asciende hacia los superiores equilibrios del orden divino. También colectivamente veis un sucederse gradual de formas de vida y leyes en que se realiza -cada vez más evidente- el pensamiento de Dios. No hacemos más que aplicar siempre y dondequiera el mismo principio universal de evolución, que por sí solo, repetido en todos los casos particulares, contiene la totalidad de las conclusiones: el universo es organismo monista, que funciona según un principio único. Se trata de una ascensión totalitaria de todas las cualidades humanas, que hemos considerado separadamente y que avanzan conectadas y paralelas, tanto en el individuo como en la sociedad. Y, como siempre, en cualquier terreno, *mis concepciones no son estáticas*, cada concepto no aparece definido en su inmovilidad sino como una *trayectoria*, un devenir, una evolución. Yo no trabajo con vuestro comunes conceptos rígidos, sino con *los*

conceptos fluidos de una filosofía progresiva, y ello también en el campo del derecho. No observo los fenómenos desde lo externo, antes bien, me pongo -por sintonía- en su devenir. Sólo con un nuevo método de pensar puede alcanzarse lo Absoluto.

La Ley asciende, de suerte que vuestra formal justicia presente, exterior y coactiva, será mañana violación e injusticia, y vuestra moral de hoy habrá de ser inmoral, porque habréis descubierto y sabréis vivir de los equilibrios más profundos. Y si la Ley es armonización, la humanidad, a través de sus guerras, tiende a unificarse. La guerra es, pues, el actual estado de equilibrio, mas no el futuro; es un mal necesario hoy, debido a vuestro grado de involución, pero os liberaréis de él. El único hecho que puede *hacerla justa es que representa el esfuerzo por alcanzar un nivel más perfecto, en que será factible su supresión*. Y, entre tanto, ese mal de transición se invierte ya en un florecimiento de bien porque ha enseñado al hombre feroz a matar también por una idea, a dilatar su propio egoísmo hasta la colectividad. El desahogo guerrero asume, así, la función biológica de hacer evolucionar los instintos humanos desde la primitiva forma egoísta y feroz hasta el heroísmo de aquel que se sacrifica por la Patria.

Por *evolución, se pasa de la fuerza al derecho, del egoísmo al altruismo, de la guerra a la paz*. La reacción de los egoísmos limítrofes es ya una tentativa de equilibrio, contiene el germen de una justicia. En principio, es la única defensa y ofensa que garantiza al individuo lo que le corresponde. Es necesario disciplinar estos impulsos. Se trata de hallar un principio de coordinación que los supere a todos, una expresión de psiquismo colectivo que realice más profundamente el orden divino. He aquí cómo, por qué y de qué *nace el derecho*: del gran impulso de la evolución, como momento de la armonización progresiva del psiquismo individual en el seno de la unidad psíquica colectiva. *Génesis científica del derecho*, ésta, reducida a un cálculo de fuerzas de los dinamismos individuales que se armonizan en el contacto: derecho, primera chispa de coordinación de fuerzas sociales, desde el centro a la periferia, del individuo a la colectividad, en sus expresiones cada vez más vastas de derecho privado, público, internacional.

Laboriosa lucha, ésta, mediante la cual la sociedad humana ha llevado a cabo la transformación de la fuerza en derecho. En mi sistema, éstas no son sino dos fases sucesivas de evolución: dos mundos limítrofes, dos leyes, dos reinos, el reino de la bestia, el reino del hombre. La fuerza ha tenido, sin duda, su función constructiva en la economía de la vida. Técnica evolutiva también aquélla, en que la justicia divina se manifestaba de igual modo, si bien menos evidente. Los pueblos jóvenes son

espontáneamente violentos, inescrupulosos, de ahí que sean conquistadores; en ciertas condiciones ambientales, la prepotencia constituye justicia; es selección de raza, sometida a cruenta e inexorable prueba; significa explosión de energías activas; es el primer esbozo, burdo pero resuelto en líneas generales del alma colectiva. Los retoques sólo podrán venir después, con el proporcional sensibilizarse de ésta. Entonces los pueblos se civilizan y, tras haber conquistado, por los medios más feroces su puesto, crean el derecho, *conciben una idea más exacta de la justicia*, crean virtudes más evolucionadas, que responden a necesidades asimismo más evolucionadas, substituyendo las virtudes guerreras de la masacre por las virtudes civiles de la colaboración. Eterna historia, que se repite en la vida de todas las unidades colectivas.

Entonces advierte el hombre que si bien la fuerza ha creado mucho, mucho es asimismo lo que ha destruido, y percibe lo que escapaba antes a su más tosca percepción: que un mundo donde imperase únicamente la fuerza, acabaría por demolerse a sí mismo. Paralelamente, el individuo que disfrutó de sus ventajas pero que ha sufrido a menudo también sus daños, recuerda en su instinto que reacciona para eliminar las causas. Y surge así la idea de una utilidad colectiva en la supresión del abuso individual; se inicia *la eliminación progresiva del desorden con un proceso de aislamiento y de cercamiento* del impulso egoísta individual, circunscribiéndolo y marginándolo, sin destruirlo, mas canalizándolo hacia las metas colectivas. La evolución de la fuerza a la condición de derecho y justicia constituye asimismo evolución del egoísmo hacia el altruismo. Asistís de tal suerte al espectáculo de estos impulsos primordiales que, *a través de su propia manifestación, tienden a autoeliminarse*. Principio universal de *autoeliminación* de las formas inferiores del mal, algo así como autodesgaste del dolor por medio del dolor, de la fuerza mediante la fuerza, del egoísmo a través del egoísmo. En la conciencia de los individuos la Ley evoluciona y, según su propio grado de ascenso, los individuos en el seno de un pueblo, y los pueblos en el seno de la humanidad, se equilibran. Posiciones de progreso y de retroceso relativas, movilidad constante de todas las posiciones de la vida, sucesión de leyes y de mundos que progresan el uno en el otro sin destruirse, pues los seres forman, conforme al grado de conciencia alcanzado, una verdad relativa y progresiva, absoluta sólo en el ámbito del momento que ella expresa y sostiene.

Es así como asistís hoy a una *duplicidad contemporánea de leyes* también en el campo social, forma que no es posible sino en un régimen de evolución, régimen que en dicho campo social se comprueba. Sólo un cambio de fase, el ocaso de un período que desaparece en el alba de otro, pueden producir estos contrastes propios de la transición,

que el hombre conoce, pero no la animalidad, la cual reposa en la plenitud de su fase. El hombre oscila hoy en el paso entre dos leyes; este cambio expresa, en el dominio de lo social, su madurez biológica. Es una demolición progresiva del pasado y una reconstrucción -en su lugar, y con los mismos materiales- de formas más altas. El elaborarse de la substancia constituye la evolución: *el mal es el pasado* (involución), *y el bien es el futuro* (evolución); bien y mal relativos y en conflicto, el cual repite, en el ámbito social, la lucha que ya hemos presenciado en el campo individual, entre cuerpo y espíritu. *Culpa* es todo retroceso voluntario, que la Ley corrige reconstruyendo el equilibrio por medio de la reacción del dolor; *virtud* es todo lo que acelera el avance, y por esto es premiada.

Todo un mundo de conceptos y leyes que evolucionan, así como en el universo evoluciona todo, sin posibilidad de descansar. La necesidad de la convivencia impone en el derecho un *mínimo ético* cada vez más elevado; ciertas virtudes son coactivas por necesidad social, la educación civil impone su asimilación y, con el tiempo, superaréis las actuales, para descubrir otras todavía más perfectas. Hoy el conflicto es evidente en cualquier forma social. De igual modo que en la lucha entre cuerpo y espíritu, *el pasado sobrevive en toda institución* y costumbre, formando su sustrato fundamental, y resiste por inercia, frenando el progreso: florece la fuerza en el derecho, en períodos de descenso espiritual, aparece una degradación de las instituciones jurídicas que reconduce a los orígenes, rebajando el mínimo ético y reforzando el elemento "violencia". Hoy, en el derecho, los dos elementos, justicia y sanción, tratan de equilibrarse; y el equilibrio no es capaz de ser equitativo sin el auxilio de la espada. Diversamente, fuerza y justicia dosifican sus proporciones y el derecho contiene más o menos tanto de la una como de la otra, según sea su grado de evolución. La relación entre la entidad de los dos impulsos, toda valoración de la una para sofocar a la otra, constituirá el índice exacto del grado de evolución de un pueblo. Así como la propiedad conserva las huellas del robo originario, así también toda forma es hija de formas más bajas, de que la evolución os aleja día a día, realizando una obra de incesante purificación.

En cualquier acto o manifestación humana existen, por un lado, el ideal que la mente ve, y por el otro, la utilidad que la necesidad impone; toda la vida social se agita en el conflicto entre una equidad consagrada oficialmente por la totalidad de las leyes religiosas y civiles, y la fuerza, premiada por el buen éxito en los hechos y estimadísima en privado. El misoneísmo, síntesis de los equilibrios atávicos más estables, desconfía de estas superconstrucciones ideales, no consolidadas todavía por

asimilación cumplida; desconfía el instinto de la mujer, que escoge al macho guerrero y prepotente; desconfía la política internacional, que cree tan sólo en la verdad de los ejércitos. Vuestra fase se mueve, de esta suerte, en la fatiga de sus conquistas, entre dos caminos opuestos, el uno teórico, práctico el otro; un modo de decir y un modo de hacer, una mentira harto cómoda y una realidad demasiado ardua a seguir; un tormento creador de espíritu, por un lado, y una degradación de principios y explotación de ideales, por el otro. En los individuos se encuentran los grados más diversos y las apreciaciones y verdades más diferentes; puntos de vista desde los cuales, cada uno pretende comprenderlo todo y juzgar el mundo, convirtiéndose en centro del mismo. En este ambiente -parte de él apegada al pasado, y otra parte inclinada al porvenir- vibran todas las oscilaciones de las afirmaciones humanas; oscilaciones que constituyen evolución, normas e imperativos entendidos como absolutos, y que no son sino aproximaciones progresivas. De suerte que la codificación es, en substancia, siempre una tendencia; las formas cambian y la letra se halla pronta a morir, siendo el derecho una formación continua. La regulación jurídica de las futuras sociedades humanas se basará en los principios científicos que determinan las grandes leyes cósmicas y se armonizará en el seno de aquel orden supremo como un orden menor, en admirable compenetración de libertad y necesidad, de dinamismo individualista y coordinación con los fines colectivos. La suprema sanción no habrá de ser la pobre reacción humana, a que es posible escapar, sino la de una Ley siempre presente y activa, que jamás permite fuga en el tiempo ni en el espacio.

LXXXIX

EVOLUCIÓN DEL EGOÍSMO

Así como en el derecho la fuerza evoluciona hacia la justicia, así el egoísmo evoluciona hacia el altruismo. A medida que la vida eleva al individuo hacia especializaciones cada vez más altas, por el principio de las unidades colectivas, reorganiza a los individuos en unidades sociales cada vez más complejas y compactas. La diferenciación de los tipos y aptitudes conduciría al alejamiento de los individuos y a la disgregación social, si no volviese a aproximarlos otra necesidad, si no los reorganizara

otra fuerza en formas de convivencia en que la actividad de cada uno obtiene rendimiento mayor. La evolución lleva a cabo, en consecuencia, *la demolición progresiva del egoísmo*, así como lo ha hecho con la fuerza, porque necesita de un nuevo instinto colectivo de altruismo, constitutivo del precioso cemento que amalgama los impulsos egocéntricos y exclusivistas de los individuos. Y en la evolución social debe el egoísmo experimentar profundas transformaciones. Como todos los impulsos de la evolución, él *domina en tanto el progreso lo exige*; después, se supera y se transmuta frente a un nuevo progreso. Así se explica cómo ha podido nacer -en un mundo de feroces necesidades- el principio del altruismo y de la bondad, tan mortífero para el "yo", tan antivital en sentido restringido, en cuanto inicia un orden de vida que revoluciona todos los precedentes.

No basta decir que hay dos leyes sucesivas; es menester expresar que la más elevada es siempre más útil que la menos elevada. La naturaleza, en extremo económica y conservadora, no otorga dádivas gratuitas; y si las da, es en vista de utilidades colectivas y lejanas. Así nacen los altruismos del amor, la abnegación materna, los heroísmos en defensa de un pueblo, de una idea. Pues que, *el altruismo no es otra cosa que un egoísmo más vasto*, tanto más amplio cuanto más se han dilatado la conciencia individual y el campo que ella abarca. El primitivo no ve sino su pequeño "yo" y se encierra en el instante; no se siente vivir en los tiempos y en la humanidad; en su miopía psíquica, se aísla en su propio pequeño bien, ante el gran bien colectivo. Es absolutamente inepto para vivir en un régimen de colaboración, en que la conciencia más evolucionada tiene necesidad de multiplicarse.

Y esta conciencia colectiva representa una fuerza, la fuerza del hombre civilizado. Por eso el salvaje, aunque aisladamente más fuerte y belicoso, es inferior en la lucha, puesto que no sabe organizarse y mantenerse organizado en vastas unidades colectivas, que forman la potencia de medios y de resistencia del civilizado. Y cuanto más evolucionado es el hombre, con tanta mayor fuerza siente la Ley que le impone volverse atrás y darse, para fomentar la marcha de los menos progresados, para que la evolución avance compacta.

Vimos (Desarrollo del Principio Cinético de la Substancia) a la Ley guiar la energía a replegarse sobre la materia para animarla con su impulso y elevarla al nivel vida; luego imponer a la vida -hija de la energía- la elaboración de la materia hasta el psiquismo. Esta misma ley de cohesión que impone una retoma de movimientos inferiores para que revivan en octavas más altas, y hace replegar lo alto hacia lo bajo, para que sea

siempre retomado en el ciclo evolutivo y no quede nada abandonado fuera del círculo y se pudra en el fondo, fuera de la gran avanzada; esta ley que así quiere, es la misma que impone al superhombre (santo, héroe, genio) sacrificarse por sus hermanos menores, es la causa motriz de su instinto irresistible de altruismo y martirio. Generosidades incomprensibles en vuestro mundo, donde el esfuerzo no se cumple si no es pagado, donde el más fuerte comanda, el mal se evita sólo por temor al castigo y el egoísmo triunfa: pequeño cerco, éste, que no posee puertas hacia la comprensión de la Gran Ley. Y, sin embargo, altruismos lógicos, verdades simples, fuerzas racionalmente entrelazadas de un extremo a otro de las fases de vuestro universo y de vuestro mundo concebible.

Paralela a la formación y desarrollo del psiquismo se produce asimismo esta dilatación de egoísmo que, sintiéndose uno con todos, acaba por abarcar a todos en su propio cálculo hedonista. Se trata de un agigantarse de la comprensión hasta el abrazo de la totalidad de las criaturas hermanas; la vastedad del abrazo indica la vastedad de la comprensión. Proceso de autoeliminación de las formas inferiores, conforme vimos en la evolución. No un altruismo abstracto, sentimental, sin razón ni utilidad; antes bien, un altruismo sólido y resistente porque es utilitario. La Ley no se manifiesta como principio abstracto sino que aparece constantemente como manifestación concreta personificada en los seres, que representan sus artículos en sus formas de vida. El egoísmo es la expresión de una insuprimible fuerza centralizadora y protectora de las individuaciones. La lucha contra todo cuanto no sea el "yo" constituye la primera expresión y la prueba de la formación de un tipo determinado de conciencia que, no bien asoma a la vida, ha de defenderse a sí misma: conciencia y egoísmo de individuo, de familia, de grupo, de pueblo y de raza, cada vez más amplios; conciencia de una distinción absoluta entre el "yo" y el "no-yo". La dilatación no puede ocurrir, para conservar la estabilidad de los equilibrios, sino cuando se ha producido la estabilización del tipo inferior de conciencia y egoísmo.

Altruismo no es, pues, renuncia, sino expansión de dominio; no es pérdida, antes bien conquista de progreso y comprensión, ascensión de vida. Reunir en torno a sí -como a semejantes- a un número cada vez mayor de seres, significa multiplicación de potencia, es un reencontrarse y revivir en ellos una vida centuplicada. Pero si estos casos máximos de altruismo integrales son patrimonio del superhombre, el hombre actual, que raramente sabe extender su propio egoísmo allende al ámbito familiar, los asumirá hoy como casos límite; para acercarse a ellos luchará, mediante aproximaciones sucesivas, ampliando los lindes del "yo" hasta comprender, un día, a la humanidad

terrena y cuantas humanidades conozca del universo. Cuando el héroe muere por su nación, el mártir por la humanidad y el genio se consume por la ciencia, sus egoísmos son tan vastos que ya no los concebís; pero en ese momento ellos pueden decir: "yo soy la nación, la humanidad, la ciencia", puesto que se ha unificado con ellas su conciencia.

También el animal ha recorrido tal senda y ha fijado -en la fase de asimilación realizada por los instintos- estos altruismos, que no constituyen sino egoísmos colectivos, porque ha realizado su evolución social en formas más simples pero más evolucionadas y más estabilizadas dentro de su simplicidad. Y él os da el ejemplo de altruismos que habéis de conquistar aún. La abeja no pica si está sola; en cambio, muere picando en defensa de la colmena; recoge la miel que han de comer -después de su breve vida- las obreras sus hermanas que ella no conocerá y que todavía no han nacido; no sobrevive aislada, aunque se halle provista de todo, porque la virtud de sentirse célula del organismo colectivo se ha convertido -en ella- en instinto y necesidad; muere de hambre con tal de dejar -en caso de faltar- la propia miel a su reina, para que sobreviva ella sola, que representa la raza. Altruismos heroicos para vosotros, en la fase de las formaciones colectivas, grandes virtudes que fijan los instintos del porvenir; equilibrios que en lo sucesivo son espontáneos, estables, por cuanto son utilitarios, vale decir que responden a la ley del mínimo medio; instintos asimilados y no ya virtudes (o sea, fase de formación), en las sociedades animales ya constituidas.

Cuando la abeja se sacrifica por su familia, no es ella quien cumple un acto altruista, sino que es la familia la que -conquistado el instinto de su vasto egoísmo colectivo- lanza egoístamente y sacrifica para su propio bien a la "célula-abeja". El hombre juzga heroico ese acto porque se lo aplica a sí mismo y atribuye a la abeja aquel concepto de altruismo que, en semejantes circunstancias, se aplicaría a sí mismo si se comportase de ese modo, sin comprender que su naturaleza es por entero diversa y que él se encuentra en otra fase. En el hombre, el instinto colectivo se halla en formación, mientras que en la abeja se ha fijado ya, maduro y completo. En el hombre aquel acto no constituye la expresión de una necesidad como la que impone un instinto definitivamente asimilado, sino que está en la fase creadora (virtud) en que, como vimos, el acto implica esfuerzo y se siente en la conciencia. Si en la abeja dicho acto se ha trasladado ya a la fase instintiva, subconsciente y espontánea, en el hombre no ha alcanzado sino la fase inicial de formación, fase heroica, virtuosa, laboriosa, consciente. También a vosotros la necesidad del trabajo os impondrá la colaboración

como una ventaja; la necesidad del logro de metas cada vez más amplias y que de otro modo son irrealizables, estrechará ese abrazo entre las generaciones viejas y las nuevas que al presente apenas se conocen; un principio de coordinación política mundial ha de imponerse como gran ahorro de energías, que se dirigirán a una utilidad más elevada que la lucha recíproca entre los diversos pueblos. La colaboración y la supresión de la forma cruenta de lucha están en el camino de la ascensión social. Las vías del utilitarismo convergen con las vías de la evolución moral.

XC

LA GUERRA - LA ÉTICA INTERNACIONAL

Entendemos por guerra la evolución del fenómeno guerra, cual momento de la evolución de la fuerza en justicia, a través del derecho, cual fase de la ascensión colectiva. Os he dicho en páginas anteriores que en un mundo que se arma contra sí mismo, no existe sino una extrema defensa: el abandono de todas las armas. Frase que puede parecer un absurdo y que es necesario explicar. He planteado el caso límite a que el hombre se acercará por progresivas aproximaciones. Pero que el esfuerzo sea para alcanzarlo -como en las vías de la evolución individual- introduciendo en la vida de los pueblos el máximo de disciplina soportable. Sin embargo, en las colectividades más involucionadas el uso de la fuerza puede constituir una necesidad, sobre todo de defensa, para impedir la explosión del mal; en los primeros niveles, las civilizaciones no pueden surgir sino circundadas por una barrera de violencia que las proteja de la violencia, y una defensa amplia y previsora es posible que implique también la agresión. Pero hoy el mundo tiene encendidos diversos focos de civilización; la zona de barbarie se impone cada vez menos y justifica también cada vez menos un régimen de violencia. Como en el progreso de la fuerza y de la justicia, en el derecho interno, así las fuerzas de la vida implican un progreso de la guerra hacia la paz, disciplina de fuerzas y coordinación de energías que se concretizan en el derecho internacional. La evolución opera así, incluso en este caso particular de la fuerza, *un progresivo acorralamiento de la guerra*, tendiendo a su eliminación. Los absolutismos pacifistas,

idealizados y aislados, son hoy una utopía en cuanto realización, aun cuando ya resplandezca allí el ideal de las aspiraciones humanas; son meta y tendencia por cuya realización se lucha.

Hoy, los armamentos *son una dura necesidad, que testimonian con demasiada evidencia, empero, el estado salvaje del hombre actual*. Dada la fase presente de inconsciencia colectiva de la humanidad, ese mal resulta *necesario*. No se puede deponer las armas porque éstas son condición obligada de vida en tanto las armas del vecino permanezcan en alto y listas para golpear, guiadas por una psicología de egoísmo restringido. Es necesario que los pueblos se conozcan para que -como ocurre con los individuos en la formación del derecho privado- las circunferencias de las libertades individuales sepan tocarse y plegarse para coexistir y adherirse en la unidad colectiva de la humanidad; sepan ceder el puesto a los derechos ajenos, a fin de que se dé lugar a los propios derechos, en un estado de superior conciencia colectiva. Un derecho internacional verdadero y propio no existe hoy, y las relaciones entre las varias naciones se encuentran todavía en la fase caótica.

Pero también aquí tiende el equilibrio a formarse por la ley del mínimo medio; no ya un pacifismo inerte y teórico; antes bien, un orden internacional que representará tal ventaja social que -apenas logre la conciencia colectiva captarlo- lo realizará. Hoy, vive la humanidad *una fase de transición, en que se comprende la utilidad de la paz, pero no se sabe superar la necesidad de la guerra*; y oscila ella entre estas dos leyes, dando prevalencia a una o a otra, según sea la mayor o menor fuerza moral de que dispone. Pero han de surgir sólidas instituciones jurídicas internacionales, que ahora constituyen utopías[(1)], y que garantizarán la vida y el trabajo de los individuos colectivos, los Estados, así como las instituciones privadas han disciplinado las garantías del individuo. Y en cada forma jurídica, *la zona de justicia conquistada y la de la fuerza por superar,* serán más o menos extensas, conforme al grado de evolución alcanzado, y se desplazarán sin cesar, expresando en su propia forma el propio nivel.

Ya la fuerza de los armamentos -aun subsistiendo como necesidad y preparación de eventuales conflictos- debe experimentar un *acorralamiento incesante*, que discipline su uso y no tenga en cuenta más que una razón de existir: la de ser una *defensa de la justicia*. El primer dique de contención que se eleva es la gran responsabilidad moral de un Estado que promueve una guerra sin necesidad que la justifique; de tal necesidad ha

---

[(1)] En 1945 se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU) con el objetivo de evitar nuevas guerras. (N. Del T.)

de dar cuenta al mundo que observa. He aquí un primer rudimento de autorización jurídica. Un sentido de responsabilidad y el peso de las consecuencias gravitan sobre aquel que dispone del poder de lanzar la máquina infernal de la guerra. Hasta hace poco tiempo, los hombres se mataban a diario, como hecho normal. ¡Cuánto más difícil es hoy, poner en movimiento la máquina de los ejércitos, hecha compleja y gigantesca, en proporción a las grandes unidades estatales! Las armas quedan, pero su uso se vuelve cada vez más disciplinado y anormal, y a menudo sobreviven tan sólo como símbolo decorativo. La guerra exige cada vez menor ferocidad y mayor inteligencia, se aleja progresivamente del instinto sanguinario del salvaje. La disciplina es una conquista biológica que eleva al hombre -del estado originario de rebelión anárquica contra todo y todos- a un estado de coordinación de esfuerzos y de organización del trabajo.

He aquí cómo se introduce el elemento "justicia" y limita al elemento "fuerza", reduciendo a ésta cada vez más a fase de transición, realizando la progresiva liberación del mal, convirtiéndola en medio de evolución y construcción del bien. Se siente día a día más la necesidad de sostener la expresión de la fuerza con un concepto cada vez menos bajo, con un alma propia más noble, que la justifique; se ve más y más la necesidad racional y moral de hacer al uso de la fuerza más coherente con un principio de justicia, porque se siente que reside justamente en ese imponderable su potencia mayor, el equilibrio más íntimo y elevado, que domina y rige a los equilibrios más externos y más bajos de la fuerza material. Ésta busca así de manera espontánea, su única justificación, que sólo puede estar en un fin pacífico.

Y así como el dolor y el mal contienen en sí los impulsos para una autoeliminación, la guerra existe para devorarse a sí misma. La mortalidad progresiva de los medios bélicos, preparada por el progreso científico, los volverá cada vez más desastrosos, y tal potencia destructiva paulatinamente mayor destruirá la guerra, porque la sensibilidad humana en progresión y la conciencia más profunda experimentarán más y más el horror y el miedo a dicha potencia. Los organismos sociales obedecen día a día menos a momentáneos impulsos irreflexivos, y el orden futuro se prepara con visión lejana, a largo plazo. Existe, también, la Ley que interviene y castiga toda violación con la reacción del dolor; así obliga forzosamente al hombre a entrar por la vía de la justicia: *"El que use la espada, por la espada perecerá"*. Más allá de la fuerza de los ejércitos transparece -cada vez más evidente- la fuerza más sutil de esta suprema voluntad que tiende al orden y es con ello capaz de aplastar al más fuerte. Una más alta fuerza existe, a la que la otra obedece. Cuando se precipitan los más aguerridos

ejércitos, aparece la mano de Dios, y las fuerzas de la vida se levantan para dominar al rebelde. La historia se regula también por estos equilibrios más profundos, que resurgen y se imponen, fuerza más poderosa que todas las fuerzas humanas. De nada vale la potencia material cuando se halla contaminada en sus bases por esta substancial debilidad; el arbitrio humano del mal es oprimido por la Ley dentro de los inexorables límites del bien. Incluso en la fase actual, la fuerza, para dar su rendimiento, debe armonizarse con estos impulsos mayores de justicia; su justificación no puede proporcionar resultados estables sino como reconstrucción de orden.

Como veis, me refiero a formas y a métodos; pero voy siempre a la raíz de los fenómenos, hablo de madurez de fuerzas biológicas; *no enfrento a los hombres, sino a las leyes que los mueven;* me introduzco en las causas y no en los efectos. Me doy cuenta, contemporáneamente, de la naturaleza humana tal cual es al presente, y de la ley que a ese nivel impera. Si en el mundo existe la guerra es porque la misma responde al instinto de la mayoría, porque constituye la forma actual de selección biológica, porque responde a funciones automáticas de equilibrios demográficos. El hombre normal está hecho para la guerra (selección), y la mujer para la maternidad (conservación). En tanto os mováis en este ciclo y la guerra se halle en el alma egoísta del mundo, y las relaciones internacionales se basen en la fuerza, el número será necesario como medio de vida y de grandeza. Pero, recordad que la cantidad nunca podrá crear la calidad, y que el valor supremo del hombre no reside en abandonarse de modo irresponsable a la función animal de reproducirse, sino en afrontar consciente y responsablemente la función moral de educar. No siendo así, el número degrada a la raza. ¿Acaso es posible siempre el mismo círculo: desarrollarse en número para hacer la guerra y destruirse? ¿Es posible que las dos grandes fuerzas de la virilidad y la maternidad permanezcan siempre cerradas en un ciclo de autodestrucción?

Este ciclo se abre, en cambio, por progresivas ascensiones, hacia una sublimación de tales instintos; en un nivel más elevado, el hombre está hecho para el trabajo, creación material y espiritual; para el dominio sobre la naturaleza y sobre sí mismo; y la mujer se halla hecha para el sacrificio y la formación de almas. Esta es la meta substancial.

Si en vuestro nivel humano la guerra significa un medio proporcionado a vuestra forma inferior de evolución, y es utopía abolirla, esa guerra, aunque sea hoy un mal necesario, no puede aceptarse sino como un mal transitorio, medio tendido hacia un bien más alto, como holocausto del bárbaro presente, que se desgasta en el roce sólo para la construcción de un porvenir más radiante. No basta -para dar a la guerra un contenido

de justicia- la presión de la superproducción de carne humana asomándose más allá de los confines demasiado angostos de una Tierra. Ello es sólo choque de fuerzas demográficas. Ha menester dar a la guerra, un contenido ideal de civilización; es necesario hacer soportable ese mal, transformándolo en instrumento de bien. Pues que entonces la guerra se ennoblece de heroísmo, se anima de espiritualidad, se idealiza en el martirio. Elevada la guerra a tal nivel, la ferocidad de la sangre derramada se transmuta en apoteosis de sacrificio. Pues que no se lucha entonces por el egoísmo ni por el botín, sino por una fe que está en lo Alto. La guerra alcanza así su objetivo más elevado en la formación del alma colectiva, se convierte en inmolación de sí mismos sobre el altar de la patria, y se llama "guerra santa".

El hombre cree mandar, y en cambio obedece siempre a la voluntad de la Ley, obligado por el instinto. Instituciones y leyes, toda manifestación social no es substancia sino forma, es el ropaje exterior de fuerzas biológicas. Los verdaderos responsables -más o menos ilusionados o guiados- son los pueblos, que llevan justamente el peso de su propia involución. Los jefes no son más que transmisores de un comando que no sería comprendido y obedecido si no respondiese a otro comando, más profundo, que a todos domina; y ellos son seleccionados y levantados en alto sólo en tanto sienten más los instintos de la colectividad, expresándolos y obedeciéndolos. Los grandes conductores no han sido otra cosa que exponentes que personificaban la verdad momentánea y cumplían esta función colectiva, puesto que nunca abandona la Ley el destino de los pueblos a la arbitrariedad de un hombre. No confundáis la forma con la substancia: habituaos a verla en los fenómenos históricos, trazad siempre, en toda manifestación, la acción sutil y substancial de los impulsos biológicos, que hacen de pueblos y jefes un organismo único, dirigido hacia metas idénticas.

Pero, a medida que la evolución lleva al hombre cada vez más lejos de sus orígenes animales, asciende también la forma de la lucha. A los tres tipos de hombre que vimos, corresponden tres métodos de combatir, que recuerdan los tres niveles de la substancia, γ, β, α. Así, tenemos: *lucha material*, esto es, supremacía brutal del más fuerte, aunque sea ilícita e injusta. *Lucha nerviosa y volitiva*, supremacía de la potencia de voluntad, de los medios mecánicos, económicos, aun cuando no sea convicción ni verdad. *Lucha espiritual*, en que el dinamismo físico-muscular, así como el volitivo-nervioso, es superado en una supremacía espiritual y conceptual propia del superhombre. Su lucha está hecha de justicia, y moviliza el dinamismo de las fuerzas cósmicas. En tal sentido él es más potente, aunque humanamente inerme. Pero,

recordad que en lo Alto se extingue la arbitrariedad, que el desorden es expulsado hacia abajo. ¡Si supieseis qué armonía reina en los planos más elevados!

Sé bien que el hombre de hoy llega apenas al segundo tipo de lucha, y es arriesgado pedirle inmaduras y precipitadas anticipaciones de lo porvenir. Existe una ley de estabilidad en el desarrollo de lo nuevo, y es necesario secundarla. Para abandonar lo viejo es preciso antes haber creado lo nuevo. Deponer los instintos de lucha -incluso en la forma más inferior- puede significar, para los pueblos de hoy, debilidad y decadencia. Es necesario primero enseñarles a superar la fase evolutiva presente y hallar instintos más elevados: como siempre, es preciso transformar al hombre antes que a los sistemas, primero la substancia que la forma, comenzando por conquistar la conciencia de la responsabilidad que implica el uso de la fuerza. El progreso no radica en la renuncia a la fuerza, lo cual puede constituir debilidad de impotentes; por el contrario, está en el dominio de la fuerza, lo que es conciencia de los poderosos.

De ello se deduce lo irrealizable que resulta -no obstante las afirmaciones de los idealismos teóricos- un programa inmediato de paz universal, si no se saben determinar antes las condiciones biológicas necesarias para su mantenimiento. La paz universal se realizará, sí, pero pensad cuán inmenso edificio representa su construcción. Para llegar a la más alta conquista, hace falta haber madurado todas las conquistas que la condicionan. Entonces, esa paz no será una utopía, porque el mundo y su alma habrán cambiado y estarán maduros. Los actuales idealismos pacifistas -que expresan la gran aspiración e indican su camino- son biológicamente los últimos conceptos nacidos, los menos solidificados en los instintos, los equilibrios menos estabilizados y, por lo tanto, prestos a caer al primer choque. Todas las construcciones ideales, aun cuando estén codificadas, se hallan expuestas a este peligro de degradación que, a la primera sacudida, vuelve a conducir a los nuevos equilibrios demasiado delicados, a estabilidades más bajas y más simples, pero más resistentes. El substrato biológico de las necesidades animales está siempre listo para resurgir, no bien se derrumbe la superelevación; hacia este substrato retrocede el equilibrio demasiado arriesgado con tal de garantizar la vida.

La escala de las ascensiones sólo se sube grado a grado, solidificando primero las bases. No se trata de fáciles vuelos pindáricos, de resonancias retóricas, sino de que la paz no constituya una utopía; es un trabajo de aproximación, áspero, tenaz y práctico. Es necesario madurar antes las condiciones biológicas y psíquicas. Es ya mucho el haber visto y comprendido -por vez primera en la historia del mundo- el absurdo

lógico, moral y utilitario de la guerra. Tal absurdo se hace cada vez más evidente, y la necesidad de respaldarlo cada vez más urgente. Contemporáneamente, la capacidad mortífera progresiva de los armamentos y su creciente peso económico despertarán el interés colectivo que se rebelará contra semejantes dispersiones, y el mundo, aterrorizado por la posibilidad de destrucciones ingentes, se armará *sólo* contra el que se proponga perturbar el orden, arriesgando el fin de la civilización. Y la fuerza ha de sobrevivir entonces, sólo como instrumento de justicia, no ya de desorden, sino de orden.

Aquel mismo reconocimiento de derechos y deberes a que se ha llegado en las relaciones entre los ciudadanos, deberá alcanzarse asimismo en las relaciones entre los pueblos. *El derecho internacional* se encuentra aún en sus primeras construcciones. ¿Por qué son lícitos el homicidio y el robo en la guerra, si los castigan, en el interior del país, las leyes? Ello demuestra que las relaciones entre los pueblos esperan todavía un derecho que las discipline y se hallan aún en el estado caótico de la violencia, en la fase sub-legal. *La ética internacional* apenas ha nacido. Este "yo" colectivo mayor, que es la conciencia nacional, está en su fase embrionaria. Debe conquistar su moral, que la ley de las coordinaciones nacionales expresa. Nacidos hace poco los organismos estatales y apenas formados, no saben todavía reordenarse como células componentes del organismo más vasto, la humanidad. Como el individuo en el estado de barbarie, las naciones, para defender su vida, poseen sólo la fuerza, y no aún la ley. Las naciones son individuos aislados que tratan, a lo sumo, de reagruparse mediante alianzas, para formar mayorías protectoras y equilibrios de fuerzas. Los pueblos viven fuera de la ley y fuera de la ética; la tarea de las generaciones futuras consistirá en crearlas.

Con el progreso, las fuerzas del orden se coligarán contra las fuerzas del desorden, los pueblos rebeldes serán cercados y aislados, así como en el interior de cada país se cerca y se aísla al delincuente, que constituye un peligro social. *Y una nueva ética internacional* habrá de nacer del choque de tantas guerras, del dolor y de la sangre, que, a través de perfeccionamientos continuos, enseñarán a formarla. Pues que, este es el objetivo de la lucha y su único resultado duradero: la evolución de los conceptos directivos y la conquista de una conciencia colectiva mundial. Si ha costado ya tanta fatiga y tanto dolor el construir el instinto de convivencia social entre los individuos, ¿cuánta más fatiga y dolor no costará la construcción de este otro instinto, tanto más complejo, de la convivencia internacional? De ahí que ninguna guerra se produzca en vano, pues los pueblos chocan a fin de conocerse y comprenderse, se asaltan para que de la colisión alternada entre vencedores y vencidos se aprenda, de parte y parte, a

reconocer en cada pueblo el derecho de vivir; de vivir y no sobrevivir, no dominar y oprimir sino coordinarse en la unidad mayor a que todos se elevan: la humanidad.

El instinto de las masas se transformará en dinamismos de igual modo viriles, pero más elevados, en productividades más benéficas y morales. Otras incruentas batallas esperan al hombre, coaliciones para la defensa de las conquistas del espíritu, contra todo atentado de degradación de la estructura social; otras luchas -no ya de armas y pueblos- habrán de ser las del mañana: luchas de ideas, la guerra santa del trabajo, la virilidad en el deber, en la fatiga de las construcciones de la conciencia. El gran enemigo será lo ignoto, las fuerzas de la naturaleza, los instintos inferiores a superar; el gran trabajo será la dirección de las leyes de la vida y la ascensión humana. Solamente entonces, el hombre que emerge de la destrucción del desorden conquistará en el orden una nueva potencia. Allí los más fuertes, los mejores, habrán de ser los más justos. De la suma de tantos impulsos productivos emergerán pueblos supremamente fuertes y victoriosos.

XCI

LA LEY SOCIAL DEL EVANGELIO

Hemos permanecido hasta ahora en el campo subhumano y humano de las más bajas creaciones biológicas, para focalizar mejor los detalles de vuestra fase. Pero, si ascendemos todavía, así como se alcanza para el individuo el nivel del superhombre, así también la evolución colectiva llega a la *ley social del Evangelio*. Al presente es un trastrocamiento completo de los sistemas humanos, absurdo aparentemente irrealizable, pero es meta suprema, realidad del mañana. Todos los problemas de la convivencia son en ella radicalmente resueltos con un concepto simple: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Es la perfección, es la ley de quien ha llegado, el sueño de quien está en camino de llegar. Pero la vía es larga y no fácil, y la hemos visto, en su realidad de áspera fatiga, para que sea conquista que se cumple, lenta pero verdadera, antes que fácil sueño de quien ignora las resistencias de la vida. En el Evangelio, todas las divergencias son arregladas, los gritos son adormecidos en una paz substancial, en el equilibrio más estable, que ahonda sus raíces en el corazón humano. He aquí la meta de

la evolución colectiva, el reino del superhombre, la ética universal en que la humanidad encuentra la coordinación de la totalidad de sus energías: el Evangelio, que ponemos en el ápice de la evolución de las leyes de la vida.

La distancia que separa a vuestra actual vida social de ese vértice, es inmensa. Todos vuestros actos y pensamientos están penetrados por la lucha y os hacen sentir que el Evangelio se halla lejano; pero, precisamente porque es lucha, es asimismo camino de conquista. En cuanto tal, constituye demolición de la lucha misma y una aproximación progresiva al Evangelio. Es éste un nivel diverso, significa un desplazamiento completo del punto de vista de las cosas. Los mismos hechos humanos, observados desde un plano distinto, adquieren un valor diferente. Es la visión lejana y global del alma que ha conquistado la bondad y el conocimiento. Aquellas normas, que responden a una amplitud de ángulo visual tanto más vasto, os parecen irrealizables. Al Evangelio no se puede llegar sino por sucesivas aproximaciones. Permanece inaccesible por su altura, si se presenta de golpe al hombre actual, que, en efecto, no lo comprende ni lo sigue. Pero mirad más lejos en la esencia de la vida; penetrad más a fondo en la ciencia; avanzad, y el Evangelio surgirá de por sí.

Vuestro mundo es el que se ve desde la Tierra; el Evangelio, es el mundo visto desde el Cielo. El absurdo reside en vuestra involución. En el Evangelio se mueven las fuerzas del infinito, la justicia es automática, perfecta, substancial; se alcanza en él la coordinación social, el hombre se mueve en paz con la armonía del universo. Allí no es ya necesario ser fuertes, basta ser justos. Fuerza, lucha, egoísmo se han absorbido a sí mismos en la diuturna fatiga de las ascensiones humanas. Aquí os movéis, por fin, en el seno de la Gran Ley; las reacciones del dolor han sido reabsorbidas, el mal se ha superado. Es el reino del hombre que se ha convertido en ángel y en santo.

Entonces resulta posible la ley del perdón, porque el espíritu siente y mueve otras fuerzas que no son las de vuestros pobres brazos, y esas fuerzas acuden en defensa del justo aunque se halle inerme. Es la ley de la justicia que habla en vuestra conciencia, que se expresa a través de los movimientos del alma humana. De manera que, el que parece un vencido de la vida se convierte en un gigante. Ley simple pero substancial, que hace al hombre, rige sus actos en sus motivaciones y lo resuelve todo, allí donde vuestros confusos sistemas de control y sanción nada resuelven. En el Evangelio, la senda de la virtud se recorre entera; su lógica sublime conduce a una selección de superhombres, al paso que la lógica de vuestra lucha cotidiana lleva a una selección de prepotentes. Los principios del Evangelio organizan el mundo y crean las

civilizaciones, en tanto que los principios que vivís lo disgregan todo, malgastándolo en inútiles roces: donde pasan el Evangelio y su amor, una flor nace; donde vosotros pasáis, toda flor muere y surge una espina. El Evangelio es ley del paraíso trasplantado al infierno terrestre; tan sólo los ángeles en el exilio saben vivir ahí abajo la ley divina dictada por Cristo sobre la Cruz.

Aquel que en vuestro mundo renuncia a agredir y defenderse, ofreciendo, en cambio, la otra mejilla; el que renuncia a hincar sus garras en la carne del prójimo para beneficio propio y no quiere, por principio, arrebatar mediante la fuerza todas las infinitas alegrías de la vida, queda aplastado, fuera de la ley, es un vencido, un expulsado, un no-valor que se anula. Ese, visto desde el punto de vista del reino de la fuerza, es un inerme, un indefenso, un ridículo. Empero, en su derrota, en esa su debilidad aparente reside el misterio de una fuerza mayor, que llega tronando desde lejos y despierta en las profundidades del alma el presentimiento de más vastas realizaciones. Y el vencedor, en el preciso momento de su victoria, experimenta una sensación de derrota. El vencido mira hacia lo Alto como vencedor; y lo es, puesto que ha descubierto y vivido más altas formas de vida.

El hombre permanece mudo y desorientado ante ese extraño ser, sin armas, que proclama una deslumbrante ley nueva y parece de otro mundo. El hombre siente que, si bien tiene razón en su ambiente, existe en cambio otro mundo donde todo se invierte, en que el vencido de la Tierra puede ser un vencedor, y el vencedor de la Tierra, un vencido. Un abismo lo separa de aquel ser superior; el hombre agrede y él perdona; es un justo y sabe sufrir. Él está allí para indicaros en su vida la meta alcanzada, para indicaros la vía, que está en seguirlo hacia la realización de la más alta y fecunda ley social: el amor evangélico.

XCII

EL PROBLEMA ECONÓMICO

Vuestra ciencia económica cree justificarse -cual si partiese de un principio originario de justicia- afirmando, con su *premisa hedonista*, la presencia de un tipo abstracto de *homo economicus*, como si en la realidad un solo aspecto pudiera aislarse y cada fenómeno no se hallara conectado con todos los fenómenos en la Ley universal. Vuestras ciencias sociales se basan de buen grado en alguna mentira piadosa. Mas decid la verdad: decid que el hombre es casi siempre, realmente -y no como hipótesis económica-, un *perfecto hedonista*, que en el campo de los negocios no hace sino aplicar esa su naturaleza egoísta, que el *do ut des* no constituye un equilibrio de derechos sino un medir fuerzas para mutuamente estrangularse; declarad la impotencia de la mayoría para comprender, aunque sea la mínima aproximación del amor evangélico; decid que el hombre es una fiera barnizada de civilización, y entonces tendréis las bases reales del fenómeno económico. Y reconoced que la ciencia que lo estudia, es la codificación del egoísmo, o sea, del instinto más disgregante de la estructura social.

La premisa hedonista es un principio *anticolaboracionista* por excelencia, un principio de descomposición, que el edificio económico lleva consigo como incurable vicio de origen, y que reaparece siempre en momentos de crisis. Egoísmo de capital, egoísmo de trabajo; egoísmo de productor, egoísmo de consumidor; egoísmo individual, de clase, de nación (régimen proteccionista); coaliciones de egoísmos, organizaciones de egoísmos, ¡siempre egoísmo! Y las mercancías, la riqueza, el trabajo, se precipitan aspirados (en régimen de libre intercambio) o retenidos por esa gran fuerza, aunque sea ilógica y esté en contraste con las supremas exigencias de las ascensiones humanas. Pero esta es la meta: ética en lo alto, inderogable, a la que deben subordinarse *todas* las funciones sociales para el fin único de la evolución. El egoísmo, en cambio, es lucha, roce, dispersión, germen destructivo; es el punto débil del mecanismo, todo un fardo que ha de arrastrar y que lo vuelve imperfecto, que amenaza la marcha, convirtiéndolo en un ciego que avanza mediante choques y reacciones. ¡Para cuántos dolores sería fácil la reparación si cada cual amase a su semejante como a sí mismo!

Si el fenómeno económico constituye la expresión de la ley del mínimo medio, asume siempre forma de coacción; el equilibrio entre la oferta y la demanda es la resultante de una lucha; la oferta de una mercancía no constituye otra cosa que la exigencia de un precio; todo se mueve por propia necesidad, no por la conciencia de las necesidades recíprocas: un sistema cargado de rozamientos, un equilibrio fatigoso entre fuerzas antagónicas que tienden a suprimirse sobrecargadas por el peso del egoísmo. No se podía menos que tropezar, incluso en este terreno, con una manifestación de la Ley universal, y no se podía menos que encontrar equilibrios. Pero, planteado el principio del *do ut des*, de la oferta y la demanda, el egoísmo avanza triunfante, siguiendo la ley del mínimo medio, hacia equilibrios móviles pero matemáticamente exactos, que podéis calcular, mas que conservan siempre la huella de la premisa originaria, el egoísmo demoledor. En su inconsciencia de todos los demás valores sociales, el instinto hedonista avanza, pisoteándolos todos con tal de realizarse a sí mismo. Fuerza primitiva y brutal que, si bien es en vuestro nivel impulso de creación, constituye asimismo principio destructivo al que debéis infinitas crisis y reveses.

Pero la evolución -fenómeno universal- debía revelarse funcionando también en este campo como una eliminación gradual del principio hedonista, por acorralamiento, por limitaciones y elevaciones progresivas, hasta saber comprender en su propio ámbito intereses de orden general. Reencontraremos -por doquiera- idéntico proceso ascensional, mediante el cual la fuerza tiende a la justicia, el egoísmo al altruismo, la guerra a la paz, el mal al bien. En la evolución no es posible aislar un campo de otro; la totalidad de los fenómenos sociales han de concebirse como fusionados en una ética superior. El concepto hedonista, puesto en la base de las ciencias económicas, es hijo de agnosticismos de otros tiempos, ya superados. Si, en un primer momento, el perfecto equilibrio de la balanza del *do ut des* representa el máximo de justicia que la psicología de los intercambios puede contener, en momentos superiores, en cambio, el progreso impone la introducción del factor moral en el fenómeno económico, cada vez en más amplia medida. Como en la evolución del egoísmo, a esto os guiará igual cálculo utilitario, en que se expresa la ley del mínimo medio; pues la lucha está llena de rozamientos que implican enorme dispersión de energía, por lo que es ventajoso suprimirlos.

En vuestro mundo actual, raramente sigue la riqueza los caminos del bien; no es un medio para consecuciones más altas; antes bien, es un fin de disfrute, que premia las aptitudes más rapaces y antisociales. Pero, estad atentos, ya que esta psicología es en gran manera demoledora también en el campo del utilitarismo individual

(inconsciencia colectiva), opuesto al colaboracionismo (conciencia colectiva). Cuando un fenómeno nace ya envenenado por impulsos negativos, éstos -indestructibles como lo son todas las fuerzas- lo seguirán y corroerán hasta su destrucción; cuando un acto queda infestado, en el instante decisivo del nacimiento, por el germen de la deshonestidad, se arrastrará corroído por dentro, cual un enfermo, hasta que la disgregación íntima lo anule con la muerte. He aquí por qué vuestro mundo económico se encuentra lleno de crisis inevitables, sin remedio; porque se levanta sobre estos equilibrios, inestables y ficticios. Y la solución no reside en crear una grey de irresponsables, desposeídos, mantenidos por el Estado, sino en la creación de una sociedad de responsables, que sepan manejar de forma consciente la gran fuerza económica. Yo sostengo, no una mutilación, antes bien, un aumento de conciencia, de poder, de libertad, de confianza, de responsabilidad. El hombre no debe anularse, sino manejar las fuerzas de la vida, para aprender; debe correr libremente el riesgo de errar, porque, al sufrir las consecuencias, se enmienda; debe golpearse la cabeza para aprender a no golpearse más. Y a fuerza de crisis y derrumbes, de desastres financieros, aprenderá que el negocio más estable y más sabio, el más provechoso, es la honestidad; que la posición más utilitaria es aquella que toma en cuenta los intereses de todos, que se funde en lugar de aislarse en el organismo económico colectivo. Estas son leyes de vida, no son utopías.

En la dirección de esta renovación sólo puede estar el órgano máximo de la conciencia colectiva: el Estado. El fenómeno económico espera, de la autoridad central del Estado, como personificación completa de la ética humana, infusiones cada vez más enérgicas de factor moral, con constricciones y retoques que purifiquen la actividad económica y la riqueza, canalizándolas hacia fines más elevados. Compete al Estado intervenir y corregir, introduciendo un mínimo ético progresivamente más alto en el fenómeno económico, guiando en el interior tanto como afuera el crudo equilibrio de los intercambios, hacia un régimen de colaboración, que no constituye sólo compensación sino además comprensión de egoísmos; no sólo coordinación, sino, fusión en un organismo económico universal. Una ciencia económica no como la actual, que ignora y por esto sufre las reacciones de la Ley, sino consciente de ella, *no debe surgir sobre bases hedonistas sino colaboracionistas,* pues en una sociedad más avanzada la fase ética y utilitaria significa *cooperación*, y tal es la revolución económica fundamental que en este campo expresa vuestra actual maduración biológica. Sin embargo, los sistemas que actualmente dominan en el mundo, llevan a una selección al revés, del más deshonesto y pícaro, al paso que el honesto es eliminado. La sociedad no exalta al hombre que da -porque ello vuelve a uno pobre- sino al hombre que aferra y acumula

-porque así se hace rico-; no obstante el primero da lo suyo a los otros, y el segundo toma de los otros para sí. Éste podrá justificarse sólo si cumple la función de conservar y fecundar la riqueza con su trabajo.

En vuestro mundo, los mejores se hallan ocultos, porque son sensibles y modestos, tienden a otras metas y carecen de las cualidades agresivas que condicionan el éxito, en tanto que los ambiciosos y ávidos sin escrúpulos, saben pisotear todo para alcanzarlo. Lo que en vuestro mundo brilla, rara vez coincide con los valores intrínsecos; el triunfo económico rápido no puede más que significar ausencia de honestidad. Os movéis todavía en el nivel de la *fuerza económica* (principio hedonista), y no aún en el de la *justicia económica* (colaboracionismo); y en el régimen hedonista, cualquier crisis debe precipitar hasta el fondo; no puede descansar sino por saturación, no es capaz de elevarse más que por reacción natural del fenómeno mismo, después de agotado su impulso, sin las capacidades compensadoras del régimen colaboracionista.

En vuestro mundo, no existe proporción entre *trabajo y ganancia*, el robo se autoriza en la especulación, enquistándose parasitismos inevitables, que son consecuencia directa de la premisa hedonista. El principio del *do ut des* genera una lucha para tomar el máximo y dar el mínimo; lo cual no sólo es el precedente de la lucha sino que implica toda la psicología del robo, contamina al mundo económico entero, haciendo brillar en él el egoísmo en lugar de la justicia. Si el punto de partida es la motivación hedonista, la voluntad tenderá toda ella hacia la ventaja individual exclusiva, a la que no se renuncia si no se es constreñido por la voluntad ajena, que tiende, a su vez, hacia otra ventaja individual. Vuestra oferta constituye sólo un pedido de dinero, velado por el máximo posible de mentira; no refleja el interés del consumidor, sino el egoísmo del productor. Así, vuestro edificio económico sufre y se deteriora por ese roce continuo de explotación, que destruye la seguridad y la confianza, bases de dicho edificio. De manera que el mundo económico, en lugar de ser un organismo de justicia, es un campo de despiadadas competencias.

No hay proporción entre *valor y precio*. Éste, a menudo, no responde al costo de producción sino a la mayor o menor capacidad que tiene para soportar el peso de la explotación. Cierto que la potencia aspiradora de la demanda genera de inmediato la superproducción y se equilibra con la oferta; pero tal equilibrio espontáneo es superado con frecuencia por el desequilibrio originario del egoísmo, siempre propenso a retomar, en cuanto pueda, la supremacía. Y, además, no hay quien no vea que un aumento de precio, por el solo hecho de que la demanda sea intensa y la oferta escasa, está lejos de

la justicia, sobre todo cuando el consumidor se encuentra necesitado y el acaparamiento causa la penuria.

Los bienes de la Tierra no siguen el camino de la necesidad: la riqueza atrae a la riqueza, huyendo de la pobreza y, en lugar de constituir una ayuda, es a menudo un daño en la vida social. La psicología hedonista hace llegar el dinero adonde no sirve y lo aleja de donde podría aliviar un dolor, proteger una vida. Todos huyen del débil, del vencido, y apenas una debilidad se manifiesta, todo concurre a agravarla, acosándola sobre la pendiente de la ruina. Para vosotros, la necesidad del semejante es un no-valor económico, al paso que significa un valor la confianza que os inspira una sólida riqueza. Así, difícilmente cumple ella la que debería ser su función primordial, vale decir, la de ser un medio de vida y de mejoramiento, y se transforma a veces hasta en medio de opresión, que absorbe y destruye en vez de fecundar y levantar la vida. El mal que pesa sobre vuestro mundo económico y lo amenaza es esta hipertrofia de egoísmo. Es ilógica y dañina esta canalización de la riqueza hacia la riqueza, en lugar de hacia la pobreza, esa atracción agigantadora de desigualdades que son base de desequilibrios sociales y morales, esta tendencia hacia la centralización, cuando la salud reside en la descentralización.

En vuestro mundo no hay acuerdo entre *capital y trabajo*. Estos dos extremos del campo económico deberían tenderse la mano como hermanos. Es inútil la guía de leyes y sistemas, cuando el capital se halla contaminado en sus orígenes por deshonestidades que lo harán infecundo; todo remedio y control permanece en la superficie si en el alma no existe la conciencia de la función social de esta destilación del producto del trabajo que es el capital, y se hace de éste un medio de opresión. Es necesario, para superar los conflictos que en tal campo pesan sobre la humanidad, superar asimismo *la inconsciencia egoísta*, hasta llegar a *la conciencia colaboracionista*. Los dos polos, capital y trabajo, como todos los contrarios, son complementarios, han sido hechos para completarse, porque ninguno de ellos se rige por sí solo; están hechos para conjugarse y fecundarse mutuamente, en una corriente de intercambios continuos que han de ser también abrazos del espíritu. Sólo en la comprensión entre ambas fuerzas pueden combinarse prácticamente los impulsos del balance económico. El único hecho substancial que justifica vuestras luchas es que constituyen el medio para llegar a la comprensión, pues incluso en este dominio, así como en todas partes, la evolución acucia.

XCIII

LA DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

Frente a estas mis concepciones veis qué absurdo representan vuestras utopías de *nivelamientos económicos*. La distribución de los bienes terrenales no es, como creéis, efecto de leyes, instituciones ni sistemas, sino que es consecuencia de un hecho primordial indestructible: el tipo individual y la línea de su destino. Los equilibrios de la vida se hallan hechos de desigualdades que, dadas las naturalezas distintas, responden a justicia, aun cuando las posiciones sean diversas, y resulta absurdo un nivelamiento de unidades substancialmente desiguales. Aunque dicho nivelamiento se impusiese por la fuerza, la naturaleza de los individuos en breve tiempo lo destruiría. Existe un solo comunismo substancial: el que une a todos los fenómenos, coliga la totalidad de vuestras acciones, os hermana a todos y os lleva al seno de la misma Ley, sin posibilidad de aislamiento, en la misma corriente. Comunidad substancial de deberes, de trabajos, de responsabilidades, no obstante las necesarias diferencias de nivel, que expresan las diferencias de tipos y valores. Vínculos férreos que os estrechan a todos igualmente, aunque quisieseis que fuesen de rivalidades y de odio en lugar de ser de amor y bondad.

Los principios de la vida son más sabios que vuestros sistemas mecánicos de nivelación social y obtienen el equilibrio a través de la desigualdad, puesto que tienden, no al equiparamiento de un tipo único, sino a la diferenciación, para luego reorganizar a los especialistas, en organismos colectivos. La diferencia de posiciones sociales no es más que división del trabajo por capacidades diversas y es ella tanto más acentuada y, por consiguiente, las posiciones tanto más divergentes, cuanto más evolucionado y complejo es el organismo social. En una colectividad avanzada, cada individuo y cada clase permanecen tranquilamente en su puesto, sin coacciones, como las células y órganos en un cuerpo animal. Estas inquietudes son características de las sociedades inferiores, en formación.

No es lícito ignorar -en la construcción de los colectivismos humanos- que la naturaleza no construye a los hombres mediante una máquina, y que no puede dividirse a las falanges humanas por tipos en serie. La naturaleza crea, en cambio, tipos complementarios, recíprocamente necesarios; y las diferencias han sido hechas para comprenderse y compensarse uniéndose, para completarse en sus puntos débiles y

combinarse orgánicamente. Así, por complemento y equilibrio de los opuestos, por la vía lógica y utilitaria del mínimo medio, la Ley conduce de manera irresistible a la fraternidad humana. El nivelamiento podrá formar un rebaño, mas nunca una sociedad. El error fundamental radica en creer a todos los hombres iguales en cuanto valor y destino; en no haber comprendido el misterio de su personalidad y el objetivo de la vida; en detenerse en lo externo, creyendo que no se puede obtener justicia si no es en la igualdad de superficie, en tanto que alcanza la vida una justicia más compleja y profunda en la desigualdad. El principio de la equiparación podrá ser un programa de enriquecimiento por expoliación para las clases menos acomodadas, y también, si se sabe adaptarlo y moderarlo, un sano programa de ascenso económico; pero, como principio, sigue siendo siempre un absurdo, ya que no responde a la realidad biológica. La igualdad, no meramente exterior y coactiva, es absurda en un universo libre, donde no existen dos formas idénticas. Cuando la evolución ha creado valores absolutamente variados, y son diversos los caminos recorridos y las fatigas experimentadas, es justicia que las posiciones sociales expresen exactamente el valor y la naturaleza del ser.

Comprended la esencia de la vida y veréis una más profunda realidad, donde todo es siempre justo. No confundáis igualdad con justicia, y no creáis que la vida deba esperar vuestras nivelaciones exteriores para realizar en la eternidad sus justos equilibrios. Todo es justo, compensado y equilibrado, desde hace tiempo. Vosotros consideráis como mejores las altas posiciones sociales, vuestro espíritu de igualdad es a menudo envidia, que aspira a la sustitución por parte de vosotros en el bienestar ajeno. Pero comprended que el equilibrio de una posición económica y social es -como en física- tanto más estable cuanto más bajo se halla su centro y más próximo está al nivel mínimo de la sociedad en que se encuentra situado. Por el contrario, es en las cumbres donde se condensan las tempestades, y no envidiéis aquellos peligros mayores que llevan consigo caídas mayores. Cuanto más se eleva una posición social, más insegura, vulnerable y difícil se vuelve su defensa; tiende más a descender y exige la presencia de un valor intrínseco, que con esfuerzo continuo la sostenga.

Veis cómo la Ley, en esta tendencia a poner en el centro las posiciones extremas, posee ya el principio de la nivelación económica. Es la *ley automática de la nivelación de todas las aristocracias*, hecho evidente en la historia. Como siempre, incluso en el mundo económico y social actúa, en lo profundo, una ley que, más allá de las apariencias, rige el equilibrio de los fenómenos. Permanentemente existe una justicia substancial, de la que no se escapa: individual, exacta, inviolable, automática y que no se alcanza sobreponiendo a la naturaleza de las cosas grandes capuchones de legalidad,

sino mediante el equilibrio espontáneo de la Ley. Además de la injusticia de forma, hay siempre una justicia de substancia en la distribución de las alegrías humanas, y sobre la cual ninguna ley podrá mandar, si no es la del propio destino.

No envidiéis a los ricos, porque esa su riqueza puede ser una prueba, una condena, una condición de ruina. Ved cómo, por una ley psicológica, aquello que se obtiene sin fatiga está destinado a la dispersión. No se aprecia ni se defiende como lo que ha costado adquirir. La hereditariedad de la riqueza es fábrica de ineptitud, no constituye sino un proceso de autoeliminación. Todo cuanto es hereditario, aun cuando esté legalmente protegido, *tiende de modo automático a la descomposición*: decadencia de la riqueza que ninguna barrera social ni legal ha podido jamás impedir. Porque sólo las leyes de la vida son siempre activas y constantes, ya obren por manera subterránea y en silencio; rompen, por lo tanto, toda defensa social, que es peso muerto, superposición inerte, no movida por un impulso íntimo que haga vivir y obrar en cada instante hacia un fin determinado. Y ello, mientras se acercan alrededor otros hambrientos, mucho más preparados para el trabajo, no ilusionados por la adulación que la riqueza atrae, ni paralizados por la educación más refinada; hechos activos y astutos a raíz del deseo no saciado, impulsados, con todas las fuerzas, por la necesidad, a la conquista, y destinados, en consecuencia, a vencer en la desigual lucha.

Así reemplazo yo vuestro *concepto de propiedad* -meramente jurídico y de superficie- por un concepto más profundo de *propiedad substancial*. Ésta es la única que se fija como derecho en el propio destino. Si os colocáis en la realidad de los fenómenos, que es siempre un devenir, veréis que no resulta posible poseer las cosas en sentido estático, sino tan sólo la trayectoria de su transformismo. Ellas, como vosotros mismos, constituyen un devenir, y ese contacto duradero que se llama "posesión" no es posible más que por la acción de una *fuerza constante* que mantenga adheridos los dos devenires. En este mar de dinamismos, la propiedad es, a lo sumo, un usufructo que la muerte o cualquier revés puede siempre quebrar. Así que no es posible "propiedad" y "posesión" en sentido jurídico, por la elevación de defensas y barreras legales; sólo es posible la posesión de la causa de ese mecanismo de efectos, vale decir, la potencia del dominio sobre las cosas; y ésta no la determinan los reconocimientos jurídicos exteriores, sino *la adquisición de cualidades, de méritos, de derechos inherentes a la propia personalidad*. Más allá de vuestras formas sociales, lo que las justifica y, sobre todo, las mantiene vivas, es *la acción constante de ese impulso determinado por una capacidad intrínseca preparada y fijada en el destino, única base del derecho*. Y, en efecto, en el justo equilibrio de la Ley, apenas cese el impulso de aquella causa, cesa

asimismo el derecho, se derrumba el edificio de los efectos, pulverizándose, no obstante todas las defensas, la construcción jurídica. Sólo esta propiedad substancial, que responde a una característica de la personalidad, que se halla escrita en el destino, como impulso que se injerta en el equilibrio de sus fuerzas, podrá resistir y mantenerse, hasta que aquel impulso se mantenga y resista.

El principio hedonista os encierra en un estado de miopía psíquica que os hace creer en el absurdo. Creéis en la posibilidad de procuraros la riqueza por atajos que excluyan la fatiga del trabajo. Ahora bien, encarando las leyes más profundas del mundo económico, encontraréis un principio de equilibrio que impone *una relación férrea entre fatiga y disfrute*, según lo cual, no obstante todas las tentativas que se realicen para burlar la Ley, la alegría verdadera no constituye premio más que del trabajo honesto. La riqueza lleva consigo -como una *naturaleza propia-* un *sello indeleble* de las características con que fue generada y querida, y que la seguirán siempre como un impulso, trayectoria, dirección precisa que han de sostenerla y guiarla a cada paso, como un ser viviente. También es la riqueza un haz de impulsos causales que contienen sus efectos inexorables, los que tarde o temprano han de manifestarse en acción. Si la riqueza ha nacido mal, trae males; si ha nacido bien, trae bienes.

Creéis que la riqueza sea una cantidad homogénea, igual en todas partes. Es necesario completar este concepto económico con otros factores que se injertan siempre en él. Ella es una fuerza en movimiento, que se manifestará en la forma en que fue definida en el momento de su génesis. De modo que existe diferencia entre riqueza y riqueza. Lo mal ganado no aportará ventajas, antes bien, daños. Hay dinero que no puede dar placer. Poseerlo no constituye ganancia, sino pérdida; no riqueza, sino pobreza. Una riqueza así fue impregnada substancialmente de cualidades negativas, por lo que es fuerza destructiva. Su vicio de origen, que no se borra, la guiará a producir ruina, en tanto ella misma no desaparezca por agotamiento de la causa. Pues que el mal constituye negación y se niega, ante todo, a sí mismo, hasta su completa autodemolición. Hay dinero maldito, que no puede aportar otra cosa que maldición a aquel que lo posee: el dinero con que fue pagado el campo de Haceldam [(1)].

Estos mis puntos de vista interiores iluminan diversamente al fenómeno económico entero y, mostrándoos una más profunda realidad, relegan al absurdo a vuestros conceptos más comunes en este campo, los que aceptáis en la ignorancia de las leyes

---

[(1)] El campo de Haceldam fue el campo comprado por los príncipes de los sacerdotes con el dinero devuelto por Judas. (*Cf. "Evangelio" Mateo XXVII; 5-8*). (N. del T.)

substanciales de la vida. Así, vuestro tiempo tiene la ingenuidad de creer que es superfluo preocuparse tanto por la sutileza sobre cómo se acumula la riqueza, y que todo medio es válido. Y de este modo, a la ligera, se siembran gérmenes de destrucción en el seno de los propios capitales. Hablo en los términos de una moral científica exacta y utilitaria, necesaria, por lo mismo, también al ladrón. Éste es tan simple como para creer que el robo proporciona utilidad. Ahora bien, resulta pueril el esfuerzo por burlar la pobre ley humana, cuando no es posible alterar la ley íntima de los fenómenos, que misteriosa y potente, vigila y resurge innata en ellos, en todo instante. Por los atajos de la usurpación no se puede alcanzar otro resultado que la reacción. Regocíjense los sedientos de justicia, que sufren a la vista de las injusticias humanas. Hay un equilibrio profundo, al cual en vano intentará el malvado escapar, incluso triunfando momentáneamente. Y temblad vosotros, a quienes la injusticia de un momento ha dado razón, porque lloraréis un día, aplastados por las consecuencias de vuestras acciones, que ningún tiempo podrá destruir y que os seguirán por doquiera. Aun cuando no lo sintáis, lo imponderable os alcanzará para golpearos. El dinero mal ganado es flecha envenenada que ha de clavarse en vuestras carnes. Nada rinde tanto como la explotación de la sangre humana, lleno está el mundo del dinero de Judas, manchado de traiciones, verdadero estiércol del demonio, que os ahogará, desmoronando la tierra bajo vuestros pies. Contra ese dinero, y no contra aquel otro que es justa retribución del trabajo, es que se levanta la maldición de Dios.

XCIV

DE LA FASE HEDONISTA A LA FASE COLABORACIONISTA

Como veis, afronto y resuelvo la totalidad de los problemas económicos remontándome a sus fuentes, que residen en el alma humana. La solución es radical, substancial y, sobre todo, simplísima. También en el campo de lo económico hemos mirado hacia lo profundo, alcanzando más allá de la forma, la substancia. He substituido *la premisa hedonista por la premisa colaboracionista*, elevando el mínimo ético de las ciencias económicas, dándoles un contenido moral. He llevado, así, el fenómeno económico a

un nivel inmensamente más alto; os he proyectado, sobre todo, su evolución y forma futura. Os he indicado el camino para superar *la vieja economía hedonista* y he lanzado las bases de una *nueva economía colaboracionista*, por medio de teoremas planteados de modo totalmente diverso y que deberéis desarrollar. En tanto que la base hedonista tiene sus raíces en la evolución subhumana, la fase colaboracionista constituye, en cambio, una aproximación resuelta hacia la perfección evangélica. Y no podíamos dejar de encontrar -como en todos los campos que hemos observado- también en el terreno económico, las dos leyes consecutivas entre las cuales oscila la madurez biológica humana. Dos leyes sucesivas, que en todos los campos prueban la evolución: evolución en el trabajo, en la renuncia, en el dolor, en el amor, desde la fuerza al derecho, desde el egoísmo al altruismo, desde la guerra a la paz, desde la concurrencia al colaboracionismo, desde la bestia al hombre, desde el hombre al superhombre, desde el desorden al orden, a la justicia, al Evangelio, desde el mal al bien.

Vuestra supercultura hace, del fenómeno económico, un problema complejo, accesible tan sólo a los técnicos, que nada resuelven, y las crisis sobrevienen, verdaderas ráfagas económicas que todo lo arrollan a su paso. Os hablo simplemente de la Ley, de un orden universal, de un *orden ético en que es preciso saber armonizar este orden económico menor.* Sabéis valorar esto con la exactitud matemática que os da toda la fisonomía del fenómeno, la faz interior de su ser y devenir; pero permanece aislado y sufre en su sensibilidad repercusiones procedentes de impulsos psicológicos y morales que se os escapan. Yo lo reduzco todo a una actitud de espíritu, y toco las raíces que están en el campo de las motivaciones. ¿Qué pretendéis obtener en el mundo económico, si hay en su base un principio de destrucción, el egoísmo, del cual se hallan penetrados todos los actos, siguiéndolos como un mal originario, minando los cimientos del edificio económico? Se experimentan todos los sistemas más complejos, se intenta cambiarlo todo, mas el egoísmo humano queda intacto, y con él, la substancia de las cosas. No se construye con semejantes materiales. Mientras el hombre sea lo que es, incapaz de elevarse de la fase hedonista a la fase colaboracionista, resultará inútil pensar en sistemas distributivos. *Es necesario hacer al hombre antes que a los programas sociales, y hacer éstos sólo para hacer al hombre*. Es necesario transformar el problema económico en problema ético.

Si el *do ut des* constituye una necesidad psicológica del mundo humano, si la necesidad es el único medio para lograr que el individuo trabaje, si la inconsciencia ignora la función social de la actividad económica, si la gran máquina no puede moverse más que por el resorte hedonista, entonces contentaos con los resultados que obtenéis y que

este sistema puede dar. Podéis decir que es inútil mi modo de hablar, y yo os digo que no es inútil vuestro sufrir, porque al sensibilizarse vuestra psicología, comprenderá un día la enorme ventaja de liberarse de ese continuo esfuerzo colectivo de demolición mutua y reaccionará, atemperando el egoísmo hasta superarlo, transformándolo en fraternal colaboración. Contentaos, hoy, con la realización de la justicia máxima que el sistema permite, con el equilibrio entre el "debe" y el "haber", y con igualar el balance del egoísmo. Pero, es un hecho que esto no puede producir sino trabajos de orden inferior, y que el sistema no es suficiente apenas es elevado a servicios en que la función colectiva es substancial. El mínimo ético del mundo económico resulta demasiado bajo para sostenerlos.

Existen en la sociedad humana *funciones supereconómicas* que, de hecho, vuelven a entrar en el campo económico hedonista, y como tales son entendidas en substancia, cuando su contenido moral debería ser preponderante. Imaginaos a qué degradación es sometido el principio de la función social, reducido a los estrechos límites de aquel hedonismo. Hay funciones económicas de contenido moral, verdaderas funciones sociales, que sufren un continuo proceso de degradación, porque se hallan abandonadas a la sola ley de la oferta y la demanda. Es menester, que estas formas de actividad sean entregadas al Estado, el único organismo ético que tiene la misión de elevarlas a función, imponiéndoles el factor moral.

Os hablo del problema del reparto de la riqueza como de un problema de destinos; reduzco las tentativas violentas de nivelación económica a una mentira del pobre que quisiera usurpar la posición del rico, y digo a aquél: si la riqueza puede haber sido un robo, no es esta la razón para robarla de nuevo. Resuelvo el problema, no dando al pobre razón para agredir, sino diciendo al rico: "¡ay de ti, si no cumples tu primer deber de tener presente el interés de todos en el uso de los bienes que te fueron concedidos!; ¡ay de ti, si no sabes descender hasta el pobre!; ¡dale lo superfluo!; ¡ay del que disfruta hoy, que de cierto no gana en lo eterno!; ¡es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que se salve un rico!" Pues que el equilibrio no se alcanza mediante usurpaciones recíprocas, sino con la comprensión de las recíprocas necesidades. El progreso radica en la concordia y la cooperación, y ¡ay del que se hace instrumento de involución! La riqueza es corriente que ha de circular, pasando por todas las manos, para el bien de todos. Y la beneficencia debe ser también un dar de alma que eleva, un acto de bondad que hermana los espíritus, no una exhibición que cava abismos de odio; ha de ser asimismo un dar moral, que enriquece de bienes eternos.

Al mostraros la esencia de la Ley, he demolido la idea pueril de que la riqueza debe constituir felicidad segura. ¡Como si la posesión de los bienes pudiera cambiar el destino humano! ¡Como si la igualdad de las riquezas fuera capaz de generar la igualdad de los destinos! ¡Como si la justicia divina pudiera corregirse mediante sistemas distributivos! En efecto, ellos no han servido más que para ilusiones y nuevos robos. Mas la felicidad es un equilibrio interior de fuerzas eternas, al paso que la riqueza constituye una superposición exterior y momentánea, no una cualidad del alma, y en modo alguno sabe cerrar las puertas al dolor. Os indico la riqueza no, según os parece, como un privilegio, sino como una prueba, y a veces incluso como un castigo, siempre como un deber y una responsabilidad. El habituarse a la satisfacción debilita la satisfacción; la inercia favorece la atrofia y abre las puertas a la descomposición. También en este campo, impera la ley de equilibrio, pues los primeros serán los últimos, y los últimos han de ser los primeros.

XCV

LA EVOLUCIÓN DE LA LUCHA

Os he indicado también, en el campo económico, las vías de las ascensiones humanas. Si una máquina económica que funciona en torno al fulcro hedonista es vuestra ley presente, ella está allí para demostrar cuál es el actual nivel humano: lucha por la conquista de los bienes en cantidad limitada, inferior a la necesidad; lucha siempre, en todos los terrenos; necesaria fatiga de evolución, condición de conquistas y superaciones, construcción de andamiajes económicos más perfectos. También aquí tiende la lucha hacia psiquismos cada vez más evidentes y, aunque pueda parecer irritante y tormentosa, si existe, como todo lo que existe, es justa. Ella *expresa al hombre*, constituye el máximo de justicia que puede éste realizar hoy. Pero os impulsa hacia adelante. Si, con cada nueva mejora, el hábito tiende a extinguir la alegría, la demolición de toda conquista de felicidad es automática, y todo se reduce a la creación de nuevas necesidades. Mas el alma es una mina de deseos y si, en su insaciabilidad, la alegría permanece siempre siendo un espejismo, *la progresión de los espejismos constituye la vía del progreso* y es el impulso que os hace avanzar. Todo se reduce, no

ya a una ilusión perpetua, sino, a una incesante expansión y realización de deseos; aun permaneciendo siempre idéntica la fatiga, se transforma en continua exaltación del trabajo de conquista.

He aquí el mecanismo secreto de la Ley: el psiquismo animador de las formas, sede de la centralización dinamocinética de la substancia al nivel α, expresa, en el instinto fundamental de la vida, que es insaciabilidad de deseo para evolucionar, el irresistible impulso a la descentralización. El deseo, nacido de los movimientos íntimos del alma, crea la función; la función crea el órgano, el cual a su vez consolida la función. Todo en el universo grita la pasión de expresar su potencia interior, la pasión del "Yo" que lucha por salir a la luz y revelarse. Es la cotidiana fatiga de la evolución, que fija en órganos la expresión de un deseo tenaz y victorioso, órganos que dan el psiquismo motor, el cual -una vez estabilizados sus medios- se sirve de ellos todavía para expresarse, cada vez más lejos, perfeccionándolos y multiplicándolos. Acuciante, a espaldas del órgano, existe siempre ese impulso, esa indomable necesidad del deseo del alma, que nunca se detendrá en la evolución, porque no tiene límites.

En el campo psíquico del hombre, los órganos son las aptitudes, y el principio es idéntico. Hay siempre, ante vosotros, un trayecto descubierto de evolución, que os aguarda y atrae, y hacia el cual os precipitáis, a fin de que absorba vuestro eterno instinto de ascender y os lleve más hacia lo Alto. Toda forma de lucha cae no bien se agota su función creadora, para dejar el puesto a una lucha consagrada a creaciones más elevadas. Estáis presos en un mecanismo sin fin, estáis lanzados en un juego de fuerzas mediante el cual -de ilusión en ilusión- subís en substancia. Y sólo esto es lo que importa. Ilusión os parece toda satisfacción alcanzada, el pasado conquistado. El sueño está eternamente en el mañana, para que se transforme en saciedad y resurja eternamente un nuevo sueño. Así se desplaza de continuo vuestra posición sobre la línea del progreso.

Os puede parecer una condena esta zona de fatiga que vuelve a surgir siempre ante vosotros, mas constituye la base de creaciones en lo eterno; *tal constancia de trabajo permanentemente en espera es la única que os puede garantizar, en un régimen de equilibrios, la constancia de expansión y de progreso en espera*. El ciclo creador tiene, luego, las fases de descenso y de reposo (véase "La Trayectoria Típica de los Movimientos Fenoménicos"). La fatiga no subsiste más que en la zona de la conciencia, porque lo que es asimilado se convierte en instinto y necesidad. *Esa fatiga se expande cada vez más lejos y abarca una riqueza propia cada vez mayor*. Tenéis un

resultado substancial siempre progresivo en refinamiento, en potencia, en concepción. La lucha crea, y sin ella no se puede construir; cae y resurge y se hace cada vez mayor. Es la evolución, que avanza, y con ella su fatiga. La insaciabilidad del deseo os habla de las verdades de estos conceptos. La satisfacción es siempre proporcional al trabajo cumplido, se consume luego en la saciedad y en el tedio, en que el alma se asfixia en tanto no reaccione para surgir de nuevo en la acción. Y no podéis descansar. La insatisfacción del instinto, fundamental entre todos y padre de todos, que consiste en evolucionar, os constriñe a moveros hacia alegrías de continuo nuevas y más altas.

Como el dolor, la fuerza, el egoísmo, todos los aspectos del mal se anulan a sí mismos con su ejercicio; así lucháis, no ya para vencer y satisfaceros momentáneamente, sino para eliminar la lucha más baja y elevarla a formas más altas; *os esforzáis para superar la fatiga* más pesada, en busca de actividades más productivas, porque *la potencia de conquista por unidad de trabajo es progresiva.* He aquí la única dirección en que vuestro esfuerzo no se neutraliza entre impulsos contrarios, sino que crea constantemente. Al estado de espejismo necesario para el progreso reduzco todas vuestras concepciones sociales, hoy meta a alcanzar, mañana, pasado superado. ¿Qué otra cosa sino un juego de espejismos puede inducir a la inconsciencia humana -ignorante de sus altos fines- a avanzar a lo largo de la evolución? La realidad profunda se os escapa y os movéis cual átomos agitados por la Ley que opera -y no vosotros- a través de los instintos que suponéis vuestros, cuando en verdad no son más que un mandato de aquélla. Hoy no constituís todavía sociedad: sois apenas un rebaño, un desencadenarse de fuerzas psíquicas primordiales que estallan confusamente; pero la explosión es guiada y *debe* canalizarse hacia el progreso. La Ley no os pide que la comprendáis, *pero os impone obedecerla*.

Los choques entre individuos y entre pueblos se verifican para que se conozcan y combinen en unidades más vastas y compactas. La lucha es atroz porque sois salvajes; sólo si el hombre no lo es, tampoco la lucha lo será. El progreso justifica en el orden de la Ley el desorden y el mal presentes, vuestra lucha y su fatiga. Anulad en el universo las palabras “injusto” e “inútil”, mas decid que todo se halla en proporción con el valor de los seres. Si la lucha fue antes física, ahora es económica y nerviosa y mañana habrá de ser espiritual e ideal, mucho más digna de llevarse a cabo. Es la lucha que hoy realizo yo por anticipado, para elevar al hombre hasta la ley social del Evangelio. No creáis que la lucha se pueda suprimir. ¿Qué otra cosa contribuiría de otro modo al fin de la selección, para que el hombre no se degenere? Pero la lucha se transforma: y veis cómo, aunque sea en un campo tan diverso, por sobre toda forma humana de

agresividad, lucho yo también, y cuán intensamente. Para el logro de aquella meta, todavía tan lejana, para la formación del hombre digno de comprenderla y capaz de vivirla, también hoy vosotros, en el campo de lo social y económico, de lo político, artístico y científico, trabajáis y sufrís.

XCVI

CONCEPCIÓN BIOLÓGICA DEL PODER

Hay en estas conclusiones sociales lo suficiente para rehacer el mundo, y ello, sobre principios biológicos, estrictamente científicos, vinculados al funcionamiento orgánico del universo fenoménico. No insisto en los detalles, porque en mi sistema todo es orgánico y, una vez en vuestro poder la clave de los fenómenos, expuesto ya el principio que los rige, resulta fácil concluir también en los pormenores mínimos. Basta con haber definido el edificio del universo en sus líneas principales. Estas conclusiones podrán parecer irrealizables, porque se hallan lejos del actual estado de involución, mas no por ello son utópicas, porque se mueven y se han venido moviendo de continuo en una atmósfera de racionalidad. Si os parecen utópicas, pensad que esta filosofía, si bien se abstiene de vincularse y encuadrarse en el pensamiento filosófico humano, se relaciona, en cambio, y con perfecta adherencia se injerta en el marco de la fenomenología del universo; ésta no es filosofía de superficie, ya que desde la estequiogénesis en adelante la sustentan todos los fenómenos de la materia, de la energía, de la vida y del psiquismo. Todo esto no es simple sucesión narrativa, sino que representa un concatenamiento lógico mediante el cual las conclusiones son condicionadas desde las primeras afirmaciones y se refuerzan a cada paso de este tratado. Y pensad que mi pensamiento no se mueve en el ámbito restringido de las concepciones humanas, antes bien, las sobrevuela ampliamente, hacia horizontes vastísimos; plantea por lo tanto, las grandes metas lejanas, en dirección a las cuales avanzan con fatiga los milenios. He dado dos límites máximos a vuestro concebible, como metas de la evolución humana: el superhombre para el individuo y el Evangelio para la colectividad, en substancia, la misma realización. Pero el pensamiento no tiene límites.

Hemos observado la evolución de las fuerzas sociales más potentes, que actúan sobre las masas humanas en la formación de su alma colectiva. Observemos, ahora, las fuerzas que convergen hacia la nueva expresión de dicha alma, aún joven, verdadera central psíquica y volitiva que es el Estado. Éste constituye el organismo, situado en el centro del organismo social, centralizador de la potencia directriz de todas las funciones de un pueblo. Así entendido como poder, es el órgano psíquico promotor y coadyuvador de las maduraciones biológicas, individuales y sociales, que hemos visto. Su función consiste en hacer al hombre, en impulsar las ascensiones humanas; su más elevada meta es crear en el campo del espíritu. Toda su múltiple actividad jurídica, económica y social, debe destilarse en estas creaciones que son las únicas que fijan en la eternidad todos los valores. Tal es la función que justifica el monopolio de la fuerza, la obediencia impuesta al ciudadano. Las posiciones supremas implican deberes supremos: ¡ay de los órganos directivos que no cumplen su función!

Mi concepción del Estado se apoya sobre bases estrictamente biológicas. He elevado la ciencia hasta el punto de poder concluir en todos los campos, incluso en el campo filosófico-jurídico-político-social: he lanzado las bases de una ética científica, de una nueva *filosofía científica del derecho*. Mi concepción es racional, se ajusta a la totalidad de los fenómenos de la naturaleza; es, por consiguiente universal. Se trata de una *concepción progresiva* dentro de la cual, así como toda religión encuentra su puesto en el campo ético, del mismo modo en el campo político toda nación puede escalonarse a su nivel, según sean su madurez y comprensión. De la manera que los fenómenos de la vida son, en mi sistema, fenómenos psíquicos, igualmente *los fenómenos sociales constituyen fenómenos biológicos.* La sociedad humana es un organismo, como organismos son las sociedades animales, todas del mismo modo apoyadas por leyes y equilibrios exactos, y como son organismos los organismos animales. Todo en la creación está relacionado y repite idénticos principios; el cuerpo animal, en sus equilibrios e intercambios entre centro y periferia, cerebro y órganos, en la distribución y especialización entre funciones centrales y periféricas, os da el ejemplo del principio realizado de las unidades colectivas, tal como se dispone a fijarse en la sociedad humana.

En mi concepción, los fenómenos sociales aparecen como despojados de todas las incrustaciones externas, *desnudos en su substancia*, como un haz de fuerzas en acción. Se rigen por una ley exacta y profunda, son la fisonomía exterior de un concepto que se desarrolla con una lógica propia, que los diagramas estadísticos expresan en su marcha, permitiéndoos así la previsión de su futuro desarrollo. No podríais establecer de otro

modo el cálculo de las probabilidades. Hemos estudiado estos procedimientos en el desarrollo de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (pag. 70 y sigts.) observando primero la ley de la variación (de la evolución en función del tiempo) sobre coordenadas ortogonales (Figura 1: *tiempo* sobre el eje horinzontal, de las abscisas; *evolución* sobre el eje vertical, de las ordenadas), después sobre diagramas de coordenadas polares (Figura 3) y por interpolación parabólica (Figura 4). La línea, determinada por la relación, entre las ordenadas y las abscisas, describe la ley con expresiones de cálculo algebraico, en la forma de un problema de geometría con las correspondientes ecuaciones.

El objeto del método estadístico es justamente llegar, a través de *la observación de masa* -en que se compensan y desaparecen las accidentalidades individuales- a la recóndita ley del fenómeno, a la inducción de la relación real constitutiva. Para esto, el fundamento del método estadístico reside en la *ley de los grandes números*, pues la aproximación al principio o causa constante no crece en razón directa, sino en proporción a la raíz cuadrada del número de las observaciones. Con esta relación se llega, así, a la expresión de la constitución efectiva del fenómeno. Operando sobre grandes números desaparecen las diferencias unitarias y aparece una fisonomía diversa, un orden nuevo, colectivo, que expresa un concepto de la Ley. Y la expresión estadística se adherirá a la causa, será fija y constante si ésta es constante, será determinada por regularidad en las variaciones si la causa es más a menudo, un concepto en evolución. Esto desde la estequiogénesis hasta los fenómenos sociales. Todo es orden, todo fenómeno expresa la Ley. En la búsqueda de las causas, guiados por el principio de causalidad, os aproximáis al pensamiento de Dios, para descubrir siempre una lógica exacta. Si muchos fenómenos sociales os parecen atípicos, es porque se os escapa su causa demasiado compleja: porque en el cálculo se introducen interferencias de innumerables fenómenos, todos interdependientes. Pero, dominadas las causas, comprendida la ley del fenómeno, es posible, en cualquier campo, establecer a priori, por progresiones exactas, su porvenir; entonces el futuro no constituye ya un misterio.

La relación de causalidad impone, en la evolución de los fenómenos sociales, un *determinismo histórico inviolable*; hay un destino de pueblo, como hay un destino de individuo; existe un cálculo exacto de responsabilidades, en que se equilibra la libertad colectiva, del modo que vimos equilibrarse la libertad individual. La ignorancia del materialismo puede no haber visto todo esto, pero la Ley no dejará por ello de estar presente. Yo insisto en las bases científicas del fenómeno histórico que no puede ser

comprendido sino como un momento de la fenomenología universal, con las mismas leyes de relación y cálculo de equilibrios que rigen el mundo físico y dinámico. Hay una *continuidad psicológica en el desarrollo de los fenómenos sociales*, una concatenación férrea de causalidades, aun cuando los actores puestos en escena -hombres o pueblos- no la comprendan siempre. La Ley actúa, por medio del instrumento humano, moviendo el mecanismo de los instintos individuales y colectivos, atropellando al que se rebela, imponiendo por doquiera, en todo movimiento, su imperativo categórico. Estas fuerzas interiores y profundas saben y estallan por sobre la conciencia de los pueblos. Hacen la historia. No es necesario, para ello, comprenderlas. La comprensión es *póstuma a los acontecimientos, la conciencia es el resultado de la historia.* Más allá del estruendo externo de los choques desconcertantes en lo profundo reside siempre el orden.

Este principio guía los impulsos desordenados de los instintos individuales y los coordina hacia una meta única. De otro modo, un amontonamiento de fuerzas no produciría sino el caos; en cambio, la historia sigue una línea propia precisa de progresos y regresiones, de maduraciones y revoluciones, de ciclos creadores y destructores; si cae, es para volver a levantarse; si destruye, para reconstruir más alto. Todo momento histórico es un movimiento coordinado hacia un fin. Concebid la historia, no ya como sucesión de acontecimientos externos e inconexos, sino, sobre todo en las causas y finalidades, como una maduración biológica, una progresiva realización de metas, *un funcionamiento orgánico*. La historia os muestra la técnica evolutiva del psiquismo colectivo; mirad tras los hechos, el hilo sutil de la ley que los rige y vincula. Existe el ciclo del nacer y morir en las civilizaciones, en las revoluciones; hay un ritmo de desarrollo tanto en el orden como en el desorden, conforme al cual, a toda potencia social dice la Ley alguna vez: “basta”. Todos los desequilibrios se restablecen en un equilibrio más vasto, en que se completan en la gran onda progresiva del bien. No comprenderéis la historia si no veis detrás de ella a la Ley; la Ley, que es la única que ordena en verdad, que impone sus ciclos de maduración y agotamiento, que impone el ciclo de los renacimientos a las civilizaciones y a los individuos.

El destino confía tan pronto a una como a otra célula social una función, y se la quita apenas agotada. En la tempestad de las revoluciones, así como en el trabajo de orden, el hombre constituye siempre una fuerza, es substancialmente un *espíritu desnudo* que cumple su misión. Así, cambia totalmente el concepto de gobernantes y gobernados, reducidos a lo que afirmamos para el individuo, de vida-misión. Es la historia la que

utiliza para sus fines a los hombres cuando los pone en evidencia y no los hombres los que conquistan por sí y se imponen a la historia. La idea de conquista y ventaja puede ser un mecanismo necesario para poner en movimiento las mentalidades inferiores. La masa contiene siempre una reserva de grandes hombres para todas sus necesidades, y llama ya al uno, ya al otro, según sea su especialización, al rendimiento completo de su personalidad; no bien nace la necesidad, pone en función los valores de sus reservas. El concepto medieval de poder hereditario es substituido, hoy, por el concepto de poder conquistado mediante selección biológica, expresión de una substancial potencia individual de gobierno. La dirección suprema estará abierta para cualquiera que sepa superar la prueba de fuego, única garantía del valor intrínseco; superarla para llegar, y superarla cada día para mantenerse.

Más allá de todos los enmarañamientos de legalidades, la substancia y la garantía máxima residen en las fuerzas biológicas, que no garantizan al hombre sino la función, y lo demuelen apenas deja de responder a ésta. El concepto de dirección-poder y prerrogativa se substituye por el de dirección-trabajo y función. De suerte que la historia llama siempre a sus hombres, superando las construcciones legales; los despierta, levanta y utiliza; los rechaza sin piedad así que cesa la función, o bien incurren en el abuso o la debilidad. La prueba es grande, tremendo el riesgo y sólo aquel que es de raza vence y sobrevive. Únicamente el que posee una substancia de valores intrínsecos sabe explotar y valorarse, sabe comprender y comprimir las fuerzas que lo circundan, en lugar de ser arrastrado por ellas.

En mi sistema, el comando supremo no es otra cosa que el *trabajo y la función suprema, la capacidad psíquica y volitiva suprema, la responsabilidad, el peligro, el peso máximo*. En mi concepto, la posición de comando es tal en tanto constituye *posición de deber y de obediencia* a los principios directivos de la Ley. Las jerarquías humanas no son sino una pequeña zona que se prolonga más allá de la Tierra, allende los mínimos y máximos humanos. Toda posición es relativa y existe siempre un superior, aunque sea en lo imponderable de las fuerzas de la vida, el cual premia y castiga, y al que es preciso rendir cuenta de la propia labor. El supremo comando no es más que una *suprema obediencia*, cuya alegría se confía sólo a quien ha subido espiritualmente tanto como para comprender y saber realizar el orden divino; es función y misión como lo son todas, incluso las más humildes actividades sociales.

Esta es la base biológica de la atribución de los poderes, la única base que garantiza la correspondencia del valor con la posición y su rendimiento, que se mantiene maleable

(adaptación) a los fines de la evolución, y, sin embargo, resistente sin caer en la rigidez. Incluso en el campo político el factor moral -como en cualquier campo- debe ser preponderante. Estos equilibrios y proporciones entre valor y posición social forman parte integrante de mi ética científica exacta. En ésta no hay escapatoria de la posición de responsabilidad y deber, como no la hay en la posición de obediencia, pues todo debe ser equilibrado. Quien depende ha de llevar su peso de obediencia, así como el que dirige debe llevar su peso de comando. En mi ética, ninguna posición es ventajosa, sino que, en proporción con las fuerzas individuales, constituye una fatiga igual en el mismo camino evolutivo. También en el campo político todo es división de trabajo y estrecha cooperación. No sólo colaboracionismo económico, sino además social en el más amplio sentido.

Aquél que, en cualquier campo o nivel, asume una función directiva sin la correspondiente capacidad y responsabilidad, burla la Ley y se expone a su reacción, que armará contra él los acontecimientos humanos. Así, Luis XV mereció para la monarquía francesa la revolución. Luis XVI era un justo, mas ningún ejército ni habilidad política podía salvarlo; estaba solo contra un destino de clase, solo ante fuerzas que se venían acumulando en su contra desde hacía un siglo. Ninguna construcción social puede resistir -por mucho que se apuntale en la legalidad- cuando no se rige por un principio más elevado, por un impulso de la Ley, y es agredida incluso por sus reacciones. Así nace un Napoleón, puro instrumento de guerra difusor de las nuevas ideas, y luego arrojado por el destino, como un andrajo, apenas se agota su función, justamente como el último Rey de Francia, del cual se había reído. Así domina la Ley soberana los eventos humanos; ved aquí, pues, la historia como una urdimbre de causas y fuerzas en movimiento. He aquí la reacción que restablece el equilibrio: Dantón sofocado por la sangre del terror, Robespierre por la sangre de Dantón, la revolución que devora a sus propios hijos.

XCVII

EL ESTADO Y SU EVOLUCIÓN

De tal manera la Ley reconstruye en la historia los equilibrios violados y guía los eventos por sobre la voluntad de los dirigentes y dirigidos. Y la historia avanza sin descanso. Cada siglo produce, elabora, asimila un concepto, y lo entrega realizado -patrimonio hereditario que se acumula- al siglo siguiente, que a su vez se dispondrá a nuevas creaciones. Cada época tiene su función creadora propia; los otros aspectos de la vida, en tanto, callan y esperan. Así la Edad Media, entre violencias y pasiones, terrores satánicos y visiones místicas, se hallaba consagrada a la construcción de su conciencia del bien y del mal: un tormento del alma, para volver a encontrar la voz de Dios; una fatiga estimulada por el espanto de un dolor colectivo opresivo, para realizar el sueño de la liberación individual. Titánica ebullición de almas, el Medioevo, en el campo del arte, la política y la ciencia, lanzaba la semilla de las más grandes construcciones espirituales. Vuestra centuria ha olvidado el espíritu, para crear en cambio ciencia, mecánica y velocidad, las que han formado vuestra psicología. Pronto serán estas cosas adquiridas y, aun utilizándolas, la conciencia se dirigirá, con los nuevos medios, más potentes, hacia más elevadas construcciones del espíritu en todo campo. Las leyes de la vida adormecidas por milenios en un ritmo igual, han experimentado una sacudida, despertando hoy para lanzaros hacia la nueva civilización del tercer milenio.

Y así como la revolución francesa -momento crítico largamente preparado en los siglos-, concretó a la luz de la existencia histórica el advenimiento político de la burguesía productiva, así la futura y más grande revolución de la humanidad, hija de una substancial maduración biológica, llevará a la luz el advenimiento político de la intelectualidad consciente. No entiendo por intelectualidad esa sobrecarga mental embarazosa que es la cultura moderna -hecho exterior, que no otorga virtud a la personalidad-, sino que entiendo una maduración de raza, constructora de más altos instintos, que harán del hombre un ser electo por selección para la función social del comando. A esta función de gobierno se adherirá -por inconfundibles cualidades de raza y no por superposición de cultura ni de títulos- una élite que ha de ser insustituible, de la manera que, en la naturaleza, ninguna célula del tejido muscular podrá sustituir a la célula a que se confían funciones nerviosas y cerebrales.

Tal división del trabajo por especialización de capacidades constituye la única base biológica que puede justificar el concepto del futuro estado orgánico, diferenciado en las unidades compactas en su fusión, expresión viva del organismo biológico colectivo. Estado de sentido colaboracionista, en que, aparte de las funciones económicas y productivas, entran asimismo todas las funciones sociales y éticas. A esta substancia biológica habremos de referirnos siempre todas las veces que queramos comprender el fenómeno político; no construcciones ideológicas, sino la realidad de la vida en sus raíces más profundas, que se injertan en la fenomenología universal, su base indestructible.

Si la Edad Media, con sus condiciones sociales involucionadas, no podía ofrecer al individuo sino un sueño de liberación individual por las vías del alejamiento místico, *hoy ha nacido el Estado*, la sociedad se ha constituido en forma orgánica y en su seno puede el individuo alcanzar toda su realización. Si la Edad Media esperó construcciones prevalentemente individuales, *se vuelve a tomar ahora el ciclo de las construcciones y conquistas colectivas;* no es ya concebible el individuo aislado, aun cuando sea santo, en mística fuga del consorcio humano, sino el individuo fundido en él, en fecunda colaboración. Ahora podemos definir con más exactitud el poder como central psíquica y volitiva de una nación, y extender el concepto de Estado a todo el organismo nacional.
En su evolución, el concepto de Estado ha nacido del poder monárquico absoluto, tipo Luis XIV. En la larga lucha feudal una familia había vencido, sometiendo antes a otras, luego asimilándolas. Cumplida la tarea de la centralización del poder, antes disperso y sin cohesión en miles de ramificaciones, otorgado el órgano central a una vasta colectividad, no se podía -por natural sucesión de impulsos-, dejar de elaborar en seguida el concepto de Estado en la evolución de las monarquías, las que en dicha elaboración agotaban su función histórica. Y el Estado se hizo, por su mérito, cada vez más orgánico, avanzando en profundidad, no ya para limitar al individuo, sino para valorarlo y elevar su conciencia; se hizo, cada vez más rico en funciones y deberes, hasta la actual concepción del Estado.

Hoy no es ya el Estado un solo poder central superpuesto a un pueblo. Este era el Estado embrional hijo de la monarquía. Hoy no se admiten tales superposiciones. Pues que el Estado no es ya solamente un poder central dominador, sino que es el cerebro de su pueblo y *no puede ser otra cosa que la expresión de una conciencia nacional, de una unidad de espíritus, basada en una unidad ética*. Si las unidades primordiales de la

materia, han alcanzado ya tan perfecta y maravillosa organización al reorganizarse en las unidades colectivas de los cristales (orientación molecular, génesis y crecimiento de un germen cristalino, reparación de las zonas mutiladas y reconstrucción exacta de la forma individual); si el psiquismo ha hecho ya explosión en la materia, fundiendo las moléculas en unidades orgánicas, ¡imaginad a qué perfección habrá de llegar *el mismo principio*, y cuán maravillosa complejidad de formas deberá producir *el mismo psiquismo,* elevado, tras un camino evolutivo tan largo, a la condición de conciencia social, expandiendo finalmente su impulso en la creación de las superiores unidades colectivas humanas! Por esta senda continuará el Estado su evolución, con la absorción y organización, y no sólo con la representación de todo un pueblo, en un proceso progresivo de descentralización y de centralización, de contactos cada vez más intensos entre periferia y centro. Con ello no se pulveriza la autoridad, antes bien, el pueblo se fusiona con ella en una corriente de flujos y reflujos que hace de él cada vez más un organismo funcionante, consciente y compacto.

Nuestra concepción biológica de los fenómenos sociales y la concepción evolucionista del Estado nos han llevado, naturalmente, a esta visión actual de un Estado cada vez más unitario, y tal resulta, lógicamente situado en el marco de la fenomenología universal sobre el camino de la evolución colectiva y hacia el ápice de la fase α. He pedido a la realidad biológica que me diera las líneas del ideal social; y esa realidad repite, por doquiera y siempre, que el principio y la voluntad de la Ley es: trabajo-función, y división, especialización y reorganización de capacidades y actividades. Observad qué bases universales se han dado aquí a ese concepto del Estado: *ningún sistema político ha sabido nunca justificarse con una filosofía científica que se remontase a la génesis de la materia, de la energía y de la vida*. Conclusiones espontáneas, estrechadas en una jaula de racionalidades, necesarias en un organismo de conceptos y de hechos cual es el universo y esta Síntesis que lo describe.

Hoy ha nacido el Estado. No podían llamarse así los viejos organismos políticos basados en la dominación de clases, hasta el absurdo -ahora inadmisible- de un dominio extranjero. Hoy, un pueblo no constituye un dominio sino un organismo cuya alma es el Estado. Esta es la etapa actual de las unificaciones del individuo en colectividad, que avanzan de la familia a la clase, a la nación, a la humanidad. Para llegar a saber vivir como unidad colectiva superior, *es necesario atravesar, por maduración gradual consciente, viviéndolas, las unificaciones componentes menores*. Son por lo tanto, absurdos hoy los internacionalismos abstractos, cuando el mundo trabaja todavía en encontrar sus unidades étnicas menores, su creación actual, antes

ignorada. La formación progresa por continuidad, porque una unidad colectiva no es simple agregado regido por construcción exterior de leyes, sino que *para resistir al choque del tiempo, ha de ser un organismo regido por una conciencia colectiva,* fusión de almas que sólo una larga maduración puede operar*: toda unidad se rige sólo en cuanto se ha formado, y en cuanto corresponda a otra unidad psíquica íntima, que la mantenga compacta*. Una nación no es otra cosa que el vestido exterior de un psiquismo colectivo, *la forma biológica de esta unidad espiritual superior*.

En la actualidad, el Estado no puede ser sino pueblo, y un pueblo no puede existir si no se organiza en Estado. Y la progresión de las unidades y conciencias directivas continuará dilatándose en la evolución, hasta una unidad y conciencia que abarquen toda la humanidad, hasta una unidad de conciencia cósmica que comprendan el universo todo. La lucha es la fatiga de transición, que cesa al alcanzarse la meta, la unificación más alta. Tal es la tendencia constante, el significado de las grandes tentativas históricas de la formación de imperios. Política, científica y espiritualmente, el ser busca la unidad.

También el terreno político es campo de verdades relativas y progresivas; el concepto de Estado es un concepto en constante devenir, como un pueblo es una unidad en continua evolución. Toda generación vive un momento de progresivo desarrollo de la verdad política del propio pueblo, así como por momentos sucesivos vive su verdad artística, científica, ética y religiosa. Sólo hoy puede hablarse de Estado; pero el camino para llegar hasta aquí ha sido largo. Se trata de una maduración biológica largamente elaborada, aunque haya hecho explosión en revoluciones. La unidad colectiva se ha expresado desde los orígenes en su poder central con el método de la selección biológica. Creado este centro, ha disciplinado de manera progresiva los poderes. Primero mediante *coacción*, vale decir por la *arbitrariedad de un vencedor*; luego, mediante *convenio*, o sea, por *la arbitrariedad de las mayorías*; finalmente, hoy es *función colectiva, esto es, justicia*: he aquí las etapas evolutivas del principio de la atribución de los poderes.

Más detalladamente, tenemos en principio un poder absoluto subdividido, como en el feudalismo; más tarde, un poder absoluto centralizado en manos del más fuerte (monarquía), vencedor de toda una clase domesticada y asimilada luego en las cortes (clase aristocrática). El centro se resentía todavía de los orígenes familiares, el jefe era dominador de consanguíneos, el poder era hereditario. Esto demuestra que el poder ha nacido en la familia, en manos del jefe de ésta, y que *la familia es la institución básica*

de la sociedad humana. En esta fase, el poder significa conquista, la función directiva atraviesa por la fase de lucha propia de las formaciones, correspondiente a la de la fuerza no elevada aún a la condición de derecho y justicia. Nos hallamos entonces en la perfección de la monarquía absoluta, del Rey Sol que decía: "L,état c,est moi". Medio siglo de abusos con Luis XV y el sistema se derrumba con Luis XVI. Como todos los fenómenos, también el político procede por maduración de ciclos. La revolución reacciona con un poder absoluto confiado a las mayorías. El rey era el pueblo. Se llamó poder representativo, democrático; pasó del máximo de centralización al máximo de descentralización.

Así avanzaba la evolución del comando, por excesos y reacciones correctivas extremas, con tendencia constante al abuso, porque el hombre no había evolucionado todavía, la causa no estaba perfeccionada; avanzaba mediante una serie de enérgicos contragolpes, pues la ley de equilibrio imponía la necesidad de una corrección continua. En un estado de inconsciencia que generaba abuso y exceso, la evolución no podía avanzar sino oscilando entre impulsos y contraimpulsos. El concepto de la soberanía popular nacía como reacción contra el abuso de la soberanía de uno solo. Pero, substancialmente, a la arbitrariedad de uno solo sucedió la arbitrariedad de las muchedumbres.

Se cree únicamente en los cambios de sistemas y no se ve que la substancia decisiva es la maduración del hombre. La Revolución Francesa inició al pueblo en el difícil arte del comando, mas desde los primeros momentos el pueblo se mostró incompetente e inconsciente, excediéndose en los peores abusos. Es que *el poder exige la más elevada madurez de conciencia*; constituye una gran fuerza, que resulta peligroso poner en manos de un niño. Pero, desde aquel momento el pueblo comenzó a estudiar el nuevo arte y a resolver el nuevo problema. Así, abuso y reacción se amortiguarán de modo progresivo y ha de conquistarse la substancia, que es el contenido de todos estos cambios: la conciencia colectiva, la formación del "Yo" de la unidad social. Sólo en este sentido, es decir, el de ser en su ejercicio instrumento de formación de conciencia, el poder representativo no podía constituir un absurdo en sus albores, porque *presume una conciencia colectiva que entonces estaba a punto de formarse, efecto del trabajo del Estado, y no causa de su construcción*. Pero, como hemos visto, función y órgano se apuntalan, creándose mutuamente. Ha ocurrido, entonces, que por el mismo principio de corrección del abuso, según el cual el sistema representativo había corregido al poder monárquico absoluto, un nuevo poder centralizado ha corregido los abusos del poder representativo. La infructuosidad de la descentralización ha llevado

nuevamente a la centralización. De modo que oligarquías y democracias se alternan y se compensan mutuamente.

Esta oscilación entre los dos extremos no sólo tiene la función de restablecer el equilibrio de la Ley; es además la técnica evolutiva en que se elabora el hombre como material político constitutivo. Aquel alternarse de sistemas no constituye una simple compensación de contrarios, sino que es un apuntalamiento de impulsos y contraimpulsos, un juego de fuerzas de cuyo contraste emerge un progreso íntimo. La eliminación de la arbitrariedad se obtiene no sólo mediante los controles externos, sino, sobre todo, por maduración de las conciencias. ¡Cuánto más atemperada puede ser la oligarquía, tras un siglo de experiencia democrática, si ha aprendido a realizar civilmente las revoluciones, a inclinarse ante el pueblo, a encontrar en su elevación la propia función justificadora! ¡Y con qué madurez podrá volverse a la democracia cuando la oligarquía haya realizado su función de formar la conciencia en un pueblo! ¡A qué distancia se hallará este pueblo de aquel que comenzaba su vida política con la Revolución Francesa! ¡Cuánto más civilizado y fecundo será el contragolpe, en un pueblo que, por mérito de un poder centralizado, habrá sido educado para saber elegir y gobernar, para saber evolucionar en las concepciones sociales! Tal es la evolución política de la unidad colectiva, paralela a la evolución en todos los campos.

Detengámonos en la concepción del Estado futuro, después de haberlo orientado así en el tiempo y en su transformismo ascensional. Concepción nueva y atrevida, base, en el campo social, de la nueva civilización del tercer milenio. Estado democrático y aristocrático a un mismo tiempo, representan la fusión de los dos principios de centralización y descentralización, ambos necesarios. Él, en su función unitaria, crea una colectividad más compacta, en cuyo seno el individuo ya no constituye un miembro desordenado de un rebaño desordenado también, sino que es soldado de un ejército en marcha, en el que vibra el alma del jefe. Por vez primera en la historia, el Estado hace del pueblo un organismo en cuyo centro, fundido con él, se opera la síntesis de voluntades y de poderes. En el Estado futuro, el pueblo no es ya un rebaño gobernado, que sólo debe dar y obedecer, sino que es el cuerpo del cerebro central (el gobierno), el organismo de aquella alma directora, que lo penetra en todas partes y lo vivifica con sus tentáculos y ramificaciones nerviosas. No es ya un jefe, clase o mayoría que manda por sí, sino una rendición de deberes en la cooperación, una fusión completa en un trabajo y una meta comunes. Es verdad que, históricamente, se ha fijado en el alma de las masas por hábito milenario, una indiferencia hacia el poder central, mudable y ausente, pero invariablemente señor, ante el cual el pueblo debía

permanecer siempre igualmente doblegado en su posición de siervo. Se ha formado así un instinto de aquiescencia pasiva, de tolerancia y de desinterés, como hacia algo que no afecta a uno, que no actúa más que para pesar sobre un pueblo educado sólo en la virtud del sufrir y del callar. El Estado moderno debe comenzar con el trabajo de demolición de esta psicología del ausentismo político que se ha fijado en el alma colectiva. Pensad que ninguna concepción y realización política es jamás una meta última definitivamente alcanzada, sino que, en tanto constituye la síntesis de todo el pasado, es asimismo el germen de un ilimitado porvenir.

XCVIII

EL ESTADO Y SUS FUNCIONES

¡Qué falange de funciones habrá de abarcar, y cuántos nuevos problemas deberá afrontar y resolver, y qué complejas realizaciones logrará el nuevo Estado futuro! Por sus bases biológicas, está fundamentalmente conectado con el fenómeno básico del ser: la evolución. Su primera función consiste, pues, en ser instrumento de las ascensiones humanas. Educar es su primer deber substancial, y haber hecho al hombre constituye el resultado eterno de todo su trabajo. Todo el resto se convierte en medio frente a tal fin supremo. *Por la altura e intensidad según las cuales haya sabido educar se mide el valor de un gobierno. La piedra de toque de una religión, de una filosofía, de un sistema político, la determina la cantidad de luz que han sabido fijar en el alma humana, está en la medida en que lograron hacer mejor al hombre*.

En mi sistema, el Estado es el órgano-base de las ascensiones humanas. En esta atmósfera de alta ética, que debe vivificarlo y animarlo todo, se mueven los trabajos en todos los campos, reducibles todos, en su síntesis, a una creación espiritual. En las actividades individuales y sociales se realiza el principio de la Ley, que dice “orden”. Todo se mueve, por consiguiente, a lo largo de una vía de coordinaciones y armonizaciones que eliminan los rozamientos, y aumentan el rendimiento; siguiendo la ley del mínimo medio, conducen a la superación de la totalidad de las formas inferiores del mal, del dolor, del egoísmo, de la lucha. Por este camino de armonizaciones, el

centro alcanza la periferia, y la periferia retorna al centro. El centro se refuerza por la adherencia del individuo, el individuo se valora en la colectividad, acentuando su rendimiento. El Estado entona la música de la cooperación: prevé y coliga en el espacio y el tiempo, anticipa y provee, garantiza y protege. Sólo él es capaz de crear una atmósfera ética en que pueden florecer las delicadas producciones del espíritu, impulsar las superiores actividades intelectuales que, de otro modo, escapan a la conciencia colectiva y son condenadas a la extinción por el principio hedonista. El Estado operará en profundidad, evolucionando la lucha hacia formas más elevadas, que implican unión de pensamiento y de energías; lo que responde también a un principio de utilidad colectiva. ¡Imaginad la fuerza de un pueblo convertido en organismo!

Los individuos cuyas funciones son todas igualmente nobles, no serán hechos iguales por nivelamientos exteriores, sino que la justicia se obtendrá en la jerarquía, porque la diferencia de posición responde a una diferencia de valores, de funciones, de deberes, responde a la diferenciación individual de aptitudes hereditarias. En esta justicia de división de trabajo los hombres serán, necesariamente, hermanos, porque en un organismo se necesitan el uno al otro. En él, el tono y valor de la vida de cada uno ascenderá, y no se podrá agredir ni demoler sin demolerse a sí mismo. En tal organismo, *obedecer no es servir*, sino valorizarse; no constituye disminución sino conquista: significa la toma de posición como célula en el organismo colectivo; no ya sólo número, sino organismo, donde el individuo se acrecentará entrando a formar parte de aquél. El nuevo concepto no es rebelión de individualismo en perjuicio de la colectividad, sino *fusión del individualismo en el colectivismo, un individualismo de orden*, que en el orden colectivo se valora a sí mismo. ¡Ay del Estado que mata al individuo!, pero, ¡ay del individuo que se superpone al Estado!

El nuevo Estado ha de poseer el monopolio de la fuerza. En tanto la fuerza constituya una necesidad de vuestra vida involucionada, significará ya un progreso el que sea rechazada por el individuo, puesto que ello lo deshabitúa por falta de uso de los instintos antisociales. Tal Estado no puede ser agnóstico; debe tener una vasta concepción de la vida y hacerla comprender, para que el individuo la realice; ha de haber resuelto los mayores problemas del conocimiento. Debe saber comprender al hombre, sus instintos, su destino; penetrar el misterio de su personalidad, para poder situarla en su puesto y obtener de ella el máximo rendimiento. El principio, el centro, se detendrá en un puro encuadramiento de masas, pero el porvenir reside en la fusión de las almas. En dicho Estado es necesario Dios y el conocimiento de su orden divino. La ciencia debe demostrarlo, para que en ese orden halle el Estado sus bases racionales.

Concepción inmensa de una fe social y científica en que se encontrarán en paz las religiones todas. Tal el Estado de la nueva civilización del tercer milenio.

En este nuevo Estado, el individuo realiza su maduración biológica hacia la fase del superhombre; todas las fuerzas sociales se disciplinan hacia un fin de elevación colectiva. Los instintos inferiores se atrofian por la falta de uso, los elementos más involucionados son domesticados, porque se les absorbe en la corriente que los orienta hacia metas espirituales superiores. La potencia de un nuevo Estado de alto contenido ético es una fuerza fecundadora de toda actividad, un esplendor de luz que despierta a toda alma. Se valora la aptitud para responder a los impulsos más nobles, y el hombre del término medio -incapaz de orientarse ni guiarse, hecho para obedecer- acepta y se eleva. Las energías sociales -en su totalidad- no rivalizan en hipertrofia de funciones, no se expresan en un desencadenamiento ciego y destructor, sino en una expansión iluminada y activa del pensamiento del Estado; no se dispersan en la vana tentativa de encontrarse, no se desgastan en el roce, como otras tantas ruedas incapaces de engranarse; antes bien, se coordinan para converger hacia las metas eternas de la evolución. Así, un pueblo realiza lentamente las grandes asimilaciones espirituales y avanza compacto, cual un ejército en marcha, hacia la fatigosa conquista de los ideales. Se mueve, en progresiva eficiencia, la pesada y lenta mole de la gran alma colectiva que comienza a ver y a comprender.

Iluminado por finalidades superiores, el trabajo no significa ya una condena, sino victoria cotidiana sobre la materia, triunfo de voluntad y espíritu, un acto viril de dominio. El Estado ha de abarcar a los ciudadanos mediante sus órganos, en fecundo abrazo productivo. Los individuos que no se reorganizan para valorarse en esa nueva potencia colectiva, son destinados a la eliminación. Si las viejas unidades económicas -pequeñas y aisladas- tenían la ventaja de su independencia recíproca, que circunscribía las crisis, hoy el progreso ha organizado relaciones e intercambios mundiales necesarios que, si bien hacen al organismo económico más perfecto y compensado, lo tornan asimismo más vulnerable. Es esta vulnerabilidad la que impone un régimen de colaboración. En un sentido más amplio, la moderna especialización de capacidades de funciones da al individuo involucionado y aislado cada vez menores probabilidades de supervivencia. Cuanto más perfecto y diferenciado el individuo, tanto más vulnerable es, pero mejor sabe y experimenta la necesidad de vivir en colectividad. Esta su debilidad frente al hombre primitivo, tal pérdida de adaptabilidad constituye la fuerza que mantiene compactas las unidades colectivas, las que no se hallan dispuestas, entonces, a disgregarse.

En el nuevo Estado, las anarquías económicas han de ser eliminadas, el individualismo no se admite como desorden. El hombre futuro, que tal Estado quiere construir, no será una simple máquina de fabricar dinero, una sola hipertrofia volitiva, sino un hombre completo incluso en su aspecto espiritual, en el desarrollo armónico de todas sus facultades. *El Estado que realiza el principio colaboracionista está situado a un nivel superior que el Estado que ha permanecido en la fase del principio hedonista*. El valor y la altura evolutiva de un Estado se miden por el grado que ha alcanzado en la realización de los principios, por el grado en que ha sabido formar la conciencia colaboracionista, e infundir en el trabajo la idea de función, la idea de misión en la vida; por la medida en que ha sabido transformar la fuerza en derecho, el egoísmo en altruismo, el desorden en orden, la guerra en paz, refinar las formas de lucha y educar en las vías de la evolución.

El Estado aspira y emana, centraliza y descentraliza, constituye el corazón que a cada instante lanza la totalidad de su sangre, para que circule en su organismo. En su seno, eleva el Estado económica y moralmente a todos los ciudadanos, los coordina en funciones diversas, realizando la justicia, con la subdivisión del trabajo y la correspondencia con los valores individuales. En tanto el Estado no haya vinculado a sí todo el pueblo como función integrante de su unidad, el pueblo permanecerá siéndole extraño, indiferente, y mañana podrá ser un enemigo; mientras todos los ciudadanos no se sientan vivir en el Estado, mientras haya un solo hombre que no se sienta, aunque sea mínimamente, parte de él, este hombre habría de ser siempre una amenaza de disidencia y germen de desorden.

Uno de los grandes errores del presente siglo ha sido el de ver y poner en evidencia el aspecto involucionado de la sociedad humana, la incomprensión entre capital y trabajo y la lucha de clases. Todo ello expresa, en el campo económico, la visión universal materialista imperante. No sólo el Estado no debe expresar dicha lucha, sino que ha de dominar todas las actividades económicas, ser el organismo ético que absorba en sí todas aquellas actividades, otorgándoles un contenido moral y social, elevándolas a función.

La introducción del factor moral en la vida social -supremamente constructivo- ha invertido la posición del problema. Para el mayor rendimiento utilitario de todos, los grupos sociales han de ahorrar el desgaste dinámico de la lucha del período caótico, para vivir coordinados y no opuestos, para cooperar en vez de eliminarse. Es contraria

a la ley del mínimo medio una cadena de hollamientos y de reacciones y, por ende, por ley de evolución ello debe cesar. La lucha de clases puede considerarse como una enfermedad social del período involucionado, como un hecho patológico por superar. El sueño de demoler el capital para realizar el advenimiento de un proletariado supremamente inadecuado, en su inconsciencia, para toda función directiva, significa desecar las fuentes de la riqueza de todos. Hollamiento y violencia, la explotación de la ignorancia popular por egoísmos políticos, la huelga y el cierre deliberado de la empresa por parte del patrón como medida extrema de presión (lock-out), no resuelven el problema de la producción y la riqueza. Filosofía económica de transición, mecanismo destructivo.

Pero, hay en las leyes de la vida la ascensión a una fusión y solidaridad de todas las fuerzas de la producción, sin opresiones ni supresiones, concediendo lugar a todos para que den su contribución. Y todas las clases encuentran reconocimiento y protección en el colaboracionismo, el trabajador del pensamiento y el trabajador de la tierra, el soldado y el obrero. Colaboración, no lucha de clases. *La propiedad es base natural del edificio económico*, así como la familia lo es del edificio social; es, como ésta, *ley de la naturaleza, propia asimismo del mundo animal. Destruir tales unidades primordiales insustituibles equivale a demoler la naturaleza humana*. La institución de la propiedad, creada por los vencedores de la lucha económica para su propia defensa, agredida por los derrotados, ha quedado siempre y quedará, no obstante todas las tentativas de demolición que se realicen, porque corresponde a la necesidad fundamental de defender una posición que *todos*, aun cuando sea alternativamente, terminan por ocupar. Ello significa elevarlo todo, no destruir nada sino crearlo todo. A las revoluciones destructivas sucede una revolución constructiva, que encuadra la totalidad de las fuerzas y hace de ellas una unidad; a las revoluciones que suben de abajo para demoler, suceden las revoluciones que bajan de lo alto para construir; descenso de las aristocracias del pensamiento para elevar a los humildes, y ascenso de los humildes para comprender. La misión de las clases no es la de eliminarse, sino la de repartirse entre ellas los frutos de la misma civilización, dirigiéndose a la comprensión recíproca. La misión de la clase dirigente no radica en dominar, antes bien, en educar a la plebe tumultuosa, viejo instrumento de venganzas, señuelo de los astutos, a menudo víctima de las represiones, y siempre masa ignorante, amorfa y ciega, para transformarla en pueblo que asciende hacia la más elevada conciencia colectiva.

Naturalmente todos estos conceptos forman parte de un mundo más evolucionado, siendo propios de un tipo humano biológicamente más avanzado. El tipo actual no sabe

superar tales formas de lucha primitiva y salvaje que expresan su fase, pero que todavía hoy le son necesarias para realizar en su plano la propia selección. El hombre de mañana lo juzgará un tipo involucionado.

XCIX

EL JEFE

¿Quién es, en este nuevo organismo al que hoy la vida se eleva, el jefe? ¿Cómo lo elige y lo levanta la historia? Hay momentos en que ésta atraviesa un recodo decisivo, en que se prepara la fase resolutiva de una civilización milenaria; inmensas maduraciones sociales son inminentes en el alba de civilizaciones nuevas. Entonces la humanidad parece perderse en crisis y conflictos, y todo el pasado parece desmoronarse. Entonces las fuerzas de la vida invocan al genio que interpreta y crea, y los equilibrios de la Ley lo traen a la luz, lo valoran en plena eficiencia, y las fuerzas de lo imponderable convergen para sostenerlo, a fin de que se plasme y eleve. Entonces el hombre que ha realizado desde hace tiempo -mediante su trabajo íntimo- su maduración biológica, es llamado por atracción a lo largo de la línea de su mayor especialización, para que dé entero su rendimiento en la obra colectiva que se le confía y que hace suya. La vida del jefe constituye una misión suprema. Estos fenómenos no son un misterio para nosotros, que nos hemos movido siempre apegados a la substancia en lo imponderable.

Ante tal desencadenamiento de fuerzas titánicas, es pueril buscar la razón de las cosas en las viejas fórmulas de la legalidad humana. La Gran Ley, que sostiene en lo íntimo todas las cosas, lo madura todo con perfecta armonía hacia metas jamás fortuitas. La vida de los pueblos tiene sus equilibrios profundos, al igual que la vida inorgánica y orgánica, y, así como éstas producen, en el instante de la maduración evolutiva, la molécula o célula apropiada, del mismo modo la vida de los pueblos produce, en el momento decisivo de la evolución biológica, su hombre, su célula superior, llevada a la luz por la tensión de todas las fuerzas de la vida, que estallan en triunfo tras oculta fatiga secular para que aquella célula cumpla, por ley de coordinación, su función de

cerebro y de voluntad, de dirección y de imperio, porque tales son su capacidad, diferenciación y función biológica naturales.

Este es el jefe, por su grandeza pero asimismo por su deber, por su satisfacción tanto como por su esfuerzo, por su victoria así como por su peligro. En tal función y en este peligro reside la justicia de la Ley suprema de Dios, y la base -antes divina que humana- de una investidura sagrada, que en la vida constituye misión; es su derecho de imperio, y el deber de los pueblos consiste en la obediencia, unidos todos ante Dios, obreros diversos en el mismo trabajo.

La afirmación novísima es que el jefe, en momentos excepcionales, es elegido por *selección biológica*; en el instante decisivo interviene directamente la Ley, superando las convenciones sociales. Una ley más verdadera que dichas convenciones sociales se manifiesta. Los pueblos buscan, por instinto, la célula que cumpla con la función colectiva necesaria del comando, la reconocen, la sienten, respetan su función, no por coacción ni convención, sino de manera espontánea, por una ley que yace en su instinto. Cuando un pueblo ha encontrado a su jefe, que siente y expresa su alma, coordina sus actividades, cumple la función biológica de defensor y unificador material y espiritual del nuevo organismo, reposa contento en su instinto satisfecho como reposan el instinto del cuerpo alimentado y el de la madre que tiene su hijo, porque el porvenir de su vida se halla asegurado. Los tumultos de la vida política son, como los del hambre y del amor, los profundos tumultos de la vida que "*debe*" avanzar.

En la historia, ningún sistema de atribución de poderes ofrece las garantías de éste, que es substancial e íntimo, no formal y exterior. Tal jefe de raza, producto de la vida de un pueblo, surge de ella, y sólo de un pueblo que sabe producirlo. *Las leyes biológicas no conceden jefes en los siglos de reposo, ni a los pueblos impotentes, estériles, condenados*. El superhombre no se improvisa, no surge por sistemas electivos, por convenciones o coacciones sociales; la raza es raza, naturaleza íntima que se constituye en la eternidad, substancia de alma, una capacidad única, un destino, maduración de grandes fuerzas biológicas. El jefe de raza es elegido no mediante el sufragio sino por el choque de las fuerzas sociales; es hijo, no de los cálculos de las urnas, sino de la tempestad en que se debaten, por la vida, los pueblos; es elegido, no por consenso de los hombres, antes bien, por consenso de las recónditas leyes de la vida. Se impone, arrollando el pasado, como el huracán, en el torbellino de la revolución. El hombre no sabe cual es la ola que, nacida del misterio, lo lanza hacia arriba; pero todos se inclinan, porque una Ley, más profunda que las humanas, manda. Y el jefe está allí, por derecho

divino; es el derecho que le dan su destino, su raza y su capacidad, tamizada ésta con sangre, en una lucha que no admite ineptos.

Está allí y allí permanece. Sólo por su valor intrínseco es capaz de resistir en una posición que, por su altura, se halla expuesta a todos los rayos. He aquí los verdaderos controles del poder, las verdaderas garantías del valor y del rendimiento del hombre; como el asalto es tenaz, a cada minuto, la guerra no tiene tregua, y allí no hay muletas para los débiles, no existe posibilidad de mentira frente a las leyes de la vida. He aquí el derecho substancial, el derecho del valor, del mérito, de la función, de la misión, y no sólo el de la legalidad formal. El jefe está allí, porque constituye el órgano máximo de una vida colectiva mayor, y allí queda, por determinación de las mismas leyes biológicas, inviolables en tanto su función social no se haya agotado.

Sustituyo el concepto de la legalidad humana por el de la justicia divina, que sanciona los valores íntimos. Pongo, en la base de los fenómenos sociales, las eternas leyes de la vida. En el fondo del problema jurídico veo siempre el problema biológico, que es su alma; sólo cuando son sólidas las posiciones del segundo, serán asimismo sólidas las del primero, que constituye su expresión. He aquí la base substancial de la legalidad. Los movimientos de las fuerzas políticas, jurídicas y sociales resultan comprensibles únicamente si se reducen a su substancia biológica. Y ¿qué sistema más substancial de elección y de garantía puede encontrar un pueblo que éste, asaz severo, del filtramiento operado por las leyes de la vida? ¿Qué ley más profunda que la ley biológica, en que toda fibra es tamizada? Constituye un absurdo que el poder deba ser elegido desde abajo, ser definido por los niveles biológicamente menos evolucionados. El sistema representativo es un método para la búsqueda del mejor. Mas las masas pueden aceptar y soportar al superhombre, pero no comprenderlo por anticipado. Es la evolución la que lanza a la cabeza su anticipación para que arrastre y plasme a los otros, involucionados, que no saben sino recibir y obedecer. El concepto tradicional es derribado: la elección no proviene del número mediocre, sino de lo Alto, de las fuerzas de la vida; el número representa cantidad, incompetente para decidir sobre la calidad. Si su misión consiste en educar, el jefe ha de ser un señor espiritual que desciende y da, desde lo alto de su fase superior, y no un mediocre, que sube y pide. Me entrego a esta legalidad, más profunda que la humana. En mi concepto, la base del derecho radica en la capacidad. El jefe manda, por el mismo derecho por el cual el águila vuela. Es tamizado a cada instante por todas las resistencias que garantizan las capacidades y la función; pues son las fuerzas biológicas, que confieren el poder, las que lo quitan no bien cesa la función.

El poder que proviene de lo Alto posee un contenido por entero diverso del concedido desde abajo. Constituye deber y no derecho, no conquista sino función, es orden, no arbitrariedad, es sacrificio y misión. La investidura desciende sobre el superhombre que ve el infinito y no admite abusos; se entrelaza indisoluble en su destino, y su premio es eterno, más allá de la vida. La mano de Dios lo guía, y él, en su propio comando, obedece, no pidiendo sino la posibilidad de dar para realizarse a sí mismo. Cerebro de un pueblo, es la superelevación que guía e ilumina la revolución biológica, impulsando la vida hacia sus fases supremas. Engarza su tarea en la serie de las creaciones históricas de los milenios, porque en éstos los hombres elegidos trabajan en cadena. Actúa en su fase, en perfecta correspondencia con los momentos históricos precedentes y siguientes; es la eterna evolución social, madurando el pasado y anticipando lo por venir. Bebe en sus propias fuentes; la actividad social se transforma siguiendo su visión, que se fijará en la evolución jurídica. Educa, crea la conciencia colectiva porque sabe que tal creación interior constituye el antecedente de la comprensión y la base de la vida de las instituciones que más tarde la expresan. No ya la ciencia humana, sino esta visión es la que guía su brazo, tendido hacia el futuro, en acto de comando. Es fuerza en un torbellino de fuerzas, persiguiendo las nuevas civilizaciones. Su voluntad, conducida por precisa intuición de las corrientes del pensamiento y de la vida del mundo, se injerta -activa- en la ley cósmica de la evolución. Creando nuevas instituciones sociales, lanza en nuevas formas los valores morales de los siglos.

En el cuadro de su concepción, el jefe se encuentra orgánicamente situado, es idea y acción a un mismo tiempo. Él constituye su idea, ubicado en el centro de su Estado, que palpita en su contorno cual su aureola, como vida que emana de su vida. Es un pensamiento y una voluntad única, central, responsable e instantánea, y no, como en las formas representativas, un pensamiento y una voluntad múltiple, escindida, lenta para encontrarse a sí misma. El Estado representa el organismo cuyo cerebro es él, y los ciudadanos, células innumerables, investidas también ellas de misiones menores, en una coordinación armónica de funciones convergentes hacia la cima. Desde la periferia al centro, desde la membrana al cerebro y al corazón, hay una incesante corriente solidaria de intercambios; un descenso de pensamiento y de fuerza, de conciencia y de ayuda; un ascenso de tributos vitales, para encontrarse en el centro y volver a descender fecundados. El Estado es así, también, centro de irradiación moral, alma, fe y religión. La célula particular se siente en él más fuerte. Por vez primera en la historia se sustituye el concepto de Estado absoluto o representativo por el biológico de Estado orgánico. Los valores morales, los productos de las civilizaciones del mundo, realizan

en el Estado su ingreso triunfal, no ya escindidos en estériles antagonismos de clases y principios, de ciencia y fe, de Estado e Iglesia, de rico y pobre, sino fundidos en una unidad que la nueva civilización impone, tanto en el campo del pensamiento como en el de la acción.

El nuevo Estado es un gigantesco organismo integral, una inmensa fragua de colaboraciones, donde máquina y trabajo, producción y riqueza, ciencia y religión, todo, en suma, se funde y obra orgánicamente. Esta alta concepción de vida colectiva se introduce en la circulación de la sangre de los pueblos y lleva a cabo la valoración de las masas. He aquí la creación biológica de la Ley confiada al jefe. La nueva alma colectiva va a desarrollarse y afirmarse, y él vigila los primeros movimientos de esta su pequeña criatura, la guía educándola. Del concepto de Estado-rey, al de Estado-clase social y al de Estado-pueblo; del poder absoluto al poder representativo, al poder-función, a medida que la conciencia colectiva asciende y se dilata, el poder desciende y se descentraliza. Es la ascensión del espíritu, que purifica progresivamente el principio de sus escorias. Pues en los equilibrios biológicos, *la medida del comando la determina el grado de conciencia alcanzado*. Los pueblos tienen necesidad de maestros antes que de libertad, de guía antes que de comando, hasta que se hallen maduros. Y el jefe observa; su pueblo es su cuerpo, suya es aquella alma, suyos esos tormentos, esperanzas y victorias. Jefe y pueblo: unidad indisoluble; el mundo está en marcha. La realidad biológica impone: evolución o muerte.

C

EL ARTE

En la focalización de los problemas de la fase α en sus detalles, pongo en el ápice de éstos el arte, cual suprema expresión del alma humana. Nada evidencia mejor la idea dominante de una época. En ocasiones es gracia y blandura, a veces sencillez y potencia, otras es profundidad de espíritu puro, y otras veces, vacío oropel de forma. Expresa siempre el pensamiento humano que asciende o decae, aproximándose más o

menos al gran orden divino; el pensamiento que en un dado momento es osado y en otro reposa, ahora es joven y luego está fatigado; primero es rectilíneo y cortante como la fuerza; luego, redondeamiento de línea, escorzo en descenso, un vano afirmarse del vacío en la grandiosidad de las formas. Estilo tranquilo o audaz, límpido o farragoso, cansado o potente, es siempre el rostro exterior del alma humana, del misterio de infinito que en ella se agita. Así como cuanto existe posee un rostro que es expresión de alma y la revelación de un pensamiento divino en que incesantemente habla el universo, del mismo modo el arte es revelación de espíritu. Tanto más valdrá cuanto más transparente y simple sea la forma; cuanto menos se haga sentir a sí mismo, cuanto más substancial y potente sea la idea de lo eterno, más adherido estará a la Ley, y más se impondrá a la forma. Fenómeno estrechamente vinculado con las fases ascensionales o involutivas del espíritu, el arte se extingue cuando el espíritu duerme, porque sólo en él reside su inspiración. El arte constituye espíritu, y la materia lo mata; el materialismo le ha dado muerte, por lo que ahora debe renacer.

Comenzaréis desde el principio con medios nuevos, pero, sobre todo, con una gran idea nueva. El secreto de todo gran arte consiste en saber realizar el milagro de la revelación del misterio de las cosas, en saber expresarlo a la luz de los sentidos, después de una íntima y profunda comunión con el misterio que en el alma del artista palpita. Éste ha de ser un vidente, normal en lo supernormal, donde todo es espíritu y vuestra común concepción de vida no llega. El gran arte nuevo debe ser totalitario, implica al artista integral, al superhombre que ha realizado su madurez biológica, y no el agnóstico, el mero técnico, sino al espíritu completo en todos sus aspectos. Es necesario el hombre que haya aferrado la visión del universo y que de ella extraiga las más profundas concepciones de la vida.

El mérito de la técnica sola es el de los períodos decadentes. El arte cuyo valor ha pasado de la substancia a la forma, es el preciosista y pulido de la decadencia. Quien tiene algo substancial que decir, lo dice en la forma más simple. Pero es preciso tener algo que decir, una gran visión y una gran pasión en el alma, para que la forma no adquiera la supremacía. Es necesario dominar este revestimiento del pensamiento, estar prevenido defensivamente contra las hipertrofias del medio que ahoga el fin, impedir que la técnica -humilde servidora del concepto cuando en los orígenes éste era grande-, madurada hasta la perfección, quiera agigantarse todavía más para sofocarlo. La forma emerge en la decadencia, cuando la idea está fatigada; hay entonces una lucha entre la envoltura y la substancia, y si ésta cede, la otra se hincha, la invade y la suplanta. Se trata de la sustitución de valores inferiores, cuando los más altos decaen.

Es la degradación del fenómeno artístico, el cual tiene sus ciclos, que son los ciclos del fenómeno psíquico. Existe, en la evolución del arte, una como inversión de relaciones: ¡cuánta riqueza de conceptos dentro de la pobreza de la forma, en los orígenes, y que riqueza de forma y pobreza conceptual en la decadencia! Una relación se transforma de manera gradual en otra. El ciclo evolutivo de la técnica, nacido más tarde, y por lo tanto más joven que el ciclo evolutivo de la idea, le sobrevive y lo sustituye; pero su madurez desciende desde el principio animador del arte.

El arte grande es sencillo. Su grandeza es proporcional a la potencia del pensamiento y a la simplicidad de la forma. Vuestra actual fase artística es de destrucción, de liberación de la forma. Os halláis en la fase extrema de descenso, en que alborea ya la espiritualidad nueva, cuyo primer acto es el abandono de las técnicas superadas. Tened un alma, y sed simples. Las complicaciones ornamentales expresan vacío, la riqueza en el detalle debilita la idea central. *Bello es todo cuanto responde a su propia finalidad; la belleza está en la línea que responde al fin por la senda del mínimo medio*. Constituye expresión de relación, de equilibrio, de armonía, de los principios de la Ley. La suprema belleza reside en el concepto de Dios; el artista ha de sentir y seguir dicho concepto en las formas en que se manifiesta. El progreso del arte radica en producir -con evidencia cada vez más límpida y profundidad mayor- la belleza del pensamiento divino de la Ley que rige el universo. La ascensión del arte consiste, pues, substancialmente en un proceso de armonización, vale decir la expresión, en la forma intuitiva de lo bello de esa evolución de todas las cosas, que hemos observado aquí. Lo bello es universal, y puede haber una belleza lógica como una belleza mecánica, una estética griega de formas, así como una más elevada estética moral cristiana de obras. A cualquier nivel, en la lógica de los medios hay un arte, según la graduación de las finalidades. Cuando existe una meta por alcanzar, el estilo nace por sí en la forma más simple, transparente y armoniosa, como lo encuentra y lo quiere la ley del mínimo medio. Los estilos reflexivos, deseados, estudiados, se hallan en todo campo, son vestimentas en que buscáis en vano un cuerpo. No es la escuela y el análisis lo que hace al artista, sino un tormento del alma, una palpitación de tempestades y visiones.

Por arte entiendo toda expresión del alma, y sus principios están en la armonía de la Ley y son verdaderos en cualquier campo, ya sea la literatura o la pintura, ya la escultura o bien la arquitectura o la música. La música de hoy evoluciona, como todo, en profundidad. Su evolución actual representa el paso de su *dimensión lineal de melodía a su dimensión volumétrica de sinfonía*. La simple sucesión de sonidos de la música melódica, a medida que asciende a la fase superior, donde conquista espacio y

volumen, se expande en extensión y profundidad de sentimientos, pasando de la expresión de las pasiones más elementales (amor, venganza) a las que determina una sensibilidad más compleja, aprendiendo a describir todas las armonías y bellezas de la creación. Y la música volumétrica sinfónica debería inspirarse cada vez más en una estructura de perspectiva, en que el desenvolvimiento de los varios motivos -aun coincidiendo en la concepción única del cuadro- quedase distanciado en diversos planos. Vale significar que resultaría de ello, en la sinfonía, una profundidad de perspectiva en que el o los motivos de primer plano se distancian de los desarrollos sinfónicos de fondo, profundidad y distanciamiento no sólo en sentido sinfónico, sino además conceptual y emotivo. Pues el motivo no puede ser sino la expresión de una forma-pensamiento que nace, se desarrolla y muere, dominante o subordinada, que se aproxima o se aleja, toca e influye en las otras, y pasa, vuelve, sobrevive en el recuerdo, se extingue. El motivo es la voz de una vida que quiere expresarse toda a sí misma y que puede decirlo, porque la música, más allá de la belleza de la línea del diseño, más allá de la riqueza de los tonos que da el color de la pintura, posee el supremo don del movimiento, en que el devenir de la vida se expresa.

Además del movimiento en el tiempo, la música conquistará en su evolución cada vez más profundidad en el espacio, nueva dimensión en que se expandirán las voces de tantas vidas, pues que todo es vida y posee su voz. El porvenir reside en continuar volviendo cada vez más vasta la estructura sinfónica, y en extender de continuo a nuevos sentimientos la potencia descriptiva; está en purificarlos y espiritualizarlos, hasta hacer de la música la voz del infinito, el lenguaje de la intuición, la revelación de las armonías del universo y del aspecto de belleza de los grandes conceptos de la Ley. El arte busca la unificación de todos sus aspectos; se fundirán las diversas artes como formas convergentes hacia el esfuerzo único de expresar el espíritu. En la atmósfera artística de los templos seculares, entre los antiguos muros saturados de las vibraciones místicas de los pueblos, la música constituirá el medio de armonización del ambiente y de sintonización receptiva en la oración, será vibración creadora de bondad. Todas las artes se fusionarán en una sola música, suprema educadora, una música inmensa, que os hablará de la vida del hombre y de todas las criaturas. Y todas las artes habrán de ser una oración, un anhelo del espíritu que se eleva para llegar a Dios.

Vuestro arte futuro ha de ser sano, *educador*, descendido de Dios para elevar hasta Dios. De otro modo constituye un veneno. El arte que permanece en la Tierra no es arte verdadero: ha de elevarse al cielo, ser instrumento de ascensión espiritual. Debéis llegar a las fuentes de la verdad y yo os he abierto las puertas; el arte ha de iluminarse

con la luz del espíritu, y yo lo he hecho revivir entre vosotros. Os he dado, así como en los campos de lo científico y de lo social, también en el campo artístico una idea inmensa por expresar: la de la armonía de la totalidad de los fenómenos, la de la ascensión de todas las criaturas, la de vuestra maduración biológica. Que el arte se posesione de la ciencia; cierto es que no habéis sabido conferir a ésta un contenido espiritual, pero conceded finalmente una fe a la ciencia, y ella se convertirá en arte. ¡Qué gran mundo nuevo, inexplorado, que sinfonía de concepciones cósmicas por expresar! El porvenir del arte está en la expresión de lo imponderable: ¡cuánta riqueza de inspiración puede descender de lo Alto sobre la faz de la Tierra, por medio del artista sensible!; ¡qué oasis de paz, para refugio del alma, estas visiones de infinito!

La verdad universal de esta síntesis puede expresarse en todas las formas del pensamiento: matemática y científica, filosófica, social y asimismo artística. Este escrito puede ser también una gran tragedia, en la que palpita todo el dolor y explota la pasión de las ascensiones humanas. ¡Qué drama mayor que el de la fatiga por la superación biológica, de la lucha del espíritu por su evolución, de sus caídas y rebeliones, de la felicidad y dolor, de un destino que avanza a lo largo de la cadena de los renacimientos, de una Ley divina que todo lo constriñe en su orden! Esta fraternización de fenómenos, de seres, esta unificación de medios de expresión frente a la idea Una, este monismo científico, filosófico y social, bastan para dar alma a un arte nuevo, así como a una ciencia, una filosofía, una sociología nuevas.

Vuestros escenarios ignoran tan vastas tragedias, porque estos conceptos exactos faltaban antes al mundo. En ellos es vaga la intuición de los grandes problemas, incierta la reconstrucción del destino humano; hay siempre una zona de nebulosidad en que anidan la duda y el misterio. Es hora de superar el ciclo restringido de las bajas pasiones de fondo animal. *El teatro no debe ser la escena de la involución, explotando a las muchedumbres, sino de la evolución, educándolas*. No puede, por consiguiente, ser un problema económico sino una función del Estado. Supere el arte los futurismos demenciales, tome por fondo el infinito y la eternidad, por actor el espíritu que -en una vida sin límites- se debate entre la luz y las tinieblas y conquista su liberación. El Cielo y la Tierra resuenan con la inmensa tempestad en que se desencadenan las fuerzas todas del mal. Producid el drama apocalíptico sin símbolos, en su desnuda potencia dinámica de conflicto de fuerzas, en cualquier forma de arte que queráis expresarlo, suspendido en las dimensiones del tiempo entre la evolución bíblica y el idealismo científico.

Tal el gran arte futuro. Es necesario que nazca el genio que lo sienta y lo manifieste, lo sienta por sobre la realidad sensorial y lo abarque en ella y lo exprese; el genio que, llegado al ápice de los valores espirituales, combata y concluya el drama de la unificación y de la liberación. Es necesario que un alma superior *viva* el fenómeno y rompa el pasado en su tormento, lanzando a los espíritus a un torbellino de pasiones más elevadas y dinámicas. Hace falta un ser que, en un martirio de fe, macerándose y quemándose por su arte, haga de él misión y se dé entero en él. El arte constituirá entonces el altar de las ascensiones humanas, donde el espíritu se ofrenda en holocausto de dolor y pasión por su elevación hacia Dios; será la oración que une a la criatura con el Creador, la síntesis de todas las aspiraciones del alma, de todas las esperanzas e ideales humanos.

D E S P E D I D A

Ha terminado nuestro largo viaje. Todo está demostrado ahora, todo concluido, hasta las últimas consecuencias. La simiente ha sido arrojada en el tiempo, para que germine y fructifique. He dado mi testimonio de verdad, mi obra se halla completa. El pensamiento ha descendido, inmovilizándose en la palabra escrita. No podréis ya destruirlo. Es harto anticipado para ser *todo comprendido en el acto*; no todos los siglos son capaces de comprender toda una idea, pero es necesario que cambie, con la psicología, la perspectiva que la vea desde nuevos planos. Vuestro juicio está viciado por una visión inmediata, mas pasarán los años y cuando hayáis visto el futuro comprenderéis en lo profundo esta Síntesis y la encuadraréis en la historia del mundo. Para algunos, estos conceptos se encontrarán aún fuera de lo concebible. Otros rehusarán el trabajo de comprenderlos, porque no producen ventaja inmediata. Y los habrá asimismo que tratarán de alejar la verdad, pues perturba al ciclo animalesco de su vida, de modo que continuarán durmiendo: para ellos hablará el dolor. El cerco se restringe y mañana será demasiado tarde.

La convicción no es tanto hija de un cálculo lógico y racional, como de un estado de maduración interior que no se alcanza sino mediante las pruebas, luchando y sufriendo. Vano ha de ser, pues, repetir esta Síntesis como hecho de erudición, si no se "*siente*"

como orientación, si no se asimila como vida. La verdad es que el alma colectiva de los pueblos siente, por intuición más que por razón, la filosofía, el sistema político, la forma social que más le convienen para el cumplimiento de los fines de su propia evolución, y arroja fuera todo cuanto no responda al trabajo que el momento histórico impone. Pero, así como es inútil crear sistemas lógicos y esperar su comprensión cuando salen de aquel momento histórico, del mismo modo esta concepción mía es visión fecunda que anticipa la realización, y es síntesis no sólo de lo que se puede saber, sino además de las aspiraciones que irrumpen en el alma humana.

He hablado al mundo, a los pueblos todos; dije la verdad universal, verdadera en cualquier lugar y en la totalidad de los tiempos. He valorado al hombre y a la vida, haciendo de ellos una construcción eterna; a través de los campos más dispares, hice converger todo hacia la unidad; he hecho de vuestro disperso mundo conocible un estrecho monismo. Aquí, ciencia, filosofía y fe son una sola cosa. He vuelto a daros la pasión del bien y del infinito. He dado una meta a cuanto vuestra vida puede contener: arte y derecho, ética y lucha, conocimiento y dolor, todo lo he canalizado y fundido en la misma vía de las ascensiones humanas.

Os movéis en lo infinito. La vida es un viaje y no poseéis otra cosa que vuestras obras. A cada instante se muere y se renace, pero siempre se es hijo de sí mismo. La evolución pulsada por el ritmo del tiempo *no puede detenerse*. Veis según una falsa perspectiva psíquica. Es necesario concebir no ya las cosas, antes bien, la trayectoria de su transformismo; no los fenómenos sino los períodos fenoménicos; debéis situaros móviles en la fluidez del movimiento; realizaros -en este mundo de cosas fugitivas- como seres indestructibles en un tiempo *que no puede aportar sino continuación*, lanzados hacia un futuro eterno, que os abre de par en par las puertas de la evolución.

De aquí a varios milenios no seréis ya los niños de hoy sino que alcanzaréis formas de conciencia que ahora no podéis ni siquiera imaginar. Os he mostrado el destino y el tormento de los grandes que os preceden en el camino. Ellos os dicen lo que será mañana el hombre. *No podéis deteneros*. Hemos visto el funcionamiento orgánico de la gran máquina del universo en sus varios aspectos, en las fases de su devenir. Es un movimiento inmenso y debéis de funcionar como partes del gran organismo.

Una gran atracción lo rige todo: el Amor. Él canta en la arquitectura de las líneas, en la sinfonía de las fuerzas, en las relaciones de los conceptos, siempre presente. Se llama atracción y cohesión al nivel materia; impulso y transmisión, al nivel energía; ímpetu

de vida y de ascensión, al nivel espíritu. Es la armonía en el orden cinético, en el cual está nuestro respiro y el divino respiro del universo. Nos hemos atrevido a descubrir el misterio y a mirar sin velos a la Ley, que constituye el pensamiento de Dios. En todos los campos hemos visto los momentos de ese concepto que todo lo rige. No teman los buenos conocer la verdad.

El cuadro está terminado, la visión es completa. Os he dado un concepto de la Divinidad tanto menos antropomórfico cuanto más transparente de su esencia íntima, y tanto más purificado de las reducciones realizadas por la representación humana; un concepto más luminoso, apropiado a vuestra alma moderna más madura. El misterio ha podido emerger así -en términos de ciencia y de razón- de los velos del símbolo. Hemos avanzado desde el mineral al genio, para contemplar el triunfo del hombre; hemos llorado y anhelado con él, en la fatigosa conquista del bien contra el mal, sobre el camino de su ascensión. Hemos escuchado una sinfonía grandiosa, en que todo canta, desde la materia al espíritu, el himno de la vida. Hemos orado en sintonía con todas las criaturas hermanas. La concepción se mueve en lo infinito, no os he dado otros límites que los impuestos por lo que podéis concebir. Nuestro estudio ha sido adoración de la Divinidad.

Os he dado una verdad universal y progresiva, en la que todas las verdades relativas pueden coordinarse. Os he dado conclusiones que no pueden negarse sin negar la ciencia toda, el universo entero. La premisa es gigantesca; no se puede demoler. Toda palabra constituye un llamado a vuestra racionalidad; no podréis renegar de ello. He afirmado siempre, más que negar. El punto de partida de este organismo conceptual no es egocéntrico ni antropomórfico, pero implica en su génesis una transferencia fuera de vuestro plano de concepción. Os he llamado de nuevo a las grandes verdades del espíritu, he vuelto a completar vuestra vida, dividida por el materialismo, os he restituido -como ciudadanos eternos- al infinito. Una gran responsabilidad tiene la ciencia: la de haber destruido la fe sin saber reedificarla. Con los mismos medios he vuelto yo a llevaros a la Síntesis; os he dado una ética racional, basada en una vastísima plataforma científica. He dado a lo supersensorial un peso real objetivo. Os he mostrado la realidad que existe más allá de la ilusión, la substancia que reside en lo caduco, lo absoluto que hay en la mutación de lo relativo. He elevado la ciencia hasta la demostración de las verdades metafísicas. He vuelto a conjugar los inconciliables extremos -la materia y el espíritu-, equilibrando y fundiendo en un solo plano de trabajo, la Tierra y el Cielo. He encaminado al hombre hacia su futura conciencia cósmica. En el fondo de mi pensamiento se movió siempre la visión de la Ley de Dios.

No podréis negar en este escrito -en el que se agitan todas las esperanzas y todos los dolores humanos- una palpitación de vida substancial; no podréis dejar de sentir tras la demostración objetiva una pasión de bien, una sinceridad absoluta, una potencia de espíritu que todo lo vivifica. Tal es el alma del presente escrito, lo que le otorga vitalidad. Podréis negar o discutir en él lo supranormal. Pero éste es *normal* en *todas* las altas creaciones de pensamiento; normal en ellas es la inspiración, sin la cual no se llega a las verdades eternas; normal la intuición suprarracional; normal un abismo de misterio en la conciencia, del que nada sabéis. Toda alma vibrará y responderá de acuerdo con su capacidad de vibrar y responder.

Aquí habla también el corazón, y os exhorta a subir. Aquí existe un inmenso amor hacia los hombres, como Cristo lo sintió en la Cruz; hay un deseo violento de beneficiar iluminando. Este libro quiere ser un acto de bondad y de bien sobre un plano vastísimo. En la férrea racionalidad está contenido el ímpetu de un alma que ve el futuro y conoce la tempestad que os aguarda. Comprender es simple y natural en la fase intuitiva. No he aceptado la ciencia, las disquisiciones, la racionalidad, sino como un medio que vuestra psicología me ha impuesto. Al que quiera agredir esta doctrina para demolerla, yo voy a su encuentro con los brazos abiertos para decirle: "tú eres mi hermano, y esto es lo único que verdaderamente importa". Lo sé: estos conceptos se hallan tan lejos del mundo, hecho de mentira y desconfianza, que os parecerán inaceptables e inconcebibles. Pero mi lenguaje debe ser substancialmente diverso.

Este es un desesperado llamado de sabiduría al mundo. En el corazón de los hombres y de sus sistemas dominan el egoísmo y la violencia; no ya el bien, sino el mal. A gran velocidad la civilización moderna arroja la semilla y espera la fabricación intensa de su futuro dolor. Será el dolor de todos. Podrá convertirse en una marea arrolladora que destruya la civilización. Los medios están prontos para que un incendio deba hoy ser mundial. He hablado a los pueblos y a los jefes, religiosos y civiles, en público y en privado. *Después de la conciliación política entre Estado e Iglesia, en Italia, urge hoy esta más grande conciliación espiritual entre ciencia y fe, en el mundo*. Si un principio coordinador no organiza la sociedad humana, ésta se disgregará en el choque de los egoísmos.

He hablado en un momento crítico, en una encrucijada de la historia, en el alba de una civilización nueva. Podréis no escuchar, no comprender, mas no podréis cambiar la Ley. Si bien es cierto que la civilización posee ahora bases inmensamente más amplias

que en los tiempos del Imperio Romano y no es ya un solo foco en un mundo inexplorado, existen, sin embargo, enormes desniveles de civilización, de cultura y riqueza, y la Ley conduce a la nivelación y a la compensación. En tanto haya un solo bárbaro sobre la faz de la Tierra intentará rebajar la civilización a su propio nivel, invadir y destruir, para aprender. Las razas inferiores destruirán pronto el encanto de la superioridad técnica europea, y se han de apoderar de ella, para saltar al cuello de su viejo amo.

A toda fe le digo: lo que es divino ha de permanecer; caerá lo que es humano; toda afirmación temporal constituye una pérdida espiritual, toda victoria en la Tierra es una derrota en el Cielo. Evitad los absolutismos y preferid los caminos de la bondad. La imposición no es aplicable al pensamiento, la fuerza no lo alcanza y produce su alejamiento. Dad ejemplo de despego de las cosas terrenales. Vuestras verdades relativas son sólo puntos de vista diversos y progresivos del mismo Principio Único. El porvenir no reside en la exclusión recíproca, sino, en la coordinación de vuestras aproximaciones a la verdad. No discutáis; la convicción no se impone mediante la amenaza, sino que se difunde con el ejemplo y el amor.

A la ciencia le digo que, en tanto no sea fecundada por el amor evangélico, será una ciencia de infierno. Es inútil el progreso mecánico que hace de la Tierra un jardín, si en tal jardín ha de habitar una fiera. La Tierra es un infierno porque vosotros sois demonios. Convertíos en ángeles y será la Tierra el paraíso.

No teman los justos y los afligidos, que temblando observan la algazara humana que va en pos de la gloria, la riqueza y el placer, porque si por un momento vence y disfruta, la Ley vigila. “Bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados”. Os digo: no debéis agredir nunca; no seáis vosotros los agentes de vuestra justicia, sino la Divinidad; *perdonad*. Haced *siempre el bien, y lo haréis a vosotros mismos*; dejad la reacción a la Ley, no os liguéis al ofensor con la venganza. No difundáis nunca pensamientos, palabras ni actos de destrucción, no mováis las fuerzas negativas de la demolición, que os atacarán a vosotros mismos de retorno. Sed siempre constructivos. Preocupaos, en todo campo, *por crear y no por demoler*; nada posee tanta fuerza demoledora como un organismo completo en función. Lo viejo cae entonces por sí solo, sin luchas de reacciones, porque todas las corrientes de la vida se precipitan hacia las nuevas formas.

No os rebeléis; antes por el contrario, aceptad *todo* el trabajo que vuestro destino os ofrece. Éste es ya perfecto y contiene todas las pruebas adecuadas, aun cuando sean pequeñas. Si es así, no busquéis en otras partes heroísmos grandiosos. Los pequeños pesos que saben llevarse largamente, representan a menudo un esfuerzo, una paciencia, una utilidad mayores. Las pruebas implican el lento trabajo de su asimilación, la construcción del espíritu ha de ser ejecutada en todos sus detalles; la vida se vive entera momento a momento, en cada instante hay un acto y un hecho que se vinculan con la eternidad. Recordad que el destino no es malvado, sino siempre justo, aun cuando las pruebas sean pesadas. Recordad que jamás se sufre en vano, que el dolor esculpe el alma. La ley del propio destino obedece a profundos equilibrios, de modo que resulta inútil rebelarse. Dolores existen, que parecen matar, pero nunca son sin esperanza y vosotros jamás seréis cargados por sobre vuestras fuerzas. La reacción de las potencias inagotables del alma se halla en proporción con el asalto. Tened fe, incluso cuando el cielo sea tétrico, cerrado esté el horizonte y todo parezca acabarse, porque existe siempre allí en espera una fuerza que os hará resurgir. El abandono y su sensación forman parte de la prueba, pues sólo así aprenderéis a volar con vuestras alas. Hasta cuando dormís o ignoráis, el destino vigila y sabe, y es fuerza siempre activa en la preparación de vuestro mañana, que contiene las más ilimitadas posibilidades.

Tales ideales fueron enseñados sobre la Tierra, y muchos mártires murieron por ellos, pero ¿cuál no ha sido explotado por la hipocresía del hombre? A veces los ideales utilizan para divulgarse precisamente esta su capacidad de sufrir la explotación, así como el fruto se deja devorar para que la semilla sea transportada lejos. Hay la clase de los constructores y asimismo la clase de los demoledores, de los parásitos, que con la mentira llevan a cabo una constante degradación de todos los valores espirituales. Existe aquel que construye al precio de tormentosas fatigas, y hay quien utiliza lo construido para sí, y se aferra cual lastre a fin de rebajarlo todo a su propio nivel. Uno es espíritu que vivifica; el otro, materia que sofoca. El principio puro se infecta, entonces, adquiriendo sabor de mentira: proceso de degradación de los ideales. ¡Ay de los culpables, demoledores del esfuerzo de los mártires! ¡Ay del que hace de una misión un oficio, y pone el espíritu en la base de la potencia humana! ¡Ay de aquel que miente e induce a mentir, del que con el abuso induce al abuso, de quien dando el ejemplo de afortunada injusticia, la propone como norma de vida! Realizado un acto, no podréis luego anularlo hasta el agotamiento y la reabsorción de sus efectos. ¡Ay de la sociedad que relegue al olvido a sus mejores elementos, que no los ponga en la posición de rendimiento que se debe al mérito y malgaste sus más elevados valores en

la apatía y en la incomprensión! Inútiles son los testimonios póstumos, tardío el remordimiento por un tesoro perdido. ¡Ay de las religiones que no cumplen con su tarea de salvar los valores espirituales del mundo: el espíritu no puede morir, por lo que resurgirá en otra parte, fuera de ellas! ¡Ay de los dirigentes, si no obedecen a lo Alto, siguiendo la voz de la justicia que en su propia conciencia está! ¡Ay de aquel que desperdicie su tiempo y no haga de la vida una misión!

A todos aguarda un juicio final, no ya por obra de un Dios exterior a vosotros, al que se pueda engañar o enternecer. Se trata de una Ley, omnipresente en el espacio y en el tiempo; no hay distancia o espera que puedan detener su reacción, de la que no escaparéis porque se encuentra dentro de vosotros, así como está en todas las cosas. ¿Se puede evitar o engañar a la ley de gravitación? Del mismo modo, tampoco se evita ni se engaña a la reacción de la Ley, o sea, la justicia divina.

Os dejo. Mi última palabra al que sufre. Él es el grande de la Tierra, pues vuelve a Dios. Destruid el dolor y os destruiréis a vosotros mismos. "Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados". No temáis a la muerte que os libera. Vosotros y vuestras obras, todo es indestructible, eterno. Mi última palabra es de amor, de paz y de perdón, *a todos*.

Mi obra ha concluido. Si, dentro de muchos años, una humanidad diferente, más grande y más buena, mirando hacia atrás, encuentra esta semilla arrojada con tanta anticipación para ser comprendida y fecundada pronto, al maravillarse de cómo ha sido posible recorrer los tiempos, tenga un pensamiento grato para el ser humano que, solo he ignorado, realizó este trabajo, a través de su amor y de su martirio.

La sinfonía está escrita. El canto enmudece. Para reiniciarse en otras formas, en otra parte. Se extingue la voz. El pensamiento se aleja de su manifestación externa, hacia lo profundo, hacia su centro, en lo Infinito...

FIN